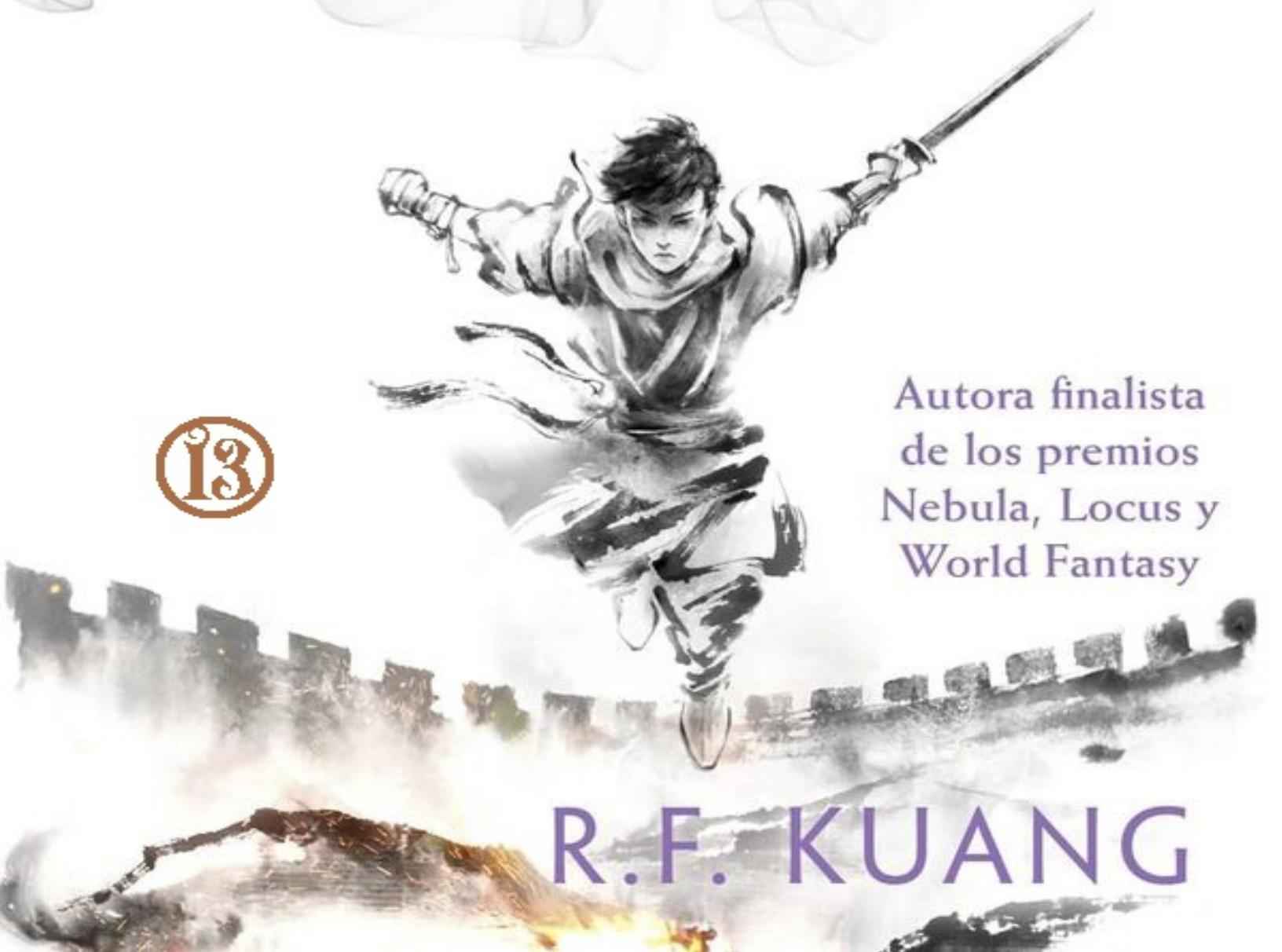
EL DIOS EN LLAMAS



Autora finalista de los premios Nebula, Locus y World Fantasy

R. F. KUANG

Tras la brutal guerra civil, Rin lo ha perdido prácticamente todo. Pero no piensa abandonar a aquellos por quienes ha sacrificado tanto: la gente de las provincias del sur, y en especial la de Tikany, el pueblo que es su hogar. Al volver a sus raíces, Rin se enfrenta a retos difíciles, pero también encuentra inesperadas oportunidades. A pesar de que sus nuevos aliados de la Coalición Sureña son maliciosos y no se puede confiar en ellos, Rin pronto se da cuenta de que el auténtico poder en Nikan reside en la gente corriente, que ansía venganza y la venera como una diosa salvadora. Apoyada por las masas y por el ejército sureño, Rin hará lo que haga falta para destruir a sus enemigos y a cualquiera que amenace las artes chamánicas y a sus practicantes. A medida que crece su poder e influencia, ¿será capaz de resistirse a la embriagadora voz del Fénix, que solo desea ver el mundo arder?

R. F. Kuang

El dios en llamas

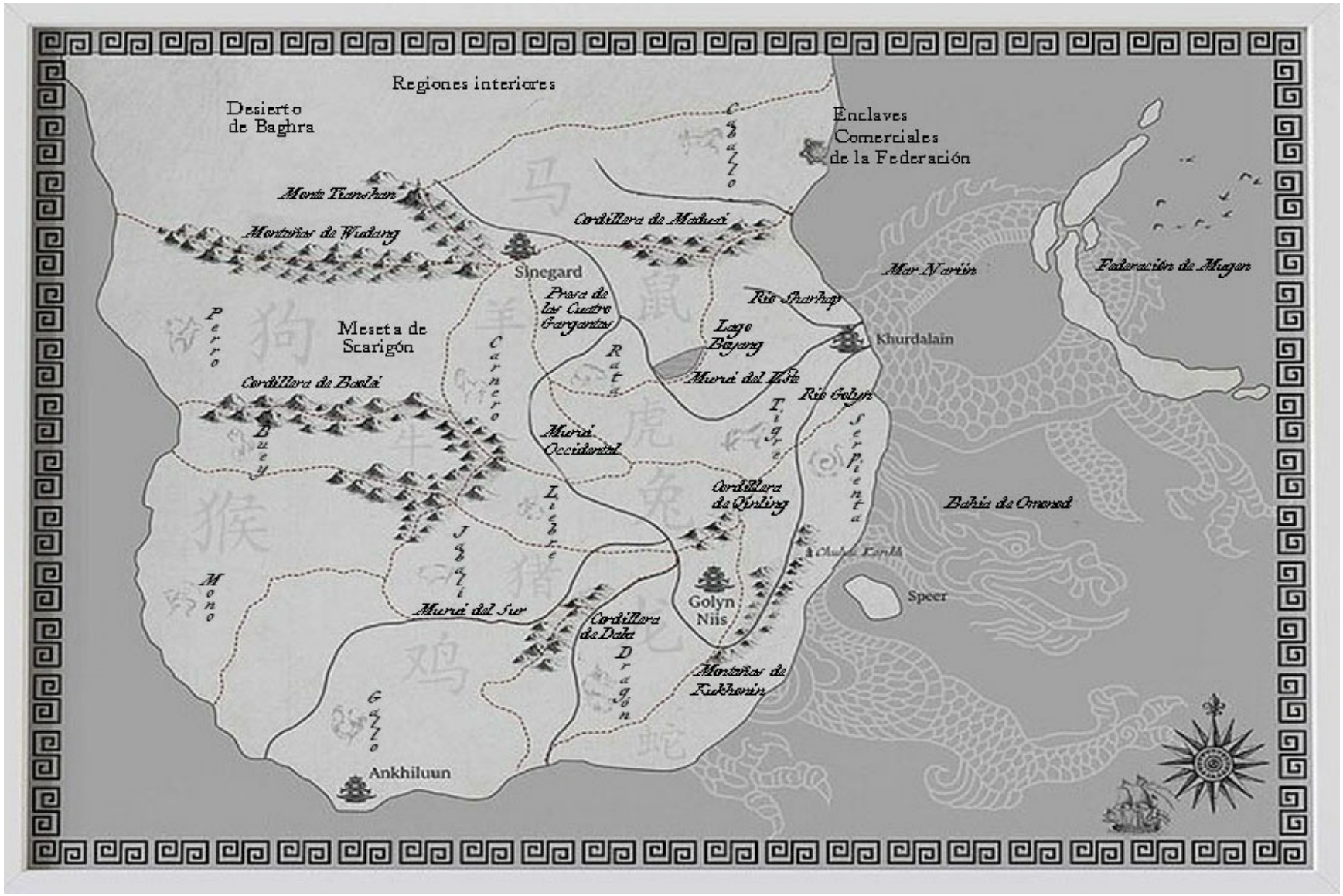
La Guerra de la Amapola
3

Título original: *The Burning God*
R. F. Kuang, 2020
Traducción: Patricia Enríquez, 2024

Revisión: 1.0

14/11/2024

Para mis queridos lectores, que han seguido con esta saga hasta el final y han venido dispuestos a dejar fluir las lágrimas.


Regiones interiores
Desierto de Baghra
Enclaves Comerciales de la Federación
Monte Tianshan
Montañas de Wudang
Cordillera de Maduai
Sinegard
Mar Nariin
Federación de Mugen
Presa de las Cuatro Gargantas
Rio Sharhap
Lago Boyang
Khurdalain
Meseta de Scarigón
Perro
Carnero
Rata
Muruí del Este
Rio Golyn
Cordillera de Baolá
Buey
Muruí Occidental
Tigre
Serpienta
Cordillera de Qinling
Bahía de Omonod
Liebre
Jabalí
Mono
Muruí del Sur
Golyn Niis
Speer
Cordillera de Daba
Dragón
Montañas de Kukhonin
Gallo
Ankhiluun

PRÓLOGO

—No deberíamos hacer esto —dijo Daji.

La hoguera ardía con un sobrenatural tono violeta, crepitaba y chisporroteaba con desaprobación como si pudiera sentir la culpa de la mujer. Unas lenguas de fuego ascendían como si fueran manos extendidas para acabar transformándose en rostros parpadeantes que hacían que a Daji siguiera dándole un vuelco el estómago a causa de la vergüenza, a pesar de que habían pasado meses. La mujer apartó la mirada.

No obstante, tenía la cara de esos muertos grabada detrás de los párpados, los veía con las bocas aún abiertas por la conmoción que les había causado su traición. Sus susurros reverberaban en su mente, igual que hacían todas las noches en sus sueños.

«Asesina», le decían. «Desagradecida. Zorra».

El miedo le oprimía el pecho.

—Riga, no creo que…

—Es demasiado tarde para recular, querida. —Al otro lado del fuego, Riga ataba a un ciervo que se resistía con una eficiencia, brutal y despiadada. Había dispuesto tres cuchillos serrados que les había quitado a los cadáveres de los arqueros ketreyides en un triángulo perfecto alrededor del fuego. Daji no había tocado el suyo. Estaba demasiado asustada… El metal reluciente parecía venenoso, resentido—. Ya es imposible dar marcha atrás, ¿no crees?

El ciervo arqueó el cuello mientras forcejeaba para intentar liberarse. Riga lo agarró por las astas con una mano y le golpeó la cabeza contra el suelo.

Las llamas alcanzaron más altura. Los susurros se intensificaron. Daji se encogió.

—No me da buena espina.

Riga resopló.

—¿Desde cuándo eres tan cobarde?

—Solo estoy preocupada. Tseveri nos dijo…

—¿Qué más da lo que dijera? —Riga sonaba crispado, a la defensiva. Daji sabía que él también se avergonzaba. Percibía que una pequeña parte de él deseaba que no hubieran tomado nunca ese camino. Pero jamás lo admitiría. Si lo hacía, se derrumbaría.

Tras inmovilizarle el cuello al ciervo con una rodilla, Riga le rodeó las patas delanteras con una cuerda. El animal abrió la boca como si fuese a gritar, pero el único sonido que pudo emitir fue un chirrido ronco y sobrecogedor.

—Tseveri no soltaba más que gilipolleces. ¿Una profecía? Y una mierda… No te creas esas patrañas. Solo nos decía lo que la Sorqan Sira quería que oyéramos.

—Nos dijo que esto nos mataría —dijo Daji.

—No fue eso lo que dijo exactamente.

—Fue algo muy parecido.

—Ay, Daji. —Riga aseguró el último nudo con un tirón cruel, se paró un momento a examinar su trabajo y luego se acercó a ella para sentarse a su lado. Le masajeó la espalda en unos círculos lentos con la mano. Su intención era reconfortarla. No obstante, todo eso parecía una trampa—. ¿Crees que dejaría que te pasara algo?

A Daji le costaba mantener la respiración acompasada.

«Haz lo que te diga», se recordó a sí misma. Ese era el trato al que había llegado con Ziya. «Mantón la cabeza gacha y obedece. De lo contrario, Riga hallará el modo de deshacerse de ti». Debería haberle alegrado que fueran a llevar a cabo ese ritual. Era una protección, la garantía definitiva de que Riga no podría asesinarla sin matarse a sí mismo. Sería una armadura tanto para Ziya como para ella.

Aun así, tenía mucho miedo. ¿Y si eso resultaba ser peor que la muerte?

Daji logró que le saliera la voz.

—Debe de haber otro modo…

—No lo hay —estalló Riga—. Y no duraremos mucho más si seguimos así. Esta guerra se ha vuelto demasiado grande. Ahora tenemos más enemigos. —Señaló con su cuchillo hacia el bosque—. Y si Ziya sigue comportándose así, no durará ni un día más.

«No durará porque tú lo has presionado», quiso espetarle Daji, pero se mordió la lengua por miedo a desatar su ira. A desatar su crueldad.

«No te queda otra opción». Hacía mucho tiempo que Daji se había dado cuenta de que, si quería estar a salvo, tenía que convertirse en alguien imprescindible para Riga. Alguien indispensable, vinculada y encadenada a la vida de ese hombre.

—Venga, Ziya. —Riga se colocó las manos alrededor de la boca para llamarlo—. Acabemos con esto.

Los árboles no emitían ningún sonido.

Riga elevó la voz.

—¡Ziya! Sé que estás ahí.

«Tal vez haya huido», pensó Daji. «Un cabrón muy listo».

La mujer se preguntó qué haría Riga si Ziya intentaba realmente escapar. Desde luego le daría caza, y era muy probable que lo atrapase. Riga siempre había sido el más fuerte y rápido de todos ellos. El castigo sería terrible. Pero tal vez Daji consiguiera entretener a Riga durante unos minutos para conseguirle algo de tiempo al otro hombre. Aunque eso le costara la vida, al menos uno de ellos lograría salvarse.

Sin embargo, unos segundos después, Ziya apareció caminando por el bosque. Se tambaleaba como si estuviera borracho. Su mirada tenía ese aspecto aturdido y salvaje que Daji se había acostumbrado a verle en la cara en los últimos tiempos. Sabía que eso era peligroso. Llevó una mano hacia su cuchillo.

Riga se puso en pie y se acercó a Ziya, igual que un domador a un tigre, con las manos extendidas con cautela delante de él.

—¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy? —Ziya ladeó la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

Daji vio cómo a Riga le latía la vena del cuello.

—¿Puedes venir y sentarte? —le preguntó al otro hombre.

Ziya negó con la cabeza y soltó una risita.

—No tiene gracia —gruñó Riga—. Ven aquí, Ziya.

—¿Ziya? —El aludido miró hacia el cielo—. ¿Quién es ese?

Riga alargó la mano hacia su espada. Daji sacó su cuchillo. Ya se habían preparado para eso, los tres, con el consentimiento de Ziya. Tenían que atacarle justo antes de que abriera el portal…

A Ziya se le retorció el rostro en una horrible sonrisa burlona.

—Es broma.

Riga se relajó.

—Que te den.

Daji espiró e intentó controlar el desbocado latido de su corazón.

Ziya se sentó con las piernas cruzadas frente al fuego. Desvió la mirada hacia el ciervo atado con un leve interés.

—Qué dócil está siendo, ¿no?

Tras decir eso, tomó su propio cuchillo del suelo y lo agitó delante del animal. El fuego se reflejó en el filo serrado. El ciervo permaneció inmóvil, indiferente. Hubiera pasado por muerto si no hubiera sido por su respiración resignada y fatigada.

—Daji le ha metido un montón de opio por el gaznate —dijo Riga.

—Ah. —Ziya le guiñó un ojo a la mujer—. Chica lista.

A ella le hubiera gustado que la droga le hubiese hecho efecto antes al animal. Le hubiera gustado que Riga le hubiese dado algo de tiempo, pero eso habría requerido de empatía, una cualidad de la que, sin duda, él carecía.

—Anímate, Daji. —Riga agitó su cuchillo delante de ella—. No lo alarguemos más.

Daji se quedó petrificada en el sitio. Por un breve instante, se planteó echar a correr. Le temblaban las rodillas.

«No, no hay escapatoria». Si no lo hacía por ella misma, al menos tenía que hacerlo por Ziya.

A ese hombre le encantaban las malditas bromas. Nunca había sido capaz de tomarse nada en serio. Que cupiese la posibilidad de que perdiera la cabeza era algo que solo a él podía parecerle gracioso. Sin embargo, el miedo que sentía Daji, y también Riga, era real Ziya llevaba meses en la delgada línea entre la lucidez y la locura, y los otros dos no sabían cuándo se dejaría caer al vacío de forma definitiva. Lo que iban a hacer ahora era la única forma de traerlo de vuelta.

Pero el precio que estaban pagando por ello era desorbitado.

—Levantad los cuchillos —les indicó Riga.

Los otros obedecieron. El ciervo no se alteró al ver las hojas de los cuchillos en alto. Tenía los ojos abiertos y vidriosos.

Riga comenzó a hablar. Tras recitar cada palabra del encantamiento, que habían conseguido por medio de mentiras, torturas y asesinatos, el fuego comenzó a elevarse cada vez más hacia el cielo nocturno, hasta que las llamas alcanzaron tres metros de altura. Cuando Tseveri había pronunciado esas mismas palabras, su sonido había sido casi musical. No obstante, de boca de Riga sonaban igual que una maldición. Daji cerró los ojos con fuerza para intentar bloquear los

gritos que oía en su mente.

Riga terminó de recitar. No sucedió nada.

Se quedaron allí sentados durante bastante tiempo mientras la confusión no dejaba de crecer, hasta que la risa de Ziya rompió el silencio.

—¿Qué coño te pasa? —exigió saber Riga.

—Lo has dicho mal —le respondió.

—¿Qué cojones quieres decir?

—Es tu acento. No funcionará nada de esto si masacras las palabras de esa forma.

—Hazlo tú, entonces. —Riga soltó algo más entre dientes. Unas palabras en mugenés, un insulto que había aprendido de niño. «Follacaballos».

—No me sé el encantamiento —dijo Ziya.

—Sí que te lo sabes. —La voz de Riga se tiñó de malicia—. Te lo enseñó a ti primero.

Ziya se irguió.

«No lo hagas», pensó Daji. «Matémoslo y huyamos».

Pero Ziya comenzó a recitar el encantamiento. Su voz pasó gradualmente de un susurro ronco a un grito potente y fluido. Esta vez, las palabras sonaban más parecidas a las que le habían oído pronunciar a Tseveri. Esta vez, las palabras albergaban poder.

—Ahora —susurró Riga, y los tres alzaron sus cuchillos para masacrar al último inocente necesario.

Cuando todo hubo acabado, el vacío los devolvió a sus cuerpos materiales, tan bruscamente como si se hubieran sumergido en agua helada. Daji se echó hacia delante entre jadeos. La tierra parecía demasiado sólida bajo sus piernas, y el aire, demasiado dulce. El mundo había pasado de ser algo familiar a convertirse en algo ajeno: firme, bello y misterioso. Daji ardía por dentro y temblaba por el potente poder que le recorría todo el cuerpo.

Se sentía más viva que nunca. Ahora contaba con tres almas, no solo con una. Ahora estaba completa. Ahora era mucho más.

Todavía no habían regresado del todo del mundo espiritual. No habían cortado su conexión con él. Daji aún podía acceder a las almas de Ziya y Riga, y los pensamientos de los dos entraron en su mente con tanta intensidad que le costó diferenciarlos de los suyos propios.

Ziya le transmitió un frío y un miedo visceral, además de un terrible alivio. Él no quería nada de eso. Jamás lo había querido. Temía enormemente en lo que podía convertirse, pero también estaba agradecido por haberse librado de la alternativa. Agradecía haber sido sometido.

Riga le transmitió tanto un vertiginoso regocijo como una oleada de ambición desmedida. Quería más. Ni siquiera le estaba prestando atención al pánico que irradiaba Ziya. Tenía la cabeza puesta en cosas más grandes. Se los imaginaba a los tres en un campo de batalla, en una mesa de negociación, sentado cada uno sobre un trono.

Para Riga, ese había sido el último obstáculo. Ahora avanzaban hacia el futuro que él siempre había concebido para ellos.

Daji también quería eso. Solo que no estaba segura de que fuera a sobrevivir a ello.

Despacio, la mujer abrió los ojos. La sangre que le cubría las manos parecía negra bajo la luz de la luna. El fuego casi se había extinguido, pero, aun así, el humo amenazaba con asfixiarlos.

Daji estuvo a punto de caerse encima de las ascuas, de quemarse la cara con las cenizas y dejar que todo acabara allí.

Unos dedos fuertes la agarraron del hombro y tiraron de ella hacia atrás.

—Cuidado. —Riga le dedicó una sonrisa.

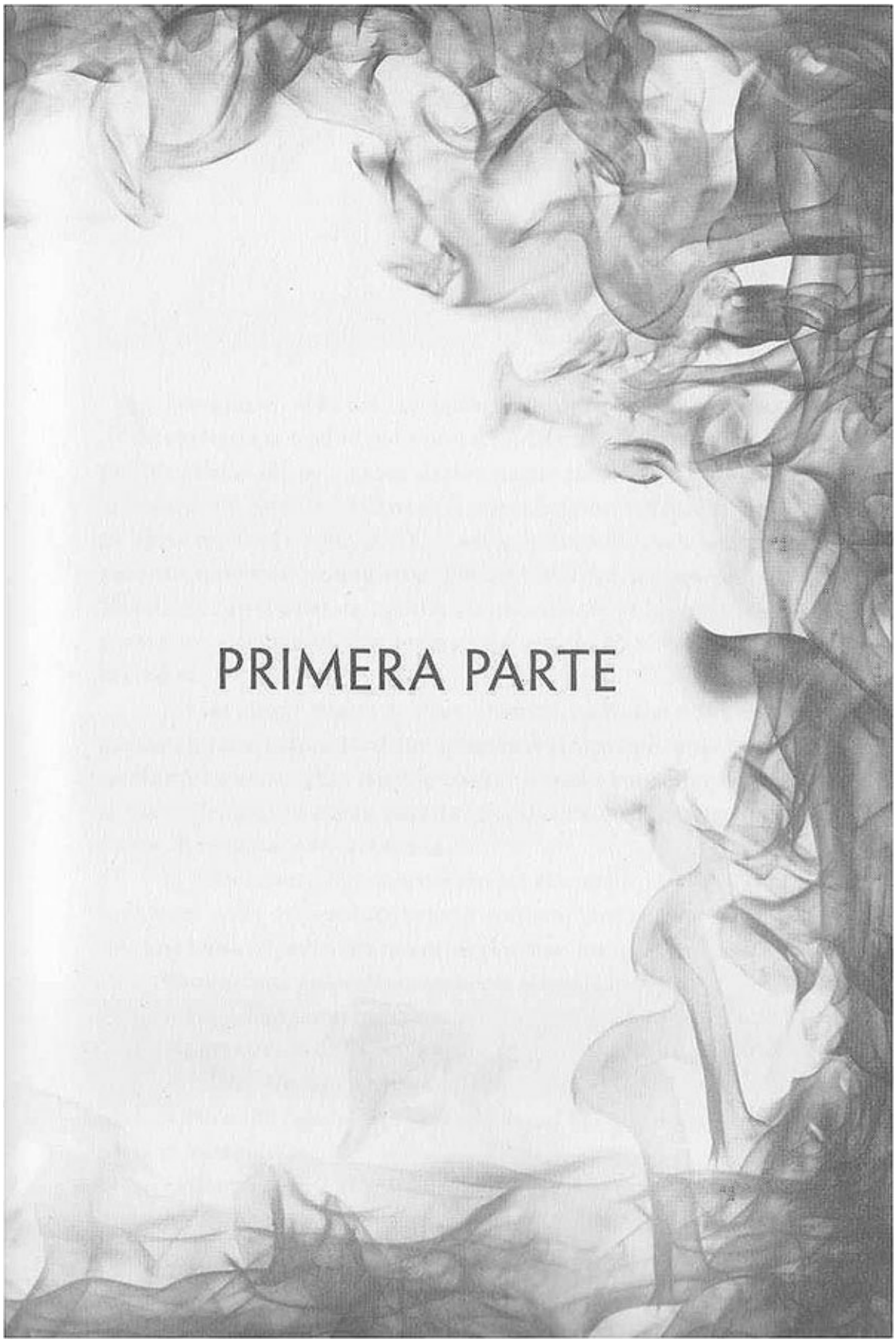
Daji no podía compartir su euforia.

Años más tarde, cuando se torturara a sí misma con los recuerdos de los tres al inicio de todo, antes de que las cosas se torcieran tanto, jamás recordaría lo que había sentido cuando se habían anclado entre ellos. No recordaría esa oleada de poder ni la sensación aterradora y emocionante al mismo tiempo de que alguien pudiera conocerla realmente. Lo único que recordaría sería un tremendo pavor, la certeza de que llegaría el día en el que pagarían con sangre los secretos que habían robado.

Y Tseveri. En su mente, Daji siempre veía el espantoso rostro de la chica muerta y oía con claridad la última advertencia que les había hecho antes de que Ziya le arrancase el corazón del pecho.

«Pues tengo una profecía para vosotros», le había dicho.

«Uno morirá, otro gobernará y otro dormirá durante toda la eternidad».



PRIMERA PARTE

1

Rin sentía calambres en la muñeca.

El aire siempre parecía ser distinto durante la mañana de una emboscada, como si estuviera cargado de electricidad, con el residuo crepitante que dejaba tras de sí una tormenta y que retumbaba en su interior y en el de cada uno de los soldados que la rodeaban. Rin jamás había sentido una energía como esa al combatir para la República. Al principio, las tropas de Yin Vaisra habían estado conformadas por profesionales consumados: soldados hoscos y adustos, listos para hacer el trabajo y largarse. Al final, todos ellos se habían vuelto temerosos. Desesperados.

Sin embargo, los soldados de la Coalición Sureña estaban enfadados, y eso era todo lo que había hecho falta para motivarlos a superar unas extenuantes semanas de entrenamiento básico, con las que no habían tardado en convertirse en asesinos capacitados, a pesar de que muchos de ellos antes de todo eso ni siquiera habían tocado nunca una espada.

Que su lucha fuese personal también contribuía a ello. Khudla no era su ciudad, pero sí que estaba dentro de su provincia, y toda la gente de la Provincia del Mono había sufrido en igual medida la ocupación mugenesa. Traslados forzosos, saqueos, violaciones, asesinatos, ejecuciones en masa. En esas tierras habían tenido lugar miles de masacres del mismo nivel que la acontecida en Golyn Niis, y a nadie le importaba porque ninguna persona de la República o el Imperio se había preocupado nunca mucho por el sur.

No obstante, algunos sureños habían sobrevivido para vengar a sus muertos, y esos eran los hombres y las mujeres que formaban las tropas de Rin.

A medida que pasaban los minutos, las filas allí reunidas temblaban por la expectación, como perros cazadores tirando de sus correas. Y a Rin le dolía la muñeca a horrores, igual que si tuviera clavada una varilla que le producía a cada segundo pequeñas punzadas de dolor que le llegaban hasta el codo.

—Deja de frotártela —le regañó Kitay—. Te la estás irritando.

—Duele —replicó la joven.

—Eso es porque te la estás frotando. Déjala estar y se curará antes.

Rin se pasó los dedos por la piel agrietada y llena de bultos que le cubría el hueso de la muñeca, la zona donde debería haberse encontrado su mano derecha. Apretó la mandíbula para contener las ganas que tenía de clavarse las uñas en la piel que tanto se había frotado y que ahora

estaba en carne viva.

Le habían amputado esa mano la noche que habían atracado en Ankhiluun. Para entonces, después de dos semanas en el mar, el apéndice se había podrido hasta convertirse en un amasijo de gangrena. A pesar de todos los esfuerzos de la doctora de las Azucenas Negras por cauterizar la herida, la piel había seguido teniendo tantas zonas expuestas que había sido un milagro que la infección no se le hubiese extendido hacia el brazo. El procedimiento había sido breve. La doctora personal de Moag le había cortado la mano, le había retirado toda la carne podrida y le había cosido la piel, con lo que había conseguido dejar un colgajo limpio por encima del hueso expuesto.

La herida en sí se había curado bastante bien. Sin embargo, cuando Rin dejaba de tomar láudano, su muñeca se volvía una antorcha de insoportable agonía. Un dolor fantasma le atravesaba los dedos que ya no existían varias veces cada hora. En ocasiones, era tan terrible que Rin atravesaba la pared con el puño para que un dolor más intenso adormeciera esas punzadas, pero eso solo servía para hacerle recordar que ahí no tenía ninguna mano. El dolor era imaginario. Y no podía adormecer un dolor que solo existía en su mente.

—Vas a hacer que te sangre —le advirtió Kitay.

Sin pensarlo, Rin volvió a rascárselo. Ahuecó los dedos sobre el muñón y se lo apretó con firmeza para intentar librarse del picor por medio de una fuerte presión que se lo entumeciera.

—Me está volviendo loca. No es solo el picor, sino también los dedos. Es como si pudiera seguir sintiéndolos y me estuvieran clavando miles de agujas en ellos, solo que no puedo hacer nada al respecto.

—Creo que te entiendo —le dijo Kitay—. Yo también lo siento a veces. Pequeños temblores que surgen de la nada. Y si te paras a pensarlo, es raro… Yo sí que tengo dedos, pero el dolor proviene de ti.

Antes de la cirugía de Rin, a ambos les había preocupado que cercenarle la mano derecha podrida también afectara a la de Kitay. No conocían aún los límites de su vínculo. Sabían que si uno de ellos, moría también lo haría el otro. Sentían el dolor de su ancla, y las heridas de uno se manifestaban en forma de cicatrices pálidas y apenas visibles en la piel del otro. Lo que no sabían era cómo les afectarían las amputaciones.

Sin embargo, para cuando hubieron atracado en Ankhiluun, las infecciones de Rin eran tan graves que el dolor que ambos habían estado sintiendo se había vuelto insoportable, y Kitay le había dicho entre dientes que si no se cortaba la mano, él mismo se la arrancaría a bocados.

Para gran alivio de los dos, el brazo de Kitay había permanecido intacto. Le había aparecido una rugosa línea blanca alrededor de la muñeca, como si tuviera un brazalete allí donde le habían hecho la incisión a Rin. No obstante, sus dedos seguían siendo funcionales, aunque los notaba algo rígidos. De vez en cuando, Rin lo veía con dificultades a la hora de sostener una pluma, y ahora el joven tardaba mucho más de lo habitual en vestirse. Pero Kitay seguía teniendo esa mano, y aunque la esperiliana se sentía aliviada por ello, no podía evitar sentir unos celos constantes y latentes.

—¿Puedes verla? —Rin agitó la muñeca en su dirección—. ¿La pequeña mano fantasma?

—Deberías colocarte un garfio ahí —le dijo su amigo.

—No voy a ponerme un puñetero garfio.

—Entonces, una cuchilla. Tal vez así comiences a entrenar.

Rin le dedicó una mirada de fastidio.

—Ya me pondré a ello.

—Nunca vas a ponerte a ello —le espetó Kitay—. Sigue comportándote así y la primera vez que cojas una espada será la última.

—No tendré que…

—Sabes que sí. Rin, piensa en lo que sucede cuando…

—Ahora no —estalló la chica—. No quiero hablar ahora de eso.

Rin detestaba entrenar con la espada. Detestaba manejar las cosas con la mano izquierda, teniendo en cuenta que antes las hacía de forma inconsciente con la derecha. La hacía sentirse impotente, estúpida e incompetente, y había pasado mucho tiempo convenciéndose a sí misma de que ya no estaba indefensa. La primera vez que había empuñado una espada, una semana después de la cirugía, le había temblado tanto el brazo izquierdo, debido a su debilidad, que había acabado lanzándola al suelo completamente disgustada. Rin no podía soportar volver a pasar por eso.

—Ya sé cuál es el problema —le dijo Kitay—. Estás nerviosa.

—Yo no me pongo nerviosa.

—Y una mierda. Estás aterrorizada. Por eso estás tan inquieta. Tienes miedo.

«Y por una buena razón, joder», pensó Rin.

La muñeca dolorida ya no era el problema, sino el síntoma. La joven esperaba que algo, cualquier cosa, saliera mal. Su posición podría haberse visto comprometida. Tal vez los mugeneses estuvieran al tanto de que iban a por ellos.

O tal vez simplemente fueran a perder.

La esperiliana nunca había lidiado con defensas de esa magnitud. Los mugeneses en Khudla sabían que las tropas de Rin no tardarían en aparecer. La Guardia de la ciudad llevaba días patrullando. Y ahora estaban preparados para esperar ataques nocturnos, a pesar de que las fuerzas de emboscada no se atreverían a poner en marcha una operación tan peliaguda sin la luz adecuada. Ese no sería un asalto sencillo y devastador.

Pero Rin no podía permitirse fracasar ese día.

Khudla era una prueba. La joven le había estado suplicando al jefe militar del Mono que la ascendiera en la cadena de mando desde que habían escapado de Arlong, solo para que él le dijera, una y otra vez, que no podía liderar columnas enteras de soldados hacia la batalla hasta que adquiriera experiencia. Aquel día, al fin, había puesto a Rin al mando.

Liberar Khudla era la misión que le había asignado solo a ella. Hasta el momento, la joven había estado combatiendo sola, como una unidad aparte, una fuerza de fuego que la Coalición Sureña había empleado en las batallas como si se tratase de un misil de gran alcance. Pero ahora Rin lideraba a una brigada formada por cientos de personas.

Esos soldados luchaban bajo su mando. Eso era algo que la aterraba. ¿Y si acababan muriendo por su culpa?

—Lo tenemos todo medido al milímetro. El cambio de guardia es cada treinta minutos —dijo Kitay. Habían repasado el plan un montón de veces antes, pero se lo estaba repitiendo para tranquilizarla—. Notarás cuándo cambian las voces. Acércate todo lo que puedas antes de la puesta de sol, y aprovecha para atacar durante la transición. ¿Recuerdas las señales?

Rin tomó aire.

—Sí.

—Pues entonces no tienes de qué preocuparte.

Ojalá solo con decirlo se hubiese hecho realidad.

Los minutos pasaron muy despacio. Rin contempló cómo caía el sol por detrás de las montañas, descendiendo con cierta reticencia, como si algún tipo de criatura en el valle que quedara allí debajo estuviese tirando de él.

Después de que Rin hubiese despertado al Fénix en la isla de Speer y hubiese puesto fin a la Tercera Guerra de la Amapola, la Federación de Mugen se había rendido de manera oficial. El emperador Ryohai y su progenie se habían convertido al instante en estatuas de carbón bajo montañas de cenizas. No había sobrevivido nadie de la familia imperial mugenesa para negociar la paz.

Por ese motivo, no contaban con ningún armisticio ni con ningún tratado. Ningún general mugenés les había entregado a los líderes nikaras un mapa con las posiciones de sus tropas, ni tampoco las armas. Por el contrario, los soldados de la Federación que quedaban en el continente pasaron a convertirse en amenazas rebeldes, en soldados solitarios altamente capacitados sin una misión o una nación. Yin Vaisra, el anterior jefe militar del Dragón y nuevo presidente electo de la República nikara, podría haberse encargado de ellos de forma terminante hacía meses. Sin embargo, los había dejado vagar libremente para debilitar a sus propios aliados, ya que eso formaba parte de su ardid a largo plazo para fortalecer su poder sobre el fracturado Imperio nikara. Ahora todos esos pelotones desperdigados se habían organizado en numerosas bandas independientes que aterrorizaban al sur. A todos los efectos, los nikaras y los mugeneses seguían en guerra. Incluso sin el apoyo de la Isla del Arco, los mugeneses básicamente habían colonizado el sur en cuestión de meses. Y Rin se lo había permitido, obsesionada como había estado con la insurrección de Vaisra, mientras que la verdadera guerra se había estado librando en su ciudad natal.

Ya le había fallado una vez al sur. No volvería a hacerlo.

—Kazuo afirma que los barcos llegarán igualmente —dijo una voz en mugenés. Era la de un chico, débil y aflautada.

—Kazuo es un puto idiota —declaró su compañero.

Rin y Kitay se hallaban agazapados entre la hierba alta. Se habían acercado tanto al campo mugenés que podían oír a los guardias chismorrear despreocupados, con el aire de la noche llevando lejos sus voces apagadas. Aun así, el mugenés de Rin estaba bastante oxidado, después de no haberlo practicado en algo más de un año. Tuvo que afinar mucho el oído para comprender lo que estaban diciendo.

«Ese idioma es como el zumbido de un insecto», se había quejado Nezha una vez cuando aún eran unos críos estúpidos apiñados en un aula en Sinegard; cuando aún les quedaba por descubrir que la guerra para la que estaban entrenando no era hipotética.

Nezha había detestado las clases de mugenés. Rin lo recordaba bien. El joven no había sido capaz de comprender el idioma cuando lo hablaban de forma escueta y rápida, así que se había pasado todas las clases burlándose de esa lengua, provocando que sus compañeros rompieran a reír por los sinsentidos que balbuceaba y que sonaban igual que si fueran frases reales.

«Clic, clic, clic», decía Nezha, y hacía más ruiditos con los dientes. «Como si fueran bichitos».

«Como grillos», pensó Rin. Así era como habían comenzado a llamar a los mugeneses en la campiña. La joven no sabía si se trataba de un nuevo insulto o de uno que se remontaba a antes de que ella hubiese nacido y que ahora estaban reciclando. No le habría sorprendido si se hubiese tratado de lo último. La historia era circular, y eso era algo que había aprendido bien a esas alturas.

—Kazuo ha dicho que los barcos han comenzado a entrar en los puertos de la Provincia del Tigre —dijo la primera voz que Rin había oído, la de un chico—. Están atracando entre las sombras, y nos llevan de vuelta con ellos poco a poco…

El segundo guardia resopló.

—Menuda chorrada. Si estuvieran haciendo eso, ya nos habríamos enterado.

Se produjo un breve silencio. Alguien se movió entre la hierba. Rin se percató de que los guardias se habían tirado al suelo. Tal vez estuviesen admirando las estrellas. Era una estupidez por su parte, increíblemente irresponsable. No obstante, parecían muy jóvenes, no hablaban como si fueran soldados, sino como niños. ¿Podría ser que no supieran hacerlo mejor?

—La luna se ve distinta desde aquí —dijo con melancolía el primer guardia.

Rin reconoció esa frase. La había aprendido en Sinegard. Era una antigua expresión mugenesa, algún tipo de aforismo que derivaba de un mito sobre un barquero que amaba a una mujer. Ella vivía en una estrella lejana, y él había construido un puente entre ambos mundos para por fin poder besarse.

«La luna se ve distinta desde aquí». Con eso el guardia expresaba su deseo de regresar a casa.

Los mugeneses siempre hablaban de Volver a su hogar. Rin los había oído decir eso cada vez que los había espiado. Hablaban de su hogar como si fuera un lugar que siguiese existiendo, como si la Isla del Arco fuera un paraíso hermoso al que pudieran regresar sin problema solo si los barcos llegaran a puerto. Hablaban sobre las madres, los padres, las hermanas y los hermanos que les esperaban en sus costas, como si, de algún modo, se hubieran podido librar de los abrasadores flujos piroclásticos.

—Será mejor que te acostumbres a esta luna —dijo el segundo guardia.

Cuanto más hablaban, más jóvenes parecían. Rin se imaginó sus caras. Sus voces la hacían pensar en extremidades desgarbadas y labios superiores con algo de vello. No podían ser mayores que ella. Debían de tener unos veinte años, tal vez incluso menos.

Le hubiera gustado no contar con esa vulnerabilidad. Si hubiera podido desprenderse de esa parte de su alma que ponía en peligro a Kitay y viceversa, lo habría hecho sin dudarlo.

Pero también era cierto que el hecho de que la vida de su amigo estuviese en juego la hacía luchar con más garra. Hacía que estuviera más atenta, que fuese más precavida, que estuviese menos dispuesta a asumir riesgos y más a atacar con contundencia y rapidez cuando fuese posible. Ya no luchaba movida por la rabia más absoluta. Luchaba para proteger a su amigo…, y había descubierto que eso lo cambiaba todo.

Kitay le dedicó un último asentimiento de cabeza, y luego desapareció detrás de las filas.

—¿Siempre se queda atrás? —le preguntó la oficial Shen.

A Rin le caía bien la oficial. Era oriunda de la Provincia del Mono y veterana de las dos últimas Guerras de la Amapola. Shen Sainang era brusca, eficiente y pragmática. Aborrecía las políticas de las facciones, lo que tal vez explicaba por qué era una de las pocas oficiales que se

habían ofrecido voluntarias para seguir a Rin en su primera batalla como comandante. Y la joven le estaba agradecida por ello.

No obstante, Shen era demasiado observadora. Siempre hacía demasiadas preguntas.

—Kitay no combate —dijo Rin.

—¿Por qué no? —le preguntó la oficial—. Acudió a Sinegard, ¿no?

El motivo era que Kitay era la única conexión de Rin con los cielos, que el joven tenía que estar en un lugar seguro y tranquilo para que su mente pudiera actuar como un conducto entre el Fénix y ella. También porque cada vez que Kitay acababa expuesto y vulnerable se multiplicaban las posibilidades de que Rin acabara muerta.

Ese era su gran secreto. Si el jefe militar del Mono descubría que Kitay era su ancla, conocería el único modo de matarla. Y Rin no confiaba lo suficiente en él ni en la Coalición Sureña como para ofrecerles esa baza.

—En Sinegard lo instruyeron para ser estratega —respondió Rin—, no soldado raso.

Shen no parecía convencida.

—Empuña la espada como si supiera usarla.

—Sí, y su mente es mucho más valiosa que su manejo de la espada —dijo Rin con brusquedad, zanjando el asunto. Señaló con la cabeza hacia Khudla—. Es la hora.

La adrenalina corrió por las venas de la esperiliana. Sintió el latido de su corazón en los oídos, como una cuenta atrás interna para la masacre. Al otro lado del perímetro de la aldea, ocho pares de ojos estaban puestos en Rin: ocho líderes de los escuadrones, que aguardaban en sus puntos de observación a la espera de la llamarada.

Por fin, Rin divisó una fila de tropas mugenesas que avanzaban hacia el campo. Había llegado el momento: el cambio de patrulla.

La joven alzó la mano izquierda y dio la señal: una pequeña llamarada de fuego que ardió en el aire a unos tres metros por encima de su cabeza antes de extinguirse.

Se produjo movimiento en el campo. Los soldados se adentraron en él desde los frentes norte y este. Salieron en bandada desde donde se habían ocultado en las orillas de los ríos, los barrancos y los bosques, como hormigas saliendo en tropel de su hormiguero. Rin lo observó todo satisfecha. ¿Qué más daba que sus columnas no fueran tan numerosas como las de la defensa? Los mugeneses no iban a saber ni por dónde empezar.

La esperiliana oyó una serie de silbidos de aviso, una clara señal de que cada uno de los escuadrones se había colocado en posición con éxito. Las tropas de la oficial Shen tomaron el este. Las del oficial Lin, el norte.

Rin asaltó la zona sur sola.

Los mugeneses no estaban listos. La mayoría habían estado durmiendo o preparándose para irse a la cama. Salieron a trompicones de sus tiendas de campaña y sus barracones mientras se frotaban los ojos. Rin estuvo a punto de romper a reír al ver cómo sus rostros se transformaban en expresiones uniformes de terror cuando se dieron cuenta de qué era lo que había caldeado tanto el aire nocturno.

Rin levantó los brazos. Unas alas resplandecientes de tres metros de altura brotaron de sus hombros.

Kitay había llegado a acusarla de ser demasiado extravagante, de sacrificar la efectividad por querer llamar la atención.

¿Acaso importaba eso? No había por qué ser sutil; todos sabían ya lo que era la joven. Y Rin quería que esa imagen se les quedara grabada en la retina, que lo último que vieran antes de morir fuera a una esperiliana y a su dios.

Los hombres se dispersaron delante de ella como si fueran gallinas asustadas. Uno o dos tuvieron el sentido común de arrojar sus espadas hacia ella. Sus movimientos estaban dominados por el pánico, y su puntería fue pésima. Rin continuó avanzando con las manos extendidas hacia fuera, envolviéndolo todo en fuego.

Fue entonces cuando comenzaron los gritos, y el éxtasis se apoderó de ella.

Rin había pasado mucho tiempo odiando lo que sentía al arder, odiando su fuego y a su dios. Pero eso ya había quedado atrás. Ahora podía admitir que le gustaba. Le gustaba dejar que sus instintos más básicos tomaran el control. Disfrutaba con ello.

No necesitaba pensar demasiado para aunar toda su rabia. Solo debía recordar los cadáveres en Golyn Niis. Los cadáveres en el laboratorio de investigación. A Altan ardiendo en el muelle, un final miserable para la vida miserable que le habían hecho vivir.

El odio era algo curioso. La corroía por dentro como si fuese veneno. Hacía que tensara cada músculo de su cuerpo, que la sangre en sus venas hirviera al rojo vivo haciéndole creer que la cabeza se le partiría en dos, y aun así servía para motivar todo lo que hacía. El odio era su combustible y, al carecer de cualquier otra cosa, la mantenía caliente.

En el pasado, Rin había hecho uso del fuego como si fuese un objeto contundente, había dejado que el Fénix la controlase como si ella misma fuese el arma y no al revés. En el pasado, solo había sabido actuar como un portal para ese torrente de fuego divino. Pero ese tipo de estallidos incontrolados solo eran útiles cuando se pretendía causar un genocidio. Las campañas para conseguir la liberación exigían precisión.

Había pasado semanas practicando con Kitay los entresijos de invocar el fuego. Había aprendido a darle la forma de una espada, a hacer restallar esas lenguas ardientes como si fuesen látigos, a moldearlo para que se moviese y se transformase en una entidad danzarina: en un león, en un tigre, en un fénix.

Había aprendido muchas formas de matar con el fuego. Lo que más le gustaba era atacar primero los ojos. Quemar extremidades hasta reducirlas a cenizas requería mucho tiempo. Sorprendentemente, el cuerpo humano podía soportar estar envuelto en llamas durante bastante rato, y Rin quería que los enfrentamientos fueran breves. En realidad, todo el rostro suponía un blanco excelente: el cabello ardía sin cesar, y las lesiones en la cabeza dejaban impedidos a los combatientes con más probabilidad que otras heridas más leves. No obstante, si apuntaba a los ojos, podía quemar las retinas, sellar los párpados o crear ampollas en la piel circundante. Eso le servía para cegar a sus oponentes en cuestión de segundos.

La joven detectó un rápido movimiento a su derecha. Alguien intentaba cargar contra ella.

El Fénix profirió una carcajada. «Qué osadía».

Medio segundo antes de llegar a alcanzarla, Rin abrió la palma de la mano apuntando hacia la cara del enemigo.

Los ojos del soldado explotaron uno detrás del otro. Un fluido viscoso le resbaló por las mejillas. Abrió la boca para gritar, y entonces Rin le hizo tragar unas llamaradas que le bajaron por la garganta.

Todo aquello hubiera sido grotesco si la joven hubiera considerado que sus adversarios eran

seres humanos. Pero no los consideraba personas, porque si algo le habían enseñado Altan y Sinegard era a compartimentarlo todo y abstraerse. «Aprende a mirar y no ver a un individuo, sino solo a un cuerpo. No hay alma ahí dentro. El cuerpo es simplemente una composición de distintos blancos de tiro, y todos ellos pueden arder con intensidad».

—¿Sabes de dónde provienen los mugeneses? —le había preguntado Altan una vez—. ¿Sabes qué tipo de raza son?

Habían estado recorriendo en barco el Murui en dirección a Khurdalain. La Tercera Guerra de la Amapola había empezado recientemente. Rin acababa de salir de Sinegard. Era estúpida e ingenua, una estudiante a la que le estaba costando hacerse a la idea de que ahora era una soldado. Altan se había convertido en su comandante, y ella se había aferrado a cada una de sus palabras. Tan encandilada estaba que apenas era capaz de formar una frase completa en su presencia.

La joven se dio cuenta entonces de que el esperiliano estaba esperando una respuesta, así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Están…, mmm, ¿emparentados con nosotros?

—Pero ¿sabes por qué?

Rin podría haberle repetido la respuesta de cualquier libro de texto. Por la migración provocada por las sequías o las inundaciones, por la aristocracia exiliada, por las guerras entre clanes que se remontaban a la época del Emperador Rojo. Nadie lo sabía a ciencia cierta. A Rin le habían enseñado un sinfín de teorías, todas plausibles. Sin embargo, la joven sospechaba que Altan no estaba realmente interesado en su respuesta, así que se limitó a negar con la cabeza.

Había dado en el clavo. Lo que él quería era contarle una historia.

—Hace mucho tiempo, el Emperador Rojo tenía una mascota —comenzó a relatar—. Era una monstruosidad, un simio muy inteligente que había encontrado en las montañas. Un mierdecilla feo y despiadado. ¿Conoces esa historia?

—No la conozco —susurró la joven—. Cuéntamela.

—El Emperador Rojo lo tenía encerrado en una jaula en su palacio —continuó—. De vez en cuando lo sacaba para exhibirlo ante sus invitados. Les gustaba contemplar cómo el simio mataba cosas. Metían cerdos y gallos en su jaula para observar cómo los desmembraba. Imagino que lo pasaban en grande. Hasta que un día la bestia se liberó de su jaula, mató a un ministro con sus propias manos, secuestró a la hija del Emperador Rojo y huyó de vuelta a las montañas.

—No sabía que el Emperador Rojo tenía una hija —respondió Rin de forma estúpida. Por algún motivo, ese le había parecido el detalle más llamativo. La historia solo mencionaba a los príncipes, a los hijos del Emperador Rojo.

—Nadie lo sabe. La borraría de los registros después de que sucediera eso. Su hija quedó embarazada de la bestia, pero no encontró ninguna forma de acabar con el feto en su vientre, no mientras estaba prisionera. Así que dio a luz a una pequeña camada de mediohombres y los crio en las montañas. Años más tarde, el Emperador Rojo envió a sus generales para que los expulsaran del Imperio, y ellos huyeron a la Isla del Arco.

Rin jamás había oído esa versión de la historia, pero tenía sentido. A los nikaras les gustaba comparar a los mugeneses con monos. Se referían a ellos como «mediohombres». Eran bajitos y

menudos, aunque, cuando la joven había visto por fin a un soldado de la Federación con sus propios ojos, no había sido capaz de diferenciarlo de un aldeano nikara.

Entonces, Altan hizo una pausa y contempló a la joven mientras aguardaba su réplica.

Sin embargo, Rin solo tenía una pregunta, una que no quería hacer en voz alta, porque sabía que Altan no conocería la respuesta.

«Si es verdad que son bestias, ¿cómo consiguieron masacrarnos?».

¿Quién decidía quiénes eran considerados humanos y quiénes no? Los nikaras también consideraban bestias a los esperilianos y los habían convertido en esclavos guerreros durante siglos. El enemigo nunca era humano…, eso podía entenderlo. Pero, si los mugeneses de verdad eran animales, entonces ¿cómo habían logrado salir victoriosos? ¿Significaba eso que, en este mundo, uno tenía que ser una bestia para sobrevivir?

Tal vez ninguno fuera realmente una bestia. Tal vez esa fuera la única forma de conseguir ser capaz de matar a alguien. Si se le arrebataba la humanidad a una persona, entonces era posible asesinarla. En Sinegard, el maestro de Estrategia, Irjah, les había enseñado una vez que, durante el fragor de la batalla, debían ver a sus oponentes como objetos, como partes abstractas y dispares, y no como un conjunto, porque eso haría que fuese más sencillo clavar una espada en un corazón palpitante. Pero, quizás, si pasara a considerar a alguien no como un objeto, sino como un animal, podría no solo cometer un asesinato sin pestañear, sino disfrutar de ello. Entonces, ese acto acababa resultando placentero en la misma medida que cuando se pisoteaba un hormiguero.

—Monos que violan a personas. Mocosos medio humanos. Bichos raros monstruosos. Salvajes estúpidos. —Altan pronunció esas últimas palabras con cierta amargura, y Rin pensó que quizás se debía a que esas eran las mismas palabras con las que otros lo habían descrito a él—. De ahí es de donde provienen los mugeneses.

Rin se abrió camino por el campamento en cuestión de minutos. Los mugeneses casi no opusieron resistencia. Los soldados a los que la joven se había enfrentado en Sinegard y Khurdalain estaban bien entrenados y letalmente armados, con hileras de espadas relucientes y un suministro interminable de armas químicas que lanzaban contra los núcleos civiles a su antojo. Sin embargo, estos soldados huían en lugar de luchar, y morían con una facilidad que la dejó pasmada.

Todo era demasiado sencillo, tanto que Rin tuvo que bajar el ritmo. Quería saborear ese desequilibrio de poder. «Antes era yo la víctima que gritaba, que suplicaba vuestra clemencia. Ahora sois vosotros los que os acobardáis ante mí».

La joven no debería haber bajado el ritmo.

Porque, una vez que lo hizo, se dio cuenta de lo poco preparado que estaba el enemigo. No parecían en absoluto soldados. Eran demasiado jóvenes.

El chico que tenía delante de ella empuñaba una espada, pero no la blandía. Ni siquiera intentó luchar, tan solo retrocedió a trompicones con los brazos levantados, suplicando piedad.

—No, por favor —repetía.

Tal vez se tratase del mismo guardia de antes. Hablaba con la misma voz aflautada y temblorosa.

—Por favor.

Rin no movió la mano, porque se había percatado de que el joven estaba hablando en nikara.

Se paró a analizarlo durante un minuto. ¿Sería nikara? ¿Sería un prisionero de guerra? No llevaba el uniforme mugenés, tal vez fuese un inocente…

—Por favor —repitió el chico—. No…

Su acento fue lo que selló su destino. Acortaba demasiado las palabras. Resultó que no era nikara, tan solo un inteligente soldado mugenés que creía que podría engañarla para que se apiadara de él.

—Arde —dijo Rin.

El chico cayó de espaldas. La joven vio cómo abría la boca, cómo se le retorcía el gesto en un grito lastimero mientras el rostro se le ennegrecía y solidificaba. Pero a Rin todo eso le daba igual.

Al final, siempre le resultaba sencillo ignorar lo que le dictaba el corazón. Daba igual el aspecto que tuvieran esos chicos. No eran nada, solo los monstruos que la joven había llegado a conocer. En esa guerra de totalidad racial, ninguno de ellos importaba. Si eran mugeneses, significaba que eran grillos y que ella podía aplastarlos con el pie, que el universo apenas notaría su ausencia.

Una vez, Altan la había obligado a contemplar cómo quemaba viva a una ardilla.

La había cazado para el desayuno con una simple trampa de red. Cuando la había recogido de entre los árboles seguía viva, y se había estado retorciendo bajo el agarre del esperiliano. No obstante, en lugar de partirle el cuello al animal, Altan había decidido enseñarle a Rin una lección.

—¿Sabes cómo mata exactamente el fuego a una persona? —le preguntó.

Rin negó con la cabeza. Había observado, en trance, cómo él invocaba el fuego entre las palmas de las manos.

Altan tenía un control extraordinario sobre la forma del fuego. Era como un titiritero, curvando como si nada las llamas para darles unas formas preciosas: ahora la de un ave volando, ahora la de un dragón serpenteando, ahora la de una figura humana, todas balanceándose dentro de la jaula que había formado con sus dedos, hasta que las extinguía cerrando las palmas.

Había cautivado a Rin. La joven había estado observando cómo los dedos de él bailaban a través del aire. La pregunta de Altan la había pillado con la guardia baja y, cuando habló, sus palabras sonaron torpes y estúpidas.

—¿Las mata con el calor? Es decir, mmm…

Altan curvó el labio hacia arriba.

—El fuego es un método muy ineficaz para matar. ¿Sabías que el momento de la muerte es en realidad bastante indoloro? El fuego consume todo el aire respirable alrededor de la víctima y la asfixia hasta que muere.

Rin parpadeó en su dirección.

—¿Y no es mejor que sea así?

—¿Por qué iba a ser mejor? Para infligir una muerte rápida, usas una espada. O una flecha. —Altan retorció unas llamaradas entre sus dedos—. No involucras a los esperilianos en una batalla a no ser que quieras aterrorizar al enemigo. Queremos que nuestras víctimas sufran antes. Queremos que ardan, y que lo hagan despacio.

Entonces, el joven tomó a la ardilla atrapada y la agarró por el centro con los dedos. El animal no pudo gritar, aunque Rin se imaginó que sí lo hizo. Sin embargo, sí que profirió pequeños jadeos temblorosos a medida que sus miembros fueron retorciéndose.

—Fíjate en la piel —le dijo Altan.

Una vez que la piel se hubo quemado, Rin pudo ver ligeramente el color rosa que había quedado debajo, que burbujeaba, chisporroteaba, se endurecía y ennegrecía.

—Primero, hierve. Luego comienza a desprenderse. Fíjate en el color. Una vez que se ha vuelto negro, y que ese tono se extiende, no hay nada que hacer para salvarlos.

Entonces, extendió la ardilla hacia ella.

—¿Tienes hambre?

Rin la miró a sus pequeños ojos negros, desorbitados y vidriosos, y el estómago le dio un vuelco. No sabía qué era peor, si el modo en el que el animal retorcía las patas mientras moría o el hecho de que la carne asada oliera tan terriblemente bien.

Para cuando Rin hubo terminado en el sector sur, el resto de sus soldados habían acorralado a los últimos disidentes mugeneses en un rincón en el distrito este de Khudla. Todos se hicieron a un lado para dejarla llegar hasta el frente.

—Te has tomado tu tiempo —le dijo la oficial Shen.

—Me he entretenido —respondió Rin—. Me estaba divirtiendo demasiado.

—La zona sur…

—Liquidada. —Rin se frotó los dedos, y la sangre seca de color negro que tenía pegada cayó al suelo—. ¿Por qué no los estamos atacando?

—Tienen rehenes dentro del templo —le explicó Shen.

Eso era inteligente. Rin contempló la estructura. Era uno de los mejores templos de una aldea que había visto en mucho tiempo, construido en piedra y no en madera. No ardería con facilidad, y la artillería mugenesa en el interior contaría con buenos puntos de observación en las plantas superiores.

—Van a acabar repeliéndonos a disparos —comentó Shen.

Y, como si quisieran dejarlo claro, un proyectil incendiario pasó volando por encima de ellos y explotó contra un árbol a unos diez pasos de donde los sureños se encontraban agazapados.

—Asaltemos el lugar —dijo Rin.

—Tememos que cuenten con gas.

—Si así fuera, ya habrían hecho uso de él.

—Podrían haber estado esperando a que llegarás tú —señaló Shen.

Aquello tenía su lógica.

—Pues, entonces, los haremos arder.

—No podemos conseguir que el fuego atraviese la piedra…

—No podréis vosotros. —Rin agitó los dedos en el aire. Un feroz dragón bailó alrededor de la palma de su mano. Entornó la vista hacia el templo mientras pensaba. Quedaba dentro de su alcance. Podía extender su fuego en un radio de cuarenta y cinco metros. Solo necesitaba conseguir que una llama se colara por una ventana. Una vez que hubiera llegado más allá de la piedra, su fuego se toparía con muchas cosas que quemar.

—¿Cuántos rehenes tienen? —preguntó la esperiliana.

—¿Acaso importa? —replicó Shen.

—A mí me importa.

Shen guardó silencio durante un momento y luego asintió.

—Puede que cinco o seis. No más de ocho.

—¿Son personas relevantes? —Las mujeres y los niños podían morir sin desencadenar muchas consecuencias, pero no los dirigentes locales.

—Por lo que tengo entendido, no. Los hombres de Souji se hallan en el otro extremo de la ciudad. Y él no tiene familia.

Rin repasó sus opciones una última vez.

Podía ordenar a sus *tropas que* asaltaron el templo, pero se producirían bajas, sobre todo si resultaba que al final los mugeneses sí que contaban con gas. El ejército sureño no se podía permitir ninguna muerte, ya que sus cifras eran bastante reducidas tal y como estaban.

Y el margen por el que venciera era importante. Esa guerra era una gran prueba para ella. Si volvía a casa, no solo victoriosa, sino tras haber sufrido unas bajas mínimas, el jefe militar del Mono tendría que proporcionarle un ejército. Conque la decisión estaba clara: no iba a regresar con solo la mitad de sus tropas.

—¿Quién más está al corriente de lo de los rehenes? —le preguntó Rin a Shen.

—Solo los que estamos aquí.

—¿Y los aldeanos?

—Hemos evacuado a todos los que hemos encontrado —le dijo la oficial, lo que se traducía en «nadie dirá nada sobre lo que has hecho».

Rin asintió.

—Saca de aquí a tus hombres. Alejaos, como mínimo, cien pasos. No quiero que ninguno de ellos inhale el humo.

Shen palideció.

—General…

La esperiliana elevó la voz.

—No ha sido una petición.

Shen asintió y echó a correr. En unos segundos, el terreno estuvo despejado. Rin se quedó sola en medio del patio. Se frotaba los dedos contra la palma de la mano.

«¿Puedes sentir esto, Kitay? ¿Puedes saber qué es lo que estoy haciendo?».

No había tiempo para dudas. Debía hacerlo antes de que los mugeneses se aventurasen al exterior para investigar a qué se debía el silencio.

Rin giró la palma de la mano hacia fuera. El fuego rugió. La joven dirigió el centro de la llamarada hacia los cerrojos de las puertas del templo. Vio cómo el metal se deformaba, retorciéndose hasta adquirir una forma irrompible.

Fue entonces cuando los mugeneses debieron de darse cuenta de lo que sucedía, porque alguien en el interior comenzó a gritar.

La esperiliana incrementó la temperatura para que el sonido de las llamas fuese más intenso y ahogara los gritos, pero estos atravesaban el muro de sonido. Era un agudo chillido de dolor. Tal vez correspondiese a una mujer o a un niño. Casi sonaba como si fuera de un bebé. Pero eso no significaba nada. Rin sabía cómo de agudo podía llegar a ser el grito de un hombre adulto.

Intensificó la fuerza de su llama, hizo que crepitara tanto que no le dejaba ni escuchar sus propios pensamientos. Aun así, el grito siguió penetrando en la pared de fuego.

La joven cerró los ojos con fuerza. Se imaginó a sí misma cayendo de espaldas hacia la calidez del Fénix, hacia ese espacio lejano en el que solo importaba la rabia. El ligero lamento comenzó a desvanecerse.

«Arde», pensó. «Cállate y arde».

2

—Bien hecho —le dijo Kitay.

Rin rodeó a su amigo con los brazos, lo estrechó con fuerza contra ella y alargó el abrazo durante un buen rato. A esas alturas ya debería haber estado más que acostumbrada a sus breves separaciones, pero dejar atrás a Kitay parecía ser cada vez más difícil.

Intentó convencerse a sí misma de que no solo se debía a que él era la única fuente de su poder, a que no solo la movía la egoísta preocupación de que, si a él le sucedía algo, ella pasaría a ser una inútil.

No, también se sentía responsable de él. O más bien, culpable de su destino. La mente de Kitay se tensaba como una cuerda entre el Fénix y Rin. Y entre la rabia, el odio y la vergüenza. El joven lo sentía todo. Evitaba que Rin sucumbiera a la locura y, a cambio, la esperiliana sometía a su amigo a ella. Nada de lo que Rin pudiese hacer iba a conseguir pagar esa deuda.

—Estás temblando —le dijo ella.

—Estoy bien —respondió Kitay—. No es nada.

—Me estás mintiendo. —Incluso bajo la mortecina luz del amanecer, Rin podía ver cómo le temblaban las piernas al chico. No estaba bien en absoluto. Apenas podía mantenerse en pie. Mantenían esa misma discusión después de cada batalla. Cada vez que Rin regresaba y presenciaba lo que sus actos habían ocasionado en Kitay, cuando veía el rostro pálido y desencajado del joven, y entonces sabía que para él todo eso había sido una tortura. No obstante, Kitay siempre lo negaba.

Rin habría limitado su uso del fuego si él se lo hubiese pedido. Pero el joven nunca lo hacía.

—Estaré bien —se corrigió el chico con gentileza. Después, señaló con la cabeza por detrás del hombro de su amiga—. Y tú estás llamando un poco la atención.

La esperiliana se dio la vuelta y vio a los supervivientes de Khudla.

Esa escena se repetía tantas veces que ya sabía lo que debía esperar.

Primero, los supervivientes avanzaron un poco, en grupos vacilantes. Susurraron con curiosidad y señalaron aterrorizados. Luego, cuando comprendieron que ese ejército no era mugenés, sino nikara, que no se trataba de la Milicia, sino de algo completamente nuevo, y que los soldados de Rin no habían ido hasta allí para sustituir a sus opresores, se envalentonaron algo más.

«¿Esa es la esperiliana?», preguntaron. «¿Eres tú la esperiliana?».

«¿Eres una de nosotros?».

Y entonces, los susurros adquirieron más volumen cuando la multitud comenzó a agolparse y los cuerpos rodearon a Rin. Hablaron sobre ella, sobre su raza, sobre su dios. Su leyenda ya había llegado a ese lugar. Rin podía oír cómo se extendía a través de la tierra.

La multitud alargó las manos para tocarla.

Rin sintió una opresión en el pecho. Se le había acelerado la respiración y cerrado la garganta.

La mano de Kitay la agarró con fuerza del brazo. No tenía ni que preguntarle qué sucedía. Ya lo sabía.

—¿Estás…? —comenzó el chico.

—No pasa nada —murmuró Rin—. No pasa nada.

Esas manos no eran las del enemigo. No corría peligro. Ella lo sabía, pero su cuerpo no. Respiró hondo y cambió el gesto. Tenía que interpretar su papel, no podía parecer la chica asustada que había sido en el pasado o la soldado exhausta que era ahora, sino la líder que necesitaban.

—Sois libres —les anunció. Le temblaba la voz a causa del cansancio. Carraspeó—. Idos.

Un silencio cayó sobre la multitud cuando vieron que Rin hablaba su idioma, no el nikara áspero del norte, sino el dialecto lento y fluido del sur.

Aun así, la contemplaron con cierto terror y asombro. Sin embargo, Rin sabía que ese tipo de miedo era de los que acababan transformándose en amor.

La esperiliana elevó la voz y volvió a hablar, esta vez sin ningún temblor.

—Id y contadles a vuestras familias que os han salvado. Decidles que los mugeneses ya no pueden haceros daño. Y cuando os pregunten quién rompió vuestras cadenas, decidles que la Coalición Sureña ha iniciado su marcha por el Imperio con el Fénix al frente. Decidles que vamos a recuperar nuestro hogar.

A medida que el sol ascendía en el cielo, Rin comenzó con la liberación de Khudla.

Se suponía que esa debía ser la parte divertida. Se suponía que comunicarles a los aldeanos agradecidos que sus antiguos invasores se habían convertido en humeantes montones de ceniza debía hacerla sentirse bien.

Sin embargo, Rin temía el momento de la liberación. Peinar una aldea semidestrozada en busca de supervivientes solo era otra forma más de presenciar hasta dónde llegaba la crueldad de la Federación. Prefería volver a estar en el campo de batalla a tener que enfrentarse a ese sufrimiento. No importaba que ya hubiera visto lo peor de lo peor en Golyn Niis, que hubiese presenciado lo peor que se le podía hacer a un cuerpo humano. Eso nunca se volvía fácil.

Para entonces, ya había aprendido que los mugeneses implementaban las tres mismas medidas cada vez que ocupaban una ciudad. Eran tres directivas tan claras y de manual que ella misma podría haber escrito un tratado completo sobre cómo someter a una población.

En primer lugar, los mugeneses acorralaban a todos los hombres nikaras que se resistieran a su ocupación, los conducían a los campos de exterminio y, una vez allí, o bien les disparaban, o bien los decapitaban. Lo más común era la decapitación. Las flechas eran recursos valiosos, y no siempre podían volver a recuperarse intactas. No asesinaban a todos los hombres del lugar, solo a

aquellos que amenazaban con causar disturbios. A los trabajadores los necesitaban.

En segundo lugar, los mugeneses o bien reconvertían la infraestructura de la aldea, o bien la tiraban abajo. Cualquier edificio robusto podía pasar a convertirse en los barracones de los soldados, y cualquier otro endeble lo tiraban abajo y lo convertían en leña. Cuando ya habían obtenido madera, registraban las casas en busca de mobiliario, mantas, objetos de valor y cerámica, con lo que luego amueblaban sus barracones. Eran muy eficientes a la hora de transformar las aldeas en cascarones vacíos. A menudo Rin encontraba a los aldeanos liberados hacinados en pocilgas, apiñados entre ellos para mantener el calor.

En tercer y último lugar, los mugeneses los obligaban a elegir a sus nuevos dirigentes locales. Al fin y al cabo, ¿qué podían hacer si no hablaban la lengua nativa y no conocían los matices de la política de la región? No podían reemplazar sin más a los dirigentes existentes, ya que eso podría acabar siendo un caos. Era mejor introducirse sutilmente en ese sistema. Conseguir que los matones de la zona hicieran el trabajo sucio por ellos.

Rin odiaba a los colaboracionistas nikaras. Para ella, sus crímenes eran casi peores que los de la Federación. Los mugeneses al menos estaban atacando a una raza enemiga, un instinto natural en una guerra. Pero los colaboracionistas ayudaban a los mugeneses a cometer asesinatos, a mutilar y a violar a sus semejantes. Eso era inconcebible. Imperdonable.

Rin y Kitay nunca se ponían de acuerdo en cómo lidiar con los colaboracionistas a los que habían capturado. Kitay se inclinaba por ser indulgente. Argumentaba que eran hombres desesperados, que solo habían intentado salvarse el pellejo. Que tal vez también se lo hubiesen salvado a otros aldeanos. «En ocasiones, el sometimiento te ahorra dolor. El sometimiento podría habernos salvado en Golyn Niis».

«Y una mierda», solía replicar Rin. El sometimiento era cobardía. La joven no sentía el más mínimo respeto hacia nadie que prefiriera morir antes que luchar. Quería que los colaboracionistas ardiesen.

Pero el asunto no estaba en sus manos. Los aldeanos siempre resolvían esos dilemas del mismo modo. En algún momento de la próxima semana, eso si no sucedía al día siguiente, acabarían arrastrando a los colaboracionistas hasta el centro de la plaza, les harían confesar y luego los desollarían, azotarían, apalearían o apedrearían. Rin nunca tenía que intervenir. El sur impartía su propia justicia. La catarsis de la violencia no había tenido lugar en Khudla, ya que era demasiado temprano por la mañana como para que se produjese una ejecución pública, y los aldeanos estaban demasiado hambrientos y agotados como para formar un tumulto, pero Rin sabía que no tardaría en oír los gritos.

Mientras tanto, tenía que encontrar a los supervivientes. Buscaba prisioneros. La Federación siempre tomaba rehenes: disidentes políticos, soldados demasiado obstinados como para poder ser controlados y demasiado útiles como para matarlos, o rehenes que esperaban que pudieran servirles para disuadir a sus futuros atacantes. A veces, los cadáveres estaban frescos. Podían haber muerto como un último acto de venganza por parte de los desesperados soldados mugeneses bajo asedio o haber acabado asfixiados debido al humo de las llamas de Rin.

Sin embargo, lo más habitual era que los encontrase con vida. No mataban a los rehenes que pudieran serles de utilidad.

Kitay dirigía a los soldados que registraban el extremo oriental del pueblo. Accedían a los edificios ocupados por los mugeneses que se habían librado de los mayores estragos de la

destrucción. El joven tenía un talento innato para encontrar supervivientes. Él mismo se había pasado semanas escondido en un sótano tapiado en Golyn Niis, encogido y con las rodillas pegadas al pecho mientras los soldados de la Federación sacaban a rastras a los soldados nikaras de sus escondites y los atravesaban con flechas en las calles. Kitay sabía a qué señales debía prestar atención: a lonas o a escombros apilados que parecieran estar fuera de lugar, a huellas difuminadas en el polvo, a ecos de una respiración superficial en mitad de un silencio temeroso.

Rin, completamente sola, se encargó de peinar los escombros calcinados.

Era una tarea que la joven temía, el hecho de tener que mover a un lado tablones chamuscados solo para encontrar cuerpos destrozados y ensangrentados, pero que aún respiraban. Muchas veces, esas personas ya no podían ser salvadas. La mitad de las ocasiones, Rin había sido la culpable de esa destrucción. Una vez que las llamas comenzaban a arder, costaba extinguirlas.

Aun así, tenía que intentarlo.

—¿Hay alguien aquí? —preguntaba sin parar—. Si estás por aquí, haz ruido. Cualquier ruido. Te escucho.

Registró cada sótano, cada solar y cada pozo abandonado. Gritó muchas veces en busca de supervivientes y se aseguró de estar escuchando con atención entre aquel silencio reverberante. Debía de ser un destino horrible estar encadenado y morir lentamente de hambre, o acabar asfixiado hasta la muerte, solo porque tu aldea hubiese sido liberada y los supervivientes se hubiesen olvidado de ti. A Rin se le humedecieron los ojos al pasar por un almacén de grano quemado. Dudaba que fuera a encontrar algo allí, dado que ya se había topado con dos cadáveres, pero aguardó un momento antes de marcharse. Solo por si acaso.

Su paciencia se vio recompensada.

—Aquí al fondo —la llamó una voz.

Rin prendió una llama sobre la palma de su mano para iluminar la pared del fondo del almacén. No podía ver nada salvo los sacos vacíos de grano. Se acercó un poco más.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Souji. —La joven oyó el tintineo de las cadenas—. Seguramente sea el hombre al que estáis buscando.

Rin acabó convencida de que no se trataba de una emboscada. Conocía ese acento plano y rústico. Ni los mejores espías mugeneses sabían imitarlo. A todos ellos los entrenaban para que solo hablasen el brusco dialecto sinegardiano.

La joven atravesó la estancia hasta llegar al otro extremo del almacén, se detuvo e intensificó su llamarada.

Su primer objetivo en Khudla había sido conseguir la liberación. Su segundo objetivo era localizar a Yang Souji, el afamado líder rebelde y héroe local que, hasta hacía poco, había estado combatiendo contra los mugeneses al sur de la Provincia del Mono. Cuanto más se había aproximado Rin a Khudla, más mitos y rumores había oído sobre él. Yang Souji tenía una vista con la que llegaba a ver a quince mil metros de distancia. Podía hablar con los animales. Sabía cuándo se acercaban los mugeneses porque los pájaros se lo advertían. Su piel era inmune a todo tipo de metal: espadas, puntas de flecha, hachas, lanzas.

El hombre que se encontraba encadenado al suelo no era ninguna de esas cosas. Parecía sorprendentemente joven. No podía ser más que un par de años mayor que Rin. Le había salido una barba rala por todo el cuello y la barbilla, lo que era indicativo de cuánto tiempo llevaba

encadenado. Sin embargo, estaba sentado con la espalda recta y los hombros echados hacia atrás, con la mirada brillante bajo la luz del fuego.

A su pesar, a Rin le resultó inesperadamente atractivo.

—Conque tú eres la esperiliana —dijo él—. Creía que serías más alta.

—Y yo que tú serías mayor —replicó ella.

—Así que ambos somos una decepción. —Souji agitó sus cadenas en dirección a la esperiliana—. Sí que has tardado. ¿De verdad te ha llevado toda la noche?

Rin se agachó junto al joven y comenzó a manipular los candados.

—¿Y no piensas darme las gracias?

—¿Vas a hacer eso con una sola mano? —preguntó Souji con escepticismo.

La esperiliana tanteó el cierre con una ganzúa.

—Mira, si vas a…

—Dame eso. —El joven le arrebató la ganzúa de entre los dedos—. Limítate a levantar el candado para que pueda verlo e ilumíname un poco… Ahí.

Mientras Rin lo contemplaba tantear el cierre con gran destreza, no pudo evitar sentir una punzada de celos. Aún le afectaba que cosas tan simples como forzar una cerradura, vestirse o llenar su cantimplora se hubieran vuelto tan terriblemente complicadas para ella de la noche a la mañana.

Había perdido la mano en un absurdo giro de los acontecimientos. Ojalá hubieran tenido entonces una llave cerca. Ojalá hubieran podido robar una puta llave.

A Rin le picaba el muñón. Apretó los dientes, dispuesta a no rascárselo.

Souji abrió la cerradura en menos de un minuto. Sacudió las manos para liberarlas y dejó escapar un suspiro mientras se frotaba las muñecas. Entonces, se agachó para ocuparse de las cadenas alrededor de sus tobillos.

—Así está mejor. ¿Puedes iluminarme un poco más?

Rin acercó la llama al candado con cuidado de no quemarle la piel al chico.

Se percató de que a Souji le faltaba la punta del dedo corazón de la mano derecha. No parecía que lo hubiese perdido en un accidente, ya que también le faltaba la de la mano izquierda.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —le preguntó Rin.

—Los dos primeros hijos que tuvo mi madre murieron siendo bebés —le explicó—. Ella creía que los dioses se los habían arrebatado por ser una monada. Así que, cuando llegué yo al mundo, me arrancó la punta de estos dos dedos. —Agitó la mano izquierda en dirección a Rin—. Todo para hacerme menos atractivo.

Rin resopló.

—Los dioses no quieren dedos.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Dolor —respondió la joven—. Dolor y tu cordura.

Souji abrió el candado, se quitó las cadenas y se puso en pie.

—Supongo que tú lo sabrás mejor que nadie.

Después de que todos los posibles supervivientes hubieran sido rescatados de entre los escombros, las tropas de Rin se lanzaron sobre el campo de batalla como buitres.

La primera vez que los soldados recién alistados de la Coalición Sureña habían ido en busca de provisiones tras una batalla, habían sido reacios a tocar los cadáveres. Habían sido supersticiosos, les había asustado hacer enfadar a los fantasmas vengativos de los muertos que no habían sido enterrados y que no podían volver a sus hogares. Ahora saqueaban los cadáveres con una gran indiferencia, arrebatándoles cualquier cosa de valor. Buscaban armas, piel, telas limpias (los uniformes mugeneses eran azules, pero ese tono podía teñirse fácilmente) y, lo más preciado para ellos, zapatos.

Las tropas de la Coalición Sureña habían sufrido terriblemente a causa de su calzado de mala calidad. Habían luchado en sandalias de esparto. También de algodón, si las encontraban de ese material, aunque esos zapatos eran más parecidos a unas pantuflas, cosidas semanas antes de la batalla por sus mujeres, madres y hermanas. La mayoría de ellos combatían con un calzado de paja trenzada que se rompía a mitad de la marcha, deshaciéndose en el barro pegajoso, y sin proporcionales ninguna protección contra el frío.

Sin embargo, los mugeneses habían llegado desde el mar Nariin con botas de piel, elegantes, sólidas, cálidas e impermeables. Los soldados de Rin se habían acostumbrado a desatar los cordones, arrancar las botas de los pies inertes y lanzarlas a las carretillas para repartirlas más tarde según la talla de cada uno.

Mientras los soldados de Rin peinaban los campos, Souji la condujo hacia el antiguo despacho del que había sido el principal responsable del pueblo, que los mugeneses habían convertido en su cuartel general. El joven iba haciéndole comentarios sobre las ruinas por las que pasaban, como si fuese un anfitrión contrariado que pedía disculpas por el estado desastroso en el que se encontraba su morada.

—Hace unos meses tenía mucho mejor aspecto que ahora. Khudla es una buena aldea. Contaba con algunos preciosos edificios históricos hasta que los tiraron todos abajo para conseguir leña. Y esas barricadas las hicimos nosotros mismos —dijo algo malhumorado, señalando hacia los sacos de arena que había alrededor del cuartel general—. Ellos nos las robaron.

Para haber sido una simple defensa pueblerina, las barricadas de Souji estaban sorprendentemente bien construidas. Había dispuesto los fortines igual que habría hecho Rin: con las estacas de madera clavadas en el suelo para conseguir formar un entramado para introducir hileras de sacos de arena. A la joven le habían enseñado esa técnica en Sinegard. Rin se percató de que esas defensas habían sido construidas siguiendo las directrices de la Milicia.

—Entonces, ¿cómo lograron cruzarlas? —preguntó la joven.

Souji miró a Rin como si esta fuese idiota.

—Contaban con gas.

Conque la oficial Shen había estado en lo cierto. Rin sintió un repentino escalofrío al imaginarse el impacto de los nocivos gases amarillos sobre los civiles desprevenidos.

—¿Con cuánta cantidad?

—Solo con un frasco —dijo Souji—. Creo que lo estaban reservando, porque no lo emplearon la primera vez que aparecieron por aquí. Esperaron hasta el tercer día de combate, cuando nos tenían a todos acorralados en el mismo lugar, detrás de la barricada. Fue entonces cuando lo lanzaron por encima del muro. No tardamos en desmoronarnos después de eso.

Habían llegado al cuartel general. Souji probó a abrir la puerta y lo consiguió sin problemas.

No quedaba nadie para cerrarla desde dentro.

La comida estaba desperdigada sobre la mesa que ocupaba el centro de la sala de reuniones. Souji tomó un panecillo de trigo, le dio un bocado y luego lo escupió.

—Qué asco.

—¿Qué pasa? ¿Demasiado duro para tu gusto?

—No. Le han puesto demasiada sal. Asqueroso. —Souji lanzó el panecillo de vuelta a la mesa —. Los panecillos no deben llevar sal.

A la esperiliana se le hizo la boca agua.

—¿Tenían sal?

Rin llevaba semanas sin probar ese condimento. La mayoría de la sal del Imperio se importaba de las cuencas de la Provincia del Perro, pero aquellos acuerdos comerciales habían concluido de manera terminante durante la guerra civil de Vaisra. Al este, en la árida Provincia del Mono, el ejército de Rin había estado subsistiendo a base de pastosas gachas de arroz y verduras cocidas. Se rumoreaba que había un par de tarros de pasta de soja fermentada escondidos en las cocinas de Ruijin, pero, si existían, Rin jamás los había visto ni probado.

—La sal era nuestra —aclaró Souji. Se agachó para examinar el contenido del barril—. Parece que se han comido la gran mayoría. Solo queda un puñado.

—Lleva eso al comedor público. Lo compartiremos con todos. —Rin se inclinó sobre el escritorio del comandante. Había documentos esparcidos por toda la superficie. La joven encontró anotadas las cifras de sus tropas, los registros de las raciones de comida y cartas escritas en una letra garabateada y desordenada que apenas lograba leer. De vez en cuando sí que podía distinguir algunas palabras. «Esposa». «Hogar». «Emperador».

Tomó todas las cartas y formó con ellas una pila ordenada. Kitay y ella las revisarían más tarde, comprobarían si contaban con alguna noticia relevante sobre los mugeneses. Pero seguramente esas cartas eran de hacía meses, como toda la correspondencia que habían encontrado. Todo general mugenés muerto conservaba cartas del continente en su escritorio, como si releer esos caracteres en su propio idioma pudiera mantener su conexión con una patria que debían de ser conscientes de que había desaparecido.

—¿Estaban leyendo a Sun Tzu? —Rin tomó el delgado volumen. Una edición nikara, no una traducción—. ¿Y a Bodhidharma? ¿De dónde han sacado esto?

—Esos libros eran míos. Los robé de la biblioteca de Sinegard hace mucho tiempo. —Souji le arrebató el cuadernillo de las manos—. Me los llevo conmigo allá a donde voy. Esos capullos no habrían podido sacar nada en claro de ellos.

Rin lo contempló, sorprendida.

—¿Te graduaste en Sinegard?

—No llegué a graduarme. Pasé allí dos años. Entonces llegó la hambruna y me marché a casa. Jima no me dejó volver cuando regresé. Aun así, necesitaba algo de dinero, así que me alisté en la Milicia.

Conque Souji había aprobado el keju. Eso era algo poco habitual para alguien con sus orígenes. Y Rin lo sabía de primera mano. Contempló al chico con gran respeto.

—¿Y por qué no te dejaron volver?

—Porque consideraron que, si me había marchado una vez, volvería a hacerlo. Que siempre pondría a mi familia por delante de mi carrera militar. Supongo que estaban en lo cierto. Habría

desertado en cuanto me hubiese enterado de lo de la invasión mugenesa.

—¿Y ahora qué?

—Toda mi familia está muerta. —La voz del joven no transmitía nada—. Murieron el año pasado.

—Lo lamento. ¿Fue cosa de la Federación?

—No, fue por la inundación. —Souji se encogió de hombros—. Por lo general, se nos da bastante bien predecir cuándo se va a producir una. No cuesta mucho interpretar el clima si sabes lo que estás haciendo. Pero esa vez no pudimos hacerlo. Fue cosa de los hombres.

—Fue la emperatriz la que rompió los diques —dijo Rin automáticamente. Chaghan y Qara parecían ya un recuerdo lejano en su memoria, tanto que era capaz de soltar esa mentira sin esfuerzo. Era mejor que Souji no supiera que los Cike, su antiguo regimiento, habían causado deliberadamente la inundación que había acabado con la vida de su familia.

—Rompió los diques para frenar a un enemigo al que ella misma había invitado. —La voz de Souji adquirió un toque de amargura—. Lo sé. Yo había aprendido a nadar en Sinegard. Pero ellos no. Ya no queda nada de lo que antes era mi aldea.

Rin sintió una punzada de culpa. Había hecho todo lo posible por ignorarla. No tenía que ser ella quien cargase con la culpa de esa atrocidad en particular. La inundación había sido cosa de los mellizos, un acto de guerra medioambiental para ralentizar el avance por tierra de la Federación.

¿Quién podía decir si eso había funcionado o si acaso importaba? Ya estaba hecho. La única forma de vivir con las transgresiones que una misma había cometido, tal y como había aprendido Rin, era encerrándolas bajo llave en su mente y dejándolas suspendidas en ese abismo.

—¿Por qué no los hiciste saltar por los aires y ya está? —preguntó Souji con brusquedad.

Rin parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Cuando le pusiste fin a la guerra. Cuando la Isla del Arco se vio envuelta en humo. ¿Qué es lo que te frena para que no hagas lo mismo en el sur?

—La prudencia —respondió ella—. Si los hago arder, quemaré a todo el mundo. El fuego a esa escala no discrimina. Un genocidio en masa en nuestro propio territorio provocaría…

—No necesitamos un genocidio en masa. Con uno pequeño nos basta.

—No sabes qué es lo que estás pidiendo. —Rin se dio la vuelta, ya que no quería tener que mirarlo a los ojos—. Hasta los incendios más pequeños hieren a personas a las que no deberían.

La esperiliana se había hartado de responder a esa pregunta. Eso era lo que todo el mundo quería saber, por qué no podía chasquear los dedos e incinerar a todo el campamento mugenés igual que había hecho con toda su isla. Si había borrado del mapa a toda una nación una vez, ¿por qué no podía repetirlo? ¿Por qué no podía acabar con esa guerra en cuestión de segundos? ¿No era ese el siguiente paso natural?

Rin deseaba ser capaz de hacerlo. En ocasiones, lo único que deseaba con todo su ser era lanzar llamaradas de fuego abrasador por todo el sur, erradicar a los mugeneses del mismo modo en el que se limpiaba un campo de cultivos echados a perder, sin reparar en los daños colaterales.

Sin embargo, cada vez que sentía ese deseo en su interior, se encontraba de nuevo con aquel veneno negro y palpitante que le había inundado la mente: el regalo de despedida de Su Daji, el Sello que le bloqueaba el acceso directo al Panteón.

Tal vez fuese una bendición que su mente siguiera bloqueada por el Sello, que se viera obligada a usar a Kitay como un conducto para su poder. Su amigo la mantenía *cuerda.* Estable. La dejaba invocar el fuego, pero solo en ráfagas selectivas y limitadas.

Sin Kitay, a Rin le aterrorizaba lo que fuera capaz de hacer.

—Si yo fuera tú —le dijo Souji—, me habría deshecho ya de todos ellos. Una sola llamarada y limpiaría todo el sur. A la mierda la prudencia.

La esperiliana le lanzó una mirada burlona.

—Así solo conseguirías morir tú también.

—Mejor —respondió el joven, y parecía decirlo en serio.

Rin sintió que el sol tardó una eternidad en ponerse. Veinticuatro horas atrás, había dirigido a sus tropas a la batalla por primera vez. Esa misma tarde, había liberado una aldea. Ahora le dolía a rabiar la muñeca, le temblaban las rodillas y sentía un dolor de cabeza punzante detrás de los ojos.

Era incapaz de silenciar el recuerdo de ese grito en el templo. Y necesitaba poder silenciarlo.

Cuando regresó a su tienda de campaña, sacó un paquete de opio del fondo de su zurrón de viaje e introdujo una piedra en la pipa.

—¿Tienes que hacer eso? —le preguntó Kitay. Realmente no era una pregunta. Ya habían mantenido esa discusión miles de veces antes, y siempre acababan sin resolver nada. Su amigo se veía obligado a expresar su desagrado. A esas alturas, esa escena se había convertido en una costumbre.

—No es asunto tuyo —respondió la joven.

—Tienes que dormir. Llevas casi cuarenta y ocho horas en pie.

—Dormiré después. No puedo relajarme sin hacer esto.

—Huele fatal.

—Pues vete a dormir a otra parte.

En silencio, Kitay se levantó y salió de la tienda de campaña.

Rin no quiso mirar cómo se iba. Levantó la pipa para llevársela a la boca, prendió la cazoleta con el fuego de sus dedos e inhaló hondo. Después, se tumbó de lado y se llevó las rodillas al pecho.

En cuestión de segundos, pasó a ver el Sello: algo vivo y palpitante, tan cargado del veneno de la Víbora que bien podría haber estado Su Daji allí mismo, en la tienda de campaña con ella. Antes, Rin solía maldecir el Sello, cargaba inútilmente contra la impenetrable barrera de veneno que no abandonaba su mente.

Sin embargo, ahora le había encontrado una mejor utilidad.

La joven se acercaba a los relucientes caracteres a la deriva. El Sello se inclinaba hacia ella, se abría y se la tragaba. Entonces, experimentaba un breve momento de ceguera, de una oscuridad aterradora, y luego acababa en una sala oscura sin puertas ni ventanas.

El veneno de Daji estaba hecho de deseo, de las cosas por las que Rin mataría, cosas que añoraba hasta el punto de sentir que podría morir por ellas.

Justo a tiempo, Altan se materializó.

En el pasado, Rin lo había temido mucho. Había sentido un pequeño aguijonazo de miedo cada vez que lo había mirado a la cara, y eso era algo que le gustaba. Cuando el esperiliano estaba

vivo, la joven nunca había estado segura de si iba a acariciarla o a estrangularla. La primera vez que lo había visto dentro del Sello, Altan había estado a punto de convencerla para que lo siguiera hasta el olvido. No obstante, ahora, Rin había conseguido contenerlo dentro de su mente, tenerlo bajo un firme control, y él solo le hablaba cuando ella quería que lo hiciese.

Aun así, el miedo no desaparecía. La joven no podía evitarlo, y tampoco era que quisiera que desapareciera.

Necesitaba que existiera alguien que todavía pudiera infundirle temor.

—Aquí estás. —Altan alargó una mano para acariciarle la mejilla—. ¿Me has echado de menos?

—Retrocede —le dijo Rin—. Y siéntate.

Altan puso las manos en alto y obedeció. Se cruzó de piernas sobre el suelo oscuro.

—Lo que tú digas, querida.

Rin se sentó frente a él.

—Anoche asesiné a decenas de personas. Probablemente algunas fueran inocentes.

El esperiliano ladeó la cabeza.

—¿Y cómo te hizo sentir? —Su tono era completamente neutral, sin atisbo de crítica.

Aun así, Rin sintió una punzada en el pecho, una opresión tóxica ya conocida para ella, como si sus pulmones se estuviesen erosionando bajo el peso de la culpa. Espiró para intentar mantener la calma. Altan seguiría bajo su control siempre y cuando Rin se mantuviese calmada.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—¿Y por qué habría hecho eso yo, pequeña?

—Porque eras despiadado —respondió Rin—. Basabas tus estrategias en las cifras. Hubieras sabido que era eso lo que tenías que hacer. No podrías haberte jugado a tus tropas. Los soldados tienen más valor que los civiles. Son puras matemáticas.

—Ahí está. —Altan le dedicó una sonrisa condescendiente—. Hiciste lo que tenías que hacer. Eres una heroína. ¿Lo disfrutaste?

Rin no mintió. ¿Por qué iba a hacerlo? Altan era su secreto, producto de su imaginación, y nadie podría saber nunca lo que le había dicho en ese espacio. Ni siquiera Kitay.

—Sí.

—Muéstramelo —le pidió Altan. Por su rostro pasó una sombra de ansia—. Muéstramelo todo.

La esperiliana dejó que lo viera. Lo revivió todo, segundo a segundo, con gran detalle. Le mostró cómo los cuerpos se habían doblado sobre sí mismos. El balbuceo de las voces aterradas que le habían suplicado clemencia («No, no, por favor, no»). El templo que se había transformado en una columna de llamas.

—Bien —declaró Altan—. Eso está muy bien. Enséñame más.

La joven recordó las cenizas, los huesos blancos inmaculados que sobresalían de entre las pilas negras carbonizadas. Jamás lograba quemar los huesos del todo, por mucho que lo intentara. Siempre se conservaba algún fragmento.

Rin permaneció en ese espacio durante otro minuto más para permitirse sentir, sentirlo todo: la culpa, el remordimiento, el horror. Solo podía permitirse hacer eso en ese lugar, donde nada de aquello la debilitaba, donde esos sentimientos no le hacían querer arrastrarse por el suelo y arrancarse la piel de los antebrazos y los muslos a tiras.

Entonces, dejó estar todos esos recuerdos. Los enterró allí, donde no podrían volver a atormentarla.

Después de todo eso, siempre se sentía muy limpia. Como si el mundo estuviese cubierto de manchas y cada enemigo que reducía a cenizas contribuyera a hacerlo todo un poco más puro.

Era tanto su absolución como su penitencia. Una vez que se había autoflagelado mentalmente, una vez que había rememorado sus atrocidades en bucle hasta que las imágenes habían perdido su significado, entonces consideraba que ya les había presentado a los muertos el respeto que merecían. No les debía nada más.

La joven abrió los ojos. El recuerdo de Altan amenazaba con resurgir entre sus pensamientos, pero se obligó a sí misma a contenerlo. Solo podía aparecérsele cuando ella se lo permitiera, cuando ella quisiera verlo.

En el pasado, sus recuerdos de Altan habían estado a punto de hacerle enloquecer. Ahora, su compañía era una de las pocas cosas que la mantenían cuerda.

Cada vez le resultaba más sencillo bloquearlo. Había aprendido a dividir su mente en compartimentos estancos y prácticos. Podía bloquear pensamientos. Podía suprimir recuerdos. La vida era mucho más sencilla cuando lograba bloquear esa parte de su ser que la hacía agonizar por lo que había hecho. Y siempre y cuando mantuviera esas partes de su mente separadas (la parte que sentía dolor alejada de la parte que libraba guerras), Rin estaría bien.

—¿Crees que van a unirse a nosotros? —le preguntó Kitay.

—No estoy segura —le contestó Rin—. Hasta el momento, han sido un poco hoscos con respecto a todo. Los muy desagradecidos.

Ambos estaban contemplando con los brazos cruzados cómo los hombres que se autodenominaban los Lobos de Hierro sacaban del centro del pueblo los restos de escombros que podían reutilizarse.

Los Lobos de Hierro eran las tropas de Souji. Habían sobrevivido a la ocupación de Khudla en mayor número de lo que Rin había imaginado. Sus cifras ascendían a casi quinientos hombres. Eso era un alivio. El ejército sureño necesitaba desesperadamente nuevos soldados, pero costaba mucho encontrar reclutas adecuados en las aldeas ocupadas por los mugeneses. La mayoría de los hombres jóvenes dispuestos a luchar ya se hallaban enterrados en los campos de exterminio. Los afortunados supervivientes eran demasiado jóvenes o demasiado viejos (o estaban demasiado asustados) como para ser buenos soldados.

Sin embargo, los Lobos de Hierro de Souji eran hombres fuertes y sanos con sobrada experiencia en combate. Hasta el momento, habían actuado como los protectores itinerantes de las zonas rurales de la Provincia del Mono. Muchos habían acabado huyendo hacia los bosques tras la caída de Khudla. Ahora, habían regresado en masa. No cabía duda de que serían unos soldados excelentes, pero la pregunta era si se les podría persuadir de unirse a la Coalición.

Rin no las tenía todas consigo. De momento, los Lobos de Hierro no habían mostrado la más mínima gratitud a sus liberadores. De hecho, las operaciones de rescate habían acabado en una acalorada disputa. Los hombres de Souji eran horriblemente territoriales y reticentes a aceptar órdenes que no procedieran directamente de él mismo. Daba la sensación de que les molestaba que llegara otra persona a reclamar el título de salvador. Kitay ya había mediado en tres

discusiones sobre la asignación de recursos entre los Lobos de Hierro y los soldados de la Coalición Sureña.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó de pronto Rin.

La esperiliana señaló hacia la zona en cuestión. Dos de los soldados vestidos de amarillo de Souji marchaban hacia el campamento, cargando con sacos de arroz.

—Ah, mierda. —Kitay parecía exasperado—. Otra vez con lo mismo.

—¡Eh! —Rin se levantó y se colocó las manos alrededor de la boca para proyectar el sonido —. ¡Vosotros! Deteneos ahí.

Los soldados siguieron avanzando como si no la hubieran oído. Rin tuvo que correr tras ellos mientras gritaba hasta que por fin se detuvieron.

—¿Adónde vais con eso? —exigió saber la esperiliana.

Ambos hombres intercambiaron una mirada de manifiesta irritación. El más alto fue el que habló:

—Souji nos ha ordenado que llevemos algo de arroz a las tiendas de campaña.

—Hemos montado un comedor comunitario —señaló Rin—. Podéis comer allí. Es donde van a parar todos los víveres que obtenemos. Los equipos de recolección tienen órdenes de…

El más bajito la interrumpió.

—Bueno, verá, es que no aceptamos sus órdenes.

Rin parpadeó.

—He sido yo quien ha liberado este lugar.

—Y ha sido muy amable por su parte, señorita. Pero esta ciudad está ahora bajo nuestro control.

La dejó de piedra que ambos se colgaran los sacos de arroz al hombro y se marcharan con insolencia sin dedicarle siquiera una última mirada de desdén.

«Os tendré que enseñar a que escuchéis». A Rin le latía la palma de la mano a causa del calor. Levantó el puño, apuntó con él hacia las espaldas de los soldados…

—No. —Kitay la agarró por la muñeca—. No es el momento de provocar una pelea.

—Deberían tenerme miedo —gruñó la joven—. Menudo descaro…

—No puedes ponerte así ante la estupidez humana. Déjalos. Si queremos que estén de nuestro lado, no puedes ir por ahí quemándoles las pelotas.

—¿Qué cojones les está diciendo Souji a sus hombres? —dijo Rin entre dientes—. ¡Sabe perfectamente que soy yo la que está al mando!

—Dudo que sea eso lo que les haya dicho.

—Pues entonces se van a enterar por las malas.

—Aunque tienes razón, no tienes que convencer a los soldados —dijo Kitay—. A quien hay que convencer es a Souji. Él es el problema.

—Debería haberlo dejado en ese almacén —masculló Rin—. O simplemente podríamos matarlo ahora mismo.

—No sería fácil —dijo el chico sin inmutarse. Rin sugería tan a menudo que cometieran asesinatos que Kitay había aprendido a restarle importancia—. Sería muy sospechoso que sucediera eso precisamente ahora. Sin duda, con eso solo conseguiríamos perder a sus hombres. Podrías intentar hacer que pareciera un accidente, pero hasta eso sería difícil de vender. Souji no es de los que van por ahí cayéndose por acantilados.

—Entonces tendremos que minar su autoridad —comentó la esperiliana—. Bajarlo de su pedestal.

Pero ¿cómo? La joven se paró a considerarlo durante un momento. Desacreditarlo sería demasiado complicado. Esos hombres adoraban a Souji. No iba a ser capaz de romper esos lazos de la noche a la mañana.

—No es necesario hacer eso —dijo Kitay—. No se le corta la cabeza a la serpiente si lo que se pretende es domarla. Solo hay que convencerlo de qué es lo que más le conviene.

—¿Y cómo hacemos eso?

El joven le dedicó una mirada divertida.

—Creo que a ti eso se te da bastante bien.

Rin se frotó el muñón de la muñeca contra la palma de su mano buena.

—Entonces, iré a charlar largo y tendido con él, ¿te parece?

Kitay soltó un suspiro.

—Pórtate bien.

—¿A qué debo este honor? —le preguntó Souji. Estaba de cuclillas junto a la hoguera, comiéndose un cuenco de arroz blanco humeante que olía mucho mejor que el contenedor de gachas de cebada del comedor comunitario.

—Levanta —le espetó Rin—. Vamos a dar un paseo.

—¿Para qué?

—Para tener algo de privacidad.

Souji entrecerró los ojos. Debía de saber qué era lo que le esperaba, porque le dedicó un casi imperceptible movimiento de cabeza a uno de los Lobos de Hierro que tenía más cerca. Con ese gesto quería decir: «Déjanos solos. No me pasará nada».

Sus hombres dieron media vuelta y se marcharon. Souji se puso en pie.

—Muy bien, princesa. Daré un paseo contigo.

Rin arrugó la nariz.

—¿Princesa?

—¿No has estudiado en Sinegard? ¿No has formado parte de la élite en la Milicia? Para mí, eso es ser de la realeza.

No hizo que sonara como un cumplido. Rin prefirió no responderle. Se mordió la lengua hasta que se adentraron bastante en el bosque, donde nadie en el campamento pudiera oírlos. Tal vez pudiera dejar que Souji conservase su dignidad delante de sus hombres. Quizás así no se tomara tan mal el tener que recibir órdenes.

La esperiliana intentó comenzar de manera diplomática.

—Seguro que ya te habrás dado cuenta de que contamos con hombres y recursos de los que vosotros carecéis.

—Espera. —Souji levantó una mano—. Sé qué es lo que quieres. No vamos a unirnos a ninguna coalición. Vuestra guerra no es mi problema.

Rin resopló.

—Ayer no tuviste ningún reparo en aceptar nuestra ayuda.

—Los mugeneses sí que son mi problema. Pero no finjas que todo esto tiene que ver con la

Federación. Tu Coalición Sureña quiere ir a por la República, y eres una idiota si crees que me voy a involucrar en algo así.

—Pronto no te quedará otra opción. Yin Vaisra…

Souji puso los ojos en blanco.

—A Vaisra le damos igual.

—No le daréis igual —insistió la joven—. ¿Crees que se detendrá después de haber conquistado el norte? He conocido a los hesperianos, he visto sus inventos. No se detendrán hasta que hayan erigido una de sus iglesias en cada una de nuestras aldeas…

Souji se hurgó entre los dientes con la uña del meñique.

—Las iglesias no matan a nadie.

—Fomentan ideologías que sí que lo hacen.

—Venga ya, te estás agarrando a un clavo ardiendo…

—¿Eso crees? Ya he lidiado con ellos en el pasado, ¿y tú? No, te arrepentirás de lo que estás diciendo cuando todos vosotros estéis bajo el domino de los hesperianos. He hablado con ellos. Sé qué opinan de nosotros. Nada de esto, nuestras aldeas, nuestra gente, nuestra libertad, sobrevivirá bajo el orden mundial que pretenden implantar.

—No me hables de supervivencia —estalló Souji—. He estado manteniendo a nuestro pueblo con vida durante meses mientras tú estabas jugando a ser un perrito faldero en la corte de Vaisra. ¿Y qué has conseguido con eso?

—Fui una necia —dijo Rin con rotundidad—. Soy consciente de ello. Fui una estúpida, y debería haber visto las señales. Pero ahora he vuelto al sur, y podemos formar este ejército, si sumas a tus Lobos de Hierro…

El chico la interrumpió con una carcajada.

—Va a ser que no, princesa.

—Creo que no lo entiendes —prosiguió ella—. Es una orden, no una petición.

Souji alargó una mano y le dio a Rin un golpecito en la nariz.

—Creo que la que no lo entiendes eres tú: no estamos bajo tus órdenes, ni ahora ni nunca.

Rin parpadeó, atónita porque se hubiera atrevido a decirle eso.

Conque así iban a ir las cosas.

—Ay, Souji. —Una llama apareció en la palma de su mano—. No tienes ni idea de cómo funciona esto.

La joven se abalanzó sobre él en el mismo instante en el *que* Souji iba a desenvainar su espada. Era algo que Rin había esperado que hiciera. El rebelde blandió la espada y la esperiliana esquivó su hoja, tras lo que le asestó una contundente patada en la rótula izquierda. Souji se dobló. Rin le puso la zancadilla en la otra pierna y se tiró sobre su pecho mientras el joven caía al suelo. Luego, lo agarró por el cuello. Y apretó.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando. —Rin se inclinó más hacia él hasta que le acarició la piel con los labios, hasta que su aliento le quemó el lateral de la cara—. No pertenezco a la élite sinegardiana. Soy esa zorra esperiliana, salvaje y con la piel del color del barro que borró a un país entero del mapa. Y, a veces, cuando me enfado demasiado, acabo estallando.

La joven dejó que una mínima llamarada se le escapara por debajo de los dedos. A Souji casi se le salieron los ojos de las órbitas. Rin hundió aún más los dedos sobre la piel del chico.

—Vas a volver conmigo a Ruijin. Ahora los Lobos de Hierro lucharán bajo mis órdenes.

Conservarás tu puesto en calidad de su líder, pero les dejarás clara la jerarquía a tus hombres. Y si intentas organizar un motín, retomaré esto por donde lo hemos dejado y terminaré lo que he empezado. ¿Lo has entendido?

A Souji le tembló la garganta. Le dio unos golpecitos débiles a Rin en el brazo.

La joven ejerció más fuerza.

—Ahora eres mi zorra, Souji. Harás lo que te pida sin quejarte. Me lamerás el polvo de las botas si es lo que quiero. ¿Te ha quedado claro?

El aludido asintió, dándole unas palmaditas desesperadas a la esperiliana en la muñeca.

Rin no cedió. A Souji le estaban saliendo ampollas debajo de la barbilla.

—No he oído ninguna respuesta.

—Sí —gimió él.

—¿Sí qué? —Rin aflojó su agarre lo justo como para dejarlo hablar.

—Sí, soy tu zorra. Haré lo que quieras. Lo que sea. Solo… Por favor…

La esperiliana lo soltó y dejó que se levantara. Unos pequeños hilillos de humo emanaron del cuello de Souji. Justo debajo de su clavícula quedaba visible una quemadura de primer grado, la marca de un rojo pálido de los delgados dedos de Rin.

La quemadura no tardaría en sanar, pero esa cicatriz no desaparecería nunca. Tal vez Souji tuviera que cubrirse la clavícula y ocultársela a sus hombres, pero él seguiría viéndola con claridad cada vez que mirase su propio reflejo.

—¿Por qué no vas a ponerte una cataplasma ahí? —le preguntó la joven—. No querrás que se te infecte.

Souji se alejó de ella.

—Estás tarada.

—Todos los que se disputan este país lo están —le respondió ella—. Pero ninguno de ellos tiene la piel tan oscura como la nuestra. Soy la opción menos terrible de entre todas las que tienes.

Souji se quedó contemplándola durante bastante rato. Rin no lograba interpretar su gesto, era incapaz de saber si le brillaba la mirada a causa de la rabia o la humillación. La joven cerró el puño y se tensó, lista para otra ronda.

Para su sorpresa, el chico rompió a reír.

—Muy bien. Tú ganas, maldita zorra.

—No me llames zorra.

—Tú ganas, general. —Souji levantó las manos en un burlón gesto de derrota—. Me uniré a vuestra marcha. ¿Adonde nos dirigimos? ¿A Dalian? ¿A Heirjiang?

—Ya te lo he dicho —respondió Rin—. A Ruijin.

El joven enarcó una ceja.

—¿Por qué a Ruijin?

—Es un lugar erigido en las montañas. Nos mantendrá a salvo de casi todo. ¿Por qué no íbamos a ir allí?

—Daba por sentado que querrías ir a una zona más al sur. Cerca de la Provincia del Gallo. Eso si tu objetivo es la liberación.

—¿De qué estás hablando? Las zonas ocupadas se encuentran todas en la frontera de la Provincia del Mono.

—No es así. La mayoría de ellas se encuentran en el sur, en la Provincia del Gallo.

—¿Dónde? ¿En la capital? —Rin frunció el ceño. Nada de aquello coincidía con la información que ella había recibido.

—No, en un lugar todavía más al sur —aclaró Souji—. A unas semanas de camino del océano. Se trata de *un montón de* pequeños pueblos apiñados. No creo que conozcas el sitio.

—Tikany —dijo la esperiliana automáticamente.

Un pequeño municipio del que nadie había oído nunca hablar. Un lugar polvoriento y árido sin ninguna riqueza ni una cultura especial. Allí no había nada más que una población dócil que seguía siendo adicta al opio tras la segunda invasión. Era un lugar al que Rin había esperado no tener que volver nunca más en su vida.

—Sí. —Souji enarcó una ceja—. Ese es uno de los sitios. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

Después de eso dijo *algo más,* pero Rin no lo oyó.

Tikany. Los mugeneses seguían en Tikany.

«Somos idiotas», pensó la esperiliana. «Llevamos todo este tiempo combatiendo en el frente equivocado».

—Diles a tus hombres que recojan sus cosas —declaró Rin—. Dentro de dos horas saldremos hacia Ruijin.

3

Esa tarde partieron de vuelta al campamento base de la Coalición Sureña. Ruijin se hallaba en el interior de la parte más rural de la Provincia del Mono. Era una tierra pobre y calcificada, asolada por años de bandidaje, campañas de jefes militares, hambrunas y epidemias. Antaño había llegado a ser la capital de la Provincia del Mono, una ciudad exuberante conocida por sus santuarios de piedra, construidos de forma elegante dentro de los topiarios formados por los bosques de bambú colindantes. Ahora no era más que las ruinas de su antiguo esplendor, medio erosionadas por la lluvia y medio devoradas por el bosque.

Eso lo convertía en un lugar idóneo para esconderse. La población de la Provincia del Mono llevaba siglos enorgulleciéndose de su habilidad para fundirse con las montañas durante épocas turbulentas. Habían construido casas sobre pilotes o en lo alto de los árboles para protegerse de los tigres. Habían pavimentado caminos sinuosos a través del oscuro bosque que acababan siendo invisibles para ojos inexpertos. En todas las historias de la antigüedad, los ciudadanos de la Provincia del Mono eran considerados el estereotipo de montañeses anticuados, cobardes que se escondían en árboles y cuevas mientras las guerras del mundo les pasaban de largo. Pero esas mismas cualidades eran las que los habían mantenido con vida.

—¿Adónde vamos? —Souji estuvo mascullando esa misma frase durante una semana mientras ascendían una colina, en la que no encontraron nada más que interminables caminos llenos de baches que atravesaban bosques montañosos—. Ahí arriba no hay nada.

—Eso es lo que tú te crees. —Rin se agachó para examinar las muescas en la base de un álamo. Era una señal de que seguían el camino correcto. Entonces, le hizo un gesto a la columna para que la siguieran.

El recorrido por el paso era mucho más sencillo de lo que la joven recordaba. El brillo del sol había derretido los bordes del hielo. Rin podía vislumbrar un gran verdor bajo las finas capas de nieve, algo que no era visible cuando había pasado por allí hacía dos semanas. Contra todo pronóstico, la Coalición Sureña había logrado sobrevivir para ver la primavera.

El invierno en la Provincia del Mono había sido un calvario gélido y árido para la Coalición Sureña. No había nevado, sino que había granizado. El aire había sido frío y seco, lo que los había dejado sin aliento y con las narices secas. El suelo había pasado a ser duro y quebradizo. No crecía nada en él. Habían estado a punto de morir de hambre, y lo habrían hecho si no hubiera

sido porque había resultado que un enclave mugenés, a dieciséis kilómetros de allí, poseía una sorprendente cantidad de víveres.

Los soldados no habían repartido el botín. Rin no podía olvidar las caras de los aldeanos que habían salido de sus escondites, delgados y agotados; cómo su alivio se había transformado tan rápido en horror cuando se habían dado cuenta de que sus liberadores estaban allí simplemente para arrebatarles su grano.

Rin desterró ese recuerdo de su mente. Había sido un sacrificio necesario. El futuro de todo un país dependía de la Coalición Sureña. ¿Qué más daba si se perdían un par de vidas?

—Bueno, esto aclara algunas cosas —murmuró Souji al tiempo que salía de entre la maleza.

—¿De qué estás hablando?

—Uno no se esconde en las montañas si es una fuerza de liberación.

—¿No?

—Si estás intentando recuperar un territorio, ocupas los pueblos que has liberado. Expandes tu base. Preparas tus defensas para asegurarte de que los mugeneses no pueden volver. Pero vosotros solo sois depredadores que quieren extraer algo. Liberáis el lugar, pero solo para que os paguen un tributo.

—No oí que te quejaras al respecto cuando te saqué de ese almacén.

—Lo que tú digas, princesa. —La voz de Souji adoptó un tono de crítica y burla—. No sois la salvación del sur. Solo os estáis escondiendo aquí hasta que todo esto pase.

A Rin se le ocurrieron varias respuestas mordaces, pero se contuvo.

El problema era que Souji estaba en lo cierto. La Coalición Sureña había sido demasiado pasiva, demasiado lenta a la hora de poner en marcha esa campaña más amplia que, sin duda, el resto del país necesitaba, y eso era algo que la joven detestaba.

La prioridad de los dirigentes de la Coalición en Ruijin seguía siendo la mera supervivencia, lo que significaba que se ocultarían en las montañas y ganarían tiempo mientras la República de Vaisra luchaba por el control del norte. Sin embargo, estaban sobreviviendo a duras penas. Eso no duraría eternamente. Por ahora, Ruijin los mantenía a salvo. No obstante, al mismo tiempo, ese lugar se estaba convirtiendo lentamente en su tumba.

Pero eso no seguiría siendo así si Rin podía evitarlo, si destinaban a todos los soldados de su ejército al sur.

—Eso está a punto de cambiar. —La joven clavó su bastón para caminar en el pedregoso camino y se impulsó por una pendiente inclinada—. Ya lo verás.

—Te has perdido —la acusó Souji.

—No me he perdido.

Rin estaba completamente perdida. Sabía que se encontraban cerca, pero no tenía ni idea de qué dirección tomar desde allí. Después de tres meses y decenas de expediciones, la esperiliana seguía sin ser capaz de encontrar la entrada exacta a Ruijin. Se trataba de un refugio diseñado para ser invisible. Tuvo que lanzar una intrincada bengala hacia el cielo y aguardar hasta que dos centinelas salieron de entre la maleza. *Esos* hombres los guiaron por un sendero, que *antes era* invisible, pero ahora se veía con total claridad. Rin los siguió, ignorando la sonrisa burlona de Souji.

Media hora de caminata después, el campamento emergió de entre los árboles como si fuese una ilusión óptica. Estaba camuflado tan magistralmente que, en ocasiones, Rin llegaba a pensar que, si parpadeaba, tal vez todo desapareciese.

Justo detrás del muro de bambú que rodeaba el campamento, una multitud entusiasmada se congregaba alrededor de algo que se hallaba en el suelo.

—¿De qué va todo eso? —le preguntó Rin al centinela que tenía más cerca.

—Por fin han matado a ese tigre —le explicó.

—¿De verdad?

—Hemos encontrado el cadáver esta mañana. Íbamos a desollarlo, pero no se ponen de acuerdo en quién va a quedarse con las pieles.

El tigre había estado asolando el campamento desde antes de que las tropas de Rin partieran hacia Khudla. Sus gruñidos habían atormentado a los soldados durante las patrullas. El pescado seco no dejaba de desaparecer todas las noches de los almacenes de comida. Después de que el tigre sacase a rastras a un niño de su tienda de campaña y dejara su cuerpo mutilado y a medio comer junto al arroyo, el jefe militar del Mono había ordenado que se llevase a cabo una expedición de caza. No obstante, los cazadores habían regresado con las manos vacías, agotados y con las extremidades llenas de arañazos a causa de las espinas.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó Kitay.

—Envenenamos a un caballo —dijo el centinela—. Ya se estaba muriendo de una úlcera péptica, de lo contrario no podríamos haber prescindido del animal. Le inyectamos opio y estricnina a su cadáver, y lo dejamos a la intemperie para que el tigre lo encontrase. Nos hemos topado con el capullo esta mañana. Estaba más tieso que una tabla.

—¿Lo ves? —le dijo Rin a Kitay—. Era un buen plan.

—Esto no tiene nada que ver con tu plan.

—El opio acaba con tus demonios, literal y metafóricamente.

—El opio le ha costado dos guerras a este país —replicó su amigo—. No pretendo llamarte idiota porque te quiero, pero ese plan es una idiotez.

—¡Tenemos tierras cultivables! Moag estaría encantada de comprarlas. Si tan solo plantáramos en un par de regiones, conseguiríamos toda la plata que necesitamos…

—Y un ejército lleno de adictos. No nos engañemos, Rin. ¿Es eso lo que quieres?

La esperiliana abrió la boca para responder, pero algo que quedaba por detrás del hombro de Kitay llamó su atención.

Había un hombre alto que sobresalía un poco entre la multitud y que tenía los brazos cruzados mientras la observaba. Estaba aguardando. Se trataba de Du Zhuden, la mano derecha de Ma Lien, líder de los bandidos. Enarcó una ceja cuando vio que Rin se encaminaba hacia él, y la joven le respondió con un asentimiento. El hombre señaló con la cabeza en dirección al bosque, dio media vuelta y desapareció entre los árboles.

Rin le tocó el brazo a Kitay.

—Ahora vuelvo.

Su amigo también había visto a Zhuden. Dejó escapar un suspiro.

—¿Vas a seguir adelante con esto?

—No veo que tenga otra opción.

Kitay guardó silencio durante un momento.

—Yo tampoco —dijo al fin—. Pero ten cuidado. Los hombres de la Provincia del Mono te están vigilando.

Rin se encontró con Zhuden en su lugar de reunión habitual, junto a un serbal torcido a un kilómetro y medio del campamento, en la desembocadura de un pequeño arroyo que burbujeaba de forma bastante ruidosa como para que nadie que pasara por allí pudiera oírlos.

—¿Has dado con Yang Souji? —Zhuden examinó cauteloso el lugar con la mirada mientras hablaba. El jefe militar del Mono tenía espías por todas partes de Ruijin. A Rin no le habría sorprendido que alguien la hubiera seguido al salir del campamento.

La joven asintió.

—Me ha costado un poco convencerlo, pero ha venido hasta aquí.

—¿Y cómo es?

—Arrogante. Insoportable. —Rin hizo una mueca al recordar la sonrisa petulante y maliciosa de Souji.

—Entonces, ¿es igual que tú?

—Muy gracioso —respondió la esperiliana sin ganas—. Aunque es competente. Conoce bien el terreno. Tiene buenos contactos en la zona. Puede que incluso cuente con mayor acceso a la red de inteligencia local que nosotros. Y trae consigo a quinientos soldados experimentados que morirían por él.

—Bien hecho —la felicitó Zhuden—. Ahora solo tenemos que asegurarnos de que quieran morir por ti.

Rin le dedicó una mueca.

Zhuden no era de la Provincia del Mono. Era un huérfano de guerra de la Provincia de la Rata que había terminado metido en la banda de Ma Lien por la habitual combinación de indigencia, desesperación y una cruel disposición a hacer lo que fuera necesario para escalar posiciones. Y, lo más importante, a diferencia del resto de los dirigentes sureños, no era una persona que se limitara a sobrevivir.

Él también era de la opinión de que en Ruijin estaban muriendo lentamente. Quería expandirse más hacia el sur. Y, al igual que Rin, había decidido tomar medidas drásticas para cambiar las cosas.

—¿Cómo le va a Ma Lien? —le preguntó Rin.

—Ha empeorado —dijo Zhuden—. La verdad es que, si le diésemos tiempo, igual acababa estirando la pata él solo. Pero no queremos arriesgarnos a que pueda mejorar. Tendrás que hacerlo pronto. —Y entonces le pasó a Rin un único vial lleno de un fluido viscoso del color amarillo de la orina—. Ten cuidado, no lo rompas.

Rin tomó el vial por el cuello y se lo guardó con cuidado en el bolsillo delantero.

—¿Lo extrajiste tú mismo?

—Sí, aunque no puedo decir que lo disfrutase.

La esperiliana le dio unos golpecitos a su bolsillo.

—Gracias.

—¿Vas a hacerlo ahora? —le preguntó el hombre.

—Esta noche —le respondió Rin—. Ahora tengo que reunirme con Gurubai. Intentaré

convencerlo una última vez.

Ambos sabían que no iba a conseguir nada con esa reunión. Rin había estado manteniendo esa misma discusión con el jefe militar del Mono desde hacía semanas. La joven quería salir de Ruijin. Por su parte, Gurubai quería permanecer en las montañas, y sus aliados entre los dirigentes de la Coalición Sureña estaban de acuerdo con él. Superaban a Rin en número, tres votos contra uno.

La esperiliana estaba a punto de modificar esas cifras.

Pero aún no. No debía precipitarse. De lo contrario, mostraría sus cartas demasiado pronto. Cada cosa a su tiempo. En primer lugar, iba a darle al jefe militar del Mono una última oportunidad, iba a hacerle creer que había regresado con una actitud cooperativa y complaciente. Durante su estancia en Sinegard, Rin había aprendido a controlar sus impulsos. Los mejores planes seguían siendo un secreto hasta el día de su ejecución. El cuchillo que no se veía venir era siempre el que se clavaba más hondo.

—Bienvenida de nuevo —la saludó el jefe militar del Mono.

Liu Gurubai había montado su cuartel general en una de las pocas bellezas arquitectónicas en Ruijin que todavía se mantenían en pie, un templo cuadrado de piedra con tres paredes cubiertas de musgo. Había elegido ese lugar por cuestión de seguridad, no por comodidad. El interior estaba escasamente amueblado, con solo una estufa incrustada en un rincón de la pared, dos alfombras y una sencilla mesa del Consejo en el centro de una estancia fría y con muchas corrientes.

Rin y Kitay se habían sentado frente a él, con aspecto de ser dos alumnos que acudían a la casa de su profesor para una clase privada.

—He traído regalos —dijo Rin.

—Ah, ya lo he visto —respondió Gurubai—. No podías evitar dejar una pequeña marca, ¿verdad?

—Pensé que debían saber quién está al mando.

—Bueno, supongo que Souji ya lo sabe. —Gurubai enarcó una ceja—. A no ser que estés pensando en decapitarlo.

Rin le dedicó una leve sonrisa y deseó fervientemente poder meterle su puño ardiente por el gaznate.

Cuando la esperiliana había huido de Arlong en el barco de las Azucenas Negras con la mano hecha un desastre sanguinolento, creyó que el jefe militar del Mono sería distinto al resto de terribles hombres con los que se había mezclado hasta ahora. Que mantendría sus promesas. Que no la trataría como si fuese un arma, sino como a una aliada. Que la pondría al mando.

Había estado tan equivocada.

Había subestimado a Gurubai. Era un hombre brillante. Si había sido el único superviviente de la violenta purga de Vaisra en Arlong, por algo sería. Gurubai comprendía lo que era el poder en la política, de un modo que ella nunca alcanzaría a concebir, porque se había pasado toda su vida ejerciéndolo. Ese jefe militar comprendía qué movía a los hombres para hacer que le prestaran su apoyo, cómo podía ganarse su confianza y su amor. A esas alturas, después de dos décadas, estaba acostumbrado a tomar todas las decisiones. Y no iba a renunciar al poder.

—Creía que estábamos de acuerdo —dijo Rin como si nada—. Si funcionaba el experimento en Khudla…

—Ah, y sí que ha funcionado. Puedes conservar ese contingente. Los oficiales Shen y Lin están muy contentos con tu desempeño.

—No quiero un solo contingente, quiero al ejército entero.

—No finjamos que podrías manejarlo.

—Acabo de liberar a toda una aldea sin apenas sufrir bajas…

—Tu gran talento para hacer arder las cosas no te cualifica para ser comandante. —Gurubai alargó la última sílaba de cada palabra, como si, de lo contrario, ella no fuera a entenderlo—. Aún estás aprendiendo a manejar la comunicación y la logística. No te apresures, niña. Date tiempo para aprender. Esto no es Sinegard, donde lanzamos a los críos a la guerra sin ninguna preparación. Con el tiempo, ya encontraremos algo mejor que puedas hacer.

La condescendencia en su voz hizo que Rin cerrara el puño. La joven fijó la mirada en las venas del cuello de Gurubai. Estaban muy marcadas. Hubiera sido tan fácil abrírselas.

Ojalá hubiera podido hacerlo. Fuera o no una esperiliana, ni le hacía daño a Liu Gurubai, no saldría viva de Ruijin.

Kitay le dio una leve patada por debajo de la mesa. «No».

La joven hizo una mueca. «Ya lo sé».

Si Rin era una esperiliana forastera y Kitay de la élite sinegardiana, entonces el jefe militar del Mono era el verdadero producto del sur: un hombre tosco con los hombros ensanchados debido a los años de trabajo duro, cuyos ojos relucientes e inteligentes estaban profundamente hundidos en un rostro alineado igual que si fuera un bosque.

Rin había abandonado el sur en cuanto había tenido la oportunidad. El jefe militar del Mono había luchado y sufrido en aquel lugar durante toda su vida. Había visto cómo su abuela mendigaba un poco de arroz por las calles durante el Año Nuevo lunar. Había recorrido kilómetros para cuidar de búfalos de agua y ganarse así una moneda de cobre. Había combatido junto a las harapientas brigadas provinciales que se habían unido a la causa de la Tríada durante la Segunda Guerra de la Amapola. No se había convertido en jefe militar simplemente por herencia familiar o por pura ambición, sino que había ido ascendiendo poco a poco de rango, a medida que los soldados iban pereciendo a su alrededor. Lo habían reclutado con solo trece años bajo la promesa de recibir una moneda de plata al mes, y había seguido en el ejército desde entonces.

Sus dos hermanos menores habían muerto luchando contra la Federación. Su clan, que en el pasado había sido una extensa familia de aldeanos, había ido pereciendo a causa de la adicción al opio. Gurubai había sobrevivido a lo peor de lo acontecido durante el siglo pasado y, por ese motivo, la supervivencia era su mejor aptitud. Se había hecho soldado por pura necesidad, y eso lo convertía en un líder cuya legitimidad era prácticamente incuestionable.

Y, lo más importante, Gurubai pertenecía a ese lugar. Esas montañas corrían por sus venas. Cualquiera podía darse cuenta de ello por la postura cansada que adoptaban sus hombros, por el duro brillo de su mirada.

Tal vez Rin hubiera sido una personificación del poder, pero Liu Gurubai simbolizaba la identidad del sur. Si la joven le hacía daño a ese hombre, la Provincia del Mono acabaría despedazándola.

Así que, por el momento, Rin cedió.

—He oído que se han producido novedades en el norte. —La esperiliana cambió de tema de conversación y se esforzó por emplear un tono neutral—. ¿Hay algo que quieras mostrarme?

—Tenemos varias novedades. —Si a Gurubai le había sorprendido la repentina conformidad de la joven, no lo demostró. Deslizó un fajo de cartas por encima de la mesa—. Tu amiga nos ha respondido. Estas nos llegaron ayer.

Rin tomó la primera página y comenzó a leer las líneas con avidez, pasándole las hojas a Kitay a medida que acababa con ellas. Las noticias del norte siempre llegaban con cuentagotas. Podían pasar semanas sin que supieran nada, y luego, de pronto, recibían un repentino exceso de información. La Coalición Sureña tan solo contaba con un puñado de espías dentro de la República, y la mayoría se trataba de chicas de Moag, las pocas Azucenas Negras de piel clara que habían sido enviadas a Arlong y que habían disimulado cuidadosamente sus acentos para trabajar en los salones de té y en las casas de apuestas.

Venka también había acudido al norte. Gracias a ese rostro pálido y bonito, y a una dicción sinegardiana impecable, podía mezclarse a la perfección con los aristócratas de la antigua capital. Al principio, a Rin le había preocupado que fueran a reconocerla, ya que era la hija perdida del antiguo ministro de Finanzas. No había nadie que pudiera llamar más la atención que ella. Sin embargo, según sus propios informes, Venka había conseguido transformarse completamente con solo una peluca y varios productos cosméticos.

«Nadie se fija demasiado en mi cara», había escrito Venka poco después de haber llegado a la ciudad. «Resulta que las muñecas de Sinegard son asombrosamente intercambiables las unas con las otras».

Su actual informe no contenía nada inesperado. «Vaisra sigue combatiendo en el norte. Los jefes militares y sus sucesores están cayendo como moscas. No podrán resistir durante demasiado tiempo, están desbordados. Vaisra ha convertido las ciudades asediadas en zonas muertas. Esto no durará mucho».

Aquello no era ninguna novedad, solo un pequeño avance con respecto a lo que sabían desde hacía semanas. Los hesperianos de Vaisra estaban asolando la campiña con sus dirigibles, dejando socavones e infernales paisajes bombardeados a su paso.

—¿Alguna mención sobre un ataque al sur? —le preguntó Rin a Gurubai.

—Aún no. Eso que estás leyendo es todo lo que tenemos.

—Entonces, nos están ignorando —dijo la joven.

—Estamos teniendo suerte —terció Kitay—. Es solo cuestión de tiempo.

La gran democracia del jefe militar del Dragón, Yin Vaisra, por la que había saqueado ciudades y había teñido de color carmesí el río Murui, jamás había llegado a materializarse. Vaisra nunca había tenido la intención de que eso pasara. Días después de haber vencido a la Armada imperial en Arlong, había asesinado a los jefes militares del Jabalí y del Gallo para luego declararse a sí mismo el único presidente de la República nikara.

No obstante, aún no contaba con un país sobre el que gobernar. Muchos de los antiguos oficiales de la Milicia, entre los cuales se encontraba el que había sido el soldado favorito de la Emperatriz, el general Jun Loran, habían escapado de la purga de Arlong y habían huido hacia la Provincia del Tigre, en el norte. Ahora, las fuerzas combinadas de los remanentes de la Milicia estaban casi demostrando ser un reto para los hesperianos.

Casi, pero no del todo. Cada vez que llegaba un nuevo informe a Ruijin, descubrían que la República parecía haberse expandido todavía más al norte. Eso significaba que Rin se estaba quedando sin tiempo. La Coalición Sureña era tan solo una rebelión entre muchas otras. Por el momento, Vaisra estaba ocupado con la insurgencia de Jun, además de con un país repleto de bandidos organizados que habían surgido en los vacíos de poder locales inmediatamente después de que acabara la guerra. Sin embargo, el antiguo jefe militar del Dragón no permanecería ocupado durante mucho tiempo. Jun no podía esperar vencer a las fuerzas de Vaisra, cuando estas contaban con el apoyo de los dirigibles hesperianos, y cuando miles de soldados de Hesperia, armados con arcabuces, disparaban balas sin parar hacia sus soldados.

Rin daba gracias por que Jun les hubiera proporcionado un respiro tan largo. Pero, tarde o temprano, Vaisra desviaría su atención hacia el sur. No le quedaba otra siempre que Rin siguiera viva. El ajuste de cuentas iba a ser inevitable. Y, cuando llegara ese momento, la esperiliana quería ser la que tomara la ofensiva.

—Ya sabes lo que opino al respecto —le dijo la joven a Gurubai.

—Sí, Runin, ya lo sé. —El jefe militar la contempló como si fuera un padre harto de su hija problemática—. Y te repito que…

—Aquí estamos muriendo. Si no pasamos ya a la ofensiva, entonces lo hará Nezha. Tenemos que pillarlo por sorpresa, y es en este momento…

—No soy el único al que tienes que convencer. Nadie en la Coalición Sureña quiere extralimitarse. Estas montañas son su hogar. Y cuando los lobos se acercan, uno protege lo que hay detrás de sus muros.

—Este solo es el hogar de algunos de vosotros.

Gurubai se encogió de hombros.

—Eres libre de marcharte cuando quieras.

El jefe militar estaba en posición de echarse ese farol. Sabía perfectamente que Rin no tenía a dónde ir.

A la joven se le dilataron las fosas nasales.

—Al menos, tenemos que hablarlo, Gurubai…

—Pues lo hablaremos en el Consejo. —Su tono dejó muy claro que la reunión había terminado—. Si lo deseas, podrás defender tu postura de nuevo delante del resto. Aunque, para serte sincero, estás siendo un poco repetitiva.

—Voy a seguir repitiéndome hasta que alguien me escuche —estalló Rin.

—Como quieras —le dijo Gurubai—. Te encanta dificultarlo todo.

Kitay le dio a la joven otra patada por debajo de la mesa justo cuando se levantaron para marcharse.

—Lo sé —masculló Rin—. Lo sé.

A la esperiliana le dio un vuelco una pequeña parte del corazón al salir por la puerta. Le hubiera gustado que Gurubai le hubiera dicho que sí. La joven estaba intentando cooperar. Detestaba ser la única que llevase la contraria. Sí que quería trabajar codo con codo con la Coalición. Todo eso hubiera sido mucho más sencillo si el jefe militar hubiera accedido a su petición.

Pero no iba a ceder, así que Rin tendría que obligarle a hacerlo.

No tardaron en cenar. Rin y Kitay vaciaron sus cuencos en cuestión de segundos. No solo porque tenían hambre, sino porque si lo engullían todo sin pensarlo, era más fácil ignorar el moho que cubría las verduras y los diminutos gusanos que se retorcían entre el arroz. Cada vez que Rin regresaba a Ruijin, lo que se servía en los comedores era peor, y los cocineros habían pasado de retirar los insectos de las ollas a convencer a los comensales de que estos contenían unos nutrientes que les hacían mucha falta a todos. Las gachas de hormigas eran ahora un plato que Rin comía con regularidad, aunque siempre tenía que contener el vómito antes de ser capaz de llevarse la primera cucharada a la boca.

El único alimento básico que no había empezado a pudrirse era el ñame, un tubérculo blanco almidonado que se le quedaba pegado a la garganta como si fuera pegamento cada vez que intentaba tragarlo. Ese alimento, que había demostrado ser increíblemente resistente a las heladas, crecía por todas partes en la ladera de la montaña. Había habido un tiempo en el que a Rin le había gustado mucho. Saciaba, era fácil de hervir y tenía un ligero sabor dulce, similar al del pan recién horneado.

Pero eso había sido hacía meses. Desde entonces, la joven había empezado a detestar el sabor del ñame crudo, seco, cocido y triturado, tanto que su olor le provocaba náuseas. No obstante, era el único alimento fresco con nutrientes que tenía a su alcance, así que también se obligaba a tragárselo.

Cuando la joven hubo terminado, se levantó y se preparó para hacerle una visita a Ma Lien, el jefe de los bandidos.

Kitay se dispuso a seguirla, pero Rin negó con la cabeza.

—Puedo hacerlo sola. No tienes por qué presenciarlo.

Su amigo no se lo discutió. La esperiliana sabía que, en realidad, no quería acompañarla.

—De acuerdo. ¿Tienes el fármaco?

—En el bolsillo delantero.

—¿Y estás segura de…?

—No empieces, por favor —le cortó Rin—. Ya hemos hablado mil veces de esto. ¿Se te ocurre acaso una opción mejor?

Kitay dejó escapar un suspiro.

—Solo hazlo rápido. No lo alargues.

—¿Por qué iba a alargarlo?

—Rin.

—Vale. —La joven le dio una palmadita en la espalda y no dirigió al bosque.

El cuartel general de Ma Lien estaba incrustado en la pared de la cueva cercana al perímetro norte de Ruijin. Debería haber sido casi imposible que Rin se hubiera acercado tanto a su residencia privada sin acabar, al menos, con tres espadas apuntándole al cuello. No obstante, en los últimos días, los guardias de Ma Lien habían estado reconsiderando sus lealtades. Cuando vieron llegar a la esperiliana, le dedicaron un silencioso asentimiento con la cabeza y la dejaron pasar. Ninguno de ellos la miró a los ojos.

La esposa y la hija del líder de los bandidos estaban sentadas en el exterior de la entrada de la cueva. Se levantaron al verla llegar, con los ojos muy abiertos a causa del miedo y la desesperación.

«Lo saben», pensó Rin. Habrían oído los rumores. O alguien entre las filas, quizás el propio Zhuden, les habría informado de lo que iba a suceder para así intentar salvarles la vida a ambas.

—No deberíais estar aquí —dijo Rin.

La esposa de Ma Lien agarró a la joven por la muñeca cuando se disponía a entrar en la cueva.

—Por favor —le suplicó—. No lo hagas.

—Es necesario. —Rin le apartó la mano—. No intentéis detenerme.

—Puedes perdonarlo. Hará lo que le digas, no tienes porqué…

—No, no lo hará —dijo la esperiliana—. Y sí que tengo que hacerlo. Espero que os hayáis despedido.

Ambas sabían qué iba a suceder a continuación. Los hombres de Ma Lien estaban al corriente. Y Rin sospechaba que, en cierto modo, el jefe militar del Mono también lo sabía. Tal vez incluso fuera a permitirlo. Eso era lo que la joven habría hecho si hubiera estado en su posición. ¿Qué debía hacerse cuando uno de sus generales no dejaba de insistir en librar una guerra que sabía que no podía ganar?

Soltar lastre.

La cueva olía a enfermedad, a una mezcla de gases que revolvían el estómago, procedentes de las hierbas medicinales amargas y del rancio hedor a vómito. Ma Lien había estado padeciendo una neumonía desde antes de que Rin hubiese partido hacia Khudla. El momento no podría haber sido más oportuno. La esperiliana había llegado a un acuerdo con Zhuden la misma mañana de su marcha: si Ma Lien seguía enfermo para cuando ella regresara y la posibilidad de una recuperación era mínima, entonces aprovecharían la oportunidad.

Aun así, Rin no había esperado que Ma Lien se desintegrara con tanta presteza. Yacía entre sus sábanas, arrugado y lánguido. Parecía haber encogido hasta perder la mitad de su peso corporal. Tenía sangre seca en las comisuras de los labios. Cada vez que respiraba, un terrible ruido seco reverberaba por toda la cueva.

Ma Lien ya estaba medio muerto. Por el aspecto que tenía, lo que Rin estaba a punto de hacer no podía a llegar a considerarse un asesinato. Solo estaba acelerando lo inevitable.

—Hola, general. —La joven se encaramó al borde de la cama.

El hombre abrió los ojos al oír su voz.

A Rin le habían dicho que la enfermedad lo había despojado de sus cuerdas vocales. «Sangra cada vez que intenta hablar», le había dicho Zhuden. «Si se altera, comienza a ahogarse con su propia sangre». La joven sintió una ligera emoción al pensar en ello. No podría burlarse de ella ni insultarla, ni gritar para pedir ayuda. Rin podría mofarse de él todo lo que quisiera. Y lo único que el jefe militar podría hacer sería quedarse allí tumbado y escucharla.

La esperiliana debería haberse limitado a cumplir con su cometido y marcharse. Esa parte más inteligente y pragmática de su ser la apremiaba a irse. Quedarse demasiado tiempo allí era correr un riesgo, igual que lo era hablar en un lugar donde los espías de Gurubai pudieran llegar a oírla.

Pero Rin llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Quería que Ma Lien conociera todos los motivos por los que tenía que morir. Quería disfrutar del momento. Se lo había ganado.

La joven recordaba de forma vivida cómo Ma Lien le había gritado cuando había sugerido por primera vez desplegar tropas en la Provincia del Gallo. La había llamado salvaje, sensiblera,

piel sucia y zorra belicista. Había criticado duramente a Gurubai por permitir que una niñita entrara en el Consejo de Guerra. Había sugerido que sería mejor matarla y que muriese igual que el resto de su raza.

Seguramente Ma Lien no recordara haber dicho nada de eso. Era uno de esos hombres escandalosos y charlatanes que soltaban insultos a diestro y siniestro. Siempre había dado por sentado que su fuerza corporal y la lealtad de sus hombres lo hacían inmune a los rencores.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando pedí por primera vez estar al mando? —le preguntó Rin.

A Ma Lien se le caía la baba por la comisura de la boca. Rin tomó un pañuelo manchado de sangre del suelo y se la limpió con dulzura.

—Dijiste que era una zorra estúpida sin ninguna experiencia de mando y con una falta de racionalidad derivada de mi genética. —La joven rio entre dientes—. Esas fueron tus palabras. Dijiste que era una idiota cabeza hueca con más poder del que debería tener. Dijiste que los esperilianos no estamos hechos para tomar decisiones, sino para obedecer.

Ma Lien masculló algo ininteligible. Rin le apartó con cuidado unos mechones de pelo negro de la boca. Estaba sudando tan profusamente que parecía que lo hubieran empapado en aceite. El pobre hombre.

—No he venido hasta el sur para volver a ser la mascota de nadie —aseveró la esperiliana—. Deberías haber entendido eso desde el principio.

En el pasado, Rin le había sido leal a dos amos. Y, a cambio, ambos la habían traicionado. Primero había confiado en Daji, y luego en Vaisra, para que al final ambos la hubieran vendido sin apenas pestañear. De ahora en adelante, Rin iba a tomar las riendas de su destino.

Rebuscó en su bolsillo y sacó el vial.

Unos escorpiones gordos y amarillentos infestaban los bosques que rodeaban Ruijin. Los soldados habían aprendido a alejarlos del campamento quemando lavanda y preparando trampas, pero no podían adentrarse tres metros en el bosque sin toparse con un nido de ellos. Y con un solo nido bastaba para extraer el veneno justo para llenar un vial.

—No lamento nada de esto —confesó Rin—. No deberías haberte metido en mi camino.

Entonces, vertió el vial sobre la boca de Ma Lien. El hombre se retorció e intentó expulsar el veneno al toser, pero Rin le sujetó la mandíbula y lo obligó a cerrar la boca, apretándole la nariz con los dedos hasta que el líquido hubo bajado por su garganta. Pasado un minuto, Ma Lien dejó de resistirse. Y Rin lo soltó.

—No morirás de inmediato —le dijo—. El veneno de escorpión paraliza. Entumece todos los músculos.

Rin le limpió la saliva y el veneno que le resbalaban por la barbilla con la sábana.

—Dentro de un rato, sentirás que te cuesta un poco respirar. Intentarás pedir ayuda, pero te darás cuenta de que no puedes mover la boca. Seguro que tu esposa vendrá a ver cómo estás, pero sabe que no podrá hacer nada. Sabe qué es lo que estoy haciendo ahora mismo. Seguramente lo esté recreando todo en su cabeza. Pero tal vez te quiera lo suficiente como para acompañarte hasta el final. O, si te ama realmente, te cortará el cuello.

La joven se levantó. Sintió una extraña sacudida en la cabeza. Le temblaron las rodillas. Una peculiar e inesperada energía la recorrió entera, provocando que se mareara.

Esa no era la primera vez que mataba a alguien. Pero sí que era su primer asesinato deliberado

y premeditado. Era la primera persona a la que no había matado presa de la desesperación, sino con un propósito frío y mezquino.

Y eso la hacía sentirse…

La hacía sentirse bien.

No necesitaba fumar de la pipa para mostrarle todo eso a Altan. Podía oír su risa con tanta claridad como si estuviera de pie junto a ella. Se sentía un ser divino. Sentía que, si quería, podía cruzar montañas de un salto. La mano no dejaba de temblarle. El vial se le escapó de entre los dedos y se hizo añicos contra el suelo.

Con el corazón latiéndole a toda prisa y la sangre bombeándole con una euforia que conseguía confundirla, abandonó la cueva.

—Quiero dirigir dos contingentes hacia la Provincia del Gallo —declaró Rin—. Souji afirma que se han agrupado allí porque es más fácil desplazarse por un terreno llano. No nos hemos estado preparando para luchar en un frente adecuado. No van a atacarnos desde lo alto de las montañas porque no les hace falta. Van a limitarse a seguir expandiéndose hacia el sur.

Los dirigentes de la Coalición Sureña estaban sentados alrededor de una mesa en el cuartel general del jefe militar del Mono. Gurubai, el líder por defecto, presidía la mesa. Liu Dai, un exoficial del municipio y viejo aliado de Gurubai, se sentaba a su derecha. Zhuden estaba a la derecha de Liu Dai, reemplazando a Ma Lien. No obstante, aún mantenían una silla vacía alrededor de la mesa en señal de respeto. Souji estaba sentado en un rincón al fondo a la izquierda, con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia, como si tuviera claro que todo aquello no era más que una farsa.

—Si nos apresuramos a atacar —continuó Rin—, es decir, si nos hacemos con los núcleos principales antes de que tengan la oportunidad de reagruparse, podríamos acabar con todo esto de un plumazo.

—Esta misma mañana lo que querías era dirigirte al norte para enfrentarte a Vaisra —le dijo Gurubai—. Ahora quieres dirigirte al sur. No puedes librar una guerra en dos frentes, Rin. ¿Con cuál te quedas?

—Debemos ir al sur para aunar la fuerza necesaria para defendernos contra los hesperianos —respondió la joven—. Si nos hacemos con el sur, conseguiremos más soldados, más comida, acceso a las rutas fluviales, a armerías, y a saber qué más cosas que hemos estado cediéndoles a los mugeneses. Nuestros ejércitos se multiplicarán por miles, y contaremos con las líneas de suministro que necesitamos para mantenerlos. Pero, si no liquidamos antes a los mugeneses, acabaremos atrapados dentro de las montañas…

—Dentro de las montañas estamos a salvo —la interrumpió Liu Dai—. Nadie ha invadido Ruijin desde hace siglos. El terreno es demasiado hostil…

—Aquí no hay comida —sentenció Rin—. Los pozos se están secando. Esto no durará eternamente.

—Lo sabemos —declaró Gurubai—, pero le estás pidiendo demasiado a este ejército. La mitad de estos chicos cogieron una espada por primera vez hace dos meses. Tienes que darles tiempo.

—Vaisra no les dará tiempo —estalló la joven—. En cuanto haya acabado con Jun, vendrá a

enterrarnos a nosotros.

La esperiliana ya los había perdido. Lo percibía en sus gestos de aburrimiento y escepticismo. Sabía que era inútil, que solo se trataba de otra repetición del mismo argumento que le habían dado ya una decena de veces. Habían llegado a un punto muerto. Ella contaba con el fuego, pero ellos tenían todo lo demás. Y ellos eran hombres experimentados y aguerridos a los que, a pesar de todo lo que proclamaban públicamente, no les hacía nada de gracia tener que compartir el poder con una chica a la que le doblaban la edad.

Rin era consciente de ello. Pero era físicamente incapaz de cerrar la boca.

—La Provincia del Gallo está acabada —dijo Gurubai—. Los mugeneses han invadido el lugar como hormigas. Nuestra estrategia debería consistir en sobrevivir. Podemos conservar la Provincia del Mono. En las montañas no sobreviviremos. No quieras echar todo esto a perder, Rin.

El jefe militar hablaba como si hubiera llegado a esa conclusión hacía mucho tiempo. Rin sintió una repentina sospecha.

—Ya lo sabías —le espetó la joven—. Sabías que se habían hecho con la Provincia del Gallo.

Gurubai intercambió una mirada con Liu Dai.

—Runin…

—Lo sabías desde el principio. —La joven elevó el tono de voz. Le ardían las mejillas. Aquello no era solo el habitual paternalismo con el que la trataba, sino una espantosa condescendencia. «Qué puto descaro»—. Lo has sabido todo este tiempo y no me lo has dicho.

—No habría supuesto ninguna diferencia…

—¿Lo sabían ellos? —La esperiliana hizo un gesto con la mano para abarcar toda la estancia. Pequeños chispazos de fuego aparecieron en sus dedos. No podía evitarlo. Los miembros de la Coalición se encogieron, pero eso no le causó ninguna satisfacción, ya que se sentía demasiado abochornada.

¿Qué más no le habrían contado?

Gurubai carraspeó.

—Dados tus arrebatos, creímos que no sería prudente…

—¡Que te den! —exclamó Rin—. Formo parte de este Consejo. He estado ganando batallas para vosotros. Merezco…

—El hecho es que sigues siendo impulsiva y temeraria, como has demostrado con tus repetidas peticiones para liderar…

—¡Merezco estar al mando! ¡Eso es lo que me prometisteis!

Gurubai soltó un suspiro.

—No vamos a volver a tratar este tema.

—Escuchad. —Rin dio un manotazo sobre la mesa—. Si ninguno de vosotros está dispuesto a dar el primer paso, enviadme a mí. Dadme dos mil soldados. Solo es el doble de los que he llevado a Khudla. Con eso bastará.

—Ambos sabemos por qué eso no es posible.

—Pero es que es nuestra única oportunidad de seguir con vida…

—¿Lo es? —le preguntó Gurubai—. ¿De verdad crees que no podemos sobrevivir en las montañas? ¿O solo quieres tener una oportunidad para poder ir corriendo detrás de Yin Nezha?

Rin tuvo ganas de abofetearlo. Pero no era tan tonta como para morder el anzuelo.

—Los Yin no nos dejarán vivir libremente en este país —declaró la joven. Rin sabía cómo funcionaba Vaisra. Identificaba las amenazas (pasadas, presentes y potenciales) y, con paciencia, las arrinconaba, las atrapaba y las destruía. No perdonaba las ofensas del pasado. Jamás fracasaba a la hora de atar cabos sueltos. Y Rin, que había llegado a ser su arma más preciada, era ahora el mayor cabo suelto de todos—. La República no quiere dividir el territorio, quiere borrarnos del mapa. Así que perdonadme si opino que sería buena idea que atacásemos primero.

—Vaisra no vendrá a por nosotros. —El jefe militar del Mono se levantó—. Vendrá a por ti.

Las implicaciones de lo que Gurubai acababa de decir se quedaron suspendidas en el aire.

La puerta se abrió. Todos los que estaban en la estancia se llevaron la mano a la espada. Sin aliento, un ayudante de campo entró en la sala.

—Señor…

—Ahora no —estalló el jefe militar del Mono.

—No, señor… —El recién llegado tragó saliva—. Señor, Ma Lien ha fallecido.

Rin soltó el aire despacio. Ya estaba hecho.

Gurubai contempló al ayudante de campo sin saber qué decir.

La esperiliana habló antes de que alguien más lo hiciera.

—Conque queda un puesto vacante.

Liu Dai parecía horrorizado.

—Ten algo de respeto.

La joven lo ignoró.

—Hay una vacante, y yo soy la persona más cualificada para ocuparla.

—A duras penas formas parte de la cadena de mando —le dijo Gurubai.

Rin puso los ojos en blanco.

—La cadena de mando solo es importante dentro de los ejércitos de verdad, no en los campos de bandidos que ocupan las montañas con la esperanza de que los dirigibles no los vean cuando los sobrevuelen.

—Esos hombres no te obedecerán —declaró Gurubai—. Apenas te conocen…

Por primera vez, Zhuden intervino:

—Nosotros apoyamos a la chica.

Gurubai guardó silencio, contemplando a Zhuden con incredulidad.

Rin reprimió una sonrisa maliciosa.

—La chica tiene razón —prosiguió Zhuden—. Aquí vamos a morir. Debemos partir mientras aún nos queden fuerzas para luchar. Y si no nos lideras tú, nos iremos con ella.

—Tú no controlas a todo el ejército —le espetó el jefe militar del Mono—. Como mucho, dispondrás de mil quinientos hombres.

—Dos mil —terció Souji.

Rin le lanzó una mirada de sorpresa.

Souji se encogió de hombros.

—Los Lobos de Hierro también partiremos hacia el sur. Llevamos tiempo deseando entrar en una refriega.

—Dijiste que no te importaba la Coalición Sureña —le dijo Rin.

—Dije que no me importaba el resto del Imperio —la corrigió Souji—. Esto es distinto. Estas personas son mi pueblo. Y, por lo que he visto, tú eres la única con pelotas suficientes como

para ir tras ellos, en lugar de esperarlos aquí cruzados de brazos, aguardando a nuestra muerte.

Rin podría haberse muerto de la risa. Echó un vistazo alrededor de la mesa, con la barbilla en alto, retando a cualquiera de ellos a objetar algo. Liu Dai se removió en su asiento. Souji le guiñó un ojo. Gurubai, derrotado por completo, no dijo nada.

La esperiliana sabía que el jefe militar del Mono era consciente de lo que ella acababa de hacer. No era ningún secreto. La propia Rin lo habría admitido en voz alta si alguien se lo hubiera preguntado. Pero Gurubai no podía demostrarlo, y nadie iba a querer creerle. Con eso solo conseguiría que un tercio de sus hombres se volviesen en su contra.

Aquello no era ninguna novedad. Solo servía para confirmar los rumores que habían estado circulando desde hacía mucho tiempo.

Zhuden le dedicó a Rin un asentimiento de cabeza.

—Ha llegado tu turno, general Fang.

A Rin le gustó tanto cómo sonaba ese título que no pudo evitar sonreír.

—Decidido entonces. —La joven miró alrededor de la mesa—. Me llevo a la Tercera División y a los Lobos de Hierro a la Provincia del Gallo. Partiremos al amanecer.

4

—Para cuando lleguemos a la Colmena, quiero que los soldados estén como nuevos —declaró Rin—. Si aminoramos nuestro paso actual un ochenta por ciento, llegaremos allí igualmente dentro de doce días. Daremos un rodeo aquí y otro aquí para evitar los enclaves mugeneses de los que tenemos constancia. Eso hará que nos alejemos más, pero prefiero mantener el elemento sorpresa lo máximo posible. Así tendrán menos tiempo para prepararse.

La joven hablaba con mucha más seguridad de la que sentía. Le parecía que su voz sonaba demasiado aguda y chirriante, aunque apenas podía oírse, ya que la sangre le palpitaba con fuerza en los oídos. Ahora que por fin había obtenido lo que quería, el vértigo que había sentido antes había desaparecido y había sido sustituido por una aterradora mezcla de cansancio y nervios.

La noche ya había caído en ese primer día tras haber abandonado Ruijin. Se habían detenido a acampar en el bosque. Un círculo de soldados (Kitay, Zhuden, Souji y un puñado de oficiales) se hallaban apiñados en la tienda de campaña de Rin, observando embelesados las líneas gruesas de tinta que la joven dibujaba por todo el mapa que tenían delante.

A la esperiliana no dejaba de temblarle la mano, lo que provocaba que salpicara gotas de tinta por todo el pergamino. Le costaba mucho escribir con la mano izquierda. Le hacía sentir que estaba haciendo un examen para el que no había estudiado. Debería haber estado saboreando ese momento, pero no podía librarse de la sensación de que era un fraude.

«Eres un fraude». Nunca antes había liderado una verdadera campaña militar ella sola. Sus breves pinitos como comandante de los Cike siempre habían acabado en desastre. No sabía cómo lidiar con la logística a esa escala. Y lo peor de todo era que ahora mismo estaba describiendo una estrategia de ataque que ni siquiera estaba del todo segura de que fuera a funcionar.

La risa de Altan reverberó en su mente.

«Pequeña idiota», le dijo. «Por fin has conseguido un ejército, y ahora no sabes ni qué hacer con él».

Rin pestañeó y obligó a ese fantasma a desaparecer.

—Si todo sale según lo previsto —prosiguió—. Leiyang será nuestro para la próxima luna.

Leiyang era el mayor municipio de la zona norte de la Provincia del Gallo. La joven tan solo había pasado por allí una vez en su vida, hacía casi cinco años, cuando se había embarcado en una larga travesía en caravana hacia el norte para comenzar su formación en Sinegard. Se trataba de

un centro de intercambio comercial conectado con una gran cantidad de pequeñas aldeas por dos arroyos y varios senderos amplios, tan antiguos que habían sido pavimentados en la época del Emperador Rojo. Comparado con cualquier otro mercado en el norte, el de Leiyang era uno lamentable y ruinoso en mitad de la nada. No obstante, la primera vez que había estado allí, a Rin le había parecido el mercado más concurrido que había visto en su vida.

Kitay le había puesto el nombre de la Colmena a la red que se extendía alrededor de Leiyang. Las tropas mugenesas ejercían cierto control sobre todos los pueblos al norte de la Provincia del Gallo. Sin embargo, basándose en los patrones que seguían sus patrullas y en sus travesías, Leiyang era su núcleo principal.

En ese municipio debían de esconder algo importante. Kitay creía que era probable que se tratara de un general de alto rango que, tras la desaparición de su patria, había continuado ejerciendo una autoridad regional. O, tal y como Rin temía, tal vez se tratase de una base armamentística de la que los sureños no tenían conocimiento. En Leiyang podría haber frascos de gas amarillo. No tenían forma de saberlo.

Esa era la raíz de todos sus problemas. La inteligencia que Rin había recibido sobre Leiyang era espantosa. La esperiliana había actualizado sus mapas gracias a las descripciones detalladas del terreno colindante que le había hecho Souji, pero el resto de la información con la que contaba el joven era de hacía meses. Unos cuantos Lobos de Hierro eran supervivientes que habían huido de Leiyang, pero sus informes sobre la presencia de tropas mugenesas diferían en exceso unos de otros. No habían sido nada útiles. Los supervivientes casi siempre proporcionaban información incorrecta. O bien el miedo hacía que exageraran la amenaza, o bien lo minimizaban todo con la esperanza de que así enviaran a una fuerza de rescate que ayudase a su aldea.

Rin había mandado a exploradores por delante de ellos, pero estos tenían que andarse con extrema cautela. Cualquier cosa que pudiera alertar a los mugeneses de una inminente emboscada acabaría en desastre. Eso quería decir que Rin podía especular todo lo que quisiera, pero que, hasta justo antes de que comenzara la batalla, no conocería hasta dónde llegaba el alcance de la fuerza de combate en Leiyang.

—¿Cómo vas a hacer que salgan dé detrás de la fortaleza? —le preguntó Zhuden—. No queremos atacar muy cerca de donde estén los civiles.

«Ya, eso es evidente». Rin no sabía si Zhuden estaba siendo condescendiente o solo precavido. De pronto, se había vuelto extremadamente difícil no interpretarlo todo como un desafío a su autoridad.

—Les avisaremos con toda la antelación que podamos sin llegar a revelar nuestra posición. Souji tiene algunos contactos en la zona. Pero, en realidad, tendremos que adaptarnos a las contingencias —añadió Rin, siendo muy consciente de que eso no era más que un montón de parloteo que no significaba nada.

No obstante, no tenía una respuesta mejor. La pregunta de Zhuden aludía a ese crucial puzle estratégico que no había logrado resolver, pese a haber pasado horas devanándose los sesos con Kitay.

El problema era que las tropas mugenesas cerca de Leiyang no estaban agrupadas en una única zona, donde una emboscada bien coordinada podría haberlas empujado hacia un único terreno en el que quemarlas. Por el contrario, se encontraban desplegadas por toda una red de aldeas.

Rin tenía que averiguar un modo de atraer al enemigo hacia un campo de batalla abierto. En Khudla había sido bastante sencillo minimizar las bajas civiles, ya que la mayoría de las tropas mugenesas habían estado alojándose en campamentos alejados de la propia aldea. Sin embargo, todos los Lobos de Hierro a los que la esperiliana había interrogado le habían confirmado que los mugeneses en Leiyang se habían integrado completamente en el municipio. Habían formado un extraño sistema ocupacional de simbiosis predatoria. Eso hacía que distinguir a sus objetivos de los inocentes fuera muchísimo más complicado.

—No podemos tomar esas decisiones sin contar con más inteligencia —sentenció Rin—. Nuestra prioridad ahora mismo es acercarnos todo lo posible a Leiyang sin que ninguna patrulla nos detecte. No queremos que esto acabe con toda la ciudad como rehén. —La joven alzó la mirada—. ¿Lo habéis entendido?

Los demás asintieron.

—Bien —dijo Rin—. Zhuden, asigna la primera guardia a un par de hombres.

—Sí, general. —El aludido se puso en pie.

El resto de los oficiales salieron detrás de él. Sin embargo, Souji se quedó cruzado de piernas en el suelo, reclinándose hacia atrás contra sus brazos extendidos. De la boca le asomaba una única caña de trigo de forma irritante, como si fuera un dedo que se movía de lado a lado con el que la señalaba.

Rin le dedicó una mirada recelosa.

—¿Pasa algo?

—Tus planes son completamente erróneos —le dijo el chico.

—¿Cómo dices?

—Perdona, debería haber dicho algo antes. Es solo que no quería dejarte en evidencia.

La esperiliana frunció el ceño.

—Si has venido hasta aquí solo para lloriquear…

—No, escucha. —Souji se enderezó, se inclinó hacia delante y señaló con el dedo la pequeña estrella que marcaba a Leiyang en el mapa—. Para empezar, no puedes llevar a tu ejército por estos caminos secundarios. Tendrán centinelas apostados en cada uno de los senderos, no solo en los principales, y sabes que no cuentas con hombres suficientes como para sobrevivir a una defensa organizada.

—No hay ninguna otra ruta salvo esos caminos secundarios —terció Kitay.

—Bueno, no estáis siendo muy creativos.

Una sombra de irritación apareció sobre el rostro de Kitay.

—No puedes arrastrar carros de suministros por ese bosque tan frondoso. Es imposible que…

—¿Es que los dos os negáis a escuchar a cualquiera que tenga un consejo que daros? —Souji escupió la caña, que cayó sobre el mapa y corrió la tinta de las rutas que Rin había dibujado con tanto esmero—. Solo intento ayudaros.

—Y nosotros somos estrategas formados en Sinegard que saben lo que están haciendo —estalló Rin—. Así que, si no tienes nada útil que decir, aparte de «vuestro plan es erróneo», entonces…

—Sabes que el jefe militar del Mono quiere que fracases, ¿no? —La interrumpió Souji.

—¿Disculpa?

—La Coalición Sureña no te tiene ningún aprecio. Ni Gurubai, ni Liu Dai, ni nadie de la

cohorte. Hablan de ti cada vez que no estás presente. Joder, si yo acabo de llegar y ya están intentando ponerme en tu contra. Es un club de chicos, princesa, y tú eres la que sobra.

Rin mantuvo el tono de su voz neutral.

—¿Y qué es lo que dicen de mí?

—Que eres una idiota que se cree que pasar tres años en Sinegard y un par de meses en la Milicia sustituye a décadas sobre el terreno —le dijo Souji con calma—. Que no merecería la pena mantenerte cerca si no fuera por ese pequeño truco que haces. Y que probablemente mueras en Leiyang porque eres demasiado estúpida como para saber a lo que te enfrentas, pero que así al menos podrán librarse de una molestia.

La joven no pudo evitar que se le enrojecieran las mejillas.

—Nada de eso es una novedad.

—Mira, esperiliana. —Souji se inclinó hacia delante—. Estoy de tu parte, pero Gurubai tiene razón en algunas cosas. No sabes liderar un ejército y no tienes experiencia, sobre todo en este tipo de conflictos. Pero yo sé cómo librar esta clase de batallas. Y si vamos a arrastrar a mis hombres a este lío, entonces tendrás que escucharme, joder.

—No voy a dejar que me des órdenes —le dijo Rin.

—Si entras allí siguiendo esos planes, morirás.

—Mira, capullo…

—Espera. —Kitay levantó una mano—. Rin, solo… escúchalo durante Un segundo.

—Pero…

—Lleva aquí más tiempo que nosotros. Si cuenta con información, tenemos que escucharla. —Kitay le hizo un gesto con la cabeza a Souji—. Adelante.

—Gracias. —El otro chico se aclaró la garganta como si fuera un maestro a punto de dar una clase—. Ambos habéis planteado esto mal. No podéis seguir combatiendo como si se tratara de una guerra entre dos verdaderos ejércitos, a campo abierto y todas esas cosas. Esto no es lo mismo. Aquí queremos conseguir una liberación, lo que conlleva tácticas a pequeña escala y engaños.

—Porque eso te sirvió de mucho en Khudla —masculló Rin.

—En Khudla nos vimos sobrepasados —admitió Souji—. Como ya he explicado en otras ocasiones. Esta vez no podemos ganar en el campo de batalla. No contamos con bastantes hombres, y deberíamos recurrir a tácticas a más pequeña escala. Es mejor que aprendáis de mis errores.

—¿Qué propones entonces? —El tono de voz de Rin había perdido todo rastro de desafío. Ahora estaba escuchándolo.

—Aproximaos a través del bosque —dijo Souji—. Yo conseguiré que pasen por allí *vuestros* preciados carros de suministro. Hay senderos ocultos por toda esa área y cuento con hombres que pueden dar con ellos. Luego, estableced contacto con los *dirigentes* de la resistencia en Leiyang antes de entrar en la ciudad. Ahora mismo no tenéis las cifras que os hacen falta.

—¿Cifras? —repitió Rin—. Pero si yo puedo…

—Puedes hacer arder a todo un escuadrón tú sólita, esperiliana. Soy consciente de ello. Pero solo eres de utilidad dentro de tu radio de alcance, y no puede quedar demasiado cerca de los civiles. Necesitas a gente que pueda interponerse entre ambas fuerzas y mantener a los mugeneses lejos de esas personas a las que intentas salvar. Ahora mismo no cuentas con bastantes hombres

como para hacer eso, y sospecho que ese es el motivo por el que te estremeces cada vez que miras tus mapas.

A regañadientes, Rin se dio cuenta de que Souji poseía una astucia extraordinaria.

—¿Y tienes alguna solución mágica para ello? —le preguntó al joven.

—No tiene nada de mágica. He estado en esas aldeas. Allí existen grupos clandestinos de resistencia. Hombres fuertes y dispuestos a luchar. Solo necesitan que alguien les dé un empujoncito.

—Estás hablando de un puñado de campesinos con horcas —dijo Kitay.

—Hablo de llevar a unos cien hombres más con nosotros.

—Menuda patraña —le espetó Rin.

—Soy de esta región —declaró Souji—. Tengo contactos. Si ambos confiáis en mí, puedo haceros ganar Leiyang. ¿Seréis capaces?

Entonces, el joven le tendió la mano a la esperiliana.

Rin y Kitay intercambiaron una mirada dubitativa.

—No es ninguna trampa —les dijo Souji, exasperado—. Venga ya, tengo tantas ganas de volver a casa como vosotros.

Rin se tomó un momento y luego aceptó su mano.

La puerta de lona de la tienda de campaña se abrió en cuanto las palmas de sus manos se tocaron. Un centinela accedió al interior.

—Una patrulla mugenesa —dijo sin aliento—. A tres kilómetros de aquí.

—Escondeos —indicó Souji—. Los árboles cubren ambos flancos durante casi un kilómetro. Ordenad a los hombres que lo recojan todo y se vayan.

—No… ¿Qué? —Rin se levantó a duras penas e intentó recoger sus mapas con torpeza—. Soy yo la que da las órdenes aquí…

Souji le dedicó una mirada de exasperación.

—Pues entonces ordénales que se escondan.

—A la mierda —dijo Rin—. Vamos a luchar.

Los mugeneses solo habían llevado a esa patrulla. Ellos contaban con un ejército. ¿Cómo era posible que estuvieran debatiéndolo siquiera?

Pero, antes de poder dar la orden, Souji asomó la cabeza por la entrada de la tienda de campaña, se llevó dos dedos a la boca y dio tres silbidos tan estruendosos que Rin sintió como si le clavaran cuchillos en las orejas.

La respuesta a esa señal la dejó pasmada. De inmediato, los Lobos de Hierro se levantaron y comenzaron a recoger sus cosas. En menos de dos minutos habían desmontado sus tiendas, guardado su equipo y desaparecido por completo del campamento hacia el bosque. No habían dejado ningún rastro… El hoyo donde antes habían estado sus hogueras se encontraba ahora nivelado y no había ni rastro de basura. Incluso habían rellenado los agujeros que habían dejado las estacas de sus tiendas de campaña sobre la tierra. Nadie que pasara por allí habría adivinado que antes había habido un campamento.

Rin no sabía si estaba furiosa o impresionada.

—¿Sigues considerando luchar? —inquirió Souji.

—Eres un mierdecilla.

—Será mejor que nos sigáis.

—Venga ya, yo tengo a un dios…

—Y para cerrarte el pico solo hace falta que te atraviese una flecha, princesa. Nadie va a cubrirte las espaldas ahora. Si yo fuera tú, nos seguiría.

Con las mejillas al rojo vivo, Rin les ordenó a los hombres de Zhuden que abandonaran el campamento y se retiraran hacia los árboles.

Todos corrieron abriéndose paso entre las ramas, lo que les abrió miles de cortes diminutos en la piel que quedaba expuesta, antes de detenerse y encaramarse a los árboles. Rin jamás se había sentido tan humillada como cuando se agachó al lado de Souji en lo alto de un árbol y se asomó entre las hojas para seguir con la mirada a la patrulla que se aproximaba.

¿Acaso el plan de Souji era esperar a que los mugeneses se marchasen? Era imposible que pretendiese atacarlos. Eso sería un suicidio. Toda aquella situación no contaba con ninguno de los prerrequisitos para una emboscada que les habían inculcado a Rin y a Kitay en clase de Estrategia. No tenían puestos fijos de artillería ni líneas claras de comunicación o visibilidad para hacerse señales entre sus filas. Con haberse replegado hacia el bosque solo habían conseguido desperdigarse y desorganizar a sus tropas, y Rin ahora se hallaba atrapada en una zona de combate en la que sus llamas podían descontrolarse fácilmente.

Varios minutos después, la esperiliana vio cómo la patrulla mugenesa bajaba por el camino principal.

—Podríamos habernos librado de ellos en el claro —le siseó a Souji—. ¿Por qué…?

El joven le tapó la boca con la mano.

—Mira.

La patrulla quedó a plena vista. Rin contó a unos veinte hombres. Iban a lomos de unos lustrosos caballos de guerra que, sin duda, habrían sido alimentados con el grano robado a los aldeanos hambrientos. Los soldados avanzaban despacio mientras examinaban el campamento abandonado.

—Venga —masculló Souji—, seguid vuestro camino.

«Imposible», pensó Rin. Sus hombres eran eficientes, pero no tanto. No bastaba con diez minutos para evacuar el campamento sin dejar ni un solo rastro detrás.

Tal y como esperaba, pasó un minuto antes de que el capitán mugenés gritara algo y señalara hacia el suelo. Rin no sabía qué era lo que había visto (una huella, el hoyo de una estaca, un cinturón tirado), pero eso daba igual. Los habían descubierto.

—Ahora fíjate. —Souji se llevó de nuevo los dedos a la boca y silbó, ahora dos veces seguidas.

Los Lobos de Hierro dispararon una ronda de flechas hacia el claro.

Y dieron en el blanco. La mitad de los patrulleros mugeneses cayeron de sus caballos. La otra mitad dieron un respingo y se prepararon para huir, pero otra ronda de flechas atravesó el aire y acertó en gargantas, sienes, bocas y ojos. Los últimos tres patrulleros corrieron más deprisa camino abajo, solo para ser derribados por un último grupo de arqueros posicionado a casi un kilómetro y medio de donde Rin se escondía.

—Y ya hemos acabado con ellos. —Souji se bajó del árbol y le tendió la mano a la joven para ayudarla a hacer lo mismo—. ¿Tan malo ha sido?

—Ha sido innecesario. —Rin le apartó la mano a Souji y bajó ella sola. Su brazo izquierdo

cedió a causa del esfuerzo. La joven se soltó, se tiró hacia abajo los últimos metros y estuvo a punto de caer de culo. Se apresuró a recomponerse—. Podríamos haberlos atacado de frente, no teníamos por qué escondemos…

—¿Cuántos soldados te crees que tienen? —inquirió Souji.

—Veinte. Puede que treinta. No…

—¿Y a cuántos soldados crees que hemos disparado?

—Bueno, a todos, pero…

—¿Y cuántas bajas hemos sufrido?

—Ninguna —murmuró Rin.

—¿Y saben los mugeneses en la Colmena que vamos a por ellos?

—No.

—Pues ahí lo tienes —dijo Souji con aire de suficiencia—. Ahora vuelve a decirme que todo esto era innecesario.

La esperiliana quería quitarle esa expresión del rostro de un guantazo.

—Esconderse sí que era innecesario. Podríamos haberlos atacado…

—¿Y entonces qué? ¿Era mejor proporcionarles un día más para organizar sus defensas? Lo primero que hacen las patrullas mugenesas cuando sienten que va a producirse un enfrentamiento es enviar a un soldado que han elegido previamente para que acuda a informar de ello al resto.

Rin frunció el ceño.

—Eso no lo sabía.

—Pues claro que no lo sabías. Tú habrías quemado a la mayoría ahí mismo, vale. Pero no puedes superar la velocidad de un caballo. Ninguno de nosotros cuenta con corceles más rápidos que los suyos. Si la fastidias una sola vez, harás que perdamos la ventaja del factor sorpresa.

—Pero eso es absurdo —le respondió la joven—. No vamos a conseguir mantenernos ocultos durante todo el camino hasta Leiyang.

—Tienes razón. Pero debemos intentar ocultarles nuestras cifras al menos hasta que ataquemos al siguiente objetivo. Es importante hacer pequeños ajustes estratégicos como este. No lo veas todo en términos absolutos, piensa en los detalles. Cada día, cada hora que puedas conservar la ventaja de poseer más información de la que tienen ellos, tienes que aprovecharla. Eso marca la diferencia entre sufrir dos bajas o veinte.

—Lo pillo —dijo Rin, escarmentada.

No era tan cabezota como para no admitir cuándo había estado equivocada. Le molestaba darse cuenta de que había estado planteándose todas las estrategias en términos absolutos. Se había acostumbrado a hacer eso. Los detalles nunca habían parecido tener mucha importancia cuando sus estrategias consistían en exterminar a todos por medio del fuego.

Con las mejillas sonrojadas, Rin se sacudió las hojas de los pantalones y luego masculló las palabras que sabía que Souji estaba esperando oír:

—Tú ganas, ¿vale? Tienes razón.

El chico esbozó una sonrisa, complacido.

—Llevo años en esto, princesa. No te vendría mal fijarte en lo que hago.

Montaron el campamento a unos tres kilómetros al sur de donde habían divisado a la patrulla,

bajo una cobertura forestal tan densa que las hojas disipaban el humo de sus hogueras antes de que este pudiera ascender más en el cielo. Aun así, Rin estableció unos límites estrictos: no más de un fuego por cada siete hombres, y todo rastro de la hoguera debía quedar apisonado y concienzudamente oculto con hojas y tierra antes de emprender de nuevo la marcha por la mañana.

La cena consistió en un mísero *wotou* de maíz al vapor y gachas de arroz sin condimentar. El jefe militar del Mono no había permitido que Rin se llevase de Ruijin nada más que los sacos de provisiones más rancios, argumentando que, si fracasaba en esa expedición, al menos la ciudad no moriría de hambre al mismo tiempo. Ella no había insistido en ese aspecto. No había querido tentar a la suerte.

No obstante, los Lobos de Hierro comían sospechosamente bien. Rin no sabía de dónde sacaban los ingredientes, pero el vapor que emanaba de sus calderos burbujeantes olía muy bien. ¿Habrían robado raciones de más en Ruijin? A Rin no le hubiera sorprendido que Souji fuera capaz de hacer eso. Era bastante capullo.

—Si tanto te molesta, ve y pregúntales —le dijo Kitay.

—Hacer eso es una tontería —murmuró Rin—. No voy a montar un pollo…

Pero, en ese momento, Souji se encaminaba hacia los dos, cargando con unas vaporeras de bambú, unas encima de otras, entre las manos. Fijó la mirada en las raciones de Kitay y Rin, y entonces curvó los labios hacia arriba.

—Qué pinta más apetitosa.

Rin cerró los dedos de forma posesiva alrededor de su *wotou.*

—Para nosotros es suficiente con esto.

Souji se sentó frente a ellos y dejó las vaporeras en el suelo.

—¿No habéis aprendido a buscar alimento en la naturaleza?

—Pues claro que sí, es solo que no hay nada comestible por esta zona…

—¿De verdad? —Souji retiró las tapas de sus vaporeras—. Fijaos, brotes de bambú. Perdices recién cazadas. Si cocináis todo esto con un poco de sal y vinagre, contaréis con una comida de tres platos.

—Pero no hay nada de eso por los alrededores —comentó Kitay.

—Ya, lo obtuvimos por el camino. Había un bosque de bambú nada más salir de Ruijin. ¿No lo visteis? Un montón de árboles jóvenes. Cuando veáis algo comestible, debéis guardarlo en vuestro morral. Es la primera regla en una marcha militar, ¿no?

El olor de la carne de perdiz provocó que Rin salivara. La joven echó un vistazo a las vaporeras con cierta envidia.

—¿Y cómo cazasteis las aves?

—Fácil. Se puede montar una trampa con muy poca cosa, siempre y cuando tengas algo de harina de maíz como cebo. Ponemos algunas durante la noche y, al levantarnos, oímos el batir de las alas de las perdices atrapadas. Puedo enseñaros cómo se hace.

Rin señaló hacia algo amarillo y pastoso bajo los brotes de bambú.

—¿Eso qué es?

—Bananas de *Musa basjoo.*

—¿Y están buenas?

—¿No las has comido nunca? —Souji le dedicó una mirada de incredulidad—. En esta zona

crecen por todas partes.

—Pensamos que serían venenosas —confesó Kitay—. En Ruijin, a algunos hombres les ocasionó un gran dolor de estómago. Desde entonces, no las tocamos.

—Ah, no. Eso solo sucede cuando no están maduras. Si no lo notáis por el color… ¿Veis que es como marrón oscuro? También podéis abrirlas y saberlo por el olor. Si huelen agrias, no las toquéis. ¿Ninguno de vuestros hombres sabía esto?

—Ninguno de los de nuestro campamento.

—Increíble —dijo Souji—. Supongo que, tras un par de siglos, se comienzan a olvidar las pequeñas cosas.

Rin señaló hacia un cuenco que contenía lo que parecían ser unas alubias demasiado grandes, negras y crujientes.

—¿Eso qué es?

—Abejas —respondió Souji como si nada—. Saben muy bien cuando están fritas. Solo tienes que haberte asegurado antes de haber retirado todos los aguijones.

La esperiliana lo miró fijamente.

—No sé si hablas en serio o no.

—Es en serio. —Souji tomó una y se la mostró—. ¿Lo ves? Las patas son la mejor parte. Absorben todo el aceite. —Se metió una en la boca y la masticó haciendo mucho ruido—. Increíble. ¿Quieres?

—Estoy bien así —murmuró Rin.

—Eres del sur. Creía que comerías cualquier cosa.

—En Tikany nunca comíamos bichos.

Souji soltó una carcajada.

—Tikany no es ni de lejos el pueblo más empobrecido del sur. Tiene sentido que jamás hayas vivido una hambruna.

Rin tenía que admitir que eso era cierto. Había pasado hambre muchas noches, tanto en Tikany como en la academia de Sinegard, pero eso era porque la habían privado de comida a propósito, no porque hubiera escasez. Incluso después de que hubiese arrancado la Tercera Guerra de la Amapola, cuando los aldeanos de todo el Imperio habían comenzado a estar tan desesperados que habían recurrido a comerse la corteza de los árboles, Rin había tenido aseguradas al menos dos comidas al día gracias a las raciones del ejército.

Cómo no, cuando las cosas se ponían feas, primero se alimentaba a los soldados, y a los demás se los abandonaba a su suerte. La joven había pasado tanto tiempo dependiendo de las capacidades para conseguir alimentos del Imperio, ese por el que había luchado, que nunca había aprendido a buscar comida por sí misma.

—No lo digo para ofender. Solo estoy siendo sincero. —Souji le tendió el cuenco de abejas—. ¿Quieres probarlas?

Olían increíblemente bien. A Rin le rugió el estómago de forma ruidosa y bochornosa.

—Come. —Souji rio entre dientes—. Tenemos raciones de sobra.

Continuaron la marcha al amanecer, pegados al borde del camino, siempre listos para volver a ocultarse entre los árboles ante la más mínima señal por parte los exploradores que habían

enviado delante. Avivaron el paso ligeramente con respecto al día anterior. Rin había querido ir derecha hacia la Colmena, pero Souji había trazado en el mapa de la joven un patrón en zigzag, con lo que creó un sinuoso recorrido que los hacía acercarse a todos los puntos neurálgicos de poder, evitando llegar a su centro hasta el final.

—Pero entonces sabrán que nos dirigimos hacia allí —dijo Rin—. ¿El objetivo de todo esto no era mantener el elemento sorpresa hasta llegar a Leiyang?

Souji negó con la cabeza.

—No, descubrirán que estamos aquí, a lo sumo, en unos cinco días. No podremos mantener nuestro avance en secreto durante mucho más tiempo, así que más nos vale asestar unos buenos golpes mientras podamos.

—Entonces, ¿qué sentido tienen todas estas medidas?

—Piensa, princesa. Están al tanto de que vamos a por ellos. Eso es todo lo que saben. Pero no saben cuántos somos. Podríamos ser una banda de diez personas. O podríamos ser un ejército de un millón de soldados. No tienen ni idea de qué esperar, y la amenaza de lo desconocido entorpece sus preparaciones defensivas. Eso debe seguir siendo así.

Por supuesto, en Sinegard Rin había aprendido a preparar estrategias teniendo en cuenta el estado mental de un enemigo. No obstante, la esperiliana siempre se paraba a considerar la estrategia dominante. ¿Cuál era la mejor opción que tenían, dadas las circunstancias? ¿Y qué preparación debía llevar a cabo ella misma para poder ejecutarla? Los asuntos por los que se obsesionaba Souji (el miedo, la aprensión, la ansiedad, la irracionalidad) eran detalles a los que la joven nunca había prestado demasiada atención. Sin embargo, ahora, en esa guerra de incertidumbres y de desequilibrio de fuerzas, parecían ser algo primordial.

Por ese motivo, cuando la Coalición Sureña se topaba con soldados mugeneses, o bien se escondía entre los árboles y, si el enemigo no se había percatado de Su presencia, lo observaba pasar de largo; o bien ponía en práctica la misma táctica que los Lobos de Hierro habían empleado el primer día como señuelo. Y cuando se acercaban a aldeas ocupadas, empleaban más o menos el mismo tipo de estrategia: atraían al enemigo con prudencia y lo atacaban con una fuerza limitada, la suficiente como para lograr incapacitar a sus objetivos sin llegar a enzarzarse en una verdadera batalla.

Durante ocho días y en varias escaramuzas, Rin fue testigo del potencial de las tácticas favoritas de Souji. La mayoría se basaban en el arte del engaño, y eran brillantes. A los Lobos de Hierro les gustaba asaltar a pequeños grupos de soldados mugeneses, siempre por la noche, y nunca dos veces en el mismo lugar. Cuando los mugeneses regresaban más tarde con más tropas, los guerrilleros ya se habían marchado. Fingían ser mendigos, granjeros y aldeanos borrachos para provocar los ataques de los mugeneses. Creaban deliberadamente falsos campamentos para poner nerviosas a las tropas enemigas. El ardid favorito de Souji era enviar a un grupo de Lobos de Hierro formado completamente por mujeres jóvenes a los terrenos colindantes con los campamentos mugeneses. Las soldados vestían las prendas más provocativas y de colores más brillantes a las que las aldeanas tenían acceso. No había ni una vez que no acabaran asaltándolas. Pero era más complicado acabar con esas chicas, armadas con proyectiles y cuchillos, que con las presas a las que estaban acostumbrados los mugeneses.

—Te gusta eso de fingir debilidad —apuntó Rin—. ¿Funciona siempre?

—Casi siempre. A los mugeneses les atrae muchísimo un blanco fácil.

—¿Y nunca descubren el ardid?

—En mi experiencia, no. Son unos abusones. Les gusta ver debilidad. Están muy convencidos de que solo somos animales cobardes e inferiores, y por eso no se detienen a cuestionar nada. No quieren creer que podemos devolverles el golpe, así que no lo hacen.

—Pero no es que estemos devolviéndoles ningún golpe —dijo Rin—. Solo estamos cabreándolos.

Souji sabía que a la esperiliana no le entusiasmaba esa campaña imprecisa, el tener que estar combatiendo a medias, tener que provocar desde las sombras, en lugar de enfrentarse al enemigo de frente. Aquello desafiaba cada principio estratégico que le habían enseñado a la joven. La habían instruido para ganar, y además de forma contundente, para prevenir un contraataque posterior. Por el contrario, Souji rozaba la victoria, pero nunca se hacía con ella. Dejaba las posiciones de las piezas de ajedrez abiertas sobre todo el tablero, igual que un perro enterraba un hueso para saborearlo más tarde.

No obstante, el líder de los Lobos de Hierro insistía en que Rin seguía planteándose toda esa guerra de un modo incorrecto.

—No cuentas con un ejército convencional —le dijo—. No puedes entrar en Leiyang y arrasar con todo como hacías cuando combatías para la República.

—Sí que puedo —respondió Rin.

—Tu eficacia es un nueve sobre diez, princesa. Como una flecha perdida o una jabalina se te inserte en la sien, se te habrá acabado la suerte. No te la juegues. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

—Pero detesto esta huida constante…

—No estamos huyendo. Eso es lo que no entiendes. Estamos provocando confusión. Piensa en cómo cambiarían tus cálculos si te encontraras en la posición contraria. Modificarías el patrón de tus patrullas para poder defenderte de estos ataques aleatorios, pero no podrías anticipar cuándo se producirían. Acabarías con los nervios crispados. No podrías descansar ni dormir, porque no estarías segura de cuándo iría a producirse el siguiente.

—Conque tu plan es fastidiarlos hasta que mueran —apostilló Kitay.

—La moral baja es una gran arma —comentó Souji—. No la subestiméis.

—Y no la subestimo —dijo Rin—. Pero parece que no hacemos otra cosa que replegarnos.

—El objetivo de todo esto es que solo nosotros tengamos la posibilidad de replegarnos. Ellos no la tienen. Están atrapados en los lugares que han ocupado porque no pueden renunciar a ellos. Intentad que esto os entre a los dos en la mollera: vuestro modelo de guerra por defecto ya no funcionará. En Sinegard os enseñaron a liderar grandes fuerzas para grandes batallas. Pero ya no contáis con eso. Lo que sí que podéis hacer es atacar a fuerzas aisladas en repetidas ocasiones y retrasar la llegada de los refuerzos. Debéis desplegar pequeñas unidades operativas que tengan potestad para tomar sus propias decisiones. Y debéis querer retrasar las batallas cuerpo a cuerpo a campo abierto durante el máximo tiempo posible.

—Esto es de locos. —Kitay tenía los ojos muy abiertos y exhibía en el rostro ese gesto de leve pánico que ponía cuando su mente asimilaba a toda prisa nuevos conceptos. Rin casi era capaz de oír cómo se movían los engranajes de su cerebro—. Esto contradice todo lo que han dicho los clásicos sobre el arte de la guerra.

—En realidad no —dijo Souji—. ¿Cuál decía Sun Tzu que era el teorema fundamental de la

guerra?

—Subyugar al enemigo sin pelear —respondió Kitay de forma automática—. Pero eso no se puede aplicar a…

El otro joven lo interrumpió.

—¿Y eso qué significa?

—Que hay que apaciguar al enemigo con una superioridad pura y abrumadora —dijo Rin con impaciencia—. Si no puede ser con tus cifras, entonces con la tecnología que emplees o con tu posición. Debes hacer que se percate de su inferioridad para que así se rinda sin pelear. De ese modo, libras a tus tropas de un combate y mantienes el campo de batalla limpio. El único problema es que ellos no son en absoluto inferiores a nosotros. Así que eso no va a funcionar.

—Pero eso no es lo que quiere decir Sun Tzu. —Souji tenía un aspecto engreído que llegaba a ser irritante, como si fuera un profesor que esperaba a que un estudiante muy lento acabase llegando a la respuesta correcta.

Kitay había perdido la paciencia.

—¿Qué pasa? ¿Escribió una parte del texto con tinta invisible?

Souji levantó las manos.

—Oye, yo también fui a Sinegard. Sé cómo funcionan vuestras mentes. Pero fuisteis entrenados para una guerra convencional, y esta no lo es.

—Entonces, ten la amabilidad de explicarnos cómo es esta guerra —dijo Kitay.

—No puedes ir a por una fuerza superior de golpe, así que tienes que ir dividiéndola en pequeñas partes. Operaciones de movilización. Ataques nocturnos. Engaños, sorpresas y todas esas cosas divertidas, cosas que hemos estado haciendo. Así conseguimos la alineación óptima, o como quiera que llame Sun Tzu a esa chorrada. —Souji acercó las yemas del índice y el pulgar—. Sois como hormigas abalanzándose sobre una rata herida. Os la vais comiendo a pequeños bocados. No os enzarzáis en un verdadero enfrentamiento en el campo de batalla, solo os limitáis a dejarlos agotados.

»El problema de Sinegard es que os enseñó a luchar contra un enemigo del pasado. Lo veían todo a través de los ojos del Emperador Rojo. Pero ese método de guerra ya no funciona. Ni siquiera os funcionó contra los mugeneses, cuando contabais con la ventaja numérica. Además, Sinegard dio por sentado que el enemigo sería una fuerza conquistadora que vendría de fuera. —Souji sonrió—. No pensaron en instruir a rebeldes.

A pesar de su escepticismo inicial, Rin tuvo que admitir que las tácticas de Souji habían surtido efecto. Y siguieron haciéndolo. Cuanto más se aproximaban a Leiyang, más suministros e inteligencia obtenían, todo ello sin indicios de que los mugeneses en Leiyang fuesen conscientes de lo que les esperaba. Souji había planeado sus ataques de tal forma que los supervivientes mugeneses no fueran capaces de detectar a más de diez o veinte soldados a la vez. El verdadero tamaño de su ejército seguía siendo un secreto bien guardado. Y si Rin tenía que invocar el fuego alguna vez, se aseguraba de no dejar ningún testigo.

Sin embargo, la racha de suerte se les estaba acabando. Las tácticas a pequeña escala de Souji funcionaban con objetivos reducidos: pueblos donde no había más de cincuenta guardias mugeneses. Pero Leiyang era uno de los municipios más grandes de la provincia. Cada vez

recibían más informes que corroboraban el hecho de que allí los soldados enemigos se contaban por miles.

No se podía engañar a un ejército conformado por miles de soldados con mujeres con falda y fuegos artificiales. Tarde o temprano, tendrían que enfrentarse cara a cara con su enemigo y luchar.

5

El duodécimo día de marcha, después de pasar una eternidad recorriendo senderos forestales sinuosos y traicioneros, llegaron a una amplia explanada cubierta de tallos rojos de sorgo. En comparación con la maleza descontrolada y los escasos y ralos árboles que se hallaban desperdigados junto al borde de los senderos, esos campos estaban perfectamente cultivados y destacaban igual que una bandera roja de advertencia.

Los ejércitos solo mantenían los campos de cultivo cuando habían establecido una ocupación permanente. Eso quería decir que habían llegado a la frontera de la Colmena.

Los hombres de Rin querían entrar en Leiyang esa misma noche. Durante los últimos dos días, habían estado avanzando a un ritmo pausado, ya que habían tomado unas rutas forestales que no les habían permitido ir más rápido. Rebosaban energía acumulada, a punto de estallar. Tenían sed de sangre.

Souji era el único freno.

—Antes hay que contactar con los dirigentes locales.

Rin le siguió la corriente.

—Vale, ¿y dónde están?

—Bueno… —el joven se rascó una oreja—, pues allí dentro. —¿Estás loco?

—Los civiles son los que más sufren tus pequeños actos de liberación —dijo Souji—. ¿O es que no contaste el número de bajas que hubo en Khudla?

—Escucha, liberamos Khudla…

—E incendiaste un templo lleno de civiles a los que mataste —le reprendió el chico—. No creas que no estoy enterado de eso. Tenemos que ponerlos sobre aviso.

—Es demasiado arriesgado —terció Kitay—. No sabemos cuántos colaboracionistas puede haber. Si te ve la persona equivocada, los civiles lo acabarán pagando igualmente.

—Nadie va a delatarnos —declaró Souji—. Conozco a esas personas. Su lealtad es inquebrantable.

Rin le dedicó una mirada escéptica.

—¿Estás dispuesto a arriesgar las vidas de todos los que forman este ejército por eso?

—Voy a arriesgar las vidas de todos los que viven en ese municipio solo por eso —afirmó el joven—. Te he traído hasta aquí, esperiliana. Solo tienes que seguir confiando en mí un poco más

de tiempo.

Rin acabó adentrándose a pie en el centro de la Colmena acompañada de Souji, vestida con harapos, sin su espada y sin refuerzos. El joven había calculado el lapso de tiempo en el que la zona norte quedaba sin vigilancia, unos treinta segundos durante el cambio de guardia. Eso les permitió colarse a través de los campos de cultivo y las puertas de la ciudad sin ser detectados.

La esperiliana quedó atónita con lo que vio en el interior de Leiyang.

Nunca había entrado en un municipio ocupado por los mugeneses donde no hubiera cadáveres dispuestos en pilas podridas y desordenadas en cada esquina, ni en el que los residentes no hubieran sido aplastados de un modo concienzudo y brutal hasta conseguir su sometimiento.

Sin embargo, en Leiyang los mugeneses habían apostado por algo parecido a la creación de un Estado ocupacional. Y, de algún modo, eso era aún más aterrador.

Allí los civiles estaban delgados, demacrados y claramente oprimidos, pero vivos. Y no solo vivos, sino libres. No estaban encerrados en jaulas ni agazapados dentro de sus casas muertos de miedo. Los civiles, que era evidente que eran ciudadanos nikaras, caminaban por la ciudad como si nada. Si Rin no lo hubiese sabido de antemano, no hubiera dicho que allí había presencia mugenesa. A medida que se adentraban en el lugar, la joven fue divisando a grupos de hombres (trabajadores con aperos de labranza que podrían haber usado fácilmente como armas) dirigiéndose a los campos de cultivo sin la compañía de un solo guardia armado. Cerca del centro de la ciudad se formaban largas colas que se concentraban alrededor de una increíble estampa: un sistema de racionamiento en el que las tropas mugenesas distribuían porciones diarias de cebada de trigo entre los civiles que aguardaban pacientemente con sus cuencos de cobre.

Rin casi no fue capaz de formular la siguiente pregunta:

—¿Cómo es…?

—Colaboracionismo —dijo Souji—. Así es como hemos ido salvándonos el cuello la mayoría de nosotros. Los mugeneses no tardaron en darse cuenta de que su política inicial de despoblación solo iba a funcionar si seguían obteniendo los recursos de su isla. Esa isla ha desaparecido, así que no tiene sentido seguir expulsando a la gente. Además, necesitan a alguien que se encargue de cocinar y limpiar.

Conque los soldados sin patria habían formado una enfermiza simbiosis con sus víctimas. Los mugeneses se habían fusionado con los nikaras, creando una sociedad que, aunque no fuera necesariamente pacífica, al menos parecía estable y sostenible.

Rin veía muestras de esa cauta coexistencia allá donde mirase. Divisó a soldados mugeneses comiendo en los puestos callejeros nikaras. Vio a patrulleros enemigos escoltando a un grupo de granjeros nikaras hasta las puertas de acceso a la ciudad. No había ninguna espada desenvainada ni nadie maniatado. Todo eso parecía algo rutinario. Rin incluso llegó a ver a un soldado mugenés acariciándole con cariño la cabeza a un niño nikara cuando se cruzó con él por la calle.

A la joven le dio un vuelco el estómago.

No sabía qué hacer con eso. Estaba tan acostumbrada a la destrucción más absoluta, a las opciones binarias que existían en una guerra extrema, que no era capaz de asimilar ese extraño término medio. ¿Cómo sería vivir con alguien apuntándole con una espada a diario? ¿Qué se sentiría al mirar a esos hombres a los ojos, un día tras otro, siendo del todo consciente de lo que

eran capaces?

La esperiliana siguió a Souji muy de cerca mientras avanzaban por las calles, desplazando la mirada de un lado a otro con nerviosismo a cada paso. Nadie había notado su presencia, ni parecía que les importase. De vez en cuando alguna persona entornaba la mirada hacia Souji como si lo reconociese, pero nadie dijo ni una palabra.

El joven no se detuvo hasta que llegaron al otro extremo de la ciudad, donde señaló hacia una pequeña cabaña con tejado de paja medio escondida detrás de un montón de árboles.

—El más alto cargo en Leiyang es un hombre llamado Lien Wen. Su nuera es de la misma aldea que mi madre. Lien nos está esperando.

Rin frunció el ceño.

—¿Cómo es posible?

—Ya te lo dije. —Souji se encogió de hombros—. Conozco a estas personas.

Una niña delgada y de rostro anodino que tendría unos siete años estaba sentada frente a la puerta, moliendo grano de sorgo a mano en un pequeño cuenco de piedra. Cuando los jóvenes se acercaron, se puso en pie como pudo y, sin mediar palabra, les hizo una seña para que la siguieran al interior de la cabaña.

Souji alentó a Rin a pasar delante de él.

—Vamos.

Para ser el hogar de un alto dirigente de la ciudad, la casa de Lien Wen no era particularmente lujosa. Dentro no hubieran cabido más de diez hombres de pie pegados unos a otros. Una mesa de té cuadrada ocupaba el centro de la estancia, rodeada por taburetes de tres patas. Rin se sentó en el que tenía más cerca. Las patas, desiguales y arañadas, se tambaleaban cada vez que la joven se movía. Curiosamente, eso la tranquilizaba. Esa clase de pobreza le era familiar.

—Dejad las armas aquí. Órdenes de mi padre. —La chica señaló hacia un jarrón resquebrajado en un rincón.

Rin vaciló al llevar los dedos hacia los cuchillos que tenía ocultos bajo la camisa.

—Pero…

—Desde luego. —Souji le lanzó una severa mirada a su acompañante—. Lo que diga el jefe Lien.

A regañadientes, la esperiliana dejó sus cuchillos dentro del jarrón.

La chica desapareció durante varios segundos, para luego regresar con un plato de panecillos de grano grueso al vapor que dejó sobre la mesa de té.

—La cena —dijo la joven antes de retirarse a un rincón.

El grano almidonado olía increíblemente bien. Rin llevaba siglos sin tener delante unos panecillos al vapor en condiciones. En Ruijin hacía mucho que se habían quedado sin levadura. Alargó una mano para tomar uno, pero Souji se la apartó de un manotazo.

—No —masculló—. Esto es más de lo que esa chica come en una semana.

—Entonces, ¿por qué…?

—Déjalos. Si no los tocas, los guardarán para más tarde. Pero si los tocas y luego los dejas, insistirán en que te los lleves cuando te marches.

A Rin le rugía el estómago, pero volvió a dejar la mano sobre el regazo.

—No pensé que fueras a volver.

Un hombre alto y de espalda ancha ocupó todo el umbral de la puerta. A Rin le era imposible determinar su edad: tenía arrugas alrededor de los ojos y los bigotes canosos, por lo que podría haber sido su abuelo. Sin embargo, caminaba con la espalda recta y la barbilla levantada, como un guerrero al que aún le quedaran décadas de lucha en el cuerpo.

—Jefe Lien. —Souji se levantó, juntó las manos e hizo una pronunciada reverencia agachándose a la altura de la cadera. Rin se apresuró a imitarlo.

—Sentaos —masculló el jefe Lien—. Esta cabaña no es tan grande como para andarnos con toda esta ceremonia.

Rin y Souji regresaron a sus taburetes. El jefe Lien se limitó a quitar su asiento de en medio y a sentarse con las piernas cruzadas sobre el suelo sucio, lo que hizo que Rin se sintiera de repente muy infantil en esa postura en cuclillas.

El recién llegado cruzó los brazos sobré el pecho.

—Conque vosotros sois los que habéis estado causando problemas en el norte.

—Culpables. —Souji sonrió—. Lo siguiente es…

—No me lo digas —respondió Lien—. Me da igual cuál sea vuestro siguiente paso. Coged a vuestro ejército, marchaos y no regreséis.

Souji se quedó callado, con gesto dolido. A Rin le habría resultado gracioso si no se hubiera sentido tan confusa.

—Creen que los culpables son nuestros hombres —dijo el jefe Lien—. Colocaron en fila a nuestros mayores en la plaza la mañana después de desaparecer el primer patrullero y nos dijeron que les dispararían uno a uno hasta que los culpables confesaran. Nadie dio un paso al frente, así que le pegaron una paliza a mi madre hasta casi matarla. Eso fue hace cosa de una semana. Ella no se ha recuperado. Si sobrevive a esta noche, será un milagro.

—Contamos con un médico —dijo Souji—. Podemos traérselo aquí, o podemos llevar a su madre a nuestro campamento. Tenemos a hombres en el terreno. Podemos hacerlo con sigilo esta noche…

—No —replicó con firmeza el jefe Lien—. Daréis media vuelta y desapareceréis. Sabemos cómo acabará esta historia, y no podemos sufrir las consecuencias. La sumisión es lo único que nos mantiene con vida…

—¿Sumisión? —Souji le había advertido a Rin que cerrara la boca y que lo dejara hablar a él, pero la joven no pudo evitar intervenir—. ¿Así es como llama a la esclavitud? ¿Le gusta recorrer las calles con la cabeza gacha, sobresaltándose cuando ellos se le acercan, lamiéndoles el culo para ganarse su favor?

—Nuestra ciudad sigue conservando a todos sus hombres —declaró el jefe Lien.

—Entonces, cuenta con soldados —afirmó Rin—. Y deberían luchar.

El jefe Lien se limitó a mirarla a través de sus ojos arrugados y cansados.

En mitad de ese silencio, Rin se fijó por primera vez en una serie de cicatrices rugosas que tenía el hombre a lo largo de los brazos. Otras le ascendían por un lateral del cuello. Esas cicatrices no habían sido provocadas por un látigo. Se las habían hecho con cuchillos.

La mirada que le dedicó Lien hizo que la esperiliana se sintiese muy pequeña.

Al fin, el hombre le preguntó:

—¿Sabes que cogen a las jóvenes con la piel más oscura que puedan encontrar y las queman vivas?

Rin se encogió al oír eso.

—¿Qué?

Pero, entonces, ella misma intuyó, de forma lenta y temerosa, cuál era la respuesta antes de que el jefe Lien se la comunicara en voz alta.

—Los mugeneses cuentan historias sobre ti. Saben qué fue lo que sucedió en la Isla del Arco. Saben que fue cosa de una chica de piel oscura con los ojos rojos. Y saben que andas cerca.

«Por supuesto que lo saben». Los mugeneses habían masacrado a los esperilianos hacía veinte años. Sin duda, el mito de la raza de piel oscura y con ojos rojos que invocaba el fuego seguía circulando entre las generaciones más jóvenes. Y seguro que habían oído los rumores en el sur. Las tropas mugenesas que entendían el nikara habrían escuchado las historias que se contaban entre susurros sobre la diosa reencarnada, la culpable de que no pudieran volver jamás a su hogar. Habrían torturado a quien fuese necesario para conocer los detalles. No habrían tardado en descubrir a por quién debían ir.

Pero, como no podían dar con ella, habían atacado a cualquiera que pudiera parecerse a Rin.

La culpa hizo que se le retorciera el estómago como si tuviera un cuchillo clavado.

Entonces, oyó el repentino ruido del acero chocando contra el acero. Se levantó de un salto y se dio la vuelta. La niña, que seguía sentada en un rincón de la cabaña, había comenzado a juguetear con las armas de sus invitados.

El jefe Lien se giró para mirar hacia atrás.

—No toques eso.

—No pasa nada —dijo Souji, restándole importancia—. Debería aprender a manejar el acero. ¿Te gusta ese cuchillo?

—Sí —dijo la niña, tanteando el equilibrio de la cuchilla sobre un dedo.

—Quédatelo. Te hará falta.

La pequeña les echó un vistazo.

—¿Sois soldados?

—Sí —respondió Souji.

—Entonces, ¿por qué no lleváis uniforme?

—Porque no tenemos dinero. —El joven le dedicó una sonrisa con la que le mostró los dientes—. ¿Te gustaría confeccionarnos unos uniformes?

La niña ignoró la pregunta.

—Los mugeneses sí que tienen uniformes.

—Es verdad.

—Entonces, ¿tienen más dinero que vosotros?

—Dejarán de tenerlo si tu padre y nosotros podemos hacer algo al respecto. —Souji volvió a girarse para mirar al jefe Lien—. Por favor, jefe. Tan solo escúchenos.

El hombre negó con la cabeza.

—No me arriesgaré a sufrir las represalias.

—No habrá represalias…

—¿Cómo podéis garantizar eso?

—Podemos hacerlo porque todo lo que dicen sobre mí es cierto —intervino Rin. Unas pequeñas llamaradas le envolvieron los brazos y los hombros. Tenían la suficiente intensidad como para proyectar largas sombras sobre su rostro, como para otorgarle un aspecto

completamente inhumano.

La joven pudo ver cómo una ligera sorpresa cruzaba el rostro del jefe Lien. Sabía que, a pesar de los rumores, ese hombre no había llegado a creerse realmente lo que era Rin. Para ella era comprensible. Costaba creer en los dioses, creer de verdad, hasta que le miraban a uno a la cara.

Rin había hecho creer a los mugeneses. También haría que ese hombre fuese un creyente.

—Asesinan a esas chicas porque tienen miedo —dijo la esperiliana—. Y deberían tenerlo. Hundí la Isla del Arco. Puedo destruir todo lo que me rodea en un radio de cuarenta y cinco metros. Cuando ataquemos, no será como las veces anteriores. No habrá posibilidad de que suframos una derrota ni ninguna represalia porque no puedo perder. Cuento con un dios. Tan solo necesito que saque a los civiles de aquí para que estén fuera de peligro. Nosotros nos encargaremos del resto.

La mandíbula del jefe Lien había perdido esa terca tirantez. Rin sabía que se lo había ganado. Lo veía en sus ojos. Por primera vez, el hombre se estaba planteando hacer algo más que someterse. Estaba pensando en cómo sería ser libre.

—Podéis tenderles una emboscada desde la frontera norte —dijo al fin Lien—. Allí no viven muchos civiles y podemos evacuar a los que hay. Los juncos serán lo bastante altos como para ocultaros entre ellos. Podéis esconder a unos quinientos hombres en esos campos. No sabrán que estáis allí hasta que decidáis delatar vuestra posición.

—Entendido —dijo Souji—. Gracias.

—Tendréis muy poco tiempo para ocupar posiciones. Envían tropas con perros y varas cada par de horas para localizar a quien pueda estar escondiéndose allí.

—Van a buscar piojos que se les hayan pegado al pelo —dijo la niña—. Así lo llaman.

—Pues entonces tendremos que ser unos piojos inteligentes —comentó Souji. Su rostro transmitía un gran alivio. Eso ya no se trataba de una negociación. Ahora todo giraba en torno a la logística—. ¿Y sabe cuántos hombres tienen?

—Unos tres mil —respondió el jefe Lien.

—Es una cifra muy concreta —dijo Rin—. ¿Cómo lo sabe?

—Nos encargan el grano a nosotros. Sabemos cuánto comen.

—¿Y puede calcular la cifra de hombres según la cantidad de grano?

—Es una multiplicación sencilla —dijo el jefe Lien—. No somos idiotas.

Rin se reclinó en su asiento, impresionada.

—Muy bien. Tres mil hombres entonces.

—Podemos conseguir alejarlos unos ciento ochenta metros del municipio si dividimos nuestras fuerzas y los atraemos hacia los campos de cultivo —dijo Souji—. Así el lugar quedará lejos del alcance de Rin…

—No —sentenció el jefe Lien—. Que sean trescientos metros.

—Eso tal vez no sea posible —comentó Rin.

—Haced que lo sea —dijo el hombre, tajante—. Mantened vuestra batalla lo más lejos posible de la ciudad.

—Lo entiendo —dijo la joven, con un duro tono de voz—. Quiere obtener su liberación sin tener que sufrir ninguna de las consecuencias.

El jefe Lien se puso en pie. El mensaje era claro. La reunión se había terminado.

—Si perdéis, irán a por nosotros. Y ya sabéis de qué son capaces.

—Eso da igual —dijo Rin—. No perderemos.

El jefe Lien no dijo nada. Los siguió en silencio con la mirada, estudiándolos, mientras los jóvenes abandonaban la cabaña. En el rincón, su hija tarareaba y continuaba haciendo chirriar un acero contra otro.

—Qué bien ha ido… —murmuró Rin.

—Desde luego. —Souji lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué estás tan contento? Nos lo ha puesto todo diez veces más difícil de lo que debería serlo, y encima no nos ha dado nada a cambio…

—Eso no es verdad. Nos ha dado permiso.

—¿Permiso? ¿Quién cojones necesita su permiso?

—Siempre se necesita tener permiso. —Souji dejó de caminar. La sonrisa desapareció de su rostro—. Cada vez que vas a presentar batalla en una aldea, pones la vida de cada civil inocente en peligro. Es tu obligación ponerlos sobre aviso.

—Mira, si todos los ejércitos hicieran eso, entonces…

—Escucha, no te estás embarcando en una campaña para hacerte con estas tierras, vas a luchar por su gente. Y si aprendes a confiar en ellos, se convertirán en tus mejores armas. Serán tus ojos y tus oídos en el terreno. Serán una extensión natural de tu ejército. Pero jamás debes ponerlos en peligro contra su voluntad. ¿Lo entiendes?

Souji la fulminó con la mirada hasta que la joven asintió.

—Bien —respondió el chico, y se encaminó con paso ligero hacia la puerta. Rin, escarmentada, lo siguió.

Alguien los esperaba entre las sombras.

La esperiliana prendió una llama sobre su mano, pero Souji la agarró por el codo.

—No. Es un amigo.

El hombre en la puerta era, sin duda, nikara. Tenía que serlo, ya que la ropa, raída y descolorida, le quedaba grande sobre su cuerpo esquelético. Y ninguno de los soldados mugeneses pasaba hambre.

Era bastante joven, poco más que un chico. Parecía increíblemente emocionado de verlos. Miró a Rin y se le iluminó el rostro.

—¿Eres la esperiliana?

Algo en él le resultaba familiar. Esas cejas gruesas, esos hombros anchos. Su porte era el de un líder nato, seguro y decidido.

—Tú debes de ser el hijo del jefe Lien —respondió ella—. ¿No es así?

—Culpable —dijo el chico—. Soy Lien Qinen. Me alegro de conocerte.

—Ven aquí, capullo. —Souji agarró a Qinen del brazo y tiró de él hasta darle un achuchón—. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Mi padre cree que sigo ocultándome en los bosques. —Qinen se giró hacia Rin—. Entonces, ¿eres la esperiliana? Eres más bajita de lo que esperaba.

El comentario hizo enfurecer a la joven.

—No me digas.

El chico alzó las manos.

—No, no quería… Es decir… Caray. —Parpadeó varias veces—. Perdona, es que he oído tanto hablar de ti que esperaba… No sé qué era lo que esperaba. Me alegro de conocerte.

Rin se dio cuenta de que no pretendía ser maleducado. Solo estaba nervioso. Así que la joven suavizó su expresión.

—Sí, soy la esperiliana. ¿Y tú estás aquí para…?

—Soy vuestro aliado. —Qinen se apresuró a tenderle la mano para estrechársela. La tenía pegajosa a causa del sudor. Se quedó mirándola embobado, con la boca ligeramente abierta, como si estuviera viéndola descender de los cielos por una escalera de nubes. Entonces, parpadeó y carraspeó—. Vamos a ayudaros a combatir. Tengo a hombres preparados para unirse a vosotros. Solo tenéis que decirlo y…

—No haréis nada —dijo Souji—. Sabes que es una de las exigencias de tu padre.

Qinen torció el gesto con desdén.

—Mi padre es un cobarde.

—Solo intenta mantenerte con vida —comentó Souji.

—¿Con vida? —Qinen frunció el ceño—. Nos ha sentenciado a vivir en un infierno. Cree que la sumisión equivale a conseguir clemencia, pero no escucha los informes que nos llegan de las aldeas que nos rodean. No sabe qué les hacen a las mujeres. O si lo sabe, le da igual. —Apretó los puños—. A cuarenta y ocho kilómetros de aquí, una aldea intentó ocultar a sus chicas en unas minas cercanas. Cuando los mugeneses lo descubrieron, sellaron las salidas y dejaron que se asfixiaran allí dentro durante tres días. Cuando al fin dejaron que los aldeanos recuperaran los cadáveres, encontraron a las chicas muertas con los dedos partidos y ensangrentados por haber estado intentando abrir las entradas. Pero mi padre no lo entiende. Ha estado… Es decir, desde la muerte de mi hermano, ha… —Le tembló la garganta—. Se equivoca. Aquí no estamos a salvo. Jamás lo estaremos. Dejad que luchemos a vuestro lado. Si morimos, al menos dejad que lo hagamos como hombres.

«No nos está pidiendo permiso», se dio cuenta Rin. Souji se equivocaba. Qinen iba a luchar, estuvieran ellos de acuerdo o no. Lo que buscaba el joven era validación. Después de todo lo que había visto, necesitaba que lo absolvieran de la culpa que sentía por seguir vivo, y solo podría conseguir eso si se jugaba la vida. Rin conocía esa sensación.

—Tus amigos y tú no sois soldados —afirmó Souji con calma.

—Podemos serlo —dijo Qinen—. ¿Creíais que íbamos a cruzarnos de brazos y esperar a que nos rescatase alguien? Me alegro de verte, hermano, pero habríamos comenzado esta batalla sin vosotros. Nos necesitáis. Hemos estado llevando a cabo nuestros propios preparativos. Ya tenemos preparado el campo de batalla…

—¿Qué? —Souji le dedicó una mirada penetrante—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Todo lo que a mi padre le asustaba demasiado hacer. —Qinen alzó la barbilla con orgullo —. Hemos cronometrado las rutas de las patrullas mugenesas minuto a minuto. Las hemos anotado todas en un código que ellos no pueden descifrar. Hemos creado señales de aviso para que los aldeanos sepan exactamente cuándo tienen que huir o esconderse. Nos hemos asegurado de que cada hogar cuente con un arma: cuchillos hechos con estacas o aperos de labranza que hemos robado poco a poco de los cobertizos. Estamos preparados para esta batalla.

—Si se enteran de que habéis hecho eso, os matarán —dijo Souji.

—Somos más valientes de lo que crees —resopló Qinen—. ¿Habéis visto a mi hermana

pequeña?

—¿La chica de la cabaña? —preguntó Rin.

Qinen asintió.

—Ella también está con nosotros. Los mugeneses la tienen trabajando en el comedor, que es donde obligan a trabajar a los niños. Desde allí, mi hermana les va echando un poco de cicuta en el agua. No sirve de mucho. Solo les provoca vómitos y diarrea, pero los debilita. Y nadie sospecha que es cosa de ella.

Al contemplar el rostro de Qinen, con ese gesto sincero, furioso y desesperado, Rin no pudo evitar sentir una mezcla de admiración y lástima. Su valentía la maravillaba. Esos civiles estaban agitando el avispero, arriesgando su vida a diario para prepararse para una rebelión que debían de saber que no podían ganar.

¿Qué creían que podían conseguir con eso? Eran granjeros y niños. Sus pequeños actos de resistencia tal vez consiguiesen cabrear a los mugeneses, pero no expulsarlos.

Rin pensó que, tal vez, bajo esas circunstancias, ese tipo de resistencia, por muy fútil que fuera, era la única forma de vivir.

—Podemos ayudaros —insistió Qinen—. Solo decidnos dónde y cuándo.

La parte más despiadada de Rin quería decirle que sí. Podía aprovechar a Qinen, Sería tan fácil usarlo como carne de cañón. Incluso un comandante con muy poca experiencia no dudaría en ganar segundos, incluso minutos extra, lanzándole más cuerpos al enemigo.

No obstante, no podía olvidar la mirada en los ojos del jefe Lien.

Aunque a esas alturas la joven ya había aprendido lo que significaba llevar la guerra al sur.

También supo interpretar el gesto en el rostro de Souji. «No te atrevas».

Y sabía que, si decía lo que no debía ahora, entonces perdería tanto el apoyo del jefe Lien como el de los Lobos de Hierro.

—Souji tiene razón. —Rin alargó la mano para tocarle el brazo a Qinen—. Esta no es vuestra batalla.

—Y una mierda —estalló el joven—. Este es mi hogar.

—Lo sé. —La esperiliana intentó aparentar que lo decía en serio—. Y lo mejor que puedes hacer ahora es mantener a tus compatriotas a salvo cuando ataquemos.

Qinen parecía abatido.

—Pero eso no es nada.

—Te equivocas —lo corrigió Souji—. Eso lo es todo.

Para cuando Rin y Souji regresaron al campamento, la noche ya había caído. Habían planificado su ataque para el próximo atardecer. Se habían planteado atacar en ese mismo momento, bajo el amparo de la oscuridad y antes de que las noticias de su llegada pudiesen extenderse. Sin embargo, habían decidido aguardar hasta la tarde siguiente. El jefe Lien necesitaba tiempo para orquestar la evacuación de los aldeanos, mientras que el ejército sureño debía explorar antes el terreno para posicionar a sus tropas de forma óptima dentro de los campos de cultivo. El equipo de la general pasó las siguientes horas apiñado alrededor de los mapas, marcando las vías de entrada.

Era más de medianoche cuando por fin dieron por concluida la reunión para irse a descansar.

Cuando Rin regresó a su tienda de campaña, encontró un delgado pergamino colocado con cuidado en lo alto de su bolsa de viaje.

Alargó la mano, se detuvo y luego la retiró. Había algo raro en todo eso. Nadie en el campamento estaba recibiendo correspondencia privada. La Coalición Sureña contaba con una única paloma mensajera, que estaba entrenada para llevar mensajes desde cualquier lugar solo hacia Ankhiluun. Sus instintos le decían que era una trampa. La parte exterior del pergamino podría estar cubierta de veneno. Un sinfín de generales nikaras habían intentado ese viejo truco antes.

La joven se inclinó sobre el pergamino con una pequeña llama flotando sobre su palma, con la que iluminó minuciosamente cada ángulo. No veía nada peligroso: ni delgados alfileres ni un resplandor oscuro sobre los bordes. Aun así, tiró de la manga de su camisa con los dientes y se cubrió con ella los dedos antes de coger el pergamino y desenrollarlo. Entonces, estuvo a punto de tirarlo al suelo.

El sello de cera contaba con la insignia del dragón de la dinastía Yin.

Rin espiró lentamente para intentar apaciguar a su corazón desbocado. Tenía que tratarse de una broma; alguien le estaba gastando una broma de muy mal gusto, y ella iba a asegurarse de que esa persona sufriera las consecuencias.

La nota en el interior del pergamino estaba escrita en una letra temblorosa e infantil. Los caracteres estaban tan pegados y mezclados entre sí que Rin tuvo que entrecerrar los ojos para poder leerla:

Hola, Rin:

Me han dicho que escriba esto con mi propia letra, pero no sé de qué va a servir, ya que apenas sabía escribir cuando te marchaste, así que tampoco es que vayas a reconocerla.

—Esto no tiene gracia —murmuró la joven para sí misma. Pero supo que no se trataba de ninguna broma. Nadie en el campamento podría haber hecho eso. Nadie lo sabía.

Soy Kesegi, por si aún no has llegado tú sola a esa conclusión. Llevo un tiempo encerrado en las prisiones de la Ciudad Nueva, y ha sido por mi culpa. Fui un idiota y alardeé delante de un par de personas diciéndoles que eras mi hermana y que te conocía. Esa charla llegó a oídos de los guardias, y por eso estoy aquí.

Siento haberte hecho esto. De verdad.

Tu amigo me ha pedido que te diga que esto no tiene por qué complicarse. Quiere que te diga que me liberará si te presentas en la Ciudad Nueva. Pero que, si vienes acompañada de algún ejército, entonces me decapitarán en lo alto de la entrada a la ciudad. Dice que esto no tiene por qué acabar en una masacre y que solo quiere hablar.

Que no quiere ninguna guerra. Está dispuesto a mostrarle clemencia a cada uno de tus aliados. Solo te quiere a ti.

Aunque, si te soy sincero…

El resto del mensaje había sido tachado con unas gruesas líneas de tinta negra.

Rin enrolló el pergamino y salió a toda prisa de la tienda. Abordó al primer centinela con el que se encontró.

—¿Quién ha entregado esto?

El centinela la miró sin comprender.

—¿Entregar el qué?

Rin agitó el pergamino delante de su cara.

—Esto estaba encima de mi bolsa de viaje. ¿Alguien te lo ha dado para que me lo entregues?

—No…

—¿Has visto a alguien registrando mis cosas?

—No, pero acabo de empezar mi guardia. Tendrá que preguntárselo a Ginsen. Ha estado aquí tres horas, y debería… General, ¿está bien?

Rin no podía dejar de temblar.

Nezha sabía dónde estaba. Nezha sabía dónde dormía.

—¿General? —volvió a preguntar el centinela—. ¿Va todo bien?

La esperiliana arrugó el pergamino en su puño.

—Tráeme a Kitay.

—Mierda. —Kitay bajó la carta.

—Lo sé —dijo Rin.

—¿Esto es real?

—¿Cómo que si es real?

—Es decir, ¿cabe la posibilidad de que sea falso? ¿De que esto no lo haya escrito Kesegi?

—No lo sé —admitió Rin—. No tengo ni idea.

La esperiliana no podía saber si esa era realmente la letra de Kesegi. Lo cierto era que no estaba segura ni de que el chico supiese leer. Su hermano adoptivo apenas había ido a la escuela. Rin tampoco sabía si el tono de la carta se asemejaba a la forma en la que hablaba él. Desde luego que podía imaginarse las palabras pronunciadas con su voz, podía imaginárselo escribiendo sobre un escritorio con grilletes en las muñecas y su delgado rostro temblando mientras Nezha le dictaba las palabras una a una. Pero ¿cómo podía estar segura? Apenas había hablado con él en años.

—¿Y si no es él? —preguntó Kitay.

—Creo que no debemos responder —dijo Rin con el tono más calmado que fue capaz de aunar—. Sea él o no.

Había repasado todas las posibilidades en su cabeza durante los minutos que había tardado su amigo en llegar. Había sopesado el precio de la vida de su hermano adoptivo, y había decidido que podía permitirse pagarlo.

Kesegi no era un general, ni siquiera un soldado. Nezha no podría sacarle información por medio de la tortura. El chico no sabía nada relevante ni sobre la Coalición Sureña ni sobre Rin. Todo lo que sabía de ella era la biografía de una niña pequeña a la que ella misma se había encargado de eliminar hacía mucho tiempo en Sinegard; una dependienta ingenua de Tikany que ya solo existía en sus recuerdos suprimidos.

—Rin. —Kitay le apoyó una mano en el brazo—. ¿Quieres ir a buscarlo?

La joven detestó cómo la miró, irradiando lástima, como si ella fuera a echarse a llorar en cualquier momento. Eso la hizo sentirse muy frágil.

«Pero eso es justo lo que Nezha quiere». Rin se negaba a dejar que aquello la afectara. Nezha ya la había manipulado en el pasado. Los Cike habían muerto por ese mismo motivo.

—El problema no es Kesegi —dijo la joven—. Es la disposición de las tropas de Nezha. Hasta dónde llega su maldito alcance… A ver, ha dejado la carta en mi puñetera tienda de campaña, Kitay. ¿Acaso vamos a obviar eso?

—Rin, si necesitas…

—Lo que necesito es que hablemos sobre si las fuerzas de Nezha se encuentran en el sur. —Tenía que seguir hablando, tenía que desviar esa conversación hacia otro asunto, porque temía lo que podría sentir en el pecho si no lo hacía—. Aunque es algo que no creo que sea posible. Venka ha dicho que está liderando las tropas de su padre en la Provincia del Tigre. Pero si están en el sur, eso quiere decir que se han escondido tan bien que ni siquiera uno solo de nuestros exploradores ha divisado a ningún soldado ni ningún dirigible o carro de suministros.

—No creo que esté en el sur —afirmó Kitay—. Creo que solo está jugando contigo. Está recabando información. Quiere ver cómo respondes.

—No va a recibir ninguna respuesta. No vamos a morder el anzuelo.

—Podemos considerarlo.

—No vamos a considerar nada —estalló Rin—. Esta carta es una farsa. Y las condiciones de Nezha son absurdas.

La joven cerró los dedos alrededor del pergamino. Eso le hizo recordar el mensaje que había escrito allí en la elegante y sencilla caligrafía de Nezha:

Hola, Rin:

Ya va siendo hora de que hablemos.

Ambos sabemos que esta guerra no beneficia a nadie. Nuestro país se ha resquebrajado. Nuestra patria se ha visto asolada por la guerra, por las catástrofes medioambientales y por la maldad sin sentido. Nikan se enfrenta ahora a su mayor reto. Y los hesperianos nos observan, esperan para ver si podemos mantenernos firmes o si nos convertiremos en otra sociedad esclavizada a la que puedan explotar.

Entiendo por qué los odias. Yo mismo puedo ver sus intenciones, y no voy a dejar que conviertan a nuestra República en un lugar que puedan explotar. No dejaré que gobiernen esta tierra unos extranjeros. Sé que tú tampoco quieres eso.

Por favor, Rin. Entra en razón. Te necesito a mi lado.

Las condiciones que había enumerado eran simples e inaceptables. Una tregua, una desmovilización y desarme a gran escala y la entrega de Kesegi sano y salvo a cambio de Rin. La Coalición Sureña podría marcharse libremente o unirse al ejército de la República, si eso era lo que deseaban. Nezha no había especificado qué le ocurriría a Rin. Ella sospechaba que conllevaría grandes dosis de láudano y una mesa de operaciones.

—No estoy loca, ¿verdad? —le preguntó a su amigo—. Esto es sin duda una trampa.

—No estoy seguro —respondió Kitay—. Creo que, en cierto modo, Nezha te quiere viva. No

es idiota. Sabe que le serías de utilidad. Tal vez intente convencerte para…

—Los hesperianos jamás me dejarán ir.

—Si interpretas lo que ha escrito Nezha al pie de la letra, entonces parece que esté intentando desafiar a los hesperianos. Rin bufó.

—¿De verdad crees que haría eso?

—No lo sé. Los Yin… La dinastía Yin se siente mucho más cómoda trabajando con extranjeros que cualquier otro líder nikara en la historia. Por algo nadan en la abundancia. Tal vez no les importe seguir siendo los lacayos de los demonios de ojos azules. Pero Nezha…

—Nezha es un chamán.

—Sí.

—Y crees que los hesperianos lo saben.

—Creo que Nezha es consciente de que su existencia en un mundo dominado por los hesperianos no es posible —afirmó Kitay—. Sería un mundo en el que sería etiquetado de abominación. La visión del orden de los hesperianos exigiría su muerte y la tuya.

¿Sería eso lo que intentaba insinuar Nezha? ¿Qué había cambiado de parecer con respecto a los chamanes? ¿Que, si se unía a él, tal vez rompiera la alianza que su padre había forjado?

—Pero ya he tenido esta discusión con Nezha en otras ocasiones —dijo Rin—. Y él piensa que tienen razón. Que somos abominaciones y que merecemos la muerte. El único que no puede morir es él.

—Entonces, volvemos al punto de partida. No tenemos ni idea de qué implica esta carta. Y no tenemos ningún motivo para confiar en Nezha.

Rin suspiró.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Creo que lo primero que hay que decidir es qué vamos a hacer con tu hermano.

—Mi hermano adoptivo —lo corrigió Rin—. Y ya te lo he dicho, no vamos a hacer nada.

—¿Por qué no quieres siquiera hablar de ello?

—Porque solo se trata de mi hermano. —Rin le dedicó una mirada de impotencia—. Y yo soy la gran esperanza del sur. ¿Cómo crees que me juzgará la historia si condeno el destino de un pueblo por una única persona?

Kitay abrió la boca, se detuvo y la cerró. Rin sabía que la mente del chico no dejaba de dar vueltas. Estaba intentando concebir un modo de salvar a Kesegi, de frustrar el plan de Nezha, o una justificación de por qué una vida tal vez podría valer más que miles.

Pero no se le ocurría nada. Rin lo sabía. Y lo quería por haberlo intentado al menos.

—Por favor —le dijo la joven—. Déjalo estar.

La esperiliana agradeció que no se lo discutiera.

—Entonces, tenemos por delante una batalla que ganar. —Kitay le devolvió el pergamino—. Y creo que estaremos de acuerdo en que es mejor no enseñarle esto a nadie más.

Rin comprendía lo que quería decirle. La Coalición Sureña no podía enterarse jamás de aquello. Ni Souji ni Zhuden, y mucho menos Gurubai. Sin duda, la oferta era jugosa. Hasta a ella le parecía tentadora, y se hubiera planteado sacrificarse a sí misma si no hubiera estado tan segura de que todo era mentira.

Si aquello se hacía público, estallaría una lucha interna entre facciones. El jefe militar del Mono le había enseñado muchas cosas sobre la política en el sur. Eso tenía que seguir siendo un

secreto.

—Por supuesto —dijo Rin.

Creó una bola de fuego sobre la palma de su mano, justo debajo del pergamino. Durante un momento, las palabras de Nezha ardieron en un tono rojo, brillante y abrasador. Los bordes del pergamino se ennegrecieron, se arrugaron y acabaron doblándose sobre sí mismos igual que las patas de una araña moribunda.

Rin se pasó el siguiente par de horas dando unas cabezadas de sueño irregular. No sabía ni por qué lo intentaba. Nunca podía dormir antes de una batalla. Al fin, acabó tirando la toalla y se pasó las últimas horas hasta el amanecer paseando por el campamento, esperando a que saliera el sol. No soportaba estar sola con sus pensamientos. No podía seguir torturándose a sí misma con las posibilidades: si Kesegi seguiría vivo o no; si Nezha estaría diciendo la verdad o no; si ella debería haber respondido a la carta en lugar de ignorarla o no.

Necesitaba una distracción. Necesitaba esa batalla.

Se sentía segura de las posiciones que habían adoptado. Habían dispuesto a las tropas en una formación de cuatro puntos. Un escuadrón, el que ella lideraba, encabezaría el ataque y acorralaría a los soldados mugeneses en la parte frontal, cerca de los campos de sorgo, mientras que dos escuadrones más pequeños los rodearían por los flancos, atrapándolos dentro de un triángulo para formar una cuña entre la aldea y el campo de batalla. Los Lobos de Hierro de Souji, el cuarto escuadrón, abrirían brechas en las líneas enemigas desde detrás para así prevenir que pudieran salir en desbandada hacia la zona de evacuación de los civiles.

Las preparaciones se llevaron a cabo de forma eficiente a medida que el día fue avanzando. Gracias a la familia Lien, contaban con mucha más información de la que Rin estaba acostumbrada a tener en el campo de batalla. Sabía exactamente dónde dormían los mugeneses. Dónde comían. Cuándo y por dónde patrullaban. Casi parecía una emboscada sacada de un ejemplo de un libro de texto, la pregunta a uno de los exámenes que había hecho en Sinegard.

A medida que el sol comenzó a caer, Rin repasó las instrucciones finales antes de enviar a los comandantes de su escuadrón a sus puestos. Sus planes se desarrollaron con una eficacia impecable. Eludieron a las patrullas que sabían que se acercarían. Las direcciones que tenían anotadas en el mapa coincidían a la perfección con el estado del terreno. Todos los comandantes del escuadrón comprendieron a la perfección sus señales y sus tiempos.

El único contratiempo eran sus uniformes.

El jefe Lien había solicitado que los llevaran para distinguirse de los civiles. Rin había replicado que no contaban con ninguno.

—Pues qué pena —dijo el jefe Lien—. Tendréis que encontrar alguno, o cancelaremos la emboscada.

Se habían comprometido a lucir cintas en la cabeza, unas estrechas tiras de tela atadas alrededor de la frente. Sin embargo, una hora antes de que tuvieran que ponerse en marcha, los líderes del escuadrón habían informado de que no contaban con suficientes retales. Sus soldados ya lucían unos uniformes bastante raídos y no podían prescindir de más tejido. Zhuden le había preguntado a Rin si debían comenzar a arrancar tiras de tela de las perneras de los pantalones.

—Olvídalo —masculló Rin—. Envíalos tal y como estén.

—No puedes hacer esto —le dijo Souji—. Has hecho una promesa.

—¡Es una idiotez! ¿A quién le importan unos uniformes durante un ataque nocturno?

—Puede que a los mugeneses —dijo Kitay—. Matar a su mano de obra no funciona dentro de una relación simbiótica. Es una medida nimia, pero es lo mínimo que puedes hacer. Es la diferencia entre diez vidas y mil.

Al final, hicieron que sus soldados se embadurnaran las caras con barro rojo brillante de un estanque cercano. Al hacer eso dejaron un montón de manchas carmesíes sobre su ropa, allí donde la habían tocado con las manos, y en la piel se les quedaron pegados unos trazos secos y de color óxido que no salían si no era con agua.

—Parecemos idiotas. —Rin examinó a las tropas—. Parecemos niños jugando después de la cena.

—No, parecemos un ejército de arcilla. —Souji se pasó dos dedos por la mejilla, dejando tras de sí una franja gruesa y claramente visible—. Los mejores soldados del Emperador Rojo horneados con tierra del sur.

Treinta minutos antes de la puesta de sol, Rin se agazapó todo lo que pudo entre los tallos de sorgo. Un fuerte olor a aceite inundaba el ambiente: el de dos mil hombres detrás de Rin que sostenían antorchas bien empapadas en él, listas para ser prendidas a su señal.

Los soldados de la Coalición Sureña habían sido entrenados para combatir en la oscuridad, igual que habían hecho en Khudla. Era cierto que aquello afectaba a su visibilidad, pero la ventaja psicológica que les aportaba era significativa. Las tropas que sufrían una emboscada en el momento más oscuro de la noche reaccionaban con pánico, confusión y cobardía.

Sin embargo, esa noche lo que Rin quería era que el campo de batalla estuviese bien iluminado. Tal vez, en mitad de la caótica oscuridad, los mugeneses acabaran replegándose hacia la zona donde se encontraban los civiles. La joven necesitaba atraerlos hacia los campos de trigo, por lo que tenía que mostrarles dónde estaba exactamente su enemigo.

«¿Estás lista, pequeña guerrera?».

El Fénix canturreaba en el fondo de su mente, ansioso y a la espera. Rin permitió que esa vieja rabia que sentía la inundase, tan familiar y cálida como el fuego del hogar, dejando que se asentase en sus extremidades mientras unas visiones de destrucción paseaban por su cabeza.

Cuántas ganas había tenido de que comenzara esa lucha.

«Estoy lista».

—¡Rin!

La esperiliana se giró en redondo. Souji se estaba abriendo camino a través de los tallos de sorgo, con el rostro colorado y jadeando sin aliento.

A Rin le dio un vuelco el estómago. Souji no debía estar allí. Tenía que estar en el flanco oriental con sus Lobos de Hierro, posicionado y listo para atacar.

—¿Qué haces aquí? —siseó Rin.

—Espera. —El chico se dobló sobre sí mismo, aún entre jadeos—. No des la señal. Algo va mal.

—¿De qué estás hablando? Estamos listos. Es la hora…

—No. Fíjate. —Rebuscó en sus bolsillos, sacó un catalejo y se lo lanzó—. Observa con

atención.

Rin se lo llevo hacia un ojo y miró hacia los muros de la ciudad. Le costaba distinguir algo en la oscuridad.

—No veo nada.

—Hacia el oeste. Por encima de los campos.

La joven desplazó el objetivo. Lo que vio no tenía ningún sentido.

Los soldados mugeneses se hallaban agrupados en torno a los muros de la ciudad. A cada segundo que pasaba aparecían más. Estaban al corriente de la emboscada. Algo o alguien los había delatado.

No obstante, los mugeneses no cargaban hacia delante. No apuntaban hacia fuera con sus armas. No adoptaban esas formaciones defensivas que Rin habría esperado ver en un ejército que estaba siendo atacado.

No… Apuntaban con sus armas hacia la entrada de la ciudad. No estaban evitando que los atacantes entraran, sino que los residentes pudieran salir.

Entonces, Rin comprendió su estrategia.

No iban a jugar limpio. No tenían pensado entablar batalla con la Coalición Sureña.

Se habían limitado a tomar como rehén a toda Leiyang.

Rin agarró del brazo al oficial de campo que le quedaba más cerca y le susurró:

—Trae a Kitay.

El oficial corrió de vuelta al campamento.

—Joder. —Rin se golpeó la rodilla con el puño—. Joder… ¿Cómo?

—No lo sé. —Por primera vez, esa confianza arrogante había desaparecido del rostro de Souji. Parecía aterrorizado—. No tengo ni idea. No sé qué vamos a hacer…

¿Qué era lo que los había delatado? Habían preparado esa emboscada con más cautela de la habitual. Las patrullas no podían haberlos detectado. Habían estado siguiendo los tumos de la Guardia mugenesa con gran precisión. ¿Los habría visto alguien salir de la ciudad a Souji y a ella? Era una posibilidad, pero, entonces, ¿cómo habían sabido los mugeneses el momento exacto programado para la emboscada? ¿Y cómo habían sabido que se aproximarían desde el norte?

Ahora eso no importaba. Aunque tuvieran espías entre sus filas, Rin no podía preocuparse ahora por ello. Tenía un problema más apremiante del que encargarse.

Los mugeneses retenían a los civiles de Leiyang a punta de espada.

Un pequeño contingente de soldados mugeneses comenzó a avanzar hacia la línea de la emboscada. Uno de ellos ondeaba una bandera roja. Querían negociar.

Rin intentó pensar a toda prisa en los posibles desenlaces que podría tener aquello, y no se le ocurría ninguno en el que tanto los civiles como el ejército sureño salieran ilesos. Los mugeneses necesitarían contar con alguna garantía de que las tropas de Rin jamás regresarían.

Iban a exigir un sacrificio de sangre. Lo más probable era que masacraran a los soldados de la esperiliana, uno por cada civil al que mantuvieran con vida.

Rin no sabía si podría pagar ese precio.

—¿Qué sucede?

Por fin había llegado Kitay. Rin se giró hacia él e intentó no comenzar a balbucear a causa del pánico al empezar a explicarle lo que estaba pasando. Pero, nada más girarse, vio cómo el gesto de Souji se transformaba en uno de horror mientras levantaba el dedo y señalaba hacia el pueblo.

Un segundo después, la joven oyó cómo una flecha atravesaba el aire.

El mugenés que portaba la bandera cayó al suelo.

Por instinto, Rin giró la cabeza a su alrededor para intentar buscar entre las filas quién había levantado su arco, quién lo había tensado para disparar, quién había hecho eso, qué completo idiota había…

—Por los dioses —murmuró Souji. Seguía con la vista fija en el pueblo.

Rin volvió a girarse y creyó estar alucinando. ¿Qué otra cosa podía explicar la gran columna que cruzaba las puertas de la ciudad, una multitud de casi el tamaño de un ejército?

La joven volvió a llevarse el catalejo al ojo.

Qinen. Tenía que ser él. Había movilizado a su banda de resistencia… No, por lo que parecía, había movilizado a todo el lugar. La columna no la formaban solo los hombres de Leiyang en edad de combatir, sino también mujeres, ancianos e incluso algunos niños. Portaban antorchas, arados, azadas, cuchillos de cocina y palos claramente obtenidos de las patas de una silla.

La ciudad atacó.

Sabían que sus vidas eran el precio de esa batalla. Rin no podría llevar a cabo el ataque mientras ellos siguieran siendo rehenes. Habían sido conscientes de que los mugeneses iban a obligarla a escoger.

Pero ellos mismos habían tomado esa decisión por ella.

Los arqueros mugeneses se habían girado de cara hacia el pueblo para comenzar la masacre. Su comandante dio la orden.

Los cuerpos de los civiles que estaban al frente de la columna se desplomaron de forma limpia. Pero los aldeanos continuaron marchando por encima de sus muertos, empujando inexorablemente hacia delante igual que un montón de hormigas. Otra ronda de flechas. Otra fila de cadáveres. Y los aldeanos siguieron avanzando.

Los soldados mugeneses no podían disparar con tanta rapidez como para detener su avance. La escena pasó a convertirse en un choque de acerco contra carne, en una parodia de una refriega completamente desequilibrada. Los soldados de la Federación partían por la mitad a los aldeanos en cuanto estos se les acercaban. Los desarmaban y les hundían con facilidad sus propias armas en el cuello y en el pecho, ya que sus víctimas jamás habían sido entrenadas en combate.

Los aldeanos no paraban de avanzar.

Los cuerpos se apilaban sobre el campo. Rin observó, horrorizada, cómo la hoja de una espada atravesaba limpiamente el hombro de una anciana. Sin embargo, la mujer se levantó con las manos temblorosas y agarró la muñeca de su atacante, con lo que logró inmovilizarlo el tiempo justo para que una flecha le atravesara la frente.

Los aldeanos siguieron avanzando.

Souji apoyó una mano en el hombro de Rin. Su voz era ronca y ahogada.

—¿A qué estás esperando?

Rin accedió al fondo de su mente, a través del canal que le abría el alma de Kitay, hasta llegar al dios que aguardaba allí pacientemente.

«Venguémoslos», ordenó la joven.

«Como desees», dijo el Fénix.

Y entonces Rin caminó hacia delante, cruzando los campos de sorgo para asolar al mundo

con su fuego. Mató de manera indiscriminada. Los convirtió a todos en ceniza, a civiles y enemigos por igual. Los civiles de Leiyang recibieron sus llamas con una sonrisa.

Eso había sido su elección. Su sacrificio.

Las tropas de Rin aparecieron detrás de ella, con las espadas resplandecientes bajo la noche abrasadora. Habían roto la formación, pero eso ya no importaba. Lo único importante eran los cuerpos, la sangre y el acero.

«Así es como ganaremos el sur», pensó la esperiliana a medida que lo que la rodeaba se transformaba en una borrosa oleada de calor. Eso hacía que fuera más fácil seguir adelante. No podía ver las caras ni el dolor. Lo único que vislumbraba eran formas. «No lo conseguiremos con nuestras espadas, sino con nuestros cuerpos».

Recuperarían el sur solo gracias a sus cifras. Los mugeneses y la República eran fuertes, pero el sur lo conformaban muchas personas. Y si los sureños eran barro, tal y como decían las leyendas, entonces aplastarían a sus enemigos con la descomunal fuerza de la tierra hasta que estos dejaran de respirar. Enterrarían a sus enemigos con sus propios cuerpos. Los ahogarían en la sangre sureña.

6

Después de aquello, solo quedaba la labor de limpieza.

Rin recorrió aturdida los campos de sorgo, reducidos ahora a una explanada de ceniza gris oscura. El humo le cubría la ropa formando unas espirales desidiosas e indolentes. La joven no había consumido opio desde que habían emprendido la marcha hasta allí. No obstante, ahora sentía el subidón de esa familiar euforia, esa vibración estimulante que empezaba en las puntas de sus dedos y le atravesaba el pecho hasta llegar directa al corazón.

En Tikany, el verano siempre había estado plagado de hormigas. Esas criaturas de un rojo intenso enloquecían bajo el calor seco y atacaban a cualquier niño o animal que se cruzase en su camino. Un solo mordisco provocaba una roncha, pero una docena podía resultar mortal. Los aldeanos se defendían con ácido, usando largos palos para volcar desde lejos frascos con esa sustancia a los hormigueros. Rin recordaba cómo, siendo una niña, se agachaba en el suelo con frascos vacíos en la mano y entornaba la mirada mientras unas asoladas civilizaciones de hormigas echaban espumarajos y se quemaban bajo la luz del sol.

Siempre se quedaba contemplando esa escena durante demasiado tiempo. Le gustaba oír cómo el ácido siseaba a medida que se adentraba en los túneles más profundos de las hormigas. Le gustaba ver a los insectos salir a toda prisa al exterior y caer directamente sobre los charcos de ácido que ella misma había formado cuidadosamente alrededor del hormiguero. Le gustaba contemplar cómo sacudían sus diminutas patas mientras echaban espumarajos y se disolvían.

Ahora sentía un placer similar, ese regocijo sádico al ver cómo las vidas se evaporaban, y con el conocimiento de que había sido cosa suya, de que ella tenía ese poder.

«Pero ¿qué problema tengo?».

Sentía ese mismo entusiasmo extraño y confuso que se había apoderado de ella cuando había envenenado a Ma Lien. Esta vez, no intentó librarse de él. Disfrutó de esa sensación. Su poder procedía de la rabia, y lo que sentía ahora mismo era justo la otra cara de esa moneda: una venganza cumplida.

Leiyang no estaba del todo perdida. Cuando los soldados de Rin buscaron entre las ruinas a cualquier civil que siguiera con aire en los pulmones, descubrieron que el índice de supervivientes era increíblemente alto. Los atacantes mugeneses habían sido descuidados, habían actuado llevados por un pánico frenético, en lugar de por una crueldad calculadora. Habían dejado caer su

acero al azar contra cualquier pedazo de piel expuesta que hubiesen visto, en lugar de apuntar hacia los órganos vitales.

La ciudad de Leiyang estaba acabada. La gente del jefe Lien no podría seguir viviendo allí. Sus cifras habían menguado mucho. Sus hogares y sus pertenencias habían acabado destruidas. Tendrían que marchar hacia el sur con el ejército de Rin en busca de un nuevo hogar, ir reduciendo sus cifras cada vez más a medida que se desperdigaran por las aldeas que los acogieran.

No obstante, los supervivientes de Leiyang eran libres. Al menos había merecido la pena por eso.

Como por un milagro, Qinen había salido con vida. Rin fue a verlo en cuanto se enteró de que el joven estaba consciente.

Los pocos médicos de los que disponía la Coalición Sureña habían montado un centro de triaje en una carnicería, una de las pocas estructuras en el centro de Leiyang que no se habían quemado hasta sus cimientos. Habían saneado todo lo que habían podido el interior, cuya estructura estaba intacta, pero no habían podido librarse del olor a tripas de cerdo quemadas. Al final del día, el aire había acabado muy cargado con el intenso y penetrante olor a sangre, tanto humana como animal.

Rin encontró a Qinen tumbado sobre una sábana en el exterior, donde los médicos habían enviado a todos los pacientes que no requerían una cirugía urgente. El chico tenía muy mal aspecto. Las quemaduras que le cubrían el lado derecho del cuerpo le habían retorcido la piel del rostro tantísimo que solo podía hablar en un susurro ronco y confuso. Tenía los ojos abiertos aunque hinchados. El derecho estaba cubierto por una fina capa blanca. Rin no estaba segura de que pudiera verla hasta que el joven esbozó una horrible y dolorosa sonrisa.

—Lo siento… —comenzó a decir ella, pero Qinen alargó una mano y la agarró de la muñeca con una fuerza que la sorprendió.

—Te lo dije —pronunció con la voz ronca—. Te dije que lucharíamos.

La banda de combatientes por la resistencia de Qinen no había actuado sola. Se habían formado unas organizaciones similares a lo largo de toda la Colmena. Rin descubrió aquello cuando, uno por uno, los aldeanos que quedaban alrededor de Leiyang comenzaron a liberarse a sí mismos con una rapidez sorprendente.

Sin que hubiera ya ningún liderazgo central en Leiyang, las filas de soldados mugeneses que quedaban acabaron aisladas, incomunicadas, sin recursos ni refuerzos. Los aldeanos, armados con cuchillos y arados, ahora tenían posibilidades de luchar. Comenzaron a llegar informes sobre campesinos que se alzaban en armas por toda la Provincia del Gallo y liberaban a sus aldeas de sus antiguos gobernantes.

Después de que Rin enviara escuadrones de soldados de Zhuden por toda la Colmena para acelerar el proceso, la batalla para conquistar los alrededores no les llevó más de dos semanas. Algunas tropas mugenesas les plantaron cara y acabaron produciéndose explosiones de fuego, gas amarillo, acero y sangre. Otras se arriesgaron y se rindieron, suplicando que les concedieran el exilio o clemencia, pero todas fueron ejecutadas por decisión de los comités en las aldeas.

Cuando Rin recorrió la Colmena, presenció la oleada de violencia que estaba asolando a toda

la provincia.

En algunos lugares, los civiles ya habían decapitado a sus guardias mugeneses y habían colgado sus cabezas bocabajo sobre las puertas de la ciudad como si fueran un acogedor despliegue de farolillos. En otros, Rin había llegado justo cuando se habían estado produciendo las ejecuciones. Estas se alargaban durante unos cuantos días, con un retorcido desfile cuya principal atracción era una orgía de violencia.

El despliegue de creatividad asombró a la esperiliana. Los sureños liberados obligaban a los mugeneses a recorrer las calles, desnudos y encadenados, mientras los espectadores sacaban sus cuchillos para rajarles la piel. Forzaban a sus enemigos a pasarse horas agachados sobre ladrillos rotos con piedras colgadas al cuello. Enterraron vivos a los mugeneses, los desmembraron, les dispararon, los estrangularon y apilaron sus cadáveres en unos montones sucios y podridos.

Los soldados mugeneses no eran las únicas víctimas. Los victoriosos libertadores infligían los castigos más duros a los colaboracionistas: los magistrados, los comerciantes y los delegados que habían sucumbido al Gobierno de la Federación. En una aldea situada a unos cuatro kilómetros al sur de Leiyang, Rin se topó con un acto público en el que tres hombres estaban atados a unos postes, desnudos y amordazados con trapos para amortiguar sus gritos. En un rincón, dos mujeres sostenían sendos cuchillos largos por encima de un barril en el que habían encendido un fuego. Las hojas afiladas resplandecían con un cruel tono anaranjado.

Rin suponía que eso acabaría en una castración.

Se giró hacia Souji.

—¿Sabes qué fue lo que hicieron esos hombres?

—Desde luego —le respondió—. Comerciaron con chicas.

—¿Que hicieron qué?

El joven se lo explicó.

—Llegaron a un trato para evitar que los mugeneses tomaran a las mujeres de las calles. Cada día les llevaban a un par, normalmente de entre las más pobres o las huérfanas, aquellas que no tenían fuerzas para oponerse. Luego, las conducían al cuartel general de los altos mandos mugeneses. Regresaban allí al amanecer a por ellas, las aseaban lo mejor que podían y las enviaban de vuelta a sus casas. Eso hacía que las más jóvenes y las embarazadas estuviesen a salvo, aunque no creo que a las mujeres a las que escogían les hiciera mucha gracia. —Observó impasible cómo una chica que no tendría más de catorce años subía a la plataforma y vertía una cuba de aceite hirviendo sobre las cabezas de los hombres—. Han dicho que lo hacían por el bien de la aldea. Supongo que no todos están de acuerdo con eso.

Se oyeron unos chisporroteos que se entremezclaban con los gritos. A Rin le rugió el estómago, confuso en cierto modo, al percibir el olor a carne recién cocinada. La joven se envolvió el pecho con los brazos y apartó la mirada, conteniendo las ganas de vomitar.

Souji soltó una carcajada.

—¿Qué pasa, princesa?

—Es solo que… —Rin no estaba segura de cómo expresar su malestar, y mucho menos de cómo diferenciarlo de su evidente hipocresía—. ¿No te parece que todo esto es demasiado?

—¿Demasiado? —Souji resopló—. ¿De verdad? ¿Y lo dices precisamente tú?

—Esto es distinto a cuándo… —La esperiliana guardó silencio. ¿En qué medida era distinto? ¿Qué derecho tenía ella a juzgar a nadie? ¿Por qué se sentía avergonzada y disgustada ahora,

cuando el dolor que ella infligía con asiduidad en el campo de batalla era mil veces peor?—. Es distinto cuando son los civiles los que lo hacen. Parece… peor en cierto modo.

—¿Cómo te sentiste cuando invocaste al Fénix en Speer?

Rin se sobrecogió.

—¿Y eso qué importa?

—Te hizo sentir bien, ¿verdad? —Souji curvó los labios hacia arriba—. Ya, vale, fue terrible, no lo dudo. Seguramente te dejó una secuela mental del tamaño de un cráter. Pero también fue lo mejor que has sentido en la vida, ¿no es así? Te hizo sentir que estabas equilibrando la balanza, ¿no?

El joven señaló a los hombres sobre la plataforma. Habían dejado de gritar. Solo uno de ellos seguía retorciéndose.

—No sabes lo que han hecho esos hombres. Puede que tengan unos inocentes rostros nikaras, pero tú no estabas aquí durante la ocupación y no sabes el dolor que causaron. El sur no hace arder a los suyos a no ser que tenga un motivo. No tienes ni idea de qué es lo que están intentando superar estos aldeanos, así que no les arrebates esta oportunidad.

Souji elevó la voz.

—No puedes intentar librarte del dolor si finges no sentirlo. Hay que tratarlo como si fuera una herida infectada. Hay que ahondar en él con un cuchillo al rojo vivo y arrancar la piel podrida, y entonces tal vez tengas la oportunidad de sanar.

Por ese motivo, cuando el sur reclamó su territorio provocando un río de sangre, Rin no hizo nada para impedirlo. La esperiliana no pudo más que observar cómo la oleada de violencia de los aldeanos alcanzaba un punto álgido, algo que no estaba segura de haber podido controlar aunque hubiese querido. Nadie iba a admitir en voz alta lo satisfactorio que era todo eso. Los aldeanos tenían que fingir que aquello era un acto necesario y no una indulgencia. Sin embargo, Rin podía ver el brillo voraz en la mirada de esa gente al oír los gritos de sus enemigos.

Era una catarsis. Necesitaban derramar sangre igual que respirar. Sin duda, la joven comprendía ese impulso. Por las noches, cuando estaba a solas con su pipa, le mostraba esas escenas sanguinarias a Altan una y otra vez, para que su mente pudiera encontrar algo parecido a la paz mientras su antiguo general se deleitaba con voracidad con esas imágenes. El sur necesitaba tomar represalias para poder seguir adelante. ¿Cómo iba Rin a privarlos de eso?

Solo Kitay seguía insistiendo en que había que ponerles fin a los disturbios. Podía consentir la pena de muerte, pero quería que existiera cierto orden. Quería que se celebrasen juicios públicos que no fuesen una farsa y que se dictaran sentencias más moderadas que la ejecución.

—Algunas de esas personas son inocentes —dijo el joven—. Algunos solo intentaban seguir con vida.

—Y una mierda —respondió Souji—. Tomaron sus propias decisiones.

—¿Acaso no entiendes las opciones que tenían? —Kitay señaló hacia el patio, donde un hombre llevaba tres días colgado bocabajo por los tobillos—. Él trabajó como uno de sus traductores durante siete meses. ¿Por qué? Porque los mugeneses habían capturado a su mujer y a su hija y le habían dicho que debía trabajar para ellos o, de lo contrario, presenciaría cómo quemaban viva a su familia. Luego, comenzaron a torturar a su hija delante de él para dejarle las cosas más claras. ¿Qué crees que fue lo que eligió?

A Souji no le conmovió en absoluto.

—Ayudó a que asesinasen a otros nikaras.

—Todos ayudaron a asesinar a otros nikaras —insistió Kitay—. La pureza ideológica está muy bien, pero algunas personas solo estaban intentando sobrevivir.

—Los mugeneses obligaron a mi hermana a elegir, ¿sabes? —dijo Souji—. Podía convertirse en una de sus agentes dobles y delatar a sus compatriotas o ser violada y asesinada. ¿Sabes qué fue lo que eligió?

A Kitay se le enrojecieron las mejillas.

—No digo que…

—¿Sabías que a los mugeneses les gustaba montar juegos para cubrir su cupo de muertos?

—Lo sé —respondió Kitay—. En Golyn Niis…

—Sé qué fue lo que hicieron en Golyn Niis. —La voz de Souji era dura como el acero—. ¿Quieres saber lo que hicieron•aquí? Conducían a grupos de aldeanos hasta los tejados de los\edificios más altos que podían encontrar. Luego, tiraban abajo las escaleras, incendiaban las plantas inferiores y se alejaban formando un círculo alrededor para ver cómo gritaban. Los colaboracionistas contribuyeron en eso. Ahora atrévete a decirme que debemos perdonarlos.

—Kitay —intervino Rin en voz baja—. Déjalo ya.

Pero su amigo no le hizo caso.

—Pero no solo van a por los mugeneses y sus colaboradores.

—Por favor, Kitay…

—Están yendo a por cualquiera sobre el que haya una mínima sospecha de que haya colaborado con el enemigo —siseó Kitay—. Eso no es justicia, es una matanza indiscriminada. Están acabando con algunas vidas solo por lo que dicen las habladurías o porque alguien señala a otra persona con el dedo. No se puede saber quién es realmente culpable y quién simplemente le cae mal a sus vecinos. Eso no es justicia. Es caos.

—¿Y qué? —Souji se encogió de hombros—. Si intentas cazar a una rata, inevitablemente acabarás rompiendo algunos platos. Esto es una revolución. No es una puñetera fiesta del té.

De vuelta a Leiyang, marcharon en silencio a causa del cansancio. La emoción por la victoria se había extinguido hacía ya mucho. Tras dos semanas presenciando gritos y torturas, sin importar quiénes fuesen las víctimas, habían acabado todos demacrados y pálidos.

Estaban a medio día de camino cuando un jinete encapuchado había aparecido en el sendero. Los oficiales de Rin corrieron hacia la cabecera de la marcha, con las lanzas en ristre, mientras le gritaban que se detuviera. La persona recién llegada se detuvo, levantando las manos para mostrar que no llevaba armas.

—¡Desmonta! —insistió Zhuden—. ¿Quién eres?

—Por el amor de los dioses. —Venka se quitó la capucha y desmontó de su caballo. Avanzó y apartó las puntas de las lanzas con una mano, como si estuviera librándose de una nube de mosquitos—. ¿Qué cojones, Rin? Diles que se retiren.

—¡Venka! —Rin corrió hacia delante y abrazó a su amiga, pero la soltó enseguida. Apestaba demasiado. Olía igual que una curtiduría incendiada—. Por la Gran Tortuga, ¿cuándo fue la última vez que te diste un baño?

—Dame un respiro, joder —dijo Venka—. He tenido que huir para salvar el pellejo.

—Pero te ha dado tiempo de maquillarte la cara —señaló Kitay.

—Está de moda en Sinegard. He traído algo de maquillaje en mi bolsa de viaje. Es más fácil conseguir eso que jabón, ¿vale?

Rin solo podía reír. ¿Qué otra cosa podían esperar? Sring Venka era una princesa sinegardiana remilgada y mimada que se había transformado en una letal soldado para acabar como una precaria superviviente. Pues claro que iba a adentrarse en una zona de guerra con los labios pintados de rojo solo porque le apetecía.

—En fin, sí que habéis tardado en volver —rezongó la joven—. He estado recorriendo este camino de arriba abajo desde ayer. Me habían dicho que os habíais establecido en Leiyang.

—Lo estábamos —le confirmó Rin—. Lo estamos. Teníamos que hacer algo de limpieza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kitay—. Creíamos que no tenías problemas dentro de la República.

Venka soltó un dramático suspiro.

—Me he quedado sin tapadera. Fue por una tontería enorme. Allí estaba yo, una sirvienta completamente invisible en el hogar de un magistrado, y entonces la señora de la casa comenzó a pensar que estaba intentando seducir a su marido y me echó a la calle.

—¿Y…? —comenzó Kitay.

Venka le dedicó una mirada mordaz.

—Por supuesto que no. No es culpa mía que ese idiota fuese incapaz de apartar la mirada de mi trasero.

Kitay parecía azorado.

—Solo iba a preguntarte si llegaron a reconocerte.

—Ah. No, pero por poco. Su esposa me despidió, y luego fue diciendo por el resto de los hogares que no me contratasen. Eso me hizo llamar mucho la atención. Así que saqueé la armería en mitad de la noche, me camelé al mozo de los establos para que me prestara un caballo y vine hasta el sur. —La joven contó todo aquello con una frivolidad tan descarada que bien podría haber estado hablando sobre las últimas modas en Sinegard—. En Ruijin me informaron de que os habíais marchado hacia el sur, así que seguí el rastro de cadáveres. No he tardado mucho en dar con vosotros.

—Nos…, mmm, separamos de Ruijin —declaró Rin.

—Eso me imaginaba. —Venka señaló con la cabeza hacia las tropas que aguardaban—. ¿Cómo habéis conseguido sacarle un ejército a Gurubai?

—Creamos un puesto vacante. —Rin miró hacia atrás, en dirección a los soldados. Souji y los otros oficiales se habían detenido en mitad del sendero y los observaban con curiosidad.

—Es nuestra aliada —les explicó Rin—. Seguid avanzando.

La columna reanudó la marcha hacia Leiyang. La esperiliana mantuvo un tono de voz bajo mientras hablaba con Venka, además de echar alguna que otra mirada alrededor para asegurarse de que Souji no las oía.

—Oye, ¿sabes si Nezha está enviando a gente al sur?

Venka enarcó una ceja.

—Por lo que yo sé, no. ¿Por qué?

—¿Estás segura?

—Supuestamente sigue confinado en el palacio. Lo cierto es que se rumorea que no está muy

bien. Lleva un par de semanas fuera de servicio.

—¿Qué? —preguntó Rin, sobresaltada. El corazón comenzó a latirle muy deprisa—. ¿Y qué significa eso? Kitay le lanzó una curiosa mirada. Rin la ignoró.

—¿Está herido? —volvió a inquirir la esperiliana.

—No creo —dijo Venka—. Lleva semanas sin salir al campo de batalla. Vaisra lo hizo regresar el mes pasado a la Provincia del Tigre. Pasa mucho tiempo con los hesperianos, negociando con sus delegados. El rumor que más relevancia ha adquirido es que ha enfermado. Su aspecto es débil, tiene sombras bajo los ojos. O eso dicen. Cuesta discernir entre las habladurías y los hechos, ya que no conozco a nadie que haya podido verlo de cerca, pero parece que es grave.

Rin sintió de forma instintiva una estúpida punzada de preocupación. Restos de la preocupación que Nezha había despertado en ella en el pasado. La sofocó.

—¿Crees que va a morir?

—No estoy segura —continuó Venka—. Dicen que lo están tratando los mejores doctores hesperianos, aunque puede que eso esté haciendo más daño que otra cosa. Dudo que vaya a ponerse al frente de alguna tropa pronto.

¿Significaría eso que Rin estaba a salvo? ¿Nezha solo habría estado intentando volverla loca? La enfermedad del joven no quitaba el hecho de que contaba con espías en el campamento de los sureños, de que sabía dónde dormía Rin cada noche. Pero si Venka estaba en lo cierto, y Nezha y su padre seguían ocupados con el norte, tal vez ellos no tuvieran que preocuparse de momento por una inminente emboscada.

Tal vez ese respiro no fuera a durarles mucho, pero Rin iba a aprovechar cada día extra que tuviera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Venka—. ¿Hay algo que te atormente?

Rin intercambió una mirada con Kitay. Habían llegado a un acuerdo tácito: no le contarían a Venka lo de la carta. Cuantas menos personas estuvieran al corriente de ello, mejor.

—Nada —respondió la esperiliana—. Es solo que… quería asegurarme de que no nos van a pillar por sorpresa.

—No lo harán. Confía en mí. —Venka resopló—. No creo que Nezha esté en condiciones ni de caminar.

Cabalgaron durante unos minutos en silencio. Rin podía ver el perfil de Leiyang que emergía en el horizonte. A partir de ese momento, solo encontrarían senderos llanos.

—Por los sesenta y cuatro dioses del Panteón, ¿qué ha sucedido aquí? —preguntó Venka después de un rato—. De camino, he pasado por un par de aldeas. Todos se han vuelto completamente locos.

—El fervor de la victoria —declaró Rin—. Problemas que arrastra consigo.

—Estaban desollando viva a la gente —dijo Venka.

—Porque comerciaron con niñas. Las intercambiaban por raciones de comida.

—Ah. Es lo justo entonces. —Venka se limpió una mota de polvo invisible de la muñeca—. Espero que también los hayan castrado.

Avanzada la tarde, mientras Rin se dirigía hacia los campos para supervisar el entrenamiento

básico, fue abordada por una anciana arrugada que arrastraba a dos chicas delgadas a las que agarraba por las muñecas.

—Hemos oído que aceptáis chicas —dijo la mujer—. ¿Estas te sirven?

A Rin le sorprendió tanto su prepotente irreverencia que, en lugar de mandar a la mujer al puesto de alistamiento, se detuvo a mirar. Lo que vio la intrigó. Las chicas estaban escuálidas. No podían tener más de quince años, y se escondían acobardadas detrás de la anciana, como si les aterrorizara ser vistas. Era imposible que fueran voluntarias. Todas las mujeres que se habían alistado en el ejército sureño lo habían hecho con orgullo y por decisión propia.

—Estáis aceptando chicas —insistió la anciana.

Rin vaciló.

—Sí, pero…

—Son hermanas. Podéis quedároslas por dos monedas de plata.

La esperiliana pestañeó.

—¿Disculpe?

—¿Una moneda de plata? —sugirió la anciana con impaciencia.

—No voy a pagarle nada. —Rin enarcó las cejas—. Esto no va…

—Son buenas chicas —prosiguió la mujer—. Rápidas, obedientes, y ninguna de las dos es virgen…

—¿Virgen? —repitió Rin—. ¿Qué es lo que cree que estamos haciendo aquí?

La anciana la miró como si estuviese loca.

—Dicen que os las quedáis. Para el ejército.

Entonces, a Rin le encajaron todas las piezas del puzle. Se le retorció el estómago.

—No estamos contratando prostitutas.

La anciana no se dejó amedrentar.

—Una moneda de plata.

—Lárguese de aquí —estalló Rin—. O haré que la encierren en prisión.

La mujer escupió un buche de saliva a los pies de Rin y se marchó a toda prisa, tirando de las chicas detrás de ella.

—Espere —dijo la esperiliana—. Déjelas aquí.

La anciana se detuvo y, por un momento, pareció que fuera a protestar. Así que Rin dejó que un delicado torrente de fuego le rodeara los dedos y le bailara alrededor de la muñeca.

—No era una petición.

Y así, la anciana se marchó a toda prisa sin decir ni una palabra más.

Rin se giró hacia las chicas. Apenas se habían movido en todo ese rato. Ninguna de las dos miraba a la esperiliana a los ojos. Estaban de pie, quietas, con los brazos colgando inertes a los costados y las cabezas agachadas con deferencia, como si fueran sirvientas a la espera de instrucciones.

La esperiliana sentía la extraña tentación de pellizcarles los brazos, de comprobar sus músculos, de levantarles las barbillas y abrirles las bocas para ver si tenían bien los dientes. «Pero ¿qué problema tengo?».

A falta de nada mejor que decir, les preguntó:

—¿Queréis ser soldados?

La chica mayor le lanzó a Rin una breve mirada para luego encogerse de hombros con

desinterés. La otra no reaccionó en absoluto, seguía con la mirada fija en el espacio vacío que tenía frente a ella.

Rin intentó enfocarlo de otro modo.

—¿Cómo os llamáis?

—Pipaji —dijo la mayor.

La más joven bajó la mirada hacia el suelo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rin.

—No habla —respondió Pipaji con desdén. La esperiliana vio un breve destello de rabia en sus ojos, una profunda actitud defensiva, y entonces comprendió que Pipaji se había pasado toda la vida protegiendo a su hermana del resto del mundo.

—Comprendo —dijo Rin—. Tú hablas en su nombre. ¿Cómo se llama?

La hostilidad en el rostro de Pipaji se suavizó un poco.

—Jiuto.

—Jiuto y Pipaji —continuó la esperiliana—. ¿Tenéis algún apellido?

Y se produjo un silencio.

—¿De dónde sois?

Pipaji le dedicó una mirada hosca.

—No somos de aquí.

—Ya veo. También os arrebataron vuestro hogar, ¿eh?

Pipaji se encogió de hombros con apatía, como si esa pregunta le pareciera una absoluta tontería.

—Escucha —le dijo Rin. Se le estaba agotando la paciencia. Quería estar en el campo con sus tropas, no intentando hacer hablar a unas crías hurañas—. No tengo tiempo para esto. Os habéis librado de esa mujer, así que podéis hacer lo que queráis. Podéis uniros a este ejército si lo…

—¿Nos darán de comer? —la interrumpió Pipaji.

—Sí. Dos veces al día.

La chica se paró a considerarlo durante un minuto y luego asintió.

—De acuerdo.

Su tono dejaba claro que no tenía más preguntas. Rin las contempló a las dos durante un momento, luego se encogió de hombros y señaló con la mano.

—Bien. Los barracones están por allí.

7

Dos semanas más tarde llegaron a Tikany.

Rin había estado preparada para luchar por su pueblo natal. No obstante, cuando sus tropas se aproximaron a los muros de tierra de Tikany, hallaron los campos en calma. Las trincheras se encontraban vacías, y las puertas estaban completamente abiertas, sin ningún centinela a la vista. Esa no era la engañosa quietud que precedía a una emboscada, sino el silencio lánguido de un lugar abandonado. Las tropas mugenesas que pudieran haber aterrorizado a ese pueblo ya se habían marchado. Rin cruzó la entrada norte, completamente despejada, para acceder a un lugar que no había visto desde que se había marchado de allí cinco años atrás.

No lo reconoció.

Y no era porque lo hubiera olvidado. Por mucho que hubiera querido hacerlo en el pasado, jamás había logrado borrar la textura de ese lugar de su mente: ni las nubes de polvo rojo que se extendían por las calles durante los días de viento, que lo cubrían todo de un débil resplandor carmesí; ni los santuarios y los templos abandonados en cada esquina, vestigios de épocas más supersticiosas; ni los edificios de madera desvencijados que emergían de entre la tierra como cicatrices feas y resistentes. Rin conocía las calles de Tikany como la palma de su mano. Conocía sus callejones, sus túneles secretos y sus puntos de entrega de opio. Conocía los mejores rincones para esconderse y refugiarse cuando el temperamento de la tía Fang pasaba a ser violento.

Sin embargo, Tikany había cambiado. Todo el lugar parecía vacío, hueco, como si alguien le hubiera sacado los intestinos con un cuchillo y se los hubiera comido, dejando solo un cascarón frágil y traumatizado. Tikany jamás había sido una de las grandes ciudades del Imperio, pero había albergado vida. Había sido, como muchas otras ciudades del sur, una pequeña autonomía, tallada de forma desafiante en esa tierra dura.

La Federación la había convertido en una ciudad muerta.

La mayoría de los ruinosos edificios habían desaparecido, incendiados o desmantelados hacía ya mucho. Los mugeneses habían convertido lo que había quedado en pie en un campamento militar de reserva. La biblioteca, el escenario de la ópera al aire libre y la escuela (los únicos lugares de Tikany que habían hecho feliz a Rin alguna vez) eran ahora solo estructuras esqueléticas que mostraban signos de una deconstrucción deliberada. La joven se imaginó que los mugeneses habrían arrancado sus paredes de madera para obtener leña.

En el distrito del placer, los prostíbulós eran los únicos edificios que quedaban en pie.

—Selecciona a doce soldados, mujeres a ser posible, y que registren cada uno de esos edificios en busca de supervivientes —le dijo Rin al oficial que tenía más cerca—. Deprisa.

A esas alturas, la joven sabía de antemano qué era lo que encontrarían. Sabía que debería haber ido ella misma, solo que no era lo suficientemente valiente como para hacerlo.

Siguió caminando. Cada vez se aproximaba más al centro. Ahora estaba cerca del ayuntamiento y de la oficina de actos públicos, donde encontró muestras de ejecuciones públicas. Unas tarimas de madera cubiertas de manchas de color marrón de hacía meses. Había látigos tirados en descuidadas pilas sobre el lugar en el que, en el pasado, hacía ya toda una vida, Rin había visto la puntuación que había sacado en el keju y había descubierto que iba a acudir a Sinegard.

Lo que no veía por ninguna parte eran cadáveres. En Golyn Niis, había encontrado cuerpos apilados en cada rincón, pero las calles de Tikany estaban desiertas.

En cierto modo, tenía sentido. Cuando el objetivo era la ocupación, siempre había que limpiar los cadáveres. De lo contrario, todo acababa apestando.

—Por la Gran Tortuga. —Souji soltó un silbido por lo bajo mientras caminaba junto a Rin, con las manos metidas en los bolsillos y echando un vistazo a toda esa devastación igual que un niño recorrería el mercado de un festival—. Sí que se emplearon a fondo con este lugar.

—Cállate —le dijo Rin.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tiraron abajo tu salón del té favorito?

—Te he dicho que te calles.

Rin detestaba que le entraran ganas de llorar con Souji delante. No obstante, apenas era capaz de respirar a causa de la opresión que sentía en el pecho. Estaba muy mareada y le dolían las sienes. Se hundió las uñas en la palma de la mano para contener las lágrimas.

Solo había presenciado una devastación como esa, tan a gran escala, otra vez, y eso casi la había destrozado. Pero aquella escena era peor que la de Golyn Niis, porque al menos allí casi todo el mundo había muerto. La joven casi habría preferido haber visto cadáveres que a los supervivientes que tenía ahora delante. Se arrastraban desde el interior de cualquier lugar seguro que siguiera en pie y parpadeaban en su dirección con la misma expresión aturdida que la de un animal que pasaba demasiado tiempo viviendo en la oscuridad.

—¿Se han ido? —le preguntaban los supervivientes—. ¿Somos libres?

—Sois libres —respondía Rin—. Se han ido. Para siempre.

Los supervivientes asimilaban esas palabras con gestos temerosos y dubitativos, como si esperaran que los mugeneses fueran a regresar en cualquier momento y los fuesen a aniquilar por su temeridad. Pero luego se envalentonaban. Cada vez eran más los que emergían de cabañas, chabolas y escondrijos, más de los que Rin esperaba que siguieran vivos. Los susurros se extendían por la ciudad fantasma y, poco a poco, los supervivientes comenzaron a ocupar la plaza, agolpándose alrededor de los soldados y centrando su atención en Rin.

—¿Eres…? —le preguntaban.

—Sí, soy yo —respondía ella. Dejaba que la tocaran para que supiesen que era real. Dejaba que vieran sus llamas ascendiendo en espiral hacia el cielo en delicados patrones, y con ese silencio Rin expresaba esas palabras que no era capaz de decir en voz alta.

«Soy yo. He vuelto. Lo siento».

—Necesitan bañarse —dijo Kitay—. Aquí casi todo el mundo tiene un problema de piojos. Tenemos que contenerlo antes de que se los peguen a nuestros soldados. Y también necesitan una buena comida, deberíamos organizar las raciones…

—¿Puedes encargarte tú? —le pidió Rin. Su voz le sonó extraña en sus propios oídos, como si procediera de detrás de una gruesa puerta de madera—. Quiero… Necesito seguir caminando.

Kitay le tocó el brazo.

—Rin…

—Estoy bien —respondió ella.

—No tienes por qué hacer esto sola.

—Sí que tengo que hacerlo sola. Tú no lo entiendes. —La esperiliana se apartó del lado de su amigo. Kitay conocía cada parte de su alma, pero no podía compartir eso con ella. Aquel asunto tenía que ver con las raíces de la joven, con la tierra. Él no era de allí, era imposible que supiera qué se sentía—. Tú encárgate de los supervivientes. Deja que me vaya, por favor.

El joven le apretó la mano y asintió.

—Pero ten cuidado.

Rin se alejó de la multitud, desapareció por un callejón lateral mientras nadie la miraba y luego recorrió sola todo el pueblo hasta llegar a su antiguo vecindario.

No se molestó en acudir a la residencia de los Fang. Allí no quedaba nada para ella. Sabía que su tío estaba muerto. También que su tía y Kesegi probablemente hubieran fallecido en Arlong. Y, aparte de su hermano adoptivo, sus recuerdos de esa casa no contenían nada más que miseria.

La joven enfiló directamente hacia la casa del profesor Feyrik.

Las dependencias del hombre estaban vacías. Rin no pudo encontrar ni rastro de él en ninguna de las habitaciones desiertas. Era como si el profesor jamás hubiera vivido allí. Ya no había libros, ni uno. Hasta faltaban las estanterías. Todo lo que quedaba allí dentro era una pequeña banqueta, que sospechaba que los mugeneses habrían dejado por estar tallada en piedra y no en madera.

Rin recordaba esa banqueta. Había pasado muchas noches sentada en ella siendo niña mientras escuchaba al profesor Feyrik hablar sobre lugares que ella nunca había pensado que vería. Se había sentado allí la noche antes de su examen, llorando a mares con las manos sobre la cara mientras el profesor le acariciaba con gentileza los hombros y le murmuraba que todo iría bien. «¿A una chica como tú? Siempre te irá bien».

Tal vez aún siguiera vivo. Podría haber huido pronto, ante la primera señal de peligro. Tal vez estuviera en uno de los campos de refugiados del norte. Si Rin se esforzaba lo bastante, podía mantener ese delirio de que el profesor estaba en algún otro sitio, a salvo y feliz, pero lejos de su órbita. La joven intentó que ese pensamiento sirviera para consolarla, pero la incertidumbre de no saber, o de tal vez no llegar a saberlo nunca, solo hacía que fuera más doloroso.

Entonces, los labios le supieron a sal y se dio cuenta de que tenía la cara húmeda a causa de las lágrimas.

Se las secó de forma abrupta y violenta.

«¿Para qué lo necesitas?». Oyó esa pregunta con la voz de Altan. «¿Por qué coño te importa?».

En los últimos años, Rin apenas había pensado en el profesor Feyrik. Lo había desterrado de su mente, igual que había puesto distancia entre ella y los dieciséis años que había vivido en Tikany. Había sido como mudar la piel de serpiente para poder reinventarse a sí misma y pasar

de ser una huérfana de guerra a una estudiante y, por último, una soldado. Ahora se aferraba al recuerdo del profesor motivada por una nostalgia patética y cobarde. Feyrik era tan solo una reliquia, un recordatorio de una época más sencilla en la que ella era una niña pequeña que intentaba memorizar los clásicos y él un profesor amable que le había mostrado su única vía de escape.

Rin estaba buscando una vida que jamás volvería a tener. Y a esas alturas era muy consciente de que la nostalgia podía acabar matándola.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Kitay cuando regresó.

—No —le respondió Rin—. Aquí no queda nada.

Rin decidió establecer su cuartel en el complejo de los generales mugeneses. Por un lado, porque sentía que era su derecho como fuerza liberadora y, por otro, porque era el lugar más seguro dentro del campamento. Antes de establecerse allí, Souji y ella registraron cada una de las habitaciones en busca de algún asesino oculto.

No encontraron más que unas salas desordenadas aún atestadas de platos sucios, uniformes y armas de repuesto. Era como si los mugeneses se hubieran desvanecido, dejando tras de sí todas sus pertenencias. Incluso el despacho principal estaba como si el general simplemente hubiera salido un momento en busca de una taza de té.

Rin rebuscó en el escritorio del general, de donde sacó un montón de notas, mapas y cartas. En un cajón encontró un manojo de papeles, todos ellos bocetos a carboncillo de la misma mujer. Al parecer, ese general se había considerado a sí mismo un artista. Los bocetos no eran del todo malos. Se había esforzado mucho por intentar plasmar la mirada de su amante, en detrimento de otras precisiones anatómicas. En cada boceto aparecían los mismos caracteres mugeneses: «*hudie*», que significaba «mariposa» en nikara. Rin había olvidado cómo se pronunciaba la palabra en mugenés. Probablemente no se tratase de un nombre propio, sino de un mote cariñoso.

«Se sentía solo», pensó Rin. ¿Cómo se habría sentido al enterarse del destino que había corrido la Isla del Arco? ¿Cuándo habría descubierto que ningún barco volvería a cruzar el mar Nariin?

La joven encontró una nota escrita en una hoja de papel doblada que estaba metida entre los dos últimos bocetos. La grafía mugenesa no era tan distinta de la nikara. Utilizaban muchos caracteres nikaras, aunque su pronunciación era completamente distinta. No obstante, Rin se pasó varios minutos analizando esa tinta sucia y garabateada para descifrar qué ponía.

Si esto significa que en mi corazón soy una traidora, entonces, sí, desearía que nuestro emperador no te hubiera convocado para cumplir con tu deber, ya que así te ha arrancado de mis brazos.

Todo el continente oriental… No. Todas las riquezas de este universo no significan nada para mí en tu ausencia.

Rezo todos los días para que los mares te traigan de vuelta a mí.

Tu mariposa

Era un extracto de una carta más larga. Rin no pudo encontrar el resto.

Se sentía extrañamente culpable mientras ojeaba las cosas del general. Era muy absurdo, pero se sentía como una intrusa. Se había pasado tanto tiempo intentando averiguar cómo matar a los mugeneses que pensar en la posibilidad de que fueran personas con vidas privadas, amoríos, esperanzas y sueños le hacía sentir unas ligeras náuseas.

—Fíjate en esas paredes —dijo Souji.

Rin siguió la mirada del chico. El general había mantenido un detallado calendario de pared, totalmente cubierto por una letra pulcra y diminuta. Era mucho más legible que la carta. La joven se fue directamente a la primera página.

—Llegaron aquí hace tres meses.

—Ese solo fue el momento en el que comenzaron a llevar un calendario —dijo Souji—. Confía en mí. Llevaban en el sur mucho más tiempo.

La acusación implícita de Souji se quedó suspendida entre ambos. Hacía tres meses que Rin podría haberse dirigido hacia el sur. Podría haber detenido todo eso.

Hacía ya mucho que la joven había aceptado esa carga. Sabía que todo era culpa suya. Podría haberle tomado la mano a la emperatriz aquel día en Lusan, podría haberse cargado la rebelión de Vaisra antes de que esta siquiera hubiera empezado, y podría haber dirigido a sus tropas directamente hacia el sur. Sin embargo, lo que había hecho había sido jugar a la revolución, y con eso había conseguido una cicatriz que le recorría la espalda en zigzag y un muñón dolorido donde debería haber estado su mano.

Rin detestaba lo evidente que había sido la estrategia de Vaisra desde el principio, y se odiaba más aún a sí misma por no haberse dado cuenta antes. En retrospectiva, era obvio por qué el sur había tenido que acabar envuelto en llamas, por qué Vaisra le había negado su ayuda incluso cuando los jefes militares del sur se lo habían suplicado.

El jefe militar del Dragón podría haber detenido fácilmente esas masacres. Había sabido de antemano que la flota hesperiana iba a acudir en su ayuda. Podría haber enviado a la mitad de su ejército para responder a las súplicas de una nación moribunda. En cambio, había mutilado deliberadamente el sur. No tendría que enfrentarse a los jefes militares para conseguir autoridad política si se limitaba a dejar que los mugeneses le hicieran el trabajo sucio. Y entonces, cuando el humo se hubiese disipado, cuando el Imperio hubiese quedado en ruinas, él habría marchado con el ejército de la República y habría expulsado con fuego a los mugeneses, valiéndose de dirigibles y arcabuces. A esas alturas, la autonomía en el sur habría sido de risa y los supervivientes que quedasen habrían acabado postrándose de rodillas adorando a su salvador.

«¿Y si Vaisra te lo hubiera dicho?», le había preguntado una vez Altan, o más bien la alucinación de Altan en la mente de Rin. «¿Y si te hubiera hecho su cómplice de pleno derecho? ¿Tus lealtades habrían cambiado?».

Rin no lo sabía. En el pasado, había llegado a detestar a los sureños. Había odiado a su propio pueblo en cuanto los había visto en los campamentos. Detestaba el color oscuro de su piel, sus acentos planos y rurales y sus miradas temerosas y apagadas. Era fácil confundir el puro terror con la estupidez, y Rin había estado tan desesperada como para considerarlos estúpidos solo porque sabía que ella no lo era y necesitaba cualquier motivo para desvincularse de ellos.

En ese entonces, su autodesprecio había sido tan profundo que, si Vaisra simplemente le hubiera contado cada parte de su plan, tal vez ella hubiera interpretado su maldad como algo

brillante y se hubiera reído. Si Vaisra no la hubiera usado de moneda de cambio, tal vez Rin nunca hubiese abandonado su bando.

La rabia se le acumuló en el estómago. La joven arrancó el calendario de la pared y lo aplastó entre sus dedos.

—Fui una idiota con Vaisra —dijo la esperiliana—. No debería haber contado con su honor. Pero con lo que él no contó es con mi capacidad de supervivencia.

Una vez que consideraron que el complejo del general era un lugar seguro para convertirse en su base, Rin recorrió el pueblo hasta llegar a los prostíbulos. No quería ir hasta allí. Tenía hambre y estaba agotada, con la garganta y los ojos irritados de tanto contener las lágrimas. Solo quería hacerse un ovillo en un rincón y fumar de su pipa.

Pero era la general Fang, la esperiliana, y les debía aquello a los supervivientes.

Venka ya estaba allí. La joven sinegardiana había comenzado a hacer la parte dura del trabajo, que era sacar a las mujeres de los prostíbulos. Unos charcos y cubos volcados cubrían los fríos suelos de piedra de la zona en la que se duchaban las mujeres. Al lado se encontraban amontonadas las matas de pelo grueso y oscuro plagadas de piojos que les habían cortado, dejándolas calvas.

Venka se hallaba en el centro de la plaza, con las manos a la espalda, igual que un sargento instructor: Las mujeres se apiñaban en torno a ella en un sombrío círculo, con las manos alrededor de los delgados hombros y la mirada apagada y desenfocada.

—Tienes que comer —dijo Venka—. No te dejaré sola hasta que te vea tragar.

—No puedo. —La chica que la sinegardiana tenía delante podría haber tenido entre trece y treinta años. Su piel estaba tan tirante sobre sus frágiles huesos, como de pajarillo, que Rin no era capaz de averiguar su edad exacta.

Venka agarró a la chica del hombro con una mano. En la otra sostenía un panecillo al vapor tan cerca de la cara de la joven que Rin creyó que iba a metérselo a la fuerza entre los labios.

—Come.

La chica apretó mucho la boca y se retorció bajo el agarre de Venka entre gimoteos.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —gritó la sinegardiana—. ¡Come! ¡Empieza a cuidarte!

La chica logró liberarse y se apartó, con los ojos anegados en lágrimas y los hombros hundidos como si estuviera esperando recibir una paliza.

—¡Venka! —Rin se acercó corriendo y tiró de su amiga por la muñeca hacia atrás—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué coño crees que hago? —Venka tenía las mejillas completamente pálidas por la furia —. Todas las demás han comido ya, pero esta zorra cree que está por encima de este tipo de comida…

Una de las otras mujeres le pasó a la chica el brazo por los hombros.

—Sigue conmocionada. Déjala estar.

—Cierra el pico. —Venka le dedicó a la chica una mirada mordaz—. ¿Es que quieres morir?

Tras una larga pausa, la chica negó con timidez con la cabeza.

—Pues come. —Venka le lanzó el panecillo. Este rebotó contra el pecho de la prostituta y cayó al suelo—. Ahora mismo eres la chica más afortunada del mundo, joder. Estás viva. Tienes

comida. Te has librado de morir de inanición. Lo único que tienes que hacer es meterte ese panecillo en la puta boca.

La chica comenzó a llorar.

—No empieces con eso —le ordenó Venka—. No seas patética.

—No lo entiendes —dijo la joven con la voz ahogada—. No… No puedo…

—Sí que lo entiendo —le espetó Venka sin más—. Yo sufrí lo mismo en Golyn Niis.

La chica levantó la mirada.

—Entonces, tú también eres una puta. Y ambas deberíamos estar muertas.

Venka echó el brazo hacia atrás y la abofeteó.

—Para, Venka. —Rin agarró la mano de su amiga y tiró de ella para abandonar el patio. Venka no se resistió. Por el contrario, la siguió a trompicones, como si estuviera aturdida.

Rin se dio cuenta de que su amiga no estaba enfadada. En todo caso, parecía estar a punto de derrumbarse.

Nada de eso tenía que ver con la comida.

La esperiliana en el fondo sabía que Venka no le había dado la espalda a su provincia natal para unirse a la Coalición Sureña (una rebelión conformada por personas con la piel varios tonos más oscuros que la suya) solo por verdadera lealtad a la causa. Lo había hecho por lo que había sucedido en Golyn Niis. Lo hacía porque el jefe militar del Dragón, Yin Vaisra, había sido consciente de que esas atrocidades tenían lugar en Golyn Niis y las había permitido, había dejado que se llevaran a cabo por todo el sur, y no había movido ni un dedo para detenerlas.

Venka había asumido la tarea de librar esas batallas. Pero, tal y como Rin y ella habían descubierto, las batallas eran sencillas. Destruir también. La parte más dura era lidiar con las consecuencias.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Rin en voz baja.

A Venka le tembló la voz.

—Solo intento hacerlo todo más fácil.

—Lo sé —respondió Rin—. Pero no todas son tan fuertes como tú.

—Será mejor que empiecen a serlo, o dentro de un par de semanas estarán muertas.

—Sobrevivirán. Los mugeneses ya no están.

—Ah, ¿y crees que esto acaba así como así? —Venka dejó escapar una pequeña carcajada—. ¿Crees que esto ha acabado? ¿Qué basta con que se hayan marchado?

—No pretendía decir…

—Nunca se van del todo. ¿Lo entiendes? Siempre te acechan por las noches mientras duermes. Solo que esta vez son espectros de los sueños, no son reales, y no se puede huir de ellos porque viven dentro de tu propia mente.

—Venka, lo siento. No quería…

Su amiga continuó hablando como si no la hubiera oído.

—¿Sabes que, tras lo sucedido en Golyn Niis, las otras dos supervivientes de esa casa del placer ingirieron sosa cáustica? ¿Quieres adivinar cuántas de estas chicas acabarán ahorcándose? La debilidad no tiene cabida en sus vidas, Rin. No tienen tiempo para seguir conmocionadas. Esa no puede ser una opción. Así solo acabarán muriendo.

—Lo entiendo —dijo la esperiliana—, pero no puedes proyectar tus traumas en ellas. Estás aquí para proteger. Eres una soldado. Compórtate como tal.

Venka abrió los ojos como platos. Por un momento, Rin creyó que su amiga también iba a abofetearla a ella. Sin embargo, ese momento pasó y Venka dejó caer los hombros, como si hubiera perdido de golpe todas las ganas de pelear.

—Vale. Entonces ponías a cargo de otra persona. Yo ya no pinto nada aquí. —Señaló hacia los prostíbulos—. Y reduce ese lugar a cenizas.

—No podemos hacerlo —le explicó Rin—. Es una de las pocas estructuras fortificadas que siguen en pie. Hasta que no podamos reconstruir algunos refugios…

—Quémalo —gruñó Venka—. O cogeré aceite y lo haré yo misma. Eso sí, te advierto que no se me da muy bien provocar incendios. Así que o bien provocas tú uno controlado, o bien lidias luego con un infierno. Tú decides.

La llegada de un explorador libró a Rin de tener que responder.

—Lo hemos encontrado —la informó el recién llegado—. Parece que solo había uno.

A Rin se le retorció el estómago. Eso no. Ahora no. No estaba lista. Después de lo de los prostíbulos, solo quería hacerse un ovillo en cualquier rincón y esconderse.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—A casi un kilómetro al sur de la frontera de la ciudad. Todo eso está muy embarrado. Será mejor que se calce unas botas algo más robustas. El lugarteniente Chen me ha pedido que le informe de que ya está en caminó. ¿Quiere que la lleve allí?

Rin vaciló.

—Venka…

—No cuentes conmigo. No quiero ver eso. —Su amiga giró sobre sus talones y siguió hablando hacia atrás a medida que se alejaba—: Cuando amanezca, quiero ver los prostíbulos reducidos a cenizas; si no, daré por sentado que esa tarea recae sobre mis hombros.

Rin quiso ir tras ella. Quiso agarrar a Venka por la muñeca y tirar de ella para que regresase, abrazarla fuerte y quedarse así hasta que fueran capaces de llorar juntas, hasta que esos llantos se apagasen. Sin embargo, Venka lo habría interpretado como un gesto de lástima, y no había nada en el mundo que esa chica detestara más. Para ella, la lástima era un insulto, una confirmación de que, después de todo ese tiempo, los demás seguían considerándola una persona frágil y rota, al borde del derrumbe. Y Rin no podía hacerle eso.

La esperiliana decidió que quemaría los prostíbulos. Las supervivientes podrían aguantar un par de noches al aire libre. Rin tenía fuego de sobra para evitar que pasaran frío.

—¿General? —preguntó el explorador en voz baja.

Ella pestañeó. Se había quedado contemplando a la figura de Venka alejándose.

—Dame un momento. Nos vemos en la puerta este.

La joven regresó al complejo del general para cambiarse las botas y preguntó por los barracones hasta que alguien le prestó una pala de sobra. Luego, siguió al explorador hasta los campos de exterminio.

El paseo fue más corto de lo que había esperado.

Rin reconoció el lugar a unos cuatrocientos metros de distancia. Lo reconoció por su olor, ese hedor rancio a putrefacción bajo una fina capa de polvo; por los grandes insectos que se retorcían por el suelo, y por las aves carroñeras que se posaban despreocupadamente sobre fragmentos

blancos de hueso que sobresalían del terreno. Lo reconoció también por la tierra descolorida y movida, y por los restos de cabello y prendas esparcidas por el suelo, donde los mugeneses apenas se habían molestado en enterrarlos del todo.

La joven se detuvo unos tres metros antes de llegar a las tumbas. Necesitaba coger aire antes de ser capaz de acercarse más.

—Dejemos que lo haga otra persona. —Kitay le apoyó una mano en el hombro—. Tú puedes volver al campamento.

—No —respondió Rin—. No puedo. Tengo que hacerlo yo.

Debía hacerlo ella porque había sido culpa suya. Se sentía obligada a contemplar aquello. Al menos debía concederles a los muertos esa mínima muestra de respeto.

Rin quería enterrarlo todo, apilar montículos de tierra sobre esa fosa poco profunda, aplastarla bien con las palas, y luego pasar por encima con carretas para aplanar la zona. Con ello quería conseguir que se confundiera con el paisaje que había habido en el pasado hasta que algún día pudieran fingir que jamás había existido.

Pero tenían que identificar a los cadáveres. En ese momento, había muchos sureños atrapados en ese horripilante limbo de incertidumbre, sin ninguna forma de saber si sus seres queridos estaban muertos. Y esa incertidumbre podía ser incluso más dolorosa que la pérdida. Una vez que dieran con los cadáveres, al menos podrían llorar a sus muertos.

Y después, como los rituales funerarios eran tan importantes en el sur, había que limpiar los cuerpos. En tiempos de paz, los funerales en Tikany habían sido eventos que duraban todo el día. Hordas de dolientes (que, en ocasiones, si la familia del fallecido o la fallecida podía permitírselo, contaban con profesionales contratados para exagerar la concurrencia) gemían y lloraban mientras seguían al féretro a las afueras de la ciudad hasta unas parcelas ancestrales cuidadosamente dispuestas. Las almas de los muertos necesitaban ser introducidas de forma adecuada en sus tumbas para que descansaran, en lugar de acabar atormentando a los vivos. Eso requería frecuentes ofrendas de papel quemado e incienso para ayudarlas a llegar hasta el más allá.

Rin ya no tenía ni idea de cómo sería la vida después de la muerte. Sabía que no se trataba de una encantadora ciudad fantasma paralela, donde el papel quemado de las ofrendas pudiera ser transformado en verdaderos tesoros. Aun así, dejar que el cuerpo de un ser querido se pudriera a la intemperie le parecía una indecencia.

La joven se había deshecho de la mayor parte de su herencia de la Provincia del Gallo. Se había librado de su acento y de sus costumbres. Desde su primer año en la academia, había empezado a vestirse y a hablar igual que la élite sinegardiana. No creía en las supersticiones sureñas, y ahora no iba a empezar a fingir que lo hacía.

No obstante, la muerte era sagrada. La muerte requería cierto respeto.

El semblante de Kitay había adquirido un tono verde grisáceo, como el de alguien a punto de vomitar.

Rin le arrebató a su amigo la pala de las manos.

—Si no te ves capaz, no tienes por qué quedarte. Esta no es tu gente.

—Estamos anclados. —Kitay recuperó su pala de las manos de Rin y le dedicó una sonrisa débil y agotada—. Tu dolor siempre será el mío.

Y juntos comenzaron a cavar.

No era complicado hacer eso. Los mugeneses habían cubierto su trabajo con tan solo una

ligera capa de tierra, apenas lo suficiente para tapar la masa de miembros enredados que había debajo. Cada vez que Rin retiraba bastante tierra como para dejar al descubierto un cadáver, se detenía y seguía con el siguiente, ya que no quería destrozar esos cuerpos blandos y en descomposición con la pala.

—En el norte incineramos a nuestros muertos —dijo Kitay una hora después. Se secó con la mano el sudor de la frente, dejándose allí una mancha de barro—. Es más higiénico.

—Conque nosotros somos vulgares —dijo Rin—. ¿Y qué?

A la esperiliana no le quedaban energías para defender lo que estaban haciendo. Los entierros eran uno de los rituales sureños más antiguos. Los ciudadanos de la Provincia del Gallo eran el pueblo del barro, y sus cuerpos y sus almas pertenecían a él, a esa tierra ancestral que estaba marcada, poseída y habitada por generaciones que se extendían a lo largo de la historia de la provincia. ¿Qué más daba si eso los convertía en la escoria con la piel del color del barro del Imperio? La tierra era algo permanente, implacable. La tierra se alzaría y engulliría por completo a sus invasores.

—No podrán identificar ni a la mitad de estos cuerpos —dijo Kitay—. Están en un estado muy avanzado de descomposición, fíjate…

—Siguen contando con su ropa. Joyas. Cabello. Dientes. Sabrán identificarlos.

Continuaron cavando. Sin importar cuántos rostros destapasen, las tumbas poco profundas parecían extenderse hacia el infinito.

—¿Estás buscando a alguien en particular? —le preguntó Kitay pasado un rato.

—No —respondió Rin.

Y lo decía en serio. Por un breve instante, se había planteado buscar al profesor Feyrik. Había intentado recordar las distintas particularidades por las que podría haberlo identificado. Su altura y su constitución era muy corrientes. Tal vez podría haberse fijado en la barba… Pero había cientos de hombres mayores en Tikany con barbas como la suya. En cuanto a su ropa, siempre había sido muy anodina. Quizás hubiera llevado su dado de la suerte guardado en el bolsillo delantero, pero Rin no soportaba la idea de recorrer las filas de cadáveres metiéndole la mano en el bolsillo a cada cuerpo con barba solo para confirmar si su profesor estaba realmente muerto.

No iba a volver a ver al profesor Feyrik. Eso ya lo sabía.

Horas más tarde, Rin por fin ordenó que se detuvieran. Llevaban tres horas cavando. El sol estaba bajo en el cielo. Dentro de poco estaría tan oscuro que no serían capaces de distinguir si sus palas estaban chocando contra la tierra o contra la carne.

—Regresemos a la aldea —dijo la joven con voz ronca. Necesitaba desesperadamente beber agua—. Volveremos mañana cuando haya salido el sol…

—Un momento —los llamó un soldado que se encontraba camino abajo—. Aquí se mueve alguien.

Al principio, Rin creyó que ese ligero movimiento que detectaba era un efecto de la luz que se reflejaba sobre un metal enterrado, o quizás un buitre solitario picoteando la carroña. Pero entonces se acercó más y vio que se trataba de una mano, una mano escuálida que se abría camino entre una pila de cadáveres, agitándose muy débilmente.

Sus soldados se apresuraron a quitarle los cuerpos de encima. Acabaron retirando seis cadáveres hasta que el dueño de la mano quedó libre: un niño delgado que tosía y que estaba completamente cubierto de sangre seca.

Cuando lo sacaron de la tumba, seguía consciente. Pestañeó en dirección al grupo, aturdido. Luego, cerró los ojos y dejó caer la cabeza a un lado.

Rin envió a un mensajero al pueblo en busca de un médico. Mientras tanto, tumbaron al niño sobre la hierba y, con agua de sus cantimploras, le limpiaron la sangre y la tierra pegada a su piel lo mejor que pudieron. La esperiliana observó con detenimiento el pecho del chico: estaba ensangrentado y descolorido, cubierto de sangre seca y moratones, pero seguía elevándose y descendiendo a un ritmo acompasado y seguro.

Cuando llegó el médico y limpió el torso del chico con alcohol, pudieron ver que el origen de la sangre no era profundo. La herida en su hombro izquierdo solo alcanzaba unos cinco centímetros de profundidad. Lo suficiente como para martirizarlo, pero no para matarlo. La tierra había servido de emplasto, taponándole un buen chorro de sangre que, de otro modo, lo habría matado.

—Sujetadlo con fuerza —dijo el médico. Acto seguido, descorchó una botella de vino de arroz y se la vertió sobre la herida.

El chico se despertó de golpe, siseando de dolor. Abrió los ojos y los fijó en los de Rin.

—Estás bien —le dijo ella mientras le inmovilizaba los brazos contra el suelo—. Estás vivo. Sé valiente.

El chico tenía la mirada desorbitada. Una vena le latía contra la mandíbula apretada mientras se retorcía bajo el agarre de los soldados, pero no gritó ni una sola vez.

No podría haber sobrevivido allí más de un par de días. La infección y la falta de agua habrían acabado con él si hubiera llevado más tiempo allí. Eso significaba que los campos de exterminio eran recientes. Los mugeneses los habían masacrado solo un par de días antes de que llegase el ejército sureño.

Rin intentó entender qué podría significar aquello.

¿Por qué iban a masacrar a todo un pueblo justo antes de que llegara otro ejército?

¿Para que la victoria de Rin tuviese menos peso? ¿Para fastidiar a un ejército al que sabían que no podían vencer? ¿Para transmitir un último y cruel mensaje?

No. Por todos los dioses, por favor, que eso no fuese cierto.

Sin embargo, a Rin no se le ocurría ninguna otra respuesta. La sangre le palpitaba en las sienes mientras observaba cómo el chico ponía los ojos en blanco. La joven tenía miedo de ponerse en pie. Creía que ella también se desmayaría.

«Esto ha sido cosa tuya», se mofaron de ella los campos plagados de muertos. «Tú nos obligaste a matarlos. Habríamos dejado en paz a esta ciudad si no hubieras venido. Pero tuviste que presentarte aquí, así que todo esto es culpa tuya».

Rin envió a sus soldados de vuelta a la ciudad. Ella se quedó allí, esperando a que se pusiera el sol. Quería tener unos minutos de silencio. Quería estar a solas con las tumbas.

—Aquí no queda nada con vida —le dijo Kitay—. Vámonos.

—Vete tú —le respondió ella—. No tardaré en seguirte.

Kitay se detuvo.

—¿Esto te hará sentirte mejor?

No especificó más, pero Rin sabía perfectamente qué quería decir.

—No te atrevas a insinuar eso.

—Pero tengo razón —insistió el joven—. Esto te pondrá las cosas más fáciles.

Rin no podía negarlo. Kitay sabía que ella no podía admitirlo en voz alta, pero él podía leerle la mente como si fuera un libro abierto.

—Por favor —le pidió la esperiliana—. Solo déjame un momento. Por favor, vete.

Kitay sabía que era mejor no discutir. Asintió, le apretó la mano a Rin y se marchó con los demás.

El joven sinegardiano estaba en lo cierto. Sabía qué tipo de absolución estaba buscando su amiga en los campos de exterminio. Y también sabía que Rin necesitaba quedarse porque, si grababa en su mente la imagen de lo que habían hecho los mugeneses, si respiraba el hedor que desprendían los cuerpos medio podridos, si se recordaba a sí misma por qué debía seguir odiando y no dejar de hacerlo, entonces sería mucho más sencillo aceptar lo que le había hecho a la Isla del Arco.

No importaba lo estridentes que sonaran los gritos de los chicos mugeneses en sus sueños. Seguían siendo monstruos, seres desalmados que se merecían todo lo que Rin les había hecho y lo que les haría en el futuro.

Esa tenía que ser su verdad o, de lo contrario, se derrumbaría.

No fue consciente de cuánto tiempo pasó allí. Pero, cuando por fin se movió para volver al campamento, el sol había desaparecido por completo y las tumbas descubiertas habían quedado tan firmemente grabadas en su mente que cada uno de sus detalles la acompañaría durante la toda eternidad. La disposición de los huesos. Cómo se curvaban y se arqueaban unos alrededor de otros. Cómo refulgían bajo los últimos rayos del sol poniente.

«No lo olvidarás», le aseguró Altan. «No te permitiré que lo hagas».

Rin cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y se encaminó de vuelta hacia la aldea.

Solo dio dos pasos antes de quedarse petrificada. Algo la había hecho detenerse. Entornó la mirada hacia los árboles. Sí… Allí estaba, ese destello de movimiento que había llamado su atención la primera vez. Alguien estaba corriendo por el bosque.

Rin clavó los talones en el suelo y fue tras esa persona.

—¡Detente!

Se abrió paso entre los árboles, con los brazos envueltos en llamas y proyectando una luz candente sobre la oscuridad que la rodeaba.

Entonces, Rin frenó de golpe. Su objetivo se había detenido. No era ni un soldado ni un espía, sino una niña pequeña, agazapada en el fondo de un barranco poco profundo, con los brazos alrededor de las piernas y la cabeza gacha mientras movía los labios como si estuviera contando.

Alguien le había enseñado a hacer eso. Alguien la había preparado para que actuase así. A Rin le habían enseñado lo mismo de pequeña: si alguien la perseguía, si no podía despistarlos, debía encontrar un sitio en el que esconderse y contar hasta que se hubieran ido.

—Eh. —Rin se acercó despacio con los brazos extendidos y los dedos de la mano izquierda abiertos, con la esperanza de que pareciera un gesto no amenazador—. No pasa nada.

La niña negó con la cabeza y siguió contando, con los ojos bien cerrados, como si no pudiese ver a Rin, como si así fuera a desaparecer.

—No soy mugenesa. —Rin arrastró las palabras, intentando replicar un acento que hacía

mucho que había perdido—. Soy de la Provincia del Gallo. Una de vosotros.

La niña abrió los ojos. Levantó la cabeza despacio.

La esperiliana se acercó más.

—¿Estás sola?

La niña negó con la cabeza.

—¿Cuántos sois?

—Tres —susurró en respuesta.

Rin divisó otro par de ojos en la oscuridad, bien abiertos y aterrorizados. Aquella persona se agazapó detrás de un árbol nada más percatarse de que ella la había pillado mirando.

La joven se apresuró a crear un anillo de fuego más grande a su alrededor, con el tamaño suficiente como para iluminar el claro. Así consiguió ver a dos demacradas niñas pequeñas que le devolvían la mirada con una manifiesta fascinación. Sus ojos parecían enormes sobre sus caras huecas.

—¿Qué estáis haciendo? —Unos pasos crujieron contra los matorrales. Rin se giró. Una tercera figura (la madre de las chicas o una hermana mayor, no lo tenía claro) apareció en el claro y agarró a las niñas por las muñecas, alejándolas de Rin.

—¿Estáis locas? —La mujer sacudió a la niña más alta por los hombros—. ¿En qué estabais pensando?

—Va vestida de fuego —dijo la niña.

—¿Qué?

La niña no había parado de mirar a la esperiliana.

—Quería verla.

—No corréis ningún peligro —se apresuró a añadir Rin—. Soy nikára. De Tikany. Natal de la Provincia del Gallo. Estoy aquí para protegeros.

Pero Rin ya sabía que no tenía que dar explicaciones. La mujer abrió mucho los ojos en señal de reconocimiento, y pareció percatarse por primera vez de que las llamas que iluminaban el claro no procedían de una antorcha, sino de la piel de esa joven.

La mujer habló en un susurro:

—Eres la esperiliana.

—Sí.

A la recién llegada le costó que le salieran las siguientes palabras.

—Entonces, ¿estás…? ¿Se han…?

—Sí —le confirmó Rin—. Se han ido.

—¿De verdad?

—Sí. Están todos muertos. Estáis a salvo.

Rin no vio ni rastro de regocijo en el rostro de esa mujer, tan solo una dura y abrumadora incredulidad. Al verla más de cerca, se dio cuenta de que no era tan mayor como había pensado en un principio. Estaba demacrada e increíblemente sucia, pero bajo una gruesa capa de suciedad se hallaba el rostro de alguien no mucho mayor que ella.

—¿Qué hacíais en el bosque? —le preguntó Rin.

—Nos escondíamos —dijo la mujer—. En cuanto nos enteramos de que se acercaban los mugeneses. He oído lo que les hacen a las mujeres nikaras. No iba a… Es decir, no quería…

—¿Son tus hermanas?

—No —le respondió—. Solo dos niñas que vivían en mi callejón. Intenté que me acompañaran más, pero no querían marcharse.

—Hiciste bien en irte —le dijo Rin—. ¿Cómo habéis sobrevivido todo este tiempo?

La mujer titubeó. Rin podía ver reflejado en sus ojos cómo intentaba pensar en una mentira. Existía una respuesta para ello, pero la mujer no estaba segura de si debía darla.

La niña más pequeña intervino.

—La señora de la cabaña.

El rostro de la mujer se tensó, lo que significaba que la niña había dicho la verdad.

—¿Qué señora? —le preguntó Rin.

—Nos protege —respondió la niña—. Sabe cosas. Nos dice cuándo escondernos, qué raíces podemos comer y dónde poner trampas para los pájaros. Nos ha dicho que siempre y cuando la obedezcamos, estaremos a salvo.

—Para eso lo que debería haber hecho es llevaros lejos de este lugar —sentenció Rin.

—No puede. No quiere marcharse de aquí.

La esperiliana tuvo la repentina y abrasadora sospecha de quién era esa señora.

—¿Y por qué no quiere marcharse? —le preguntó Rin.

—Calla —le dijo la mujer a la niña, pero esta siguió hablando.

—Porque dice que perdió a su hija en el palacio del rey del Dragón y que está esperando a que regrese.

A Rin le supo la boca a sangre. Le temblaron las rodillas.

«¿Qué está haciendo ella aquí?».

La mujer agarró con vacilación a Rin del codo.

—¿Te…? ¿Te encuentras bien?

—Está aquí —murmuró Rin. Las palabras le sabían a cobre, y las notaba pesadas en la lengua —. Llevadme hasta ella.

Tenía que ir. No le quedaba otra opción. Era una mosca atrapada en una red. Era un ratón hipnotizado que se arrastraba directamente hacia las fauces de la víbora. Ahora no podía marcharse, no hasta que supiera qué era lo que quería Su Daji.

8

Rin siguió a las chicas a lo largo del sinuoso camino hacia lo más profundo del bosque. La luz de la luna no se colaba por entre las frondosas ramas. Los árboles parecían plagados de amenazas que siseaban, zumbaban y observaban escondidas entre las sombras. Rin mantuvo prendida una pequeña llama sobre su mano a modo de farol, pero el follaje de los árboles era tan espeso que temía intensificar su fuego y acabar provocando un incendio.

Se obligó a ralentizar los latidos de su corazón. No era ninguna niñita asustada. No le temía a la oscuridad.

No obstante, no podía dejar de temer lo que encontraría allí dentro.

—Por aquí —le indicó la mujer.

Rin pasó agachada por debajo de un montón de hojas y se abrió camino por entre un matorral, encogiéndose a medida que las ramas llenas de espinas le arañaban las rodillas.

«¿Qué estoy haciendo?».

Si Kitay hubiese estado allí, la habría llamado idiota. Le habría sugerido que incendiase todo el bosque y le pusiera fin a aquello, que mandara a la Tríada a la mierda. En cambio, ella siguió enfilando hacia la guarida de Daji como si fuese una presa aturdida y en trance. Estaba cayendo justo en manos de la mujer que, durante la mayor parte del año anterior, no había escatimado esfuerzos a la hora de intentar torturarla, capturarla y manipularla.

Sin embargo, Daji no quería matarla. Ni en el pasado ni ahora. Eso era algo de lo que Rin estaba segura. Si la emperatriz la hubiese querido muerta, la habría asesinado ella misma en la base de los Acantilados Rojos. Le habría clavado un fragmento de metralla en las arterias y habría mirado, habría sonreído mientras Rin se desangraba a sus pies en la arena.

La esperiliana había sobrevivido a los Acantilados Rojos solo porque esa había sido la voluntad de Daji. La Víbora aún necesitaba algo de ella, y Rin debía al menos averiguar de qué se trataba.

—Estamos aquí —anunció la mujer.

Con cautela, Rin expandió su llama para iluminar el entorno. Se habían detenido frente a una diminuta cabaña fabricada con ramas de árboles, enredaderas y pieles de ciervos. En el interior no podrían caber más de dos personas.

La mujer gritó en dirección a la cabaña:

—Mi señora, ya hemos vuelto.

—Estoy oyendo los pasos de cuatro personas. —Una voz débil y temblorosa emergió desde el interior—. ¿Qué me habéis traído?

—Una visita —dijo Rin.

Se produjo una breve pausa.

—Entra tú sola.

Rin se puso de rodillas y se arrastró hasta el interior de la cabaña.

La antigua emperatriz de Nikan se hallaba sentada en mitad de la oscuridad. Ya no contaba con elegantes ropajes ni joyas. Apestaba y estaba sucia, envuelta en unas prendas hechas jirones y tan manchadas de tierra que Rin no era capaz de discernir su verdadero color. El cabello de Daji había perdido su lustre. De sus ojos había desaparecido ese tentador brillo. Parecía haber envejecido veinte años en cuestión de meses. Ese no era solo el precio de la guerra, no era solo el estrés por intentar sobrevivir mientras la nación se derrumbaba. Algo sobrenatural se había cebado con el rostro de Daji, le había arrebatado su belleza con una crueldad que iba más allá del efecto que pudieran tener el tiempo o las penurias sobre ella.

Por un momento, Rin se quedó contemplándola conmocionada, preguntándose si, al fin y al cabo, habría estado equivocada. No tenía delante a la Víbora, sino a una vieja bruja de los bosques.

Pero entonces, Daji fijó su ojo bueno en ella y sus labios cuarteados se curvaron hacia arriba, adoptando una sonrisa que era demasiado familiar para la joven.

—Sí que has tardado.

Rin sintió que la sangre se le subía a la cabeza y que le retumbaban los oídos. Volvió la mirada hacia la entrada de la cabaña. Las niñas esperaban en la puerta.

—Dejadnos —les ordenó la esperiliana.

Ellas no se movieron. Miraron a Daji, esperando a que ella diera la orden.

—Idos —les indicó la emperatriz—. Volved a la aldea. Corred.

Las niñas se dispersaron.

En cuanto se hubieron marchado, Rin sacó un cuchillo de su cinturón y clavó la punta en la blanda piel bajo la barbilla de Daji.

—Rompe el Sello.

La emperatriz se limitó a reírse, y su garganta blanca tembló bajo la punta de la hoja del cuchillo.

—No vas a matarme.

—Te juro por los dioses que…

—Ya lo habrías hecho. —Daji apartó el cuchillo con la mano igual que un gatito apartaría a una mosca—. Dejémonos de histrionismos. Me necesitas con vida.

Rin sostuvo el cuchillo con firmeza.

—Rompe el Sello.

De pronto, la joven pasó a verlo todo rojo. Tuvo que concentrarse para intentar que el cuchillo no se le resbalase de la mano, que no le lacerase la piel por accidente. Había pasado muchas horas fantaseando con lo que haría si volvía a tener a Daji a su merced. Si lograba obligar a la emperatriz a que retirara el bloqueo de su mente, entonces no tendría que volver a depender de Kitay. No tendría que volver a despertarse en mitad de la noche, con la boca seca a causa de las

pesadillas y con la cabeza llena de imágenes de la muerte de su amigo. No tendría que volver a ver nunca esas muestras de todo el dolor que Rin le infligía a Kitay (el semblante pálido como un fantasma, las marcas que se hacía en las palmas de las manos) cada vez que ella invocaba el fuego.

—Te está matando, ¿verdad? —Daji echó la cabeza hacia atrás, analizándola con una sonrisa perezosa y divertida—. ¿Él está sufriendo?

—Rompe el Sello. No volveré a pedírtelo.

—¿Qué pasa? ¿No pudo hacerlo la Sorqan Sira?

—Sabes bien que no —gruñó Rin—. Tú eres la que lo colocó ahí, es tu marca, y eres la única que puede retirarlo.

Daji se encogió de hombros.

—Qué lástima.

Rin le presionó más la hoja del cuchillo contra la piel. ¿Cuánta fuerza más tendría que ejercer para hacerle sangrar? Tal vez no debería estar apuntándole al cuello, así sería demasiado fácil acertar sin querer en una arteria, y entonces Daji se desangraría antes de poder hacer nada útil. La esperiliana movió la punta afilada y resplandeciente hacia la clavícula de la emperatriz.

—Quizás logre persuadirte si te dejo alguna marca. ¿Qué lado te gusta más?

Daji fingió bostezar.

—La tortura no te servirá de nada.

—No creas que no lo haré.

—Sé que no lo harás. No eres Altan.

—No me pongas a prueba, joder. —Rin lanzó una pequeña llamarada de fuego hacia el borde de la hoja, calentándola lo suficiente como para que quemara—. No pienso pasarme toda la vida siendo una bestia con correa.

Daji la contempló durante bastante rato. El brillante metal crepitaba contra su clavícula, dejándole unas marcas oscuras en la piel. Aun así, la emperatriz no se movió lo más mínimo. Por fin, levantó las manos en señal de súplica.

—No sé cómo hacerlo.

—Mientes.

—Querida niña, te juro que no puedo hacerlo.

—Pero… —Rin no pudo evitar que se le quebrara la voz—. ¿Por qué no?

—Ay, Runin. —Daji le dedicó una mirada de lástima—. ¿No crees que ya lo he intentado? ¿No crees que llevo intentándolo desde que naciste?

Conque no se estaba mofando de Rin. No había ni rastro de condescendencia en su voz. Era una confesión sincera… El dolor en sus palabras transmitía una vulnerabilidad genuina.

La esperiliana hubiese preferido que Daji se hubiera estado mofando de ella.

—Haría lo que fuera por romper el Sello —susurró Daji—. Llevo décadas intentándolo.

La emperatriz no se refería al Sello que le había puesto a Rin. Hablaba del suyo propio.

Rin bajó el cuchillo. Sus llamas se extinguieron.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque intentabas matarme, querida.

—No me refiero a mí, sino a lo que les hiciste a ellos.

—No quería hacerlo. Pero creí que iban a matarse el uno al otro. Y yo no quería morir. —Daji la miró a los ojos—. Seguro que puedes entenderlo.

Sí, Rin lo entendía.

No conocía la historia completa. Nadie más que Jiang y Daji la conocían, y ambos se la habían ocultado a Rin por motivos que la joven jamás conocería. Pero sí que sabía lo suficiente. Hacía mucho tiempo, Daji había maldecido a los otros dos miembros de la Tríada, el Emperador Dragón y el Guardián, con un Sello que los había dejado impedidos a todos. Y la Víbora no había sido capaz de retirarlo. Había bastado una pelea, una misteriosa pelea que había tenido lugar hacía dos décadas por motivos que nadie en el Imperio conocía, para que la Tríada acabase reducida a la nada. Y todo porque Daji no podía retirar el Sello.

«Uno morirá», había dicho la ketreyide, Tseveri, justo antes de que la Tríada le hubiera arrancado el corazón del pecho. «Otro gobernará y otro dormirá durante toda la eternidad».

Al final, Tseveri había conseguido vengarse.

Rin se apoyó sobre sus talones. De repente, toda esa lucha había abandonado su cuerpo. Debería haber estado enfadada. Quería estarlo, quería arrancarle la cabeza a Daji sin más en un arrebato de rabia. Pero lo único que podía sentir al mirar a esa criatura vieja y desesperada era una lástima amarga y desganada.

—Debería matarte. —La esperiliana dejó caer el cuchillo de su mano—. ¿Por qué no puedo hacerlo?

—Porque sigues necesitándome —dijo Daji en voz baja.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

—Para esperarte, por supuesto. —Daji alargó una mano y llevó dos dedos a la mejilla de Rin. La esperiliana no se movió. Ese gesto no era cruel ni condescendiente. Curiosamente, le transmitió cierto consuelo—. Lo que dije en Lusan iba en serio. Me gustaría que me dejaras ayudarte. Quedamos muy pocos como nosotros.

—Pero ¿cómo…?

—¿Cómo sabía que vendrías a Tikany? —Daji suspiró y sonrió—. Porque todos los esperilianos sois iguales. Os sentís unidos a vuestras raíces. Eso es lo que os define. Creías que podrías reinventarte por completo en Sinegard y acabar con la chica que eras antes. Pero no puedes evitar volver al lugar del que procedes. Los esperilianos sois así. Formáis parte de una tribu.

—Mi tribu está muerta —dijo Rin—. Esta no es mi tribu.

—Ah, pero sabes bien que eso no es verdad. —Daji retorció la boca para formar una sonrisa lastimera—. Ahora representas al sur. La Provincia del Gallo es parte de tu leyenda. Necesitas que así sea. No te queda nada más que esto.

—Es una locura —dijo Kitay.

—Bueno, no es que podamos meterla en ningún otro sitio —dijo Rin.

—¿Y por eso la vas a meter aquí? —Kitay movió las manos hacia arriba, señalando exageradamente por todo el despacho del general—. ¡Nosotros dormimos aquí!

—Ella dormirá en otra habitación…

—Sabes que no es eso a lo que me refiero. ¿Se lo vas a contar a Souji? ¿O a Zhuden?

—Obviamente no, y tú tampoco deberías…

—¿Él es tu ancla? —preguntó Daji desde el umbral de la puerta. Fijó la mirada en Kitay,

comiéndoselo con los ojos como si fuera una presa particularmente jugosa—. ¿Te estás acostando con él?

Kitay se sobresaltó. Rin se quedó mirando a Daji, demasiado aturdida por un momento como para responderle.

—Que si… ¿Qué?

—Deberíais probar a hacerlo alguna vez. El vínculo lo convierte en algo muy especial. —Daji dio un paso adelante, con los labios curvados hacia arriba mientras seguía examinando a Kitay—. Ah, me acuerdo de ti. De la academia. El estudiante de Irjah. Eres ese chico listo.

Kitay llevó la mano hacia su cinturón, donde tenía el cuchillo.

—Da un paso más y te mato.

—No es nuestra enemiga —intervino Rin—. Lo que quiere es ayudarnos…

Kitay dejó escapar una carcajada.

—¿Te has vuelto loca?

—No nos hará daño. Si hubiera querido hacerlo, lo habría hecho en los Acantilados Rojos. El equilibrio de poder ha cambiado, no tiene motivos para…

—Esa zorra —dijo Kitay, despacio— es la razón de que mi padre esté muerto.

Rin se quedó sin habla.

—Lo siento mucho —dijo Daji. Y, extrañamente, sí que parecía sentirlo. Su mirada era solemne, y la sonrisa burlona había desaparecido de sus labios—. El ministro Chen era un siervo fiel. Ojalá la guerra no se lo hubiera llevado.

Kitay parecía haberse quedado atónito ante el hecho de que la emperatriz se hubiese atrevido siquiera a hablar de su padre.

—Eres un monstruo.

—Pasé tres años viviendo con los ketreyides y sé muchísimo más del Panteón que ninguno de vosotros dos —declaró Daji—. Soy la única que ha luchado alguna vez contra los hesperianos. O contra Yin Vaisra, ya que estamos. Me necesitáis si queréis tener posibilidades de sobrevivir a lo que está al caer, así que será mejor que dejes de proferir amenazas, niño. ¿Es esta la mejor inteligencia con la que contáis?

Daji se giró en redondo hacia el escritorio de Kitay y comenzó a toquetear sus mapas cuidadosamente marcados. El joven corrió a detenerla, pero Rin le cortó el paso.

—Solo escúchala —masculló la esperiliana.

—¿Que la escuche? ¡Lo mejor que podemos hacer es cortarle la cabeza!

—Solo escucha —insistió Rin—. Y si no hace más que soltar patrañas, les contaremos a los aldeanos quién es y dejaremos que ellos mismos impartan justicia. Tú mismo podrás darle el primer golpe.

—Prefiero dárselo ahora.

Daji levantó la mirada de la mesa.

—Perderías.

—¿Te ha preguntado alguien a ti? —le espetó Kitay.

Daji tamborileó con los dedos sobre los mapas.

—Es tan obvio cómo va a desarrollarse todo esto… Tal vez hayáis vencido a los mugeneses. Pero todavía no habéis terminado con esta campaña. Tenéis que darles caza en el sur para evitar que se reagrupen. Ahora contáis con ventaja. Si entrenáis bien a ese pequeño ejército de

campesinos, podríais ganar. Sin embargo, en cuanto la República llegue al sur, Vaisra os hará picadillo.

El tono de Daji había ido cambiando drásticamente a medida que hablaba. Ese temblor débil y propio de una abuela había desaparecido y su tono había pasado a ser más grave. Sus palabras sonaron claras, certeras y seguras. Hablaba como lo había hecho en el pasado. Sonaba igual que un gobernante.

—Nos ha estado yendo bastante bien a nosotros solos —dijo Kitay.

Daji resopló.

—Apenas habéis logrado sobrevivir en un solo frente. No liberasteis Tikany, sino que ocupasteis un cementerio. Y no tenéis ninguna clase de defensa contra la República. ¿Acaso creéis que se han olvidado de vosotros? Una vez que os deshagáis de la Federación por ellos, os atacarán con fuerza y premura, y no sabréis ni por dónde llegará el golpe.

—Nuestro ejército está formado por miles de soldados fuertes, y no deja de aumentar —dijo Kitay.

—¿No se supone que tú eres el inteligente? Para hacer frente a los dirigibles y los arcabuces, necesitaríais al menos quintuplicar vuestros hombres —Daji arqueó una ceja—. O chamanes.

Kitay puso los ojos en blanco.

—Ya contamos con una chamana.

—La pequeña Runin es una única soldado con un rango de alcance limitado en el campo de batalla y una vulnerabilidad más que obvia. —Daji hizo un gesto desdeñoso con la mano en dirección a Kitay—. Y tú no puedes estar escondiéndote durante cada batalla, querido. A no ser que Rin desate una catástrofe de la misma escala que la que produjo en la Federación, no sois rivales para Yin Vaisra y su ejército.

—He enterrado a un dios —declaró Rin—. Puedo encargarme de unos dirigibles.

Daji rio.

—Te aseguro que no es así. Jamás has visto a una flota entera de dirigibles en acción. Yo sí. Sus naves de combate son ligeras y tan ágiles como un pájaro. Esos objetos podrían ser considerados dioses en sí mismos. Tal vez puedas invocar el fuego, pero ellos te enterrarán bajo sus misiles. —Dio un golpe seco con las palmas de las manos contra los mapas—. Os superan exageradamente en número, sois más débiles y tenéis que ponerle remedio a eso ahora mismo.

Rin pudo ver cómo la expresión de Kitay pasaba de indignada a curiosa. El joven comprendía la lógica de Daji. Por muy enfadado que estuviera, era demasiado listo como para negar la verdad cuando la tenía delante. Y acababa de darse cuenta, igual que Rin, de que, por desgracia, la Víbora tenía razón.

La cuestión era qué iban a hacer al respecto.

Rin conocía la respuesta. Vio cómo Daji la observaba expectante, esperando a que pronunciara en voz alta la conclusión.

—Necesitamos más chamanes —dijo la esperiliana.

—Correcto, querida. Necesitáis todo un ejército de ellos.

Aquella afirmación fue tan absurda que, por un momento, Rin y Kitay solo pudieron observarla boquiabiertos. No obstante, al mismo tiempo que a Kitay se le ocurrían un montón de objeciones (y Rin sabía que era así por el gesto que estaba poniendo el joven), la esperiliana intentaba imaginarse un mundo donde todo eso pudiera funcionar.

—Eso era lo que quería Altan —murmuró Rin—. Él siempre quiso liberar a todos los que estaban en la Chuluu Korikh. Quería un ejército de trastornados…

—Altan era un idiota —dijo Daji con desdén—. No puedes traer de vuelta a alguien que ha estado dentro de la montaña de piedra. Sus mentes están demasiado dañadas.

—Entonces, ¿cómo…?

—Vamos, Runin. Es fácil. Simplemente tienes que formar a nuevos chamanes.

—Pero no tenemos tiempo para eso —dijo Rin sin demasiada convicción, porque esa, de entre todas las objeciones que se le ocurrían, era la más sencilla de explicar.

Daji se encogió de hombros.

—¿Y cuánto tiempo necesitáis?

—Esta conversación no puede ser de verdad —dijo Kitay con impotencia mirando hacia la pared—. Esto no puede estar pasando.

—Yo tardé años en ser capaz de asimilar la existencia del Panteón —dijo Rin—. Y apenas nos quedan unas semanas. No podemos…

—Habrías tardado solo unas semanas si Jiang no hubiera estado tan decidido a sacar al Fénix de tu mente —declaró Daji—. Y parte de tu problema era acabar con las nociones preconcebidas que tenías del mundo. Tu mente no dejaba cabida a la posibilidad de que existiera el chamanismo. Pero esas conjeturas ya han quedado atrás. Ahora los nikaras son conscientes de que este es un mundo en el que los dioses caminan entre los hombres. Te han visto arder. Ya son verdaderos creyentes. —Daji alargó un dedo delgado y pálido para darle un golpecito a Rin en el frente—. Y lo único que tienes que hacer es proporcionarles acceso.

—Quieres que formemos a un ejército de personas como yo. —Rin sabía que parecía tonta al decir eso, al repetir una conclusión que ya había quedado bastante clara, pero tenía que expresarlo en voz alta para poder asimilarlo.

La esperiliana comprendía la incredulidad de Kitay. Esa solución era terrible. Era tan inhumana, tan atrozmente irresponsable que, en todos esos meses que llevaba huyendo de los hesperianos, nunca la había considerado seriamente. Claro que se le había pasado por la cabeza, pero siempre la había desechado en cuestión de segundos porque…

¿Por qué?

¿Porque era peligroso? Todas las opciones que tenían sobre la mesa lo eran. Las compuertas ya estaban abiertas. Todo el país se hallaba sumido en una guerra abierta entre tres facciones, y una de ellas dominaba los cielos y poseía el poder para reducir el terreno a cenizas en cuestión de segundos. Y si Rin no se apresuraba a corregir ese desequilibrio de poderes de algún modo, quizás fuera mejor que se entregara a Nezha dentro de un ataúd.

¿Porque era una idea monstruosa? Pero estaban en plena guerra, por lo que cualquier decisión que tomaran lo sería, y la única pregunta que podían hacerse ahora era qué opción era la que los mantendría con vida.

—Es muy simple, niños —dijo Daji—. Volved a traer la religión a este país. Mostradles a los hesperianos la verdad sobre los dioses.

La emperatriz ya no se estaba dirigiendo a Kitay. Era como si el joven ni siquiera estuviese en la estancia. Ninguna de las dos había hecho alusión a las objeciones del chico. Daji le hablaba directamente a Rin, de una chamana a otra.

—¿Sabes cuál es tu problema? —añadió la emperatriz—. Has librado toda esta guerra desde

una posición defensiva. Sigues pensando como una persona a la fuga. Pero ha llegado la hora de que comiences a pensar como una gobernante.

—No te lo estarás planteando en serio —le dijo Kitay.

Daji se había ido, desterrada a una habitación en un rincón del complejo, donde se hallaba custodiada por una camarilla de guardias. Esa precaución era meramente un farol. A Rin no le cabía ninguna duda de que la emperatriz podría vencer a todo un escuadrón si quería. No obstante, los guardias estaban equipados con cuernos de llamada. Si sucedía algo, al menos podrían dar la alarma.

La esperiliana había permanecido en su despacho con Kitay. Se sentía mareada, desbordada por un montón de posibilidades que ni siquiera se había planteado antes. Pasaron varios minutos en silencio. Kitay se había sumido en una especie de aturdimiento cargado de furia que lo había dejado sin habla. Rin lo contemplaba con cautela, con temor de que fuese a explotar.

—¿No piensas ni considerarlo? —le preguntó la joven.

—Debes de estar de broma —replicó él.

—Puede que Daji esté en lo cierto. Podría equilibrar la balanza…

—¿Estás de coña? ¿De verdad, Rin? Te está manipulando. Eso es lo que hace. Y ya te tiene comiendo directamente de su mano.

Rin suponía que eso era una posibilidad. Daji podría estar intentando orquestar su caída, y ese podría ser el modo más sádico de hacerlo. Pero la esperiliana había visto el gesto que había puesto la Víbora cuando había hablado sobre los hesperianos. Había visto un destello de esa joven que no había sido mucho mayor de lo que era Rin ahora, de la chica que había albergado más poder del que había podido controlar, de la chica que acababa de recuperar a su país y a la que le aterrorizaba que volvieran a arrebatárselo.

—Las circunstancias han cambiado —dijo Rin—. Ya no es la emperatriz. Nos necesita tanto como nosotros a ella.

Kitay cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creo que te ha hechizado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que la emperatriz ejerce un extraño efecto sobre ti… No, Rin, no lo niegues. Sabes que es verdad. No te comportas de forma racional cuando la tienes cerca. Nunca lo haces. Siempre reaccionas de forma exagerada, haces lo contrario a lo que dicta la prudencia…

—¿Qué? No, yo…

—¿Y qué me dices de lo de Lusan? ¿Y de lo de los Acantilados Rojos? Ya has tenido dos oportunidades de matarla y no lo has hecho. ¿Por qué, Rin?

—¡Lo habría hecho! Pero pudo conmigo…

—¿Seguro? ¿No será que se lo permitiste? —Kitay había pasado a adoptar un tono furioso y peligrosamente bajo. Eso era algo que Rin detestaba. Hubiera preferido que le gritara—. La Víbora provoca que actúes sin sentido, y no sé si se debe a que sigue hipnotizándote o si se trata de otra cosa, pero tienes que aclarar tus ideas. Estás pensando exactamente lo que Daji quiere que pienses. Te ha seducido, y sé que no eres tan tonta como para no darte cuenta.

Rin pestañeó. ¿Tenía razón Kitay? ¿Habría volcado Daji veneno en su mente? ¿La estaría

hipnotizando a través del Sello?

La joven permaneció en silencio durante un momento, intentando pensar en todo ello con calma, de forma objetiva. Sí, si era sincera consigo misma, Daji ejercía un extraño y desmesurado efecto en su interior. Cuando estaba cerca de la Víbora, le costaba respirar, le temblaban las extremidades, sus llamas ardían con más intensidad y se estremecía por el deseo de estrangular a la emperatriz, de matarla o…

O de ser ella.

De eso se trataba. Rin quería lo que tenía Daji. Quería esa confianza natural, esa autoridad sosegada. Quería su poder.

—No puedes negar que Daji tiene razonen una cosa —dijo Rin—. El frente sureño es una distracción. Nuestro mayor problema ahora mismo es cómo vamos a lidiar con Nezha.

Kitay soltó un suspiro.

—¿Creando un ejército de personas como tú?

—¿Tan malo es eso? —A Rin le costaba cada vez más encontrar una buena objeción. Daji le había presentado esa idea como si fuese una gema resplandeciente, y ahora ella no podía dejar de darle vueltas en su mente, considerando todas las posibilidades.

«Imagínate un ejército de chamanes», susurró una voz queda en su mente. La voz de Altan. «Imagínate el alcance de ese poder. Imagínate recuperar a los Cike. Imagínate tener una segunda oportunidad».

—Al menos, deberíamos hablarlo —prosiguió la joven.

—No —le espetó Kitay con firmeza—. Vamos a descartar esa opción, ahora y para siempre.

—Pero ¿por qué…?

—Porque no le puedes hacer eso a alguien —estalló su amigo—. Ignoremos por un momento las posibilidades realistas de que se produzca un apocalipsis mundial, algo que, por cierto, me sorprende que no hayas considerado. Sabes bien cómo afecta eso a la mente de una persona. No es algo a lo que puedas someter a alguien.

—Creo que a mí me ha ido bien.

—Nadie utilizaría la palabra «bien» para describir tu estado.

—Soy una persona funcional —respondió Rin—, y eso es todo lo que hace falta.

—Lo eres a duras penas —replicó Kitay en el tono más cruel posible—. Y tienes formación. Pero Jiang ya no está, y la Sorqan Sira ha muerto. Si sometes a alguien a esto, será una condena de muerte.

—Los Cike pudieron superarlo —señaló Rin.

—¿Y estás dispuesta a someter a alguien al destino de los Cike?

La joven se sobresaltó. Para los Cike solo habían existido dos destinos posibles: la muerte o la Chuluu Korikh. Rin había oído esa advertencia en repetidas ocasiones desde el momento en el que se había unido a los Niños Insólitos, y había presenciado cómo se cumplía ese destino, de forma inevitable y brutal, una y otra vez. Había visto a Altan siendo devorado por las llamas. Había visto a Baji atravesado por balas. Había visto a Suni y a Feylen atrapados en sus propias mentes por culpa de demonios a los que no habían podido exorcizar. La propia Rin había estado a punto de sucumbir a ese destino.

¿Podía someter a otra persona a eso?

Sí. Si era su única esperanza contra una flota de dirigibles, sin duda lo haría. Por el futuro del

sur de Nikan, por su supervivencia… Sí, lo haría.

—Ya se ha hecho en el pasado —dijo Rin.

—Pero no lo hemos hecho nosotros. Nunca hemos sido nosotros. No podemos hacerle eso a nadie. —A Kitay le tembló la voz—. No pienso ser cómplice de ello.

Rin tuvo que reírse.

—¿Esa es la línea roja que no piensas cruzar? Venga ya, Kitay.

—No entiendes lo que se siente. Fíjate en lo que le ha pasado a Nezha. Lo obligaste a invocar a su dios y…

—Yo nunca lo he obligado a hacer una mierda —estalló la joven.

—No te engañes a ti misma. Le presionaste cuando sabías que para él era una tortura. Y mira lo que has conseguido con ello, una cicatriz en tu espalda del tamaño del monte Tianshan.

Rin retrocedió, dolida.

—Que te den.

Ese había sido un golpe bajo. Kitay era consciente de ello, sabía exactamente cómo podía hacerle daño y, aun así, había decidido apuñalarla y retorcer el cuchillo.

El joven no se disculpó. Por el contrario, elevó la voz.

—Si dejaras a un lado tus desenfrenados deseos de conquista durante un puñetero segundo, si dejaras de caer rendida ante la mera presencia de la Víbora, te darías cuenta de que esa es una de las peores cosas que le puedes hacer a alguien.

—¿Qué coño sabrás tú?

—¿Crees que no lo sé? —Kitay abrió mucho los ojos, incrédulo—. Rin, estuve en Golyn Niis, y que el Fénix se abra paso por mi mente sigue siendo la tortura más cruel que he sentido en mi vida.

Eso hizo callar a Rin.

La joven quiso golpearse a sí misma por haber olvidado que solo podía invocar el fuego porque su amigo se lo permitía, porque cada día Kitay dejaba que un dios despiadado se abriera paso hacia el mundo material clavándole las garras en la mente. El chico lo había soportado todo en silencio porque no había querido preocuparla. Lo había soportado tan bien que Rin se había olvidado de ello por completo.

—Lo siento —le dijo a Kitay, y alargó una mano para tocarle el hombro—. Lo siento, no pensaba que…

—No, Rin. —El chico le apartó la mano con brusquedad. No iba a apaciguarlo así. Él había dicho todo lo que tenía que decir. No iban a salir de esa encrucijada, al menos de momento—. Nunca piensas.

Rin dio un paseo sola por Tikany. Kitay se había marchado hecho una furia hacia algún lugar del complejo, y ella no se había molestado en ir tras él.

Ya se habían peleado de esa forma en otras ocasiones. No lo hacían de forma tan frecuente desde la batalla en los Acantilados Rojos, pero cada par de semanas surgía la misma discusión entre ambos, un abismo que no podían salvar. Siempre acababa todo en el mismo punto muerto, aunque de cien formas distintas. Kitay la consideraba insensible. O, como había dicho una vez: «Asombrosamente descuidada con la vida humana». Y ella lo consideraba débil, demasiado

dubitativo como para actuar con determinación. Rin siempre había estado convencida de que Kitay no comprendía del todo lo que estaba en juego, de que se aferraba a una extraña y pacifista esperanza de que hubiera diplomacia. Sin embargo, de algún modo, sus peleas siempre acababan haciendo que Rin se sintiese culpable y extrañamente avergonzada, como una niña que se hubiera portado mal en clase.

«A la mierda todo esto», pensó la joven. Iba a olvidarse de Kitay. De sus lecciones de moralidad. Tenía que recordarse a sí misma lo que estaba en juego.

Sus tropas habían montado un comedor público en la plaza de la aldea. Los soldados repartían cuencos de gachas de arroz y ñame al vapor entre las largas colas de civiles que aguardaban. Los ayudantes de campo se paseaban por allí recordándoles que no comieran demasiado rápido. Si les comenzaba a doler el estómago, debían detenerse de inmediato. Tras largos periodos de hambruna, la perforación del estómago por comer en exceso podía resultar fatal.

Rin se coló en la fila y tomó dos cuencos hasta arriba de ñame, sosteniendo uno con agilidad en el pliegue del codo derecho.

El complejo de tiendas de campaña en el distrito sur de Tikany no podía considerarse una enfermería en condiciones. Era más bien un centro de triaje de emergencia, montado entre las ruinas de lo que antes era el ayuntamiento. Las esterillas de bambú cubiertas con telas habían sido dispuestas en unas hileras ordenadas en el exterior de la sala de operaciones, de donde entraban y salían unos asistentes con aspecto agobiado que cargaban con antisépticos y analgésicos para los campesinos cuyas heridas llevaban meses supurando.

Rin se acercó al médico que tenía más cerca y le preguntó por el niño que habían encontrado con vida en los campos de exterminio.

—Está allí, en ese rincón —le dijo—. A ver si logra que coma. No ha tocado nada.

El chico tenía el torso envuelto en vendajes, y parecía tan pálido y demacrado como cuando lo habían encontrado en la fosa común. Sin embargo, ahora estaba sentado, alerta y consciente.

Rin se sentó junto a él en la tierra.

—Hola.

El chico parpadeó como una lechuza en su dirección.

—Soy Runin —le soltó la joven de golpe—. Rin. Te saqué de la fosa.

La voz del chico era un jadeo ronco.

—Sé quién eres.

—¿Y cómo te llamas? —le preguntó Rin en voz baja.

—Zhen —comenzó a decirle él antes de empezar a toser. Se llevó una mano contra el pecho y se encogió—. Zhen Dulin.

—Parece que has tenido suerte, Dulin.

Dulin resopló al oír eso.

Rin dejó un cuenco en el suelo y le tendió el otro.

—¿Tienes hambre?

El chico negó con la cabeza.

—Si te mueres de hambre, entonces estarás dejando que sean ellos quienes ganen.

Dulin se encogió de hombros.

Rin lo intentó de otro modo.

—Tengo sal.

—Venga ya —dijo Dulin.

La esperiliana no pudo evitar sonreír. Nadie al sur de la Provincia del Mono había probado la sal desde hacía meses. Durante los tiempos de paz, era fácil dar por sentado el acceso a un condimento tan común, pero, después de pasarse meses comiendo verduras sosas, la sal pasaba a convertirse en algo tan valioso como el oro.

—No miento. —Rin agitó el cuenco debajo de la nariz del chico—. Pruébalo.

Dulin vaciló y luego asintió. Rin dejó el cuenco con cautela entre sus manos temblorosas.

El chico se llevó una cucharada de ñame hervido a la boca y mordisqueó la punta de la raíz. Luego, abrió mucho los ojos y dejó a un lado la cuchara, engullendo el resto del cuenco como si Rin fuese a arrebatárselo en cualquier momento.

—Come despacio —le advirtió la joven—. Hay mucho más. No sigas comiendo si te empieza a doler el estómago.

Dulin no volvió a hablar hasta que casi se hubo terminado el cuenco. Se detuvo y respiró profundamente, cerrando los párpados.

—Había olvidado a qué sabía la sal.

—Yo también.

—¿Sabes lo desesperados que estábamos? —Dulin bajó el cuenco—. Raspábamos la cal que se formaba sobre las lápidas y la hervíamos porque el sabor era similar. La sacábamos de las tumbas. —Le temblaron las manos—. De la tumba de mi padre.

—No pienses en eso —le dijo Rin en voz baja—. Limítate a disfrutarlo.

La esperiliana lo dejó comer en silencio durante un rato. Al fin, el chico depositó su cuenco vacío en el suelo y suspiró, llevándose ambas manos al estómago. Luego, se giró para mirar a Rin a la cara.

—¿Para qué has venido?

—Quería que me contases qué fue lo que sucedió —le explicó ella.

El chico pareció encogerse.

—¿Te refieres a…?

—Sí, por favor. Si te acuerdas de algo. De todo lo posible.

—¿Por qué?

—Porque tengo que escucharlo.

Dulin guardó silencio durante un rato, con la mirada clavada en la lejanía.

—Creía que me había muerto —dijo al fin—. Cuando me pegaron, me dolió tanto que lo vi todo negro, y creí que esa era mi muerte. Recuerdo que me alegré de que por fin se hubiera acabado todo. No tenía que seguir asustado. Pero entonces…

El chico se derrumbó. Le empezó a temblar todo el cuerpo.

—Podemos dejarlo —dijo Rin, de pronto avergonzada—. Lo siento. No debería habértelo pedido.

Pero Dulin negó con la cabeza y continuó:

—Entonces, me desperté en el campo, vi cómo brillaba el sol y me di cuenta de que había sobrevivido. Pero estaban apilando cadáveres encima de mí y no quise que descubriesen que seguía vivo. Por eso me quedé quieto. Siguieron apilando cuerpos uno tras otro, hasta que casi no pude respirar. Y luego comenzaron a echar tierra encima.

Rin sintió una punzada de dolor en la palma de la mano y se percató de que se había estado clavando las uñas en la piel. Se obligó a relajarse antes de llegar a hacerse sangre.

—¿No llegaron a verte? —le preguntó la joven.

—No se fijaron en nada. No fueron minuciosos. Les daba igual. Solo querían acabar con ello.

Cómo no, lo que aquello implicaba, lo que Dulin no había dicho en voz alta, era que tal vez él no había sido el único que había seguido con vida. Era más que probable que hubiera habido otras víctimas, heridas pero no muertas, a las que habían enviado a la tumba antes de tiempo y que habrían acabado asfixiadas por la tierra y el peso del resto de los cadáveres.

Rin espiró despacio.

En algún lugar en el fondo de su mente, Altan estaba satisfecho. Esa era su respuesta. Aquello justificaba todo lo que Rin había hecho. Ese era el enemigo al que se enfrentaban.

Kitay podía mencionar la ética todo lo que quisiera. A ella le daba igual. Necesitaba venganza. Y quería disponer de su propio ejército.

A Dulin comenzaron a temblarle los hombros. Estaba sollozando.

Rin alargó la mano y le palmeó la espalda con torpeza.

—Eh, no pasa nada… Todo va bien.

—No, no va bien. Yo no debería ser el único superviviente, debería estar muerto…

—No digas eso.

Al chico se le retorció el rostro.

—No debería haber sido yo.

—Yo antes también me odiaba a mí misma por seguir con vida —le confesó Rin—. No creía que fuera justo que hubiera sobrevivido cuando otros habían muerto en mi lugar.

—No es justo —susurró Dulin—. Debería estar bajo tierra con ellos.

—Y habrá días en los que desees estarlo. —Rin no comprendía por qué necesitaba con tanta urgencia consolar a ese chico, a ese desconocido. Solo sabía que, meses atrás, le hubiera gustado que alguien hubiera hecho lo mismo por ella—. Esa sensación no desaparece. Nunca lo hará. Pero, cuando duela, permítete sentirlo. Estar vivo es mucho más duro. Eso no significa que no merezcas vivir. Significa que eres valiente.

Esa noche la vida regresó a Tikany.

Rin se había retirado temprano a sus dependencias con la intención de caer rendida nada más tocar el colchón. Pero entonces, llamaron a su puerta, y al abrir no se encontró a un centinela o a un mensajero, como hubiera sido de esperar, sino a un montón de mujeres con la mirada clavada en el suelo con timidez que no paraban de propinarse codazos unas a otras para ver quién hablaba primero.

—¿De qué va esto? —preguntó Rin con cautela.

—Acompáñanos —dijo la mujer que estaba delante.

Ella pestañeó, confundida.

—¿Adónde?

La mujer esbozó una sonrisa.

—A bailar.

Entonces, la esperiliana recordó que, a pesar de todo lo sucedido, ese día se había producido

una liberación, y eso era algo digno de celebrarse.

Así que las siguió hasta el centro de la aldea, donde se hallaba congregada una multitud de cientos de personas que sostenían antorchas de bambú y farolillos bajo la luz de la luna. Los tambores no dejaban de sonar, acompañados de cadenciosas melodías de flauta que parecían proceder de todas partes. A su vez, los petardos sonaban a cada pocos segundos como para enfatizar el sonido de la música.

Los bailarines daban vueltas por el centro de la plaza. Había decenas de ellos, sobre todo chicas jóvenes que se movían sin seguir ninguna coreografía ni ningún orden. No habían ensayado nada de eso. Era imposible que hubiera sido así. Cada bailarín se movía siguiendo su memoria, uniendo partes de bailes de otros tiempos, moviéndose impulsados por la pura felicidad de estar vivos y ser libres.

Debería haber sido un verdadero desastre. No obstante, era lo más hermoso que Rin había visto nunca.

Las mujeres la animaron a sumarse al baile, pero la joven se negó, ya que prefería sentarse sobre un barril volcado y observarlo todo. Cuando había vivido allí, jamás había participado en los bailes. Eran para las chicas ricas y alegres, para aquellas cuyos matrimonios eran eventos que merecían ser celebrados y no temidos. No eran para huérfanas de guerra. Lo único que Rin había hecho siempre había sido observar. Ahora deseaba desesperadamente unirse a él, pero le atemorizaba no saber cómo moverse.

El ritmo de los tambores se aceleró. Los bailarines se convirtieron en una visión hipnótica de tobillos y brazos que se movían cada vez más rápido hasta parecer un borrón bajo la luz del fuego, a un ritmo que parecía acompasado con el pulso de Rin. La joven pestañeó y, por un momento, vio una danza distinta, escuchó otra canción. Vio cuerpos morenos que bailaban alrededor de la hoguera, que cantaban unas palabras que Rin había oído hacía mucho tiempo en un idioma que no sabía hablar, pero que casi era capaz de recordar.

Había estado teniendo esa visión desde la primera vez que se había encontrado con el Fénix. Sabía que esa escena acababa en muerte.

Sin embargo, esta vez los cuerpos en movimiento no se transformaron en esqueletos, sino que siguieron vivos con furia y determinación. «Aquí estamos», le decían. «Mira cómo prosperamos. Hemos huido del pasado y el futuro es nuestro».

—Hola.

Rin pestañeó y la visión se esfumó. Souji se encontraba de pie delante de ella, sosteniendo dos tazas de vino de mijo. Le tendió una.

—¿Te importa si me siento contigo?

Rin se movió para hacerle un hueco. Brindaron entrechocando sus tazas y bebieron. La joven saboreó el vino de mijo con la lengua para disfrutar de ese regusto embriagador y ácido.

—Me sorprende que no te hayas perdido ya en un callejón con alguna de ellas. —Rin señaló con la cabeza hacia las bailarinas. Las mujeres parecían sentirse atraídas por Souji igual que las polillas hacia el fuego. Rin lo había visto desaparecer en su tienda de campaña con al menos ocho compañeras distintas desde que habían salido de Ruijin.

—Sigo intentando decantarme por una —dijo Souji—. ¿Dónde está tu media naranja?

—No lo sé. —Rin había estado buscando a Kitay entre la multitud desde que había llegado, pero no había dado con él—. Puede que ya esté dormido.

No le contó a Souji que se habían peleado. Kitay y ella eran dos contra el mundo. Nadie más debía estar al tanto sobré sus desavenencias.

—Pues él se lo pierde. —Souji se echó hacia atrás, observando a las bailarinas con una expresión divertida y con los ojos entornados. Rin se percató de que estaba bastante borracho. Sus movimientos eran lentos y descuidados, y cada vez que hablaba emanaba un hedor agrio—. Esto es todo, princesa. No puede ir mejor. Disfrútalo mientras dure.

Rin contempló la hoguera e intentó seguir el consejo de Souji, perderse a sí misma en la música, en las risas y en los tambores. Pero una oscuridad inquietante anidaba en la boca de su estómago. Un pétreo nudo de miedo que no se disiparía por mucho que ella sonriera.

Nada de eso le aportaba ninguna alegría.

¿Era eso lo que se sentía tras una liberación? No podía ser. La libertad debía dar sensación de seguridad. Rin debería sentirse como si nadie pudiera volver a hacerle daño nunca más.

No, era algo más que eso.

Rin quería volver al pasado. No recordaba ni un momento en los últimos dos años en el que se hubiera sentido a salvo al cerrar los ojos. Intentó rebuscar en su memoria, y la última vez que recordaba que se había sentido así había sido en la academia, cuando el mundo parecía estar lleno de libros y exámenes, cuando la guerra era un juego que simulaba algo que nunca podría suceder.

Y la esperiliana sabía que jamás podría recuperar eso.

Pero podía vivir algo parecido. Estar a salvo. Sentirse segura. Y para ello era necesaria una victoria absoluta.

Daba igual si quería luchar o no. La República la arrastraría a la guerra, le daría caza hasta que una de las dos desapareciera. Y la única forma de estar a salvo era dando el primer golpe.

«Tu vida no te pertenece», le había dicho Vaisra una vez para luego desarrollar esa idea en varias ocasiones a lo largo de las semanas posteriores. Una persona no tenía derecho a ser feliz cuando ostentaba tanto poder.

«Cuando oigas gritos, corre hacia ellos». Esas habían sido sus palabras exactas. Solo había estado intentando manipularla, y Rin era consciente de eso ahora. Aun así, esas palabras parecían ser ciertas.

Pero ¿de dónde procedían ahora los gritos?

—¿Qué sucede? —le preguntó Souji.

Rin parpadeó y se enderezó.

—¿Mmm?

—Por tu cara, parece que alguien se haya cagado en las tumbas de tus ancestros.

—No sé, es solo que… —A Rin le costaba explicar el malestar que sentía—. Esto no parece estar bien.

Souji resopló.

—¿El qué? ¿El baile o la música? No sabía que fueses tan tiquismiquis.

—Son felices. Todos están demasiado felices. —Las palabras le salían cada vez con más facilidad, motivadas por el vino de mijo que le ardía en el estómago—. Bailan porque no saben qué es lo que les espera. No son capaces de ver que el mundo está a punto de acabar, porque este no es el final de una guerra, sino el comienzo, y…

Souji apoyó una mano sobre la de ella. Rin bajó la mirada, sobresaltada. La palma del joven era áspera y estaba llena de callos, pero era cálida. La sensación era sorprendentemente agradable.

La esperiliana no apartó la suya.

—Aprende a relajarte, princesa. —Souji le acarició el dorso de la mano con el pulgar—. En esta vida que has escogido, no tendrás muchos momentos como este. Pero son este tipo de noches las que te mantienen con vida. Lo único en lo que piensas es contra quién te vas a enfrentar. Pero todo esto… —Señaló con su taza hacia los bailarines—. Esto es por lo que estás luchando.

Varias horas más tarde, Souji estaba tan borracho que Rin no confiaba en que fuera capaz de encontrar el complejo por sí mismo. Caminaron juntos en silencio por el camino pedregoso, con el brazo de Souji colgando pesadamente alrededor de los hombros de Rin. A mitad de la subida de la colina, el chico se tropezó con una piedra y se tambaleó hacia delante, rodeando a la joven por la cintura para conseguir equilibrarse.

La táctica era bastante evidente. Rin puso los ojos en blanco y se zafó de su agarre. Souji intentó tocarle los pechos, pero ella lo apartó de un manotazo.

—No intentes esas gilipolleces conmigo o te quemaré las pelotas. No es la primera vez que lo hago.

—Venga ya, princesa —le dijo Souji. Y le envolvió de nuevo los hombros con el brazo, acercándola más a él. Su piel irradiaba un intenso calor.

A su pesar, Rin acabó atraída hacia esa calidez.

—Aquí no hay nadie. —Los labios de Souji le acariciaban la oreja—. ¿Por qué no nos divertimos?

Lo más bochornoso era que Rin sí que sentía algo de interés, un revoloteo débil y desconocido para ella en la boca del estómago. Lo ignoró. «No seas idiota».

Souji no la quería a ella. Era el último hombre del mundo que podría encontrarla atractiva. El joven ya tenía a un montón de candidatas más que dispuestas en el campamento, probablemente todas más guapas y más fáciles de tratar por la mañana que Rin.

Aquello no tenía que ver con la lujuria, sino con el poder. Con la posesión. Souji quería dominar a la esperiliana solo para poder alardear de haberlo hecho.

Y Rin debía admitir que se sentía tentada. Souji era innegablemente guapo y tenía mucha experiencia. Él sabría qué hacer con sus cuerpos, aunque ella no tuviese ni la más mínima idea. Él podría enseñarle cómo hacer todas esas cosas de las que había oído hablar, pero que solo había podido imaginarse.

No obstante, sería una estúpida si se acostase con él. Una vez que se corriera la voz, nadie volvería a mirarla igual. Había pasado bastante tiempo rodeada de soldados como para saber cómo funcionaba todo eso. El hombre era el que podía alardear. La mujer, que probablemente sería la única soldado en su escuadrón, pasaba a convertirse en la zorra del campamento.

—Vamos a meterte en la cama —le dijo Rin.

—Te vendría bien. —Souji no retiró el brazo de alrededor de sus hombros—. Estás demasiado tensa. Tienes toda esa rabia acumulada. Te vendría bien dejarte llevar de vez en cuando, princesa. Pasártelo bien.

El joven le acarició la clavícula y Rin se estremeció.

—Souji, para.

—¿Qué pasa? ¿Eres virgen?

Se lo preguntó de una forma tan directa que, por un momento, lo único que la joven pudo hacer fue quedarse mirándolo.

Entonces, Souji enarcó las cejas.

—No puede ser. ¿De verdad, princesa?

Rin le apartó el brazo.

—No es asunto tuyo.

Pero Souji había dado con su punto débil. Y él lo sabía. Le sonrió y sus dientes resplandecieron bajo la luz de la luna.

—¿Es verdad que no tienes útero?

—¿Qué?

—Corre ese rumor por el campamento. Dicen que te quemaste el útero en Sinegard a propósito. No me sorprende. En realidad, es inteligente. Aunque es una lástima para los esperilianos. Ahora sí que eres la última de verdad. ¿No te arrepientes de haberlo hecho?

Rin siseó con los dientes apretados.

—Nunca me he arrepentido.

—Qué lástima. —Souji apoyó una mano sobre el estómago de la joven—. Podríamos haber hecho unos preciosos bebés morenos. Con mi cerebro y tus habilidades. Los reyes del sur.

Rin ya había tenido suficiente. Se apartó de él con el puño en alto y las rodillas ligeramente flexionadas.

—Tócame otra vez y te mato.

Souji se limitó a resoplar. La recorrió con la mirada como si estuviera sopesando cuánta fuerza necesitaría para inmovilizarla contra el suelo.

A ella se le había cortado la respiración.

¿Qué le estaba pasando? Había provocado guerras y les había puesto fin. Había enterrado a un dios. Había incinerado a todo un país. No había ninguna entidad en el planeta que pudiera enfrentarse a ella en una pelea justa y ganar. Estaba muy segura de su propia fortaleza. Lo había sacrificado todo para asegurarse de que no volvería a sentirse indefensa nunca más.

Entonces, ¿por qué tenía tanto miedo?

Al fin, Souji levantó las manos en señal de derrota.

—Solo era una oferta. No tienes por qué ponerte así.

—Aléjate de mí. —La voz de Rin retumbó en la oscuridad, más alta de lo que pretendía. Alguien podría oírlos. Tal vez eso fuera lo que quería, que alguien, quien fuese, acudiera corriendo hasta allí—. Ahora mismo, Souji.

—¿Siempre eres así? Por la Gran Tortuga, eso explica por qué…

Rin lo interrumpió.

—¿Has oído eso?

La joven creía haber oído un ligero zumbido, el mismo sonido que producía un enjambre de abejas a lo lejos. Aumentaba de volumen a cada segundo que pasaba.

Souji guardó silencio con las cejas fruncidas.

—¿De qué…?

—Cállate —siseó Rin—. Solo escucha.

Sí… El zumbido ya era inconfundible. El sonido no estaba solo en su cabeza. No estaba

dejándose llevar por el pánico sin motivo. Era real.

Souji abrió mucho los ojos. Él también lo había oído.

—Agáchate —jadeó el joven, y tiró de ella hacia el suelo justo antes de que la primera bomba explotase.

9

Cayeron juntos al suelo y Souji le clavó dolorosamente a Rin los codos en las costillas. Se produjo un breve momento de silencio, y entonces la joven sintió un zumbido inquietante en los *oídos. Levantó la cabeza* desde debajo del cuerpo extendido de Souji, entre gemidos, en el mismo momento en el que un destello de luz anaranjada iluminaba Tikany.

Y entonces, el bombardeo prosiguió con un estruendo que no cesaba.

Souji se quitó de encima de Rin y la joven se puso en pie a duras penas.

«Kitay». Casi no veía nada, y tampoco podía mantener el equilibrio. Mientras avanzaba a trompicones hacia el complejo, no dejaba de tambalearse hacia los laterales como una borracha. «Tengo que encontrar a Kitay».

Detrás de ella se produjo un ruido agudo y distorsionado. Rin se dio la vuelta. Gracias a la luz del fuego, pudo vislumbrar el rostro de un joven oficial, uno de los hombres de Zhuden cuyo nombre Rin no se había aprendido jamás. El chico yacía en el suelo a varios metros de distancia. La joven lo contempló durante un momento, totalmente confusa. Souji y ella habían estado completamente solos en esa calle hasta hacía un momento. El resto de los oficiales habían permanecido junto a la hoguera, que quedaba a unos buenos cinco minutos de camino.

¿Había sido por la bomba? ¿Podía la fuerza de la explosión haberlo lanzado tan lejos?

Sin embargo, el oficial parecía estar bien. Tenía la cabeza, los hombros y el torso intactos y no sangraba. Tampoco se había quemado. ¿Por qué estaba entonces…?

Los borrones negros comenzaron a desaparecer despacio de la visión de Rin, y esta pudo ver lo que al principio había estado oculto por el humo y la oscuridad. Le habían volado las piernas al oficial a la altura del muslo.

La estaba mirando. Por los dioses, seguía consciente. Levantó una mano temblorosa hacia Rin. Movió la boca. Ningún sonido salió de ella, al menos ninguno que la joven pudiera oír. Pero comprendió lo que quería decirle.

«Por favor».

La esperiliana fue a desenvainar el cuchillo que llevaba en el cinturón, pero tanteó la funda torpemente con los dedos.

—Lo haré yo. —La voz de Souji causó el mismo estruendo en sus oídos que un gong. Parecía estar completamente sobrio. Su lentitud provocada por el alcohol se había evaporado a causa de la

misma adrenalina que le corría a Rin por las venas. Souji parecía tener más control de sí mismo que la esperiliana. Con gran eficacia, le arrebató a la joven el cuchillo de la mano y se agachó para rebanarle el pescuezo al oficial.

Rin se quedó contemplándolo todo, balanceándose sobre sus pies.

«No estábamos listos».

La esperiliana había creído que tendría más tiempo. Cuando había destruido el mensaje de Kesegi, había sido consciente de que estaba en el punto de mira de Nezha. No obstante, había creído que tal vez tendría la oportunidad de entrenar al recién conquistado ejército sureño mientras la República ponía fin a su campaña en el norte. Había creído que, tras la caída de la Colmena, al menos tendrían un momento para respirar tranquilos.

De lo que no había sido consciente era de que Nezha estaba a las puñeteras puertas.

Unos cañones aéreos los bombardeaban sin cesar, produciendo un ruido que, junto con el zumbido de los motores de los dirigibles, creaba una armonía. «Una orquesta celestial», pensó Rin, maravillada. Los dioses estaban tocando una música fúnebre que precedía a su muerte.

Rin oyó gritos que procedían del centro del pueblo. Sabía que no tenían ninguna defensa terrestre en posición, ninguna oportunidad de defenderse contra las aeronaves. Sus soldados estaban ebrios de victoria y borrachos por sus excesos. Tan solo habían apostado a una patrulla mínima en las puertas de la ciudad porque, por una vez, habían creído que estaban a salvo.

Y las puñeteras hogueras… Por los dioses, las hogueras eran casi como faros que habían señalado con claridad su localización desde abajo.

Los gritos aumentaron. La multitud, aterrorizada, comenzó a dispersarse y a inundar las calles, alejándose de las hogueras. Una niña corrió entre gritos en dirección a Rin, y a la esperiliana no le dio ni tiempo de gritar «No, para, agáchate» antes de que se produjera una explosión en el aire y las llamas envolvieran su diminuto cuerpo.

Esa misma explosión tiró a Rin al suelo. Rodó hasta acabar sobre su espalda, y gimió presionándose la oreja izquierda con la mano buena. El bombardeo era tan continuo que ya no oía ninguna pausa entre los lanzamientos, solo el incesante estruendo de unas bengalas de un intenso color anaranjado que salían despedidas de todas partes.

Rin apoyó la mano en el suelo y se impulsó para ponerse de pie.

—Tenemos que salir de aquí. —Souji tiró de ella hacia arriba, agarrándola por la muñeca, y la arrastró hacia el bosque. Las explosiones sonaban tan cerca de ellos que la esperiliana sintió el calor en la cara. Sin embargo, los dirigibles no estaban apuntando hacia los árboles.

Solo apuntaban hacia las hogueras, hacia los civiles expuestos y vulnerables.

—Espera —dijo la joven—. Kitay…

Souji no la soltaba del brazo.

—Iremos más rápido si nos movemos entre los árboles. No tienen visibilidad cerca del bosque. Tomaremos las rutas de montaña, nos alejaremos todo lo posible antes de que…

Rin forcejeó con él.

—¡Tenemos que ir a por Kitay!

—Conseguirá huir por su cuenta —dijo Souji—. Pero tú no durarás ni un segundo más si…

—Me las apañaré. —Rin no sabía cómo lidiar con los dirigibles. Esas máquinas no parecían contar con puntos débiles que ella pudiese quemar con facilidad, pero tal vez pudiera lanzar fuego hacia sus mecanismos de dirección, hacia la cesta con la munición, hacia cualquier cosa. No podía

marcharse de allí sin Kitay.

¿Seguiría su amigo en el complejo o habría ido hasta la plaza? El complejo se hallaba en lo alto de la colina, y no lo habían atacado aún, ya que estaba oculto bajo el amparo de la oscuridad. Sin embargo, la plaza era un infierno. Kitay podía estar gravemente herido. Aunque, si lo hubiera estado, Rin lo habría sentido, y en esos momentos no sentía nada, lo que quería decir que…

—Espera. —Souji cerró los dedos con más fuerza alrededor de la muñeca de Rin—. Se han detenido.

El cielo se había quedado en silencio. El zumbido se había extinguido.

«Están aterrizando». Rin se dio cuenta enseguida. Se trataba de un asalto terrestre. Los dirigibles no querían asolar Tikany desde el cielo. Querían tomar rehenes.

Pero ¿acaso no comprendían los riesgos de un ataque terrestre? Tal vez contasen con arcabuces, pero Rin tenía a un dios, e iba a usarlo para destruirlos en cuanto se acercasen más. Solo tenían posibilidades de vencerla si la atacaban desde fuera de su rango de alcance. Debían de ser conscientes de que enviar tropas terrestres era un suicidio.

A no ser que…

A no ser…

Un escalofrío le recorrió las venas.

Ahora lo entendía. Los hesperianos no querían matarla con una bomba. Ella era su experimento favorito. No querían volarla en pedazos. Querían capturarla con vida, entregarla enterita y retorciéndose a los laboratorios de la Compañía Gris. Por eso habían llevado hasta allí a la única persona en el mundo que podía enfrentarse a ella en un combate cuerpo a cuerpo y vencerla.

Nezha, cuyas heridas se cerraban nada más abrirse.

Nezha, cuyos poderes procedían del mar.

—Corre —le dijo Rin a Souji cuando otra ronda de misiles los hizo separarse.

Por un momento, el mundo se sumió en el silencio.

Todo era oscuridad, y luego comenzaron a aparecer de nuevo los colores: al principio, solo el rojo, que estaba allí donde mirara; y luego manchas difusas en rojo y verde. Rin no sabía cómo era capaz de seguir en pie, solo que en un momento estaba tendida en el suelo y, al siguiente, se tambaleaba por el bosque, apoyándose en un árbol y en otro porque había perdido el equilibrio y no podía mantenerse recta. Sintió el sabor a sangre en el labio, pero no tenía ni idea de dónde se había herido. El dolor era como una mortaja que envolvía su cuerpo y que hacía que le palpitara todo uniformemente a cada paso que daba.

—¿Souji?

No obtuvo respuesta. Ni siquiera estaba segura de si había llegado a hablar… No podía oír su propia voz, solo un extraño ruido ahogado en el interior de su cabeza.

—¿Souji?

Nada.

Rin avanzó a trompicones, frotándose los ojos e intentando ver mejor lo que la rodeaba mientras sus sentidos no hacían más que causarle dolor y más dolor…

Un hedor familiar inundó el aire. Algo nauseabundo, tremendamente dulce. Algo que hacía que su estómago se retorciera y que sus venas palpitaran a causa del deseo.

Los republicanos habían lanzado bombas de opio.

Conocían su debilidad. Pretendían incapacitarla.

Rin inhaló hondo y creó una bola de fuego sobre su mano. Tenía más tolerancia al opio que la mayoría, un don que había adquirido después de muchos meses de adicción y una rehabilitación fallida. Tal vez todas esas noches que había pasado totalmente drogada conversando con la alucinación de Altan le hubieran servido para conseguir ahora un par de minutos más antes de perder el acceso al Fénix.

Eso significaba que tenía que ir a por Nezha en ese mismo momento.

—Vamos —murmuró la joven. Lanzó la llama hacia el cielo y a su alrededor. Nezha no sería capaz de resistirse a ese llamamiento. Funcionaría igual que un faro. La estaba buscando. Acudiría a ella.

—¿Dónde estás? —gritó Rin.

En respuesta, un rayo dividió el cielo en dos. Luego, una ligera cortina de lluvia comenzó a caer con tanta fuerza que casi tiró a Rin al suelo.

No era una lluvia natural. El cielo había estado despejado hacía tan solo un momento. No había habido ni una nube, y aunque se hubiese estado formando una tormenta, no podría haber descargado tan rápido, en un instante tan oportuno…

Pero ¿desde cuándo era Nezha capaz de invocar la lluvia?

En cierto modo, aunque fuese terrible, tenía sentido. Los dragones controlaban la lluvia, o eso decían los mitos. Incluso en Tikany, un lugar en el que la religión se había visto reducida a cuentos para niños, durante los años de sequía los magistrados prendían incienso como ofrenda a los señores dragón del río con el fin de intentar conseguir lluvias abundantes.

Pero, entonces, eso significaba que Nezha no solo dominaba el río, sino toda el agua que lo rodeara. Y si podía invocarla, controlarla…

Si esa lluvia era obra suya, se había vuelto mucho más poderoso de lo que Rin había temido.

—¿General?

La esperiliana se dio la vuelta. Un grupo de soldados se había congregado a su alrededor. Eran nuevos reclutas. La joven no reconoció a ninguno. Por suerte, habían sobrevivido. Todos se reunían en torno a ella, incluso después de acabar de ver a sus camaradas siendo partidos por la mitad.

Su lealtad impresionó a Rin. Pero con sus muertes no iba a conseguir nada.

—Alejaos —les ordenó.

Los soldados no se movieron. Habló el que estaba delante:

—Lucharemos con usted, general.

—Ni lo intentéis —respondió Rin—. Os matará a todos.

En una ocasión, la esperiliana había visto a Nezha en pleno apogeo de sus capacidades. Había hecho que un lago entero se elevase en el aire para proteger a su flota. Si había perfeccionado sus habilidades desde entonces, ni uno solo de esos soldados sobreviviría más de unos segundos.

Esa había dejado de ser una guerra de hombres. Ahora era una guerra de dioses. Nezha y ella eran quienes debían ponerle fin, entre chamán y chamana.

Lo único que Rin podía hacer antes de que sucediera eso era minimizar los daños colaterales.

—Id a ayudar a los aldeanos —les ordenó a los soldados—. Sacad de aquí a todos los que podáis. Buscad refugio bajo la oscuridad, y no dejéis de correr hasta que estéis lejos del alcance de la lluvia. Daos prisa.

Los soldados obedecieron y la dejaron sola bajo la tormenta. La lluvia era atronadora. Rin no veía ni a un solo soldado republicano, nikara o hesperiano a su alrededor, lo que significaba que Nezha también les había pedido a sus refuerzos que se retirasen.

Él lo habría hecho por un acto de nobleza. Típico. Siempre había sido el gobernante justo, el aristócrata íntegro. Rin podía imaginarse perfectamente a Nezha dando la orden con ese tono de voz arrogante y firme. «Yo me encargo de ella».

El fuego envolvió el cuerpo de Rin, pero titilaba, ya que la lluvia lo iba apagando. El agua caía ahora con tanta fuerza que era como recibir repetidos golpes con la parte plana de una espada. A la esperiliana le costaba mantenerse en pie. Le temblaban los dedos con los que agarraba su arma.

Entonces lo vio al fin, caminando a través de la lluvia, que se abría como una cortina allá por donde Nezha pasaba.

Rin notó un dolor en la cicatriz nudosa que tenía en la parte baja de la espalda. Un recuerdo atravesó su mente como una daga. Una caricia, un susurro, un beso. Apretó la mandíbula para evitar que le temblara.

Nezha parecía mayor, aunque solo habían pasado unos meses desde la última vez que lo había visto. Estaba más alto. Se movía de forma distinta. Su paso era más seguro, dotado de un nuevo sentido de autoridad. Tras la muerte de Jinzha, Nezha había pasado a ser el príncipe heredero de Arlong, el Joven Mariscal del ejército de su padre, y el aparente heredero de la República nikara. El chico estaba a punto de ser dueño de todo un país, y la única que se interponía en su camino era Rin.

Se miraron el uno al otro durante un momento, en un silencio que pareció alargarse durante una eternidad, con el peso de su pasado compartido suspendido entre ambos. Rin sintió una repentina punzada de nostalgia, una complicada mezcla de añoranza y pesar, y no lograba librarse de ello. Se había pasado tanto tiempo luchando junto con Nezha que tenía que recordarse a sí misma que ahora debía odiarlo.

El heredero de la dinastía Yin estaba lo suficientemente cerca de ella como para que Rin pudiera ver su grotesca sonrisa, esa mueca retorcida que hacía que las líneas de las cicatrices de la parte izquierda del rostro le quedasen tirantes. Las mejillas y la mandíbula, que en el pasado habían sido de una angulosa perfección, eran ahora como la porcelana rota. Como unos azulejos resquebrajados. Un mapa del país que estaba destrozando.

Venka había afirmado que estaba enfermo, pero no lo parecía en absoluto. Rin no percibía ni un atisbo de debilidad en el modo en el que caminaba. Estaba preparado para la batalla, era letal.

—Hola, Rin —le dijo. Su voz parecía más profunda y cruel. Sonaba casi como su padre—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

La esperiliana abrió la palma. Una llamarada salió disparada en dirección al rostro de Nezha. El joven agitó una mano con desdén y una ráfaga de lluvia extinguió el fuego antes de que este pudiera tocarle.

«Mierda». Rin podía sentir cómo se le adormecían los dedos. Se estaba quedando sin tiempo.

—No hay por qué complicarlo —le dijo el chico—. Ven sin armar jaleo y nadie más tendrá que morir.

Rin plantó los talones con firmeza en el suelo.

—Volverás a casa en un ataúd.

Nezha se encogió de hombros. La lluvia comenzó a caer con más fuerza, golpeando a la joven

con tanto vigor que le cedieron las rodillas.

Rin apretó los dientes, intentando por todos los medios permanecer erguida.

No iba a arrodillarse ante él.

Tenía que atravesar esa lluvia. Era un escudo demasiado bueno, pero la solución era muy sencilla. Era algo que había aprendido hacía mucho en Sinegard. Pasados los años, el patrón básico que seguían en sus enfrentamientos seguía siendo el mismo. Nezha era más fuerte que ella. Sus extremidades eran más largas. Tanto antes como ahora, Rin solo tenía posibilidades de vencerlo si se acercaba a él, si el alcance de Nezha pasaba a ser irrelevante.

La esperiliana embistió. Nezha se agazapó y desenvainó su espada. No obstante, Rin apuntó más abajo de lo que el joven había esperado. No iba a por su cabeza, sino a por su centro de gravedad. Nezha acabó en el suelo con más facilidad de la que la joven había creído posible. En cuanto ambos tocaron tierra, Rin se apresuró a intentar controlarlo. Era mucho más ligera que él, solo podría inmovilizarlo si lo atrapaba en el ángulo correcto. Pero Nezha asestó una cuchillada hacia arriba y Rin perdió el equilibrio al intentar esquivar el golpe.

El heredero de los Yin cayó con todo su peso encima de ella. Rin se retorció. Nezha bajó su espada, pero falló en dos ocasiones, clavándola en el barro en lugar de en su cara.

La esperiliana abrió la boca y escupió fuego.

Las llamas envolvieron el rostro de Nezha durante un glorioso momento. La joven pudo ver cómo la piel se le arrugaba y descamaba. Incluso vislumbró un hueso. Pero entonces una pantalla de agua cayó sobre ambos, extinguiendo sus llamas y dejándolos a los dos jadeando en busca de aire.

Rin fue la primera en recuperarse. Le clavó la rodilla a Nezha en el plexo solar. El joven se tambaleó hacia atrás. La esperiliana salió como pudo de debajo de él y se puso en cuclillas.

«La lluvia ha parado», se percató Rin. La presión había desaparecido. El bosque estaba en silencio.

Al mismo tiempo, la joven sintió las extremidades entumecidas y las sienes embotadas.

Se había acabado. El opio había llegado a su flujo sanguíneo. Ya no contaba con el fuego, y su única ventaja era que Nezha había perdido el agua. Ahora iba a ser una cuestión de acero, puños y dientes.

La joven desenvainó su cuchillo. Se batieron en duelo solo durante un momento. No era rival para él. Nezha la desarmó primero, con facilidad, y envió su cuchillo lejos, hacia la oscuridad.

Eso daba igual. Rin sabía que no podría vencerlo en un combate con cuchillos. En cuanto la empuñadura salió disparada de su mano, la joven le asestó una dura patada en la muñeca.

Funcionó. Nezha soltó su espada. Ahora solo contaban con los puños. Eso era un alivio. Así era mucho más fácil, más directo, más brutal. Rin intentó clavarle las uñas en los ojos. Nezha la apartó de un manotazo. La esperiliana le mordió el codo y el joven le asestó un golpe con él en la boca, lo que hizo que Rin echara la cabeza hacia atrás.

A la joven se le metió la sangre en los ojos, lo que le nubló la vista. Ahora asestaba puñetazos sin ver nada. Nezha estaba haciendo lo mismo. Sus golpes alcanzaban a Rin con demasiada rapidez como para que ella pudiera esquivarlos o bloquearlos, pero la joven daba los mismos que recibía, y acertó tantos como él, hasta que olvidó que no contaba con la mano derecha. Comenzó a asestarle golpes con el muñón. Nezha se los bloqueaba con el codo. Un dolor terrible y cegador le atravesó a Rin la mitad del torso. Por un momento, hasta se quedó sin respiración.

Nezha se zafó de su agarre, se puso en pie de un salto y le dio una patada a la esperiliana en las costillas. La joven se hizo un ovillo, pero le faltaba tanto el aire que no podía ni gritar. Nezha le pisó el muñón y Rin pasó a verlo todo blanco.

El joven general le pateó el costado una y otra vez hasta que Rin acabó tirada sobre su espalda, demasiado aturdida como para hacer otra cosa que no fuera boquear como un pez fuera del agua. Nezha se tambaleó hacia atrás con el pecho agitado. Luego, se puso a cuatro patas, a horcajadas sobre el pecho de Rin, al mismo tiempo que le inmovilizaba los brazos con las manos.

—Ya te he dicho —jadeó el joven— que vengas sin armar jaleo.

Rin le escupió sangre en la cara.

Él le golpeó el ojo derecho con los nudillos. La cabeza de la esperiliana rebotó contra la tierra húmeda. Nezha se limpió con su propia camisa el dorso de la mano antes de echarla hacia atrás para asestarle un segundo golpe en el ojo derecho. Rin recibió el ataque como una muñeca de trapo, sin emitir ningún sonido ni ninguna respuesta. Nezha le pegó cinco, seis y hasta siete veces. La esperiliana perdió la cuenta. El dolor y el opio la habían sumido en un profundo aturdimiento. Sentía los golpes como si fueran gotas de lluvia.

Pero que le estuviese pegando debía de significar algo. Que no la hubiera matado aún era relevante. A esas alturas, ya debería haber estado muerta. Nezha debería haberla apuñalado en el corazón o haberle cortado la garganta. Eso habría sido más sencillo. Y su antiguo amigo no era ningún sádico ni anteponía la tortura a la eficacia.

«Su objetivo no es matarme», se percató Rin. Nezha la quería viva. Quería incapacitarla. Y ahora mismo solo quería hacerle daño.

Esa era la diferencia entre ambos. «Él se lo pierde».

—Deberías haberme matado en Arlong —siseó Rin.

Los golpes cesaron.

Nezha la agarró del cuello y comenzó a apretar. Rin le arañó las manos frenéticamente. Altan le había enseñado a zafarse cuando la tenían cogida por el cuello. Las manos eran fuertes, pero los dedos por separado no lo eran tanto, conque solo tenía que separárselos. «Uno a uno». Rin metió sus propios dedos debajo del dedo corazón de Nezha y se lo separó del resto. Tiró de él hacia atrás, cada vez más fuerte…

El joven no la soltaba.

Iba a tener que probar con otra táctica. Rin apuntó con el pulgar hacia los ojos de su contrincante. Nezha apartó el rostro. Eso hizo que la esperiliana le clavara las uñas en la mejilla, cosa que aprovechó para hundírselas tanto en la carne que llegó a hacerle sangre. Tres claros trazos carmesíes que se extendían hasta la parte derecha de la mandíbula le atravesaban ahora el rostro a Nezha.

El joven aflojó su agarre, solo ligeramente, por un breve instante. Eso fue todo lo que necesitó Rin.

La esperiliana echó la mano hacia atrás, intentando dar con la espada de Nezha. Había visto cómo la había dejado caer, tenía que estar cerca… Pero lo primero con lo que se toparon sus dedos no fue con la empuñadura de una espada, sino con una piedra pesada y dentada del tamaño de la palma de su mano.

Eso le serviría.

Lanzó la piedra hacia la sien de Nezha. Acertó en el hueso, con lo que produjo un

satisfactorio crujido. El joven aflojó su agarre. Rin reunió todas las fuerzas que le quedaban en el brazo izquierdo para volver a golpearlo en la cabeza. La sangre comenzó a concentrarse en el interior de un tajo cerca del ojo derecho de Nezha, como si no supiera si salir o no, hasta que comenzó a emanar en un espeso torrente.

Entonces, el joven se desplomó hacia un costado.

Rin salió como pudo de debajo de él mientras seguía inerte en el suelo.

¿Eso era todo? ¿Lo había dejado inconsciente? ¿De verdad podía ser tan fácil? La esperiliana se inclinó con cautela sobre él, agarrando bien la piedra con la mano para asestarle un tercer y definitivo golpe.

Entonces se detuvo, sobresaltada.

La sangre había dejado de emanar. La piel de Nezha comenzaba a cerrarse sola, con una capa pálida regenerándose sobre el tejido enrojecido, como si el tiempo corriera hacia atrás.

Rin lo contempló incrédula. Nezha era capaz de recuperarse de un golpe con una rapidez aterradora, eso ya lo sabía. Pero, antes, ese proceso le llevaba horas. Ahora, su cuerpo se libraba de las heridas en cuestión de segundos.

Hacía un rato, Rin lo había quemado. De gravedad. Ahora tampoco quedaban muestras de ello.

¿Y si le arrancaba el corazón del pecho? ¿Le saldría uno nuevo? Si le hundía la espada entre las costillas, ¿le crecería un corazón en torno al acero?

Solo había un modo de averiguarlo. La joven recogió la espada del suelo y se agachó junto a Nezha, inmovilizándole el torso con las rodillas.

El joven emitió un ligero gemido. Se le movieron los párpados.

Rin alzó la mano derecha, con la hoja apuntando directamente hacia abajo. Le temblaba el brazo. Sentía los dedos extraños alrededor de la empuñadura. Pero era imposible que fallase, sobre todo en ese ángulo. Contaba con una víctima inmovilizada y con un blanco claro y abierto. No podía cagarla de ninguna manera.

Una fuerte puñalada en el pecho. Eso era todo lo que hacía falta. Una puñalada, y tal vez retorcérsela bien una vez dentro para asegurarse. Y entonces todo habría acabado.

Sin embargo, no era capaz de dejar caer el brazo. Algo le inmovilizaba la mano. Sentía su brazo como un objeto extraño que se movía con voluntad propia. La joven apretó los dientes y volvió a intentarlo. La hoja permaneció suspendida en el aire.

Rin gritó a causa de la frustración, lanzándose hacia delante, hacia la forma inerte de Nezha. No obstante, seguía sin poder bajar la espada cerca de la piel.

El joven abrió los ojos de golpe justo cuando un zumbido comentó a sonar por encima de ellos.

Rin levantó la mirada. Se acercaba un dirigible que descendía en picado hacia el claro a una velocidad aterradora. La joven dejó caer la espada y se levantó como pudo del pecho de Nezha.

El dirigible aterrizó a tan solo unos nueve metros de donde se encontraba Rin. La cesta casi no había ni tocado el suelo antes de que los soldados bajaran de un salto, gritando palabras que ella no entendía.

La joven corrió hacia los árboles. Durante los siguientes minutos, se arrastró desesperada por entre los arbustos, haciendo caso omiso de las espinas y las ramas que le arañaban los ojos y le rajaban la piel. «Codo, rodilla, codo, rodilla». No se atrevió a mirar hacia atrás. Debía alejarse de

allí lo más rápido posible. Si la atrapaban ahora, no podría hacer nada. No tenía ni espada ni fuego ni ejército. Si la atrapaban ahora, estaba muerta. El dolor que sentía la incitaba a detenerse, pero el miedo la impulsaba a seguir avanzando.

Rin siguió esperando a que los gritos le dieran alcance, a sentir el frío acero en la nuca.

Pero no sucedió nada de eso.

Por fin, cuando ya tenía los pulmones al rojo vivo y sentía que el corazón estaba a punto de estallarle, se detuvo y miró hacia atrás.

El dirigible ascendía despacio hacia el cielo. Rin lo observó, con el corazón desbocado, mientras remontaba el vuelo por encima de los árboles. La aeronave se tambaleó durante un momento, como si no estuviera segura de hacia dónde dirigirse, pero entonces viró bruscamente hacia la izquierda e inició la retirada.

No habían dado con ella. Ni siquiera se habían molestado en buscarla.

Rin intentó ponerse en pie y fracasó. Los músculos no le respondían. Ni siquiera podía sentarse. De repente, sintió la paliza que acababa de recibir, un sinfín de dolores y moratones distintos que la mantenían en el suelo, como unas manos firmes que estuvieran empujándola hacia abajo.

Se tumbó acurrucada de costado, indefensa e inmóvil, chillando de frustración. Había desperdiciado su oportunidad. No iba a volver a tener una así. Nezha se había marchado, y ella se había quedado sola entre el barro, la oscuridad y el humo.

10

Rin se despertó ahogándose con el barro. Había hundido la cara en él mientras estaba inconsciente, y se le había quedado pegado y seco en la parte inferior del rostro. No podía ver ni respirar. Se arañó con nerviosismo los ojos, la nariz y la boca. Le aterrorizaba que un proyectil se los hubiese volado. El barro se le desprendió en unos pedazos finos y pegajosos que le dejaron la piel dolorida y en carne viva, pero su pánico disminuyó.

La esperiliana permaneció inmóvil durante un momento y respiró profundamente hasta que pudo levantarse despacio.

Logró ponerse en pie sin balancearse. El colocón de opio se estaba desvaneciendo. Conocía bien ese estado de bajón, estaba familiarizada con el seco entumecimiento de la lengua y el ligero y desorientador zumbido en las sienes. Tendrían que pasar horas antes de que se le despejara por completo la mente, pero al menos podía caminar.

Le dolía todo. No quería detenerse a examinarse las heridas. No quería conocer todo el alcance de lo que le sucedía, ahora mismo no. Podía mover todas sus extremidades. Podía ver, respirar, oír y caminar. Con eso le bastaba. El resto tendría que esperar.

Avanzó a duras penas hacia la aldea, encogiéndose a cada paso.

El sol comenzaba a salir. El ataque se había producido justo después de la medianoche. Lo que quería decir que había estado allí tirada durante al menos cinco horas. Eso no auguraba nada bueno, ya que si su ejército hubiera salido indemne, lo primero que habría hecho hubiera sido ir en su busca. En busca de su general, de la esperiliana.

Pero nadie había ido a por ella.

Rin sabía que habían perdido. Esa era la conclusión final. Para empezar, jamás habían contado con una defensa antiaérea. Pero ¿hasta dónde llegaba el alcance de los daños?

Al llegar a la plaza, la recibió el silencio. Había pequeños incendios crepitando en cada esquina, ardiendo en el interior de los cráteres que habían dejado las bombas. Un puñado de soldados avanzaban por las calles, peinando las ruinas y sacando cuerpos de entre los escombros. Muy pocos cuerpos seguían moviéndose. Muy pocos cuerpos seguían intactos. Rin vio extremidades desperdigadas allá donde mirara: un brazo por allí, un torso sin cabeza por allá, un par de pies diminutos sobre el sendero de tierra delante de ella.

La joven ni siquiera tenía fuerzas para vomitar. Aún mareada, se concentró en su respiración,

en mantener la calma y averiguar qué hacer a continuación.

¿Deberían esconderse? ¿Deberían reunir a los supervivientes y ordenarles que se refugiasen en las cuevas más cercanas? ¿O estarían temporalmente a salvo ahora que los dirigibles se habían marchado? Kitay sabría qué hacer…

Kitay.

¿Dónde estaba Kitay?

Cuando Rin buscó al Fénix, lo único que encontró fue un muro de silencio. Intentó suprimir la creciente oleada de pánico que sentía. Si su acceso alternativo para llegar al Fénix no estaba funcionando, eso podía significar que Kitay estaba dormido o inconsciente. No tenía por qué significar que hubiera muerto. No podía haber muerto.

—¿Dónde está Kitay?

Le hizo esa misma pregunta a cada una de las personas con las que se cruzó. Sacudió a cada uno de los soldados exhaustos y a cada uno de los supervivientes semiconscientes y les gritó la pregunta a la cara. Pero nadie tenía una respuesta. Todos respondieron a sus demandas con un silencio sepulcral y los ojos vidriosos.

Rin estuvo durante horas gritando el nombre de su amigo por Tikany, cojeando por los callejones plagados de cuerpos, examinando los escombros en busca de cualquier señal de su cabello enjuto y demasiado largo y de sus extremidades esbeltas y pecosas. Cuando encontró a Venka, milagrosamente ilesa, ambas buscaron juntas, comprobando cada calle, callejón y salida, incluso en los distritos más alejados del centro del bombardeo. Revisaron todos los lugares dos veces. Incluso tres.

Kitay tenía que estar allí. Debía estar bien. Rin ya lo había estado buscando de esa forma en el pasado, en Golyn Niis, cuando las posibilidades de supervivencia habían sido mucho peores. En ese entonces, él había respondido, y Rin esperaba que volviera a hacerlo; esperaba oír su débil voz una vez más a través de la quietud del aire.

La esperiliana sabía que estaba vivo. Sabía que no estaba muy malherido, no más de lo que lo estaba ella, porque entonces lo habría sentido. «Tiene que estar aquí». No quiso considerar las alternativas porque eran demasiado horribles, porque sin Kitay, ella solo era…

Solo era…

Le tembló todo el cuerpo.

Por los dioses.

—No está. —Al fin, Venka dijo en voz alta lo que ambas ya sabían, envolviendo con sus brazos la cintura de Rin con fuerza, como si temiera que su amiga fuese a hacerse daño a sí misma si se movía—. Se lo han llevado. No está perdido, se ha ido.

Rin negó con la cabeza.

—Tenemos que seguir buscando…

—Hemos peinado dos veces cada metro cuadrado a un kilómetro y medio a la redonda —dijo Venka—. No está aquí. Tenemos otras cosas de las que preocuparnos, Rin.

—Pero Kitay… No podemos…

—Tal vez esté bien. —La voz de Venka era excesivamente amable. Estaba esforzándose mucho por consolarla—. No hemos encontrado su cuerpo.

Por supuesto que no iban a encontrar su cuerpo. Si Kitay hubiese estado muerto, entonces Rin tampoco habría estado en pie. Lo que solo dejaba una conclusión posible.

Nezha lo había tomado como prisionero.

Y qué prisionero más valioso era Kitay, un rehén que valía su peso en oro. Era tan inteligente, tan puñeteramente inteligente, que eso lo hacía vulnerable a cualquier persona que tuviera la más ligera idea de quién era y de lo que su mente era capaz. La reina pirata Moag había llegado a encerrar a Kitay en una casa franca y le había encomendado la tarea de llevar los libros de cuentas de Ankhiluun. Yin Vaisra lo había convertido en uno de sus jefes de estrategia.

¿Para qué lo usaría Nezha? ¿Cómo de cruel sería con él?

Aquello era culpa de Rin. Debería haber matado a Nezha, pero no había podido hacerlo, y ahora él tenía a Kitay.

—Cálmate. —Venka la agarró por los hombros—. Tienes que calmarte, estás temblando. Vamos a llevarte con un médico…

Rin se zafó del agarre de su amiga, de una forma más violenta de lo que pretendía.

—No me toques.

Venka retrocedió, sobresaltada. Rin se alejó tambaleándose. Habría echado a correr, pero le dolía el tobillo izquierdo cada vez que se movía. Avanzó cojeando con decisión, intentando respirar, conteniendo las lágrimas. No le importaba hacia dónde fuera, solo quería alejarse de esos cuerpos… Del humo, de las brasas, de los moribundos y de los muertos.

Venka no fue tras ella.

Cuando se dio cuenta, Rin ya estaba a medio camino del campo de exterminio, sola en la llanura polvorienta. No había soldados a la vista, ni tampoco espías o testigos.

La esperiliana levantó la cabeza hacia el cielo, cerró los ojos e invocó el fuego.

«Vamos, vamos…».

Como no podía ser de otra forma, el fuego no acudió a ella. Rin sabía que no lo haría. Tan solo lo estaba intentando porque necesitaba confirmarlo, igual que alguien que se toqueteaba el hueco dolorido que dejaba un diente roto para comprobar el alcance de los daños. Cuando Rin buscó a tientas en aquel vacío, intentando sumergirse en el Panteón, como había hecho muchas veces en el pasado sin problema, no encontró nada.

Allí solo quedaba el Sello. Siempre acechante y mofándose, la risa de Altan retumbaba cada vez más alto, alcanzando el mismo nivel que la desesperación de Rin.

«¿Kitay?». La joven intentó transmitirle sus pensamientos a su amigo. Así no funcionaba el vínculo de anclaje, no podían comunicarse telepáticamente, tan solo podían sentir el dolor del otro. Pero, a pesar de la distancia, sus almas estaban vinculadas. ¿Acaso eso no servía de nada?

«Por favor». Rin lanzó sus pensamientos contra la barrera que existía en su mente, rezando para que, de algún modo, todo eso le llegase a Kitay. «Por favor. Te necesito. ¿Dónde estás?».

La única respuesta que obtuvo fue un silencio atronador.

Se agarró la cabeza mientras temblaba y respiraba con jadeos cortos y frenéticos. La atenazó un terror puro y absoluto al ser consciente de lo que todo eso significaba.

No podía usar el fuego.

No podía usar el fuego.

Kitay se había ido de verdad, y sin él Rin era vulnerable. Débil. Una chica sin brazo con el que combatir y sin habilidad chamánica que justificara su incapacidad para blandir una espada. No era una esperiliana ni una soldado ni una diosa.

¿Qué ejército iba a querer seguirla ahora?

Desesperada, tomó su cuchillo y se grabó un irregular símbolo de interrogación en la parte superior del muslo, lo suficientemente profundo como para dejar una cicatriz que acabase traduciéndose en una leve línea blanca sobre la piel de Kitay. Ya se habían comunicado de ese modo en el pasado. Tenía que volver a funcionar. Rin se grabó otro signo de interrogación. Y luego otro. Se dejó el muslo ensangrentado. Pero Kitay no le respondió.

Cuando Rin regresó de los campos, Tikany se hallaba sumida en un silencio aterrador. Nadie parecía saber qué hacer. Por todas partes la esperiliana vio esfuerzos de rescate y reconstrucción poco entusiastas. Habían montado un centro de triaje en el terreno de las hogueras, donde las bombas habían causado más estragos, pero Rin solo vio a dos médicos y a un asistente, que no eran ni de lejos suficientes para abarcar las filas de heridos que se extendían alrededor de toda la plaza. Por todas partes vio a soldados limpiando escombros o haciendo vanos intentos de crear refugios provisionales en los agujeros vacíos sobre los que antes se habían erigido edificios. Sin embargo, la mayoría de los supervivientes, tanto civiles como soldados, se limitaban a mirar a su alrededor aturdidos, como si aún no pudiesen creer del todo lo que había pasado.

No había nadie dando órdenes.

Rin suponía que esa persona debería ser ella.

No obstante, la joven también recorría el lugar en un estado de absoluta impotencia. No sabía qué decir. Cada orden, cada acción que pudiera tomar, parecía totalmente inútil. ¿Cómo podrían recuperarse de aquello?

No podía volver al pasado. No podía traer de vuelta a los muertos.

«No seas patética», le habría dicho Altan. Podía escuchar su voz alta y clara, como si estuviera a su lado. «Deja de comportarte como una niñata. Has perdido. Sigues viva. Recoge los pedazos y averigua cómo empezar de nuevo».

Rin inspiró hondo, cuadró los hombros e intentó al menos actuar como si supiera lo que estaba haciendo.

Debía centrarse en lo básico. Debía saber con qué recursos seguía contando y cuáles había perdido. Necesitaba determinar cuáles eran sus capacidades de combate. Tenía que reunir a sus oficiales.

Tomó del brazo al primer Lobo de Hierro con el que se topó.

—¿Dónde está Souji?

No le habría sorprendido que le hubiera respondido que no lo sabía. La mayoría de los Lobos de Hierro iban de un lado para otro con un aspecto tan confundido y desorientado como el resto. No obstante, Rin no estaba preparada para el semblante de terror que cubrió el rostro de ese hombre.

Por su gesto, parecía que Rin lo hubiese amenazado con matarlo.

El Lobo de Hierro tardó en responder.

—Mmm, aquí no, señora…

—Eso ya lo veo —estalló la esperiliana—. Encuéntralo. Dile que quiero verlo. Ahora mismo.

El Lobo de Hierro parecía estar intentando decidir algo. Había adquirido una extraña expresión que Rin no podía interpretar del todo. ¿De desafío? ¿Simple desorientación? La joven abrió la boca para volver a preguntarle, pero él se limitó a asentir con la cabeza y a enfilar hacia

los escombros.

La esperiliana regresó al complejo del general, uno de los pocos edificios que quedaban intactos gracias a sus sólidos cimientos de piedra. Tomó asiento detrás del escritorio, sacó un fajo de documentos de un cajón y los extendió sobre la mesa. Luego, empezó a cavilar.

El opio casi había abandonado por completo su flujo sanguíneo. La joven había recuperado su claridad mental. Su mente había regresado al plano indiferente y lógico en el que la estrategia existía al margen de la fricción de guerra. Le resultaba un lugar familiar, relajante. Podía hacer eso. Había sido entrenada para ello.

Por un momento, olvidó el trauma que acababa de vivir, olvidó el millón de heridas que le cubrían el cuerpo y concentró toda su atención en los próximos pasos que tenía que dar. Empezaría con las tareas para las que no necesitaba a Souji. Lo primordial: reunir a un puñado de exploradores fiables y ordenarles que efectuaran evaluaciones lo antes posible. Calculó cuántos hombres le quedarían basándose en los informes del triaje y en el recuento de cadáveres. Confeccionó una lista de elementos básicos que el ejército necesitaría recuperar, encontrar o construir en las próximas veinticuatro horas: medios de transporte, provisiones de alimentos y refugio. Releyó los informes de los espías sobre las últimas posiciones conocidas de las tropas de la República. Era evidente que esa inteligencia se había quedado obsoleta, pero ayudaba a la hora de intentar averiguar dónde estaba el fallo en su información.

Luego, intentó concebir un modo de destruir esos malditos dirigibles.

Podía lidiar con los arcabuces, ya que eran arcos, solo que más rápidos y letales. Pero las puñeteras aeronaves habían cambiado el panorama de la batalla, añadiéndole una dimensión extra contra la que Rin no podía competir. Necesitaba encontrar la forma de acabar con ellas.

La joven comenzó dibujando un boceto de lo que recordaba de su estructura. Desearía que hubieran sido capaces de capturar al menos uno de esos dirigibles para poder estudiarlo, pero, por el momento, tendría que bastarle con su recuerdo. Las imágenes en su mente eran borrosas. Tenía que concentrarse en las visiones a través del humo y los estruendos para recordar dónde estaban posicionados los cañones y cómo se sujetaba al globo el cubículo donde iban los pasajeros.

Había algo que sí sabía: las aeronaves estaban, para mayor frustración de Rin, muy bien diseñadas. Su parte inferior estaba fuertemente blindada, sin ninguna grieta visible hacia la que apuntar, y volaban a demasiada altura como para que las flechas o los cañones pudieran llegar hasta ellas. Los globos que mantenían los dirigibles a flote eran los blancos más prometedores. Si Rin lograba perforarlos, podría hacer que toda la nave se estrellase. Pero parecían haberlos recubierto con algún tipo de metal ligero lo suficientemente fuerte como para desviar las puntas de las flechas. Además, la joven no podía lograr que una bala de cañón alcanzara tanta altura como para poder comprobar qué sucedería si acertaba.

Entonces, ¿mejor optar por proyectiles? ¿Podrían estos seguir una trayectoria recta? ¿Cuánta fuerza explosiva necesitarían? ¿Y cómo iba a organizar a esas fuerzas de artillería terrestres?

Frustrada, hizo una bola de papel con su diagrama. Ese tipo de problemas eran la especialidad de Kitay. Él era su ingeniero, su persona resolutiva. Rin había llegado a concebir grandes planes, pero había sido Kitay quien se había encargado de los detalles. A esas alturas, él ya habría solucionado ese problema, ya habría comenzado a diseñar algún estúpido invento que, de algún modo, acabase funcionando.

Un dolor que nada tenía que ver con sus heridas se le clavó a Rin en el pecho y se extendió

como si fuesen hojas astillándose en puñales, clavándose en su corazón igual que un garfio. La joven jadeó y, acto seguido, se llevó la mano a la boca.

Las lágrimas le resbalaban por entre los dedos. No podía hacer eso sola. Por los dioses, cuánto echaba de menos a Kitay.

«Para ya», la regañó Altan. «Deja de comportarte como un puñetero bebé».

Kitay no estaba allí. Quejarse y gimotear no iba a cambiar eso. Lo único que podía hacer ahora era concentrarse en cómo recuperarlo.

Dejó los bocetos a un lado. No sería capaz de resolver todo eso ahora. Tenía que pensar en tácticas de supervivencia básica. Tenía que conseguir que lo que quedara del ejército sobreviviera a esa noche. Y para eso necesitaba a Souji, que seguía sin aparecer.

Rin frunció el ceño. ¿Por qué no había aparecido aún? Había pasado más de una hora. No lo veía desde el ataque, aunque seguramente no estaba muerto ni había sido capturado. A esas alturas, la esperiliana ya habría sido informada de ello. Se levantó y enfiló hacia la puerta. Dio un respingo, sobresaltada, cuando se encontró al mismo Lobo de Hierro de antes al otro lado, con la mano levantada para llamar. No había ni rastro de Souji.

—¿Dónde está? —exigió saber Rin.

El Lobo de Hierro carraspeó.

—Souji solicita que se reúna con él en su tienda de campaña.

Eso le resultó sospechoso de inmediato. Souji había establecido su cuartel general dentro del complejo, igual que el resto de los altos cargos del ejército. ¿Qué diantres estaba haciendo en su tienda de campaña?

—¿Me está vacilando? Llevo más de una hora esperándolo, ¿y cree que puede convocarme de esta manera?

El Lobo de Hierro mantuvo un gesto de cautelosa impasibilidad.

—Eso es todo lo que ha dicho. Puedo escoltarla si lo desea.

Por un momento, Rin se planteó negarse a acudir a su llamada. ¿Quién se creía Souji que era? Ella tenía un rango superior. El que iba por ahí con una correa al cuello era él. ¿Cómo se atrevía a hacerle esperar? ¿Cómo se atrevía…?

La joven se mordió la lengua antes de decir nada que no debiera.

«No seas idiota». No se podía permitir una lucha por el poder ahora mismo. No contaba con Kitay ni con el fuego. No tenía ninguna ventaja. No era el momento de echarse un farol. Por una vez, tendría que ser diplomática.

—Muy bien —dijo tensa, y cruzó la puerta para seguir al Lobo de Hierro.

No era Souji quien la esperaba en la tienda de campaña.

Rin se detuvo cerca de la entrada.

—Tú.

El jefe miliar del Mono se levantó de su asiento.

—Hola, Runin.

—¿Qué estás…? —La joven inspiró profundamente y recuperó la compostura—. Márchate de aquí.

—¿Por qué no tomas asiento? —El hombre señaló hacia la mesa—. Tenemos mucho de lo

que hablar.

—Márchate —repitió Rin. La rabia se anteponía a su confusión. No sabía qué hacía Gurubai allí, pero le daba igual, quería que se marchase. No merecía estar allí. Esa victoria no era suya, sus tropas no habían sufrido en Leiyang. Solo con verlo allí de pie, en la Provincia del Gallo, donde el pueblo de Rin había muerto mientras él se había estado escondiendo, acobardado, en Ruijin, era más de lo que la joven podía soportar. Si aún hubiese podido utilizar el fuego, lo habría incinerado allí mismo.

—Deberías alegrarte de que hayamos llegado cuando lo hemos hecho —le dijo Gurubai—. Mis tropas han estado liderando los esfuerzos de rescate, ¿no te has dado cuenta? Sin nosotros, cientos de vosotros estaríais muertos.

Rin soltó una carcajada.

—¿Y ese era tu plan? ¿Esconderte en las montañas hasta que yo ganara tus batallas por ti, para luego seguirnos y atribuirte nuestra victoria?

Gurubai suspiró.

—Yo no llamaría a esto una victoria.

La puerta de lona de la tienda se abrió antes de que Rin pudiera replicar. Por ella entró Souji, seguido de tres de sus Lobos de Hierro y varios oficiales subalternos de Zhuden.

Rin los contempló sorprendida. Había estado esperando a que aparecieran esos oficiales el mismo tiempo que había estado esperando por Souji. ¿Por eso nadie había acudido a su llamada? ¿Habían estado todo ese tiempo juntos? ¿Qué habían estado haciendo?

—Ah, bien —dijo Souji—. Ya estamos todos aquí.

—¿Dónde demonios te habías metido? —exigió saber Rin—. Llevo buscándote desde el mediodía.

Souji suspiró y meneó la cabeza.

—Ay, Rin.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué está pasando?

Ninguno de los oficiales de Zhuden la miraba a los ojos.

Souji le dedicó una sonrisa compungida. Jugueteaba con los dedos sobre la empuñadura de su espada.

—¿Aún no te has dado cuenta?

Rin se percató demasiado tarde de que estaba sola.

Sola y sin su fuego.

Llevó la mano hacia su cuchillo. Souji cargó contra ella. Rin desenvainó su arma y paró torpemente los golpes, pero no duró más de tres segundos. Él la desarmó con un movimiento típico de un espadachín novato para luego darle una patada al cuchillo de Rin y lanzarlo lejos.

—¿Y tu fuego? —la provocó Souji.

Rin se abalanzó sobre su cintura. De nuevo, el joven la venció sin dificultad. Durante el punto álgido de su formación, Rin podría haber presentado una buena batalla, podría haberle arañado los ojos o haberle asentado un golpe despiadado en la entrepierna. Pero él era más grande y pesado, y contaba con ambas manos. Con solo dos movimientos había logrado inmovilizarla contra el suelo.

—Conque es verdad —comentó Souji—. Lo has perdido.

Rin pataleó y chilló.

—Shh. —Souji le envolvió la garganta con los dedos y apretó—. No tan alto. Me haces daño en los oídos.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó Rin—. ¿Qué coño estás…?

Gurubai alzó la voz.

—«Quiere que te diga que me liberará si te presentas en la Ciudad Nueva».

El jefe militar estaba leyendo un pergamino. Rin se quedó mirándolo, desconcertada. Tenía la mente tan embotada a causa del pánico que tardó un momento en reconocer esas palabras. ¿Dónde las había leído…?

Ah.

Oh, no.

—«Dice que esto no tiene por qué acabar en una masacre y que solo quiere hablar. Que no quiere ninguna guerra. Está dispuesto a mostrarle clemencia a cada uno de tus aliados. Solo te quiere a ti». —Gurubai soltó el pergamino—. Hay que tener sangre fría para sacrificar a la única familia que te queda.

—Serás traicionero —siseó Rin.

El jefe militar del Mono debía de haberse enterado de la existencia del pergamino a través de sus espías, de sus puñeteros espías, que estaban por todas partes, escuchándola siempre a hurtadillas, incluso cuando se encontraba a leguas de Ruijin. ¿Quién habría sido? ¿Un centinela? ¿Un guardia al otro lado de su tienda? ¿Habría abierto y copiado el pergamino antes de que ella pudiese verlo?

Rin creía haber sido más lista que él, creía haber contado al fin con cierta ventaja. No obstante, Gurubai había estado jugando a largo plazo desde el principio.

—¿Cuándo ibas a comentarnos que había una oferta de paz encima de la mesa? —inquirió el jefe militar—. ¿Antes o después de habernos sacrificado en una guerra innecesaria?

—Nezha es un cabrón mentiroso —dijo Rin con la voz entrecortada—. No quiere negociar…

—Al contrario —la cortó Gurubai—, parecía bastante interesado en nuestra propuesta. Verás, nosotros no queremos morir. Y no tenemos ningún reparo en sacrificarte, sobre todo dado que tú parecías estar lista para hacer lo mismo con nosotros.

—¿Tan iluso eres? Me necesitáis…

—Te necesitábamos en el sur —le dijo el jefe militar—. Ya tenemos el sur. Ahora solo eres un lastre, además del único impedimento para lograr un alto el fuego con la República.

—Si crees que vas a conseguir una tregua, eres tan idiota que te mereces morir —le espetó la joven—. Los Yin no cumplen su palabra. Te juro por los dioses que si me entregáis a ellos, podéis daros por muertos.

—Y si no lo hacemos, acabaremos igual —dijo Gurubai—. Nos arriesgaremos. ¿Souji?

El joven ejerció más presión sobre el cuello de Rin.

—Lo siento, princesa.

Rin se retorció lo bastante como para obligar a Souji a echarse hacia delante y usar su peso para inmovilizarle la espalda contra la tierra. Eso provocó que acercara bastante su muñeca a la boca de Rin. La esperiliana sacó los dientes y se los clavó. Le rasgó la piel. La lengua le supo a cobre y a sal. Souji soltó un chillido. La presión sobre el cuello de la joven desapareció, pero algo la golpeó a un lado de la cabeza.

Rin cayó hacia atrás, con las sienes palpitantes y la sangre resbalándole por la barbilla.

Vio a dos Soujis cerniéndose sobre ella, y ambos parecían tan cabreados que Rin no pudo evitar romper a reír.

—Qué bien sabes —le dijo la esperiliana.

Él le respondió propinándole un fuerte bofetón. Y luego otro. Los golpes caían sobre Rin como rayos. Con la cabeza embotada y un zumbido en los oídos, la joven no pudo hacer más que quedarse allí tirada y recibirlos como si fuese un cadáver.

—Ahora no estás tan parlanchína, ¿eh?

Rin balbuceó algo incomprensible. Souji echó el puño hacia atrás, y eso fue lo último que vio la joven.

Al despertar, yacía sobre el mismo suelo. Le dolía todo. Cuando se retorció, sintió los moratones que se extendían por su espalda, moratones provocados por unos golpes que no recordaba haber recibido. Souji había seguido pegándole mucho después de que Rin se hubiera quedado inconsciente.

Respirar era una agonía. Tenía que aprender a dar pequeños y asfixiantes jadeos, a expandir sus pulmones lo justo para no dañarse las costillas, que probablemente se le habían roto.

Tras unos segundos, su miedo dio paso a la confusión.

Debería haber estado muerta.

¿Por qué no lo estaba?

—Ahí la tienes. —Era la voz de Souji. Rin divisó sus botas a varios metros de distancia—. Doy por sentado que no hace falta comprobar su identidad.

¿Con quién estaba hablando? Rin intentó girar el cuello para verlo, pero la inflamación de sus ojos limitaba su campo de visión y no podía girar la cabeza más de treinta grados. Estaba tendida de costado y solo podía ver el suelo de tierra y la pared de la tienda de campaña.

Sonaron unos pasos cerca de su cabeza. Alguien le estaba pisando el cuello con el talón de una bota.

—El Joven Mariscal la quiere viva —pronunció una voz desconocida.

Rin se quedó petrificada. «El Joven Mariscal». Se trataba de un enviado de Nezha.

—Sus órdenes son llevarla con vida si es posible, o muerta, si se resiste —dijo el enviado—. Yo apuesto por anticiparnos a que se resista. He visto lo que puede hacer cuando está despierta.

—Podemos mantenerla drogada —dijo otra voz al fondo de la estancia—. Hemos traído bastante opio para la travesía. Eso la incapacitará.

—¿Y estás tan seguro de ello como para arriesgar nuestras vidas? —preguntó Souji—. Venga, presiónale un poco más el cuello. Ninguno de nosotros se chivará.

Rin se encogió, preparándose para el impacto. Pero este no se produjo. De repente, la bota se retiró de su cuello y los pasos se alejaron de su cabeza. Entonces, la joven oyó cómo se movía la lona de la entrada.

—No podéis matarla.

Rin abrió mucho los ojos. «¿Daji?».

—¿Quién es esta bruja? —preguntó Souji—. Que alguien la eche de aquí.

Se produjo una ráfaga de movimientos, el choque del acero y luego un fuerte sonido metálico cuando las armas cayeron al suelo.

—No me toquéis —dijo Daji, muy despacio y con mucha calma—. Ahora, apartaos.

La tienda de campaña se quedó en silencio.

—Es una encarnación elegida por los dioses. —La voz de Daji adquiría volumen a medida que se acercaba a Rin—. Su cuerpo es un puente entre este mundo y el Panteón. Si le hacéis daño, entonces su dios caerá con toda su furia sobre nuestro reino. ¿Alguna vez os habéis enfrentado al Fénix? Os convertiréis en cenizas en lo que dura un parpadeo.

«Eso no es cierto», pensó Rin, confusa. «No funciona así». Si le hacían daño ahora que no contaba con Kitay, el Fénix no podría hacer nada para ayudarla.

Pero ninguno de ellos era consciente de ese dato. Nadie objetó nada. Los hombres guardaron un silencio absoluto, aferrándose a cada una de las palabras de Daji.

Rin podía imaginar qué era lo que estaba pasando. Ella misma había sufrido la hipnosis de la Víbora en el pasado. La mirada de Daji inducía a la parálisis. Esos ojos de serpiente brillantes y amarillos seducían y atraían. Esas pupilas se agrandaban hasta convertirse en puertas hacia la oscuridad y hacia hermosas visiones de alas de mariposas y desdichada nostalgia. La Víbora creaba en su presa una sensación de deseo. De anhelo. De dolor.

Cuando Souji habló al fin, su voz sonó muy distinta: aturdida, vacilante.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Hay una montaña en la Provincia de la Serpiente —dijo Daji—. No muy lejos de aquí. Será una larga travesía, pero…

—Contamos con un dirigible —dijo uno de los enviados de Nezha. Habló con entusiasmo, como si estuviera intentando impresionarla. Si Rin no hubiera estado tan aterrada, se habría reído —. Tenemos combustible. Podemos llegar hasta allí volando en menos de un día.

—Muy bien, oficial —lo agasajó Daji.

Nadie objetó nada. La Víbora tenía a esos hombres bien atrapados. «Bien», pensó Rin. «Ahora, destrípalos».

No obstante, Daji no se movió.

—He oído hablar de esa montaña —dijo Souji tras una pausa—. Es imposible de encontrar.

—Solo para aquellos que no saben a dónde van —respondió Daji—. Pero yo ya he estado allí muchas veces.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó Souji. La pregunta no sonó desdeñosa. El joven parecía más bien confuso, como un hombre que acababa de despertar de un profundo sueño para encontrarse en un bosque desconocido. Souji tanteaba a través de la niebla, intentaba desesperadamente obtener algo de claridad.

Daji profirió una pequeña carcajada.

—Solo una anciana que ha visto mucho mundo.

—Pero no pareces… —Souji acabó guardando silencio. Su pregunta se desvaneció. Rin deseaba poder verle la cara.

—El Joven Mariscal querrá verla antes —dijo el primero de los enviados de Nezha, el que había puesto la bota sobre el cuello de Rin—. Querrá saber si…

—El Joven Mariscal se conformará con vuestro informe —dijo Daji como si nada—. Sois sus leales lugartenientes. Se fiará de vuestra palabra. Si aguardamos más tiempo, nos arriesgaremos a que despierte.

—Pero nos han ordenado que…

—Yin Nezha está débil y enfermo —prosiguió Daji—. No puede enfrentarse ahora a la esperiliana. ¿Qué creéis que hará si la joven ataca? Ella lo quemará en su lecho, y vosotros seréis conocidos como los hombres que metieron al monstruo en su guarida. ¿Queréis asesinar a vuestro propio general?

—Pero él nos ha dicho que la joven ha perdido el fuego —dijo el soldado.

—¿Y os fiáis de este hombre? —insistió Daji—. ¿Os jugaréis la vida del Joven Mariscal por las palabras de un comandante de una guerrilla?

—No —murmuró el soldado—, pero…

—Dejad de pensar —susurró Daji. Su voz era como la seda más fina—. ¿De qué sirve pensar? No os molestéis en ello. Es mucho más fácil obedecer, ¿recordáis? Solo tenéis que hacer lo que yo os diga y todo irá bien. Otro silencio de sumisión cayó sobre la estancia.

—Bien —dijo Daji—. Buenos chicos.

Desde ese ángulo, Rin no podía verle los ojos a la Víbora, pero hasta ella estaba adormilada y comenzaba a dejarse llevar por las suaves y reconfortantes ondulaciones de la voz de Daji.

La Víbora se cernió sobre Rin y le apartó el *cabello* de la cara. Dejó los dedos suspendidos sobre su cuello expuesto.

—Ahora será mejor sedarla para el viaje.

El viaje.

Aquello no era un simple ardid. Iban a llevarla hasta la Chuluu Korikh de verdad. La prisión de piedra, el infierno dentro de la montaña, el lugar al que llevaban a los chamanes que se habían vuelto locos para encerrarlos entre las rocas, para atraparlos para siempre, impidiendo así que pudieran invocar a sus dioses o morir.

Por los dioses, no. Allí no.

Rin solo había estado en una ocasión dentro de la Chuluu Korikh. Sentía que se ahogaba solo de pensar en regresar.

Intentó levantar la *cabeza*. Intentó decir algo, lo que fuera. Pero los susurros de Daji eliminaron sus pensamientos como una corriente fresca y purificadora.

—No pienses. —Rin apenas podía oír ya las palabras, solo la música, unas notas tintineantes que apaciguaban su mente igual que lo haría una nana—. Ríndete, cariño. Confía en mí. Así es más sencillo. Esto es mucho más fácil.

SEGUNDA PARTE

11

—«Antes de que los humanos habitaran esta tierra, el dios del agua y el dios del fuego se enfrentaron y partieron el cielo en dos» —dijo Riga—. «Y toda esa cerámica resplandeciente y azul se resquebrajó y cayó hacia la tierra. Y la tierra, con todo su verdor, se vio expuesta a la oscuridad igual que la yema en el interior de un huevo roto». Bonita imagen, ¿no?

Daji se aproximó con cautela hacia él, con los dedos extendidos como si se estuviera acercando a un animal salvaje. No sabía qué esperar. Riga ya no tenía nada de predecible. En los últimos tiempos, la Víbora no era capaz de saber si, en un momento dado, iba a besarla o a pegarle.

Le habría sorprendido menos si Riga hubiese estado gritando o lanzando cosas y personas contra las paredes, porque las cosas iban mal. Llevaban semanas yendo mal.

Sin embargo, Riga estaba leyendo. Todo lo que habían construido durante los últimos años, cada piedra de su castillo, se estaba derrumbando a su alrededor. Y él estaba junto a la ventana con un libro infantil de mitos, pasando las páginas distraídamente y leyendo en voz alta como si creyera que Daji necesitara que le contaran un cuento para irse a la cama.

La Víbora habló en voz baja para no asustarlo.

—Riga, ¿qué está pasando ahí fuera?

Él ignoró su pregunta.

—¿Sabes? Creo que he descubierto de dónde procede toda tu arrogancia. —Giró el libro para mostrarle las ilustraciones—. Nüwa repara el cielo. Ya habrás oído este mito, ¿no? Los hombres destrozan el mundo, y es la mujer la que tiene que volver a unir las piezas. La diosa Nüwa cerró esa grieta que ellos habían formado en el cielo, roca a roca, y el mundo volvió a estar bien.

Daji se quedó contemplándolo, intentando desesperadamente que se le ocurriera algo que decir.

Ya nunca entendía de qué le hablaba Riga. No sabía bien cuándo habían comenzado a producirse los cambios en él. Tal vez después de lo de Lusan, o desde lo sucedido en las regiones interiores del norte. Había sido algo muy gradual, como un pequeño goteo que acababa saliendo a toda presión por un dique. Y ahora Riga se había transformado en alguien completamente distinto, alguien que les hacía daño a aquellos que lo rodeaban, arremetiendo contra ellos, y que disfrutaba torturando a Daji con unos acertijos que era consciente de que no sabría resolver.

Antes, solo sometía a su fuerza a otros. Ahora, parecía que el miedo del que más disfrutaba era del que irradiaba Daji.

«Vuelve conmigo». Daji quería llorar cada vez que hablaban. Algo se había roto entre ellos. Había aparecido una herida invisible. Todo había comenzado tras la muerte de Tseveri, y se había ido extendiendo como la gangrena, tanto que ahora aparecía detrás de cada palabra que pronunciaban, de cada orden que daban.

Uno moriría, otro gobernaría y otro dormiría durante toda la eternidad.

—Estás divagando —le dijo Daji.

Él se limitó a reírse.

—¿No es obvio? —Señaló con la cabeza hacia la ventana—. Nuestras historias son circulares. Los clásicos ya predijeron cómo iba a salir todo esto. Ziya y yo vamos a romper el mundo. Y tú tendrás que repararlo.

Daji podía ver la costa en llamas desde donde se encontraba plantada. No necesitaba los potentes telescopios astronómicos del general Tsolin para poder ver lo que estaba sucediendo al otro lado del estrecho. Con un simple catalejo le habría bastado.

Unas sombras anaranjadas iluminaban la noche. Si Daji no lo hubiera tenido claro, hubiera podido pensar que se trataba de fuegos artificiales.

No pudo evitar preguntarse si alguno de los niños que Shiro no se había llevado consigo habría logrado al menos huir de la isla, si sus padres los habrían metido en botes y les habrían dicho que remaran sin mirar atrás. No obstante, sabía que era una esperanza vana. Los mugeneses habían sido demasiado meticulosos.

La Víbora sabía que, para cuando amaneciese, no quedaría nadie vivo en esa isla.

«Riga nos ha condenado».

Ese era el fin. Para Daji eso era una verdad irrefutable. Lo tenía tan claro como que la tierra giraba alrededor del sol. Acabarían sufriendo enormemente por el sacrificio que habían hecho con sangre esperiliana. Ese tipo de maldad no quedaría impune. Los dioses no lo permitirían.

Todo aquello por lo que habían luchado los tres, todo lo que habían construido, iba a esfumarse. Y todo por una estúpida apuesta.

—¿Te gusta lo que ves? —Riga se acercó a ella por detrás y apoyó sus manos en las caderas de Daji.

Todo eso le resultaría erótico a Riga. Era probable.

Daji bajó el catalejo, intentando ocultar el desenfrenado latido de su corazón. Se giró e intentó esbozar una sonrisa. A Riga le gustaba mucho cuando ella sonreía.

—¿Ziya ya está al corriente? —le preguntó Daji.

—No tardará en llegar —respondió él—. Pensé que no querría perdérselo.

—Eso es cruel.

Riga se encogió de hombros.

—Le vendrá bien. Se está volviendo un blando. Tenemos que recuperar esa garra que tenía.

—¿Y qué pasará cuando esa garra se vuelva contra ti?

—Jamás lo haría. —Riga le apretó la cintura, dedicándole una sonrisa—. Nos quiere.

La puerta se abrió de golpe. Ziya irrumpió en la estancia justo a tiempo.

—¿Qué está pasando? —exigió saber—. Dicen que Speer está siendo atacada.

—Ah, el ataque ya ha terminado. —Riga señaló hacia la ventana—. Este solo es el resultado.

—Es imposible. —Ziya le arrebató el catalejo a Daji. Intentó fijarlo en la costa, pero las manos le temblaban demasiado como para mantenerlo quieto—. ¿Y los barcos de Vaisra?

Riga, con gesto divertido, no le respondió.

Daji apoyó una mano sobre el brazo de Ziya.

—Deberías…

—¿Dónde están los barcos de Vaisra? —gritó Ziya. Estaba temblando, casi no lograba mantener el control. Daji podía ver las ligeras siluetas de las criaturas de tinta bajo la piel del Guardián, empujando para salir de su interior.

—Vamos, Ziya. —Riga resopló—. Sabes que es lo que teníamos que hacer.

Ziya movió la boca sin emitir ningún sonido. Daji lo contempló mientras los ojos del Guardián se desplazaban desde el rostro de Riga hacia la ventana.

El pobre Ziya. Siempre le había tenido mucho cariño a Hanelai. Había habido momentos en los que Daji había llegado a temer que intentara casarse con esa enérgica general esperiliana. Riga no lo habría consentido, claro… Siempre había sido muy estricto con respecto a la pureza nikara. Y, además, detestaba a Hanelai. No obstante, Ziya lo habría hecho de todas formas.

Un amor imposible. Unos amigos celosos. Daji echaba de menos la época en la que ese era el mayor de sus problemas.

—Tengo que ir a Speer —dijo Ziya—. Tengo que… Tengo que encontrarla.

—Ah, venga ya. Sabes bien qué es lo que encontrarás allí. —Riga señaló con un gesto grandilocuente hacia la costa en llamas—. Se puede ver la isla con claridad desde aquí. Están todos muertos, cada uno de ellos. Si algo tienen esos grillos, es que son minuciosos. Ya se ha acabado todo. Las escaramuzas que estén teniendo lugar ahora son meras labores de limpieza. Hanelai está muerta, Ziya. Ya te advertí que era una estupidez dejar que se marchara.

El Guardián tenía el mismo aspecto que si Riga le hubiera clavado una daga en el corazón y se la estuviera retorciendo.

El Emperador Dragón le dio una palmada en la espalda.

—Es mejor así.

—No tenías ningún derecho a hacerlo —susurró Ziya.

Riga profirió una risa grave y cruel.

—¿Y es ahora cuando tienes agallas?

—Tienes las manos manchadas con su sangre. Los has matado tú.

—«Los has matado tú» —lo imitó Riga—. No me hables de matar a inocentes. ¿Quién arrasó con la *meseta* de Scarigon? ¿Quién le arrancó el corazón del pecho a Tseveri?

—Lo de Tseveri no fue culpa mía…

—Ah, nada es nunca culpa tuya —se mofó Riga—. Tú solo pierdes el control y la gente acaba muerta por accidente. Y luego, cuando estás despierto, te pones a quejarte de las personas que son lo bastante atrevidas como para hacer lo que es necesario mientras están completamente conscientes. Sé realista, hermano. Asesinaste a Tseveri. Dejaste que Hanelai se enfrentase a su muerte. ¿Y por qué? Porque sabías que era necesario y conocías lo que estaba en juego. Sabes que, tal y como están las cosas, esas dos zorritas tuyas representaban un obstáculo que no merecía la pena. Plantéate lo sucedido como un acto de benevolencia. Sabes bien que seguramente lo haya sido. Sabes que los esperilianos habrían dinamitado su autogobierno nada más obtenerlo. Es probable que hubieran comenzado a masacrarse unos a otros en cuanto les hubiéramos dejado

tomar las riendas. Sabes que a las personas como Hanelai nunca se les ha dado particularmente bien ser libres.

—Te odio —le espetó Ziya—. Ojalá todos estuviéramos muertos.

Riga levantó una mano y le cruzó la cara con el dorso como si nada. El golpe resonó por la estancia.

—Te liberé de tus cadenas. —Riga se acercó más a Ziya, que estaba encogido, mientras desenvainaba su espada despacio—. Os saqué a los dos de la zona ocupada. Encontré a los habitantes de las regiones interiores del norte, os conduje hasta el monte Tianshan y luego al Panteón. ¿Y te atreves a desafiarme?

El aire vibraba, cargado de algo poderoso, asfixiante y terrible.

«Arrodíllate ante él», quería gritarle Daji a Ziya. «Arrodíllate y esto habrá acabado».

Pero se había quedado muda, paralizada por el miedo.

Ziya tampoco se había movido. Era una imagen extraña, la de un hombre adulto acobardado como un niño. Sin embargo, Daji sabía a qué se debía.

El miedo se hallaba incrustado en los huesos de Ziya, igual que en los de ella. Golpe a golpe, corte a corte, a lo largo de la última década, desde que eran niños, Riga se había asegurado de que así fuera.

Daji fue consciente entonces de que ambos la estaban mirando. Exigían una respuesta por su parte. Pero ¿cuál era la pregunta? ¿Qué podía hacer ella para solucionar eso?

—¿No dices nada? —inquirió Ziya.

—No dirá nada —se mofó Riga—. La pequeña Daji sabe lo que nos conviene.

—Eres una cobarde —le espetó Ziya a Daji—. Siempre lo has sido.

—Venga, no te metas con ella…

—Que te den. —El Guardián golpeó su vara contra el suelo. El sonido hizo que Daji diera un respingo.

Riga soltó una carcajada.

—¿Quieres que hagamos esto ahora?

—No —murmuró Daji, pero la palabra salió en forma de un chirrido de terror. Ninguno de los dos la oyó.

Ziya se abalanzó sobre Riga. Este último abrió la palma de su mano y, de inmediato, el Guardián de desplomó en el suelo entre aullidos de dolor.

El Emperador Dragón dejó escapar un suspiro exagerado.

—¿Y ahora me levantas la mano, hermano?

—No eres mi hermano —jadeó Ziya.

Un vacío se abrió en el aire detrás de ellos. Las sombras de unas bestias salieron por él, una detrás de otra. Ziya les hizo una señal. Ellas atacaron, pero Riga las partió en dos como si fuesen animales de papel, tan rápido como se le acercaban.

—Por favor —dijo Riga, sin que la sonrisa de su rostro vacilase en ningún momento—, puedes hacerlo mejor.

Ziya levantó su vara. Riga hizo lo mismo con su espada.

De algún modo, Daji aunó fuerzas para moverse. Corrió a colocarse en el espacio que quedaba entre los dos hombres justo antes de que se lanzaran el uno sobre el otro con la fuerza necesaria como para partir el suelo de piedra, con una fuerza que rompió el mundo como si fuese

la cáscara de un huevo. Décadas más tarde, Daji se preguntaría si entonces había sido consciente de lo que estaba haciendo al levantar las manos y apoyarlas contra el pecho de cada uno para pronunciar el encantamiento. ¿Sabía lo que estaba haciendo y había aceptado las consecuencias? ¿O lo había hecho por accidente? ¿Todo lo que había sucedido después de aquello había sido producto de la crueldad del azar?

Lo único que supo en ese momento fue que todo el ruido y los movimientos cesaron. El tiempo se detuvo durante una eternidad. Un extraño veneno, algo que Daji jamás había invocado antes, inundó el aire, se introdujo en las mentes de los tres y se desplegó para adoptar una forma que ninguno de ellos había visto o experimentado antes. Entonces, Riga se desplomó contra el suelo y Ziya cayó hacia atrás. Tal vez ambos gritasen, pero lo único que Daji pudo oír más allá del palpitar de la sangre en sus oídos, fue el fantasmal eco de la risa fría y sin vida de Tseveri.

12

Remorando privado sobre la República nikara, anteriormente conocida como el Imperio nikara o el Imperio de Nikan, para la Oficina de Asuntos Exteriores de la República de Hesperia:

El libre comercio en los territorios nikaras sigue revelando activos que justifican la inversión del Consorcio, y los esfuerzos por adquirir dichos activos se desarrollan sin problemas, tal y como se había anticipado. El Consorcio se ha asegurado los derechos de varios yacimientos mineros clave con sorprendentemente poca resistencia (lo cierto es que imagino que los nikaras desconocen el valor de las riquezas que se hallan bajo sus pies). Además de té y minerales, nuestros agentes han descubierto ciertos bienes locales para los que encontraremos un buen mercado en nuestra tierra natal. La porcelana nikara tiene un brillo y una traslucidez que, con total sinceridad, supera la de nuestras mercancías locales. Las figuras de jade talladas por los nikaras atraerán, sin lugar a dudas, a los clientes que busquen innovadoras decoraciones de interiores (véase el cuadro 3 adjunto). La artesanía textil local es impresionante, dada su falta de telares automáticos. Sus artesanos han desarrollado unos mecanismos particularmente ingeniosos para aprovechar la fuerza del agua y hacer que el hilado de la tela sea mucho más rápido de lo que podría conseguir un solo tejedor. (¡Espero que dentro de poco nuestras damas también se paseen por las calles con vestidos de seda y parasoles!).

Los representantes de la Compañía Gris de la Orden del Creador Divino se han topado con mayores dificultades. La oposición que han presentado los indígenas a su conversión ha sido accidentada (véase la carta adjunta de la hermana Petra Ignatius del Segundo Chapitel). Esto no se debe tanto a la existencia de otra religión que desafíe la implementación de una nueva (de hecho, la mayoría de los nativos parecen mostrar indiferencia ante la religión), sino más bien a la falta de disciplina social que requiere la fe. Consideran que un recurrente culto semanal es una pérdida de tiempo, y no les gusta estar encerrados en una capilla. Están acostumbrados a sus métodos viles y supersticiosos, y parecen incapaces de aceptar la prueba irrefutable de la eminencia del Creador, incluso cuando se les explica despacio en su propio idioma. Sin embargo, continuaremos con nuestros esfuerzos, avanzando lento pero seguro. Nuestro deber para con el Arquitecto es

establecer el orden en cada rincón del mundo que lo necesite.

Consideramos que el riesgo de que los nativos nikaras puedan organizar un levantamiento armado es mínimo. Nuestros estudios sobre el Imperio indican que su cultura estratégica es pacifista y que se encuentra estancada a causa de un Gobierno que carece de ambiciones de expansión territorial. La República nunca ha organizado una expedición marítima para conquistar otra nación. Salvo por su conquista de la isla de Speer, solo se ha limitado a responder a las agresiones extranjeras. Ahora que Yin Vaisra ha acabado con los remanentes del régimen de Su Daji en el norte, esperamos que en unos cinco años nuestros temores ante la posibilidad de que *pueda* tener lugar una guerra interna desaparezcan.

La mayor amenaza ahora mismo son las guerrillas indígenas en el sur, cuyas bases están concentradas en las Provincias del Gallo y el Mono. Aparentemente, la baza con la que cuentan es la esperiliana Fang Runin, cuyas exhibiciones pirotécnicas los han convencido de que el chamanismo pagano existe y de que supera a la Orden del Creador Divino. (Nuestros enlaces en la Compañía Gris creen que estas capacidades chamánicas son manifestaciones del Caos desconocidas hasta el momento. Véase el apéndice 1, «Chamanismo nikara»). Esta amenaza no debería preocupar en exceso al Consorcio. El número de chamanes es exiguo. Aparte de la esperiliana y el heredero de Yin Vaisra, la Compañía Gris no ha identificado a más en el continente. Los rebeldes sureños siguen con siglos de atraso, incluso por detrás de la antigua Federación de Mugen, y continúan intentando destruir los dirigibles con palos y piedras.

Sus presuntos dioses no los salvarán. La hermana Petra me asegura que, además de nuestros misiles de opio mejorados, que hemos confirmado que anulan las habilidades chamánicas, los esfuerzos de investigación para idear contramedidas van como la seda, y que dentro de varias semanas contaremos con armas a las que ni la esperiliana podrá enfrentarse. (Véase el apéndice 2, «Notas de investigación sobre Yin Nezha»). El sur caerá cuando lo haga la esperiliana. A falta de una intervención divina, no tardaremos en presenciar los resultados que deseamos ver en esta nación bárbara.

En nombre del Arquitecto Divino,
general Josephus Belial Tarcquet

13

Cuando Rin despertó, tenía la cabeza embotada, sentía como si le hubieran metido capullos de gusanos de seda en la boca, y experimentaba un palpitante dolor en las cicatrices de la espalda que se le extendía hacia cada músculo de la parte inferior de su cuerpo. Oyó un rugido tan alto que pareció envolverla, ahogar sus pensamientos y provocar que sus huesos vibrasen debido a la reverberación.

Le dio un vuelco el estómago. El suelo pareció hundirse. ¿Estaba montada en un dirigible?

Alguien le estaba frotando algo frío y húmedo contra la frente. Se obligó a abrir los párpados doloridos. El rostro de Daji apareció lentamente ante ella. Estaba limpiándole la cara con un paño.

—Al fin —dijo Daji—. Comenzaba a preocuparme.

Rin se sentó y miró a su alrededor. De cerca, la cabina del dirigible era mucho más grande de lo que había imaginado. Estaban sentadas ellas dos solas en una estancia del tamaño del camarote de un barco, que debía de ser una de muchas, puesto que ninguno de los soldados republicanos se encontraba a la vista.

—Aléjate de mí.

—Anda, calla. —Daji puso los ojos en blanco mientras seguía limpiándole la porquería de las mejillas. El paño se había vuelto marrón a causa de la sangre seca—. Acabo de salvarte la vida.

—No voy a… —A Rin le costaba ordenar sus pensamientos, intentar recordar por qué tenía miedo—. La montaña. ¡La montaña! No voy a…

—Come. —La Víbora le puso un panecillo rancio en la mano—. Necesitas recobrar las fuerzas. De lo contrario, no sobrevivirás al emparedamiento.

Rin la miró con impotencia. No se llevó el panecillo a la boca. Apenas tenía fuerza en los dedos como para agarrarlo bien.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Nos estoy salvando a las dos —le explicó Daji—. Puede que también a tu incipiente imperio sureño, si dejas de ponerte histérica y me escuchas.

—El ejército…

—Tu ejército te ha abandonado. Tus leales oficiales ya no pueden ayudarte. La Coalición Sureña te ha destituido y no puedes invocar el fuego. —La Víbora le atusó el cabello detrás de las

orejas—. Nos estoy garantizando un viaje seguro a la Chuluu Korikh.

—Pero ¿por qué…?

—Porque con mis fuerzas no basta. Necesitamos a un aliado. Un amigo que ambas compartimos y que, según tengo entendido, está pasando tranquilamente la eternidad en una montaña.

Rin parpadeó. Entendía las palabras de Daji, pero no lo que quería decirle. Tardó un momento en ordenar los pensamientos en su mente y poder encajar todas las piezas.

Entonces, se quedó horrorizada.

Llevaba casi un año sin pensar en Jiang. No se lo había permitido a sí misma. Los recuerdos eran demasiado dolorosos. No solo había sido su profesor, sino su maestro. Rin había confiado en él. Jiang le había prometido mantenerla a salvo. Pero entonces, en cuanto su mundo se había sumido en una guerra, la había abandonado. La había dejado sola para encerrarse a sí mismo dentro de una puñetera roca.

—No saldrá —dijo Rin con la voz ronca—. Tiene demasiado miedo.

Daji curvó los labios hacia arriba.

—¿Eso crees?

—Quiere esconderse. No se marchará de allí. Está… Le pasa algo…

—Su Sello está desapareciendo —dijo Daji con fiereza. Su ojo bueno refulgió—. Lo sé. Yo también lo he sentido. Se está fortaleciendo… Vuelve a ser él mismo. No sabía lo que hacía cuando nos sellé a los tres, pero siempre he sospechado que no lo hice bien, o más bien esa es la esperanza que siempre he tenido. Y no lo hice. El Sello estaba roto, era imperfecto, y ahora se está desvaneciendo. Ahora es cuando nosotros… Cuando yo tengo mi segunda oportunidad.

—Eso da igual. —Rin negó sin fuerzas con la cabeza—. Él no saldrá de allí.

—Ah, pero tendrá que hacerlo. —Daji continuó frotándole las sienes a la joven—. Lo necesito.

—Yo también lo necesitaba —dijo la esperiliana. Sintió una intensa punzada en el pecho, una desgarradora mezcla de frustración y desesperación que, hasta ahora, se le había dado muy bien reprimir. Quería pegarle a algo, quería llorar. ¿Cómo era posible que, después de ese tiempo, una herida tan antigua pudiera dolerle tanto?

—Tal vez fuera así. —Daji le dedicó a Rin una mirada de lástima—. Pero Ziya no es tu ancla, es la mía.

El resto de la travesía pudo haber durado minutos u horas. Rin no lo sabía, ya que había estado sumida en un doloroso aturdimiento, perdiendo y recuperando la consciencia a la par que su cuerpo sufría un sinfín de contusiones. Daji guardaba silencio, ya que no quería que nadie las oyera. Al fin, el rugido del motor se redujo a un chirrido, hasta que se detuvo. Rin se despertó de golpe cuando la cabina tocó el suelo en una posición inclinada y chirrió hasta que se detuvo varios metros más adelante. Entonces, los soldados republicanos entraron en su compartimento, cargaron con ella en una camilla de madera y la sacaron hacia el aire helado de la montaña.

Rin no se resistió. Daji quería que se hiciera la indefensa.

La joven sabía que habían llegado a la Provincia de la Serpiente. Reconocía la forma de esas montañas. Ya las había recorrido antes. No obstante, una parte de su mente no quería aceptar que

de verdad estaban en las montañas de Kukhonin.

Había pasado menos de un día desde que Souji la había traicionado en Tikany. En el tiempo transcurrido desde entonces, habían cruzado juntos la mitad del país. Esa travesía debía haber durado semanas. Rin había visto volar a los dirigibles, sabía lo rápido que se movían, pero eso le resultaba absurdo. Aquello echaba por tierra todo lo que creía saber sobre el tiempo, la distancia y el espacio.

¿Era así como solían viajar los hesperianos? La joven intentó concebir la cuestión del espacio desde su perspectiva. ¿Cómo sería una sociedad que pudiera atravesar un continente en cuestión de días? ¿Si pudiera levantarse una mañana en Sinegard y acostarse esa misma noche en Arlong?

No le extrañaba entonces que los hesperianos se comportaran como si fueran los dueños del mundo. Para ellos todo lo demás debía de ser insignificante.

—¿Por dónde? —preguntó un soldado.

—Hay que subir —dijo Daji—. La entrada se halla cerca de la cima. Allí no habrá espacio para aterrizar la nave. Tendremos que escalar.

Rin estaba tan bien atada a la camilla que apenas podía levantar la cabeza. Era incapaz de ver cuánto tenían que subir, pero sospechaba que tardarían horas. Cuanta más altura, más traicioneramente estrecho se volvía el único sendero que conducía a la entrada de la Chuluu Korikh. A un tercio del camino hacia la cima no habría espacio para aterrizar nada tan grande como un dirigible.

Al menos, la esperiliana no tenía que escalar. Los soldados cargaron con ella por la montaña, balanceando la camilla sobre la que estaba tendida, con lo que consiguieron adormilaría. Rin sentía la cabeza ligera y confusa. No estaba segura de si la habían sedado o de si su cuerpo estaba abatido debido a todas las lesiones que había sufrido antes. Pasó toda la marcha en un estado de semiinconsciencia, lo bastante mareada como para que los moratones que le habían provocado las botas de Souji no fueran más que un dolor leve y casi placentero.

No se dio cuenta de que habían llegado a la Chuluu Korikh hasta que oyó el crujido que emitió la puerta de piedra al abrirse.

—Necesitamos luz —dijo Daji.

Rin escuchó un chisporroteo cuando alguien encendió una antorcha.

«Ahora», pensó la joven. Ahora era cuando Daji se volvería contra los soldados, no cabía duda. Había conseguido lo que quería. Se había asegurado un viaje a la Chuluu Korikh, y ahora solo tenía que hipnotizarlos, atraerlos hacia el precipicio y empujarlos.

—Vamos —dijo Daji—. Aquí dentro no hay nada que temer. Solo hay estatuas.

Los soldados introdujeron a Rin en la profunda oscuridad. Una presión inmensa cayó sobre la esperiliana, como si una mano invisible se hubiera cerrado sobre su nariz y su boca.

Rin jadeó y arqueó la espalda contra la camilla. Tragó enormes bocanadas de aire, pero este era exiguo e insuficiente, y con ello no logró detener la expansión de las sombras negras en el borde de su visión. Podía respirar con tanta intensidad como para desgarrarse los pulmones y, aun así, no sería suficiente. El interior de la Chuluu Korikh era tan firme, tan material, un lugar tan sólido, que desde allí era imposible acceder al plano espiritual.

La sensación era peor que la de ahogarse.

La esperiliana apenas había podido soportar esa presión la primera vez que había estado allí con Altan. Ahora que había vivido y respirado durante años con una deidad al alcance de un

suspiro, era mucho peor. El Fénix se había convertido en parte de ella, en una presencia constante y reconfortante en su mente. Hasta con la ausencia de Kitay, Rin seguía sintiendo una mínima conexión con su dios, pero allí eso había desaparecido. Ahora sentía como si el peso de la montaña fuera a destrozarla desde dentro.

El soldado que se hallaba delante de ella le dio un golpe en la frente con los nudillos.

—Ah, cállate ya.

Rin no había sido consciente de que estaba gritando.

Alguien le había metido un trapo en la boca. Eso hacía que la sensación de asfixia fuese peor. Dejó de pensar de manera racional. Olvidó que todo eso era una farsa, que formaba parte del plan de la Víbora. ¿Cómo podía soportarlo Su Daji, que había vivido con la voz de una diosa en la cabeza durante más tiempo del que Rin llevaba viva? ¿Cómo podía caminar con tanta calma hacia delante sin ponerse a gritar mientras Rin se retorcía, suspendida en ese último momento del ahogamiento justo antes de la muerte?

—¿Todos estos eran chamanes? —El soldado que cargaba con las piernas de la esperiliana soltó un silbido, un sonido bajo que reverberó por toda la montaña—. Por la Gran Tortuga, ¿cuánto tiempo llevan aquí?

—Llevan aquí desde que existe este Imperio —dijo Daji—. Y seguirán aquí mucho después de que hayamos muerto.

—¿No pueden morir?

—No. Sus cuerpos ya no son mortales. Se han convertido en portales abiertos para los dioses, y por eso están encerrados aquí, para que no destruyan el mundo.

—Me cago en la puta. —El hombre chasqueó la lengua—. Qué duro.

Los soldados se detuvieron y bajaron la camilla de Rin al suelo. El que cargaba con la parte de su cabeza se inclinó sobre la joven. Los dientes le resplandecían con un tono amarillento bajo la luz de la antorcha.

—Esta es tu parada, esperiliana.

Rin miró por detrás de él, en dirección a las filas y filas de pedestales vacíos que se extendían hacia lo más profundo de la montaña, donde la vista de la joven no alcanzaba a ver. La esperiliana sentía tanto miedo que su mente no le respondía. Se retorció inútilmente mientras los soldados la desataban de la camilla y la aupaban al pedestal que les quedaba más cerca.

La joven miró a Daji, suplicándole en silencio sin éxito. «¿Por qué no hace nada?». ¿Acaso esa farsa no se había alargado ya lo suficiente? Daji no tenía por qué emparedar a Rin. Tan solo había necesitado un viaje seguro hacia la Chuluu Korikh. Ya no necesitaba para nada a los soldados republicanos. A esas alturas, ya debería haberse deshecho de ellos.

Pero la Víbora se limitó a quedarse allí plantada, con los ojos entornados y el rostro relajado mientras observaba cómo los soldados colocaban a la joven en el centro del pedestal.

A Rin se le pasó por la cabeza un terrible pensamiento.

Lo de Daji no había sido un farol.

La antigua emperatriz había necesitado un viaje seguro hacia la Chuluu Korikh. Necesitaba al maestro Jiang. Pero ninguna parte de su plan requería la presencia de Rin.

Por los dioses.

Tenía que salir de allí. No podría escapar, no había ninguna forma de que, en ese estado, pudiese llegar hasta la puerta y bajar la montaña antes que el resto, con las piernas tan bien

atadas. Sin embargo, sí que podía llegar hasta el borde de la galería. Podía lanzarse al vacío.

Cualquier cosa sería mejor que una eternidad bajo la piedra.

Dejó de resistirse y se desplomó entre los brazos de los soldados, fingiendo haberse desmayado. Funcionó. Los hombres aflojaron su agarre, lo suficiente como para que Rin lograse liberar el torso. Se escabulló de entre sus manos y corrió hacia la cornisa. Tenía las piernas tan bien atadas que solo lograba avanzar arrastrando los pies, pero estaba tan cerca… La tenía a unos pocos metros, podía esquivar a los soldados en tan solo dos pasos…

Pero entonces, llegó al borde y vio el gran abismo, y sus extremidades parecieron convertirse en plomo.

«Salta».

No podía.

No importaba que supiera que la eternidad en la Chuluu Korikh era peor que la muerte. Aun así, no podía hacerlo. No quería morir.

—Vamos. —Unos fuertes brazos la envolvieron por la mitad de su cuerpo y la arrastraron para alejarla del borde—. No te vas a librar tan fácilmente.

Los soldados la agarraron por las piernas para poder cargar con ella como si fuese un saco de arroz. Juntos, la colocaron en una posición erguida sobre el pedestal.

—¡Parad! —gritó Rin, pero sus palabras sonaron amortiguadas y apenas comprensibles a causa de la mordaza—. Parad, por favor, no… ¡Daji! ¡Daji! ¡Díselo!

La Víbora no la miró a los ojos.

—Aseguraos de que sus pies queden en el centro —dijo la mujer con calma, como si estuviera dando instrucciones a unos sirvientes para mover una mesa—. Levantadla para que quede recta. La piedra se encargará del resto.

Rin hizo todo lo que pudo para escapar: patalear, agitarse, retorcerse y quedarse inerte. No la soltaron. Eran demasiado fuertes, y ella estaba demasiado débil: hambrienta, herida y deshidratada.

No le quedaba ninguna vía de escape. Estaba atrapada, y ni siquiera podría morir.

—¿Y ahora qué? —preguntó uno de los soldados.

—Ahora la montaña hará su trabajo. —Daji comenzó a corear algo en el idioma de los ketreyides y las rocas cobraron vida.

Rin contempló horrorizada la base del pedestal. Al principio, el movimiento que se estaba produciendo parecía un efecto de la luz de la antorcha, pero entonces la joven sintió el tacto helado de la piedra alrededor de los tobillos a medida que el pedestal se elevaba y la envolvía, solidificándose en una capa inmóvil sobre la superficie de su piel. Rin no tuvo tiempo de resistirse. En cuestión de segundos, la piedra llegó a cubrirle hasta las rodillas. El soldado que la sujetaba para mantenerla recta le soltó los brazos y se apartó con premura cuando la roca le llegó a Rin a la cintura. Ahora tenía la parte superior del cuerpo libre, pero no supuso ninguna diferencia. Por mucho que se sacudiera, no podía partir el muro de roca que tenía alrededor de las piernas. Un momento después, le llegó hasta el pecho, inmovilizándole la curvatura de los codos, y subió hacia su cuello. La joven levantó la cabeza, desesperada por sacar la nariz de la piedra. Pero eso dio igual. La roca se extendió por su cara, sobre sus ojos.

Y entonces, pasó a no ver nada. A no oír nada. No sentía la piel contra la roca, sino que esta se había convertido en parte de ella, en una capa externa natural que la dejaba completamente

inmóvil.

No podía moverse.

No podía moverse.

Forcejeó contra la roca, pero esta no cedió ni lo más mínimo, y lo único que consiguió con eso fue sentir tanta ansiedad que comenzó a empujar cada vez con más fuerza mientras el pánico se desataba en su interior, intensificándose a cada segundo que pasaba por no tener hacia dónde salir.

No podía respirar. Al principio, al menos se sentía agradecida por ello. Debido a la falta de aire, no tardaría en perder la consciencia, y entonces esa tortura terminaría. Podía sentir cómo le ardían los pulmones, cómo le iban a estallar. No tardaría en desmayarse. Pronto habría acabado todo.

Sin embargo, no sucedió nada.

Se estaba ahogando, y lo haría durante toda la eternidad, pero no llegaría a morir.

Necesitaba gritar y no podía. Quería retorcerse y agitarse con tantas ganas que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho, e incluso eso habría sido mejor, porque entonces podría morir. En cambio, permaneció detenida en ese momento interminable que se extendía hacia el infinito.

La certeza de que esa situación podría continuar y continuará durante días, que se convertirían en estaciones y luego en años, suponía una tortura inimaginable.

«Debería haber saltado», pensó. «Ojalá estuviera muerta».

Repitió ese pensamiento en su mente una y otra vez. Era lo único en lo que podía pensar en esa nueva y aterradora realidad.

«Ojalá estuviera muerta».

«Ojalá estuviera muerta».

«Ojalá…».

La mera idea de haber muerto pasó a convertirse en una fantasía. Se imaginaba habiendo saltado, esa caída corta y eufórica, y el satisfactorio crujido de sus huesos contra el fondo, seguido de una bendita nada. Repitió la secuencia tantas veces en su mente que, durante unos breves segundos, se engañó a sí misma y llegó a creer que eso era realmente lo que había sucedido.

No podría seguir sintiendo ese pánico para siempre. En algún momento desaparecería y sería sustituido por una impotencia apagada y vacía. Su cuerpo acabaría resignándose a la verdad, que era que no escaparía. No moriría. Permanecería allí, en esa postura, medio muerta y medio viva, consciente y dándole vueltas a la cabeza durante toda la eternidad.

Ahora no le quedaba nada más que su propia mente.

Mucho tiempo atrás, Jiang le había enseñado a meditar, a vaciar su mente durante horas mientras su cuerpo se sumía en un apacible aturdimiento para convertirse en un recipiente vacío. Sin duda, así era como su maestro había sobrevivido allí durante tanto tiempo, ese era el motivo de que hubiese entrado en ese lugar voluntariamente. Rin deseaba poseer esa habilidad. Pero jamás había logrado alcanzar esa calma interior. Su mente se rebelaba contra el aburrimiento. Su mente no hacía más que divagar.

Rin no tenía nada más que hacer que revisitar sus recuerdos para mantenerse entretenida. Se volcó en ellos, los diseccionó, los alargó y los disfrutó, deleitándose con cada nimio detalle. Recordó Tikany. Recordó esas agradables y cálidas tardes que había pasado en un aula con el

profesor Feyrik debatiendo sobre los pormenores de los libros que él le había prestado y extendiendo los brazos para que le entregara más. Recordó jugar con Kesegi de bebé en el patio, fingiendo ser cada una de las bestias conocidas de la casa de las fieras del emperador, rugiendo y siseando solo para hacerlo reír. Recordó esos minutos de quietud en la oscuridad, esos breves intervalos en los que se quedaba completamente sola, libre de la tienda y de la tía Fang, capaz de respirar sin miedo.

Cuando Tikany había dejado de satisfacerla, entonces se concentró en Sinegard, en ese lugar duro e intimidante que, paradójicamente, ahora formaba parte de sus recuerdos más felices. Recordó cuando estudiaba en las frías salas del sótano de la biblioteca de la academia con Kitay, observando a su amigo pasarse sus delgados dedos por el nacimiento del cabello mientras hojeaba un pergamino tras otro. Recordó cuando practicaba esgrima por las mañanas temprano con Jiang en el jardín de la clase de Folclore, cuando esquivaba sus golpes con los ojos tapados con una venda atada alrededor de la cabeza.

Empezó a dársele muy bien explorar las grietas de su mente, excavar y sacar recuerdos que no sabía que seguía teniendo. Recuerdos que no se había permitido revivir hasta ahora por miedo a que la hiciesen derrumbarse.

Recordó la primera vez que había visto a Nezha, y todas las veces después de esa.

Le dolía verlo. Le dolía muchísimo.

En el pasado, ambos habían sido tan inocentes… Era una agonía recordar cómo era el rostro del joven hacía tan solo un año: hermoso, engreído e insoportable al mismo tiempo. Sonreía con gusto o lucía esa absurda mueca propia de un perro nervioso. Pero Rin estaba atrapada en ese lugar para toda la eternidad. Esos recuerdos eran lo único que le quedaba, y el dolor era la única forma que tenía de volver a sentir algo.

La esperiliana repasó toda su historia juntos, remontándose al momento en el que lo había conocido en Sinegard hasta el instante en el que había sentido la espada de Nezha clavada entre los músculos de su espalda. Recordaba la belleza infantil que irradiaba el joven, la atracción y la repulsión que había sentido al mismo tiempo por ese altivo rostro esculpido. Recordó cómo Sinegard le había hecho pasar de ser un príncipe malcriado y ruin a un soldado curtido por el entrenamiento. Recordó la primera vez que se habían enfrentado el uno al otro y la primera vez que habían luchado juntos en una batalla. La animosidad y la camaradería que había entre ambos le habían resultado a Rin algo tan natural como ponerse el guante que le faltaba, como encontrar a su otra mitad.

Recordó todo lo que había crecido el chico en altura; cómo, cuando se abrazaban, su cabeza encajaba perfectamente bajo la barbilla de él. Recordó el aspecto que tenían sus ojos oscuros bajo la luna llena la noche que habían pasado en los muelles. Justo cuando Rin había creído que iba a besarla. Justo antes de que Nezha la apuñalara por la espalda.

Dolía muchísimo repasar esos recuerdos. Era humillante recordar lo dispuesta que había estado a creerse sus mentiras. Se sentía como una idiota por haber confiado en él, por haberlo querido, por haber pensado que alguno de esos miles de pequeños momentos que habían compartido durante la breve estancia de Rin en el ejército de Vaisra significaba que ella le había importado de verdad, cuando lo cierto era que Nezha la había manipulado, igual que había hecho su padre.

La esperiliana revivió esas interacciones tantas veces que comenzaron a perder sentido. La

intensa punzada de dolor se transformó en un ligero ardor, hasta no ser nada. A Rin dejó de importarle el significado de todo eso. Había comenzado a resultarle aburrido su propio dolor.

Así que se centró en lo último que podía seguir haciéndole daño. Buscó el Sello y descubrió que seguía en el mismo sitio, listo y aguardándola en el fondo de su mente, retándola a acercarse.

Por un momento, Rin se preguntó por qué no habría desaparecido el Sello. No era más que el producto de la magia de la diosa Nüwa, y en la Chuluu Korikh se perdía toda conexión con los dioses. Pero quizás, cuando Daji había soltado esa magia al mundo, había roto esa conexión, del mismo modo que el veneno seguía presente una vez que moría la serpiente.

La esperiliana lo agradecía. Al menos así tendría una distracción de su propia mente. Algo con lo que jugar, con lo que tontear. Para los prisioneros incomunicados, un cuchillo para entretenerse era mejor que nada.

¿Qué sucedería si tocaba el Sello en ese momento? Tal vez nunca lograra regresar. Allí, sin nada procedente de la realidad para distraerla, quizás acabara atrapada en una mentira cargada de veneno para toda la eternidad.

Pero no le quedaba nada más. No había ninguna realidad a la que volver, que la salvara de sus propios viejos recuerdos.

Se inclinó hacia delante y cayó a través de la puerta.

—Hola —le dijo Altan—. ¿Cómo hemos acabado aquí?

Estaba de pie, demasiado cerca de ella. Solo los separaban un par de centímetros.

—Aléjate —le respondió ella—. No me toques.

—Y yo que creía que querías verme. —Ignorando su petición, Altan alargó la mano, la agarró de la barbilla y le levantó la cabeza—. ¿Qué te ha pasado, querida?

—Me han traicionado.

—«Me han traicionado» —se mofó él—. Déjate de tonterías. Lo has tirado todo por la borda. Contabas con un ejército. Leiyang era tuyo. Tenías al sur en la palma de tu mano y la cagaste, pedazo de mierda de piel oscura…

¿Por qué Rin tenía tanto miedo? Sabía que allí era ella quien tenía el control. Altan era producto de su imaginación. Altan estaba muerto.

—Aléjate.

Él no hizo más que acercarse.

La joven sintió una oleada de pánico. ¿Y sus cadenas? ¿Por qué no la obedecía?

El esperiliano le dedicó una sonrisa burlona.

—No puedes decirme qué hacer.

—No eres real. Solo existes en mi mente…

—Querida mía, yo soy tu mente. Soy tú. Soy lo único que te queda. Ahora solo estamos tú y yo, y no pienso irme a ningún sitio. No quieres paz. Quieres que alguien te haga rendir cuentas. Quieres saber qué es lo que has hecho exactamente y no olvidarlo. Así que empecemos. —La agarró con más fuerza de la barbilla—. Admite lo que has hecho.

—He perdido el sur.

El joven le dio un golpe seco con la mano contra la frente. Rin sabía que no era real, que todo era una alucinación, pero aun así sintió dolor. Dejó que le doliera. Era su imaginación, y había decidido que se merecía ese castigo.

—No solo has perdido el sur. Has renunciado a él. Tenías a Nezha a tu merced. Tenías la

hoja contra su piel. Lo único que debías hacer era bajar el brazo y habrías ganado. Podrías haberlo matado. ¿Por qué no lo hiciste?

—No lo sé.

—Yo sí. —Otro sonoro golpe, esta vez en la sien izquierda. Rin giró bruscamente la cabeza hacia un lado. Altan la agarró por la garganta y le hundió las uñas en la piel alrededor de la laringe. El dolor era insoportable—. Porque eres patética. Necesitas ser el perro de alguien. Necesitas olerle el culo a alguien.

Rin sintió cómo se le helaba la sangre. Y no era por la tortura mental autoinducida, sino por un miedo real e incontrolable. No sabía cómo acabaría todo eso, no podía predecir lo que su mente haría a continuación. Quería detenerlo. Debería haber dejado en paz el Sello.

—Eres débil —le espetó Altan—. Eres una niñata estúpida, sensiblera y llorica que ha traicionado a todo el mundo a su alrededor porque no ha podido superar a su amor de la juventud. ¿Creías que él te quería? ¿Crees que te ha querido alguna vez?

El esperiliano echó el puño hacia atrás. Un temblor sacudió el Sello. La imagen de Altan se onduló como un reflejo sobre un lago al lanzar una piedra. Se produjo un segundo temblor. Altan desapareció. Entonces, Rin comprendió que aquello no era una alucinación; algo estaba golpeando el muro de roca a unos centímetros de su cara.

Al tercer golpe sintió un temblor que comenzó en su nariz y le atravesó todo el cuerpo. Le castañearon los dientes.

Le habían castañeado los dientes.

Movimiento. Lo que significaba…

Un cuarto temblor. La piedra se resquebrajó. Rin cayó fuera del pedestal y se golpeó con fuerza contra el suelo de piedra. El dolor le atenazó las rodillas. Era una sensación maravillosa. Escupió el trapo que tenía metido en la boca. El aire en el interior de la montaña, por muy viciado y húmedo que estuviera, le resultaba delicioso. La sensación de asfixia que había sentido antes había desaparecido. Comparado con estar emparedada, ese espacio abierto era igual que la diferencia entre una leve humedad y estar completamente bajo el agua. Rin permaneció bastante rato agachada, con la cabeza colgando entre los hombros y limitándose a respirar, maravillada por lo que se sentía cuando el aire entraba y salía de sus pulmones.

Flexionó los dedos. Se tocó la cara y los sintió sobre las mejillas. La dicha que le proporcionaban esas sensaciones, la pura libertad de movimiento, casi la hizo llorar.

—Por la Gran Tortuga —dijo una voz que la joven no había oído desde hacía muchísimo tiempo—. Es evidente que alguien aquí jamás aprendió a meditar.

Los ojos de Rin tardaron un momento en acostumbrarse a la luz de la antorcha. Dos siluetas se cernían sobre ella. A su izquierda estaba Daji. Y a su derecha se encontraba Jiang, cubierto de pies a cabeza de un polvo grisáceo, esbozando una gran sonrisa a modo de saludo, como si se hubieran visto el día anterior.

—Tienes porquería en el pelo. —El maestro se agachó para desatarle las piernas a Rin—. Por los dioses, tienes por todas partes. Vamos a tener que meterte de cabeza en el río.

Rin se encogió ante el contacto con el hombre.

—Aléjese de mí.

—¿Estás bien, niña? —Su tono era muy ligero, muy natural.

La esperiliana se quedó contemplándolo, sorprendida. Jiang llevaba un año desaparecido.

Parecía que hubieran sido décadas. ¿Cómo podía comportarse como si todo fuera normal?

—¿Hola? —Jiang agitó una mano delante de la cara de la joven—. ¿Te vas a quedar ahí pasmada?

Rin logró hablar:

—Me abandonó.

La sonrisa desapareció del rostro del Guardián.

—Ay, niña.

—Me abandonó. —La expresión dolida de su antiguo maestro solo sirvió para cabrearla más. Parecía que se estuviera burlando de ella. Jiang no iba a librarse de esa conversación igual que se libraba de todo, fingiendo estar loco para eludir sus responsabilidades, de un modo tan magistral que todos se lo creían. El maestro de Rin nunca había estado tan trastornado como todos pensaban que estaba. La joven no iba a tragárselo ahora—. Le necesitaba… Altan le necesitaba… Y lo único que usted hizo fue…

Jiang habló en un tono de voz tan bajo que Rin apenas logró oírlo:

—No podía salvar a Altan.

A la joven se le quebró la voz.

—Pero sí que podría haberme salvado a mí.

Jiang pareció afectado. Por una vez, no tenía ninguna respuesta ingeniosa ni ninguna excusa o forma de eludir la cuestión.

Rin llegó a creer que iba a disculparse.

Pero entonces, el maestro ladeó la cabeza y volvió a esbozar una sonrisa.

—¿Para qué? Te habría arruinado toda la diversión.

En el pasado, en el peor de los casos, el humor de Jiang había sido de lo más irritante y, en el mejor, un grato consuelo en un entorno hostil. En el pasado, él había sido la única persona que había logrado hacer reír a menudo a Rin.

Ahora, la joven lo veía todo rojo.

No se paró a pensar. Se abalanzó sobre él, con los dedos cerrados en un puño cuando ya los tenía cerca de la cara de su maestro. Jiang sacó una mano de entre sus mangas. Agarró a Rin por la muñeca y le apartó el brazo con más fuerza de la que ella esperaba.

Rin siempre olvidaba lo fuerte que era Jiang. Con todo ese poder oculto dentro de ese cuerpo enjuto y peculiar.

—Si me pegas, ¿te sentirás mejor?

—Sí.

—¿De verdad?

Rin lo fulminó con la mirada durante un momento mientras respiraba con dificultad. Acto seguido, dejó caer la mano.

—Huyó —le dijo la joven. No era justo acusarlo de eso. Rin lo sabía. Pero una parte de ella jamás había dejado de ser su estudiante. Esa misma parte que estaba aterrorizada y que seguía necesitando la protección de su maestro—. Se marchó. —No podía evitar que se le quebrara la voz—. Me dejó sola.

—Ay, Rin. —La voz de Jiang pasó a ser amable—. ¿Crees que este lugar es algo parecido a un refugio?

Rin no quería perdonar. Quería seguir enfadada. Había estado alimentando ese resentimiento

durante demasiado tiempo. No podía dejarlo estar. Sentía que le habían arrebatado algo que era suyo por derecho.

Pero el horror que había sufrido durante el emparedamiento era aún muy reciente. Acababa de escapar de su propia prisión de piedra. Y nada, absolutamente nada, podría hacerla volver a entrar ahí. Antes preferiría lanzarse por la cornisa.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? —le preguntó Rin.

—Para protegerte —le respondió—. Para proteger a todos los que me rodeaban. Siento que no se me ocurriera un modo mejor de hacerlo.

Rin no tenía respuesta para eso. Las palabras de su maestro la aterrorizaban. Si Jiang había considerado que ese infierno era la mejor de entre todas las posibilidades, entonces, ¿qué podría ser eso que lo asustaba tanto?

—Lo siento, niña. —Jiang alargó las manos en un gesto conciliador—. Lo siento muchísimo.

La joven se dio la vuelta y negó con la cabeza, rodeándose el pecho con los brazos. No podía perdonarlo con tanta facilidad. Necesitaba tiempo para que se consumiera la mecha de su rabia. No podía mirarlo a los ojos. Se alegraba de que la luz del fuego fuese tan tenue que él no pudiera verle las lágrimas.

—¿Y qué ha cambiado entonces? —preguntó la esperiliana, secándose las mejillas—. Su Sello está desapareciendo. ¿No teme lo que pueda salir por él?

—Ah, sí, me aterroriza —dijo Jiang—. No tenía ni idea de lo que mi libertad podría ocasionar. Pero quedarme suspendido en el tiempo no es la solución. Esta historia debe terminar, de un modo u otro.

—Esta historia tendrá su final. —Daji había presenciado su conversación en silencio, con la boca torcida en una expresión indescifrable. Ahora, su fría voz cortaba el aire como un cuchillo —. Y acabará como siempre ha estado destinada a hacerlo.

Jiang apoyó una mano sobre el hombro de Rin.

—Vamos, niña. Veamos cómo se ha resquebrajado el mundo durante mi ausencia.

El Guardián volvió a ofrecerle la mano. Esta vez, Rin se la cogió. Y juntos se aproximaron hacia la puerta abierta, hacia ese círculo de luz cegadora.

La resplandeciente blancura de la nieve bajo el sol era una agonía. No obstante, Rin se deleitó con el dolor que le producía en los ojos, igual que con el azote del viento frío sobre su rostro y la piedra y la nieve medio derretida bajo sus pies. Abrió la boca y aspiró una gran bocanada de aire helado de la montaña. En ese momento, fue lo mejor que había saboreado nunca.

—Preparaos para *caminar* —dijo Daji—. No puedo manejar esa aeronave. Tendremos que ir a pie hasta que encontremos algún caballo.

La joven echó un vistazo hacia atrás y luego parpadeó, sobresaltada.

La vieja bruja de Tikany había desaparecido. Décadas enteras se habían desvanecido del rostro de Daji. Ya no tenía arrugas alrededor de los ojos, la piel que rodeaba el que le faltaba era lisa y sin cicatrices, y el globo ocular se le había curado milagrosamente.

Jiang también tenía un aspecto más vigoroso que nunca. No solo parecía más joven. Eso no era nada nuevo, el maestro siempre había parecido tener una edad indefinida, como si procediera de un lugar fuera del tiempo. Pero ahora parecía sólido. Poderoso. Tenía una expresión distinta

en la mirada, menos extravagante, menos divertida y más concentrada de lo que Rin lo había visto nunca.

Ese hombre había combatido en las Guerras de la Amapola. Ese hombre había estado a punto de gobernar el Imperio.

—¿Pasa algo? —le preguntó Jiang.

Rin negó con la cabeza y pestañeó.

—Nada. Es solo que… Mmm, ¿dónde están los soldados de Nezha?

Daji se encogió de hombros.

—Me libré de ellos en cuanto te metieron en la montaña.

La esperiliana se sentía indignada.

—¿Y no podrías haberme liberado un poco antes?

La Víbora esbozó una sonrisa glacial.

—Creí que te vendría bien saber lo que se siente.

Esa noche se cobijaron bajo un pequeño nicho cerca de la base de la montaña. Entre tarareos, Jiang se encargó de encender una hoguera. Daji desapareció entre los árboles y, veinte minutos después, regresó con una ristra de ratas muertas a las que procedió a desollar con una daga.

Rin se apoyó contra el tronco de un árbol e intentó mantener los ojos abiertos. Lo absurda que era esa escena habría llegado a asombrarla si hubiera tenido la energía para ello. Estaba sentada alrededor de una hoguera con dos de las personas más poderosas de la historia nikara, unos personajes que para la mayor parte de la gente solo existían en los teatros de sombras, y los observaba preparar la cena. Cualquier otra persona se habría quedado boquiabierta de puro asombro.

Sin embargo, Rin estaba demasiado agotada como para pensar siquiera. El recorrido montaña abajo no había sido arduo, pero la Chuluu Korikh le había drenado las fuerzas. La joven sentía como si hubiera sobrevivido por los pelos a una caída libre por una cascada. Casi se había quedado dormida cuando Jiang le pinchó en el estómago con un palo.

Rin dio un respingo.

—¿Qué?

Su maestro volvió a darle un golpecito.

—Estás muy callada.

La joven se frotó el costado.

—Solo quería sentarme durante un minuto. En paz. ¿Puedo hacer eso?

—Ahora estás siendo una maleducada.

Rin alzó su lánguida mano y le asestó un golpe a Jiang en la espinilla.

Su maestro la ignoró y se sentó a su lado.

—Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer a continuación.

La esperiliana soltó un suspiro.

—Pues hable.

—A ver, Daji me ha puesto un poco al corriente. —Se frotó las manos y luego las extendió sobre las llamas—. Ha sido un día muy inquietante para mí.

—Lo mismo digo —masculló Rin.

—Pero, por lo que tengo entendido, tú sólita has conseguido dividir al país.

—Eso no ha sido culpa mía.

—Ah, ya lo sé. Yin Vaisra siempre ha sido un diablillo sediento de sangre. —Jiang le dedicó un guiño—. Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Asolamos Arlong?

Rin lo miró boquiabierta durante un momento, esperando a que el Guardián se riera, antes de darse cuenta de que se lo estaba diciendo muy en serio. Su mirada era sincera. La joven no tenía ni idea de lo que era capaz de hacer ese nuevo Jiang, pero tendría que tomarse sus palabras al pie de la letra.

—No podemos hacer eso —le respondió Rin—. Antes tenemos que infiltrarnos entre sus filas. Tienen… Han cogido a alguien.

—¿A quién?

Daji intervino desde el otro lado de la hoguera.

—A su ancla.

—¿Tiene un ancla? —Jiang arqueó una ceja—. ¿Desde cuándo? Podrías habérmelo contado.

—Te he sacado de entre las rocas esta misma tarde —se defendió Daji.

—Pero esto es algo relevante…

—Kitay —soltó Rin—. Chen Kitay. Estaba en mi clase en Sinegard. Nezha lo tomó prisionero en Tikany y tenemos que liberarlo.

—Me acuerdo de él. —Jiang se frotó la barbilla—. ¿Un crío delgaducho? ¿Con orejas grandes y el cabello igual que un arbusto sin podar? ¿Más listo de lo que le conviene?

—Ese mismo.

—¿Sabe la República que es tu ancla? —preguntó Daji.

—No. —Aparte de Chaghan, todos los que sabían que Rin tenía un ancla habían muerto en el lago Boyang—. Es imposible que alguien lo sepa.

—¿Y tienen algún motivo para hacerle daño? —insistió la Víbora.

—Nezha no haría eso —dijo Rin—. Son amigos.

—Un amigo no envía un dirigible bombardero a atacar a sus amigos —replicó Jiang.

—La conclusión es que Kitay está vivo —dijo Rin, exasperada—. Y lo primero que tenemos que hacer es traerlo de vuelta.

Jiang y Daji intercambiaron una mirada larga y reflexiva.

—Por favor —suplicó Rin—. Seguiré cualquier plan que los dos ideéis, pero necesito a Kitay. De lo contrario, no sirvo para nada.

—Lo liberaremos —le aseguró su maestro—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas conseguir un ejército?

Daji resopló.

Rin volvió a suspirar.

—Mis tropas me traicionaron por la República, y su líder probablemente quiera verme muerta.

—No es lo ideal —declaró Jiang.

—No —convino la joven.

—Entonces, ¿quién lidera el ejército de la resistencia?

—La Coalición Sureña.

—Pues es con ellos con quienes tenemos que tratar. Hacedme un resumen de sus políticas.

Rin decidió que, ya que Jiang no iba a dejarla dormir, era mejor darle el gusto.

—El jefe militar del Mono, Liu Gurubai, controla el núcleo del ejército. Yang Souji lidera a los Lobos de Hierro. Antes de su muerte, Ma Lien lideraba al segundo contingente más numeroso, las tropas de bandidos. Zhuden era su segundo al mando. Me fueron leales a mí durante un tiempo, hasta… Bueno. Creían que, si me entregaban, conseguirían inmunidad.

—¿Y quiénes son los altos mandos ahora mismo?

—Sin duda, Gurubai. Y Souji.

—Ya veo. —Jiang meditó un momento sobre ello y luego añadió en un tono alegre—: Por supuesto, tendrás que matarlos a todos.

—Perdone, ¿qué?

Jiang se reclinó contra el tronco del árbol, estiró las piernas y cruzó los tobillos.

—Tendrás que atacar lo antes posible tras tu reunión con la Coalición. Golpearlos mientras duermen. A veces, es más sencillo eliminarlos durante una batalla, pero eso tiende a dejar una desagradable impresión en el público. Es de mala educación y demás.

Rin lo contempló sin poder creérselo. No sabía qué le sorprendía más, si su sugerencia o el tono despreocupado con el que la había hecho. Al Jiang que ella conocía le gustaba soplar por una caña para formar burbujas en el arroyo solo para divertirse. Este Jiang hablaba de asesinar como si estuviera recitando una receta de gachas.

—¿Qué creías que iba a pasar cuando regresaras? —le preguntó Daji a la joven.

—No sé. Creí que tal vez… Que quizás se darían cuenta de que me necesitan. —Los pensamientos de Rin no habían llegado tan lejos. Solo se había hecho una ligera idea de que tendría que dialogar con ellos para ganárselos, ahora que habrían descubierto que ella tenía razón sobre la República.

Sin embargo, si se paraba a considerarlo, era probable que la Coalición le disparara nada más verla.

—Esto se te da fatal —le dijo Jiang—. Qué mona.

—No puedes librar una guerra en varios frentes. —Daji ensartó a las ratas desolladas con una delgada rama partida y luego las colocó sobre el fuego crepitante—. En cuanto oyes rumores de disidencia dentro de tus propias filas, tienes que acabar con ello de raíz. Empleando toda la fuerza que sea necesaria.

—¿Es eso lo que hacíais vosotros? —le preguntó Rin.

—Ah, sí —respondió Jiang con regocijo—. Siempre. Yo me ocupaba de los asesinatos en público. Riga solo tenía que pronunciar un nombre, y yo me encargaba de que las bestias lo despedazaran de la cabeza a los pies. El objetivo era dar un espectáculo, disuadir al resto de que desertasen. —Señaló con la cabeza hacia Daji—. Y ella se encargaba de todos los asuntos que queríamos mantener en secreto. Qué buenos tiempos.

—Pero todos os detestaban —dijo Rin.

La esperiliana sabía muy poco sobre el reinado de la Tríada, salvo lo que Vaisra le había contado. Lo que sí sabía era que casi todo el mundo les guardaba rencor. La Tríada había conseguido apoyo político por medio del ejercicio de la violencia. Nadie los había apreciado, pero todos los habían temido. Tras la desaparición de Riga, el único motivo por el que los doce jefes militares no habían destronado a Daji era porque se detestaban entre ellos en igual medida.

—Las élites con intereses arraigados siempre te odiarán —dijo Daji—. Eso es inevitable. Pero

las élites no importan, las masas sí. Lo que tienes que hacer es crear un mito en torno a tu persona. Las muertes de tus enemigos pasarán a ser parte de tu leyenda. Llegará un momento en el que te habrás alejado tanto de la realidad que el bien y el mal ya no se te podrán aplicar. Tu identidad será una parte integrante de la idea de lo que es la propia nación. Te amarán sin importar lo que hagas.

—Me parece que estás subestimando a las masas —le dijo Rin.

—¿Qué quieres decir?

—A ver…, nadie pasa a convertirse en una leyenda de la noche a la mañana. La gente no está ciega. Yo no adoraría a ningún icono de esa forma.

—¿Acaso no adorabas a Altan? —le preguntó la Víbora.

Jiang soltó un silbido entre los dientes.

—Golpe bajo.

—Que te den —le espetó Rin.

Daji se limitó a sonreír.

—A la gente le atrae el poder, querida. No pueden evitarlo. El poder seduce. Si lo ejerces, si lo exhibes, acabarán siguiéndote.

—No puedo intimidar a la gente para conseguir lo que quiero —insistió Rin.

—¿Seguro? —Daji ladeó la cabeza—. Entonces, ¿cómo conseguiste ponerte al mando de las tropas de Ma Lien?

—Dejé que muriera —explicó la joven.

—Reformula esa frase —le pidió Daji.

—Vale, lo asesiné. —Para su sorpresa, se sintió bien al decirlo en voz alta, así que lo repitió —: Lo asesiné. Y no me arrepiento. Era un líder de mierda, desaprovechaba a sus soldados, me humilló, y necesitaba quitármelo de en medio…

—¿Y no sientes lo mismo hacia el resto? —la presionó Daji.

La esperiliana guardó silencio. ¿Sería muy complicado asesinar a todos los dirigentes del sur, a Souji, Gurubai y Liu Dai? Se paró a considerar los detalles. ¿Qué pasaría con los guardias de esos hombres? ¿Tendría que acabar con todos a la vez por si acaso les daba tiempo de avisarse unos a otros?

A Rin le asustaba que aquello ya no fuese una cuestión de si hacerlo o no, sino de cómo llevarlo a cabo.

—No puedes liderar con el apoyo de un comité —dijo Daji—. Toda la maldita historia de este país es prueba de ello. Ya has visto cómo son las reuniones del Consejo de los jefes militares. Sabes que no pueden conseguir nada por sí mismos. ¿Eres consciente de cómo comenzó toda esta sucesión de guerras? Uno de los generales preferidos del Emperador Rojo exigió que su rival le entregara a una compañía de músicos de las regiones interiores que este había capturado en una redada en la zona fronteriza. Su rival le envió a los músicos, pero no sin antes destrozarles los instrumentos. El primer general masacró a los músicos en venganza, y con ello comenzaron estas guerras que se han alargado ya casi un siglo. Así de rastrero y divisivo se vuelve un Gobierno. Ahórrate dolores de cabeza, niña. Mata a tus rivales en el acto.

—Pero eso no es lo que… —Rin guardó silencio mientras intentaba reflexionar sobre la naturaleza de su objeción. ¿Por qué le costaba tanto defender ese argumento?—. No se merecen eso. Sería distinto si se tratase de oficiales de la República. Pero ellos están luchando por el sur.

No está bien…

—Querida niña. —La Víbora suspiró con pesadez—. Deja de fingir que te preocupa la ética. Es bochornoso. En algún momento tendrás que admitir que estás por encima del bien y del mal. La moralidad no es algo que tenga que ver contigo.

Daji hizo girar las ratas ensartadas sobre el fuego, dejando bocabajo los vientres todavía crudos.

—Métetelo en la cabeza: si quieres liderar algún día, deberás tener más determinación. Ya no eres una cría, ni tampoco una simple soldado. Eres candidata al trono, y tienes a un dios de tu parte. ¿Quieres ostentar el liderazgo absoluto de ese ejército? ¿De este país? Pues tómalo por la fuerza.

—¿Y cómo propones que haga eso? —dijo Rin, cansada.

Daji y Jiang intercambiaron una mirada.

La joven no era capaz de interpretarla, y eso no le gustó. Era una mirada cargada de décadas de historia compartida, de secretos y referencias que ella no comprendería ni de lejos. De pronto, allí sentada entre ellos, se sintió como una niña. Como una campesina entre leyendas, como una mortal entre dioses, lamentablemente inexperta y muy fuera de lugar.

—Es fácil —dijo Daji al fin—. Recuperaremos a tu ancla, y luego iremos a por la nuestra.

14

A la mañana siguiente, partieron hacia el corazón del territorio enemigo. Habían llegado a la conclusión de que lo más probable era que tuvieran encerrado a Kitay en el que era el cuartel general de la República en tiempos de guerra. Nezha y Vaisra debían de estar en primera línea de batalla y, si iban a aprovecharse de los conocimientos de Kitay, tal y como haría cualquiera en su posición, entonces lo llevarían allí donde estuviesen ellos.

El campo de batalla se había desplazado muy al oeste en cuestión de poco tiempo. Daji, Jiang y Rin atravesaron la Provincia de la Serpiente y cruzaron al extremo norte de la Provincia del Dragón para llegar a la confluencia entre el Murui Occidental y el Murui Meridional en la Provincia de la Liebre, donde robaron una balsa y recorrieron la poca distancia que los separaba de la Provincia del Jabalí. Rin sentía como un puñetazo en las tripas cada kilómetro que recorrían en el que no veía señales de la resistencia de la Coalición Sureña.

Eso significaba que Nezha ya los había echado de esa parte del país. Tal vez también significase que ya los había aniquilado.

Los tres intentaron por todos los medios evitar a los civiles durante su viaje. No les resultó muy difícil. Esa zona del centro de Nikan era una cloaca asolada por la guerra, y una gran parte de ella había sufrido directamente los daños causados por la destrucción de la presa de las Cuatro Gargantas. Eran muy pocos los refugiados que se habían quedado allí, y las únicas almas rezagadas que se toparon por el camino tendían a mantenerse alejadas.

Rin contemplaba la ribera a medida que su balsa cruzaba flotando la Provincia del Jabalí. La joven intentó imaginar qué aspecto habría tenido esa región hacía apenas un año. Aldeas, municipios y ciudades enteras habían florecido allí en el pasado. Pero, entonces, el dique se había roto sin previo aviso, y cientos de miles de aldeanos o bien se habían ahogado, o bien habían huido en dirección al sur, a Arlong. Cuando los supervivientes habían regresado, habían encontrado sus aldeas aún sumergidas bajo el agua de la inundación. Unas tierras ancestrales que habían dado cobijo a muchas generaciones se habían perdido en el río.

La región aún no se había recuperado. Los campos, que en el pasado habían sido cultivos de sorgo y de cebada que habían crecido bajo una capa de agua de siete centímetros de altura, ahora emitían un fuerte hedor a causa de los cadáveres en descomposición. De vez en cuando, Rin vislumbraba señales de vida en la ribera: pequeños campamentos de tiendas de campaña o

diminutas aldeas con no más de seis o siete cabañas de paja. Nunca vio nada más grande que eso. Aquellos eran refugios en los que subsistir, no asentamientos a largo plazo.

Pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a erigirse ciudades en esa región. La destrucción de la presa no había sido lo único que había causado estragos. El Murui ya era de por sí un río voluble, propenso a inundar sus orillas en los impredecibles años lluviosos. Además, al destruir la cubierta vegetal, esa gran inundación había acabado con las defensas naturales de la región. Antes incluso de eso, cuando la guerra había estado avanzando hacia el interior, los soldados mugeneses habían arruinado y quemado tantos campos de cultivo que habían garantizado así una hambruna en la zona que duraría años. En Ruijin, la esperiliana había oído historias de niños que, jugando en los campos, habían desenterrado explosivos ocultos allí desde hacía mucho; de niños que accidentalmente habían arrasado con la mitad de sus aldeas al abrir un frasco de gas, llevados por la curiosidad.

¿Cuántos de esos frascos seguirían escondidos en los campos? ¿Quién iba a presentarse voluntario para averiguarlo?

Cada día, desde que había terminado la Tercera Guerra de la Amapola, Rin iba descubriendo que su victoria en Speer importaba cada vez menos. La guerra no había terminado cuando el emperador Ryohai había perecido en la Isla del Arco. La guerra no había terminado cuando el ejército de Vaisra había derrotado a la Armada imperial en los Acantilados Rojos.

Rin había sido una idiota al creer que si aniquilaba a la Federación, iba a acabar con el dolor. La guerra no terminaba, no de una forma tan tajante. Solo seguía acumulando pequeñas heridas, una encima de otra, hasta que todas reventaban otra vez y se transformaban en nuevas heridas en carne viva.

No fue hasta que llegaron al centro de la Provincia del Jabalí cuando vieron muestras de una reciente batalla.

No… No había sido una batalla. Había sido pura destrucción. Rin divisó los escombros de las casas de paja, que seguían amontonados cerca de sus cimientos, en lugar de dispersos por la zona, como sucedía con las ruinas más antiguas. Vio marcas de quemaduras que aún no habían sido borradas por el viento y la lluvia. Aquí y allá, en zanjas y a lo largo de las arboledas, vio cuerpos que no se habían descompuesto del todo, con carne podrida pegada a los huesos que todavía no estaban limpios.

Eso era muestra de que la guerra civil no se había acabado. Rin había estado en lo cierto. Vaisra no había recompensado al sur por haber traicionado a la joven. Debía de haber enviado sus dirigibles contra la Coalición Sureña en cuanto Rin y Daji habían partido hacia la Chuluu Korikh. Los habría perseguido hasta la Provincia del Jabalí, un lugar que debía de haber presentado cierta resistencia. Allí no tenían ningún motivo para confiar en la República. Su jefe militar había sido decapitado sin contemplaciones en Arlong unos días después de la derrota de Daji. Los habitantes de esa provincia debían de haberse puesto enseguida de parte de la Coalición Sureña.

Por lo que parecía, Vaisra los había castigado por su imprudencia.

Rin soltó un silbido.

—¿Qué ha pasado aquí?

Los tres doblaron un recodo del río hacia un extraño litoral. La zona en la que debería haber habido árboles en pie estaba quemada y aplanada, como si un gigante en llamas hubiera cruzado por allí pisoteándolo todo sin consideración.

—Lo mismo que pasó la última vez —dijo Daji—. Traen sus bombarderos y, si no dan con su enemigo, atacan indiscriminadamente. Allanan el terreno para que a los rebeldes les cueste más esconderse.

—Pero eso no son marcas de bombardeos —declaró Rin, que todavía seguía confusa—. No todas son cráteres.

—No, eso es por la gelatina —añadió Jiang.

—¿La gelatina?

—Es lo que usaron la última vez. Algo que la Compañía Gris inventó en sus torres. Se prende fuego cuando acierta en cualquier cosa viva: plantas, animales, personas. Nunca logramos averiguar cómo extinguirlo, ya que no sirve ni tirarle agua ni intentar sofocarlo cubriéndolo. Hay que esperar a que arda del todo. Y eso lleva mucho tiempo.

Lo que aquello implicaba era algo que aterrorizaba a Rin. Significaba que los hesperianos no solo dominaban los cielos, sino que también contaban con llamas que rivalizaban con las de ella.

La destrucción en ese lugar era mucho peor que las ruinas de Tikany. La Provincia del Jabalí debía de haber luchado con empeño. Eso era lo único que justificaría una represalia a tal escala. Pero los lugareños debían de haber sido conscientes de que no podían ganar. ¿Qué se sentiría cuando caía de los cielos un fuego que no se extinguía? ¿Qué se sentiría al luchar contra el propio cielo? La joven intentó imaginarse el momento en el que ese bosque se había convertido en un tablero de ajedrez verde y negro; cuando los civiles habían corrido aterrorizados a través de unos árboles que se retorcían y humeaban hasta acabar carbonizados.

—Lo cierto es que sus campañas aéreas son bastante ingeniosas. —Daji deslizó los dedos despreocupadamente por el agua—. Sueltan bombas sobre áreas muy pobladas que no cuentan con ninguna defensa para que así crean que son completamente vulnerables. Luego, sobrevuelan el área más amplia posible con sus dirigibles para hacerles saber que nadie está salvo, sin importar dónde se escondan.

Rin se dio cuenta de que la Víbora no estaba haciendo conjeturas. Hablaba desde la experiencia. Daji había librado esa misma guerra décadas atrás.

—Sus aeronaves sobrevuelan el territorio a distintas horas —prosiguió la mujer—. A veces de día, otras de noche, hasta que los lugareños tienen incluso miedo de salir a la calle, pese a que están más seguros allí que dentro de sus casas, que pueden derrumbarse sobre sus cabezas. Y luego se lo arrebatan todo. El sueño, la comida, la comodidad, la seguridad. Nadie se atreve a ponerse a descubierto, así que también consiguen dejarlos sin comunicaciones e industria.

—Para. —Rin no quería oír más—. Lo pillo.

Daji la ignoró.

—Los llevan a un colapso absoluto. El miedo se transforma en desesperación, la desesperación en pánico, y luego el pánico da paso a una absoluta sumisión. Es increíble el poder de una guerra psicológica. Y lo único que se necesita para ello son un par de bombas.

—¿Y qué hicisteis vosotros en ese entonces? —les preguntó la esperiliana.

Daji parpadeó despacio mientras la miraba como si la respuesta fuese obvia.

—Acudimos al Panteón, querida.

—Después de eso, todo fue mucho más fácil —añadió Jiang—. Yo mismo los atrapaba en el cielo igual que si fueran mosquitos. Riga y yo lo convertimos en un juego. Nuestro récord fueron cuatro aeronaves en cinco segundos.

El Guardián dijo aquello con tal despreocupación que Rin no pudo evitar mirarlo embobada. Inmediatamente, como si un mosquito le hubiera *zumbado en* el oído, *Jiang meneó* la cabeza y apartó la vista.

Quienquiera que fuese el hombre que había emergido de la Chuluu Korikh no era el mismo al que Rin había conocido en Sinegard. En la academia, el maestro Jiang no recordaba nada sobre la Segunda Guerra de la Amapola. Sin embargo, este Jiang le soltaba constantes referencias al respecto y después se apresuraba a recular, como si hubiera metido los dedos del pie en un océano de recuerdos solo para ver si estaba frío, para luego apartarse porque el agua estaba helada.

A Rin no le molestaban las pérdidas de memoria de Jiang. Desde que habían abandonado la Chuluu Korikh, había estado observándolo, se había fijado en sus movimientos y en el sonido de su voz para detectar las diferencias. Era refrescantemente familiar y desconcertantemente extraño al mismo tiempo, a menudo al pronunciar una misma frase. La joven no era capaz de predecir los cambios en el timbre de su voz, la repentina crudeza que aparecía en su mirada. A veces, era afable y excéntrico. Otras, se comportaba como un hombre que había librado y ganado batallas.

Rin sabía que el Sello de Jiang se estaba desvaneciendo. Pero ¿qué significaba eso? ¿Sucedía de forma gradual, iba recobrando los recuerdos uno a uno, hasta que recuperase todo lo que había perdido? ¿O sería algo errático e impredecible, tal y Jiang lo abordaba todo en su vida?

Lo que más le confundía eran las ocasiones en las que el Guardián parecía volver a ser su antiguo yo, cuando durante muy breves periodos de tiempo actuaba como el profesor al que ella había llegado a conocer, lo que casi le hacía olvidar que algo había cambiado.

Jiang se burlaba del cabello de Rín, que llevaba cortado de forma irregular a la altura de las sienes y le daba el aspecto de haber sido criada entre salvajes. También se mofaba de su muñón («Kitay tiene razón, deberías fijar una espada en él»); de la Coalición Sureña («Perder un cinturón es una cosa, pero perder a todo un ejército es algo completamente distinto»); de Altan («No puedes ni mencionar su nombre sin sonrojarte, no tienes remedio»); de Nezha («Bueno, sobre gustos no hay nada escrito»). Si hubiera sido otra persona la que hubiera soltado esas pullas, se habría llevado un guantazo. No obstante, oírlas con ese tono distante e inexpresivo de Jiang la hacía reír.

Durante las tardes largas y aburridas en las que flotaban por trechos vacíos del río, Jiang echaba la cabeza hacia atrás para mirar al cielo despejado y entonaba canciones subidas de tono cuyas letras hacían que Daji resoplase y que Rin enrojeciera. En ocasiones, incluso entrenaba con la esperiliana, tambaleándose de un extremo a otro de la inestable balsa mientras le enseñaba trucos mentales para solucionar su problema de equilibrio y le clavaba su vara en un costado hasta que Rin corregía su postura.

En esos momentos, la joven volvía a sentirse una estudiante ávida y feliz que aprendía de un maestro al que adoraba. No obstante, inevitablemente, Jiang siempre acababa perdiendo la sonrisa, tensando los hombros, y el brillo desaparecía de su mirada, como si el fantasma de quien había sido de pronto se hubiera esfumado.

Solo en una ocasión, cuando llevaban unas tres semanas de travesía y Daji se había ido a dormir durante el turno de vigilancia de Jiang, Rin se había atrevido a preguntarle al respecto.

—Suéltalo ya —dijo el Guardián en cuanto Rin abrió la boca.

—Mmm… ¿Cómo dice?

—Llevas poniéndome ojitos como si fueras una aldeana enamorada desde que abandonamos la montaña —le dijo—. Venga, pídeme matrimonio.

Rin quería tanto reírse como pegarle. Sintió una punzada de nostalgia en el estómago, como si la hubieran golpeado con un palo, y las preguntas se le esfumaron de la punta de la lengua. No lograba recordar qué era lo que quería preguntarle. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Jiang suavizó su expresión.

—¿Estás intentando averiguar si me acuerdo de ti? Porque sí que me acuerdo. Eres difícil de olvidar.

—Eso ya lo sé, pero… —La esperiliana se sentía cohibida y desconcertada. Así era como se había sentido a menudo durante los años que había pasado como aprendiza de Jiang, buscando a tientas la verdad sobre los dioses incluso antes de entender qué era lo que tenía que encontrar. La falta de conocimiento era para ella como un vacío en su interior. Pero no sabía cómo formular sus preguntas, no lograba identificar qué información era la que le faltaba—. Supongo que quería saber… En fin, Daji ha dicho que el Sello…

—Quieres saber qué es lo que me está haciendo el Sello. —La voz de Jiang adquirió cierta dureza—. Te estás preguntando si soy el mismo hombre que te entrenó. No lo soy.

Rin se estremeció cuando los recuerdos aparecieron de improviso en su mente: destellos de la visión que la Sorqan Sira le había enseñado una vez, una pesadilla de cadáveres destrozados y risas maníacas.

—Entonces, ¿es…?

—¿El Guardián? —Jiang ladeó la cabeza—. ¿La mano derecha de Riga? ¿El hombre que derrocó a los mugeneses? No. Tampoco creo que sea él.

—No lo entiendo.

—¿Cómo puedo describirlo? —El hombre se detuvo y se dio unos golpecitos en la barbilla—. Es como ver un reflejo deformado en un espejo. A veces, somos los mismos, y otras veces no. A veces, el reflejo se mueve conmigo, y otras actúa por voluntad propia. A veces, percibo destellos de su pasado, pero es como si lo viera desde lejos, como un espectador impotente, y eso…

Guardó silencio, se encogió y se presionó las sienes con los dedos. Rin lo observó hasta que se le pasó el dolor de cabeza. La joven ya había presenciado antes esos espasmos que sufría su maestro. Nunca duraban más de un par de segundos.

—¿Y otras veces? —le preguntó Rin cuando detectó que las líneas de expresión alrededor de los ojos de su maestro se habían relajado.

—Otras veces veo los recuerdos desde mi perspectiva, pero es como si los estuviera viviendo por primera vez. Para él, es un recuerdo. Ya sabe qué ha pasado. Pero para mí es como ver cómo se desarrolla una historia de la que no conozco el final. Lo único que sé con absoluta certeza es que lo hice yo. Veo los cadáveres y sé que yo soy el responsable.

Rin intentó encontrarle sentido a todo aquello, sin éxito. No podía concebir que una persona pudiera vivir con dos colecciones de recuerdos pertenecientes a dos personalidades distintas, y aun así seguir manteniendo la cordura.

—¿Duele? —le preguntó la joven.

—¿Saber lo que he hecho? Sí, duele. Más de lo que te puedas imaginar.

La esperiliana no tenía que imaginárselo. Sabía muy bien qué se sentía cuando la culpa la devoraba, cómo era intentar dormir cuando unas almas en busca de venganza le susurraban que era la causante de que estuvieran en ese abismo y que por ello merecía morir.

Sin embargo, Rin había llegado a asumir esos recuerdos. Era consciente de lo que había hecho, y tendría que acabar aceptándolo. ¿Cómo iba Jiang a aceptar sus crímenes? ¿Cómo podría asumir la responsabilidad, si seguía sin identificarse con la persona que los había cometido? Y, si no era capaz de enfrentarse a su propio pasado, ¿acaso podría considerarlo suyo, o estaba condenado a seguir siendo un hombre dividido, atrapado en esa escisión de su psique?

Rin formuló la siguiente pregunta con mucha cautela. Sabía que estaba presionando demasiado a Jiang. Su maestro estaba pálido y nervioso, parecía listo para estallar si la joven le decía algo inadecuado. La esperiliana recordó su etapa en la academia, cuando había tenido que medir y sopesar bien sus palabras para que Jiang no se burlase de ella, no la eludiese o simplemente fingiera no haberla oído.

Ahora, Rin comprendía bien qué era lo que Jiang había temido entonces.

—¿Cree que…? —La joven tragó saliva, sacudió la cabeza y volvió a empezar—. ¿Cree que volverá a convertirse en la persona que era antes? ¿Antes del Sello?

—¿Es eso en lo que quieres que me convierta? —inquirió él.

—Creo que ese es el hombre al que necesitamos —respondió Rin. Soltó las siguientes palabras antes de perder el coraje—: Aunque la Sorqan Sira afirmaba que ese hombre era un monstruo.

Jiang tardó un rato en contestarle. Se había recostado hacia atrás mientras contemplaba la orilla y pasaba los dedos por el agua turbia. Rin no sabía qué estaría pensando detrás de esos ojos tan pálidos.

—La Sorqan Sira tenía razón —dijo al fin su maestro.

Rin había pensado que cuando estuviera lo suficientemente cerca de Kitay comenzaría a sentir su presencia, esa cálida familiaridad que tal vez fuera fortaleciéndose poco a poco a medida que se aproximaba a él. O más bien esa era su esperanza. No creyó que fuera a ser algo tan repentino. Una mañana, se despertó temblando y jadeando, con los nervios a flor de piel, como si le hubieran prendido fuego.

—¿Qué sucede? —le preguntó Daji con brusquedad.

—Nada. Creo… —Rin respiró hondo varias veces para intentar identificar qué era lo que había cambiado. Sentía como si se hubiera estado ahogando despacio, sin ser consciente de ello, hasta que un día, de forma abrupta, había logrado tomar aire—. Creo que estamos cerca.

—Es tu ancla. —No era una pregunta. Jiang parecía muy seguro—. ¿Cómo te sientes?

—Es como… como si volviera a estar completa. —A la joven le costaba explicar esa sensación. No era que pudiera leer los pensamientos de Kitay o sentir sus emociones. Aún no había recibido ningún mensaje por parte de su amigo, ni siquiera en forma de cicatrices sobre la piel. Pero sabía, con la misma certeza de que el sol se pondría, que el joven se hallaba cerca—. Es como si… ¿Conocéis la sensación de cuando llevas tanto tiempo enfermo que llegas a olvidar qué se sentía al estar sano? Te acostumbras a que te zumbe la cabeza, a tener los oídos taponados o a no poder respirar bien por la nariz… Tanto que ya ni siquiera notas que no estás bien. Hasta que

vuelves a estarlo.

No estaba segura de si lo que decía tenía algún sentido. Las palabras que soltaba por la boca sonaban a chorrada. Pero Jiang y Daji asintieron.

Pues claro que lo comprendían. Eran los únicos que podían hacerlo.

—No tardarás en comenzar a sentir su dolor —la informó Daji—. Si es que lo está padeciendo. Eso nos dará alguna pista sobre cómo lo están tratando. Y esa sensación no dejará de intensificarse conforme nos acerquemos. Muy práctico, ¿no? Nuestra propia paloma mensajera.

Sus sospechas habían sido acertadas. Kitay estaba encerrado en el propio frente de batalla de la República. A la mañana siguiente, después de largas semanas de viaje que parecían haber estado plagadas de un sinfín de cráteres de bombas y aldeas fantasmas, la Ciudad Nueva se elevó en el horizonte como un chillón toque de color contra un fondo calcinado.

Tenía sentido que la República estableciera allí su base, en una de las ciudades más sangrientas de la historia de Nikan. La Ciudad Nueva, anteriormente conocida como Arabak, había servido de bastión militar desde las campañas del Emperador Rojo. En sus orígenes, estaba formada por una serie de fortalezas defensivas por las que se habían enfrentado los jefes militares durante tanto tiempo que la frontera entre las Provincias del Jabalí y la Liebre había estado marcada con sangre. La maquinaria bélica requería mano de obra y talento, por lo que, a lo largo de los años, los civiles (médicos, granjeros, maestros artesanos y obreros) se habían mudado con sus familias a los complejos dentro de la fortaleza, que había crecido para acomodar a las masas de personas cuyo único negocio era el de la guerra.

Ahora, la Ciudad Nueva era el centro neurálgico del ejército republicano y la base aérea de la flota de dirigibles hesperianos. Los altos mandos militares de la República se hallaban apostados detrás de esos muros. Por lo tanto, Kitay también estaría allí.

Rin, Jiang y Daji tuvieron que ponerse creativos a medida que se acercaban a la ciudad. Comenzaron a avanzar solo por la noche, e incluso entonces lo hacían con movimientos cortos y cautelosos, escondiéndose entre la maleza del bosque para eludir a los dirigibles que rodeaban la ciudad durante sus patrullas regulares y que iluminaban con unas potentes luces el suelo que quedaba debajo. Los tres también modificaron su aspecto: Daji se cortó el pelo por encima de las orejas, Rin comenzó a ocultar sus ojos detrás de unos mechones de cabello despeinados y Jiang se tiñó las greñas canosas de un intenso color castaño con una mezcla de cáscaras de nueces y ocre, ingredientes que había encontrado con tanta facilidad que la esperiliana dio por sentado que ya habría hecho eso antes. Acordaron una historia a modo de tapadera por si los paraba algún centinela: eran una familia de refugiados (Rin era la hija) que venían desde la Provincia de la Serpiente para reunirse con el hermano de Daji, un burócrata poco importante de la Provincia del Dragón.

A la joven esa historia le parecía ridícula.

—Nadie se va a tragar que soy vuestra hija —declaró.

—¿Por qué no? —le preguntó Jiang.

—¡No nos parecemos en nada! Por un lado, vuestra piel es mucho más pálida que la mía…

—Ay, querida. —Jiang le dio un golpecito en la cabeza—. Eso es culpa tuya. ¿Qué te he dicho de estar expuesta demasiado tiempo al sol?

A casi un kilómetro de las puertas, se toparon con una muchedumbre. Resultó que eran verdaderos refugiados que llegaban a la Ciudad Nueva en turba. Aquellas fortalezas eran lo único

que había en kilómetros a la redonda que garantizara cierta seguridad contra la campaña de bombardeos.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Rin.

—Igual que en cualquier otra ciudad —le explicó Daji, como si fuera lo más evidente del mundo—. Cruzando sus puertas.

La esperiliana miró dubitativa hacia las filas que se formaban delante de las puertas y que rodeaban los muros de la fortaleza.

—No están dejando entrar a nadie.

—Soy muy persuasiva —dijo Daji.

—¿No temes que puedan reconocerte?

La Víbora le dedicó una mirada divertida.

—No sí les ordeno que lo olviden todo.

No podía ser tan fácil. Rin los siguió, perpleja, mientras Daji los guiaba directamente hacia las puertas, ignorando las quejas que le gritaban los que estaban en la cola. La Víbora exigió con tanto descaro que les dejaran cruzarlas que Rin estaba segura de que acabarían recibiendo un disparo.

Sin embargo, los soldados se limitaron a pestañear, asintieron y se echaron a un lado.

—Esto no ha sucedido —dijo Daji al pasar. Los hombres, con la mirada vidriosa, asintieron —. Nunca me habéis visto, y no tenéis ni idea de qué aspecto tengo.

Acto seguido, Daji les hizo una seña a Jiang y a Rin para que la siguieran. La esperiliana obedeció, perpleja.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Jiang.

—Solo les ha dicho qué tienen que hacer —masculló la joven—. Se ha limitado a decírselo, sin ni siquiera… A ver, ni siquiera se estaba esforzando.

—Ah, ya. —Jiang miró a Daji con cariño—. Ya te hemos dicho que puede ser muy persuasiva.

«Persuasiva» no era una palabra que le hiciese justicia. Rin conocía el poder de hipnosis de Daji. Ella misma había sido víctima de él en muchas ocasiones. Pero, en el pasado, las ilusiones de la Víbora habían requerido varios minutos de una concienzuda sugestión. Rin nunca la había visto dar órdenes de manera tan despreocupada y con tanto desdén, completamente segura de que iban a ser obedecidas.

¿Sería porque Jiang ahora estaba fuera de la Chuluu Korikh? ¿Se amplificarían los poderes de Daji cuando sus anclas se hacían más fuertes? Y, si ese era el caso, entonces, ¿qué sucedería cuando despertasen a Riga?

Al otro lado de los muros, la Ciudad Nueva era como recibir un puñetazo en la cara.

La primera vez que Rin había salido de Tikany, había sucumbido al pánico. Al despertar en la segunda mañana de su travesía hacia Sinegard, su caravana había avanzado tanto que todo lo que la rodeaba le había resultado completamente ajeno. Había tardado días en acostumbrarse al cambio de paisaje, a las montañas que se quedaban atrás, a la aterradora realidad de que, cuando se fuese a dormir por la noche en su estrecha esterilla dentro del vagón de la caravana, los muros de tierra compactada de Tikany ya no la protegerían.

Desde entonces, había recorrido el Imperio nikara en más ocasiones. Se había visto arrastrada por el bullicio abrumador de la ciudad de Sinegard, había recorrido las pasarelas de la Ciudad Flotante de Ankhiluun, había entrado en el Palacio de Otoño de la exuberante y regia ciudad de Lusan. La joven creía entender la gran diversidad de ciudades que existían en el Imperio, que abarcaban desde la pobreza polvorienta de Tikany, pasando por el tortuoso desorden de las chabolas junto al mar de Khurdalain, hasta los canales de un azul zafiro de Arlong.

Sin embargo, la Ciudad Nueva le resultaba ajena a una escala distinta. Los hesperianos llevaban allí tan solo unos meses. Era imposible que hubieran desmantelado las fortalezas nikaras de piedra que se hallaban allí desde hacía siglos y vuelto a construir sobre ellas. Pese a todo, el armazón arquitectónico de la ciudad parecía haber sido alterado de forma drástica: las antiguas fortalezas habían sido ampliadas con nuevas instalaciones que imponían un sentido del orden en bloque, transformando el paisaje urbano en un lugar de líneas rectas, en lugar de los callejones curvos y sinuosos a los que Rin estaba acostumbrada.

También habían desaparecido todas las decoraciones de estilo nikara. Rin no vislumbró ningún farol, ningún estandarte en las paredes, ningún tejado inclinado de una pagoda ni ninguna ventana enrejada, que habría encajado a la perfección en esa ciudad militar tan poco utilitaria. Por el contrario, allá donde mirase, veía cristal. Era traslúcido en la mayoría de las ventanas, y de colores en los edificios más grandes, con unas ilustraciones que mostraban escenas que Rin no reconocía.

El efecto era asombroso. Arabak, una ciudad con más de mil años de historia, parecía haber sido borrada por completo.

Esa no era la primera vez que Rin había contemplado la arquitectura hesperiana. Khurdalain y Sinegard también habían sido reconstruidas por los ocupantes extranjeros. Sin embargo, esas ciudades habían sido erigidas primero sobre raíces nikaras y habían acabado siendo reclamadas de nuevo por los nativos. Allí, la arquitectura occidental había pasado a ser un curioso vestigio del pasado. Por el contrario, en la Ciudad Nueva, parecía como si hubiesen arrancado un pedazo de Hesperia y lo hubiesen tirado como si nada encima de Nikan.

Rin acabó *contemplando cosas* que *jamás* había pensado que existirían. En todos los rincones veía luces parpadeantes de todos los colores posibles; no procedían del fuego, sino de una fuente de energía que ella no lograba ver. Contempló lo que parecía un monstruoso carruaje negro montado sobre unos raíles de acero, que avanzaba pesadamente por las calles bien pavimentadas y emitía unas finas estelas de vapor desde la parte más alta de su estructura. Nada lo empujaba ni tiraba de él: ni trabajadores ni caballos. La joven divisó unos dirigibles en miniatura zumbando por la ciudad, unas máquinas tan pequeñas que, al principio, las confundió con unos pájaros ruidosos. Sin embargo, su chirrido era inconfundible: una versión más fina y aguda del quejido del motor de las aeronaves, que ahora asociaba con la muerte.

Nadie las controlaba. Nadie tiraba de sus hilos o gritaba órdenes. Las aeronaves en miniatura parecían tener voluntad propia. De forma autómata bajaban y rodeaban los espacios que había entre los edificios, colándose hábilmente por las ventanas para entregar cartas y paquetes.

Rin sabía que no podía seguir con la boca abierta. Cuanto más tiempo estuviera así, fijando la mirada en el millón de cosas nuevas y en esas sorprendentes vistas, más llamaría la atención. Pero no podía moverse. Se sentía mareada y desorientada, como si la hubieran sacado de la Tierra y la hubieran dejado tirada en un universo completamente distinto. Había pasado gran parte de su

vida sintiendo que no encajaba, pero esa era la primera vez que realmente se sentía una extranjera.

Seis meses. Solo habían pasado seis meses, y los hesperianos habían transformado un municipio en la ribera en algo como aquello.

¿Cuánto tiempo tardarían en transformar por completo una nación entera?

Al otro lado de la calle, un vagón de latón que zumbaba y que aparentemente se conducía solo llamó su atención, y Rin estaba tan pasmada que no se percató de que se había quedado parada sobre los finos raíles de acero. No vio el carruaje negro y sin caballos que avanzaba en su dirección hasta que se encontró a tan solo unos metros, enfilando directamente hacia ella.

—¡Aparta!

Jiang tiró de ella hacia el suelo. El carruaje los pasó de largo mientras seguía avanzando con indiferencia por su ruta predeterminada.

Con el corazón desbocado, Rin logró ponerse en pie.

—¿A ti qué te pasa? —Daji tiró de la muñeca de la joven y la sacó a rastras del camino principal. Estaban atrayendo las miradas de los viandantes. Rin divisó a un centinela hesperiano mirando hacia ellos con cautela, con las manos sobre su arcabuz—. ¿Quieres que nos pillen?

—Perdón. —La esperiliana siguió a la Víbora por entre la muchedumbre hasta que llegaron a un estrecho callejón. Se sentía tremendamente mareada. Se apoyó contra la pared fría y oscura y respiró hondo—. Es solo que… Este lugar… No sabía…

Para su sorpresa, Daji pareció comprensiva.

—Lo sé. Yo también lo percibo.

—No lo entiendo. —La joven no era capaz de expresar su malestar con palabras. Apenas podía respirar—. No sé por qué…

—Yo sí —le dijo la Víbora—. Es lo que sucede cuando descubres que no tienes cabida en el futuro.

—No nos entretengamos. —El tono de Jiang fue brusco, casi frío. Rin no lo reconoció en absoluto—. Estamos perdiendo el tiempo. ¿Dónde está Kitay?

La esperiliana le dedicó una mirada de desconcierto.

—¿Y cómo voy a saberlo?

Su maestro pareció impacientarse.

—Supongo que ya le habrás mandado un mensaje.

—Pero no… —Rin no sabía qué decir—. Ah, entiendo.

La joven miró alrededor del callejón. Era pequeño y angosto, no tanto un pasadizo, sino más bien una estrecha franja entre dos edificios cuadrados.

—¿Podéis cubrirme?

Daji asintió.

—Date prisa.

La Víbora y el Guardián se movieron para proteger las entradas al callejón. Rin se sentó contra la pared y sacó el cuchillo de su cinturón. Probó a transmitir una pregunta al fondo de su mente, dubitativa pero esperanzada. «¿Estás ahí?».

Para su sorpresa, una pequeña llama se prendió sobre la palma de su mano. Podría haber gritado a causa del alivio. Formó una jaula con sus dedos alrededor del cuchillo y esperó hasta que la punta de la hoja resplandeció con un color anaranjado. Solo necesitaba hacerse una cicatriz, no mutilarse. Una rápida quemadura sería algo mucho más sencillo que hacerse sangre.

No obstante, Daji negó con la cabeza.

—Tienes que presionar con fuerza. Debes sangrar. De lo contrario, Kitay no lo sentirá.

—Vale. —Rin sostuvo la punta de la hoja sobre la zona más carnosa de la parte baja de su pierna izquierda, pero no lograba que dejaran de temblarle los dedos.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció Daji.

—No… No, lo haré yo. —Rin apretó los dientes para asegurarse de no morderse la lengua. Respiró hondo. Luego, hundió la punta del cuchillo sobre su piel.

La pantorrilla le ardió. Todos sus impulsos le decían que apartara la mano, pero Rin mantuvo el metal incrustado dentro de la carne.

No podía evitar que le temblaran los dedos. El cuchillo cayó al suelo con un repiqueteo.

La joven lo recogió, avergonzada e incapaz de mirar a Daji a los ojos.

¿Por qué ahora el dolor era tan horrible? Se había infligido daños peores a sí misma en el pasado. Aún tenía unas ligeras cicatrices blancas en los brazos a causa de la cera de la vela que solía echarse encima para mantenerse despierta. Unas marcas estriadas y arrugadas se le extendían por los muslos allí donde se había apuñalado en el pasado para huir de sus propias alucinaciones.

Sin embargo, esas heridas habían sido todas producto de unos arrebatos febriles y desesperados. Ahora estaba sobria, con la mente despejada y tranquila, y toda esa presencia mental hacía que fuese mucho más complicado infligirse dolor de forma deliberada.

Cerró los ojos con fuerza.

«Contrólate», le dijo Altan.

Rin recordó cuando una jabalina que le habían lanzado la había hecho caer en picado desde el cielo sobre los Acantilados Rojos. Recordó cuando Daji la había inmovilizado bajo un mástil. Recordó cuando Kitay le había aplastado la mano y luego había sacado los pedazos mutilados por los grilletes de hierro. Su cuerpo había estado sometido a cosas mucho peores que un corte superficial hecho con un cuchillo limpio. Ese dolor era nimio. No era nada.

Enterró el metal bajo su piel. Esta vez su pulso fue firme mientras se grababa un único carácter con unos trazos claros y parejos.

«¿Dónde?».

Pasaron los minutos. Kitay no respondió.

Rin se miraba el brazo cada pocos segundos, buscando unas cicatrices blancas que no aparecían.

Intentó no sucumbir al pánico. Había millones de motivos por los que tal vez aún no le hubiera respondido. Podía estar durmiendo. Podía estar drogado. Quizás hubiera visto el mensaje, pero careciera de medios para responderle o no pudiera hacerlo por estar bajo vigilancia. Kitay necesitaba tiempo.

Mientras tanto, ellos tres no tenían nada más que hacer que esperar.

Daji quería permanecer oculta en el interior del callejón, pero Jiang sugirió que recorrieran toda la Ciudad Nueva. Supuestamente aquello serviría para reunir inteligencia. El Guardián quería trazar rutas de huida y tener localizadas las ubicaciones de los puestos de vigilancia para poder sacar a Kitay de allí sin complicaciones si este les respondía (o cuando lo hiciera).

Sin embargo, Rin sospechaba que Jiang, al igual que ella, quería explorar la Ciudad Nueva

simplemente porque sentía una fascinación enfermiza por ella. Quería ver cuánto había cambiado ese lugar, quería comprender bien de qué eran capaces los hesperianos.

—Han pasado décadas —le dijo Jiang a Daji cuando esta se opuso—. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

Así pues, después de que los tres se cubrieran con un pañuelo hasta la altura de la nariz, se aventuraron a la calle.

Lo primero que Rin percibió fue que la Ciudad Nueva estaba limpia.

No tardó en descubrir el motivo. Había ordenanzas impresas en gigantescos pergaminos pegados por todas las paredes con caracteres hesperianos y nikaras. Prohibido orinar en la calle. Prohibido tirar basura por las ventanas. Prohibido vender alcohol sin licencia. Prohibido llevar los animales sin correa por las calles. Prohibidos los fuegos artificiales, las apuestas, las trifulcas, las peleas o los gritos.

Rin no había visto unas ordenanzas como esas antes. Los magistrados nikaras solían publicar notificaciones como esas en un intento fútil por limpiar sus ciudades insumisas. Pero allí las ordenanzas sí que se respetaban. La Ciudad Nueva estaba lejos de ser inmaculada. Contaba con el mismo bullicio de gente que cualquier ciudad grande. Pero eso se debía a lo numerosa que era su población, no a sus hábitos. Las calles estaban polvorientas, pero sin rastro de basura. El aire no apestaba a suciedad, a excrementos o a porquería podrida, sino que emitía el hedor normal de cuando se apiñaban muchas personas exhaustas en un mismo lugar.

—Fijaos en esto. —Jiang se detuvo delante de una placa de metal atornillada a una farola, grabada con caracteres nikaras y hesperianos.

Los cuatro principios cardinales del orden:
Decoro
Honradez
Austeridad
Modestia

Debajo de aquello había una lista de normas para el «mantenimiento del orden social». «No escupir. Hacer una cola ordenada para esperar su turno. Ser higiénico». Debajo de la última norma había otra lista que aclaraba:

Entre las prácticas antihigiénicas se encuentran:
No lavarse las manos antes de cocinar o comer.
Preparar la carne cruda con el mismo cuchillo
que los vegetales.
Reutilizar el aceite para cocinar.

Aquello se extendía otras ocho líneas más.

—Es detestable. —Rin sentía unas ganas tremendas de arrancarla, pero el resplandor de la placa la hacía parecer tan importante y oficial que temía que uno de los dirigibles en miniatura comenzara a atacarla si lo hacía.

—¿Qué tiene de malo lavarse las manos? —le preguntó Jiang—. A mí me parece razonable.

—No es que sea nada malo, es solo que… —Rin guardó silencio, sin tener claro cómo expresar el malestar que le generaba aquello. Se sentía como una niña a la que regañaban por no terminarse su arroz. No detestaba la idea de la higiene en sí, sino la presunción de que los nikaras eran tan atrasados, tan bárbaros, que necesitaban que los hesperianos les recordasen con una letra enorme y clara que no se comportaran como animales—. A ver, todo esto ya lo sabemos.

—¿Seguro? —Jiang soltó una carcajada—. ¿Has estado alguna vez en Sinegard?

—Sinegard no tiene nada de malo. —La joven no sabía por qué defendía la antigua capital de Nikan. Sabía que Sinegard daba asco. La primera vez que había viajado al norte, le habían advertido que no comiera nada de los sucios y baratos puestos callejeros, ya que elaboraban su salsa de soja con cabello humano y aguas residuales. Sin embargo, ahora, por algún motivo, se sentía territorial. Sinegard era la capital. Sinegard era una delicia resplandeciente, y hubiera preferido mil veces su escandaloso barullo al circo de ciudad en el que se encontraba—. Sigamos caminando.

La incomodidad de Rin no disminuyó al adentrarse más en la ciudad. Al contrario, no hizo más que empeorar. Cada vez que doblaba una esquina, veía algo nuevo (decoraciones, tecnologías, atuendos) que reforzaba lo extraño que le resultaba ese lugar.

Hasta el sonido de fondo consiguió desconcertarla. Se había acostumbrado al ruido de su país. Era lo único que había conocido. Estaba familiarizada con los gritos en los senderos, el chirrido de las ruedas, el parlotear de los vendedores y los pasos en las calles atestadas. Conocía su lenguaje, tanto que esperaba oír ciertas combinaciones de vocales con consonantes y ciertas entonaciones. No obstante, los ruidos de la Ciudad Nueva pertenecían a un registro completamente distinto. Del interior de los salones de té y de los músicos callejeros oía nuevos acordes musicales, horribles y discordantes. Oía demasiadas voces hablar en hesperiano o con un acento que pretendía imitarlo.

Las ciudades nikaras eran ruidosas, pero el bullicio de ese lugar era distinto: local, discreto, irregular. La Ciudad Nueva parecía funcionar con un corazón mecánico omnipresente, con sus miles de máquinas chirriando, zumbando y gimiendo sin parar. Una vez que Rin fue consciente de eso, no pudo sacárselo de la cabeza. No podía imaginarse viviendo en ese contexto. Acabaría enloqueciendo. ¿Cómo podía alguien dormir en esa ciudad?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jiang.

—¿Qué? Claro…

—Estás sudando.

Rin bajó la mirada y se percató de que tenía la parte frontal de la túnica empapada.

¿Qué le estaba pasando? Jamás había experimentado un pánico como ese, esa pequeña angustia que crecía de forma gradual hasta asfixiarla. Sentía como si la hubieran soltado con una venda en los ojos en un reino de fantasía. No quería estar allí. Quería huir, dejar esos muros atrás e internarse en los bosques, lo que fuera para salir de esa alienación desesperanzados y confusa.

—Así nos sentimos nosotros la última vez. —El tono de Daji fue inusualmente amable—. Vinieron aquí, reconstruyeron nuestras ciudades, las transformaron siguiendo sus principios del orden y casi no pudimos soportarlo.

—Pero ellos ya cuentan con sus propias ciudades —dijo Rin—. ¿Qué es lo que quieren hacer aquí?

—Quieren erradicamos. Ese es su mandato divino. Al convertirnos en un reflejo de sí mismos, quieren transformamos, hacemos mejores. Para los hesperianos, la cultura es una línea recta. —Daji arrastró un dedo por el aire—. Un punto de inicio y un único destino. Ellos se encuentran al final de esa línea. Adoraban a los mugeneses porque se les asemejaban. Pero cualquier cultura o Estado que no se parezca a ellos es necesariamente inferior. Nosotros somos inferiores hasta que hablemos, nos vistamos y nos comportemos igual que ellos, y veneremos al mismo dios.

Eso aterrorizó a Rin.

Hasta el momento, había tenido la percepción de que la amenaza que ejercían los hesperianos se basaba en el poder puro y duro, en parte debido a los recuerdos que tenía de las flotas de dirigibles, los arcabuces humeantes y los proyectiles explosivos. Los consideraba un enemigo en el campo de batalla.

No obstante, nunca se había parado a considerar que esa forma alternativa y más sutil de erradicación podría ser mucho peor.

Pero ¿y si los nikaras querían ese futuro? La Ciudad Nueva estaba atestada de residentes nikaras (estos superaban en número a los hesperianos; había cinco nikaras por cada uno de ellos), y parecían completamente satisfechos con esa nueva disposición. Incluso felices.

¿Cómo habían cambiado las cosas tan rápido? En el pasado, cualquier nikara en el continente habría huido con solo ver a esos demonios de ojos azules. La xenofobia estaba bien arraigada en ellos debido a los siglos de rumores y estereotipos, a las historias que Rin había creído solo a medias hasta que había visto a los hesperianos en carne y hueso. «Ingieren comida cruda. Roban a los bebés huérfanos de los orfanatos para hacer guisos con ellos. Sus penes son tres veces más grandes de lo normal, y los agujeros de las partes bajas de las mujeres son como cavernas para que puedan entrarles ahí».

Sin embargo, los nikaras de la Ciudad Nueva parecían adorar a sus nuevos vecinos. Asentían, sonreían y saludaban a los soldados hesperianos al verlos pasar. Vendían comida hesperiana en los carritos aparcados en las esquinas de las calles: unos pasteles marrones que parecían piedras, unos bollos amarillos y duros que emitían unos olores penetrantes y distintas variedades de pescado tan apestosamente húmedo que a Rin le sorprendía que no estuviese podrido. Los nikaras, al menos los de clase alta, habían comenzado a imitar el estilo de vestir de los hesperianos. Los mercaderes, los burócratas y los oficiales recorrían las calles ataviados con pantalones ajustados, gruesos calcetines blancos que les llegaban hasta las rodillas y unos extraños abrigos abotonados por encima de la cintura, pero drapeados por detrás, más allá de las nalgas, igual que la cola de un pato.

Algunos ciudadanos incluso habían comenzado a aprender hesperiano. Sonaba fatal: un dialecto *pidgin* entrecortado que fusionaba ambos idiomas y los hacía curiosamente comprensibles entre ellos. Las frases extranjeras salpicaban los intercambios entre mercaderes y clientes, soldados y civiles. «Buen día. ¿Cuánto? ¿Cuáles? Gracias».

Pero, a pesar de todas sus pretensiones y esfuerzos, los nikaras no eran considerados iguales a los hesperianos. No podían serlo simplemente por su raza. Rin no tardó en darse cuenta de ello. Era evidente por la forma en la que los nikaras se inclinaban y se sometían, asintiendo servilmente mientras los hesperianos les daban órdenes. Aquello no suponía una sorpresa. Así funcionaba el concepto del orden social natural de los hesperianos.

La joven recordó las palabras de la hermana Petra: «Los nikaras sois particularmente una nación con una mentalidad de rebaño. Sabéis escuchar bien, pero el pensamiento individualizado os resulta complicado. Vuestros cerebros, que sabemos que son indicativo de vuestra capacidad de raciocinio, son naturalmente de un tamaño menor».

—Mirad —murmuró Jiang—. Han empezado a traer a sus mujeres.

Rin siguió la mirada de su maestro y vio a una mujer alta con el pelo del color del trigo descendiendo del carruaje sin caballo, con la cintura envuelta en enormes capas de tela con volantes. La dama extendió una mano enguantada. Un sirviente nikara corrió a ayudarla a bajar y luego se agachó para recoger sus maletas.

La esperiliana no podía dejar de mirar las faldas de esa mujer, que se arqueaban desde su cintura adoptando la forma antinatural de una taza de té puesta del revés.

—¿Cómo…?

—Con un armazón de madera —le explicó Jiang, anticipándose a la confusión de su pupila —. Tranquila, ahí debajo siguen teniendo piernas. Consideran que así van a la moda.

—¿Por qué?

Jiang se encogió de hombros.

—Se escapa a mi comprensión.

Antes de ese momento, Rin jamás había visto a civiles hesperianas, es decir, que no fueran soldados ni parte de la Compañía Gris. Ciudadanas hesperianas que supuestamente no tuvieran nada que hacer en Nikan más que servirles de compañía a sus esposos. Ahora se paseaban por las calles de la Ciudad Nueva como si fuesen suyas.

La esperiliana se estremeció al pensar en lo que eso implicaba. Si los hesperianos estaban trayendo a sus esposas, eso significaba que pretendían quedarse.

Una repentina y aguda punzada le atenazó la espinilla izquierda. La rodilla de Rin cedió y la joven se subió la pernera del pantalón con la ferviente esperanza de que el dolor continuase.

Durante un par de segundos, no sintió nada más. Pero entonces le sobrevino otra punzada de dolor tan profunda como si le estuviesen atravesando la piel de lado a lado con una aguja. La joven masculló un silencioso gemido de alivio.

—¿Qué sucede? —le preguntó Daji enseguida.

—Es Kitay —susurró Rin—. Me está respondiendo, fijaos…

—Aquí no —siseó la Víbora. Tiró del brazo de Rin y la arrastró calle abajo. El dolor continuó envolviendo la pierna izquierda de la joven, y la agonía se fue intensificando a cada segundo que pasaba.

Era probable que Kitay no tuviera acceso a una cuchilla afilada y limpia. Seguramente estuviera rasgándose la piel con un clavo, un pedazo de madera o el borde dentado de un jarrón roto. Tal vez estuviera empleando sus propias uñas para marcar los trazos largos e irregulares que arrastraba con giros bruscos por toda la espinilla de Rin, creando unas cicatrices que la joven estaba deseando poder ver.

No importaba cuánto le doliera. Era una buena sensación. Cada punzada era prueba de que Kitay estaba allí, de que la había escuchado y de que le estaba respondiendo.

Por fin llegaron a una esquina despejada de la calle. Daji soltó a Rin del brazo.

—¿Qué dice?

Rin se subió la pernera del pantalón hasta la rodilla. Kitay había escrito cuatro caracteres,

grabados con unas líneas blancas y pálidas a lo largo del interior de la pantorrilla de su amiga.

—«Tres, seis» —leyó Rin—. «Nordeste».

—Coordenadas —aventuró Jiang—. Tienen que serlo. La intersección entre la tercera y la sexta calle. Eso tendría sentido. Esta ciudad está dispuesta como una cuadrícula.

—Entonces, ¿cuál de las dos es la coordenada vertical? —inquirió Daji.

Rin se paró a reflexionar durante un momento.

—¿Cómo se leen las posiciones del wikki?

—¿El juego de mesa? —Jiang lo meditó un segundo—. Primero la vertical, luego la horizontal. El punto de partida es el suroeste. ¿Es que él…?

—Sí —dijo Rin—. Le encanta ese juego. —A Kitay le chiflaba aquel juego de estrategia. En Sinegard, siempre había estado intentando que otros estudiantes jugasen con él, pero nadie quería hacerlo nunca. Perder contra Kitay era un verdadero fastidio. El joven no dejaba de dar lecciones sobre los fallos de estrategia que su oponente iba cometiendo a medida que él iba eliminando sus piezas del tablero—. Tercera calle hacia el norte. Sexta calle hacia el este.

Ninguno de ellos era capaz de ubicarse dentro de la cuadrícula que formaba la ciudad, así que primero tuvieron que dar con la esquina suroeste y luego contar las manzanas que recorrían mientras se desplazaban hacia el nordeste. Tardaron casi una hora. Mientras tanto, Jiang no hacía más que quejarse entre dientes.

—Malditas indicaciones las de ese chico. Una intersección tiene cuatro lados. Podría estar en cualquiera de ellos. Debería haber incluido una descripción.

Pero, al final, no necesitaron ninguna. Cuando Rin dobló la esquina hacia la sexta calle, la localización de Kitay pasó a ser evidente.

Un gigantesco edificio dominaba la manzana que tenían delante. A diferencia de otras construcciones que consistían en estructuras hesperianas erigidas sobre cimientos nikaras, aquel edificio había sido claramente construido desde cero. Los ladrillos rojos resplandecían. Las vidrieras se extendían por cada una de las paredes, representando varias insignias: pergaminos, balanzas y escaleras.

En el centro se hallaba un símbolo que Rin conocía demasiado bien: un círculo intrincado que seguía el patrón de un reloj, con unos engranajes complicados que se entrelazaban de forma simétrica. El símbolo de la Compañía Gris. El diseño perfecto del Arquitecto.

Jiang soltó un silbido.

—Bueno, una prisión no es.

—Es peor —declaró Rin—. Es una iglesia.

15

—Es bastante sencillo —explicó Jiang. Se encontraban pegados a la pared de una tienda de té al otro lado de la calle, echándole un vistazo a las gruesas puertas dobles de la iglesia —. Solo tenemos que asesinar y suplantar a uno de esos misioneros. Lo arrastramos hasta un rincón, le quitamos la sotana…

—No puede hacer eso —le dijo Rin—. Usted es nikara, y todos en la Compañía Gris son hesperianos.

—Mmm. —El Guardián se frotó la barbilla—. Muy bien visto.

—¿Y si usamos la entrada del servicio? —sugirió Daji—. Siempre tienen a algún nikara cerca para que les barra el suelo. Yo podría entretenerlos hasta que encontréis a Kitay.

—Es demasiado arriesgado —dijo Jiang—. No sabemos cuántos hesperianos habrá allí dentro, y necesitaremos más de cinco minutos para registrar el lugar.

—Pues les preguntaré directamente lo que queremos saber, y luego los acribillaré con mis agujas.

Jiang alargó una mano para atusarle un mechón de cabello a Daji detrás de la oreja.

—Querida, se llama menos la atención cuando no se deja un rastro de cadáveres detrás.

Daji puso los ojos en blanco.

Rin echó un vistazo hacia la iglesia, y entonces se le *ocurrió* la solución. Eran tan evidente que estuvo a punto de romper a reír.

—No es necesario hacer nada de eso. —La joven señaló hacia la cola de civiles nikaras en la parte frontal del edificio. Justo en ese momento, las pesadas puertas se abrieron de par en par y un hermano de la Compañía Gris salió al exterior con las manos extendidas para recibir a la congregación—. Podemos entrar sin más.

Entraron en la iglesia con las cabezas gachas, siguiendo obedientemente al resto de la multitud en fila de uno. Rin se tensó cuando pasaron junto al sacerdote con la túnica gris que se hallaba en las puertas. Sin embargo, lo único que hizo este fue apoyar una mano en el hombro de la joven y murmurar en voz baja un saludo en señal de bienvenida, igual que estaba haciendo con todas las personas de la fila. El sacerdote ni siquiera la miró a la cara.

El interior de la iglesia era una única estancia amplia con vigas altas, repleta de bancos bajos dispuestos en unas ordenadas columnas dobles. La luz del sol se colaba a través de las vidrieras y proyectaba unas manchas coloridas y extrañamente hermosas sobre el liso suelo de madera. En el frente de la estancia había un podio sobre una plataforma elevada donde aguardaban media docena de hesperianos vestidos de gris, contemplando con arrogancia cómo los nikaras tomaban asiento.

Rin echó un vistazo alrededor, intentando dar con puertas que pudieran conducir a alguna cámara oculta o a algún pasadizo.

—Allí. —Jiang señaló con la cabeza hacia el otro extremo de la estancia, donde Rin vislumbró una puerta escondida detrás de una cortina. Un solo sacerdote se hallaba apostado delante de ella, con un montón de llaves visiblemente prendidas de su cinturón.

—Esperad aquí. —Daji abandonó la fila y se encaminó con determinación hacia ese lugar. El sacerdote abrió mucho los ojos a causa de la confusión cuando la vio acercarse, pero su atención disminuyó en cuanto Daji comenzó a hablarle. Unos segundos después, el hombre le entregó las llaves a la Víbora, que abrió la puerta antes de tomar la dirección contraria.

Daji miró hacia atrás y le hizo una seña a Rin con impaciencia para que la joven se acercase hasta ella.

—Ve. —Le puso las llaves en la palma de la mano—. Estas abren las puertas de las celdas. Contarás con una hora y media de margen antes de tener que mezclarte de nuevo con la multitud para abandonar la iglesia.

—Pero ¿vosotros no…?

—Nosotros vigilaremos las salidas desde aquí. —Daji empujó a Rin hacia la puerta—. Date prisa.

Los nikaras casi habían terminado de ocupar sus asientos. Solo quedaban un par de personas en pie. Daji corrió a colocarse al lado de Jiang y ambos se sentaron en la última fila.

La esperiliana estuvo a punto de reír por lo absurdo que era todo. Había acudido a la Ciudad Nueva con dos de los chamanes más poderosos de la historia de Nikan, seres salidos de los mitos y las leyendas, y allí estaban ellos, rindiéndole culto a un falso dios.

Un gran chirrido reverberó por la estancia cuando las puertas dobles se cerraron, dejándolos a todos atrapados allí dentro. Con el corazón desbocado, Rin se coló por la puerta abierta y corrió escaleras abajo.

Detrás de la puerta se hallaba una escalera de caracol que conducía a un pasillo oscuro. Rin prendió una pequeña llama sobre la palma de su mano y la sostuvo ante sí a modo de antorcha. Habían estado en lo cierto, todo ese sótano se había transformado en una prisión, con celdas alineadas a cada lado del pasillo. Rin ocultó el rostro mientras avanzaba y miraba a cada lado en busca de Kitay. No tendría que haberse molestado. Los prisioneros apenas estaban alertas. La mayoría se hallaban desplomados en los rincones de sus celdas, durmiendo o con la mirada fija en el vacío. Un par de ellos gemían en voz baja, pero ninguno daba indicios de haber notado la presencia de la esperiliana.

«Qué pintoresco», pensó Rin. Tenía sentido que los hesperianos mantuvieran a pecadores y creyentes bajo el mismo techo. A la Compañía Gris le gustaba la simetría. El Arquitecto Divino

contra el Caos. La luz contra la oscuridad. Los fieles arriba y los pecadores abajo, la cara oculta de la despiadada e implacable cruzada contra los bárbaros y su conversión a una civilización organizada.

La celda de Kitay se encontraba al final del siguiente pasillo. Rin lo supo nada más doblar la esquina. Lo único que veía gracias a su débil llama era la curvatura del hombro de su amigo y la silueta de su cabeza, que tenía girada hacia el lado contrario a los barrotes. Pero la esperiliana supo que era él. Todo el cuerpo de Rin vibró a causa de esa anhelante expectación, como un imán atraído hacia su polo opuesto. La joven lo supo sin temor a dudas.

Echó a correr.

Kitay estaba dormido cuando Rin llegó a su celda. Se había hecho un ovillo sobre un catre con las rodillas pegadas al pecho. Parecía tan pequeño. Tenía la pernera derecha del pantalón empapada en sangre.

Rin manipuló las llaves con torpeza mientras probaba varias antes de dar con la que encajaba en la cerradura. Tiró con fuerza de la puerta. Esta se abrió con un fuerte chirrido metálico que reverberó por todo el pasillo.

Su amigo dio un respingo y se sentó de golpe, con los puños en alto, como si estuviera listo para pelear.

—Soy yo —susurró Rin.

Kitay parpadeó sin comprender, como si no estuviera seguro de si era o no un sueño.

—Ah, hola.

Rin corrió hacia él.

Cayeron el uno sobre el otro encima del catre. El joven se había incorporado un poco para recibirla, pero Rin lo había vuelto a tirar mientras envolvía su delgada silueta con fuerza entre sus brazos. Necesitaba sostenerlo, sentir su peso, saber que era real y sólido y que estaba allí. El vacío en el pecho de Rin, esa dolorosa sensación de ausencia que sentía desde que había abandonado Tikany, por fin se había evaporado.

Volvía a sentirse ella misma. Volvía a sentirse completa.

—Sí que has tardado —murmuró Kitay hacia el hombro de su amiga.

—¿No has sentido que me acercaba?

—Te sentí ayer —replicó él con una sonrisa—. Me desperté y sentí como si me hubieran tirado agua fría por encima. Nunca he sido más feliz.

Kitay tenía mejor aspecto del que Rin había esperado. Claro que estaba delgado, pero llevaba así desde Ruijin, y sus mejillas no estaban mucho más hundidas que antes. Tenía los brazos y las piernas libres, salvo por un grillete de hierro en el tobillo izquierdo, unido a una cadena con bastante holgura como para otorgarle libertad de movimiento por la celda. No parecía que lo hubieran torturado. No presentaba cortes, ronchas o magulladuras sobre su piel clara. Las únicas heridas que había sufrido recientemente eran los arañazos que él mismo se había infligido en la espinilla.

Tenía el dedo índice cubierto de sangre seca. Había hecho aquello con la uña.

Rin intentó examinarle la pierna.

—¿Estás…?

—Está bien. Ha dejado de sangrar. Ya la desinfectaré luego. —El joven se puso en pie—. ¿Con quién has venido?

—Con dos de las tres partes de la Tríada.

Kitay no se sorprendió.

—¿Con qué dos?

—Con la Víbora y el Guardián.

—Cómo no. ¿Y cuándo vamos a conocer al Emperador Dragón?

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Rin hizo tintinear las llaves—. Primero, vamos a sacarte de aquí. Dame los candados.

Kitay sacudió el tobillo en dirección a Rin con pinta de estar impresionado.

—¿Cómo has…?

—Daji es persuasiva. —Rin sostuvo la llama sobre el candado y comenzó a examinar las distintas llaves para dar con una que pareciera encajar allí—. Ya no tenemos que seguir recurriendo a rompernos extremidades.

Kitay resopló.

—Gracias a los dioses.

Rin encontró una llave plateada que parecía ser del tamaño adecuado cuando oyó el inconfundible chirrido de una puerta que se abría, seguido del leve golpeteo de unos pasos que recorrían el pasillo. La joven se quedó petrificada. Daji le había prometido que le conseguiría más de una hora de margen. Rin había pensado ocultarse en el piso de abajo hasta que el ritual que se estaba celebrando arriba hubiera terminado. ¿Acaso había salido algo mal?

—Escóndete —siseó Kitay.

—¿Dónde?

El chico señaló hacia su catre. Rin no creía que eso pudiera funcionar. Se trataba de una estructura endeble y estrecha, de apenas medio metro de ancho, con unas patas de madera dobladas que ni siquiera ocultarían a un conejo.

—Cúbrete con esto. —Kitay tiró de su manta. El tejido de algodón era fino pero opaco. Colgaba del borde de la cama y era lo bastante largo como para llegar hasta el suelo.

Rin se arrastró debajo del catre y se encogió sobre sí misma, intentando que su respiración fuera inaudible. Oyó cómo la cerradura volvía a cerrarse cuando Kitay empujó la puerta de la celda.

La joven sacó la cabeza de entre las mantas, confusa.

—Espera, ¿por qué no…?

—Shh —susurró su amigo—. Te he dicho que te escondas.

El sonido de los pasos era cada vez más cercano, hasta que se detuvo justo al otro lado de la celda.

—Hola, Kitay.

La joven se clavó las uñas en la palma de la mano y apretó con fuerza los dientes para mantenerse en silencio. Solo conocía a una persona que pudiera hablar con esa mezcla tan precisa de seguridad, condescendencia y fingida camaradería.

—Buenas tardes. —El tono de Kitay era de una ligera y alegre indiferencia—. Qué oportuno. Justo acabo de despertarme de mi siesta.

La puerta chirrió al abrirse. Rin apenas se atrevía a respirar.

Si el recién llegado se acercaba hacia el catre, la esperiliana iba a matarlo. Contaba con dos ventajas: el elemento sorpresa y el fuego. Esta vez no vacilaría. Primero, le lanzaría un torrente de

fuego hacia la cara para sorprenderlo y cegarlo, y luego le clavaría cuatro dedos al rojo vivo alrededor del cuello. Le rajaría la arteria antes de que él pudiese ser consciente de lo que estaba pasando.

—¿Cómo te ha ido? —Nezha estaba de pie justo sobre el catre—. ¿El alojamiento sigue siendo de tu gusto?

—Me gustaría tener algunos libros nuevos —declaró Kitay—. Y mis lámparas para leer se están quedando sin aceite.

—Me encargaré de ello.

—Gracias —dijo el otro chico con frialdad—. ¿Y qué tal la vida de rata de laboratorio?

—No seas capullo, Kitay.

—Disculpa —respondió el prisionero con desgana—, pero tuviste tan pocos miramientos a la hora de condenar a Rin al mismo destino que me asombra mucho la ironía de todo esto.

—Escucha, imbécil…

—¿Por qué les permites que te hagan eso? —le preguntó Kitay—. Tengo curiosidad. Sin duda, no parece que disfrutes del dolor.

—No duele —dijo Nezha en voz baja—. Es el único momento en el que no duele.

Se produjo una pausa, que se alargó hasta convertirse en un silencio más largo e incómodo.

—¿El Consejo sigue dándote problemas? —preguntó al fin Kitay.

Rin oyó un movimiento. Era Nezha, que tomaba asiento.

—Están locos. Todos ellos.

Kitay soltó una carcajada.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

A Rin le sorprendió lo rápido que habían pasado a charlar de forma amistosa. No, «amistosa» no era la palabra adecuada, ya que no sonaban como dos amigos. Pero tampoco parecía la típica conversación entre un prisionero y su interrogador. Sonaban como dos estudiantes de segundo curso de Sinegard que se quejaban sobre los deberes de análisis de oraciones que les había puesto Jima. Eran viejos conocidos que se sentaban ante un tablero de wikki, retomando una partida justo donde la habían dejado.

Pero ¿de verdad era tan sorprendente? Con solo oír la voz de Nezha, Rin sentía cómo la nostalgia le inundaba el pecho. Ella también quería recuperar esa sensación de familiaridad con el joven. Ya había olvidado que treinta segundos antes había estado lista para matarlo. La voz de Nezha, su mera presencia, hacía que le doliese el corazón. Rin deseaba con desesperación poder llegar a un punto muerto, que solo por un minuto las guerras a su alrededor pudieran ponerse en pausa para así, tal vez, hablar de nuevo como amigos. Solo una vez más.

—Nuestros aliados norteños no enviarán más tropas a Arabak hasta que reciban ayuda económica —dijo Nezha—. Creen que nado en la abundancia, que oculto mi dinero… Pero, maldita sea, Kitay, no lo entienden. Las arcas están vacías.

—¿Y adónde ha ido a parar el dinero? —inquirió Kitay.

Lo había dicho a la ligera, pero era evidente que pretendía tocar la fibra sensible. El tono de Nezha pasó a ser cortante.

—No te atrevas a acusarme de…

—Estáis recibiendo demasiada ayuda de los hesperianos como para que vuestro ejército esté tan mal equipado. Alguien os está robando. Venga ya, Nezha, ya hemos hablado de esto. Tienes

que poner orden.

—Estás profiriendo acusaciones infundadas…

—Solo te señalo lo que tienes delante —prosiguió Kitay—. Sabes que tengo razón. No seguirías viniendo hasta aquí si no creyeras que puedo serte de utilidad.

—Pues entonces dime algo útil. —Nezha sonó muy petulante, igual que durante su primer año en Sinegard. Rin estuvo a punto de romper a reír.

—Te he estado diciendo cosas tan evidentes que hasta un niño se habría percatado de ellas —le dijo Kitay—. Tus generales están desviando fondos que deberían destinarse a ayudas. Seguramente los estén escondiendo en sus palacios de verano, así que ese debe ser el primer lugar en el que mires. Ese es el problema de toda esa plata hesperiana. Toda tu base se ha corrompido. Igual deberías empezar a reducir los sobornos.

—Pero hay que sobornarlos para mantenerlos de tu parte —dijo Nezha, frustrado—. De lo contrario, no presentarán un frente unido. Y si no tenemos un frente unido, entonces los hesperianos nos pasarán por encima como si nuestro Gobierno *no existiera.*

—Pobre Nezha —se mofó Kitay—. Te tienen atado de pies y manos, ¿verdad?

—Esto es una puta estupidez. Necesito un mando unificado en el ejército. Necesito libertad para establecer que la prioridad absoluta sea el frente sureño, y quiero trasladar tropas desde el norte para lidiar con Rin sin tener que hacer tantas concesiones. No sé por qué…

—Yo sí sé por qué. No eres el gran mariscal, sino el Joven Mariscal. Ese es tu apodo, ¿no? Tanto los generales como los hesperianos consideran que eres solo un príncipe malcriado e idiota que no sabe lo que está haciendo. Creen que eres igual que Jinzha. Y no te pondrán al mando de sus dirigibles, aunque te pongas de rodillas y se lo supliques.

Rin no sabía qué le sorprendía más, si la franqueza de Kitay, que Nezha no lo castigara por ello o que todas las cosas que su ancla estaba diciendo pudieran ser ciertas.

Nada de todo eso tenía sentido. Rin había dado por sentado que Nezha rebosaba poder, que tenía a toda la flota de dirigibles a su disposición. Cuando se había lanzado sobre Tikany, lo tenía todo tan controlado que ella había llegado a creer que contaba con todo el apoyo de la República.

Pero esta era la primera muestra que veía de que Nezha no lo tenía todo tan bajo control como ella creía. Allí, a solas en ese sótano con su antiguo compañero de clase, ahora su prisionero, y tal vez la única persona con la que podía sincerarse, Nezha sonaba simplemente asustado.

—Supongo que las cosas con Tarcquet tampoco han mejorado —comentó Kitay.

—Es un puto condescendiente —gruñó Nezha—. ¿Sabes cuál dice que fue la causa del fracaso de la última campaña? Nuestra falta de espíritu de lucha. Dijo que los nikaras, por naturaleza, no tenemos espíritu combativo.

—Una afirmación muy atrevida, dada nuestra historia, diría yo.

Nezha no se rio.

—Nuestras tropas no tienen nada de malo. Están increíblemente bien entrenadas, son excelentes en el campo de batalla. El problema es la reestructuración y la integración de nuestras fuerzas…

—¿El qué?

—Otra de las ideas de Tarcquet. —Nezha soltó el nombre como si fuera veneno—. Quieren a los equipos de asalto de aire y tierra coordinados.

—Interesante —dijo Kitay—. Creía que eran demasiado egocéntricos para eso.

—No es una integración real. Significa que quieren que carguemos con sus carros llenos de carbón por ellos allá donde decidan ir. Significa que tan solo somos unas malditas mulas de carga…

—Hay peores papeles que desempeñar en el campo de batalla.

—No si queremos ganarnos su respeto.

—Creo que ambos sabemos que las posibilidades de ganarnos el respeto de los hesperianos se esfumaron hace mucho tiempo —dijo Kitay como si nada—. Así que ¿contra quién vais a lanzar ahora vuestras bombas? ¿Ha capitulado ya la Provincia del Jabalí?

La voz de Nezha adquirió un toque de exasperación.

—Podría decírtelo si accedieras a ayudar con la planificación.

Kitay soltó un suspiro.

—Por desgracia, no estoy tan desesperado por salir de esta celda.

—No, parece que disfrutes del cautiverio.

—Me gusta estar seguro de que las palabras que salen de mi boca no van a causar la muerte de personas a las que les tengo mucho cariño. Es una cosa llamada ética. Deberías probarla de vez en cuando.

—No tiene por qué morir nadie —dijo Nezha—. Nunca ha tenido por qué morir nadie. Pero Rin embaucó a esos idiotas para que se lo jugaran todo.

La esperiliana se encogió al oír su nombre de los labios de Nezha. Lo había pronunciado de forma violenta.

—Rin no está detrás de esto —dijo Kitay con cautela—. Rin está muerta.

—Y una mierda. Todo el país estaría hablando de ello si así fuera.

—Ah, ¿crees que esas preciosas aeronaves no lograron dar con ella?

—No puede estar muerta —insistió Nezha—. Solo está escondida, tiene que estarlo. No encontraron ningún cuerpo, y el sur no estaría luchando con tantas ansias si supieran que está muerta. Ella es lo único por lo que siguen unidos. Sin ella, no les quedarían esperanzas. Se habrían rendido ya.

Rin oyó el roce de la ropa. Tal vez Kitay se hubiera encogido de hombros.

—Supongo que tú lo sabrás mejor que yo.

Otro silencio inundó la celda. Rin se quedó completamente inmóvil, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que le sorprendió que no la hubiera descubierto ya.

—Yo no quería esta guerra —dijo al fin Nezha. Su voz sonó extrañamente quebradiza, hasta defensiva. Rin no sabía cómo interpretar el tono—. Nunca la quise. ¿Por qué Rin no pudo entender eso?

—Bueno, le clavaste un puñal por la espalda.

—No quería que las cosas salieran así.

—Por los dioses, no empecemos otra vez con esto.

—Habríamos dejado que se quedara con el sur si se hubiera unido a las negociaciones. Por los dioses, le estábamos agradecidos porque se había deshecho de los mugeneses por nosotros. Y es una buena soldado. La mejor. Nos hubiera encantado tenerla otra vez de nuestro lado, la habríamos nombrado general en un abrir y cerrar de ojos…

—Pareces haberme confundido con un zoquete —dijo el otro chico.

—Es una tragedia que estemos en bandos distintos, Kitay. Y lo sabes. Los tres unidos habríamos formado un gran equipo.

—Éramos un equipo. Y éramos buenos. Pero tu padre tenía otros planes.

—Podemos volver atrás —insistió Nezha—. Sí, la hemos cagado… Yo la he cagado, pero piensa en lo que podría lograr la República si de verdad luchásemos para que funcionase. Eres demasiado inteligente como para ignorar su potencial…

—¿Sigues con la misma mierda? Por favor, no seas condescendiente conmigo, Nezha.

—Ayúdame —le suplicó el otro joven—. Juntos podemos ponerle fin a todo esto en cuestión de semanas, sin importar que Rin esté viva o muerta. Eres la persona más inteligente que he conocido nunca. Si tuvieras acceso a nuestros recursos…

—Verás, cuesta mucho tomarte en serio cuando haces cosas como lanzar bombas sobre niños inocentes.

—Esa emboscada fue un error…

—Quedarte dormido cuando van a pasar lista es un error —estalló Kitay—. No traerme las comidas a su hora es un error. Lo que tú cometiste fue un asesinato a sangre fría. Y Rin y yo sabemos que, si nos unimos a ti, volverá a suceder, porque el sur y nosotros somos totalmente prescindibles para vosotros. Tu padre y tú creéis que somos herramientas que podéis intercambiar o tirar cuando os interese, que es precisamente lo que habéis hecho.

—No tenía otra opción…

—Tenías miles de opciones distintas. Dejaste clara tu postura en Arlong. Tú comenzaste esta guerra, y no es culpa mía que no tengas pelotas para terminarla. Así que dile a Vaisra que sería mejor que me cortara la cabeza, porque así al menos podría usarla de decoración.

Nezha no dijo nada. Rin oyó el crujido de la ropa cuando se puso en pie. Se marchaba. Sus pasos sonaban fuertes y enfadados contra la piedra. La joven deseó poder verle el rostro. Esperaba que replicara, que reaccionara de algún modo, para así saber si Kitay lo había alterado o no. No obstante, lo único que oyó fue el chirrido de la puerta al cerrarse detrás de él, y luego el clic del candado.

—Siento no haber tenido tiempo para advertírtelo. —Kitay retiró la manta del catre y ayudó a Rin a levantarse—. He pensado que sería mejor que lo escucharas por ti misma.

La esperiliana le pasó las llaves.

—¿Cuánto tiempo lleva tanteándote?

—Cada día desde que llegué aquí. La verdad es que hoy se ha portado muy bien. No lo has visto en sus peores momentos. Ha probado un millón de tácticas distintas para intentar hacerme ceder. —Kitay se agachó para quitarse los grilletes—. Pero ha debido de recordar que nunca supo cómo hacerlo. Ni en Sinegard ni mucho menos ahora.

Rin sintió un doloroso estallido de orgullo. A veces olvidaba lo resiliente que podía llegar a ser Kitay. Solo con mirarlo nadie lo sospecharía, ya que era el estereotipo de académico delgaducho y nervioso, pero soportaba las dificultades con una fortaleza de hierro. Sinegard no había podido con él. Ni siquiera Golyn Niis había logrado destruirlo. Nezha jamás podría hacer que se derrumbase.

«No», susurró una vocecilla en la mente de Rin que se parecía demasiado a la de Altan. «La

única persona capaz de hacer que se derrumbe eres tú».

—Detrás de ti —dijo Kitay de repente.

Rin se giró, esperando ver a un soldado. Pero solo se trataba de un miembro de la Compañía Gris, un joven con una sotana que cargaba con una bandeja de comida entre las manos.

El recién llegado se quedó boquiabierto al verla. Desplazó la mirada, confuso, entre Kitay y ella, como si estuviera intentando determinar cuántas personas debía haber en realidad en esa única celda.

—Tú…

Kitay giró la llave y abrió de golpe la puerta de la celda.

Demasiado tarde. El misionero había echado a correr. Rin hundió los talones en el suelo y lo persiguió. Las piernas del misionero eran mucho más largas que las suyas, y tal vez hubiera logrado escapar si no se hubiera tropezado con su sotana al doblar la esquina. Trastabilló solo por un segundo, pero con eso fue suficiente. Rin lo agarró del brazo y lo desequilibró asestándole una patada detrás de las rodillas. El misionero cayó. La joven invocó el fuego en la palma de su mano, que prendió con premura, de un modo muy natural, como si fuera un guante que le quedaba a la perfección.

Rin llevó la mano engarrotada hacia la garganta del misionero. La piel blanda cedió ante sus uñas candentes como si estuviera partiendo tofu con acero. Fue fácil. Cuestión de segundos. El misionero falleció sin emitir ni un jadeo. Rin había escogido ir a por su garganta para que no pudiera gritar.

La joven se enderezó, exhaló y se limpió la mano contra la pared. No sentía la magnitud de lo que acababa de hacer. Había sucedido tan rápido que ni siquiera parecía real. No había tomado la decisión de matar al misionero, ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Simplemente había tenido que proteger a Kitay. El resto había sido una cuestión de instinto.

Rin sintió unas repentinas y extrañas ganas de reír.

Ladeó la cabeza mientras contemplaba las franjas carmesíes que resplandecían húmedas y brillantes sobre el mármol. Por algún motivo, eso le proporcionó un vertiginoso regocijo, el mismo éxtasis confuso que había sentido cuando había envenenado a Ma Lien.

Esa reacción no tenía que ver con la violencia.

Tenía que ver con el poder.

Aquella sensación no podía ser tan buena como la de matar a Nezha, pero se le acercaba. Por un momento salvaje y libre de ataduras, se planteó arrastrar su dedo ensangrentado por toda la pared y dibujar una flor.

No. No. Demasiado indulgente. No tenía tiempo para eso. La oleada de vértigo había pasado. Había recobrado la cordura. Mantenía el control.

Tenía que concentrarse.

—Acércate —llamó Rin a través del pasillo—. Ven a ayudarme a meterlo en tu celda. Lo acostaremos en el catre y lo cubriremos con la manta. Así conseguiremos algo de tiempo.

Kitay, a trompicones, dio dos pasos fuera de su celda, se desplomó y vomitó.

Su fuga de la iglesia se produjo con una facilidad pasmosa. Rin y Kitay aguardaron junto a la puerta de las mazmorras, escuchando apoyados contra la madera el sermón de los hesperianos,

hasta que oyeron que los civiles nikaras se levantaban de los bancos. Luego, abrieron la puerta un poco y se colaron en el edificio para entremezclarse con la masa humana y así hacerse invisibles entre ellos. Jiang y Daji se les unieron, y juntos cruzaron las puertas hacia el exterior. Ninguno de ellos dijo una palabra hasta que ya llevaban varios minutos caminando hacia el otro extremo de la calle.

—Estás más alto —le dijo Jiang a Kitay cuando doblaron la esquina—. Me alegro de volver a verte.

Kitay se quedó contemplándolo durante un momento, como si no estuviera seguro de qué responderle.

—Conque usted es el Guardián.

—El mismo.

—Y ha estado todo este tiempo escondido en Sinegard.

—Perdí la cabeza durante una época —dijo Jiang—. Estoy comenzando a recuperarla.

—Tiene sentido —replicó Kitay con voz débil.

Rin pensó que, dadas las circunstancias, su amigo se lo estaba tomando bastante bien.

—Ya haremos las preguntas más tarde. —Daji le lanzó a Kitay una túnica marrón, que era mucho menos sospechosa que los harapos que el joven llevaba puestos desde Tikany—. Ponte esto y vamos.

Abandonaron la Ciudad Nueva en una carreta de lavandería tirada por caballos. Su conductor original contaba con un permiso para franquear la puerta con el objetivo de llevar las sábanas de la *enfermería al río para* lavarlas. Daji lo había embaucado para que les entregase tanto la carreta como el permiso. Mientras la Víbora conducía el carro con determinación por las calles, Rin, Kitay y Jiang se mantuvieron escondidos bajo pilas de tejidos, tan altas que apenas podían respirar. La esperiliana se retorció, acalorada y llena de picores al intentar no pensar en las manchas marrones que la rodeaban. Sintió cómo el carro se detenía una sola vez. Oyó a Daji responder a las preguntas del centinela en un hesperiano muy convincente, y entonces cruzaron las puertas para salir de la ciudad.

Daji siguió conduciendo. No dejó que salieran de debajo de las pilas de tejidos hasta una hora más tarde, cuando la Ciudad Nueva no era más que un minúsculo esbozo detrás de ellos, hasta que el sonido de los dirigibles se hubo disipado y el único ruido a su alrededor era el zumbido constante de las cigarras.

Rin se sintió aliviada cuando la Ciudad Nueva desapareció de su vista. Si de ella dependiera, jamás volvería a pisar ese lugar.

Esa noche, mientras comían ñame deshidratado y una gruesa y correosa hogaza de pan hesperiano que habían robado, Daji y Jiang interrogaron a Kitay para conocer toda la información que había podido averiguar sobre la República. No tenía detalles concretos sobre la posición de las tropas o los planes de campaña, ya que Nezha le había dado la información estrictamente necesaria para que le aconsejara sin llegar a convertirlo en un lastre. No obstante, lo poco que Kitay sabía era tremendamente útil.

—Ahora quieren entrar en la fase final, pero están tardando más de lo necesario —les dijo el joven—. Como era de esperar, Vaisra se volvió contra la Coalición Sureña en cuanto fracasaron a la hora de entregar tu cuerpo. Pero el jefe militar del Mono, aunque probablemente sea obra de Souji, ha montado una defensa sorprendentemente fuerte. No han tardado nada en aprender a

crear refugios antiaéreos decentes. Una vez que el jefe militar del Dragón se percató de que las aeronaves no estaban cumpliendo con su labor, envió a las fuerzas terrestres. De momento, el sur ha logrado que se retiren a un rincón de la Provincia del Jabalí. Allí se hallan escondidos bajo las montañas, obligados a permanecer paralizados durante semanas. Por eso todos se han concentrado en Arabak.

—La Ciudad Nueva —lo corrigió Rin.

Kitay negó con la cabeza.

—Sigue siendo Arabak. Aquí nadie la llama así, salvo los hesperianos o los nikaras cuando están con ellos.

—Entonces, ¿la demora es solo a causa del terreno? —preguntó Daji—. ¿Qué pasa con el Joven Mariscal? Corre el rumor de que se está desmoronando.

Rin le lanzó a Daji una mirada de sorpresa.

—¿Dónde has oído eso?

—En el banco que teníamos detrás, un par de ancianas no dejaban de chismorrear —le explicó la Víbora—. Han dicho que, si Yin Jinzha siguiera al mando, los rebeldes sureños habrían sido exterminados hacía meses.

—¿Jinzha? —Jiang frunció el ceño, hurgándose la oreja con el dedo meñique—. ¿El niñato mayor de los Yin?

—Sí —le confirmó Daji.

—Creo que le di clase en Sinegard. Menudo, capullo. ¿Qué fue de él?

—Intentó hacerse el valeroso —dijo Daji—. Lo hice picadillo y se lo envié de vuelta a Vaisra en una cesta de *dumplings*.

Jiang arqueó una ceja.

—¿Qué cojones, querida?

—Nezha está agotado. —Kitay se apresuró a retomar el tema principal—. No es del todo culpa suya. Sus consejeros hesperianos no dejan de hacerle unas peticiones irracionales que él no puede cumplir, y el gabinete republicano tira de él en tantas direcciones distintas que Nezha no sabe qué camino tomar.

—No entiendo nada —intervino Rin—. Con las ventajas con las que cuenta, cualquiera pensaría que le iría mejor.

—No es tan fácil. Esto sigue siendo una guerra en varios frentes. La República ha conquistado prácticamente el norte. Por cierto, Jun está muerto. Lo desollaron vivo sobre una plataforma hace unas semanas. Sin embargo, aún quedan algunas provincias que siguen resistiendo.

—¿De verdad? —Rin se animó. Esa era la primera buena noticia que había oído desde hacía mucho tiempo—. ¿Se trata de alguna provincia armada?

—La Provincia del Buey es la que más está resistiendo de momento, pero todos acabarán muertos en unas semanas —declaró Kitay—. No tienen ningún tipo de organización. Están divididos en tres facciones que no se comunican entre sí. Lo cierto es que esto supuso una ventaja para ellos durante un tiempo, porque Nezha nunca sabía qué iban a hacer a continuación los distintos batallones. Pero no se trata de una estrategia defensiva sostenible. Nezha solo tiene que limitarse a encargarse de ellos uno a uno.

»Y luego está la Provincia del Perro, que siempre ha estado tan en la periferia del Imperio que

nadie se ha molestado mucho en pensar en ella. Pero eso les ha hecho valorar su autonomía. Y es mucho menos probable que se arrodillen ante Vaisra ahora que los hesperianos quieren entrar allí y transformar toda la región en una mina de carbón.

—¿Cuántos hombres tienen? —preguntó Daji.

—Aún no han necesitado hombres. La República ni siquiera ha enviado a un delegado a negociar. Por el momento, no están dentro del radar de Nezha. —Kitay soltó un suspiro—. Pero, cuando pasen a estarlo, estarán acabados. Su población es muy escasa. No conseguirán tropas suficientes para sobrevivir a la primera oleada de ataques.

—Entonces, ¡debemos unirnos a ellos! —exclamó Rin—. Es perfecto… Atravesamos el asedio con nuestras tropas, enviamos a un centinela delante y luego nos reunimos con el jefe militar del Perro…

—Presentarse sin previo aviso es digno de un pésimo invitado —dijo Daji.

—No si hay un tercer invitado que sostenga un cuchillo sobre el cuello del anfitrión —respondió Rin.

—No entiendo esa analogía —dijo Jiang.

—No es tan mala idea —comentó Kitay—. Nezha está convencido de que Souji y Gurubai pretenden llevar a cabo un acercamiento con la Provincia del Perro para ayudarse mutuamente. Sería la opción más predecible, pero también la única que nos queda. Necesitamos todos los aliados que podamos conseguir. Divididos no somos más que despojos.

Rin frunció el ceño en dirección a su amigo. El tono de Kitay le transmitía que algo no iba bien, aunque no estaba segura de qué podía tratarse. No sonaba tan avispado y comprometido como solía estarlo en las reuniones de estrategia. Por el contrario, lo pronunciaba todo con el mismo tono plano, como si estuviera recitando una respuesta que había memorizado para un examen.

¿Qué le habían hecho en Arabak? No había sufrido torturas físicas, pero había estado a solas durante semanas con Nezha. ¿Podría el Joven Mariscal haberlo puesto en su contra? ¿Acaso Kitay solo estaba fingiendo ser su aliado ahora mismo? Esa posibilidad la hizo estremecerse.

Sin embargo, Kitay no podía ocultar una mentira como esa. Sus almas estaban vinculadas. Si ese fuera el caso, Rin lo sentiría. O, al menos, esperaba ser capaz de sentirlo.

Entonces, ¿por qué Kitay hablaba igual que un hombre que ya había perdido?

—Pues nada, a la Provincia del Perro entonces. Interesante. —Jiang se giró hacia Daji—. ¿Qué me dices? La ruta hacia su capital pasa cerca de la cordillera de Tianshan, y estaría bien tener cobertura terrestre durante al menos una parte.

—Vale. —Daji se encogió de hombros—. Pero no sé por qué necesitamos a la Coalición Sureña para eso.

—Son miles de cuerpos.

—Miles de cuerpos que tendremos que arrastrar por las montañas. Además, vendieron a Rin. —Daji señaló con la barbilla hacia la esperiliana—. Merecen que los *dejemos atrás.*

—Eso es culpa de sus dirigentes. Las masas son maleables, eso ya lo sabes.

—Será complicado.

—Acabo de escapar de una montaña de piedra. Deja que me estire un poco, querida. Que haga algo de ejercicio. Es bueno para la mente.

—De acuerdo. —Daji suspiró—. Pues iremos a la Provincia del Perro.

—Perdonad. —Kitay los miró a ambos—. ¿Me he perdido algo?

Rin compartía su confusión. La conversación entre Daji y Jiang se había producido tan rápido que la joven apenas había sido capaz de seguir el hilo de lo que estaba sucediendo. Los dos miembros de la Tríada a menudo hablaban en clave, haciendo alusiones a su pasado compartido. Un código que, durante su travesía hacia Arabak, provocaba que Rin se sintiera constantemente fuera de lugar. Suponía un continuo recordatorio de que, por mucho poder que la esperiliana ostentara, la Tríada contaba con décadas de historia a sus espaldas que ella solo conocía de oídas. Ellos habían visto muchas más cosas. Habían hecho mucho más.

—Está decidido —dijo Daji—. Iremos a por vuestro ejército y nos los llevaremos con nosotros al norte. ¿De acuerdo?

Kitay parecía desconcertado.

—Pero… ¿qué pasa con el asedio?

Jiang estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó.

—Ah, acabaremos con el asedio.

Kitay pestañeó mientras miraba al Guardián.

—Pero ¿cómo vais a hacer eso?

Daji soltó una carcajada. Jiang le dedicó a Kitay una mirada de desconcierto, como si le sorprendiera que el joven lo preguntase siquiera.

—Soy el Guardián —se limitó a responder, como si ese hecho fuese respuesta suficiente.

La noche era agradablemente cálida, así que apagaron la hoguera después de haber comido y durmieron en el carro por turnos. Kitay se ofreció a ser el primero en hacer guardia. Rin no había descansado desde el amanecer (sentía los huesos cansados, y las sienes seguían palpitándole tras el impacto sensorial que había supuesto para ella la Ciudad Nueva), pero esperó varios minutos antes de irse a dormir para así poder sentarse junto a su amigo. Quería tener ese rato a solas con él.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo Rin. Eran palabras demasiado superficiales como para expresar cómo se sentía realmente.

No obstante, Kitay asintió. La comprendía.

Rin percibió una chispa de calor en cada punto de contacto entre ambos: su mano sobre la de Kitay, el brazo de este curvado alrededor de su cintura, su cabeza apoyada entre la barbilla y el hombro de su amigo. Había anhelado la sensación de su piel contra la de él. Cada roce le confirmaba que Kitay era real, que estaba vivo y estaba allí.

La esperiliana se acomodó contra él.

—¿En qué estás pensando?

—En nada. —Kitay seguía hablando con ese tono plano y apagado—. Solo estoy cansado.

—No me mientas. —Rin quería sincerarse por completo. No podía soportar ni un minuto más esa extraña resignación de Kitay. No soportaba pensar que había una parte de él que ella no comprendía—. ¿Qué te preocupa?

Él guardó silencio durante largo rato antes de hablar.

—Es solo que… No sé, Rin. Arabak ha sido…

—Horrible.

—No necesariamente horrible, más bien raro. Y he pasado tanto tiempo allí… Ahora estoy fuera, pero no puedo dejar de pensar en los hesperianos.

—¿Qué pasa con ellos?

—No lo sé, es… —Jugueteó con los dedos sobre su propio regazo. Era evidente que le estaba costando decidir cuánto quería contarle a Rin. Nada la podría haber preparado para lo que le dijo a continuación—: ¿Crees que tal vez simplemente sean mejores que nosotros?

—Kitay. —La joven se giró para mirarlo a la cara—. ¿Qué cojones estás diciendo?

—Cuando Nezha me llevó por primera vez a Arabak, se pasó los dos primeros días mostrándome la ciudad —prosiguió—. Me enseñó todo lo que habían construido en tan solo un par de semanas. ¿Recuerdas lo insufrible que se puso cuando fuimos por primera vez a Arlong? No podía dejar de parlotear sobre cada una de las innovaciones navales. Pero, esta vez, todo lo que vi era una maravilla. Dondequiera que mirase veía cosas que jamás podría haber imaginado que existían.

Rin cruzó los brazos contra el pecho.

—¿Y qué?

—¿Cómo han podido construir esas cosas? ¿Cómo han creado objetos que desafían todas las leyes conocidas del mundo natural? Su conocimiento en tantos ámbitos (matemáticas, física, mecánica, ingeniería) eclipsa a los nuestros a un nivel aterrador. Deben de tener conocimiento de todo lo que nosotros hemos descubierto en el monte Yuelu desde hace siglos. —El joven retorció los dedos sobre el regazo—. ¿Por qué? ¿Qué tienen ellos que no tengamos nosotros?

—No lo sé —respondió ella—. Pero eso no quiere decir que sean mejores por naturaleza, signifique lo que signifique esa mierda…

—Pero ¿podrían serlo? Cada miembro de la Compañía Gris que he conocido opina que son biológicamente superiores a nosotros. Y no lo dicen con la intención de ser crueles o condescendientes. Lo consideran un hecho. Un hecho científico, tan simple como que el océano es salado y que el sol sale cada mañana. —El chico no dejaba de retorcer los dedos. Rin sintió el repentino impulso de darle un manotazo—. Ven la evolución humana como si fuera una escalera, y ellos se encuentran en lo más alto, o al menos, en la parte más alta que existe ahora mismo. Y nosotros, los nikaras, nos aferramos a los peldaños más bajos, más cerca de los animales que de los humanos.

—Menuda chorrada.

—¿Seguro? Ellos han sido capaces de fabricar dirigibles. No solo pueden volar, sino que llevan décadas haciéndolo. Y aquí estamos nosotros, con tan solo un rudimentario conocimiento de navegación porque bombardeamos a nuestras propias fuerzas navales hasta dejarlas hechas trizas durante nuestras inútiles guerras civiles. ¿Por qué?

A Rin se le retorció el estómago del miedo. No quería escuchar esas palabras de boca de Kitay. Sentía que aquello era peor que una traición. Sentía que era como descubrir que su mejor amigo era un completo desconocido.

Habría estado mintiendo si hubiera dicho que ella nunca se había hecho esas preguntas. Por supuesto que se las había hecho. Se las había hecho durante todas esas semanas que había pasado sometida a distintas pruebas en el camarote de la hermana Petra. Allí había dejado su cuerpo desnudo e indefenso a disposición de la hesperiana, para que le tomara las medidas y las anotara mientras le explicaba con un tono frío y práctico que su cerebro era más pequeño, su estatura más

baja y que sus ojos veían menos debido a su raza.

Por supuesto que se había preguntado a menudo si los hesperianos podían tener razón. Pero detestaba el modo en el que lo expresaba Kitay, como si ya hubiera determinado que sí que la tenían.

—Podrían estar completamente equivocados con respecto a nosotros —siguió el chico—. Pero tienen razón en casi todo lo demás. No podrían haber construido todo eso si no la tuvieran. Fíjate en la ciudad que han erigido en unas semanas. Compárala con la mejor de las ciudades del Imperio. ¿No puedes al menos entender mi punto de vista?

Rin pensó en las calles inmaculadas de la Ciudad Nueva, en su disposición en forma de cuadrícula y en sus rápidos y eficientes métodos de transporte. Los nikaras nunca habían construido nada similar. Hasta en Sinegard, la capital del Emperador Rojo y la joya de la corona del Imperio, las aguas residuales recorrían las calles libremente como si fuera agua de lluvia.

—Tal vez sea por su Creador. —Rin intentó aportar algo de ligereza a su tono de voz. Kitay estaba cansado, ella también. Quizás por la mañana, después de que ambos hubieran dormido, toda esa conversación les pareciera una tontería—. Tal vez esas oraciones les estén funcionando.

Kitay no sonrió.

—No es por su religión. Quizás tenga algo que ver… Sin duda, el Arquitecto Divino es mucho más afín a la investigación científica que cualquiera de nuestros dioses. Pero no creo que necesiten en absoluto una deidad. Cuentan con máquinas, y tal vez eso sea más poderoso que cualquier otra cosa que puedan invocar. Reescriben la historia del mundo, igual que tú. Y ellos no necesitan sacrificar su cordura para ello.

Rin no tenía ninguna respuesta.

Jiang sí que la habría tenido. Jiang, que estaba tan seguro de que el Panteón era el centro del universo, le había advertido una vez a Rin que no se debía tratar el mundo material como algo que pudiera ser mecanizado, dominado y militarizado. El Guardián creía firmemente que las sociedades hesperiana y mugenesa habían olvidado hacía mucho su conexión esencial con el ser universal y, como resultado, se hallaban perdidas espiritualmente.

Pero a Rin nunca le habían interesado la cosmología o la teología. Lo único que le había interesado eran los dioses, por el poder que podían proporcionarle, y no era capaz de estructurar lo poco que recordaba de las divagaciones de Jiang para emitir una objeción válida.

—¿Y qué? —preguntó al fin la esperiliana—. ¿Qué significa eso para nosotros?

Ella ya sabía cuál era la conclusión de Kitay. Solo quería oírsela decir en voz alta, comprobar si su amigo se atrevería. Porque la conclusión más lógica era aterradora. Si estaban tan profundamente divididos por la raza, si los hesperianos eran por naturaleza más inteligentes, más capaces y más poderosos… Entonces, ¿de qué servía resistirse? ¿Por qué no iban a dejar que fuesen los amos del mundo?

Kitay vaciló.

—Rin, solo creo que…

—Crees que deberíamos rendirnos sin más —lo acusó—. Que estaríamos mejor bajo su gobierno.

—No creo eso —respondió Kitay—. Pero sí que opino que tal vez sea inevitable.

—No es inevitable. Nada lo es. —Rin señaló hacia el carro, donde Jiang y Daji estaban durmiendo—. Ellos fueron unos niños en el norte ocupado. No contaban con arcabuces ni

aeronaves, pero expulsaron a los hesperianos y unieron al Imperio…

—Solo para perderlo dos décadas más tarde. Nuestras probabilidades no parecen ser mucho mejores esta segunda vez.

—Esta vez seremos más fuertes.

—Sabes que eso no es verdad, Rin. Como país, como pueblo, estamos más débiles que nunca. Si los vencemos, será gracias a un gran golpe de suerte, y nos supondrá un gran coste de vidas humanas. Así que no me culpes por plantearme si merece la pena pasar por esto.

—¿Sabes cuál fue mi experiencia en Sinegard? —le preguntó Rin de repente.

Kitay frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso que…?

—No, escucha. ¿Sabes lo que significó ser la idiota pueblerina que todos pensaban que apenas sabía leer porque tenía la lengua plana, la piel oscura y desconocía que había que dedicarles una reverencia a los maestros después de cada clase?

—No he dicho que…

—Llegué a creer que tenía algún tipo de defecto —siguió Rin—. Que había nacido más fea, más débil y menos inteligente que el resto de las personas que me rodeaban. Y creía eso porque era lo que todos me decían. Y tú ahora, con ese argumento, me estás diciendo que no tengo ningún derecho a desafiarlos.

—Eso no es lo que quería decir.

—Pero se acerca. Si los hesperianos son por naturaleza mejores, entonces, en el siguiente escalafón se encuentran los norteños de piel clara como tú, y los esperilianos estamos abajo del todo. —A Rin le ardía la mano. Dejó la marca de su palma en la hierba sobre la que estaban sentados. El humo se extendió a su alrededor—. Y entonces, siguiendo tu lógica, no tiene nada de malo que el Imperio nos convirtiera en sus esclavos. No tiene nada de malo que nos borrasen del mapa y que las historias oficiales nos mencionen tan solo como una nota a pie de página. Es lo más natural.

—Sabes que nunca he dicho nada parecido —replicó Kitay.

—Pero eso es lo que implica tu planteamiento —respondió Rin—. Y no pienso aceptarlo. No puedo.

—Eso no importa. —Kitay se llevó las rodillas al pecho. En ese momento parecía muy pequeño, una versión reducida del Kitay al que ella había conocido—. ¿No lo entiendes? Aún no hay ningún camino posible que pueda conducimos a la victoria. ¿Qué crees que va a pasar cuando lleguemos a la Provincia del Perro? Podrás esconderte de las aeronaves durante un tiempo, pero ¿cómo coño piensas derrotarlas?

—Fácil —dijo Rin—. Tengo un plan.

Kitay profirió una risa temblorosa y desesperada.

—A ver, escuchémoslo.

—Ahora mismo el problema es el desequilibrio de poder —comentó Rin—. Solo podremos ganar si esta guerra se produce en tres fases. La primera consiste en una retirada estratégica. Eso es lo que está sucediendo ahora, sea de manera intencionada o no. La segunda es pasar a un punto muerto prolongado. Y luego, por último, la contraofensiva.

Kitay soltó un suspiro.

—¿Y cómo vas a iniciar esa contraofensiva? Como mucho, tendrás una décima parte de sus

capacidades de alcance.

—No pasa nada. Tenemos dioses.

—No puedes ganar esta guerra con solo un puñado de chamanes.

—Vencí a la Federación yo sólita, ¿no?

—Bueno, si no cuentas el genocidio…

—Podemos vencerlos con chamanes que se centren solo en los combatientes armados en el campo de batalla —insistió Rin—. Del mismo modo que hemos estado dando caza a los mugeneses.

—Tal vez. Pero Jiang, la Víbora y tú no sois…

—¿Suficientes? —Rin levantó la barbilla—. ¿Y si fuéramos más?

—No te atrevas a abrir la Chuluu Korikh —le dijo Kitay.

—No. —La joven se estremeció al pensar en ese lugar—. No volveremos a subir a esa montaña. Pero Jiang y Daji quieren marchar hacia el norte. Hasta el monte Tianshan.

—Eso he oído. —Kitay la miró con escepticismo—. ¿Qué hay en el monte Tianshan?

—Venga ya, Kitay. Seguro que lo descubres tú sólito.

El joven desplazó la mirada hacia los dos miembros de la Tríada. Rin pudo ver cómo sus ojos se iban abriendo cada vez más a medida que las piezas del puzle iban encajando en su mente.

—Estáis locos —declaró Kitay.

—Probablemente.

El chico movió la boca durante varios segundos antes de lograr emitir alguna palabra.

—Pero… Las historias… Es decir, el Emperador Dragón está muerto.

—El Emperador Dragón duerme —le dijo Rin—. Y lleva mucho tiempo dormido. Pero el Sello se está erosionando. Jiang está recordando quién era, lo que podía hacer antaño, lo que significa que Riga estará a punto de despertar. Y, una vez que lo haga, una vez que la Tríada vuelva a estar junta, le mostraremos a Hesperia el aspecto que adopta la verdadera divinidad.

16

El frente de batalla bajo las montañas de Baolei era un enigma.

Los valles estaban silenciosos. Los dirigibles no zumbaban, las espadas no entrechocaban unas contra otras y el aire no estaba cargado con el calor punzante de la pólvora. Rin no vio ni oyó señales de ningún combate en curso, al menos durante los siete días que su grupo había tardado en llegar a las primeras líneas del frente.

Solo cuando se acercaron más pudo descubrir a qué se debía. La Coalición Sureña estaba atrapada. La República los había acorralado contra la ladera de la montaña, detrás de una serie de fuertes improvisados, colocados a casi un kilómetro uno de otro y rodeados por unas hileras de cañones y arcabuces montados, listos para acribillar a cualquiera que intentase salir de ese atolladero. Los fuertes eran construcciones temporales, pero parecían de ladrillo macizo, apoyados sobre un montón de sacos de arena, con sus muros de piedra impenetrables, a excepción de unas diminutas ranuras lo bastante grandes como para que se asomase por ellas la punta de un arcabuz. Los arcos eran sin duda inútiles contra esos fuertes, y Rin sospechaba que los cañones tan rudimentarios que poseía la Coalición Sureña tampoco conseguirían hacer mella en ellos.

Por otro lado, la República no tenía forma de penetrar en la ladera. Los barrancos y las cuevas a lo largo de la cordillera sur de Baolei actuaban a modo de refugios antiaéreos naturales, por lo que los ataques constantes de los dirigibles solo supondrían un desperdicio de munición. El terreno subterráneo no podía ser cartografiado desde el aire, lo que les proporcionaba a los sureños una significativa ventaja defensiva. Rin dio por sentado que esa era la única razón por la que la República todavía no había iniciado un ataque terrestre.

La Coalición Sureña no contaba con hombres suficientes como para romper el asedio. La República no quería mermar sus tropas para poder entrar. Por el momento, ambos bandos continuaban atrincherados en sus respectivos puestos. Sin embargo, ese punto muerto acabaría llegando a su fin, igual que sucedía con todos los asedios, en cuanto los sureños se quedaran sin comida y sin agua.

—Por desgracia, a vuestro antiguo compañero de clase se le da muy bien la guerra de asedio —dijo Daji. Se habían pasado la mañana rodeando el perímetro del asedio con el carro de la lavandería para buscar un modo de atravesar las líneas republicanas sin ser detectados—. Los tiene acorralados en cada punto clave. No hay ningún modo fácil de pasar por esos fortines sin

llamar la atención.

—Creo que lo que queremos precisamente es llamar la atención —apostilló Rin.

—No, eso es lo que querremos que pase al salir de allí. —Kitay señaló con el dedo—. Pero antes tenemos que entrar y aunar fuerzas. No sabemos en qué condiciones están ahí dentro. Si llamamos la atención, los sureños tendrán mucho menos tiempo para movilizarse.

La cuestión seguía siendo la misma: ¿cómo podía alguien colarse sin ser detectado por la mayor fuerza militar conjunta que se había visto en el continente?

—Podríamos entrar a nado —sugirió Kitay tras una pausa—. Creo que he visto un arroyo a kilómetro y medio.

—Nos dispararían en el agua —comentó Rin.

—Están vigilando los caudales del río que conducen al exterior. —Kitay señaló hacia la zona —. Les da igual quiénes entren. Nos hacemos con unas cañas de bambú y nadamos por debajo del agua, por la zona más embarrada… También sería mejor hacerlo cuando esté lloviendo. Eso nos ocultaría todavía más en el agua.

El joven miró alrededor del carro. Daji se encogió de hombros y guardó silencio.

—Pues nadaremos —dijo Rin, ya que no parecía que nadie tuviera un plan mejor—. ¿Y luego qué?

—Tendréis que atravesar los viejos túneles mineros. —Rin se sobresaltó al oír hablar a Jiang. Había estado toda la mañana guardando silencio y contemplando plácidamente el campo de batalla como si estuviera haciendo el recorrido de un jardín botánico. Ahora, de repente, su mirada estaba enfocada y su voz era firme y segura—. No estaréis mucho tiempo bajo tierra. Solo hasta que salgáis por el otro lado hacia los bosques. No es la ruta de huida perfecta… Esos túneles no están bien iluminados, y seguramente bastantes personas caigan en los fosos y se partan el cuello. Pero no hay ninguna otra ruta que pueda protegeros de los dirigibles.

Una vez más, su cambio de actitud fue tan brusco que Rin no pudo evitar mirarlo embobada. Jiang se comportaba como un general experimentado, hilando como si nada piezas de una estrategia, como si fuera alguien que hubiera planeado emboscadas como esa cientos de veces. Ese no era su maestro. Era un extraño.

—El verdadero reto es conseguir que los sureños os sigan —prosiguió—. Tendréis que ser discretos. Si Souji ya intentó venderte a Vaisra una vez, podría volver a intentarlo. ¿Hay alguien en la Coalición en quien sigas confiando?

—En Venka —respondió Rin de inmediato—. Probablemente también en Qinen, si es que sigue vivo. Podríamos intentar convencer a los oficiales de Zhuden, pero nos llevará algo de tiempo.

—¿Venka puede movilizar al menos a la mitad de ese ejército? —preguntó Daji.

Rin se lo planteó por un momento. No sabía cuánta influencia tendría Venka. Su amiga no era demasiado popular entre los sureños. Era una mujer de naturaleza brusca y dura, una norteña con la piel clara y con un fuerte acento sinegardiano que, evidentemente, no encajaba nada allí. Pero podía llegar a ser encantadora cuando quería. Tal vez hubiera conseguido afianzar su posición allí sin levantar sospechas sobre su relación con Rin. O tal vez Souji ya la hubiera matado hacía mucho tiempo.

La esperiliana optó por ser optimista.

—Probablemente. Podemos pedirle que reúna poco a poco a la gente, y una vez que comience

la batalla, el resto deberían seguirnos.

—Supongo que eso es lo mejor que podemos hacer. —Jiang señaló hacia Rin y Kitay—. Id vosotros dos primero y dad con vuestra gente. Reunid a tantos como podáis en las próximas veinticuatro horas e indicadles que, cuando atravesemos las líneas del frente, hagan toda la presión posible en las minas que dan hacia el oeste. Si os descubren antes de ese momento, lanzad una bengala y romperemos antes el frente.

—Hay al menos dos mil soldados republicanos en el frente —comentó Kitay.

Jiang inspeccionó los fortines durante un momento y luego meneó la cabeza.

—Qué va. Hay al menos el doble de esa cifra.

Kitay frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo vais a…?

—He dicho que romperemos el frente —dijo el Guardián con *mucha calma.*

Kitay parpadeó, sin saber qué decir.

—Confía en él —masculló Rin.

La esperiliana recordó los aullidos chirriantes, las formas oscuras que salían de la nada. Recordó el desencajado rostro de Tseveri mientras Jiang le hundía los dedos en la caja torácica.

No se fiaba de ese nuevo Jiang, seguro de sí mismo y competente. Rin no tenía ni idea de quién era ese hombre ni de qué era capaz. Pero lo temía, lo que significaba que la República también debería temerlo.

—Vale. —Kitay seguía pareciendo desconcertado, pero no insistió más en el asunto—. Entonces, ¿cuál es la señal?

Jiang se limitó a reírse.

—Ah, la identificaréis sin problema.

—Estaréis de coña —dijo Venka.

Tenía un aspecto horrible. Había perdido una sorprendente cantidad de peso. Estaba demacrada, delgaducha, y los pómulos afilados le sobresalían bajo los ojos hundidos y amoratados.

No les había resultado fácil dar con ella. Rin y Kitay habían salido del río en dirección a lo que parecía ser un campamento militar desierto. Los puestos de vigilancia más próximos estaban desprotegidos. Los pocos sacos de arena que se veían se hallaban esparcidos inútilmente por la tierra. Rin habría llegado a pensar que la Coalición Sureña ya había huido de allí si no hubiera sido porque los troncos carbonizados cerca de la ladera indicaban que hacía poco que se habían apagado unas hogueras, y los fosos de las letrinas apestaban a mierda fresca.

Al parecer, todo el ejército se había metido bajo tierra.

Rin y Kitay se habían aventurado en los túneles, se habían abalanzado contra el primer soldado con el que se habían encontrado y le habían exigido que los llevara hasta Venka. El soldado estaba ahora sentado en un rincón de la estancia mal iluminada, amordazado con una cuerda, y desplazaba la mirada con una mezcla de terror y confusión.

—Hola a ti también. —Kitay se acercó a una pila de mapas que había esparcidos por el suelo y comenzó a rebuscar entre ellos—. ¿Están actualizados? ¿Te importa si les echo un vistazo?

—Haz lo que quieras —dijo Venka sin interés. Ni siquiera miró a Kitay. Tenía los ojos fijos

en Rin, muy abiertos a causa de la incredulidad—. Creía que te habían metido en esa montaña. Souji no dejaba de jactarse de ello. Dijo que habías acabado atrapada en la piedra para la eternidad.

—Unos viejos amigos me sacaron de allí —dijo la esperiliana—. Parece que a ti te ha ido mucho peor.

—Por los dioses, Rin, ha sido una pesadilla. —Venka se presionó las sienes con las palmas de las manos—. La verdad es que, a estas alturas, no sé cuál es el plan de Souji. Comenzaba a pensar que íbamos a acabar aquí abajo enterrados.

—¿Conque Souji está al mando?

—Gurubai y él. —Venka parecía avergonzada—. Puede que…, mmm…, escuchéis algunas de las cosas que he dicho. Es decir, después de lo de Tikany también viniéron a por mí y…

—Estoy segura de que dijiste lo que tenías que decir para quitártelos de encima —declaró Rin —. Eso me da igual. Ponnos al día sobre lo que ha pasado.

Venka asintió.

—La República lanzó un segundo asalto unos días después del primer ataque aéreo. Souji nos ordenó retirarnos hacia el norte con la idea de volver a Ruijin, pero la República no dejó de empujarnos hacia el este, así que acabamos acorralados contra estas montañas. Llamamos a este lugar el Yunque porque nos golpean sin parar y no tenemos a dónde ir. Estoy segura de que darán el golpe de gracia en cualquier momento, y saben que ya casi no nos quedan provisiones.

—Me asombra que hayáis conseguido llegar a las montañas. —Kitay levantó la mirada de los mapas—. ¿Cómo habéis podido frenarlos durante tanto tiempo?

—Es cosa de su propia artillería —dijo Venka—. No dejan de dispararse a sí mismos en los pies. Literalmente. Nezha ha equipado a su ejército con nueva tecnología hesperiana, pero no saben cómo usarla, y supongo que se pusieron en marcha antes de tener la oportunidad de instruirlos en condiciones, así que la mitad de las veces, cuando intentan dispararnos, son ellos los que acaban volando por los aires.

No era de extrañar entonces que Nezha hubiera sonado tan alterado cuando se había quejado sobre la integración de las fuerzas. Rin no pudo evitar sonreír.

—¿He dicho algo gracioso? —le preguntó Venka.

—Nada —respondió Rin—. Es solo que… ¿Recuerdas esa noche en la torre, cuando Nezha no dejaba de presumir diciendo que la tecnología hesperiana iba a hacernos ganar el Imperio?

—Sí, no han dejado de tener problemas por eso —dijo Venka con frialdad—. Por desgracia, una bala de cañón mal disparada duele igual o más.

Kitay sostuvo en alto un mapa y señaló una flecha que se extendía hacia el sur.

—¿Es así como pretendíais echarlos? ¿Haciendo presión en la frontera sur?

—Eso es lo que Souji tiene pensado —dijo Venka—. También parece ser nuestra mejor apuesta. Nezha no tiene apostados a sus propios hombres en esa frontera. Se encuentra bajo el dominio del nuevo jefe militar del Buey, Bai Lin. Hay unos enormes depósitos de wolframio en el lado de la frontera perteneciente a la Provincia del Mono, y Gurubai se ha ofrecido a extraerlo para Bai Lin si nos cava un corredor para huir.

—Eso no funcionará —sentenció Kitay.

Venka le dedicó una mirada de exasperación.

—Llevamos semanas planeando esto.

—Ya, pero conozco a Bai Lin. Solía venir a menudo a nuestra propiedad en Sinegard para jugar al wikki con mis padres. Ese hombre no tiene agallas… Mi padre decía que era el mayor lameculos del Imperio. De ninguna manera se va a arriesgar a cabrear a Vaisra. Dejará que Nezha os masacre, y él mismo enviará a sus trabajadores a extraer el wolframio.

—Vale. —Venka levantó la barbilla—. Pues concibe tú un plan mejor.

Kitay señaló un punto al norte del asedio.

—Tendremos que atravesar los antiguos túneles mineros. Nos llevarán hasta el otro lado de la cordillera de Baolei.

—Ya hemos probado a ir por esos túneles —le dijo Venka—. Están bloqueados.

—Pues entonces, abriremos un agujero en su entrada —dijo Kitay.

Venka no parecía convencida.

—Para eso necesitarás mucha pólvora.

—Vaya —añadió Rin con ironía—, me pregunto de dónde podremos sacarla.

La otra joven resopló.

—Ninguno de los túneles de las cuevas conduce a las minas. Aun así, tendríamos que atravesar tierra de nadie, casi kilómetro y medio. Nezha tiene apostada a la mitad de su infantería justo al otro lado. Nosotros contamos con dos tercios de las cifras que teníamos en Tikany y no tenemos defensa aérea. Eso no puede funcionar.

—Funcionará —dijo Kitay—. Tenemos aliados.

—¿Quiénes? —Venka se animó—. ¿Cuántos?

—Dos —dijo Rin.

—Seréis capullos…

—Rin ha traído consigo a la Tríada —aclaró Kitay.

Venka entornó la mirada hacia ellos.

—¿Cómo? ¿En forma de títeres?

—A la Tríada original —dijo Rin—. Al menos, a dos de sus miembros. A la emperatriz. Al maestro Jiang. Son la Víbora y el Guardián.

—¿Me estás diciendo —comenzó Venka, despacio— que el maestro de Folclore, Jiang, el hombre que tenía un jardín de drogas en Sinegard, va a sacarnos de este asedio él solito?

Kitay se rascó la barbilla.

—Más o menos, sí.

—Es el chamán más poderoso de la historia de Nikan —dijo Rin—. O eso creemos. Algunos dicen que el más poderoso era el Emperador Dragón.

Parecía que Venka no sabía si reírse o llorar. Una vena le palpitaba debajo del ojo izquierdo.

—La última vez que vi a Jiang intentó cortarme el pelo con unas tijeras de podar.

—Sigue más o menos igual —le confirmó Rin—. Si la historia nos sirve de referente, tiene la habilidad de invocar bestias que pueden eliminar a pelotones enteros en cuestión de segundos, así que ya es algo más con lo que contamos.

—No… No sé… ¿Sabéis qué? Vale. De acuerdo. Es mejor aceptar que así van a desarrollarse los acontecimientos. —Venka se pasó las manos por el rostro y soltó un gemido—. Me cago en la leche, Rin. Ojalá hubieras llegado un par de días antes. Has escogido el peor momento para presentarte aquí.

—¿Y eso por qué? —le preguntó la esperiliana.

—Porque mañana Vaisra hará su visita para inspeccionar a las tropas.

—¿Una visita? —repitió Kitay—. ¿Es que Vaisra no está al mando de todo?

—No, el que está al mando es Nezha. Vaisra se ha quedado en Arlong, gobernando su nuevo reino y complaciendo a los hesperianos.

«Cómo no», pensó Rin. ¿Por qué iba a haber esperado otra cosa? Vaisra había presenciado la guerra civil desde su sala del trono en Arlong. Había enviado a Rin al campo de batalla, como si fuera un perro de caza obediente, mientras que él se había quedado de brazos cruzados y había cosechado los beneficios. El jefe militar del Dragón nunca se manchaba las manos. Se limitaba a convertir a las personas en armas para luego deshacerse de ellas.

—Visita Arabak cada tres semanas —explicó Venka—. Luego, viene volando hasta aquí para evaluar a sus tropas justo antes de marcharse. Es una especie de ceremonia de unificación… Es insufrible. Sabemos cuál es su calendario porque siempre disparan al aire cuando su líder está aquí.

—¿Y eso por qué supone un problema? —preguntó Kitay—. Nos viene bien.

Venka arrugó la nariz.

—¿Cómo va a venirnos bien? En todo caso, significa que todo el frente estará completamente armado y listo, y que además de todo eso tendremos que lidiar con la Guardia privada de Vaisra.

—Pero también los coloca a ellos en una posición defensiva —declaró Kitay—. Porque en ese momento tienen un objetivo al que proteger.

—Pero no… —Venka desplazó la mirada entre ambos—. Ah, no. No podéis estar hablando en serio, joder. ¿Ese es vuestro plan?

A Rin no se le había ocurrido ir a por Vaisra hasta que Kitay lo había dicho en voz alta. Pero tenía todo el sentido del mundo. Si la figura más importante de la República iba a estar en el frente de batalla, entonces, por supuesto, Rin debía ponerlo en su punto de mira. Con eso conseguiría, como mínimo, dividir la atención del ejército republicano. Si estaban ocupados rodeando a Vaisra para protegerlo, retirarían las tropas de la ruta de huida de la Coalición Sureña.

—Se lo tiene merecido —dijo Rin—. ¿Por qué no ahora?

—Pues… vale. —Venka ya había dejado atrás su incredulidad. Ahora simplemente parecía resignada—. ¿Y estáis seguros de que el maestro Jiang puede despejar la tierra de nadie?

—Deja que seamos nosotros quienes nos preocupemos de atravesar el frente —le dijo Rin—. Tú encárgate de la evacuación. ¿Cuántas personas aquí te escucharían?

—Probablemente muchas, si les digo que has vuelto —respondió Venka—. Souji y Gurubai no son muy populares entre las filas ahora mismo.

—Bien —dijo Rin—. Diles a todos los oficiales que puedas encontrar que, cuando todo estalle en la frontera, se dirijan hacia el norte en formación en cuña. ¿Cuándo llega Vaisra?

—Suele llegar por las mañanas. Los desfiles empezaron en ese momento las dos últimas veces que visitó el frente.

—¿Justo al amanecer? —preguntó Kitay.

—Un poco después. Tal vez unos veinte minutos más tarde.

—Entonces saldremos hacia las minas veinte minutos antes del amanecer. —Rin se giró hacia el soldado amordazado que seguía en el rincón—. ¿Piensas ayudarnos?

El hombre asintió enérgicamente. La esperiliana se acercó a él y le retiró la cuerda de la boca. El soldado tosió para aclararse la garganta.

—No tengo ni idea de qué está pasando —dijo, con los ojos húmedos—. Pero estoy bastante seguro de que todos vamos a acabar muertos.

—No pasa nada —replicó Rin—, siempre y cuando hagas lo que yo te diga.

Durante el resto de la noche, Rin siguió a Venka a través de las cuevas y los túneles, susurrándole el mismo mensaje a todo aquel que quisiera escucharla. «La esperiliana ha vuelto. Ha traído aliados consigo. Recoge tus cosas y prepara las armas. Haz correr la voz. Atacamos al amanecer».

No obstante, cuando al fin llegó la hora, los túneles estaban deprimentemente silenciosos. Era lo que Rin esperaba. La Coalición Sureña era un ejército desgastado que vivía a base de raciones exiguas. El agotamiento se extendía entre las filas. Incluso aquellos que creían realmente en Rin no tenían la energía suficiente para liderar el ataque. Estaban sufriendo un problema de acción colectiva: todos esperaban que fuese otra persona la que diese el primer paso.

Y a Rin no le importaba darlo.

—Si no se movilizan, aséstales una patada en el culo —le había dicho Jiang—. Lleva el infierno hasta sus puertas.

Por eso, veinte minutos después de que el sol hubiera salido, una vez que las leves notas de la música del desfile comenzaron a inundar la quietud del ambiente mañanero desde las filas republicanas, Rin se posicionó frente a la boca de la cueva, levantó la mano e invocó una brillante columna de fuego anaranjado.

Las llamas formaron un grueso pilar que se extendía hacia el cielo. Un faro, una invitación. Rin permaneció allí con los ojos cerrados y los brazos extendidos, deleitándose con la caricia del aire caliente contra su piel, disfrutando de su ensordecedor rugido. Un minuto después, vio a través del resplandor del calor una agrupación de puntos negros: dirigibles que se acercaban a ella.

Entonces, los sureños abandonaron las cuevas y los túneles como si fuesen hormigas saliendo de la tierra. Dejaron atrás a la esperiliana, con sus morrales medio listos colgando del hombro, y caminaron sobre el barro con los pies descalzos.

Rin se encontraba inmóvil en el centro de aquel pánico frenético.

El tiempo pareció dilatarse por un momento. La joven era consciente de que debía unirse a la multitud que huía. Sabía que tenía que hacer que se reagruparan, usar su llama para transformar ese pánico confuso en un ataque concentrado. Lo haría, pero más tarde.

En ese momento, lo que quería era disfrutar de todo eso.

Por fin esa guerra pasaba a estar bajo su control. Era ella quien había decidido que se produjera esa batalla. Había decidido la hora y el lugar. Había dado la orden y el mundo se había puesto en marcha.

Todo era un caos, pero era en esas situaciones en las que Rin prosperaba. Un mundo donde reinara la paz, un punto muerto o un alto el fuego no le servían de nada. Ahora comprendía que lo que necesitaba era aferrarse al poder: sumir al mundo en el caos y, con los pedazos que quedaran de él, forjar su propia autoridad.

El ejército republicano los aguardaba en el frente norte.

La infantería se hallaba detrás de varias hileras de cañones, arcabuces montados y arqueros.

Allí había tres tipos de artillería, una mezcla de las tecnologías nikara y hesperiana diseñadas para desgarrar la carne humana a distancia. Seis dirigibles flotaban en el cielo por encima de ellos como si fuesen deidades guardianas.

A Rin le dio un vuelco el corazón al otear el horizonte. No había ni rastro de Jiang. Su maestro les había prometido proporcionarles un paso seguro. Aquello era una trampa mortal.

«¿Dónde está?».

Rin sintió que la boca le sabía a ceniza. Todo era culpa suya. A pesar de la evidente volatilidad mental de su maestro, había confiado en él. Había puesto su vida y el destino del sur en sus manos con toda la ingenuidad que caracterizaba a una alumna de Sinegard. Y, una vez más, Jiang le había fallado.

—Conque esto ha pasado a ser una carrera suicida. —Había que reconocer que Venka no sonaba asustada en absoluto. Se llevó la mano a la espada, como si eso fuera a servirle contra el inminente ataque aéreo—. Supongo que esto tenía que llegar a su fin en algún momento. Ha sido divertido, chicos.

—Espera. —Kitay señaló hacia la primera línea de batalla justo cuando Jiang, tras haber salido aparentemente de la nada, enfiló hacia el espacio vacío que quedaba entre los dos ejércitos.

No portaba ningún arma ni escudo. Caminaba despreocupadamente por el terreno con los hombros hundidos y las manos en los bolsillos, como si acabara de salir de su casa para dar un simple paseo vespertino. No se detuvo hasta que llegó al mismo centro de la línea de dirigibles. Luego, se giró sobre sus talones para mirarlos de frente, con la cabeza ladeada igual que un niño asombrado.

Rin se clavó las uñas en la palma de la mano.

No podía respirar.

Había llegado el momento. Se había jugado las vidas de todos los integrantes de la Coalición Sureña por lo que iba a pasar a continuación. El destino del sur dependía de un único hombre, de uno claramente inestable, y Rin no era capaz de determinar si de verdad creía o no en Jiang.

Los dirigibles descendieron despacio hacia él, como depredadores acechando a su presa. Fue un milagro que no comenzasen a disparar aún.

¿Acaso pretendían mostrar clemencia? ¿Querrían perdonarle ahora la vida a la Coalición Sureña para poder llevárselos, torturarlos e interrogarlos más tarde? ¿O simplemente les había confundido y sorprendido tanto ese idiota solitario y suicida que habían querido acercarse para poder verlo más de cerca?

¿Tenían idea de quién era?

Alguien en el frente republicano tuvo que gritar una orden, porque toda la artillería giró los cañones para apuntar a Jiang.

Algo invisible palpitaba a través del aire.

El Guardián no se había movido, pero algo había cambiado en el mundo, había modificado levemente los sonidos y los colores. A Rin se le puso la piel de gallina. Se sentía intensa y placenteramente mareada. Una energía extraña y estimulante vibraba bajo su piel, una increíble sensación de potencial. Se sentía como una bola de algodón impregnada en aceite, a la espera de que se produjera la más mínima chispa para arder.

Jiang levantó una mano. Extendió los dedos. El aire a su alrededor brilló y se distorsionó. En el cielo apareció una sombra repentinamente, como si se hubiera volcado un frasco de tinta sobre

un pergamino.

La esperiliana vio los efectos antes que la causa. Los cuerpos cayeron. Toda la línea de artillería se desplomó. El dirigible que estaba más cerca de Jiang se precipitó hacia un lateral y chocó contra otro, provocando que ambos se estrellaran contra el suelo tras crear una bola de fuego.

Solo después de que se disipase el humo, Rin pudo ver el origen de esa destrucción: espectros negros como la niebla que serpenteaban en el aire, atravesando cuerpos, armas y escudos sin esfuerzo. En ocasiones, se quedaban inmóviles y, por un breve instante, a Rin le parecía distinguir ligeramente unas figuras (un león, un dragón, un qilin) antes de que volvieran a parecer sombras sin forma. No seguían ninguna de las leyes conocidas del mundo físico. El metal las atravesaba como si fuesen inmateriales, pero sus colmillos desgarraban la carne con la misma facilidad con la que lo haría la espada más afilada.

Jiang había invocado a cada una de las bestias de la casa de las fieras del emperador, y estas rasgaban el mundo material como acero sobre papel.

Los otros cuatro dirigibles no llegaron a disparar. Una flota de sombras con aspecto de aves negras rajó los globos que los mantenían a flote, perforando su centro y saliendo por el otro lado en una línea limpia y recta. Los globos reventaron. Las cestas de los dirigibles cayeron en picado a una velocidad sorprendente, mientras que las bestias de Jiang continuaron causando estragos entre las fuerzas terrestres. Los soldados republicanos se enfrentaron con valentía a los espectros, blandiendo sus espadas con desesperación contra la matanza. Sin embargo, era como si estuvieran luchando contra el viento.

—Me cago en la puta. —Venka estaba boquiabierta, con los brazos colgando a los costados. La joven debería haber estado liderando la carga hacia las minas, pero ni ella ni el resto de la Coalición Sureña se habían movido ni un centímetro. Lo único que todos parecían poder hacer era mirar.

—Te lo dije —murmuró Rin—. Es un chamán.

—No creía que los chamanes fuesen tan poderosos.

La esperiliana le lanzó una mirada de indignación.

—Pero ¡si me has visto invocar el fuego!

Venka señaló hacia Jiang. El maestro seguía solo en tierra de nadie. Estaba tan expuesto, tan vulnerable. Sin embargo, ninguna bala parecía ser capaz de atravesarle la piel, y todas las flechas que lanzaban en su dirección caían inofensivamente contra el suelo mucho antes de llegar a él. Allí donde Jiang apuntaba con el dedo, se producía una explosión.

—Tú —dijo Venka con reverencia— no puedes hacer eso.

Tenía razón. Rin sintió una punzada de celos mientras observaba cómo Jiang conducía a sus espectros como si fuera un músico. Cada balanceo de su brazo provocaba otra descarga de sombríos estragos.

La esperiliana había creído comprender los límites de la destrucción chamánica. Ella misma había abrasado un terreno lleno de cuerpos. Había asolado a un país entero.

Sin embargo, lo que ella le había hecho a la Isla del Arco había sucedido durante un episodio concreto de intervención divina. Era algo que no podía, que no debía repetirse nunca. En un combate tradicional, en un campo de batalla en el que era importante diferenciar a los aliados de los enemigos, Rin no podía compararse con Jiang. Ella podía hacer arder a un puñado de

soldados al mismo tiempo, a decenas si contaba con un objetivo claro y agrupado. Pero Jiang estaba haciendo volar por los aires a escuadrones enteros limitándose a mover la mano.

Ahora no le sorprendía la actitud despreocupada de su maestro. Para él eso no era ningún combate, era un juego de niños.

Rin anhelaba un poder así.

En ese momento entendió cómo había pasado la Tríada a convertirse en leyenda. Así era como habían masacrado a los ketreyides. Así era como habían reunificado a un país, como se habían autoproclamado sus gobernantes y se lo habían arrancado de las manos tanto a Hesperia como a la Federación.

Pero, entonces, ¿cómo habían podido perderlo?

Al fin la Coalición Sureña reaccionó. Bajo las indicaciones de Venka y Kitay, comenzaron a dirigirse a toda prisa hacia el asedio interrumpido. Los espectros de Jiang se apartaban para dejarlos pasar ilesos. El control del Guardián era impresionante. Debía de haber unas cien bestias sobre el terreno, cada una flotando de forma autónoma entre el amasijo de cuerpos, todas diferenciando perfectamente quiénes eran los sureños y quiénes los republicanos.

Rin y Jiang fueron los únicos que permanecieron detrás de la primera línea.

Aquello no había acabado. Una segunda flota de dirigibles se aproximaba a toda prisa desde el este. Unos estallidos ensordecedores rasgaron el cielo. De pronto, el aire estuvo cargado de proyectiles. Rin se lanzó al suelo, encogiéndose cuando las explosiones retumbaron por encima de ella.

Las tropas republicanas se habían dado cuenta de que esa era su única estrategia viable. Habían detectado los límites de Jiang. Tal vez sus bestias pudieran derribar misiles en el aire, pero su alcance estaba limitado a una parte del terreno. El Guardián no podía atacar a las tropas terrestres y defenderse de los dirigibles al mismo tiempo. No podía invocar una horda infinita.

Rin levantó la cabeza cuando tres aeronaves se separaron de la flota principal y se desviaron hacia las minas. En cuestión de un instante, la joven supo qué pretendían: no confiaban en eliminar a Jiang, así que, en su lugar, iban a atacar a la Coalición Sureña.

Iban a disparar a Kitay.

Mierda, no.

«Te toca», le dijo Rin al Fénix. «Demuéstrales qué es lo que podemos hacer».

El dios respondió mostrando regocijo.

El mundo ardió con un color anaranjado. Rin jamás había invocado unas llamas tan potentes durante una batalla. Siempre había mantenido un fuego controlado dentro de un radio de dieciocho metros. Si ampliaba ese alcance, se arriesgaba a causar daños colaterales, tanto a sus aliados como a sus enemigos. Pero ahora contaba con unos objetivos claros al otro lado del terreno vacío. Ahora podía lanzar unas enormes y ardientes columnas de fuego a cuarenta y cinco metros del suelo, podía envolver las cestas de los dirigibles en llamas, achicharrar a los soldados que había allí dentro y carbonizar los globos hasta hacerlos explotar.

Uno a uno, los dirigibles fueron desplomándose.

Rin se sentía increíblemente bien. No era solo por la libertad que ese alcance le otorgaba, por el permiso que había obtenido para causar destrucción sin tener que contenerse. Todo le parecía

sencillo. Ya no estaba invocando las llamas, ella se había convertido en las llamas. Aquellas grandes columnas de fuego eran una extensión natural de su cuerpo, tan fáciles de mover como sus dedos de las manos y los pies. Sintió la presencia del Fénix tan cerca que bien podría haberse hallado ella misma en el mundo espiritual. Bien podría haber estado en Speer.

Eso era obra de Jiang. Él había abierto la puerta hacia el vacío para dejar pasar a las bestias, y ahora el espacio entre ambos mundos se había reducido un poco más. Diminutos jirones de realidad los separaban de un cosmos turbulento de infinitas posibilidades, y eso hacía que el mundo material fuese tan maleable. Eso provocaba que Rin se sintiera una divinidad.

La joven se percató de que otro dirigible volaba en dirección contraria al resto de la flota. No disparaban sus cañones. Su patrón de vuelo parecía ser errático. Rin no era capaz de discernir si el dirigible había sufrido daños o si le sucedía algo a su tripulación. Alcanzó varios metros de altitud por encima del resto de la flota, se tambaleó durante un segundo y luego se dio la vuelta en dirección a la Ciudad Nueva.

La esperiliana sabía exactamente quién iba a bordo de ese dirigible. Alguien que necesitaba protección de inmediato. Alguien a quien había que sacar de aquel altercado sin más dilación.

—¡Maestro! —gritó Rin, señalando hacia el dirigible. Sus llamas no alcanzaban tanta altura, pero quizás las bestias de Jiang sí lo hicieran—. ¡Haga bajar esa nave!

Jiang no le respondió. La joven ni siquiera estaba segura de que la hubiera oído. La mirada clara del hombre estaba completamente en blanco. Parecía atrapado en la agonía de su propia sinfonía de destrucción.

Pero, entonces, un pequeño grupo de sombras se separó del resto, se lanzó hacia el cielo y cayó sobre el globo como si fuera una manada de lobos voraces. Un momento después, la cesta de la aeronave comenzó su descenso hacia el suelo.

El choque sacudió la tierra. Rin corrió hacia los escombros.

La mayor parte de la tripulación había muerto en el impacto. Rin no les prestó mucha atención a los supervivientes. Dos soldados hesperianos avanzaron a duras penas cuando la vieron acercarse. Uno portaba un arcabuz, así que Rin lo liquidó primero a él, envolviéndole la cabeza y los hombros en una bola de fuego antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. El otro soldado tenía un cuchillo, pero había resultado herido en la colisión y sus movimientos eran de una lentitud cómica. Rin permitió que se le acercara, le arrancó el arma de la mano y le hundió la hoja en el cuello con tanta fuerza que la punta le salió por el ojo.

Luego, la esperiliana comenzó a rebuscar entre los restos.

Yin Vaisra seguía vivo. Lo encontró inmovilizado debajo de una parte de la estructura de la cesta y los cadáveres de dos de sus guardias, soltando jadeos roncos mientras intentaba liberarse. Abrió mucho los ojos al verla. La punzada de terror que se reflejó en ellos fue evidente solo durante un instante antes de que volviera a lucir esa máscara de tranquilidad, pero Rin lo había visto. La joven sintió un cruel subidón de regocijo.

Vaisra intentó coger el cuchillo que llevaba prendido a la cintura. Rin puso el pie debajo de la empuñadura y lo apartó del alcance del jefe militar. La esperiliana se sentó y aguardó, esperando a que sacara otra arma. Sin embargo, parecía que no tenía más. Lo único que podía hacer era retorcerse.

Fácil. Aquello era tan fácil… Rin podía matarlo allí mismo, podía destriparlo con su propio cuchillo sin más ceremonia que la de un carnicero al matar a un cerdo. Pero eso hubiera sido

tremendamente insatisfactorio. Rin quería exprimir ese momento al máximo.

La joven se colocó bajo la estructura de la cesta y empujó impulsando las piernas contra el suelo. La estructura era más pesada de lo que parecía. Pese a que daba la sensación de que aquellas cosas eran elegantes y ligeras en el aire, necesitaba toda su fuerza para levantarla y liberarle las piernas a Vaisra.

Por fin, el jefe militar logró salir de debajo de los cadáveres. Entonces, Rin volvió a dejar caer la estructura.

—Levante —le ordenó la joven.

Para su sorpresa, Vaisra obedeció.

Despacio, el jefe militar se puso en pie. Le dolía terriblemente estar en esa postura, tal y como Rin percibía por sus hombros encorvados y por cómo se encogía mientras la pierna izquierda le palpitaba. No obstante, no emitió ni un sonido de queja.

No, el primer presidente de la República nikara tenía demasiada dignidad como para hacer eso.

Durante un momento, permanecieron cara a cara y en silencio. Rin lo miró de arriba abajo, grabando cada detalle de su persona en su mente. Quería poder recordarlo todo sobre ese momento.

El jefe militar del Dragón era un verdadero reflejo de Nezha. Una versión más madura y cruel, una inquietante premonición de todo aquello en lo que Nezha se convertiría. No era de extrañar que Rin hubiese estado tan dispuesta a entregarle su lealtad. Se había sentido atraída por él, ahora era capaz de admitírselo a sí misma, pero eso daba igual. Ese sentimiento ya no servía para humillarla. Era capaz de reconocer que no hacía tanto tiempo había querido que alguien parecido a Nezha le diese órdenes y fuese su dueño.

Por los dioses, qué estúpida había sido.

Cada día desde su huida de Arlong se había preguntado qué le diría a Vaisra si volvía a verlo. Qué le haría si alguna vez lo tenía a su merced. Había fantaseado con ese momento muchas veces. Sin embargo, ahora que lo tenía frente a ella, debilitado y vulnerable, no se le ocurría nada que decir.

No había nada más que decir. No quería ninguna respuesta o explicación por su parte. Sabía muy bien por qué la había traicionado. Sabía que Vaisra la consideraba más un animal que una persona. No necesitaba su reconocimiento ni su respeto. No necesitaba nada en absoluto de él.

Solo quería que desapareciera, sacarlo de la ecuación, del tablero de ajedrez.

—Debes de ser consciente de que van a destruirte —le dijo Vaisra.

Rin alzó la barbilla.

—¿Son esas sus últimas palabras?

—Cada cosa que haces sirve para convencerlos de que no deberías existir. —La sangre le resbalaba desde los labios. Sabía que era hombre muerto. Lo único que podía hacer ahora era intentar alterarla—. Cada vez que invocas el fuego, le recuerdas a la Compañía Gris el motivo por el que no puedes seguir en libertad. La única razón por la que estás aquí ahora es porque les has sido de utilidad en el sur. Pero no tardarán en ir a por ti, querida mía. Tienes los días contados. Aprovéchalos.

Rin no se inmutó.

Si Vaisra creía que podía desestabilizarla con palabras, se equivocaba. Tal vez en el pasado

hubiera podido manipularla con frases persuasivas, con alabanzas e insultos, como si fuera arcilla entre sus manos. En el pasado, Rin se había aferrado a todo lo que él decía porque era débil y estaba perdida, porque iba dando tumbos en busca de algo sólido a lo que agarrarse. Pero nada de lo que Vaisra le dijera ahora podía afectarle.

La esperiliana no lograba experimentar la repulsión que había esperado sentir al verlo. Se había pasado mucho tiempo considerando a ese hombre un monstruo. Vaisra lo había entregado todo a cambio de poder: a sus aliados norteños, a sus tres hijos y a la propia Rin. No obstante, la joven se dio cuenta de que no era capaz de culparlo por eso. Al igual que ella, al igual que la Tríada, Vaisra solo había estado persiguiendo su visión para Nikan con una determinación implacable e inquebrantable. La única diferencia entre ambos era que él había perdido.

—¿Sabe cuál ha sido su mayor error? —le preguntó Rin en voz baja—. Debería haber apostado por mí.

Antes de que Vaisra pudiera responder, lo agarró por la barbilla y acercó su boca a la de ella. El jefe militar intentó zafarse, pero Rin lo sujetó por la nuca y lo mantuvo pegado a su cara. Vaisra se resistió, pero estaba muy débil. Le mordió los labios a la joven con desesperación, tanta que el sabor a sangre le inundó la boca a Rin, pero esta no hizo sino presionar más sus labios contra los de él.

Entonces, le lanzó una llamarada hacia la boca.

Con eso no bastaba para matarlo. Solo quería humillarlo y mutilarlo. Quería introducirle un infierno por la garganta y achicharrarlo desde dentro, sentir cómo su carne quemada se desprendía a jirones bajo sus dedos. Quería que fuese excesivo. Tenía que dejarlo reducido a una pila de algo irreparable e irreconocible.

Aquello no cambiaría el pasado, no traería a Suni, Baji o Ramsa de vuelta, ni desharía todas las torturas a las que había sido sometida bajo su mando. Tampoco borraría la cicatriz que tenía en la espalda ni le devolvería la mano perdida. Pero la hacía sentirse bien. El objetivo de una venganza no era sanar. El objetivo era que esa euforia, por muy temporal que fuera, sofocara el dolor.

Vaisra se quedó inerte contra Rin. La joven dejó caer su cuerpo. El jefe militar se desplomó hacia delante, con el pecho curvado sobre las rodillas, como si estuviera inclinándose ante ella.

Rin respiró hondo, inhalando el sabor ahumado a entrañas quemadas. Sabía bien que esa euforia no duraría. Se desvanecería en cuestión de minutos, y entonces querría más. Casi deseaba que Vaisra volviera a la vida para poder matarlo de nuevo, una y otra vez, para poder seguir experimentando la emoción de ver ese terrible miedo en sus ojos antes de que sus llamas los apagasen.

La esperiliana se sentía ahora igual que cuando había destruido el contingente mugenés. Sabía que la venganza era una droga. Sabía que su efecto no sería eterno. Pero, en ese momento, mientras experimentaba el subidón, antes de que la adrenalina bajase y la carga del horror de lo que acababa de hacer invadiese todos los resquicios de su mente, mientras permanecía allí de pie respirando con dificultad sobre las cenizas negras del hombre que había destruido casi todo lo que ella amaba, le parecía que era la mejor sensación del mundo.

Rin no se dio cuenta de que el último dirigible descendía en picado a través del humo hacia Jiang

hasta que fue demasiado tarde.

—¡Cuidado! —gritó ella, pero la explosión de los cañones ahogó su voz.

Jiang cayó al suelo como una marioneta a la que le habían cortado los hilos. Sus bestias se desvanecieron. El dirigible viró titubeante hacia atrás, como si intentara evaluar los daños antes de volver a disparar. La joven levantó la cabeza y escupió fuego entre gritos. Un único chorro ardiente atravesó el globo de la *aeronave*. La cesta cayó en espiral hacia el suelo y explotó.

Rin corrió, esquivando los escombros que caían del cielo, hasta llegar a Jiang.

Su maestro yacía en el mismo sitio en el que había caído. La joven presionó los dedos contra su cuello. Sintió su pulso, fuerte y constante. Bien. Le pasó la mano por encima del cuerpo, intentando comprobar el alcance de sus heridas. Sin embargo, no encontró sangre. Jiang tenía la ropa seca.

Aún no estaban a salvo. Los arcabuces comenzaron a disparar a su alrededor. El Guardián no había acabado con toda la artillería republicana.

—Levántalo. —Daji se materializó. Parecía haber salido de la nada. Tenía la mirada salvaje y nerviosa. Su cabello y su ropa estaban manchados de negro. Agarró a Jiang por debajo de los brazos y lo sentó—. Date prisa.

—¿Qué le pasa? —inquirió Rin—. Ni siquiera está…

Daji meneó la cabeza cuando el restallido del fuego de los arcabuces retumbó alrededor de ambas. Las dos se agacharon.

—¡Deprisa! —siseó la Víbora.

Rin cogió a Jiang por uno de sus brazos y se lo pasó por el hombro. Daji lo cogió por el otro. Juntas lo pusieron en pie a duras penas y corrieron a refugiarse, con el Guardián tambaleándose entre ellas como si fuera un borracho.

De algún modo, lograron llegar indemnes hasta la retaguardia de la Coalición Sureña. Venka y una línea de defensores se hallaban apostados en la base de las montañas, devolviéndoles el fuego a los republicanos, mientras que los civiles se amontonaban alrededor de las entradas bloqueadas de los túneles.

—Joder, menos mal que ya estáis aquí. —Venka dejó caer su arco para ayudarlas a subir a Jiang a un carro—. ¿Está herido?

—No lo sé. —Rin ayudó a Daji a meter las piernas de su maestro en el carro. No parecía estar herido. De hecho, seguía consciente. El Guardián se llevó las rodillas hacia el pecho, meciéndose hacia delante y hacia atrás y profiriendo risitas bajas y nerviosas.

Rin no podía mirarlo. Aquello había salido mal, muy mal. Se le retorcieron las tripas con una mezcla de horror y vergüenza. Le entraron ganas de vomitar.

—Riga —susurró Jiang de pronto. Había dejado de reírse. Estaba sentado completamente quieto con los ojos fijos en algo que Rin no lograba ver.

Daji retrocedió como si la hubiese abofeteado.

—¿Riga? —repitió Rin—. ¿Qué…?

—Está aquí —dijo Jiang, y entonces le comenzaron a temblar los hombros.

—No está aquí. —Daji se había quedado lívida. Parecía aterrada—. Ziya, escúchame…

—Va a matarme —susurró Jiang.

Y, acto seguido, puso los ojos en blanco. Temblaba con tanta violencia que le castañeaban los dientes. Entonces, se desplomó de costado y se quedó inerte.

17

Los túneles mineros parecían más una tumba que una salida. Después de que Rin destrozara las entradas con sus llamas y varios barriles de pólvora bien posicionados, la Coalición Sureña formó una compacta columna de cuerpos para atravesar un pasillo en el que solo cabían tres hombres a lo ancho. El corredor parecía extenderse kilómetros. Lo único que tenían alrededor era piedra fría, aire viciado y una oscuridad amenazadora que parecía oprimirlos a todos a medida que se internaban en las profundidades del túnel.

Avanzaron a tientas por la oscuridad, palpando las paredes y dando golpecitos en el suelo que tenían delante para evitar que se produjera alguna caída repentina. Rin detestaba eso, quería poder prender cada centímetro de su cuerpo en llamas y convertirse en una linterna humana, pero sabía que en un espacio tan reducido el fuego acabaría asfixiándolos. Altan se lo había demostrado una vez con una paloma en un jarrón de cristal, lo rápido que las llamas podían consumir todo el aire respirable. La joven recordó con claridad la ávida fascinación en la mirada del esperiliano mientras contemplaba cómo latía con frenesí el cuello de la pequeña paloma hasta detenerse por completo.

Por eso, Rin encabezaba la marcha, iluminando el camino con una diminuta llama que parpadeaba en el interior de su mano ahuecada, mientras que al fondo de la columna la seguían sumidos en una completa oscuridad.

Tras una hora de camino, los soldados comenzaron a suplicarle a la esperiliana que hicieran una parada. Todos querían descansar. Estaban agotados. Muchos de ellos estaban avanzando con heridas abiertas y sin vendar cuya sangre manchaba el suelo. Argumentaron que los dirigibles no podían darles alcance mientras estuvieran bajo tierra. Estaban seguros de que estarían a salvo, al menos durante veinte minutos.

Rin se negó. Tal vez Jiang y ella hubiesen diezmado la primera línea de batalla de la República, pero no cabía duda de que Nezha seguía vivo, y la esperiliana no creía que fuera a darse por vencido. El joven habría pedido refuerzos hacía mucho. Quizás sus tropas terrestres estuvieran preparándose ya para entrar en los túneles. Nezha podría llegar a emplear explosivos y gas venenoso para asfixiarlos como ratas, y entonces la Coalición Sureña desaparecería entre gritos ahogados bajo tierra. Las únicas pruebas de que habían llegado a existir serían los huesos calcificados que se descubrirían eones más tarde, cuando las montañas se erosionasen.

La esperiliana ordenó que continuasen hasta llegar al otro lado. Para su grata sorpresa, las tropas la obedecieron sin objeción. Rin había esperado encontrarse al menos con un poco de resistencia, ya que ella acababa de reincorporarse a las filas, sin haber dado ninguna explicación ni haber ofrecido una disculpa, para lanzarlos a una zona de guerra asolada por los dioses.

No obstante, había logrado sacarlos del Yunque. Había logrado lo que no había podido hacer la Coalición Sureña desde hacía meses. Ahora mismo, la palabra de la joven era considerada un mandato divino.

Por fin, tras lo que pareció ser una eternidad, salieron a un maravilloso entorno natural: una caverna cuyos techos se hallaban divididos por una grieta irregular en la oscuridad, dejando ver el cielo que quedaba por encima. Rin se detuvo y levantó la cabeza hacia las estrellas. Después de haber pasado todo un día bajo tierra, intentado convencer a su corazón desbocado de que no iba a acabar enterrada viva, sentía que al fin había dejado de ahogarse.

¿El cielo nocturno siempre había sido tan resplandeciente?

—Deberíamos descansar aquí. —Kitay señaló una zona elevada en la pared de enfrente. Rin entornó la mirada y vislumbró una escalera tallada en la piedra, unos escalones estrechos y escarpados que seguramente habrían sido construidos por unos mineros que llevarían años sin haber vuelto a entrar allí—. Si comienza a colarse cualquier cosa por los túneles, tenemos una escapatoria.

—De acuerdo. —De pronto, Rin sintió un gran cansancio que, hasta el momento, había mantenido a raya gracias a la adrenalina y el miedo. Seguía asustada, pero no podía continuar presionándose a sí misma o al ejército; de lo contrario, acabarían desplomándose—. Solo hasta el amanecer. Seguiremos avanzando en cuanto salga el sol.

Un colectivo gemido de alivio reverberó por los túneles en cuanto Rin dio la orden. Los sureños soltaron su equipaje, se dispersaron por toda la caverna y los túneles adyacentes y extendieron sus esterillas por el suelo. No había nada que le apeteciera más a Rin que acurrucarse en un rincón y cerrar los ojos.

Pero ahora estaba al mando, y tenía trabajo que hacer.

Caminó entre las masas apiñadas de soldados y civiles, haciendo un balance de sus cifras actuales. Encendió sus antorchas y los calentó con su llama. Respondió con sinceridad a cada pregunta que le hacían sobre dónde había estado todo ese tiempo. Les contó lo de la Chuluu Korikh, el regreso de la Tríada y su incursión en Arabak.

Para su sorpresa, se topó con muchas caras nuevas que no procedían de las Provincias del Mono o el Gallo, sino del norte. La mayoría eran hombres jóvenes y de mediana edad con el robusto físico de un granjero.

—No lo entiendo —le dijo a Venka—. Pero ¿de dónde han salido?

—Son mineros —le explicó la otra joven—. Tras hacerse con Arlong, los hesperianos montaron minas de wolframio por toda la cordillera de Daba. Cuentan con unas máquinas de perforación que atraviesan las montañas de un modo nunca visto. Pero aun así necesitan mano de obra que haga el trabajo más peligroso: arrastrarse por los túneles, cargar los carros y comprobar la estabilidad de la pared rocosa. Los norteños vinieron hasta aquí para trabajar.

—Supongo que no les gustó mucho —dijo Rin.

—¿Y qué esperabas? Nadie deja atrás un buen trabajo para unirse a un grupo de rebeldes. Por lo que he oído, esas minas eran un infierno. La maquinaria era una trampa mortal. A algunos de

esos hombres no les permitían ver la luz del sol durante días. Se unieron a nosotros en cuanto nos vieron llegar.

Rin tardó casi dos horas en terminar de recorrer los túneles. Todos querían hablar con ella, escuchar su voz, tocarla. No podían creer que hubiera vuelto o que siguiera viva. Tenían que ver el fuego con sus propios ojos.

—Soy real —les aseguraba una y otra vez—. He vuelto. Y tengo un plan.

La duda y la confusión generalizada no tardaron en transformarse en fascinación, luego en gratitud y, por último, en una evidente y firme lealtad. Cuanto más hablaba Rin con las tropas, más comprendía cómo se había desarrollado el último día en sus cabezas. Habían estado al borde del exterminio, atrapados durante semanas en túneles sin suficiente agua y comida, aguardando una muerte inminente a causa de las balas, la incineración o la hambruna. Pero entonces, había aparecido Rin, que había regresado desde la montaña de piedra sin un rasguño, acompañada de dos de los miembros de la Tríada, para cambiar su suerte en una sola mañana caótica.

Para ellos, lo que había sucedido era una intervención divina.

Tal vez hubieran sido escépticos con respecto a Rin en el pasado, pero ya no podían seguir siéndolo. La joven les había mostrado sin lugar a dudas que Souji había estado equivocado, que la República jamás tendría piedad con ellos y que ella era la mejor esperanza para la supervivencia del sur. Y Rin se dio cuenta, mientras caminaba entre la multitud de rostros maravillados y agradecidos, de que por fin ese ejército había pasado a ser verdaderamente suyo.

Jiang no mejoraba.

Había recobrado el conocimiento poco después de que hubiesen llegado a la caverna, pero no había pronunciado ni una palabra coherente desde entonces. No dio ninguna señal de ver a Rin cuando esta se acercó a su esterilla, donde el hombre se encontraba sentado como un niño, con las rodillas pegadas al pecho. Parecía perdido en su interior, en algún lugar inquietante y aterrador. Y aunque, por el modo en el que retorcía la boca y desplazaba la mirada de un lado a otro, Rin sabía que su maestro estaba luchando para regresar, la joven no tenía ni idea de cómo llegar hasta él.

—Hola, maestro —le dijo.

Jiang hizo como si no la hubiera oído. Jugueteaba distraídamente con el bajo de su camisa entre sus dedos. Se quedó lívido, con las venas de color zafiro visibles bajo la piel, como si fuera caligrafía acuosa.

Rin se agachó a su lado.

—Supongo que deberíamos darle las gracias.

La joven apoyó su mano sobre la de Jiang con la esperanza de que ese contacto físico lo ayudara a calmarse. El Guardián la apartó de inmediato. Fue entonces cuando la miró directamente. Rin vio el miedo reflejado en su mirada, pero no se trataba de una punzada momentánea provocada por la sorpresa, sino de un terror profundo y paralizante del que no podía librarse.

—Lleva horas así —le dijo Daji. La Víbora se encontraba acurrucada contra la pared a unos metros de distancia, royendo una tira de cecina—. No obtendrás ninguna otra respuesta. Déjalo en paz, se pondrá bien.

La esperiliana no podía creer la indiferencia en la voz de la mujer.

—No parece estar bien.

—Lo superará. Ya le ha pasado esto antes.

—Y tú debes de saberlo bien, ya que fuiste la causante.

Rin sabía que estaba siendo cruel, pero quería darle donde dolía. Quería que sus palabras se le clavasen como dagas. El gesto dolorido que apareció en el rostro de Daji era el único alivio que encontraba para el confuso terror que sentía al mirar a Jiang.

—Yo soy el único motivo por el que sigue vivo —respondió la Víbora en un tono duro—. Hice lo que tenía que hacer para otorgarle la única oportunidad de estar en paz que ha tenido nunca.

Rin miró de nuevo hacia Jiang, que ahora se había encorvado y susurraba un sinsentido hacia sus dedos ahuecados.

—¿Llamas a esto estar en paz?

—Por aquel entonces, su mente estaba acabando con él —dijo la Víbora—. Yo le ayudé a silenciarla.

—Tenemos un problema —anunció Kitay, que acababa de aparecer por la esquina de la pared de la caverna—. Tienes que hacer algo con Souji y Gurubai.

Rin soltó un gemido.

—Mierda.

La joven no había visto a Souji ni a Gurubai desde que había dado comienzo la fuga. Ni siquiera había pensado en ellos. Se había visto tan atrapada en la euforia de la huida, en el objetivo de rescatar al sur, que se había olvidado por completo de que no todos allí la recibirían con los brazos abiertos.

—Están montando alboroto —prosiguió Kitay—. Les están diciendo a sus soldados que tienen que separarse del resto cuando encontremos la salida. O lo solucionamos esta misma noche o nos enfrentaremos a una deserción o a un golpe de Estado por la mañana.

—El chico tiene razón —terció Daji—. Tienes que ponerle remedio ahora.

—Pero no hay nada que… Ah. —La mente agotada de Rin por fin comprendió qué era lo que estaba insinuando la Víbora—. Ya veo.

La esperiliana se levantó.

—¿Qué? —Kitay desplazaba la mirada entre Daji y ella—. No hemos… ¿Qué quieres…?

—Ejecutarlos —dijo Rin—. Simple y llanamente. ¿Sabes dónde están?

—Espera. —Kitay pestañeó mientras miraba a su amiga, aturdido por la repentina escalada de la situación—. No hay por qué… A ver, acabas de salvarles la vida…

—Esos dos vendieron a Rin a la República sin dudarlo —dijo Daji despacio—. Si crees que no van a volver a traicionaros, entonces eres demasiado idiota como para seguir viviendo.

Kitay fulminó a Rin con la mirada.

—¿Esto ha sido idea de ella?

—Es la única opción que tenéis —siguió Daji.

—¿Así es como gobernabas tú? —inquirió Kitay—. ¿Matando a todo aquel que no estuviera de acuerdo contigo?

—Por supuesto —respondió la Víbora, impasible—. No puedes liderar de manera efectiva cuando cuentas con disidentes con tanta influencia. Riga tenía muchos enemigos. Ziya y yo nos

encargamos de ellos en su nombre. Así era como manteníamos unido al frente nikara.

—Eso no duró mucho tiempo.

—Ellos no duraron mucho tiempo. Yo duré veinte años. —Daji enarcó una ceja—. Y no fue por ser indulgente.

—Ya hemos hecho esto antes —le dijo Rin a su amigo—. Ma Lien…

—Ma Lien estaba en su lecho de muerte —estalló Kitay—. Y eso fue distinto. Entonces, nuestra posición era débil, no nos quedaba ninguna otra opción…

—Ahora tampoco tenemos otra opción —declaró Rin—. Puede que las filas me obedezcan por el momento, pero esa lealtad no es sostenible. Y menos con el camino que estamos tomando. Gurubai y Souji son demasiado listos e increíblemente carismáticos, algo que yo nunca seré. Si les damos tiempo y espacio, encontrarán un modo de apartarme.

—No tiene por qué ser así —dijo Kitay—. Si dejamos a un lado sus errores, son buenos líderes. Podrías colaborar con ellos.

Era un argumento flojo, y Rin sabía que su amigo era consciente de ello. Todos sabían que esa noche tenía que terminar con un derramamiento de sangre. La esperiliana no podía seguir compartiendo el poder con una coalición que la había desafiado, entorpecido y traicionado a cada paso. Si iba a liderar el sur, tenía que hacerlo siguiendo su propia visión. Sola y sin oposición.

Kitay dejó de intentar discutírselo. Ambos sabían que no había nada que pudiera decir para hacerla cambiar de opinión. Tan solo tenían esa opción. El joven era demasiado inteligente como para no verlo. Tal vez ahora la odiara por eso, pero acabaría perdonándola, como siempre. Siempre acababa perdonándola por una cuestión de necesidad.

Daji desenvainó con calma su cuchillo y se lo entregó a Rin.

—No lo necesito —le dijo la joven.

—Los cuchillos arman menos jaleo —le respondió la Víbora—. El fuego los hace agonizar, y no querrás que sus gritos molesten a los que están durmiendo.

Rin lidió primero con el jefe militar del Mono.

Gurubai la había estado esperando. Se encontraba en los túneles con sus oficiales, las únicas personas en la caverna que parecían no estar dormidas. Debatían algo en voz baja. Guardaron silencio cuando la vieron acercarse, pero no hicieron ademán de sacar sus armas.

—Dejadnos —declaró Gurubai.

Sus oficiales se marcharon sin decir ni una palabra. Mantuvieron las cabezas gachas al pasar. Ninguno le dedicó a Rin ni una mirada al salir.

—Son buenos soldados —le dijo el jefe militar a la joven—. No tienes motivos para hacerles daño.

—Lo sé —respondió ella—. No lo haré.

Lo decía en serio. Sin Gurubai para liderarlos, ninguno de sus oficiales tenía motivos para traicionarla. La joven conocía a esos hombres. No eran ambiciosos acaparadores de poder. Eran soldados capacitados y racionales. Les importaba el sur, y sabían que ella era la mejor oportunidad que tenían para sobrevivir.

Gurubai se quedó contemplándola durante un minuto.

—¿Vas a quemarme?

—No. —Rin sacó el cuchillo que le había dado Daji—. Te mereces algo mejor.

Gurubai levantó las manos. No intentó sacar ningún arma. Rin se dio cuenta de que había aceptado su destino. No le quedaban fuerzas para luchar.

Había perdido de forma definitiva. Había acabado acorralado en las montañas y lo había debilitado un chico convertido en general, para que luego su única salvación fuera la esperiliana que él creía haberle vendido a su enemigo. Si su apuesta hubiera funcionado, si Vaisra y la República hubieran cumplido su palabra, entonces Gurubai hubiera pasado a ser un héroe nacional. El salvador del sur.

Pero no había sido así, así que tendría que morir como un traidor caído en desgracia. Qué crueles eran los caprichos del destino.

—Eres lo peor que le ha pasado a este país —dijo el jefe militar del Mono. Su voz no transmitía rabia ni invectiva, solo resignación. No estaba intentando hacerle daño, sino que estaba pronunciando su último testimonio—. Esta gente se merece algo mejor que tú.

—Soy exactamente lo que se merecen —replicó Rin—. No quieren la paz, quieren venganza. Y eso es lo que yo represento.

—La venganza no hace que una nación sea estable.

—Tampoco la cobardía —dijo Rin—. Ese ha sido tu error. Solo luchabas para sobrevivir, Gurubai. Yo luchaba para ganar. Y la historia no pone de relieve la estabilidad, sino la iniciativa.

La esperiliana apuntó con el cuchillo al corazón de Gurubai y desplazó la mano hacia delante en un movimiento rápido y suave. El jefe militar abrió mucho los ojos. Rin sacó el cuchillo y dio un paso atrás antes de que el hombre se desplomase tocándose el pecho.

Rin no había apuntado bien. Lo supo en cuanto hundió el cuchillo. Su mano derecha era torpe y débil. No le había perforado el corazón, sino que había clavado el arma unos centímetros por debajo. Le había provocado un dolor insoportable, pero el corazón no le dejaría de latir hasta que se hubiese desangrado.

Gurubai se retorció a los pies de la joven, pero no emitió ni un sonido. Ni un grito ni un sollozo. Rin lo respetaba por ello.

—Habrías sido un maravilloso líder en tiempos de paz —le dijo la esperiliana. El jefe militar del Mono había sido sincero con ella, lo mínimo que Rin podía hacer era responderle del mismo modo—. Pero ahora mismo no necesitamos la paz. Necesitamos sangre.

Unos pasos sonaron detrás de ella. Rin se giró sobre sus talones. Entonces, se relajó… Solo era Kitay. Su amigo avanzó y se cernió sobre la forma de Gurubai, que se retorcía y guardaba silencio mientras curvaba la boca en señal de desagrado.

—Veo que has empezado sin mí —dijo el chico.

—No creía que quisieras estar presente. —Rin sentía que su voz no procedía de su propio cuerpo. Le temblaba la mano mientras observaba cómo la sangre de Gurubai se acumulaba en el suelo de piedra. Todo el cuerpo de la joven tembló. Ella misma podía oír cómo le castañeaban los dientes dentro del cráneo. Sopesó esa reacción psicológica con una perpleja y distante curiosidad.

¿Qué le estaba pasando?

Había llegado a sentir esa misma euforia nerviosa cuando había asesinado a Ma Lien. Cuando había asesinado a ese sacerdote en Arabak. Esas tres veces no había asesinado con fuego, sino con su propia mano. Era capaz de cometer crueldades atroces, incluso sin el poder del Fénix, y eso era algo que le entusiasmaba tanto como la asustaba.

Gurubai agarró a Kitay por el tobillo mientras se ahogaba. La sangre le salía a borbotones por la boca.

—No seas cruel, Rin. —Kitay le arrebató el cuchillo de la mano, se agachó sobre Gurubai y le arrastró la punta de la hoja a lo largo de la arteria del cuello. La sangre salpicó la pared de la caverna. Gurubai dio una última y violenta sacudida, y entonces dejó de moverse.

Rin atrapó a Souji mientras este intentaba huir.

Alguien en el campamento de Gurubai le había advertido que lo hiciera. Pero había sido demasiado tarde. Para cuando Souji y sus Lobos de Hierro lograron llegar a la salida occidental de la caverna, Rin ya estaba esperándolos en el túnel.

La joven los saludó con la mano.

—¿Vais a alguna parte?

Souji se detuvo en seco. Su habitual sonrisa segura había desaparecido y había sido sustituida por la mirada desesperada y peligrosa de un lobo acorralado.

—Apártate de mi camino —gruñó.

Rin desplazó el dedo índice por el aire. Unas pequeñas llamaradas salieron de su punta y serpentearon por las paredes del túnel.

—Como podrás ver —le dijo la joven—, he recuperado mi fuego.

Souji desenvainó la espada. Para sorpresa de Rin, los Lobos de Hierro no siguieron su ejemplo. No se apiñaban cerca de Souji como lo harían unos leales seguidores. No… Si hubieran sido leales, ya se habrían sumado a su defensa.

Por el contrario, permanecieron rezagados, a la espera.

Rin podía interpretar sus miradas, esas expresiones idénticas de una incertidumbre calculadora, y decidió jugársela.

—Desarmadlo —ordenó la esperiliana.

La obedecieron de inmediato.

Souji cargó contra Rin. Los Lobos de Hierro tiraron de él hacia atrás. Dos de ellos lo obligaron a ponerse de rodillas. Uno le arrancó la espada de las manos y la lanzó al otro extremo del túnel. El tercero le echó la cabeza hacia atrás para que se viera obligado a mirar a Rin desde abajo.

—¿Qué coño estáis haciendo? —gritó Souji—. ¡Soltadme!

Ninguno de los Lobos de Hierro dijo nada.

—Ay, Souji. —Rin se acercó despacio hacia él y se agachó para revolverle el cabello. Él intentó morderla como si fuese un perro, pero no logró llegar a sus dedos—. ¿Qué creías que iba a suceder?

A la esperiliana le latía el corazón cargado de una vertiginosa incredulidad. Aquello había salido maravillosa y ridículamente bien. No podría haberse imaginado un desenlace mejor.

Le dio unas palmaditas a Souji en la cabeza.

—Ahora puedes suplicar si quieres.

El joven le escupió en la frente. Rin le asestó una patada con la bota en el estómago e hizo que cayera de costado.

—Soltadlo —ordenó Rin.

Los Lobos de Hierro lo dejaron tirado en el suelo. Rin siguió asestándole patadas.

No lo maltrató igual que él había hecho con ella. Se limitó a darle patadas en la tripa, los muslos y la entrepierna. No intentó romperle las costillas ni la rótula… No, necesitaba que pudiera ponerse en pie delante de una multitud.

Sin embargo, la joven se sintió bien al oír los pequeños jadeos infantiles que se le escapaban a Souji de la garganta. Eso provocaba que esa euforia nerviosa siguiera recorriéndole las venas.

Rin no podía creer que, en el pasado, aunque hubiera sido brevemente, se hubiera planteado acostarse con él. Recordó el peso del brazo del chico alrededor de su cintura, la calidez de su aliento contra su oreja. Comenzó a patearlo con más fuerza.

—Puta —jadeó Souji.

—Qué cosas más bonitas me dices —susurró Rin.

Él intentó proferir otro insulto, pero Rin le hundió el pie sobre la boca. Sintió cómo le partía el labio contra los dientes con los dedos del pie. Nunca antes había mutilado a un oponente solo con fuerza bruta. Sí que lo había hecho con fuego, pero la satisfacción que le proporcionaba lo que estaba haciendo ahora era distinta, como el placer que sentía cuando oía cómo se desgarraba un tejido.

Le maravilló lo frágiles que eran los cuerpos humanos. Lo blandos que eran. Solo carne sobre huesos.

Se contuvo para no patearle el cráneo. Necesitaba que Souji conservara el rostro intacto. Tal vez roto, pero reconocible.

Kitay y ella habían decidido no matarlo por el momento. Su muerte tenía que ser una exhibición pública, un espectáculo para legitimar su autoridad y que su *toma* de poder pasara de ser un secreto a voces a un hecho reconocido universalmente.

Daji, que había hecho eso mismo mucho más a menudo, había puesto especial énfasis en la importancia de una ejecución vistosa.

«No dejes que simplemente tengan miedo», le había dicho. «Haz que sepan por qué deben tenerlo».

—Atadlo —les ordenó Rin a los Lobos de Hierro. Sabía a ciencia cierta que podía confiar en ellos. Ninguno quería arder—. Custodiadlo por turnos durante la noche. Acabaremos con esto por la mañana.

Al amanecer, Rin se colocó en el centro de la caverna, justo debajo del único rayo de sol que se colaba por el techo de piedra agrietado. Era consciente de lo absurdo que era el simbolismo de todo aquello, de cómo le resplandecía la piel como si fuera bronce pulido, de cómo había pasado a ser la figura más brillante en la oscuridad. No importaba que la multitud que la observaba supiera que todo eso había sido orquestado. Esa imagen se les quedaría grabada en la mente para toda la eternidad.

Souji estaba agachado junto a ella, con las manos atadas a la espalda. Tenía sangre seca sobre cada centímetro de piel expuesta.

—Tal vez os preguntéis dónde he estado durante estos últimos meses, por qué desaparecí después del ataque a Tikany. —Señaló hacia la cabeza gacha de Souji. Este no se movió, solo estaba medio consciente—. Este hombre me tendió una emboscada y me envió a la Chuluu

Korikh para que me pudriera allí. Me traicionó para entregarme al Joven Mariscal. Y os traicionó a todos vosotros.

La caverna estaba tan silenciosa que el único sonido que Rin pudo oír en respuesta fue el eco de sus propias palabras.

La multitud la apoyaba. Lo veía en el gesto adusto en sus rostros y en el frío brillo de furia en sus ojos. Cada persona en esa caverna quería ver morir a Souji.

—Este hombre os dejó atrapados en el Yunque. Intentó matar a la única persona que podía salvaros. ¿Y por qué? —Rin le asestó una fuerte patada a Souji en la espalda. El chico cayó hacia delante y emitió un gemido ahogado. No podía hablar para defenderse, ya que tenía un pañuelo metido en la boca—. Por celos. Yang Souji no podía soportar ver a una esperiliana liderando a sus hombres. Necesitaba ser él quien estuviera al mando. Quería que la Coalición Sureña fuese suya.

Rin no sabía de dónde procedían todas esas palabras, pero salían de su interior con una facilidad pasmosa. Se sentía como una actriz recitando las líneas de alguna obra clásica, interpretando cada frase dramática con una voz profunda y poderosa que no sonaba en absoluto como la suya.

¿Dónde había aprendido a actuar así? En el fondo, a una parte de su ser le asustaba que pudiera caer esa fachada, que le fallara la voz y todos pudieran ver a la niña aterrada que era en realidad.

«Interpreta el papel», pensó Rin. Ese también había sido el consejo de Daji. «Solo tienes que ponerte esté disfraz el tiempo suficiente como para que acabe convirtiéndose en una parte de ti».

—La Coalición Sureña está acabada —declaró la joven.

Un completo silencio siguió a sus palabras. Nadie reaccionó. Todos aguardaron.

Rin elevó la voz.

—Yang Souji y el jefe militar del Mono son una muestra de los fallos en la política de coalición. Han estado a punto de destruiros con sus rencillas internas. No contaban con ninguna estrategia. A mí me traicionaron, y a vosotros os llevaron por el mal camino. Pero ya he vuelto, y soy vuestra liberación. Ahora seré yo la única que tome las decisiones en este ejército. ¿Alguien tiene algo que objetar?

Como no podía ser de otro modo, nadie *objetó nada.* Los tenía en la palma de la mano. Ella era su esperiliana, su salvadora, la única que, una y otra vez, los había librado de una muerte segura.

—Bien. —La joven señaló hacia Souji. Sabía que nadie intentaría protegerlo. Ni una sola persona había dicho nada en su defensa. No estaban allí para ver si Rin iba a matarlo o no. Estaban allí para ver cómo lo hacía—. Esto es lo que les sucede a los que me desafían. —Rin miró a uno de los Lobos de Hierro—. Retírale la mordaza.

El Lobo de Hierro dio un paso al frente y le retiró el trapo de la boca a Souji. Este se lanzó hacia delante entre jadeos.

Rin presionó la punta de su cuchillo bajo la barbilla del joven y lo obligó a levantar la mirada hacia la multitud.

—Confiesa tus pecados.

Souji gruñó y murmuró algo incoherente.

Ella ejerció más fuerza con el cuchillo y se lo enterró un poco más en la piel, contemplando con regocijo cómo le temblaba la garganta al sentir el acero.

—Lo único que tienes que hacer es confesar —dijo Rin en voz baja— y todo esto habrá acabado.

Kitay no quería que forzara una confesión. Pensaba que Souji simplemente se rebelaría y arremetería contra ella, que sus últimas palabras solo podrían perjudicarla. Sin embargo, Rin no podía permitir que Souji muriese con la dignidad intacta, porque sus detractores podrían aferrarse a ese recuerdo de él.

Debía aniquilarlo. Rin sabía que su traición no había sido solo decisión de Souji, y que todas las personas que había en esa caverna habían sido, de algún modo, cómplices. Pero no podía ejecutarlos a todos. Souji tendría que servir de cabeza de turco. Tendría que llevar sobre sus hombros la carga de la culpa colectiva. Esa transición de liderazgo exigía una catarsis pública, y el líder de los Lobos de Hierro era el cordero al que iban a sacrificar.

Rin le hundió un poco más el cuchillo y el filo se manchó de sangre.

—Confiesa.

—No he hecho nada —dijo Souji con voz ronca.

—Me vendiste a Nezha —le espetó Rin—. E hiciste que ellos acabaran en esa montaña a la espera de la muerte.

Eso no era del todo cierto. Souji solo había pretendido proteger al sur. Por lo que ella sabía, el chico había tomado las mejores decisiones estratégicas posibles, dada la abrumadora superioridad de la República. Sin duda, el propio Souji creía que él había sido el único motivo por el que la Coalición Sureña había sobrevivido durante tanto tiempo. Quizás estuviera en lo cierto.

Pero la lógica no importaba en ese ritual, al contrario que la furia y el resentimiento.

—Dilo —exigió la esperiliana—. Me vendiste. Los traicionaste a ellos.

Souji se giró para mirarla.

—Deberías estar dentro de esa montaña, puta.

Rin se limitó a reírse. No iba a responderle con el fuego, sin importar lo tentador que fuera. Debía mantener una fachada de calma y desinterés para marcar aún más la diferencia entre ambos: él era el lobo acorralado, enfadado y ladrador, y ella era la autoridad imperturbable, con la voz como el hielo.

—Me vendiste —repitió Rin con calma—. Los traicionaste a ellos.

—Tú los habrías acabado matando a todos —dijo Souji—. Hice lo que tenía que hacer para salvarlos de ti.

—Entonces, dejaremos que decidan ellos. —La joven se giró hacia su público—. ¿Alguno de vosotros cree que este hombre os ha salvado?

De nuevo, no habló nadie.

—Nezha me dijo que solo quería a la esperiliana. —Souji elevó la voz para dirigirse a la muchedumbre. Su tono estaba cargado de miedo—. Me prometió que era lo único que hacía falta. Me dijo…

Rin habló por encima de él.

—¿Alguien se cree que este hombre era tan idiota como para cometer un error tan simple?

Lo que implicaban aquellas palabras era evidente. Acababa de acusar a Souji de colaboracionismo. Por supuesto, eso era mentira, pero Rin no necesitaba contar con ninguna prueba. Ni siquiera tenía que argumentar su acusación. Lo único que debía hacer era insinuarlo. Esas personas aceptarían cualquier narrativa que ella les vendiese porque querían alimentar su

rabia. La sentencia había sido emitida incluso antes de que hubiera comenzado el juicio.

—Mostrádselo. —Rin señaló a Souji como un cazador le hubiera señalado un objetivo a una manada de perros—. Mostradle lo que el sur hace con sus traidores.

La joven se echó hacia atrás. A aquello le siguió un breve silencio cargado de expectación. Y entonces, la multitud se abalanzó hacia delante y Souji desapareció bajo un enorme amasijo de cuerpos.

No solo le pegaron. Le arrancaron la piel a tiras. El joven debió de gritar, pero Rin no pudo oírlo. Tampoco pudo verlo. Tan solo vislumbraba pequeños destellos de sangre que brillaban entre la gente. Era realmente increíble la facilidad con la que un montón de hombres y mujeres débiles y medio muertos de hambre podían aunar fuerzas para arrancar extremidades enteras de un torso. Rin vio pedazos del uniforme de Souji volar por los aires. Entre los pies del gentío, rodó lo que parecía ser un globo ocular.

La esperiliana no se sumó a ellos. No hacía falta que lo hiciera.

—Esto es un caos. —El rostro de Kitay había adoptado un tono gris enfermizo—. Es peligroso.

—No para nosotros —afirmó Rin.

Aquello era violencia, pero no caos. Esa rabia estaba completamente controlada, bien medida y dirigida, una gigantesca oleada de poder que solo ella podía dominar.

Y no solo estaba motivada por el resentimiento hacia Souji. En cierto sentido, esa masacre no tenía nada qué ver con él. El objetivo de todo eso era demostrar un cambio de lealtades, era una truculenta disculpa por parte de cualquiera que alguna vez hubiese hablado mal de ella. Era un sacrificio de sangre en honor a su nueva líder.

Si alguien seguía dudando de su liderazgo, entonces los gritos al menos habrían hecho anidar el miedo en sus corazones. Cualquiera que siguiera ahora al margen comprendería el precio de oponerse. Así la esperiliana se los ganaría a todos de un modo u otro, a través del amor o el odio, de la adoración o el miedo.

Daji, que estaba de pie al fondo del gentío, miró a Rin a los ojos y esbozó una sonrisa.

A Rin le latía el corazón tan deprisa que apenas podía oír nada.

Ahora comprendía lo que había querido decirle la emperatriz. Podía conseguir muchísimas cosas con una simple muestra de poder. Lo único que tenía que hacer era convertirse en la encarnación simbólica del poder y la liberación, y así podría matar a cualquier hombre solo con señalarlo. Podía conseguir que esas personas hicieran cualquier cosa. «Tienes a un dios de tu parte. ¿Quieres esta nación? Tómala».

Poco a poco, el frenesí bajó de intensidad. La multitud se dispersó del centro de la caverna, como si fuera una manada de lobos retirándose cuando ya no quedaba más carne y los huesos estaban completamente limpios.

Souji ya llevaba mucho rato muerto. No solo muerto… Mutilado. Su cadáver había sido profanado tan a conciencia que ni una sola de las partes que quedaban parecían remotamente humanas. *La* multitud había destruido su cuerpo y, al hacer eso, había demostrado su rechazo ante todo lo que el joven había representado: una astuta mezcla de resistencia guerrillera y unas políticas inteligentes que, en otras circunstancias, podrían haber funcionado. En otras circunstancias, Yang Souji podría haber liberado al sur.

Pero así funcionaban los caprichos del destino. Souji estaba muerto, sus oficiales habían

cambiado de bando y la toma de poder había concluido.

18

La tierra del interior de la caverna era demasiado compacta como para poder cavar una tumba en ella, así que Rin y Kitay apilaron los restos de Gurubai y Souji en una desordenada pirámide en el centro de las cavernas, los empaparon en aceite y se apartaron para observar cómo ardían.

Los cadáveres tardaron casi media hora en desintegrarse. Rin quería acelerar el proceso con sus propias llamas, pero Kitay no se lo permitió. Le exigió que se quedaran plantados delante de la pira para velarla mientras los sureños iniciaban la marcha sin ellos. A ella le parecía una descomunal pérdida de tiempo, pero era imposible disuadir a Kitay. Él consideraba que era algo que les debían a sus víctimas; que, de lo contrario, Rin pasaría a ser considerada una asesina insensible, en lugar de una líder en condiciones.

Sin embargo, pasados veinte minutos, fue evidente que Kitay comenzaba a arrepentirse de su decisión. Sus mejillas habían adquirido un aspecto grisáceo, y parecía estar a punto de vomitar.

—¿Sabes lo que nunca podré superar? —le preguntó a Rin.

—¿El qué? —inquirió su amiga.

—Huele muy parecido al cerdo. Hace que me entre hambre. Es decir…, ahora mismo no podría comer aunque lo intentase, pero no puedo evitar que se me haga la boca agua. ¿No te parece asqueroso?

—No es asqueroso —replicó Rin, que se sintió aliviada en secreto—. Creía que solo me pasaba a mí.

No obstante, ella sí que habría sido capaz de comer en ese momento, incluso sentada delante de los cadáveres. No había comido nada desde la tarde anterior y estaba hambrienta. Llevaba una ración de ñame deshidratado en el bolsillo, pero no le parecía adecuado masticarlo mientras el aroma a carne asada seguía flotando en el aire. Solo cuando los cadáveres se arrugaron formando unos bultos completamente negros y el aire comenzó a oler a carbón en lugar de a carne, la joven pasó a sentirse lo bastante cómoda como para sacar sus raciones. Masticó despacio las raíces en forma de moneda, pasando la lengua por las partes más duras, hasta que su saliva las ablandó lo suficiente como para tragárselas mientras lo que quedaba de Souji y Gurubai se convertía en huesos y cenizas.

Después, la joven se levantó y se unió a su ejército en la marcha.

Tras salir por el otro extremo de los túneles mineros, continuaron a lo largo del bosque, dejando la montaña a sus espaldas. La esperiliana les había dicho a los sureños que se dirigían hacia el norte para reunirse con el jefe militar del Perro y sus rebeldes con el fin de formar la última resistencia contra la República que quedaba en el Imperio. Que les iría mucho mejor si unían sus fuerzas. Rin no había mentido respecto a eso. Su intención era buscar la ayuda del jefe militar del Perro. Si los rumores de que contaba con espadas y hombres eran ciertos, ignorarlo habría sido una estupidez por su parte.

Pero no le contó a nadie salvo a Kitay su plan de escalar el monte Tianshan. A esas alturas, ya había aprendido que siempre debía dar por sentado que entre sus filas habría algún espía de la República. El golpe de Estado del jefe militar del Mono había sido prueba de ello. Lo último que Rin quería era que los hesperianos incursionaran en el monte Tianshan antes de que llegara ella.

También había ocultado la verdad por un motivo más fundamental. Necesitaba que sus soldados se creyeran importantes, que creyeran que su sangre y su sudor eran lo único que podía cambiar el curso de la historia. Rin pretendía ganar esa guerra con chamanes, sí, pero no podía mantener el control de un país sin haberse ganado el corazón de su pueblo. Para eso necesitaba hacerles creer que eran ellos los que habían escrito la historia del universo, y no los dioses.

El cielo estaba despejado y en silencio. Nezha y sus aeronaves se habían refrenado por ahora, tal vez indefinidamente. Rin no sabía cuánto tiempo duraría ese periodo de gracia, pero no pensaba quedarse de brazos cruzados a esperar.

A medida que avanzaban por la base de la montaña, sentía más los nervios a flor de piel. Sus tropas estaban demasiado expuestas y vulnerables, y marchaban a un paso frustrantemente lento. Eso se debía a su escasa disciplina. Sus soldados, que ya estaban debilitados por haber sufrido varios meses de asedio, tenían que cargar con carros repletos de arsenales de armas, equipo médico y escasas provisiones de comida. Además, la implacable lluvia, que había comenzado a caer esa tarde como una llovizna y se había transformado rápidamente en una cortina de agua gruesa y pesada, había convertido los senderos en barrizales que se extendían durante kilómetros.

—A este ritmo, hoy no recorreremos ni dieciséis kilómetros —declaró Kitay—. Tenemos que soltar lastre.

Por ese motivo, Rin dio la orden de abandonar todas las provisiones que pudieran permitirse dejar atrás. La comida y la medicina tenían un valor inestimable, pero todo lo demás debía desaparecer. Todos escogieron dos mudas de ropa y descartaron el resto, en general ligeras túnicas de verano que no servirían de nada para protegerse contra la nieve de la montaña. También se deshicieron de muchas de sus armas y munición. Simplemente no contaban con los hombres necesarios como para seguir arrastrando las ballestas montadas, los cofres de pólvora y las armaduras de repuesto con las que habían cargado desde Ruijin.

Rin detestaba tener que hacer eso. Todos lo detestaban. Ver cómo se desperdiciaba aquello era insoportable. Dolía observar cómo apilaban las armas para quemarlas, de modo que la República no pudiera encontrarlas y darles uso.

—Cuando comience la batalla final, no será librada con espadas y alabardas —le dijo Daji a Rin—. El destino de esta nación depende ahora de lo rápido que lleguemos al monte Tianshan. El resto carece de importancia.

La velocidad de su marcha aumentó considerablemente una vez que se hubieron librado de algunos suministros. Sin embargo, poco después, la lluvia pasó de ser intensa a convertirse en un

aguacero violento y torrencial que no daba muestras de cesar a lo largo de la tarde. El barro fue una pesadilla. En algunas partes del sendero, tuvieron que vadear a través del lodo negro que les llegaba hasta los tobillos. Sus endebles zapatos de algodón y paja no lo soportaron. Ninguno de ellos iba vestido para un clima tan húmedo.

La mente de Rin sucumbió al pánico cuando se paró a pensar en las consecuencias. Ese tipo de barro no solo era una molestia, sino que suponía una grave amenaza para la salud de su ejército. Muy pocos de ellos llevaban botas. Era muy probable que todos acabaran padeciendo infecciones. Luego, se les pudrirían los dedos de los pies y los perderían, y tendrían que quedarse sentados junto al sendero mientras aguardaban su muerte por no poder seguir caminando. Y si se libraban de las infecciones de los pies, tal vez acabaran contrayendo gangrena a causa de las heridas que habían sufrido cuando se había roto el asedio, ya que no contaban con suficientes suministros médicos. O tal vez simplemente murieran de hambre, ya que Rin no tenía ni idea de cómo iban a buscar comida a esa altitud, o…

Se le aceleró la respiración. Comenzó a ver borroso. Se sentía tan mareada que tuvo que dejar de caminar por un momento y respirar, presionándose el pecho desbocado con su única mano buena.

Estaba empezando a asimilar la magnitud de esa travesía. Ahora que la adrenalina de esa mañana se había desvanecido, ahora que ya no se sentía envuelta en una embriagadora mezcla de descabellada seguridad e intensa euforia, comenzaba a comprender los riesgos del camino que había trazado para los sureños.

Y era muy probable que todos acabaran muertos.

Las grandes pérdidas eran inevitables. Su supervivencia era incierta. Si seguían adelante, tal vez llegaran a borrar su huella en la historia como si nunca hubieran existido.

Pero si se quedaban donde estaban, morirían igualmente. Si negociaban su rendición, morirían. Si se arriesgaban a enfrentarse ahora a Nezha, tres chamanes y un ejército debilitado contra la fuerza militar combinada de la República y Occidente, morirían. No obstante, si llegaban hasta el monte Tianshan, si lograban despertar al Emperador Dragón, entonces el terreno de juego podría adquirir un aspecto muy distinto.

Ese podía ser el final de su historia conjunta o el principio de un glorioso capítulo. Y a Rin no le quedaba otra opción que arrastrarlos a todos detrás de ella por la cordillera.

No tardó en ser evidente que el mayor obstáculo al que se enfrentaban era el clima, y no los dirigibles. Escalaron la cadena montañosa de Baolei en mitad de un tardío deshielo de finales de verano, lo que conllevaba que los torrentes de los ríos estaban embravecidos, que los senderos estaban resbaladizos y llenos de barro, y que los aguaceros duraban días. En varios cruces, el barro les llegaba hasta la cintura y solo podían seguir avanzando después de cortar largas tiras de bambú y fabricar un puente casero para que al menos los carros de suministros no se hundiesen bajo la superficie.

Por la noche, se refugiaban en cuevas si las encontraban, ya que estas ofrecían protección contra la lluvia y la constante amenaza de los ataques aéreos. Sin embargo, tal y como Rin no tardó en descubrir, las cuevas no proporcionaban ninguna protección contra insectos y alimañas: atestados nidos de arañas, pequeñas serpientes apiñadas que formaban bolas horribles que se

retorcían y ratas de dientes afilados que casi alcanzaban el tamaño de un gato doméstico. La ruta que habían tomado era tan poco transitada por humanos que las plagas parecían haberse multiplicado para compensarlo. Una noche, Rin acababa de desenrollar su petate cuando un escorpión del tamaño de su mano se le acercó sigilosamente, con la cola levantada y moviendo el aguijón de un lado a otro.

La joven se quedó paralizada, demasiado asustada como para gritar.

Una flecha cayó sobre la tierra unos centímetros por delante del escorpión. El arácnido se escabulló hacia atrás y desapareció por una grieta en la pared de la cueva.

Venka bajó su arco.

—¿Estás bien?

—Sí. —Rin espiró. Se sentía muy mareada—. Me cago en la Gran Tortuga.

—Quema un poco de lavanda y aceite de tung. —Venka sacó una bolsita de su bolsillo y se la entregó—. Luego frótate el residuo por la piel. Los bichos detestan ese olor.

La esperiliana quemó la mezcla sobre la palma de su mano y se la restregó por el cuello.

—¿Cuándo aprendiste esto?

—Los túneles que había cerca del Yunque estaban plagados de esas cosas —le dijo Venka—. No aprendí a hacerlo hasta que un par de soldados se levantaron hinchados y asfixiándose, y entonces comenzamos a dormir por turnos y a limpiar las paredes con incienso cada noche. Perdona, alguien debería habértelo advertido.

—Gracias de todas formas. —Rin extendió la mano hacia Venka. Esta tomó lo que quedaba de residuo de la piel de la esperiliana y se lo frotó por la clavícula. Luego, colocó su esterilla junto a la de Rin, se sentó y se llevó las manos a las sienes.

—Menuda semana de mierda —gimió.

Rin se sentó sobre su petate.

—Sí.

Durante un momento, se quedaron sentadas la una junto a la otra, respirando despacio y observando las grietas de la pared por si regresaba el escorpión. La cueva era estrecha e increíblemente fría, así que se pegaron la una a la otra, con sus alientos fríos entremezclándose en el aire helado.

A Rin le gustaba tener a Venka a su lado. Le hizo pensar en lo curioso que era cómo cambiaba la gente. Jamás podría haber imaginado que Venka (Sring Venka, la guapa y mimada sinegardiana, convertida en una esbelta y fiera guerrera) pudiera acabar siendo para ella un gran consuelo.

No hacía mucho tiempo atrás se habían odiado mutuamente con esa particular intensidad que solo podían sentir las colegialas. Rin solía apretar los dientes cada vez que oía la voz aguda y petulante de Venka, incluso había llegado a fantasear con arrancarle los ojos con sus propias uñas. Se habrían peleado como fieras en el patio de la academia si no hubieran temido tanto ser expulsadas.

Nada de eso importaba ya. Habían dejado de ser esas estúpidas niñitas. Ya no eran estudiantes. La guerra las había transformado a ambas en criaturas inimaginables, y su relación se había transformado a la par. Jamás habían hablado sobre cómo había pasado todo eso. No hacía falta. El suyo era un vínculo forjado por la necesidad, el dolor y una íntima y compartida comprensión de lo que era el infierno.

—Dime la verdad —murmuró Venka—. ¿Adónde cojones vamos?

—A la Provincia del Perro. —Rin bostezó. Ya estaba medio dormida. Después de haberse pasado el día escalando, sentía las extremidades tan pesadas como el plomo—. Creía que lo había dejado claro.

—Pero eso es una patraña, ¿no? —insistió Venka—. El ejército del jefe militar del Perro no está realmente allí, ¿verdad?

Rin guardó silencio mientras lo consideraba.

Contarle la verdad a Venka era arriesgado. Ahora suponía un riesgo compartir secretos con cualquiera que no necesitara estrictamente saber algo. Pero Venka era, sorprendentemente, una de las personas más leales a las que Rin conocía. La joven le había dado la espalda a su familia sin dudarlo para seguir a un grupo de sureños en una revuelta contra su provincia natal. Ni una sola vez había mirado atrás. Venka podía ser maleducada e irritable, pero no era nada veleidosa. Era directa y sincera, a menudo hasta llegar al punto de ser cruel, y exigía que se le respondiera con la misma sinceridad.

—No soy una puta espía —dijo cuando el silencio de Rin se alargó demasiado.

—Lo sé —le respondió con premura la esperiliana—. Es solo que… Tienes razón. —Rin recorrió la cueva con la mirada, asegurándose de que nadie las estaba escuchando—. No tengo ni idea de qué hay en la Provincia del Perro.

Venka enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Es la verdad. No sé si cuentan con un ejército. Podrían ser una legión. Del tamaño suficiente como para hacer retroceder a la República. O pueden haber desertado o haber muerto todos. La información de la que dispongo está basada en la que tenía Kitay, y la suya se basa en comentarios que le hizo Nezha de pasada hace unas semanas.

—Entonces, ¿qué hay en el norte? —inquirió Venka— ¿Adónde te diriges? Me da igual lo que les digas al resto, Rin, pero a mí tienes que decírmelo. —Examinó el rostro de su amiga durante un momento—. Vas a despertar al tercer miembro, ¿verdad?

Rin pestañeó, sorprendida.

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Acaso no es obvio? —le preguntó Venka—. Has traído de vuelta al maestro Jiang y a la emperatriz. Al Guardián y a la Víbora. Solo falta uno, y nadie ha confirmado nunca que esté muerto. Bueno, ¿dónde está? Doy por hecho que estará en algún lugar de la cadena montañosa de Baolei.

—En las montañas de Wudang —le respondió Rin de forma automática, desconcertada por el tono seguro que estaba empleando Venka—. Antes tenemos que atravesar la Provincia del Perro. Pero ¿cómo has…? Es decir, ¿te parece bien? ¿No crees que es una locura?

—Esta última semana he visto cosas más raras —dijo su amiga—. Manejas el fuego como si blandieras una espada. Jiang… A ver, el puto maestro Jiang, el gran imbécil de Sinegard, derribó a toda una flota del cielo. Ya no sé qué puede considerarse una locura. Solo espero que sepas qué estás haciendo.

—No sé qué estoy haciendo —dijo Rin—. No tengo ni idea.

La esperiliana estaba siendo sincera. No tenía ni la más mínima idea de lo que el Emperador Dragón podría hacer. Daji y Jiang habían sido frustrantemente reservados al respecto. Cuando le

había planteado alguna pregunta a la Víbora, esta se había limitado a hacer descripciones imprecisas («Es poderoso», «Es legendario», «No has visto nada igual»). Mientras tanto, Jiang actuaba la mitad del tiempo como si jamás hubiera oído el nombre de Riga. Lo único a lo que Rin podía aferrarse era a que ambos parecían estar muy seguros de que el Emperador Dragón, una vez que hubiese despertado, podría aplastar a la República.

—Lo único que sé es que Jiang le tiene miedo —le contó a Venka—. Y si asusta al maestro, debe de aterrorizar al mundo entero.

Su desdicha se intensificó durante los siguientes días, ya que habían alcanzado una altitud suficiente como para que todo estuviera cubierto de hielo.

Al principio, Rin no se había alarmado. Había llegado a creer que su fuego podría facilitarles la travesía. En un primer momento, pareció funcionar. La esperiliana se convirtió en una antorcha humana. Derritió los senderos resbaladizos hasta que se convirtieron en fango transitable, hizo hervir el agua para beber, encendió hogueras solo con señalarlas y mantuvo a toda la fila caliente simplemente caminando junto a los soldados.

Sin embargo, tras dos días manteniendo esa continua llama, un agotamiento adormecedor comenzó a apoderarse de ella, lo que hizo que cada vez le costara más sacar esas fuerzas, que a ella la dejaban exhausta y que para Kitay eran una tortura.

—Lo siento —le decía la esperiliana cada vez que se lo encontraba temblando dentro de un carro, completamente lívido y presionándose con tanta fuerza las sienes con los dedos que se dejaba pequeñas marcas.

—Estoy bien —le respondía siempre su amigo.

Pero Rin sabía que estaba mintiendo. No podía seguir presionando a Kitay de esa forma. Acabaría destruyéndolos a ambos. Así que comenzó a invocar el fuego solo varias horas al día y únicamente para despejar el sendero que tenían delante. Ahora las tropas solo contaban con su escaso suministro de antorchas para calentarse. La congelación y la hipotermia hicieron mermar sus filas. Los soldados se iban a dormir y no volvían a despertarse.

Mientras tanto, Jiang estaba deteriorándose a un ritmo aterrador.

Aquella marcha estaba matándolo. No había otra forma de describirlo. Se había quedado demacrado y pálido, y no comía. No podía caminar por sí mismo. Tenían que tirar de él sobre un carro. Tampoco había recobrado la lucidez. A veces era afable, estaba en paz, y darle órdenes era tan fácil como dárselas a un niño. Pero muchas otras veces se encerraba en sí mismo, aferrándose a unas terribles visiones que nadie más podía ver y arremetiendo contra cualquiera que intentase ayudarlo. Entonces, se volvía peligroso. Entonces, las sombras comenzaban a aparecer.

Siguiendo el consejo de Daji, a menudo lo sedaban, ofreciéndole té de láudano hasta que se desplomaba contra los rincones del carro a causa del estupor. A Rin le enfermaba ver cómo se le cerraban los ojos a su maestro y cómo ponía gesto de no entender nada, con la baba cayéndole desde la comisura de la boca. Sin embargo, no se le ocurría ninguna solución mejor. Necesitaban mantenerlo estable hasta que llegaran al monte Tianshan.

Rin no sabía de qué era capaz Jiang cuando se hallaba trastornado.

Pero tampoco podían estar sedándolo *constantemente* sin causarle un daño permanente en la cabeza. Seguía necesitando estar sobrio durante periodos regulares, y esos momentos eran tan

dolorosos y humillantes que la esperiliana no era capaz de presenciarlos.

Una noche, Jiang despertó a todo el campamento con unos gritos atormentados. Rin salió de inmediato de la tienda en la que dormía y corrió a su lado.

—¿Maestro? —Lo agarró de la mano—. ¿Qué sucede?

Jiang abrió los ojos de par en par. La miró con esos ojos grandes y pálidos y, por un momento, casi pareció relajado.

—¿Hanelai?

Rin reculó.

Había oído ese nombre antes. Solo una vez, brevemente, pero jamás lo olvidaría. Recordaba estar agachada en el suelo helado del bosque, con el tobillo dolorido, mientras la tía de Chaghan, la Sorqan Sira, la agarraba de la cara con las manos y pronunciaba un nombre que había hecho que todos los ketreyides a su alrededor se inquietaran. «Se parece a Hanelai».

—Maestro… —La joven tragó saliva—. ¿Quién…?

—Sé hacia dónde nos dirigimos. —A Jiang le temblaba el brazo con violencia. Rin lo agarró con más fuerza, pero eso solo pareció ponerlo más nervioso—. Y no puedo… No podemos… No me obliguéis a despertarlo.

—¿Se refiere a Riga? —preguntó la joven con cautela. No estaba preparada para el modo en el que su maestro se encogió al oír ese nombre.

Jiang le dedicó una mirada de puro y absoluto terror.

—Es el mal encarnado.

—¿De qué está hablando? —exigió saber Rin—. Es su ancla. ¿Por qué no…?

—Escúchame. —Jiang extendió su otra mano y agarró a la joven por encima del codo—. Sé qué es lo que ella quiere hacer. Te está mintiendo. No puedes ir hasta allí.

El maestro le enterró las uñas dolorosamente en la piel. Rin se retorció, pero el agarre de Jiang era férreo.

—Me está haciendo daño.

No la soltó. Se quedó contemplándola, con los ojos salvajes y desorbitados, algo que Rin no había visto nunca. Tras ellos había algo perdido. Algo roto, contenido, desesperado, intentando salir hacia el exterior.

—No entiendes qué es lo que estás a punto de hacer —le dijo Jiang con urgencia—. No subas esa montaña. Mátame antes. Mátala a ella.

Agarró a Rin con más fuerza. A la joven le lloraron los ojos a causa del dolor, pero no apartó el brazo. Temía enormemente poder asustarlo…

—Por favor, maestro…

—Acaba con esto antes de que empiece —siseó Jiang.

La esperiliana no sabía qué hacer o qué decir. ¿Dónde demonios estaba Daji? Solo ella sabía cómo calmar a Jiang. Solo ella podía susurrar la combinación adecuada de palabras para ponerle fin a su delirio.

—¿Qué hay en el monte Tianshan? —preguntó Rin—. ¿Por qué teme a Riga? ¿Quién es Hanelai?

Jiang relajó los dedos. Abrió los ojos solo un poco más, y Rin creyó ver aparecer una pizca de racionalidad y reconocimiento en su rostro. Su maestro abrió la boca, pero, justo cuando la joven creyó que estaba a punto de responderle, el hombre echó la cabeza atrás y rompió a reír.

«Debería irme», pensó Rin, que de pronto estaba aterrorizada. Jamás debería haberse acercado a él. Debería haberlo dejado gritando hasta que se cansara y se callara. Debería marcharse ahora, alejarse de allí. Cuando se hiciera de día, Jiang volvería a estar tranquilo, todo regresaría a la normalidad y no tendrían que volver a hablar sobre eso nunca más.

Sabía que Jiang estaba intentando decirle algo. Allí había algún tipo de verdad oculta, algo espantoso y horrible, pero Rin no quería saberlo. Solo quería salir corriendo y llorar.

—Altan —dijo Jiang de repente. Rin se quedó petrificada, de cuclillas, entre sentada y de pie.

—Lo siento. —Jiang la miró a los ojos. Estaba dirigiéndose a ella—. Lo siento mucho. Podría haberos protegido, pero ellos…

—Déjelo. —Rin negó con la cabeza—. Por favor, maestro, pare…

—No lo entiendes. —Jiang intentó agarrarla de la muñeca—. Me hicieron daño, y me dijeron que a vosotros os harían algo peor, así que tuve que dejaros marchar. No lo entiendes…

—¡Cállese! —gritó Rin.

Jiang retrocedió como si ella le hubiera pegado. Todo su cuerpo comenzó a temblar con tanta fuerza que Rin temió que fuera a partirse en mil pedazos como un jarrón de porcelana. No obstante, de forma repentina, Jiang se quedó inerte. No respiraba, su pecho no se elevaba y descendía. Durante mucho rato, permaneció sentado con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Cuando al fin los abrió, eran de un espeluznante y brillante color blanco.

—No deberías estar aquí.

Rin no sabía quién estaba hablando a través de esa boca, pero no era Jiang.

Luego, le dedicó una sonrisa a la joven, y fue la imagen más horrible que había visto nunca.

—¿Cómo no te has dado cuenta? —le preguntó su maestro—. Os quiere a todos muertos.

Jiang se levantó y avanzó hacia ella. Rin se puso en pie a duras penas, y dio un único paso vacilante hacia atrás. «Corre», susurró una vocecilla en su mente. «Corre, idiota». Pero ella no podía moverse, no podía apartar la vista del rostro de Jiang. Tenía los pies clavados en el suelo, y se sentía aterrorizada y fascinada al mismo tiempo.

—Cuando te encuentre, Riga va a matarte. —Su maestro volvió a reír, a producir ese sonido agudo e inquietante—. Por Hanelai. Por lo que Hanelai hizo. Os matará a todos.

Agarró a la esperiliana por los hombros y la sacudió con violencia. Rin sintió un escalofrío helado cuando fue consciente, por primera vez, de que no estaba a salvo en ese lugar, de que su integridad física corría peligro. No tenía ni idea de lo que Jiang podía llegar a hacerle.

Su maestro se acercó más a ella. No llevaba ningún arma, pero la joven sabía que no la necesitaba.

—Todos sois escoria —le dijo Jiang con desprecio—. Y yo debería haber hecho lo que él quería.

Rin intentó invocar el fuego.

—¡Detente, Ziya!

Daji entró a toda prisa en la tienda. Rin dio un respingo y el corazón le latió aliviado. Jiang se giró hacia la Víbora con esa horrible mueca aún en el rostro. Por un momento, Rin creyó que atacaría a Daji, pero esta lo agarró del brazo antes de que pudiera moverse y le clavó una aguja en la vena. El Guardián se quedó inmóvil, balanceándose sobre sus pies. Su expresión pasó a ser plácida y, entonces, cayó de rodillas.

—Tú —dijo Jiang con voz pastosa—. Serás zorra. Todo esto es culpa tuya.

—A dormir —le dijo Daji—. Duérmete.

Él dijo algo más, pero arrastraba las palabras y no tenía sentido. Rebuscó con un brazo por el suelo (a Rin le pareció que estaba intentando agarrar la aguja e iniciar una pelea), pero entonces cayó hacia delante y se derrumbó.

—Fuera de aquí. —Daji sacó a empellones a Rin de la tienda hacia el aire frío de la noche. La joven se tambaleó, demasiado aturdida como para protestar. Una vez que se hubieron acercado a un saliente helado, donde nadie del campamento principal podía escucharlas, la emperatriz hizo que se girara y la sacudió por los hombros como si fuera una niña desobediente—. ¿En qué estabas pensando? ¿Es que te has vuelto loca?

—¿Qué ha sido eso? —chilló Rin. Se estaba secando las mejillas con desesperación. Las lágrimas no dejaban de caerle por el rostro, pero no podía detenerlas—. ¿Qué es él?

Daji meneó la cabeza y se llevó una mano contra el pecho. Rin tardó un momento en darse cuenta de que no era una simple pose. Algo iba mal.

—Una llama —susurró Daji con urgencia. Los labios se le habían puesto de un sorprendente tono violeta oscuro—. Por *favor*.

Rin prendió el fuego sobre su palma y lo sostuvo entre ambas.

—Aquí tienes.

Daji se inclinó sobre el calor. Se quedó en esa postura durante bastante rato, con los ojos cerrados y estirando los dedos sobre el fuego. Poco a poco, el color volvió a su rostro.

—Sabes bien qué ha sido eso —dijo al fin la Víbora—. Está recuperando su mente.

—Pero… —Rin tragó saliva e intentó ordenar todas esas preguntas que aparecían en su mente, buscarles algún sentido—. Pero ese no es él. Él no es así. Sin duda, nunca ha sido así…

—Tú no conocías al verdadero Jiang. Tú conocías a la sombra de un hombre. Sabías que era una falsificación, una imitación. Ese no es Jiang, nunca lo fue.

—¿Y lo de ahora sí lo era? —chilló Rin—. ¡Iba a matarme!

—Se está adaptando. —Daji no respondió a su pregunta—. Solo está… confundido. Eso es todo…

—¿Confundido? ¿Es que no lo has oído? Tiene miedo. Le aterra lo que le está sucediendo, y no quiere convertirse en esa persona porque sabe algo… Algo que tú no me estás contando. No podemos hacerle esto. —A Rin le tembló la voz—. Tenemos que dar media vuelta.

—No. —Daji negó con la cabeza con violencia. Su mirada brillaba como la luz de la luna, con su cabello despeinado y su gesto voraz y desesperado, lo que la hacía parecer igual de demente que Jiang—. No hay marcha atrás. Llevo mucho tiempo aguardando esto.

—Me importa una mierda qué es lo que quieras.

—No lo entiendes. He tenido que verlo así todos estos años, tuve que encerrarlo en Sinegard, siendo muy consciente de que había sido yo quien lo había transformado en un idiota indeciso. —A la Víbora le tembló la voz—. Le arrebaté su mente. Ahora tiene la oportunidad de recuperarla. Y no puedo quitarle eso también. Ni siquiera aunque sea más feliz en su estado actual.

—Pero no puedes hacer eso —le dijo Rin—. Está muy asustado.

—No importa lo que Jiang piense. Este Jiang no es real. El verdadero Jiang tiene que

regresar. —Daji parecía estar al borde de las lágrimas—. Necesito que regrese.

Entonces, Rin vio las lágrimas que refulgían sobre las mejillas de Daji. La Víbora, la antigua emperatriz de Nikan, estaba llorando. La puñetera Víbora estaba llorando.

La esperiliana se sentía demasiado disgustada como para compadecerse de ella. No. No, Daji no podía hacer eso, no tenía el derecho de plantarse delante de ella y lloriquear como si no tuviera ninguna culpa del terrible colapso mental que acababan de presenciar, sobre todo cuando ella era la única culpable de que Jiang estuviera roto.

—Entonces no deberías haberlo sellado —le dijo Rin.

—¿Crees que no sentí lo que hice? —La Víbora tenía los ojos rojos—. Estamos vinculados. Sabes bien cómo funciona eso. Sentía su confusión. Sentía lo perdido que estaba. Sentía cómo avanzaba a tientas por el interior de su mente en busca de algo que no sabía que había perdido, y lo sentía profundamente porque yo sí que sé que es eso a lo que él no tiene acceso.

—Entonces, ¿por qué tuviste que hacerlo? —le preguntó Rin decepcionada.

¿Qué podía ser tan terrible, tan desgarradoramente terrible como para que Daji arriesgara su propia vida y fracturara el alma de Jiang para detenerlo?

«Se enfrentaron», le había dicho Daji una vez.

¿Sobre qué habían discutido?

La emperatriz movió la cabeza en señal de negación. Le tembló el pálido cuello.

—No me preguntes eso.

—Tengo derecho a saberlo.

—No tienes derecho a nada —le dijo la Víbora con frialdad—. Discutieron. Yo los detuve. Y eso es todo lo que…

—Y una mierda. —Rin elevó la voz y su llama se intensificó, acercándose peligrosa y amenazadoramente a la piel de Daji—. Hay algo más. Hay algo que no me estás contando. Merezco saberlo…

—Runin.

Los ojos de Daji refulgieron con un tono amarillo serpiente. Las extremidades de Rin se quedaron de repente clavadas en el lugar. No podía apartar la vista del rostro de la Víbora. Enseguida comprendió que la estaba retando…, que era una batalla de voluntades divinas.

«¿Te atreves?».

En el pasado, Rin habría luchado. Podría haber obligado a Daji a que se sometiera. Ya lo había hecho antes. Pero estaba agotada, al límite tras haber pasado un día tras otro invocando al Fénix a través de la mente dolorida de Kitay. No podía aunar la rabia suficiente después de lo que había visto. Se sentía como un fino fragmento de escarcha, a un solo toque de acabar partiéndose.

Rin volvió a concentrar la llama en su mano.

Las pupilas de Daji regresaron a su habitual y encantador tono negro. La esperiliana se hundió sobre sí misma al liberarse del agarre de la Víbora.

—Si yo fuera tú, dejaría de preocuparme. —Daji había dejado de llorar. El enrojecimiento alrededor de sus ojos había desaparecido. También lo había hecho ese toque frágil en su voz, que había sido sustituido por una confianza fría y distante—. Los episodios de Jiang empeorarán. Pero no morirá. No puede morir… Créeme. Pero, cuanto más intentes hurgar en su mente, cuanto más intentes sacar de ahí lo que creas que has perdido, más te torturarás a ti misma. Deja marchar al hombre al que conociste. Nunca vas a recuperarlo.

Volvieron juntas a la tienda de Jiang. Rin se sentó cerca de donde se hallaba tendido su maestro, y lo contempló con el corazón encogido por la lástima. Jiang parecía desdichado, incluso mientras dormía sin sueños y con la ayuda de la morfina. Sus facciones formaban un gesto de preocupación, y agarraba las mantas entre sus dedos como si estuviera aferrándose al borde de un precipicio.

La joven fue consciente de que esa no sería la última vez que lo vería sufrir así. Iba a empeorar cada vez más a medida que fuesen acercándose a la montaña. Se iría deteriorando hasta que al fin estallara y saliera un vencedor entre las dos personalidades que luchaban en el interior de su mente.

¿Podía Rin hacerle eso?

Habría sido más fácil si el Jiang que contaba con el Sello hubiera sido realmente un derivado, si hubiera sido una pálida sombra de otra personalidad genuina. Pero el Jiang al que ella había conocido en Sinegard era un ser humano completo, alguien con sus anhelos, sus recuerdos y sus deseos. A ese Jiang le atemorizaba la persona que había sido en el pasado, la persona en la que iba a convertirse ahora. Había encontrado un refugio en su mente fragmentada. ¿Cómo iba Rin a arrebatarle eso?

Intentó imaginarse cómo se habría sentido Jiang con ese Sello todos los años que había vivido en Sinegard. ¿Y si a ella le bloqueasen no solo el acceso al Panteón, sino también a sus recuerdos? ¿Y si a ella la hubieran mantenido cautiva detrás de un muro en su propia mente, chillando con una silenciosa angustia mientras una idiota torpe tomaba el control de sus extremidades y su lengua?

Si Rin hubiera sido él, no le cabía duda de que querría ser libre.

Pero ¿y si alguien pudiera borrar los recuerdos de lo que había hecho?

Así se acabarían la culpa, las pesadillas. No tendría compartimentos en su memoria que fueran como heridas abiertas que dolían al tocarlas. No oiría gritos cuando intentara dormir. No vería cuerpos en llamas cada vez que cerrara los ojos.

Tal vez ese fuera el refugio de un cobarde. Pero ella también lo quería.

A la mañana siguiente, Jiang había recobrado cierto nivel de lucidez. Dormir, aunque lo hubieran forzado a ello, le había ayudado. Las sombras habían desaparecido de debajo de sus ojos y su rostro había perdido ese rictus de pavor, volviendo a adquirir una expresión de plácida calma.

—Hola, maestro —le dijo Rin cuando despertó—. ¿Cómo se encuentra?

Jiang bostezó.

—Me temo que no sé a qué te refieres.

Rin decidió jugársela.

—Ha pasado una mala noche.

—¿Ah, sí?

Su divertida indiferencia era algo que la irritaba.

—Me llamó Altan.

—¿De verdad? —Su maestro se rascó la nuca—. Perdona, eso fue de muy mala educación. Sé que solías ir detrás de él como un perrito faldero.

Rin intentó ignorar ese comentario. «Cierra el pico», le dijo la vocecilla en su mente. «Deja de

hablar y lárgate». Pero la esperiliana no había terminado de hablar. Quería presionar a su maestro, averiguar cuánto recordaba.

—Y también me pidió que lo matara.

La joven no sabía si la risa de Jiang era nerviosa o si siempre se había reído así, con un tono agudo, inquietante y ridículo.

—Por los dioses, Runin. —Extendió una mano para darle una palmadita en la espalda—. Estoy seguro de que te he enseñado a no preocuparte por nimiedades.

El consejo de Jiang había sido frívolo, pero, a medida que la altitud aumentaba y el aire se enrarecía, Rin perdió la energía mental para pensar en nada que no fuesen las exigencias diarias que suponía la marcha. Sus llamas apenas conseguían que los senderos de montaña fueran tolerables. El hielo lo volvía a cubrir todo en cuanto ella lo derretía. Por la noche, cuando las temperaturas bajaban peligrosamente, los soldados comenzaban a dormir en turnos de una única hora para evitar que nadie sucumbiese a esa oscuridad tan atrayente que tanto los entumecía.

Al menos el mayor de sus problemas era el entorno, y no la República. Los primeros días de travesía, Rin había mantenido la mirada fija en el cielo gris pálido, esperando que unas formas oscuras se materializasen entre las nubes en cualquier momento. Pero la flota no llegó nunca. Kitay había soltado un montón de teorías sobre el motivo por el que no les estaban dando caza: que a los hesperianos les quedaba poco combustible, que la neblina del terreno montañoso hacía que volar a ciegas fuese peligroso, o que la flota había recibido tantos daños en el Yunque que los hesperianos no aprobarían enviar el resto de las naves detrás de un enemigo que podía invocar sombras de la nada.

—Han visto lo que podemos hacer —les dijo el joven a los oficiales. Era obvio que con su tono intentaba transmitir una seguridad que no sentía—. Saben que seguirnos sería un suicidio. Tal vez estén rastreando nuestra localización, pero no se arriesgarán a atacarnos.

Rin esperaba, por los dioses, que tuviera razón.

Pasó otra semana más y en los cielos siguió sin aparecer nada, pero eso no consiguió ni de lejos que se sintiese más tranquila. ¿Y si Nezha había decidido dejarlos vivir un día más? Tal vez no cambiase de opinión mañana. Tal vez acabara cediendo a presiones internas para lograr una victoria rápida. Podía resultar difícil enfrentarse a ellos en cierto terreno. Quizás hubiera decidido que seguirlos por las montañas no merecía la pena, que gastar combustible y recursos era un precio demasiado alto para justificar la búsqueda de cualquier foco de chamanismo que pudiera encontrar.

Rin era muy consciente de que, con cada paso que daba, se acercaba más a la amenaza de una exterminación inmediata. La República era capaz de causar una masacre en cuestión de segundos. Podían ponerle fin a todo eso en cualquier momento. Pero lo único que la esperiliana podía hacer era seguir adelante y tener la esperanza de que, para cuando Nezha se diese cuenta de que debería haberla matado hacía mucho tiempo, ya fuese demasiado tarde.

19

El viaje en aeronave hasta la Chuluu Korikh había hecho creer a Rin que el mundo era muy pequeño. Pero su caminata a través de la cordillera de Baolei parecía ser infinita. Las montañas, que antes le habían parecido tan solo unas pequeñas marcas sobre un mapa, ahora daban la sensación de abarcar un territorio mucho más extenso que el propio Imperio. Las agotadoras semanas se convirtieron en extenuantes y monótonos meses. De algún modo, cuando llevaban tanto tiempo caminando que parecía que jamás hubiera habido un momento en el que no hubieran estado escalando, los horrores a los que se enfrentaban a diario se convirtieron en parte de su rutina.

Aprendieron a escalar pasajes complicados y estrechos con cuerdas y cuchillos en lugar de con punzones. Aprendieron a verter agua templada sobre sus genitales después de orinar porque, de lo contrario, las gélidas temperaturas se los habrían congelado. Aprendieron a beberse constantemente el agua de hervir chiles porque era lo único que podía mantenerlos calientes, lo que significaba que se pasaban la mitad de las noches en cuclillas y con diarrea.

Aprendieron lo terrorífica que era la ceguera de la nieve, que hacía que se les enrojecieran y les picaran los ojos y que perdieran la visión durante horas. Aprendieron a concentrarse en los senderos de un gris apagado que había bajo sus pies, en lugar de en la nieve que los rodeaba. A mediodía, cuando el sol brillaba tan intensamente sobre los picos blancos que les causaba dolor de cabeza, se detenían y se sentaban en sus tiendas a la sombra hasta que la claridad hubiera menguado.

Se adaptaron a esas cosas y a muchas más. Habían decidido que, si la mejor tecnología hesperiana no podía matarlos, tampoco lo harían las montañas, así que aprendieron decenas de formas distintas de mantenerse con vida en un terreno diseñado para enterrarlos a todos.

Jiang no se recuperó, pero su condición tampoco pareció empeorar. La mayor parte de los días iba sentado sumisamente en el carro, donde tallaba figuras de animales deformados en un trozo de madera medio congelado con un cuchillo viejo y romo, ya que Rin y Daji no confiaban en él como para darle ningún objeto afilado.

El Guardián siguió divagando. Los demás ignoraban ya sus habituales balbuceos sin sentido.

Cada vez que Rin lo visitaba, su maestro comenzaba con sus diatribas sobre personas o acontecimientos de los que la joven no había oído hablar antes. Se refería a ella sin parar como Altan o Hanelai. Era raro que la llamara por su nombre. Y todavía era más raro que la mirara. La mayor parte de las veces hablaba hacia la nieve, mascullando con una urgencia silenciosa, como si Rin fuera una cronista, presente para registrar con premura esa historia que Jiang comenzaba a olvidar.

Daji seguía guardando silencio cuando Rin le insistía en conocer las circunstancias que la habían llevado a sellar a Jiang. No obstante, como para compensarla, la Víbora accedía a responderle preguntas sobre otros aspectos de su maestro. Cada noche, cuando montaban el campamento, se sentaba junto a Rin y Kitay y les narraba historias que la esperiliana jamás podría haber encontrado en las bibliotecas de Sinegard. Esas conversaciones acababan convirtiéndose en interrogatorios directos. Rin le lanzaba preguntas, una detrás de otra, y la Víbora respondía a todo lo que podía, a menudo con gran detalle, como si parlotear sobre anécdotas sin relevancia fuese a distraer a Rin de las preguntas más importantes.

La joven sabía perfectamente lo que Daji pretendía. Sabía que la estaba engañando para que hiciera algo. Pero Rin aceptó todo lo que la Víbora pudiera ofrecerle. Tener acceso a Daji era como contar con un pergamino abierto que contenía todos los secretos ocultos de la historia de Nikan. Hubiera sido una idiota si no le hubiera seguido el juego.

—¿Por qué Riga se parece tanto a los miembros de la dinastía Yin? —preguntó Rin.

—Porque es uno de ellos —le respondió Daji—. Debería ser obvio. Su padre era Yin Zexu, el hermano menor del jefe militar del Dragón.

—¿El hermano de Vaisra?

—No, el tío de Vaisra. El jefe militar del Dragón por aquel entonces era Yin Vara, el padre de Vaisra.

Conque Nezha era sobrino de Riga. Rin se preguntó si su poder se transmitiría a través de la sangre, cómo la afinidad de los esperilianos con el Fénix. Sin embargo, las relaciones de los Yin con el dragón eran muy distintas. Riga era un verdadero chamán, uno que había accedido al Panteón para obtener un poder que le habían entregado y él había recibido libremente. Nezha era esclavo de algo perverso y corrupto, de una criatura que jamás debería haber existido en el mundo material.

—El jefe militar debería haber sido Zexu —dijo Daji—. Era un líder nato. Decidido, cruel y capacitado. Vara era el mayor, pero también era un crío. Alguien dócil a quien le aterrorizaban las confrontaciones. Siempre acababa postrado ante los hombres a los que temía, se arrodillaba porque tenía miedo de que acabaran con él. Tras unos años de ocupación, los hesperianos decidieron que querían transportar cargamentos de opio mugenés hacia el puerto de los Acantilados Rojos. Vara accedió y envió a su hermano pequeño para que guiase los barcos de cargamento hesperianos a través del canal. En lugar de hacer eso, Zexu llenó el puerto de explosivos y hundió a la flota mugenesa.

—Me cae bien ese Zexu —declaró Rin.

—Cuando oí su nombre por primera vez, ya estaba muerto —prosiguió Daji—, pero Riga me habló mucho de él. Siempre había admirado a su padre. Era muy impetuoso e impulsivo. No toleraba que lo insultasen. Te habrías llevado de maravilla con él, si no os hubierais matado antes el uno al otro.

—Supongo que los hesperianos lo ejecutaron —dijo Rin.

—Eso les habría gustado —respondió la Víbora—. Pero aún no había comenzado la guerra abierta, y no querían provocarla al asesinar a un miembro de una de las dinastías más importantes. Vara envió a Zexu al exilio, a la zona ocupada en el norte de la Provincia del Caballo. Mandó lejos a toda su familia y lo eliminó de los registros de su árbol genealógico. Por ese motivo nunca encontrarás ningún retrato de él en el palacio de Arlong. Para cuando nos conocimos, Riga era huérfano. Los mugeneses habían utilizado a su padre en un campo de trabajos forzados hasta acabar matándolo, y solo los dioses saben qué fue lo que le sucedió a su pobre madre. Cuando vi a Riga por primera vez, era una cosilla patética, todo piel y huesos. Sobrevivía a duras penas robando comida de la basura.

—Conque os conocisteis siendo niños —dijo Kitay.

—Todos nos criamos en el norte ocupado. Jiang y yo podríamos ser nativos. O hijos de refugiados. —Daji se encogió de hombros—. Me resulta imposible recordarlo. Todos perdimos a nuestros padres a una edad muy temprana, antes de que pudieran decirnos de qué provincias procedíamos. Tal vez por eso nos inclinábamos tanto a la unificación. Éramos de ninguna parte, así que queríamos gobernar sobre todo el territorio.

Era extraño imaginarse a los miembros de la Tríada como niños pequeños. En la mente de Rin habían aparecido en el mundo siendo ya poderosos y celestiales. No se había parado a considerar que había existido una época en la que eran simples mortales, igual que lo había sido ella. Jóvenes. Aterrados. Débiles.

Habían crecido durante el periodo más sombrío de la historia nikara. Rin había vivido en una época de relativa paz, antes de que estallase la Tercera Guerra, pero la Tríada había nacido en la más absoluta miseria. Se habían criado sin conocer nada más que opresión, humillación y sufrimiento.

No era de extrañar que hubieran cometido las atrocidades que habían cometido. No era de extrañar que hubieran considerado que todo eso estaba perfectamente justificado.

—¿Cómo salisteis de allí? —le preguntó Rin.

—A los mugeneses les importaban los soldados adultos, no los niños. Nadie se fijaba en nosotros. De hecho, lo más duro fue hacerme pasar por una de las damas del burdel. —Una emoción irreconocible atravesó el rostro de Daji, un espasmo en su labio y un temblor en la ceja, que desaparecieron enseguida—. No sabíamos a dónde nos dirigíamos, solo que queríamos salir de allí. Una vez que cruzamos la frontera, estuvimos vagando durante días por la estepa, a punto de morir de hambre antes de que nos encontraran los ketreyides. Nos acogieron. Nos entrenaron.

—Y luego los matasteis —dijo Rin.

—Sí. —Daji soltó un suspiro—. Eso fue desafortunado.

—Siguen odiándoos por eso —comentó la esperiliana solo para ver cómo reaccionaría la Víbora—. Os quieren muertos. Lo sabes, ¿verdad? Solo están intentando averiguar el modo de conseguirlo.

—Que nos odien si quieren. —Daji se encogió de hombros—. Por aquel entonces, toda nuestra estrategia se basaba en aplastar a la disidencia. Viniera de donde viniese. En tiempos como ese, no podías dejar pasar las amenazas. Lamento la muerte de Tseveri. Sé que Jiang la amaba. Pero no me arrepiento de nada.

Resultaba que Daji había hecho una serie de cosas terribles de las que se arrepentía. Rin le

pidió detalles de todas ellas. Hizo que hablara de las mentiras que había contado, de los rivales a los que había matado, de los inocentes a los que había sacrificado por una estrategia calculada y sangrienta. Durante esas charlas, que se extendieron durante días y luego semanas, Daji les pintó una imagen de una Tríada que era mucho más cruel y competente de lo que Rin había imaginado.

Pero no era suficiente. Daji se limitaba a contar las historias entretenidas, los detalles nimios. Nunca hablaba sobre el día en el que había sellado a sus anclas. Y, a no ser que le sacaran el tema, nunca hablaba de Riga. Respondía a cualquiera de las preguntas de Rin sobre el pasado del Emperador Dragón, pero nunca daba la más mínima o vaga pista sobre sus habilidades o su personalidad.

—¿Cómo era él? —le preguntó la joven.

—Glorioso. Hermoso.

Rin emitió un sonido de exasperación.

—Estás describiendo un cuadro, no a un hombre.

—No hay otro modo de describirlo. Era magnífico. Todo lo que podías pedirle a un líder y mucho más.

A Rin aquello le resultaba profundamente insatisfactorio, pero sabía que si seguía por ese camino, solo obtendría las mismas respuestas.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste inconsciente?

—Sabes bien por qué.

Rin intentó pillarla desprevenida.

—Vale, ¿y por qué le tienes miedo?

La voz de Daji transmitió una calma cautelosa y helada.

—No le tengo miedo.

—Y una mierda. Los dos se lo tenéis.

—No le…

—Al menos, Jiang se lo tiene. Grita el nombre de Riga mientras duerme. Se encoge cada vez que lo menciono. Y parece convencido de que lo estamos arrastrando montaña arriba para morir. ¿Por qué?

—Amábamos a Riga —dijo Daji, impasible—. Y si alguna vez le tuvimos miedo, fue porque era grandioso, y los grandes líderes siempre infunden temor en los corazones de los débiles.

Frustrada, Rin volvió a cambiar de tema.

—¿Quién es Hanelai?

Por primera vez, Daji pareció sobresaltada.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Responde a la pregunta.

La Víbora arqueó una ceja sin soltar prenda.

—Tú primero.

—La Sorqan Sira dijo una vez que me parecía a ella. ¿La conocías?

Algo cambió en el gesto de Daji. Rin no sabía cómo interpretarlo. ¿Era un gesto divertido? ¿De alivio? Parecía sentirse menos amenazada que hacía tan solo un momento, pero la joven no sabía bien qué había cambiado.

—Hanelai no es relevante. Está muerta.

—¿Quién era? —insistió Rin—. ¿Una esperiliana? ¿La conocías?

—Sí —respondió la Víbora—. La conocía. Y sí, era una esperiliana. De hecho, era una general. Luchó a nuestro lado en la Segunda Guerra de la Amapola. Era una mujer formidable. Muy valiente, y muy estúpida.

—¿Estúpida? ¿Por qué…?

—Porque desafió a Riga. —Daji se levantó, y así dejó claro que había terminado de hablar—. Si eras listo, sabías que no debías desafiar a Riga.

La conversación concluyó allí. Rin intentó volver a sacar el tema en numerosas ocasiones, pero Daji se negaba a revelarle nada más. Nunca decía nada sobre lo que Riga podía hacer exactamente. Nunca decía nada sobre lo que Riga le había hecho a Jiang, sobre la noche en la que el Guardián había perdido la cabeza o sobre cómo alguien que supuestamente eran tan grandioso y poderoso no se había enterado del ataque que iba a producirse en Speer. Esas lagunas le bastaban a Rin para concebir algunas teorías imprecisas, aunque detestaba la conclusión a la que la llevaban.

No quería que nada de eso fuese cierto. Todo lo que aquello implicaba era demasiado doloroso.

Sabía que Daji estaba mintiéndole sobre algo, pero una parte de ella no quería saber sobre qué. Quería seguir avanzando dejando de lado la incredulidad, seguir dando por sentado que esa guerra llegaría a su fin una vez que despertaran al Emperador Dragón. Pero el pasado no dejaba de atormentarle la mente, como una lengua hurgando en una llaga abierta, y la agonía de no saber, de seguir avanzando a tientas, era demasiado como para que pudiera soportarlo.

Al final, Rin decidió intentar obtener las respuestas de Jiang.

Eso sería complicado. Para ello tendría que estar a solas con él, y Daji estaba constantemente junto a su maestro, día y noche. Dormían, caminaban y comían juntos. Cuando montaban el campamento, a menudo se sentaban con las cabezas pegadas, murmurando cosas que Rin solo podía intentar aventurar. Cada vez que esta intentaba hablar con Jiang, Daji estaba presente, revoloteando alrededor para poder oír qué decían.

Tenía que incapacitar a la emperatriz, aunque fuera durante un par de horas.

—¿Puedes conseguirme láudano? —le pidió a Kitay—. ¿De forma discreta?

Su amigo le dedicó una mirada preocupada.

—¿Para qué?

—No es para mí —se apresuró a aclarar Rin—. Es para la Víbora.

Un destello de comprensión se reflejó en el rostro del chico.

—Estás jugando a algo muy peligroso.

—Me da igual —respondió la joven—. Necesito saberlo.

Resultó sorprendentemente sencillo drogar a Daji. Tal vez hubiese estado tan atenta como un halcón, pero las exigencias de la marcha la habían agotado igual que al resto. También necesitaba dormir. Rin solo tuvo que colarse en la tienda de la Víbora y taparle la boca con una toalla empapada en láudano durante medio minuto hasta que el rostro se le quedó completamente desencajado. La esperiliana chasqueó los dedos varias veces cerca de los oídos de Daji para comprobar que estaba del todo inconsciente. La Víbora no se inmutó.

Entonces, Rin sacudió a Jiang para despertarlo.

Su maestro se encontraba sumido en otra de sus pesadillas. El sudor le resbalaba por las sienes mientras se retorcía en sueños y murmuraba invocaciones sin sentido que sonaban como una mezcla de mugenés y ketreyide.

Rin le pellizcó el brazo y luego le tapó la boca con la mano. El Guardián abrió los ojos de golpe.

—No grite —le dijo la joven—. Solo quiero hablar. Asienta con la cabeza si me entiende.

Por suerte, el miedo desapareció del rostro del hombre. Para gran alivio de Rin, Jiang asintió.

El Guardián se sentó, paseó su mirada por la tienda y la fijó en la forma inerte de Daji. Jiang curvó los labios hacia arriba, divertido, como si supiera exactamente lo que Rin había hecho.

—No está muerta, ¿verdad?

—Solo duerme. —Rin se puso en pie y señaló hacia la puerta—. Vamos. Fuera.

Él la siguió obedientemente. Una vez que estuvieron cerca del precipicio, donde los vientos huracanados silenciaban todo lo que decían de oídos indiscretos, la joven se giró hacia Jiang y le preguntó:

—¿Quién es Hanelai?

A su maestro se le desencajó la cara.

—¿Quién es Hanelai? —repitió Rin con fiereza.

Por experiencia, la joven sabía que tal vez su maestro solo tuviera uno o dos minutos de lucidez, así que necesitaba aprovechar ese corto periodo de tiempo. Se había pasado todo el día con Kitay intentando decidir qué preguntarle primero. Era como explorar un nuevo territorio en la más absoluta oscuridad. Había demasiadas cosas que desconocían.

Al final, se habían decantado por preguntarle por Hanelai. Ese nombre, aparte del de Altan, era el que usaba Jiang para referirse a Rin con frecuencia cuando olvidaba quién era ella. Pronunciaba ese nombre constantemente, ya fuera durante sus sueños o durante sus intermitentes alucinaciones diarias. Sin duda, debía de tratarse de una persona claramente asociada al dolor, al miedo y al horror. Hanelai era el vínculo entre la Tríada y los esperilianos. Fuera lo que fuese lo que Jiang les estaba ocultando, Hanelai era la clave de todo.

Sus sospechas resultaron ser acertadas. Jiang se estremeció al oír el nombre.

—No hagas esto —le pidió a la joven.

—¿Que no haga el qué?

—Por favor, no me hagas recordar. —Tenía la mirada de un niño, cargada de miedo.

«No es ningún inocente», recordó Rin. Era un monstruo, igual que Daji y ella. Había masacrado a la hija de la Sorqan Sira y a la mitad del clan de los ketreyides, y todo con una sonrisa en la cara, pese a que ahora fingiera no recordarlo.

—No puede olvidarlo —le dijo la joven—. Sea lo que sea lo que hiciera, no tiene derecho a olvidarlo. Háble me de Hanelai.

—No lo entiendes. —Jiang meneó la cabeza con frenesí—. Cuanto más me presiones, más saldrá él a la palestra, el otro…

—Da igual lo que hagamos, él acabará regresando —estalló Rin—. Usted es tan solo una fachada. Es una ilusión que ha creado porque le asusta demasiado enfrentarse a lo que hizo. Pero no puede seguir escondiéndose, maestro. Si le queda una pizca de valor en su interior, entonces me lo contará. Me lo debe. Se lo debe a ella.

Rin soltó esas últimas palabras con tanto ímpetu que hizo que Jiang diese un respingo.

La joven había estado dando palos de ciego, lanzando frases para ver cómo reaccionaba. No sabía lo que Hanelai había significado para Jiang. No sabía cómo iba a reaccionar su maestro. Pero, para su sorpresa, eso pareció funcionar. Jiang no intentó huir. No se cerró en banda como solía hacer a menudo en el pasado, cuando la mirada se le volvía vidriosa y se encerraba en su propia mente. Se quedó contemplándola durante bastante rato, sin aspecto de estar asustado ni confundido, simplemente pensativo.

Por primera vez en mucho tiempo, se pareció al hombre al que Rin había conocido en Sinegard.

—Hanelai. —El Guardián pronunció el nombre despacio, convirtiendo cada sílaba en un suspiro—. Ella fue mi error.

—¿Qué sucedió? —le preguntó Rin—. ¿La asesinó?

—No… —Jiang tragó saliva. Las siguientes palabras las soltó deprisa y en voz baja, como si estuviera escupiendo un veneno que tuviera almacenado bajo la lengua—: No quería… No fue cosa mía. Riga lo decidió sin mí, y Daji no me lo contó hasta que ya fue demasiado tarde. Pero intenté ponerla sobre aviso…

—Espere —lo interrumpió Rin, abrumada—. ¿De qué tenía que avisarla?

—Debería haber detenido a Hanelai. —El Guardián seguía hablando como si no la hubiera oído. Aquello había dejado de ser una conversación. Ya no se dirigía a la joven, sino que hablaba consigo mismo, dejando salir un torrente de palabras, como si temiera no volver a tener la oportunidad de hacerlo si no las soltaba ahora—. Hanelai no debería habérselo dicho a él. Buscaba ayuda, pero nunca iba a obtenerla de esa forma, y yo lo sabía. Debería haberse marchado. Si no hubiese sido por los niños…

—¿Niños? —repitió Rin. «¿Qué niños?». ¿De qué estaba hablando Jiang? Esa historia había pasado a ser mucho más compleja y aterradora. La joven comenzó a devanarse los sesos, intentando concebir una narrativa que le diese sentido a todo aquello, pero la conclusión a la que llegaba la horrorizaba—. ¿Niños como Altan? ¿Como yo?

—¿Altan? —Jiang parpadeó—. No, no… Pobre chico, él nunca logró salir…

—¿Salir de dónde? —Rin agarró a su maestro del cuello de la túnica como si intentara atrapar la verdad antes de que se escabullera—. Jiang, ¿quién soy yo?

Pero el momento ya había pasado. El Guardián bajó la mirada hacia ella, con esos ojos claros vacíos. El hombre que tenía las respuestas se había marchado.

—¡Joder! —gritó Rin. Unas chispas salieron disparadas desde su puño y chamuscaron la parte delantera de la túnica de Jiang.

El hombre se encogió.

—Lo siento —dijo él con un hilo de voz—. No puedo… No me hagas daño.

—Me cago en todo. —Rin no podía soportar verlo así de acobardado, un hombre adulto que se comportaba como un niño. Era tal el bochorno que le entraban ganas de vomitar.

La joven lo agarró del brazo y lo arrastró de vuelta a su tienda. El Guardián obedeció sus instrucciones sin decir ni una palabra, acomodándose dócilmente bajo su manta sin mirar ni una sola vez a la forma inerte de Daji.

Antes de que Rin se marchase, lo obligó a beberse una taza de té de láudano. Su maestro dormiría plácidamente y sin sueños. Y al día siguiente, si Jiang intentaba contarle a alguien lo que

había sucedido, la esperiliana podría fingir sin problema que lo que dijera su maestro era solo parte de sus habituales balbuceos sin sentido.

—¿Eso es todo lo que ha dicho? —Kitay repitió esa misma pregunta lo que parecieron cien veces —. ¿«Si no hubiese sido por los niños»?

—Es lo único que conseguí sonsacarle. —Rin arrastraba con dificultad un pie delante del otro y se impulsaba pendiente arriba. Solo llevaban caminando una hora desde el amanecer, pero se sentía tan cansada que no sabía cómo iba a aguantar todo el día. No había podido pegar ojo, y mucho menos con las palabras de Jiang resonando sin parar en su cabeza. No habían adquirido más sentido ahora que cuando las había oído por primera vez. Sus miles de preguntas sin respuesta se habían multiplicado por otras mil—. No dijo de quién eran los niños ni de dónde eran…

—A ver, debe de tratarse de niños esperilianos —dijo Kitay—. ¿No? Si guardan relación con Hanelai, no puede ser otra cosa. Su amigo ya había dicho eso antes. Llevaban toda la mañana dando vueltas en círculo alrededor del mismo tema, pero esa era la única conclusión a la que habían llegado y que podían deducir con cierta seguridad. Jiang les había hecho algo a Hanelai y a los niños esperilianos, y por eso la culpa seguía reconcomiéndolo.

Pero ¿qué importaba eso?

—Es inútil —declaró Kitay tras un silencio—. Hay demasiadas incógnitas. No podemos conocer una historia solo a través de conjeturas. No tenemos ni una sola pista de lo que sucedió hace veinte años.

—A no ser que volvamos a intentarlo —le dijo Rin.

El joven la miró de soslayo.

—¿Piensas repetirlo?

—Rin. —Antes de que ella pudiese responder, Venka se abrió camino hacia el frente de la columna, con el rostro enrojecido por completo. Eso era raro. Normalmente, Venka ocupaba un puesto al final de la columna para supervisar así la retaguardia y mantener vigilados a los rezagados y desertores—. Hay un problema.

Rin les indicó a las tropas que se detuviesen.

—¿Qué ha pasado?

—Son dos chicas. —Venka había adoptado una extraña expresión facial—. Los soldados… Es decir, están…

—¿Alguno les ha puesto la mano encima? —preguntó Rin con brusquedad. Había dejado muy clara cuál era su política sobre las agresiones sexuales. La primera vez que habían pillado a dos soldados acorralando a una joven que se encontraba sola a medianoche, Venka y ella los habían castrado y los habían dejado desangrándose tirados en el suelo con los miembros viriles en la boca. Desde entonces, esa escena no se había repetido.

—No se trata de eso —se apresuró a aclarar Venka—. Pero se han aliado para ir contra ellas. Quieren que reciban un castigo.

Rin arrugó el ceño.

—¿Por qué?

La otra joven parecía increíblemente incómoda.

—Por profanar los cadáveres.

Rin siguió a Venka con premura hasta el final de la columna.

Al llegar allí, lo primero que vio a través de la multitud congregada fue un cadáver. Reconoció el rostro de uno de los antiguos oficiales del jefe militar del Mono. Su cuerpo yacía sobre la nieve, con los brazos y las piernas tan abiertos como si lo hubieran estado preparando para diseccionarlo. Parecía que un oso le hubiera dado dos grandes bocados en el torso, uno en el pecho y otro cerca del estómago.

Entonces, Rin divisó a las chicas, ambas arrodilladas con las manos atadas a la espalda. Las tenían ensangrentadas. Igual que la boca y la barbilla.

A la esperiliana se le retorció el estómago al percatarse de lo que había sucedido.

—Deberían arder —gruñó un soldado, otro de los hombres de Gurubai. Se hallaba cernido sobre la chica más alta, con una mano sobre su espada, como si estuviera listo para decapitarla allí mismo.

—¿Lo han matado ellas? —preguntó Rin enseguida.

—Ya estaba muerto. —La chica más alta levantó la cabeza y los ojos le brillaron en señal de desafío—. Ya estaba muerto. Estaba enfermo. Nosotras no…

—Calla, pequeña zorra. —El soldado le asestó una patada en la parte baja de la espalda. La chica cerró la boca de golpe y abrió mucho los ojos a causa del dolor, pero no gimoteó.

—Desatadlas —ordenó la esperiliana.

Los soldados no se movieron.

—¿Qué es esto? ¿Un juicio? —Rin elevó la voz para intentar dotarla de la misma seguridad que tan fácilmente había logrado transmitir en la caverna—. La encargada de impartir justicia soy yo, no vosotros. Desatadlas y dejadlas en paz.

Los hombres la obedecieron a regañadientes y luego se dispersaron a lo largo de la columna. Rin se arrodilló delante de las chicas. Al principio no las había reconocido, pero ahora se daba cuenta de que eran las mismas a las que había reclutado en la Colmena: la joven esquelética, pálida y bonita, y su tímida hermana, llena de pecas. Sus rostros estaban demacrados y marchitos, pero Rin reconoció esas miradas duras y desafiantes.

—¿Pipaji? —Al fin logró recordar sus nombres—. ¿Jiuto?

Las chicas no dieron ninguna señal de haberla oído. Pipaji frotó los brazos de Jiuto e intentó calmar los gimoteos de su hermana con susurros apagados.

—Os lo habéis comido —dijo Rin, porque no estaba segura de qué otra cosa decir. La situación era demasiado extraña, demasiado inesperada. No sabía qué se suponía que debía hacer a continuación.

—Ya he dicho que estaba muerto de antes. —Si Pipaji estaba asustada, se le daba excelentemente bien ocultarlo—. Cuando lo encontramos, ya no respiraba.

A su lado, Jiuto comenzó a chuparse la punta de los dedos.

Rin se quedó contemplándolas, estupefacta.

—No podéis hacer eso. Eso no… Es decir, es una profanación. Es asqueroso.

—Es comida. —Pipaji le dedicó una mirada de hastío, una de esas miradas cadavéricas e indiferentes que solo podía provocar el hambre. «Adelante», parecía que le decía con los ojos. «Mátame. Ni siquiera lo sentiré».

La esperiliana se percató entonces de que el cadáver no había sido profanado de un modo tan

brutal como lo había parecido en un principio. La nieve manchada de sangre daba la sensación de que era peor. Las chicas solo habían hecho dos incisiones limpias. Una sobre el corazón y otra por encima del hígado. Habían ido directamente a por los órganos que podían proporcionarles mayor sustento, lo que significaba que ya habían sacado carne de un cadáver en el pasado. A esas alturas ya tenían bastante experiencia. Esa solo era la primera vez que las habían pillado.

Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer Rin al respecto? ¿Obligarlas a morirse de hambre? No podía decirles que se limitasen a subsistir a base de las raciones. No había suficiente comida. Por motivos evidentes, Rin sí que contaba con bastantes raciones para ella. Era la general, era la esperiliana, la única persona en ese ejército que no podía pasar hambre. Sin embargo, Pipaji y Jiuto no eran personas de importancia, ni siquiera eran soldados con formación. Eran prescindibles.

¿Podía castigar a esas chicas solo por querer sobrevivir?

—Sacad de él todo lo que queráis y metedlo en una bolsa —dijo al fin. Apenas podía creer las palabras que estaban saliendo por su boca, pero, en cuestión de un instante, le pareció que aquello era lo único apropiado que podía decir—. Envolvedlo con hojas para que la sangre no gotee. Comed solo cuando nadie os vea. Si vuelven a pillaros, os harán pedazos, y yo no podré ayudaros. ¿Lo habéis entendido?

Pipaji se pasó la lengua por la comisura del labio inferior para lamerse la sangre.

—¿Lo habéis entendido? —repitió Rin

—Lo que tú digas —masculló Pipaji. Le dedicó a Jiuto un asentimiento de cabeza. Sin mediar palabra, las dos se arrodillaron junto al cuerpo y retomaron la tarea de extraer con destreza los órganos del interior del cadáver.

Pipaji y Jiuto no fueron las únicas que recurrieron a comer carne humana. Solo fueron las primeras. Cuanto más se alargaba la marcha, más evidente era que las provisiones de comida no iban a durar. El ejército subsistía a base de una ración de pescado salado deshidratado y una taza de gachas de arroz al día. Recolectaban comida lo mejor que podían (algunos de los soldados incluso habían comenzado a ingerir corteza de árbol para sofocar las punzadas de hambre). Sin embargo, a esa altitud la vegetación era escasa y no había fauna a la vista.

Por eso a Rin no le sorprendió oír rumores sobre cadáveres (normalmente víctimas de la congelación o del hambre) a los que habían abierto en canal para comérselos crudos o asados o para cortarlos en pedacitos para el camino.

—No te pronuncies —le aconsejó Kitay—. Si lo censuras, harás que se sientan horrorizados. Si lo denuncias, te guardarán rencor. Pero si no dices nada, podrás alegar que lo desconocías.

Rin no veía qué otra opción le quedaba. Había sido consciente de que esa marcha sería dura, pero, cada día que pasaba, sus expectativas eran más sombrías. La moral, que había sido sorprendentemente alta al inicio de su viaje, comenzaba a flaquear. Los rumores de deserción y las quejas sobre Rin se extendían entre las filas. «No sabe a dónde va. Fue instruida en Sinegard y ni siquiera sabe guiarse a través de una maldita montaña. Nos ha traído hasta aquí para morir». Comenzó a desatarse el desorden a lo largo de toda la columna. Las tropas ignoraban sus órdenes o no las oían. Tardaban casi una hora en despertar a todo el campamento por las mañanas para iniciar la marcha. Al principio, había un par de desertores, luego pasaron a ser decenas.

Venka sugirió enviar grupos de búsqueda tras ellos, pero Rin no creía que eso fuese a servir de nada. ¿En qué podía beneficiarles? Los desertores se habían condenado a sí mismos a morir. Estaban solos y acabarían muertos por congelación o por hambre en cuestión de días. Sus cifras no marcaban ninguna diferencia en la victoria o la derrota final de Rin.

Lo único que importaba era el monte Tianshan. Su futuro era ahora blanco o negro: o bien despertaban a Riga, o bien acababan muriendo.

Los días comenzaron a confundirse entre sí. No existía ninguna diferencia entre un monótono sufrimiento y el siguiente. Rin, fatigada hasta la extenuación, comenzó a sentir una profunda sensación de desapego. Se sentía como una observadora, y no como una parte activa, como si estuviera contemplando un espectáculo de sombras sobre una lucha hermosa y suicida, algo que ya había sucedido en el pasado y que se había convertido en un mito.

Ellos no eran humanos, eran historias. Eran pinturas que habían encontrado su sitio en pergaminos sobre una pared. El terreno fue transformándose a su alrededor a medida que avanzaban, volviéndose más brillante, abrupto y encantador, como si quisiera ponerse a la altura de lo mítica que era su travesía. La nieve resplandecía con un blanco puro. La niebla pasó a ser más densa, y las montañas a las que envolvía parecían menos sólidas y con unos picos más borrosos. El cielo adoptó una tonalidad azulada más clara. No era el alegre color de un brillante día de verano, sino el azul de una pintura diluida en agua que se aplicaba sobre el lienzo con un grueso pincel de piel de conejo.

Vieron pájaros carmesíes cuyas colas eran tres veces más largas que sus cuerpos. Vieron rostros humanos tallados sobre la corteza de un árbol, y no por la mano de un hombre, sino de forma orgánica, con unas expresiones de calma y sosiego que los seguían con la mirada mientras marchaban, sin urgencia ni rencor. Vieron ciervos de un blanco claro que se mantenían completamente inmóviles cuando los soldados se acercaban, lo suficientemente tranquilos como para que Rin pudiera acariciarles las suaves orejas. Intentaron en vano cazarlos para comérselos, pero los ciervos huían en cuanto veían los aceros. Y la esperiliana se sentía secretamente aliviada por ello, ya que no le parecía correcto devorar algo de tal belleza.

En realidad, Rin no tenía claro si serían producto de unas alucinaciones provocadas por una fatiga febril. Pero, si lo eran, entonces se trataba de una alucinación colectiva, visiones compartidas de una encantadora, mítica e incipiente nación en ciernes.

Era maravilloso recordar que esa tierra podía seguir siendo de una belleza tan impresionante, que en el corazón de las doce provincias había anidado algo más que la sangre, el acero y la tierra. Que, tras siglos de guerras, ese país seguía siendo un lienzo para los dioses, cuya esencia celestial seguía filtrándose por las grietas entre ambos mundos.

Tal vez ese fuera el motivo por el que los hesperianos estaban tan empeñados en apoderarse de Nikan. Rin solo podía imaginarse Hesperia por lo que había visto en sus abandonados barrios coloniales, pero lo concebía como un lugar aburrido, gris y monótono, igual que las túnicas que lucían. Tal vez por eso tuvieran que erigir sus llamativas ciudades con luces parpadeantes y ruidos estruendosos: para negar el hecho de que su mundo era uno en el que la divinidad no existía.

Quizás eso era lo que había motivado también a la Federación. ¿Por qué si no iba alguien a asesinar niños y a tomar a un país como rehén si no era por la promesa de aprender a hablar con los dioses? A los grandes imperios del mundo físico les irritaba tanto haber olvidado esas cosas que habían decidido masacrar al único pueblo que seguía siendo capaz de soñar.

Eso era lo que hacía que Rin siguiera adelante cuando tenía los pies tan entumecidos por el frío que apenas podía sentirlos mientras los arrastraba a través de la nieve; cuando las sienes le dolían tanto por mirar hacia la resplandeciente nieve que comenzaban a aparecer puntos rojos en su visión… La idea de que su supervivencia estuviera asegurada, de que estuviera predestinada a la victoria, porque la verdad del universo estaba de su parte. Porque solo el Panteón, caótico e incomprensible, podía explicar la vasta e inquietante belleza de esa tierra, que era algo que los hesperianos, con su obsesiva y desesperada actitud hacia el orden, jamás podrían comprender.

Así que la joven siguió avanzando porque sabía que, al final de su travesía, le aguardaba la salvación divina. Seguía avanzando porque cada paso que daba la acercaba más a los dioses.

Siguió avanzando hasta que una mañana Kitay se detuvo de golpe un par de pasos por delante de ella. Rin se tensó, con el corazón desbocado a causa del terror. Sin embargo, cuando su amigo se dio la vuelta, sonreía.

Kitay señaló hacia delante y Rin siguió su mirada por el sendero hasta una sola orquídea azul que crecía a duras penas entre la nieve.

La esperiliana soltó todo el aire en su interior y contuvo las ganas de llorar.

Las orquídeas no florecían en las altitudes que habían estado recorriendo. Estas solo florecían en las elevaciones más bajas, en los valles y en las estribaciones.

Habían llegado a la Provincia del Perro. Habían comenzado el descenso. De ahora en adelante, marcharían pendiente abajo.

20

De entre las doce provincias, la del Perro era el verdadero páramo del Imperio.

La Provincia de la Rata era muy pobre, la del Mono era una zona agrícola completamente estéril, y la del Jabalí era uña llanura sin ley plagada de bandidos. Sin embargo, la Provincia del Perro era remota, montañosa y con tan poca población que los yaks superaban en número a las personas. Tal vez ese era el único motivo por el que la República no la había invadido aún.

Cuando Rin y sus tropas descendieron por las montañas, cruzando la frontera y adentrándose en la meseta de Scarigon, no vieron ninguna señal de civilización humana.

La esperiliana supuso que había sido una tontería esperar que el jefe militar del Perro y su ejército fueran a recibirlos con los brazos abiertos al pie de las montañas de Baolei. Ese encuentro siempre había sido un sueño vacío, una mentira que Rin les había contado a los sureños desde el principio de la marcha para darles motivos para seguir adelante. No obstante, la había repetido durante tanto tiempo desde que habían huido del Yunque que ella misma había comenzado a creérsela.

Tal vez aún tuviesen posibilidades de encontrar aliados. La Provincia del Perro era una tierra vasta y abierta, y ellos solo habían llegado hasta el extremo sudeste de su frontera. Quizás acabaran topándose con los rebaños nómadas de ovejas y yaks por los que era conocida la Provincia del Perro. Pero Rin sabía que acabaría enloqueciendo si seguía con la vista fija en las llanuras lejanas, con la esperanza de que alguna silueta apareciera en el horizonte.

No podían dar por sentado que recibirían ayuda. Su única opción era seguir avanzando por el monte Tianshan, solos.

La marcha a lo largo de la meseta fue mucho más sencilla que el recorrido a través de las montañas. Seguían agotados. Sus cifras no dejaban de mermar a causa del hambre y las enfermedades. Pero ahora que el suelo no resbalaba traicioneramente bajo sus pies y que el aire no golpeaba con tanta fuerza como para matar a alguien, lograron cubrir cada día el triple de distancia que habían recorrido en la cordillera de Baolei. Subió la moral. Los rumores de deserción comenzaron a menguar. Y a medida que, día tras día, la cordillera de Tianshan quedaba más cerca y había dejado de ser una línea difusa en el horizonte para convertirse en una silueta definida y rugosa contra el cielo del norte, Rin comenzó a atreverse a guardar la esperanza de que tal vez fueran a conseguirlo. De que todos sus planes, todo lo que habían estado contando

sobre la Tríada, que hasta el momento había parecido una fantasía lejana, tal vez fuera a suceder.

Aún le quedaba por averiguar qué haría ella si todo eso se volvía una realidad.

—Rin. —Kitay le dio un golpecito en el hombro—. Mira.

La joven había estado dando tumbos medio dormida a causa de la fatiga.

—¿Qué?

Kitay le levantó la barbilla a su amiga para evitar que siguiese mirando al suelo, y luego señaló un punto.

—Allí.

Rin no podía creer lo que estaba viendo, pero los vítores que se extendieron por toda la columna le confirmaron que todos veían lo mismo que ella: el contorno de una aldea, claramente visible contra la estepa. Unas densas nubes de humo salían desde los tejados de unas cabañas redondas que prometían refugio, calidez y una cena caliente.

La columna aceleró el paso.

—Esperad —dijo Rin—. No sabemos si querrán recibimos. Kitay le dedicó una mirada sarcástica. A su alrededor, los sureños marchaban con las armas en ristre.

—No me parece demasiado importante que seamos o no bienvenidos.

—Eres más bajita de lo que pensaba que serías —le dijo el jefe militar del Perro, Quan Cholang.

Rin se encogió de hombros.

—La última persona que me dijo eso acabó despedazada por una muchedumbre.

La joven no dio más detalles. Estaba demasiado ocupada masticando la gran variedad de cosas que habían dispuesto sobre el mantel que había frente a ella: cordero duro y seco, panecillos al vapor con grumos, gachas con carne de cordero y un vaso frío y agrio de leche de yak para bajarlo todo. Siendo objetivos, era una comida espantosa. La Provincia del Perro solía recibir críticas por sus platos duros y sosos. Sin embargo, después de haber pasado meses en las montañas, a Rin le apetecía saborear cualquier cosa que no fuese el picor intenso del agua de hervir los chiles.

Sabía que estaba siendo maleducada. Pero siempre y cuando nadie intentara matarla descaradamente, iba a seguir comiendo.

Succionó el último jugoso bocado dél hueso de cordero, inhaló satisfactoria y profundamente, y luego se limpió la mano en los pantalones.

—No me suenas de nada —dijo la esperiliana sin rodeos—. ¿Ha habido un cambio de dirigentes?

La joven había visto al antiguo jefe militar del Perro una sola vez, brevemente, en la cumbre de posguerra de la emperatriz en Lusan. No le había causado una gran impresión. Recordaba sus facciones lo justo como para saber que el hombre con el que estaba cenando ahora era más delgado, alto y mucho más joven. Pero también era capaz de percibir cierto parecido familiar entre ambos: Cholang tenía los mismos ojos estrechos y alargados y la misma frente alta que el hombre que Rin daba por hecho que había sido su padre.

Cholang dejó escapar un suspiro.

—Le dije a mi padre que no acudiera a la llamada de Vaisra. Debería haber sabido que el jefe militar del Dragón no quería simplemente hablar.

—Fue una estupidez por su parte —convino Kitay—. ¿Vaisra llegó a enviar su cabeza de vuelta?

—Vaisra jamás podría tener tanta compasión. —La voz de Cholang se endureció—. Me envió una serie de pergaminos en los que amenazaba con desollar vivo a mi padre y entregarme luego su piel curtida si la Provincia del Perro no capitulaba.

El tono de Kitay fue completamente neutral, sin rastro de crítica.

—Conque dejaste morir a tu padre.

—Sé qué tipo de hombre era —respondió Cholang—. Preferiría haber caído sobre su propia espada antes que tener que arrodillarse. Vaisra sí que envió un paquete. Nunca lo abrí. Lo enterré.

Al nuevo jefe militar le tembló la voz un poco al terminar de hablar. «Es joven», se percató Rin. Cholang se comportaba como un general, y sin duda sus hombres lo trataban como tal, pero su voz dejaba entrever una fragilidad que su piel curtida por el sol y su barba poblada no podían ocultar.

Era exactamente igual que ellos dos. Joven, asustado y sin la más mínima idea de lo que estaba haciendo, pero intentaba por todos los medios fingir lo contrario.

Kitay señaló hacia el campamento que los rodeaba.

—Supongo que esta no es vuestra capital permanente.

Cholang negó con la cabeza.

—Gorulan es un lugar encantador. Tiene templos tallados en el interior de las montañas, grandes estatuas que alcanzan la misma altura que los edificios allá donde mires. Lo abandonamos en cuanto nos enviaron lo que supuse que era la cabeza de mi padre en una cesta. No tenía intención de dejar que me apuñalasen mientras dormía.

—Parece que han aplazado tu ejecución de momento —dijo Rin.

Cholang le dedicó una mirada sarcástica.

—Solo porque nunca hemos ocupado una casilla importante en el tablero de ajedrez que es Nikan. Nadie sabe bien qué hacer con nosotros.

Eso era cierto. La Provincia del Perro siempre había sido considerada un caso aparte dentro de las políticas del Imperio. Estaba demasiado lejos de los centros de poder como para sentir el yugo de cualquier régimen. Pero ninguno de los emperadores se había esforzado nunca demasiado en ejercer más control sobre el lugar debido a que la meseta, despoblada y árida, contaba con muy pocas cosas que mereciera la pena controlar. Los habitantes de esa provincia pastoreaban ganado para subsistir, y no comerciaban. No merecía la pena cultivar sus tierras, ya que, en ese terreno pobre y rocoso, solo echaba raíces la hierba.

—Pero debéis saber que la República no os ignorará eternamente —comentó Rin.

—Somos conscientes de ello. —Cholang suspiró—. Espero que sea por una cuestión de principios. El cambio de régimen requiere una dominación total. Si hay grietas en tus cimientos antes siquiera de haber empezado a gobernar, sientas un mal precedente.

—No se trata solo de eso —terció Kitay—. Es por vuestros minerales. Nezha me contó que los hesperianos estuvieron hablando de ellos. Creen que bajo esta meseta hay carbón, wolframio y plata. Estaban muy emocionados ante la perspectiva. Han preparado todo tipo de maquinaria para perforar la superficie de la tierra una vez que sepan que es seguro entrar en el territorio.

Cholang no parecía sorprendido.

—Y supongo que su definición de «seguro» incluye nuestra total erradicación.

—Más o menos —dijo Kitay.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo Rin con entusiasmo. Quizás con demasiado entusiasmo (casi podía oír el ansia en su propia voz), pero el ejército sureño había estado marchando durante tanto tiempo, aferrándose a la más mínima esperanza, que Rin estaba desesperada por consolidar esa alianza—. Nos necesitáis. Y nosotros a vosotros. Aceptaremos cualquier cosa que podáis ofrecemos. Mis soldados están hambrientos, pero somos personas disciplinadas. Y nos encargaremos de hacer un balance de cuántos soldados tenemos…

Cholang alzó una mano para interrumpirla.

—Aquí no encontrarás tu alianza, esperiliana.

Rin titubeó.

—Pero la República es vuestro enemigo.

—La República lleva imponiendo sanciones a la meseta desde que comenzó vuestra marcha. —La voz del jefe militar no irradiaba ni la más mínima hostilidad, solo una cautelosa resignación —. Apenas logramos resistir estando solos. Y no tenemos ninguna defensa que ofrecer. Nuestra población siempre ha sido muy inferior a la del resto de las provincias, y no contamos con más armas que arcos y aperos de labranza. Desde luego, no tenemos pólvora. Puedo ofreceros una buena comida y una noche de descanso. Pero si habéis venido aquí buscando un ejército, no lo encontraréis.

Rin ya sabía todo eso. Se había percatado de la evidente pobreza del campamento de Cholang. Podía imaginarse cómo eran las fuerzas de la Provincia del Perro basándose en la escasa Guardia personal de su jefe militar. Sabía que esa no iba a ser una base sobre la que podría montar su resistencia. Estaba demasiado desierta, demasiado abierta; era demasiado vulnerable a los ataques aéreos. Sabía que allí no había ningún ejército, y mucho menos uno que pudiera vencer a una horda de dirigibles.

Pero no había ido hasta allí a por un ejército.

—Esto no tiene que ver con el número de soldados —dijo la joven—. Solo necesitamos a un guía que nos ayude a subir la montaña.

Cholang entornó la mirada.

—¿Adónde queréis ir?

Rin señaló con la cabeza hacia las cordilleras en la lejanía.

El joven jefe militar abrió mucho los ojos.

—¿Al monte Tianshan?

—Hay algo ahí arriba que nos ayudará a ganar —declaró Rin—. Pero tendréis que escoltarnos hasta allí.

Cholang parecía escéptico.

—¿Vas a decirme de qué se trata?

Rin intercambió una mirada con Kitay, quien negó con la cabeza.

—Es mejor que no lo sepas —dijo la joven con sinceridad—. Ni siquiera lo saben mis propios oficiales.

Cholang guardó silencio mientras la analizaba.

La esperiliana comprendía su vacilación. Era un jefe militar recién nombrado que cargaba con el legado de su padre asesinado y que intentaba encontrar un modo de mantener a su pueblo vivo

cuando todas las opciones eran inciertas. Y allí estaba ella, la fugitiva más buscada de la República, pidiéndole que desafiara toda prudencia para ayudarla a escalar una montaña lejana con un propósito que ni podía imaginarse.

Aquella propuesta era ridícula. Pero el jefe militar debía de saber que, tras la muerte de su padre, esa era la única opción que le quedaba. Apostar por el desafío era una locura. Albergar esperanzas era una locura. Y, cuanto más tiempo pasaba Cholang en silencio, con el ceño fruncido, más segura estaba Rin de que el joven también era consciente de todo ello.

—Se cuentan historias sobre esa montaña —dijo el jefe militar al fin.

—¿Qué historias? —le preguntó Rin.

—Allí arriba, la niebla es tan densa como un muro —comentó el joven—. Los senderos no parecen normales. Se retuercen y giran sobre sí mismos, lo que hace que acabes caminando en círculos. Si te pierdes, nunca encontrarás el camino de vuelta. Y nadie que se haya aventurado hacia la cumbre ha vuelto vivo.

—Hay tres personas que sí que volvieron con vida de allí —afirmó Rin—. Y están a punto de ser cuatro.

Cholang les ofreció alojamiento en su campamento durante la noche.

—No es un gran refugio —se disculpó—. Es un puesto de avanzada temporal, así que no será muy cómodo. Y no tenemos espacio suficiente para acogeros a todos. Pero podemos alimentaros, daros mantas y enviar a nuestros médicos para que atiendan a vuestros heridos. Mis dependencias son vuestras, si las queréis.

Al principio, Rin las rechazó por una cuestión de decoro, e insistió en que le bastaba con su tienda de campaña. Pero entonces, Cholang les mostró a Kitay y a ella su cabaña redonda, con una estructura impresionantemente robusta que podía darles mucho más cobijo contra el aullante viento nocturno que las paredes hechas jirones de su tienda, lo que hizo que la joven accediera de inmediato.

—Quedaos aquí —dijo Cholang—. Esta noche yo dormiré bajo las estrellas.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que alguien había tenido un gesto amable con Rin sin esperar nada a cambio que la joven tardó un momento en recordar cómo se respondía.

—Gracias. De verdad.

—Descansa, esperiliana. —El jefe militar se giró sobre sus talones para irse—. Marcharemos hacia Tianshan al amanecer.

Una esterilla acolchada de al menos cinco centímetros de grosor ocupaba el centro de la cabaña. La espalda y los hombros de Rin la pedían a gritos. Después de haberse pasado semanas durmiendo sobre la tierra dura y fría, aquello parecía un lujo inimaginable.

—Bonita choza —dijo Kitay, expresando en voz alta lo que pensaba su amiga—. ¿Quieres que haga yo el primer turno de vigilancia?

—No, adelante, duerme —le dijo Rin—. Quiero tiempo para pensar.

Sabía que Kitay estaba agotado. Se había percatado de que el chico había estado a punto de cerrar los ojos en más de una ocasión durante su audiencia con Cholang. Rin se sentó con las piernas cruzadas junto a la esterilla, esperando a que Kitay se metiera entre las mantas. Luego, le tomó la mano.

Los dedos del joven se cerraron sobre los de ella.

—Rin.

—¿Sí?

La voz de Kitay sonaba muy débil en la oscuridad.

—Espero que sepas qué estamos haciendo.

Rin inspiró hondo, espiró despacio y le apretó los dedos.

—Yo también.

Fue un intercambio sin propósito y sin importancia, que no llegaba del todo a expresar las preocupaciones que poblaban la mente de ambos ni la enormidad de lo que iba a suceder a continuación. Sin embargo, Rin sabía a qué se había referido Kitay. Entendía su confusión, su miedo y su profundo terror ante la idea de que las decisiones que habían tomado no hubieran sido las correctas, de que estuvieran avanzando por una jungla llena de serpientes cargando con el futuro del sur sobre sus hombros, donde un solo paso en falso podría destruirlo todo.

Iban a despertar a Riga.

Tras muchos debates entre susurros, eso era lo que habían decidido. Sus cálculos no habían cambiado.

No eran idiotas. Comprendían los riesgos, comprendían las crípticas advertencias de Jiang. Sabían que la Tríada no sería tan benevolente como afirmaba Daji; que lo que quisiera que fuera Riga, cuando al fin lo despertaran, sería mucho más peligroso que Nezha o que la República.

Pero la Tríada era nikara. Yin Riga, a diferencia de su sobrino, jamás se sometería a los hesperianos. Tal vez hubieran cometido atrocidades, y tal vez volvieran a hacerlo, pero su régimen al menos repudiaba la invasión de Hesperia.

Montar una resistencia armada sin ellos sería un suicidio. Entregarse a la República los conduciría a un destino peor que la muerte. Los miembros de la Tríada habían sido monstruos, y Rin sabía con certeza que volverían a serlo, pero necesitaba tener a unos monstruos de su parte. ¿Qué otra opción les quedaba?

La necesidad no hacía que nada de todo aquello fuera más fácil. La joven seguía sintiendo que, a cada paso que daban hacia el monte Tianshan, se asemejaban más a un pequeño animal encaminándose hacia una trampa. Pero habían tomado una decisión, y ahora no había nada que pudieran hacer salvo seguir adelante y esperar salir vivos al final.

La esperiliana permaneció sentada muy quieta en la oscuridad, sosteniendo la mano de Kitay con fuerza, hasta que la respiración de su amigo adquirió un ritmo lento y regular.

—No te asustes.

Rin se puso en pie de un salto. Se envolvió el cuerpo en fuego y se agazapó, lista para tirarse encima del recién llegado. Tendría que luchar haciendo uso de las llamas, ya que su espada se encontraba al otro lado de la esterilla, demasiado lejos de su alcance.

«Debería haber sido más lista». No paraba de darle vueltas a la cabeza. «No debería haber confiado en Cholang con tanta facilidad. Debería haber sabido que nos vendería…».

—No te asustes —repitió el intruso, extendiendo las manos ante sí.

Esta vez su voz hizo que la joven se detuviera a pensar. Reconocía esa voz. Y también el rostro del intruso cuando este dio un paso adelante y sus facciones fueron visibles bajo la tenue luz del fuego.

—Me cago en la puta. —Muy a su pesar, Rin rompió a reír—. Eres tú.

—Hola —dijo Chaghan—. ¿Tienes un momento para hablar?

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —le preguntó Rin.

Atravesaron el campamento de Cholang sin que nadie los molestase. Los centinelas habían bajado la cabeza al verlos aproximarse al perímetro y los habían dejado salir del recinto sin hacerles ninguna pregunta.

Conque Cholang debía de estar al corriente de que Chaghan estaba allí. No solo eso, sino que también debía de haberle dado permiso para que irrumpiera en la tienda de Rin sin avisarla a ella antes.

«Capullo», pensó la esperiliana.

—Llevo siguiéndote la pista desde que abandonaste Arabak —le dijo Chaghan—. Por cierto, siento haberte sorprendido, pero no quería revelar mi presencia aquí.

—¿Cómo has convencido a Cholang de que te deje colarte en su campamento?

—Los cien clanes tienen un estrecho vínculo con las provincias fronterizas —le explicó Chaghan—. En la época del Emperador Rojo, Sinegard apostaba aquí a sus graduados de bajo rango más pobres para que nos mataran.

—Supongo que no lograron su objetivo.

—Cuando estás solo en el frente, lo último que quieres es librar una guerra sin que haya provocación —prosiguió el joven—. Establecimos unas sólidas relaciones comerciales hace mucho tiempo. Los soldados de la Provincia del Perro nos caían bien. Trazamos unas líneas no oficiales en la arena y acordamos no cruzarlas siempre que ellos se abstuvieran de invadir nuestro territorio. Hasta el momento ha funcionado.

Rin siguió mirándolo de reojo mientras caminaban, sorprendida por el aspecto tan distinto que tenía. Chaghan parecía ser más sólido. Antes, había sido como un espectro, un espíritu etéreo que se movía por el mundo igual que la luz atravesaba el aire; había estado presente, pero nunca del todo. Sin embargo, ahora, cuando caminaba, parecía como si de verdad dejara huellas tras de sí.

—No dejas de mirarme —le *dijo el* vidente.

—Tengo curiosidad —respondió Rin—. Pareces distinto.

—Me siento distinto —replicó él—. Ahora, cuando abandono el plano material, no hay nadie al otro lado tirando de mí para que vuelva. He tenido que aprender a ser mi propia ancla. Es una sensación…

Rin no le preguntó qué sentía cada segundo de cada día al haber perdido a Qara. No tenía que imaginarse cómo sería ese dolor desgarrador, el vacío que provocaba esa pérdida. Lo conocía de primera mano.

En ese momento, a la joven se le ocurrió algo.

—Entonces, ¿estás…?

—No. Me estoy muriendo —dijo Chaghan de repente. No parecía que le importara. Lo había dicho como si simplemente estuviera informándola de que la próxima semana iba a ir al mercado—. Cada vez es más duro… Me refiero a acceder a los dioses. Nunca voy a ser capaz de llegar tan lejos o de permanecer allí tanto tiempo como antes. No si quiero volver a despertar. Pero no soporto pasar todo mi tiempo en este reino, en este lugar tan… horriblemente sólido. —

Señaló hacia la estepa con desdén—. Así que no puedo parar de hacerlo. Hasta que llegue el día en el que vaya demasiado lejos y no pueda volver.

—Chaghan. —Rin dejó de caminar. No sabía qué decirle—. Lo…

—No estoy particularmente preocupado —dijo el chico, y parecía hablar en serio—. Y preferiría que hablásemos de otra cosa.

Rin cambió de tema.

—¿Cómo te han ido las cosas al regresar a casa? —La última vez que había visto al vidente, este había partido a lomos de un corcel de guerra en dirección al norte tras la masacre provocada por el golpe de Estado de su primo Bekter. En ese entonces, Rin había temido que fuera a acabar muerto. Sin embargo, parecía que Chaghan había salido indemne de esa lucha de poder, haciéndose con el control y con amplias tropas y recursos.

—Bastante bien —respondió él—. Obviamente, Bekter ha dejado de ser un problema.

Rin estaba impresionada, aunque en realidad no le sorprendía demasiado.

—¿Cómo lo has logrado?

—Por medio de asesinatos y conspiraciones. Como de costumbre, vaya.

—Claro. ¿Ahora estás tú al frente de los ketreyides?

—Por favor, Rin. —El joven esbozó una sonrisa con los labios apretados—. Estoy al mando de los cien clanes. Por primera vez desde hace un siglo, estamos unidos, y hoy he venido hasta aquí para hablar en nombre de todos.

Chaghan señaló con la cabeza hacia algo que tenían delante. Rin levantó la mirada. Había dado por sentado que estaban caminando para alejarse y que nadie en el campamento de Cholang los oyese, pero, cuando siguió la mirada del joven, vio las hogueras y las siluetas marcadas contra la luz de la luna. Se estaban acercando a esa zona, y Rin pudo vislumbrar decenas de tiendas hechas con lona, caballos descansando y centinelas armados con arcos. Un campamento militar.

—Has traído a todo un contingente —le dijo la esperiliana.

—Desde luego —respondió Chaghan—. No iría a por la Tríada con menos que esto.

Rin dejó de caminar. La camaradería entre ambos desapareció. La joven cerró la mano en un puño, preparada para pelear.

—Chaghan…

—He venido en calidad de amigo. —El chico levantó las manos para mostrarle que no iba armado, aunque Rin sabía que en el caso de Chaghan eso no importaba—. Pero sé qué es lo que pretendes hacer, y tenemos que hablar urgentemente. ¿Puedes sentarte?

—Quiero que todos tus arqueros dejen sus arcos y sus aljabas en una pila a mi lado —declaró ella—. Y quiero que me jures por la tumba de tu madre que volveré sana y salva con los sureños antes del amanecer.

—Venga ya, Rin. Que soy yo.

Ella se mantuvo firme.

—No estoy de broma.

La última vez que se habían visto, se habían despedido en buenos términos. Rin sabía que sus intereses, al menos en lo que concernía a la República, eran los mismos. Pero no confiaba en que Chaghan o alguno de los ketreyides no fueran a clavarle una flecha en la frente si acababan decidiendo que ella suponía una amenaza. Ya había tenido que lidiar con la justicia ketreyide en el pasado. Sabía que aquella vez solo había escapado porque la Sorqan Sira la había considerado

útil.

—Como quieras. —Chaghan le hizo una seña a sus hombres, quienes lo obedecieron a regañadientes—. Te juro por la tumba de Kalagan de las naimades que no te haré daño. ¿Mejor?

—Mucho mejor. —Rin se sentó con las piernas cruzadas—. Adelante.

—Gracias. —Chaghan se arrodilló frente a ella. Abrió su zurrón, sacó un frasco con unos polvos azul cobalto y le quitó el corcho antes de ofrecérselo a ella—. Chúpate la punta del dedo, mójala en el polvo y llévatelo a la boca. Con una vez basta. Y ponte cómoda. Recordarás lo rápido que actúa…

—Espera. —Rin no tocó el frasco—. Dime qué es lo que está pasando antes de que lance a mi espíritu hacia el vacío contigo. ¿A qué dios vamos a visitar ahora?

—A ninguno —dijo el joven—. A los que vamos a visitar es a los muertos.

A Rin le dio un vuelco el corazón.

—¿A Altan? ¿Lo has encontrado?

—No. —Una sombra de malestar apareció en el rostro de Chaghan—. El no… Yo nunca… No. Pero se trata de una esperiliana. La mayoría de los espíritus desaparecen en la nada al fallecer. Por eso cuesta tanto comunicarse con los muertos. Ya han desaparecido del reino de la vida consciente. Pero tu pueblo permanece aquí. Se encuentra atado a este lugar por el resentimiento y por un dios que se alimenta de él, lo que significa que a menudo no pueden marcharse. Son fantasmas hambrientos.

Rin se chupó la punta del dedo índice y la introdujo en el frasco, girándola hasta que el polvo, suave y aterciopelado, le cubrió la piel hasta la primera falange.

—¿Vamos a hablar con Tearza?

—No. —Chaghan tomó el frasco e hizo lo mismo—. Es alguien más contemporáneo. Creo que no os conocéis.

Rin levantó la mirada.

—¿De quién se trata?

—De Hanelai —dijo Chaghan sin rodeos.

La esperiliana no dudó en llevarse el dedo cubierto de polvo a la boca y chuparlo.

De forma inmediata, el campamento de los ketreyides se transformó en un borrón y se disolvió como si fuera pintura en agua. Rin cerró los ojos. Sintió cómo su espíritu ascendía, cómo abandonaba su pesado cuerpo, ese torpe saco de huesos, órganos y carne, y volaba hacia los cielos como un ave liberada de su jaula.

—Esperaremos aquí —le dijo Chaghan. Ambos flotaban juntos en una extensión oscura. No era un plano completamente negro, sino que más bien estaba envuelto en un crepúsculo brumoso —. Cuando me enteré de que te dirigías hacia Tianshan, comencé a buscar. Necesitaba comprender los riesgos. Sabía que no había nadie vivo que pudiera apartarte del camino que habías escogido. —Señaló con la cabeza hacia una bola roja de luz en ese vacío, una estrella distante que se hacía más grande a medida que se acercaba—. Pero puede que ella sí lo consiga.

La estrella se transformó en un pilar de llamas, y luego en una mujer, que fue acercándose más a ellos, resplandeciendo al rojo vivo, como si estuviera quemándose desde dentro.

Rin la contempló. Se había quedado sin habla.

Conocía ese rostro. Esa barbilla puntiaguda, esa mandíbula recta y esos ojos duros y hoscos. Era la misma cara que le devolvía la mirada ante los espejos.

—Hola, Hanelai —la saludó Chaghan—. Esta es la amiga de la que tanto te he hablado.

Hanelai se giró hacia Rin y la recorrió con la mirada con avidez, como si fuera una reina examinando a un súbdito. Rin sintió una curiosa punzada en el corazón, una extraña e innombrable sensación de anhelo. Era algo que solo había sentido una vez antes, hacía dos años, cuando había apoyado una mano sobre la de Altan y se había sentido fascinada al ver cómo la piel morena de ambos se fusionaba. Jamás había pensado que volvería a sentir eso.

La joven sospechaba qué relación guardaba con Hanelai. Llevaba tiempo sospechándolo. Pero ahora, al mirarla a la cara, sabía que era innegable. Sabía qué palabra se usaba para describir su parentesco, una palabra con la que nunca se había referido a alguien antes. No se atrevía a pronunciarla en voz alta.

Y, sin embargo, Hanelai no mostró ningún indicio de reconocerla a ella.

—¿Eres tú la que viaja con Jiang Ziya? —le preguntó la mujer.

—Sí —respondió Rin—. ¿Y tú eres…?

Hanelai hizo una mueca. Los ojos le resplandecían en un tono rojo. Sus llamas se elevaron más y se desataron como una explosión suspendida en el tiempo, con unos letales pétalos anaranjados que florecían en dirección a Rin.

—No temas —le dijo Chaghan enseguida—. Los muertos no pueden hacerte daño. Esas llamas no son reales, solo son proyecciones.

Tenía razón. Hanelai gruñía, echaba espuma por la boca y gritaba incoherencias mientras el fuego salía disparado de su cuerpo. Pero no llegó a acertar a Rin. Sus llamas no irradiaban calor, aunque se curvaban y se elevaban, y el plano crepuscular seguía envuelto en un frío tan neutro como siempre.

Aun así, Hanelai era aterradora. Rin necesitó toda su fuerza de voluntad para no recular.

—¿Qué le pasa?

—Está muerta —le dijo Chaghan—. Lleva mucho tiempo muerta. Y, cuando las almas no desaparecen en el abismo, necesitan ataduras, odios persistentes que les impidan avanzar. Ella ya no es una persona. Es pura rabia.

—Pero he visto a Tearza otras veces. Ella no es…

—Tearza tenía control —declaró el vidente—. Su rabia era moderada porque ella misma había escogido las circunstancias de su propia muerte. Hanelai no.

Rin miró a la mujer. Ahora sus llamas vibrantes y su ceño retorcido no parecían tan aterradores, solo miserables.

¿Cuánto tiempo llevaría Hanelai sumida en su propia furia?

—No tienes nada que temer —aclaró Chaghan de nuevo—. Quiere hablar contigo, solo que no sabe cómo hacerlo. Si hablas con ella, te responderá. Adelante.

Rin sabía qué era lo que tenía que preguntarle.

Al fin le había llegado la oportunidad de sacar a relucir la verdad, el secreto que tanto tiempo llevaba enconado entre Jiang, Daji y ella. La joven no quería saberlo. Le daba miedo. Era como clavarse un cuchillo en una herida infectada para sacar el veneno. El dolor era desalentador. Pero, aunque ese secreto acabara destruyéndola, tenía que escucharlo. Debía escalar esa montaña con pleno conocimiento de todo.

Miró directamente a la cara furiosa y angustiada de Hanelai.

—¿Qué fue lo que te hizo? —le preguntó Rin.

Hanelai aulló.

Las voces le llegaron como una oleada de flechas. No todas pertenecían a Hanelai, ni todas eran de adultos. La asaltaban fragmentos de cientos de agravios, como un mosaico de dolor que recomponía los detalles de un cuadro que hasta entonces solo había podido ver desde lejos.

—Riga…

—Cuando se llevaron a nuestros niños…

—No había otra opción…

—¿Qué habrías hecho tú?

—Eso daba igual, todo eso carecía de importancia…

—Querían ser dioses. Era lo único que querían ser. Y nos dieron mucha pena porque no podíamos imaginarnos que…

—Por nuestros niños…

—Riga…

—Nos habría dejado en paz…

—Nos habría dejado en paz. Jamás quisimos…

—Y entonces, Riga…

—Riga…

—¡Riga!

—¡Lo pillo! —dijo Rin. No lo entendía, no del todo, pero había oído lo suficiente como para hacerse una idea, y con eso le bastaba. No podía soportar escuchar más. No quería ver así a Jiang —. Lo pillo, déjalo…

Pero las voces no cesaron, tan solo pasaron a ser gritos que se superponían unos sobre otros a un volumen insoportable.

—Y Jiang no…

—Jiang nunca…

—Lo prometió…

—Cuando Riga…

—Ziya…

—Él dijo que nos quería…

—Él dijo que me quería.

—Basta —estalló Rin—. No puedo…

—¿No puedes? —La voz de Chaghan le atravesó la mente como una esquirla de hielo—. ¿O no quieres saberlo?

Las voces volvieron a convertirse en una sola.

—Traidora —chilló Hanelai, abalanzándose sobre Rin—. Estúpida y patética traidora imperialista…

Su voz se acabó distorsionando en un profundo timbre doble, que luego pasó a dividirse en un coro. Cuando Hanelai hablaba, su boca no se movía solo para expresarse ella, sino toda una multitud de muertos. Rin casi podía verlos, una horda de esperilianos detrás de la mujer, todos con un gesto de pura rabia en el rostro.

—Has escuchado nuestro testimonio y reniegas de nosotros, profanas las tumbas de tus ancestros. Tú, que escapaste, que llevas nuestra sangre, que te atreves a hacerte llamar la esperiliana. ¿Cómo te atreves…?

—Basta —dijo Rin—. Haz que pare…

—Escúchala —le respondió Chaghan. La joven sintió cómo la dominaba la furia.

—He dicho que basta.

Cada vez que había consumido esa droga antes, Chaghan la había guiado para salir del mundo espiritual, arrastrando a su alma desconcertada y aterrorizada de vuelta al mundo de los vivos. Pero Rin se había hartado de ir por ahí dando tumbos como una niña perdida. Se había hartado de dejar que Chaghan la manipulase con sus espectros y sus sombras.

En cuanto su alma entró en contacto con su cuerpo, haciendo que se despertara de un plumazo, como un nadador saliendo a la superficie, Rin se puso de rodillas y agarró a Chaghan por los hombros.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Tenías que saberlo —le respondió él—. No ibas a creértelo si salía de la boca de otra persona.

—¿Entonces qué? ¿Pensabas asustarme con un puñetero fantasma?

—Rin, quieres resucitar al hombre que asesinó a toda tu raza.

—Fueron los mugeneses quienes asesinaron a los esperilianos…

—Y Riga fue quien se lo permitió. ¿No has oído a Hanelai? Esa es la verdadera historia. Eso es lo que la Víbora jamás te contará. La Federación secuestró a niños esperilianos y como rescate exigió que les contaran los secretos del chamanismo. Riga sabía que Hanelai se lo iba a contar todo a los mugeneses, sabía que a ella le importaban más esos veinte niños que el destino del territorio, y por eso asesinó a su pueblo. Consideraba que los esperilianos eran animales. Prescindibles. ¿Y crees que a ti te tratará de otro modo? Tus ancestros estarían avergonzados de ti. Altan no…

—No vayas por ahí —le dijo Rin con dureza—. No me hables de Altan. Sabes muy bien qué es lo que habría hecho él.

Chaghan fue a abrir la boca para responder, pero vio el gesto en el rostro de Rin y la cerró. Tragó saliva.

—Rin, solo intento…

—Riga es nuestra única oportunidad de ganar esta guerra —dijo la joven con firmeza.

—Tal vez sea así. Pero ¿qué sucederá después? ¿Quién gobernará entonces el Imperio? ¿Ellos o tú?

—No lo sé. ¿Qué más da eso?

—Es imposible que seas tan tonta —le respondió el vidente, exasperado—. Seguro que te has planteado esa lucha por el poder. No se trata solo del enemigo. Se trata de cómo quedará el mundo después. Y si lo que pretendes es ponerte tú al frente, será mejor que comiences a sopesar tus posibilidades contra la Tríada al completo. ¿Crees que puedes vencerlos?

—No lo sé —repitió ella—. Pero sí que hay una cosa que sé a ciencia cierta: sin la Tríada, no tengo ninguna posibilidad contra la República y los hesperianos, y ellos son los únicos oponentes que me importan ahora mismo.

—Eso no es verdad. Tal vez la ocupación hesperiana sea complicada, pero se puede sobrevivir a ella…

—Podrás sobrevivir tú —resopló la joven—, pero solo porque te escondes en un páramo desierto tan seco y muerto que nadie se molesta en intentar invadirte. No me hables de lo que

está en juego, Chaghan. Tú estarás perfectamente en el norte, en tu agujero de mierda, sin importar lo que suceda.

—Ten cuidado con la forma en que me hablas —dijo Chaghan tajantemente.

Rin se quedó mirándolo, sin poder creérselo. Ahora recordaba por qué siempre le había guardado tanto rencor al vidente, por qué siempre había tenido tantas ganas de quitarle ese gesto de sabelotodo de la cara de un guantazo. Era por esa pura condescendencia. Porque siempre hablaba como si supiera más que nadie, como si estuviese dándoles una lección a unos niños tontos.

—Ya no soy la chica que conociste en Khurdalain —le dijo Rin—. No soy la comandante fracasada de los Cike. Ahora sí que sé lo que estoy haciendo. Tú intentas proteger a tu gente. Eso puedo entenderlo. Pero yo estoy intentando proteger a la mía. Sé lo que te hizo la Tríada, y sé que quieres venganza, pero ahora mismo los necesito. Y no eres quién para darme ninguna orden.

—Tu tozudez acabará por destruirte.

Rin enarcó una ceja.

—¿Eso es una amenaza?

—No empieces con esas —le respondió él, exasperado—. Rin, he venido hasta aquí en calidad de amigo.

La esperiliana invocó una pequeña chispa de fuego sobre la palma de su mano.

—Yo también.

—No voy a enfrentarme a ti. Pero tienes que saber en qué te estás metiendo…

—Lo sé perfectamente —dijo Rin en voz alta—. Sé perfectamente qué tipo de hombre es Jiang. Sé perfectamente qué es lo que está planeando Daji. Y me da igual. Sin Riga, no tengo nada. Ni ejército. Ni armas. Los dirigibles nos bombardearán en cuestión de segundos y se habrá acabado todo. Toda esta batalla se terminará, y nosotros quedaremos reducidos a un borrón en la historia. Pero la Tríada nos da la oportunidad de luchar. Ya lidiaré con las consecuencias más tarde. Lo que no pienso hacer es arrastrarme hacia el olvido entre lloriqueos, y tú deberías haberlo sabido antes de presentarte aquí. Si tanto miedo le tenías a la Tríada, deberías haber intentado matarme. No deberías haberme dado la oportunidad.

Rin se levantó. Los arqueros ketreyides se giraron para ponerse de cara a ella, alarmados, pero la joven los ignoró. Sabía que no se atreverían a hacerle daño.

—Pero no puedes hacer eso, ¿verdad? Porque también tienes las manos atadas. Porque sabes que, cuando los hesperianos hayan acabado con nosotros, irán a por vosotros. Sabes lo de su Creador y la visión que tienen ellos del mundo. Y sabes que sus planes para el futuro de este continente no te incluyen a ti. Tus territorios irán menguando hasta que llegue el día en el que los hesperianos decidan que también quieren borraros del mapa. Y me necesitaréis para esa lucha. La Sorqan Sira era consciente de ello. Sin mí, estáis condenados.

La esperiliana recogió su cuchillo del suelo. La audiencia se había terminado.

—Mañana saldré para el monte Tianshan, y no hay nada que puedas hacer para detenerme.

Chaghan entornó los ojos y le dedicó una mirada calculadora.

—Mis hombres estarán en el exterior de esa montaña, listos para disparar a lo que sea que salga de ella.

—Pues diles que apunten bien —replicó la joven—, pero que no apunten hacia mí.

21

Siete días más tarde, Rin se encontraba junto a Jiang y Daji en la base del monte Tianshan, preparándose para escalar el último tramo del camino. Su maestro cargaba con un cervatillo sobre el hombro, con sus delgadas patas atadas con una cuerda. Rin intentaba no mirar hacia sus grandes y parpadeantes ojos. La joven sabía que había poder en la vida que se extinguía. El encantamiento para romper el Sello erosionado requería una muerte.

La montaña se cernía sobre ellos, engañosamente bella por su exuberante vegetación y sus zonas de nieve limpia, envuelta por sus famosas nieblas, tan densas que apenas dejaban ver lo que había en el sendero a ochocientos metros. Con más de siete mil quinientos metros dé altura, era el pico más alto del Imperio. Sin embargo, el Templo Celestial se encontraba solo a dos tercios del camino hacia la cumbre de la montaña. Aun así, iban a tardar todo el día en escalar hasta allí, y era probable que no llegasen al templo hasta el atardecer.

—Bueno. —Rin se giró para mirar de frente a Kitay—. Nos vemos esta noche.

Él no iba a acompañarla. A pesar de las protestas de Kitay, ambos habían llegado a la conclusión de que él solo sería un lastre en la montaña. Estaría más seguro en el valle, rodeado por las tropas de Cholang.

—Esta noche —convino él, inclinándose hacia Rin para darle un fuerte y breve abrazo. Le rozó la oreja con los labios—. No la cagues.

—No puedo prometerte nada. —Rin le dedicó una risa entre dientes. Tenía que reírse, ocultar con un humor insensible la aprensión que sentía. De lo contrario, acabaría derrumbándose bajo el peso del miedo—. Solo será un día, querido. No me eches mucho de menos.

Kitay no se rio.

—Vuelve —le dijo, adoptando repentinamente una expresión sombría. Cerró los dedos alrededor de los de ella—. Escucha, Rin, me da igual lo que pase allí arriba, pero tienes que volver conmigo.

El sendero de subida hacia el monte Tianshan era un camino sagrado.

En todos los mitos, Tianshan era el lugar del que descendían los dioses. El lugar en el que se

encontraba Lei Gong cuando tallaba relámpagos en el cielo con su vara. El lugar en el que la reina madre del oeste había cuidado del melocotonero de la inmortalidad que había condenado a la dama de la luna Chang'e a una eternidad de tormento. El lugar en el que Sanshengmu, hermana del vengativo Erlang Shen, había perecido al ser desterrada de los cielos por amar a un mortal.

Era evidente por qué los dioses escogerían un lugar como aquel, donde el aire enrarecido era frío y dulce, donde las flores que bordeaban el camino eran de unos colores tan intensos que no parecían reales. El sendero, tan poco transitado que casi había desaparecido, estaba en calma mientras avanzaban. Nadie dijo nada. Rin no oía nada más que sus pasos, ni el piar de los pájaros ni el zumbido de los insectos. El monte Tianshan, a pesar de todo su encanto natural, parecía carente de cualquier otro tipo de vida.

Los dirigibles llegaron a mediodía.

Al principio, Rin creyó estar imaginándose aquel zumbido, puesto que era muy leve. Creyó que aquel sonido era un recuerdo provocado por el miedo, los nervios y el más puro agotamiento.

Sin embargo, en ese momento, Daji se detuvo en seco y Rin se dio cuenta de que ella también lo estaba escuchando.

Jiang miró hacia el cielo y gimió.

—Me cago en todo.

Despacio, las aeronaves emergieron de un muro blanco y denso de niebla, una detrás de otra, unas formas negras medio ocultas entre las nubes igual que monstruos al acecho.

Rin, Jiang y Daji se quedaron muy quietos en el suelo, totalmente expuestos en medio de esa nieve blanca, tres objetivos claros ante un pelotón de fusilamiento.

¿Desde cuándo sabía Nezha dónde se encontraba Rin? ¿Desde que ella había llegado a la Provincia del Perro? ¿Desde que había comenzado su marcha? El Joven Mariscal debía de haber detectado a los sureños con sus naves de reconocimiento y haberlos acechado sin ser visto más allá del horizonte. Debía de haber seguido cada uno de sus pasos a lo largo de la cordillera de Baolei y aguardado para ver a dónde lo conducirían, como un cazador siguiendo a un cervatillo hasta su rebaño. Debía de haberse percatado de que se dirigían hacia el oeste en busca de salvación. Y, tras su devastadora derrota en el Yunque, con una desesperada necesidad de conseguir una victoria para los hesperianos, Nezha debía de haber decidido esperar para eliminar a la resistencia de raíz.

—¿A qué estás esperando? —siseó Daji—. Atácalos.

Jiang negó con la cabeza.

—No los tengo a tiro.

El Guardián tenía razón. Las aeronaves atravesaban la niebla vacilantes, como depredadores pacientes esperando a ver hacia dónde pretendía escabullirse su presa. No obstante, permanecían planeando a una distancia tan grande que solo eran figuras borrosas en el cielo, donde sabían que las sombras de Jiang no las alcanzarían. No se acercaron. No dispararon.

«Nezha está al corriente», pensó Rin. Estaba segura de ello. Esa tenía que ser la única explicación posible. De algún modo, Nezha entendía lo que Rin estaba intentando hacer o, al menos, podía hacerse una idea. No estaba listo aún para matar a la Tríada. Tenía que averiguar, por el bien de sus supervisores hesperianos, qué era lo que había exactamente dentro de esa cámara.

—Pues entonces, daos prisa —dijo Daji con brusquedad, y volvió a fijar la mirada en el sendero—. Seguid subiendo.

No les quedaba otra opción que seguirla.

Rin trepó por la roca resbaladiza, dejando atrás todas sus reservas debido al puro terror que sentía. Sus preguntas sobre la Tríada ahora carecían de importancia. Lo que fuera que Jiang hubiese hecho, lo que fuera que le estuviese ocultando, quienesquiera que fuesen esos niños… Nada de eso importaba. Tenía a Nezha encima, listo para reducirla a cenizas con solo dar una orden. A Rin solo le quedaba un camino hacia la supervivencia, y ese era Riga.

Tal vez estuviera a punto de despertar a un monstruo, pero le daba igual.

Más arriba, el sendero estaba envuelto en una niebla tan densa que Rin apenas podía ver o respirar. Esa era la famosa niebla del monte Tianshan, conocida como la mortaja impenetrable de la Emperatriz de los Cuatro Cielos, que esa diosa había dejado caer sobre el lugar para evitar que los mortales encontraran las puertas hacia los cielos. La humedad era tan palpable que Rin casi tenía la sensación de estar moviéndose por el agua. No podía ver más de un metro por delante de ella. Tuvo que arrastrarse a cuatro patas y seguir con desesperación el sonido de los pasos de Daji.

Aún podía oír a la flota de dirigibles, pero ya no podía verla. El zumbido también se había vuelto más apagado, como si la flota se hubiese acercado primero a la montaña para luego retirarse de nuevo.

¿Acaso ellos no podían ver hacia dónde se dirigían Rin, Jiang y Daji? Tenía que ser eso. Si esa niebla era tan peligrosa para los escaladores, para una aeronave debía de serlo el doble. Seguramente se habrían retirado hacia una zona más despejada y aguardarían allí hasta que averiguasen la localización exacta de sus objetivos.

¿Cuánto tiempo les concedería eso? ¿Horas? ¿Minutos?

A la esperiliana le costaba cada vez más respirar. Durante la marcha se había acostumbrado a la falta de aire, pero rara vez habían subido a unas altitudes semejantes. Sentía la fatiga extendiéndosele por las piernas y los brazos e intensificándose hasta convertirse en una agonizante quemazón. Cada paso era una tortura. Redujo su marcha hasta un tercio de su velocidad inicial y arrastró los pies hacia delante con cada ápice de energía que le quedaba en los músculos.

No podía detenerse. En un principio habían acordado que, si se agotaban demasiado rápido, acamparían a mitad de la ascensión por la montaña. Sin embargo, con los dirigibles siguiéndolos desde arriba, eso había pasado a dejar de ser una opción.

«Paso a paso», se dijo Rin a sí misma. Un paso. Luego otro. Y luego otro más, hasta que al fin el sendero empinado abrió camino a un terreno llano de piedra. La joven se tiró al suelo a cuatro patas entre jadeos, desesperada por tener unos segundos de descanso.

—Allí —susurró Daji detrás de ella.

Rin levantó la cabeza y entornó los ojos a través de la niebla hasta que el Templo Celestial apareció entre la bruma: una imponente pagoda de nueve plantas con paredes rojas y tejados inclinados de cobalto que resplandecía de forma inmaculada, como si se hubiera construido el día anterior.

El templo no tenía puertas. Había un hueco rectangular abierto en el muro, donde debería haber habido una. En el interior no se veía nada más que oscuridad. No había ninguna barrera contra el viento y el frío. Lo que fuera que hubiera dentro no requería ninguna defensa. Del

interior surgía un poder oscuro y crepitante. Rin podía sentirlo en el aire, cómo adquiría más fuerza a medida que se acercaba al lugar. Era una leve tensión que provocaba que se le erizara la piel a causa de la inquietud.

Allí la frontera entre el mundo de los dioses y el de los hombres se hallaba difuminada. Ese lugar estaba bendecido. Ese lugar estaba maldito. Rin no tenía claro cuál de las dos afirmaciones era cierta.

La entrada oscura del templo invitaba a su interior. La esperiliana se vio invadida por un repentino y angustioso impulso de huir.

—Pues bueno —dijo Daji detrás de ella—, vamos allá.

Rin tragó saliva y subió la rampa que había en el umbral mientras proyectaba sus propias llamas hacia la oscuridad para iluminar el camino. La estancia de la planta baja no era cálida. Tampoco era fría. No era nada en absoluto, allí había ausencia de temperatura. Era un lugar perfectamente acondicionado para que Rin se sintiese intacta. El aire no se movía. No había polvo. Se trataba de un espacio tallado en la frontera del mundo natural, una cámara fuera del tiempo.

Despacio, la mirada de Rin se acostumbró al interior poco iluminado.

El Templo Celestial no tenía ventanas. Las paredes de las nueve plantas eran de roca sólida. Incluso el techo, a diferencia de los que había en todas las pagodas que Rin había visto en su vida, estaba cerrado por la parte alta, bloqueando toda la luz, excepto la anaranjada que resplandecía en la palma de su mano.

Con cautela, Rin dejó que sus llamas adquirieran mayor altura e intensidad, intentando así iluminar cada rincón de la estancia sin prenderle fuego a nada. Vislumbró por encima de ella las sesenta y cuatro figuras de los dioses, unas estatuas subidas a unos pedestales exactamente iguales a los que había visto en el Panteón. Las llamas distorsionaban sus sombras, lo que hacía que su proyección fuese más larga y amenazadora sobre las altas paredes de piedra.

Sí, era innegable que los dioses estaban allí presentes. Rin no solo los sentía, también podía oírlos. Unos extraños susurros la envolvían, pronunciando palabras fugaces que desaparecían en cuanto intentaba comprenderlas. La joven se paró junto al pedestal del Fénix. El dios la miraba desde arriba, transmitiéndole cariño, burla y desafío. «Cuánto tiempo sin vernos, pequeña».

En mitad de la estancia se erigía un altar.

—Por la Gran Tortuga —exclamó Jiang—. Vaya despliegue tuviste con él.

El Emperador Dragón yacía sobre una cama hecha de jade puro, con las manos cruzadas con serenidad sobre el pecho. No parecía alguien que estuviese en coma, que llevase dos décadas sin comer ni beber. No parecía una persona en absoluto. Parecía formar parte del templo. Estaba tan quieto y era tan permanente como la roca. Su pecho no se elevaba ni descendía. Rin no sabía si respiraba siquiera.

El parecido que guardaba con la familia Yin era asombroso. Su rostro estaba esculpido en porcelana, con unas cejas gruesas, una nariz recta y un encantador conjunto de ángulos afilados. Su cabello largo, de color negro azabache, le caía elegantemente sobre los hombros. Rin se sintió mareada al pasar la mirada por sus facciones nobles y dormidas. Le daba la sensación de que estaba contemplando el cadáver de Nezha.

—No alarguemos esto —dijo Daji—. ¿Ziya?

Jiang se movió rápido. Antes de que a Rin le diese tiempo a parpadear, su maestro dejó al

cervatillo sobre el suelo de piedra y le hundió el cuchillo en el cuello.

El animal movió la boca, desesperado, pero de ella no salió ningún grito, solo unos gorgoteos agónicos y una asombrosa cantidad de sangre.

—Venga, rápido, antes de que muera. —Daji apartó a Rin de en medio mientras Jiang arrastraba al cervatillo que se retorcía hacia la base del altar.

El momento de asfixia del animal se alargó de forma tortuosa. Al fin, su lucha se vio reducida a unos temblores leves mientras su sangre manchaba todo el suelo y se deslizaba en unos riachuelos que corrían rectos por las juntas de las baldosas de piedra. Daji se agachó sobre el animal, apoyó una mano contra uno de sus costados y murmuró algo entre dientes.

Un crepitar se extendió por toda la cueva, un largo e incesante redoble de truenos que no dejó de aumentar de volumen hasta que pareció que la pagoda estaba a punto de explotar. Rin sintió el poder en el aire. Demasiado poder. Se le concentró en la garganta, asfixiándola. La joven se apoyó contra la pared, atenazada por un terror repentino.

Daji hablaba cada vez más rápido. Unas palabras ininteligibles brotaban con ansia desde sus labios.

Jiang estaba completamente inmóvil. Tenía el rostro retorcido en una mueca extraña e incierta. Rin no sabía si con ello expresaba su horror o su emoción.

Entonces, se produjo una gran explosión de luz blanca, seguida de un ruido parecido a un trueno. La esperiliana no se había percatado de que se había caído al suelo hasta que sintió cómo se golpeaba la espalda contra una de las paredes más alejadas.

Vio destellos detrás de sus párpados. El dolor era insoportable. Quería hacerse un ovillo y balancearse hacia delante y hacia atrás hasta que todo aquello se acabara, pero el miedo se había apoderado de ella. El miedo hizo que se arrastrara de rodillas entre toses y que entrecerrara los ojos mientras esperaba a recuperar la visión.

Jiang se hallaba con la espalda pegada a la pared contraria, inmóvil y con el rostro impasible. Daji se había desplomado contra la base del altar. Un leve reguero de sangre le caía por entre los labios. Rin avanzó a trompicones para poder ayudarla, pero la Víbora negó con la cabeza y señaló hacia el altar, donde, por primera vez después de veinte años, Yin Riga se había levantado.

Los ojos del Emperador Dragón eran de un color cobalto puro y reluciente. El hombre recorrió la estancia con la mirada, despacio, mientras tomaba asiento, asimilando lo que veía en la pagoda.

Rin no podía moverse. Ni siquiera podía hablar… Todas las palabras resultaban insuficientes. Algún tipo de fuerza parecía estar cerrándole la mandíbula, algo parecido a la gravedad hacía que el aire en el templo fuese más duro que una piedra.

—¿Puedes oírme? —Daji, que se puso de rodillas, tomó las manos de Riga entre las suyas—. ¿Riga?

El Emperador Dragón se quedó contemplándola durante largo rato. Luego, soltó un graznido con una voz que parecía gravilla:

—Daji.

Jiang profirió un ruido ahogado.

Rin desplazó la mirada brevemente hacia su maestro y luego volvió a fijarla en la emperatriz.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Veinte años. —Daji carraspeó—. ¿Sabes… dónde estás?

Riga se sentó en silencio durante un momento con el ceño fruncido.

—He estado a la deriva —dijo. Al menos, su voz no se parecía en absoluto a la de Nezha. La tenía ronca a causa del desuso, como si estuviese pasando una hoja oxidada por una piedra—. No sé de qué lugar se trataba. Estaba oscuro, y los dioses guardaban silencio. Y no lograba regresar. No encontraba el camino. No dejé de preguntarme quién podría haber… —De repente, volvió a fijar la mirada en Daji, como si se hubiese caído en la cuenta mientras lo decía en voz alta—. Ahora lo recuerdo. Nos estábamos peleando.

A Daji le tembló la pálida garganta.

—Sí.

—Y tú nos detuviste. —Detuvo la mirada sobre el rostro de Daji durante largo rato. Algo que Rin no lograba comprender estaba pasando entre ambos. Algo cargado de arrepentimiento, anhelo y resentimiento. Algo peligroso.

De pronto, Riga se giró.

—Ziya —pronunció a modo de orden. Su voz era cada vez más clara y alta, y resonaba contra las paredes de la pagoda.

Jiang levantó la cabeza con premura.

—Sí.

—Has entrado en razón, ¿eh? —Riga se puso en pie, zafándose del brazo que le ofrecía Daji. Era mucho más alto que Nezha. Si hubieran estado de pie uno al lado del otro, habría hecho que Nezha pareciera un niño—. ¿Has superado ya lo de esa estúpida chica? Ese era el motivo de la pelea, ¿no?

El rostro de Jiang seguía tan impasible como la piedra.

—Me alegro de volver a verte.

Riga se giró hacia Rin.

—¿Y qué tenemos aquí?

La esperiliana no podía hablar. Intentó dar un paso atrás, pero, para su gran horror, se hallaba petrificada en el sitio. La mirada de Riga le clavaba los pies al suelo como pinchos de acero, paralizándola sin ningún esfuerzo.

—Qué interesante. —Riga ladeó la cabeza mientras la recorría con la mirada como si estuviera examinando a un animal de carga en el mercado—. Creía que los habían matado a todos.

Rin intentó sacar su cuchillo, pero el brazo no le respondía.

—Arrodíllate —le dijo Riga con calma.

La joven obedeció de inmediato. La voz del Emperador Dragón era como una fuerza física, capaz de ponerla de rodillas y obligarla a levantar la mirada del suelo. Vibraba en sus huesos, hacía temblar los propios cimientos de la pagoda.

Riga se acercó despacio a ella.

—Es más baja que el resto. ¿A qué se debe eso?

Nadie respondió. Riga tarareó.

—Supongo que Hanelai también era baja. ¿Esta sabe seguir órdenes?

Por fin, Rin consiguió decir algo.

—¿Órdenes?

—Rin, guarda silencio —le dijo Daji con brusquedad.

Riga se limitó a reír.

—Estoy impresionado, Ziya. Has acabado encontrando a otra con la que quedarte, ¿eh? Siempre te ha gustado tener mascotas.

—No soy su mascota —gruñó Rin.

—Vaya, pero si habla.

Riga se inclinó hacia delante y le dedicó una sonrisa amplia y terrible. Luego, alargó una mano, la agarró por el cuello de su túnica y la levantó en el aire con un simple y sencillo movimiento. Rin jadeó cuando los pulgares de Riga se le clavaron dolorosamente en la tráquea. Pataleó, pero estaba colgando a varios centímetros del suelo, y lo único que conseguía era rozarle las rodillas a Riga con los pies. Tanto retorcerse no sirvió más de lo que le serviría a un niño montar un berrinche. Riga la acercó hacia él hasta que sus miradas estuvieron niveladas, hasta que sus rostros estuvieron tan cerca que la joven podía sentir sobre sus mejillas el calor de su aliento al hablar.

—He pasado mucho tiempo dormido, pequeña esperiliana —susurró—. No estoy de humor para que me pongan en entredicho.

—Venga, suéltala —dijo Daji—. Vas a acabar matándola.

Riga fulminó a la Víbora con la mirada.

—¿Acaso te he dado permiso para hablar?

—La joven es útil —insistió Daji—. Es fuerte. Nos ha ayudado a llegar hasta aquí…

—¿De verdad? Qué patético. Antes, hacíais estas cosas por vosotros mismos. —Riga curvó los labios en señal de burla—. ¿Qué pasa? ¿Ziya también se ha follado a esta? Debo decir que ha bajado el listón.

—No tiene nada que ver con eso —se apresuró a añadir Daji—. Es solo una cría, Riga, no le hagas daño…

—¿Qué sucede, querida? —El Emperador Dragón profirió una risita—. ¿Por fin tienes conciencia?

La voz de Daji se volvió estridente.

—Riga, escúchame. Suéltala.

Él abrió los dedos.

Rin cayó al suelo y se llevó las manos a la garganta sin hacer ruido. Las piernas de Riga se cernían sobre ella. La joven se encogió, preparada para recibir una cruel patada, pero el hombre se limitó a pasar por encima de ella como si fuera un reposapiés.

Se encaminaba hacia Daji.

—Riga… —comenzó a decir la Víbora justo antes de que el Emperador Dragón echara la mano hacia atrás y le cruzara la cara. Daji giró la cabeza hacia un lado. Profirió un grito y se cubrió la mejilla.

—Cállate —le dijo Riga, y volvió a abofetearla. Y lo hizo una vez más, y otra, hasta que la vivida huella carmesí de una mano se quedó marcada en la mejilla blanca como el papel de la Víbora—. Cállate, estúpida zorra.

Rin los observó desde donde estaba, estupefacta.

Durante muchísimo tiempo, había considerado a Daji (Su Daji, la Víbora, antigua emperatriz de Nikan) el ser más poderoso de la tierra. Desde que la había conocido la había temido. Había

deseado con fervor ser ella.

Pero allí estaba, con los hombros hundidos, como si estuviera intentando encogerse y desaparecer mientras Riga le pegaba como si fuese un perro. Y la Víbora lo aceptaba sin más.

—¿Creías que me olvidaría? —le preguntó Riga con la voz ronca—. Pequeña zorra traidora, ¿creías que no recordaría quién me metió aquí?

Riga levantó *la* mano. Daji se agazapó junto a la pared y dejó *escapar* un sollozo quejumbroso.

—Ay, no seas así. —El Emperador Dragón la agarró por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza. Soltó un suspiro—. Antes te ponías muy guapa cuando llorabas. ¿Cuándo dejaste de ser tan hermosa?

Rin quería vomitar.

Daji no iba a tolerar eso de ninguna manera. Seguramente le respondería. Seguramente Jiang saldría en su defensa.

Sin embargo, ambos se limitaron a apartar la mirada. Daji la fijó en sus propias manos, y Jiang en el suelo. Los dos estaban temblando. Rin se dio cuenta entonces de que eso no era nada nuevo para ellos. Esa era la respuesta habitual de ambos hacia ese terror con el que habían convivido durante años. Un terror tan incapacitante que ahora, veinte años más tarde, después de casi media vida de libertad, lejos del hombre al que odiaban, seguían acobardándose ante él como si fueran perros apaleados.

Rin estaba atónita.

¿Qué les habría hecho Riga?

Y, si acababa ayudándolo a bajar de la montaña, ¿qué le haría a ella?

«Mátalo», dijo el Fénix. «Mátalo ahora».

Riga estaba de espaldas a la esperiliana. La joven podría ponerle fin a todo eso en cuestión de segundos. Solo tenía que abalanzarse sobre él rápidamente, embestirlo y clavarle el puñal. Rin agarró con fuerza la empuñadura de su cuchillo, se puso en pie haciendo el mínimo ruido posible y clavó los talones en el suelo. Podía invocar al Fénix, pero, en ocasiones, el acero era más rápido que el fuego…

No. No. Si hería a la Tríada, acabaría quedándose sola. Había llegado muy lejos. Riga era su última esperanza. Ahora no podía tirarlo todo por la borda.

Sabía que había despertado a un monstruo. Pero eso era algo de lo que había sido consciente desde el principio. Sabía que necesitaba tener a los monstruos de su parte.

—No soy tu enemiga —declaró la joven—. Tampoco estoy aquí para servirte. Soy la última esperiliana, y he venido en busca de tu ayuda.

Riga no se dio la vuelta, pero soltó a Daji de la barbilla. Estaba muy quieto, con la cabeza ladeada. La Víbora trastabilló hacia atrás, se frotó la mandíbula y se quedó mirando a Rin con los ojos bien abiertos a causa del asombro.

—Sé lo que hiciste. —Las palabras de Rin sonaban temblorosas e infantiles. No podía remediarlo—. Lo sé todo. Y me da igual. El pasado no tiene importancia. Pero Nikan está en peligro ahora, y te necesito.

Riga se giró. Tenía los ojos como platos y la boca medio abierta al esbozar una sonrisa incrédula.

—¿Lo sabes? —El Emperador Dragón avanzó en dirección a la joven. Sus pasos eran lentos y amenazantes, como los de un tigre acercándose a su presa—. ¿Qué es lo que crees saber?

—Lo de Speer. —Rin dio un paso hacia atrás sin pensar. Todo lo que rodeaba a ese hombre irradiaba peligro. La sonrisa plasmada en el rostro de Riga hacía que le entraran ganas de darse la vuelta y salir corriendo—. Lo he visto… Lo sé… Sé que fuiste tú quien la entregó. Sé que les dejaste hacer eso.

—¿Eso crees? —Riga se inclinó hacia ella—. Entonces, ¿por qué no quieres matarme, niña?

—Porque me da igual —jadeó ella—. Porque hay otro enemigo en nuestras costas que es diez veces peor que tú, y te necesito para destruirlo. Con Speer tuviste que tomar una decisión necesaria. Lo pillo. Yo también he tenido que sacrificar las vidas de otros.

Riga la contempló en silencio durante bastante rato. Rin hizo todo lo posible por sostenerle la mirada, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que temía que le explotara.

No podía interpretar la expresión del Emperador Dragón. No tenía ni idea de qué estaría pensando. Había algo raro, algo iba mal… Lo sabía por la expresión aterrada que exhibía Daji. Pero la esperiliana no podía huir, tenía que llegar hasta el final.

Entonces, Riga echó la cabeza hacia atrás y rio. Sus carcajadas eran algo horrible, igual que las de Nezha, de un cruel regocijo.

—No sabes una mierda.

—Me da igual —repitió Rin, desesperada—. Los hesperianos están aquí, Riga. Están justo ahí fuera. Debes trabajar conmigo…

El Emperador Dragón alzó una mano.

—Ay, cierra el pico.

Una fuerza invisible empujó a Rin contra el suelo. El dolor en las rodillas fue agonizante. La joven se puso a cuatro patas, intentando levantarse sin éxito.

Riga se agachó frente a ella y le agarró la cabeza entre sus manos.

—Mírame.

Rin cerró los ojos con fuerza.

Eso dio igual. Riga ejerció tanta presión con las puntas de los dedos sobre las sienes de la joven que esta creyó que estaba a punto de partirle el cráneo. Una presencia cruel y fría se abrió paso por su mente, escarbando entre sus recuerdos con un despiadado desprecio, arrasando con todo, lo que hizo que el miedo le secara la boca. Vio a la tía Fang pellizcándole la piel y causándole moratones en las zonas cubiertas por la ropa para que nadie pudiera verlos. A Shiro clavándole agujas descuidadamente en las venas con gran fuerza. A Petra recorriendo su cuerpo desnudo con un metal frío, curvando sus finos labios en un gesto divertido cada vez que ella se encogía.

Todo eso duró lo que pareció una eternidad. Rin no fue consciente de que estaba gritando hasta que su garganta convulsionó a causa del esfuerzo.

—Ah —dijo Riga—. Ya estamos.

Los recuerdos se detuvieron. Rin se encontró a sí misma inclinada sobre el suelo, jadeando y con la baba cayéndole de la boca.

—Mírame —volvió a decirle Riga, y esta vez la joven obedeció, exhausta.

No le quedaban fuerzas para luchar. Solo quería que todo aquello acabara. Si hacía lo que él le pedía, ¿le pondría fin?

—¿Es esto lo que querías ver? —inquirió el Emperador Dragón.

Su rostro se transformó en el de Altan. Esbozó una sonrisa.

Y entonces, Rin comprendió al fin lo que Daji había querido decir al afirmar que el poder de Riga se basaba en él miedo.

Ese hombre no solo se limitaba a aterrorizar por medio de la fuerza bruta. Aterrorizaba con un poder puro y abrumador. Había hurgado entre los recuerdos de Rin para encontrar al único hombre al que la joven había considerado tan intimidantemente fuerte que no había podido hacer más que obedecerlo… No, había deseado obedecerlo porque el miedo y el amor eran en realidad dos caras de la misma moneda.

La esperiliana se daba cuenta ahora de qué era lo que unía a Jiang y a Daji con Riga. Era el mismo motivo por el que ella se había sentido atraída hacia Altan en el pasado. Con Altan todo había sido siempre muy fácil. Nunca había tenido que pensar por sí misma. Al esperiliano lo había consumido la rabia, y ella lo había seguido, a ciegas y sin cuestionarle nada, porque admirar su propósito era mucho más simple que encontrar uno propio. Él la había aterrorizado. Y Rin habría muerto por él.

—Altan Trengsin —musitó Riga—. Recuerdo ese nombre. El sobrino de Hanelai, ¿no, Ziya? ¿El orgullo de la isla?

Unas nuevas imágenes invadieron la mente de la esperiliana.

Vio olas que chocaban contra una costa recortada. Vio a un niño caminando por la orilla. Era muy pequeño, no tendría más de cuatro o cinco años. Estaba solo en la playa, con un tridente en la mano y los ojos oscuros entrecerrados en señal de concentración mientras observaba las olas. El cabello negro como la tinta le caía en unos rizos suaves alrededor de las mejillas bronceadas por el sol, y su rostro se hallaba en tensión con una vehemencia madura e intensa propia de alguien mucho mayor. Poco a poco, sin apartar la mirada del agua, levantó el tridente por encima de su hombro en una postura ensayada que Rin había presenciado muchas veces antes.

Entonces, la joven fue consciente con un sobresalto de que estaba mirando a Altan.

—Ven —dijo una voz. Era la de Riga, pero procedía de la boca de Rin, ya que aquel era un recuerdo del Emperador Dragón, y ella estaba experimentando, desde dentro de su cuerpo, algo que el hombre ya había hecho.

Veinte años atrás, Yin Riga se había acercado a Altan Trengsin y le había dicho:

—Venga, vamos. Tu tía te está esperando.

Riga alargó una mano. Y Altan, sin hacer ninguna pregunta y sin dudarlo, se la tomó.

Rin oyó la risa de Riga retumbar dentro de su mente. «¿Te das cuenta ahora?».

La joven se tambaleó hacia atrás, horrorizada, pero seguía atrapada en la visión, obligada a seguir mirando todo el tiempo que Riga quisiera. No había nada que Rin pudiera hacer para volver a tener el control. No podía regresar a su cuerpo, no podía volver al monte Tianshan. Solo podía seguir observando cómo Riga conducía a Altan hasta un barco que lo esperaba en la orilla, un barco que ondeaba los colores de la Federación.

Había otros niños esperando en los muelles. Decenas de ellos. Y entre los niños, había un hombre delgado y enjuto. Sus manos tocaban los hombros de los críos. Sus ojos entornados se desplazaban con una alegre curiosidad mientras los contemplaba igual que había llegado a contemplar a Rin. Su rostro estrecho y de barbilla afilada se había cernido sobre ella en los peores momentos de su vida, y todavía seguía acechándola en sus pesadillas.

Shiro.

Veinte años atrás, el doctor Eyimchi Shiro había cogido a Altan de la mano y lo había subido

a un barco.

Entonces, todo cobró sentido. Esa última y horrible pieza del puzle encajó en su lugar. La Federación no había secuestrado a los niños de Speer. Había sido obra de la Tríada. Había sido cosa de Riga desde el principio. Él era quien les había entregado a los niños a la Federación. Él era quien había obligado a Hanelai a dar su brazo a torcer cuando había discrepado con él, y luego, cuando la esperiliana había tomado la decisión equivocada, la había obligado a observar cómo su isla desaparecía entre el humo.

—Tienes razón. —Riga apartó las manos de las sienes de Rin y la dejó jadeando de rodillas —. Tomé decisiones difíciles. Hice lo que debía hacer. Pero no trabajo con esperilianos. Ya lo probé con Hanelai. Esa zorra intentó desertar. Los de tu especie no saben servir, tan solo causan problemas. Y tú no serás distinta.

A Rin le dolía la cabeza. Se quedó sin aliento, con la mirada fija en el suelo hasta que la visión dejó de darle vueltas. Intentó ganar un par de segundos.

Había estado tan sumamente equivocada. No se podía aplacar a Riga. No podía pedirle una alianza a alguien que no la consideraba humana.

Aquello no tenía nada que ver con la humillación.

Tenía que ver con la supervivencia.

Entonces, la única opción que le quedaba fue más que evidente.

Había guardado la esperanza de que todo saliera de forma distinta. Había escalado esa montaña dispuesta a hacer casi cualquier cosa por la Tríada. Había sido consciente de que los tres habían hecho cosas terribles. Pero había tenido la intención de pasar todo eso por alto si ponían su poder a su disposición. Rin se lo habría perdonado casi todo a la Tríada si eso hubiese significado obtener una victoria contra la República.

Pero no eso.

Levantó la cabeza.

—Gracias.

Riga retorció la boca hasta formar una mueca.

—¿Por qué, pequeña?

—Por hacer esto tan fácil. —Rin cerró los ojos, abriéndose paso entre su dolor para dar con un foco de rabia determinado. Entonces, giró la palma de la mano hacia arriba.

La llamarada duró tan solo dos segundos, tiempo de sobra para chamuscarle la ropa a Riga antes de que el fuego se extinguiese.

El Fénix no había desaparecido. Rin aún podía sentir su vínculo con el dios, con más claridad que nunca, al encontrarse en el Templo Celestial. Pero el Fénix se hallaba contenido, chillaba y luchaba contra un enemigo que Rin no podía percibir.

En alguna parte del plano espiritual, los dioses batallaban.

Eso quería decir que en el plano en el que estaba ella tendrían que conformarse con un combate cuerpo a cuerpo.

Rin desenvainó la espada. Riga tomó la suya de lo alto del altar justo cuando la joven cargó contra él; paró el golpe con tal fuerza que provocó que unas ondas de choque atravesaran el brazo de la esperiliana.

Riga era inesperadamente lento. Extrañamente torpe. Sus movimientos eran correctos, pero siempre iba medio segundo por detrás, como si aún estuviera intentando recordar cómo canalizar

sus pensamientos en acciones. Después de haberse pasado veinte años dormido, el Emperador Dragón todavía tenía que acostumbrarse a su cuerpo físico, y esa desventaja era lo único que mantenía a Rin con vida.

No era suficiente. El manejo de la espada de la esperiliana era terrible. Nunca practicaba con la mano izquierda. No tenía equilibrio. Pese a que Riga era lento, Rin apenas podía seguirle el ritmo y, en cuestión de segundos, el Emperador Dragón consiguió que fuera ella la que adoptase la posición defensiva. La joven ni siquiera podía devolverle los golpes. Tenía toda la concentración puesta en esquivar la espada de su contrincante.

Riga levantó el arma por encima de su cabeza. Rin levantó la suya a tiempo para parar un golpe que tenía la intención de partirla en dos. El hombro le cedió a causa del impacto. La joven se tensó, aguardando un golpe de costado, pero Riga no apartó su espada de la de ella. El Emperador Dragón empujó hacia abajo, cada vez más fuerte, hasta que los aceros entrecruzados quedaron a unos centímetros del rostro de Rin.

—Arrodíllate —le dijo Riga.

A Rin le temblaron las rodillas.

—Tendré compasión —le dijo—. Te permitiré servirme. Solo tienes que arrodillarte.

El brazo de la esperiliana cedió. Riga bajó su espada hacia ella. La joven se echó hacia la izquierda y la esquivó, aunque por muy poco, mientras su propia espada se le escapaba de entre los dedos dormidos y caía al suelo. Riga pisó la empuñadura y la mandó de una patada al otro extremo de la estancia.

—Ziya. —El Emperador Dragón miró hacia atrás—. Deshazte de eso.

Jiang seguía de pie en el mismo sitio en el que se había quedado petrificado cuando Riga había bajado del altar. Al oír su nombre, levantó la cabeza con un gesto confuso.

—Maestro —jadeó Rin—, por favor…

Jiang se movió despacio hacia la espada, se agachó para recogerla y luego titubeó. Fijó la mirada en Rin y frunció el ceño. Entornó los ojos como si estuviera intentando recordar dónde había visto antes a la joven.

—Vamos, Ziya —dijo Riga. Sonaba aburrido—. No te entretengas.

El Guardián parpadeó y luego recogió la espada del suelo.

Rin se apresuró a ponerse en pie, buscando a tientas su cuchillo, hasta que recordó que lo estaba haciendo con unos dedos fantasma, con la mano derecha que le faltaba.

Se abalanzó sobre las piernas de Riga. Si conseguía hacer que perdiera el equilibrio, que cayera al suelo…

El Emperador Dragón la vio venir. Se echó a un lado y le clavó la rodilla en el esternón. Algo crujió en la caja torácica de la esperiliana. Rin cayó al suelo, incapaz de jadear siquiera.

—¿No has tenido suficiente? —Riga se agachó, la agarró por el cuello de la túnica y la levantó hasta quedar cara a cara. Luego, le hundió el puño en el estómago.

El golpe lanzó a Rin hacia atrás hasta que chocó contra la pared. Su cabeza crujió contra la piedra. Vio chiribitas detrás de los párpados. Se deslizó sin fuerza hasta el suelo mientras se asfixiaba. No podía respirar. No podía moverse. No podía sentir nada más que oleadas intensas de un dolor insoportable.

No contaba con ningún arma, con ningún escudo ni con el fuego.

Por primera vez, pensó que tal vez no saldría con vida de ese templo.

—Odio tener que hacer esto. —Riga le dio unos toquecitos con la espada en un lateral del cuello, como si estuviera practicando antes de lanzar su estocada—. Matar a la última de todos vosotros. Es algo tan definitivo. Pero los esperilianos nunca me habéis dejado otra opción. Siempre tenéis que ser tan problemáticos.

Riga echó la espada hacia atrás. Rin cerró los ojos con fuerza y aguardó a sentir la hoja hundida en su carne.

Pero eso nunca llegó a suceder.

La joven escuchó un crujido. Abrió los ojos. Jiang se había interpuesto entre Riga y ella. Su vara había acabado astillada, y un color carmesí cubría el torso del Guardián y la hoja de Riga. Jiang se dio la vuelta. Rin y él se miraron a los ojos.

—Corre —le susurró su maestro.

Riga volvió a levantar su espada. Algo negro silbó en el aire y la hoja del Emperador Dragón patinó por el suelo.

—Lo había olvidado —dijo Riga con desdén—. Siempre has sentido debilidad por los esperilianos.

Entonces, le asestó una patada salvaje a Jiang justo en la herida que tenía en el costado. El Guardián se dobló sobre sí mismo. En un rincón, Daji profirió un grito ahogado y se agarró el estómago, con el rostro retorcido a causa del dolor.

Rin vaciló. Se encontraba dividida entre ayudar a Jiang o correr hacia la puerta.

—No puede matarme —siseó su maestro—. Corre.

Rin se puso en pie con dificultad. La puerta se hallaba a tres metros de distancia. Eso no era nada. Le dolían muchísimo las piernas, le dolía todo, pero reprimió el dolor y se obligó a avanzar. Dos metros…

Se produjo una explosión detrás de ella. Rin se tropezó y cayó.

—Corre —repitió Jiang, aunque su voz sonaba tensa. Rin olía la sangre. Quería mirar hacia atrás, pero sabía que no debía hacerlo, sabía que tenía que seguir adelante. Un metro. Estaba muy cerca—. ¡Llámalos! —gritó Jiang—. ¡Acaba con esto!

Rin sabía exactamente a qué se refería.

En el exterior, la aguardaba la niebla.

La joven se negó a sentirse culpable por aquello. Esa era la única opción que le quedaba. Era lo que Jiang quería. Su maestro había tomado una decisión, y ahora ella tenía que tomar otra. Abrió la palma de la mano y apuntó con ella hacia el cielo.

«Te libero».

Esta vez, el Fénix apareció. El Dragón estaba distraído mientras forcejeaba con el Guardián, así que el dios de Rin estaba libre. El fuego surgió del brazo de la joven y atravesó la niebla, como un faro luminoso contra un fondo gris.

El Fénix chilló, complacido. En ese momento, Rin sintió su divina presencia más cerca, de una forma más íntima que nunca, con una sincronía que sobrepasaba lo que había llegado a sentir cuando había estado en Speer. Allí donde estaba ahora, donde la frontera entre hombres y dioses se hallaba difuminada, sus voluntades se superponían hasta que dejaban de ser seres independientes, dejaban de canalizar uno al otro, y se convertían en una entidad única que desgarraba el tejido del mundo para reescribir la historia.

El fuego atravesó la densa niebla, dando vueltas en espiral hasta formar un pilar tan alto y

resplandeciente que Rin creyó que debía de ser visible en todo el mundo. Las nubes que envolvían el monte Tianshan se desvanecieron, lo que dejó la pagoda expuesta contra la cara desnuda de la piedra.

Nezha debía de haberlo visto. Rin contaba con ello. La había seguido durante todo el camino hasta allí, y ahora ella le iba a entregar lo que los hesperianos y él querían: a los chamanes más poderosos del mundo concentrados en el mismo lugar, unos objetivos a tiro atrapados en lo alto de la montaña.

«Esta es tu oportunidad, Nezha. Aprovéchala».

Una a una, las aeronaves aparecieron desde detrás de las nubes, unas formas negras borrosas que se dirigían hacia el inconfundible faro que era Rin. Habían estado planeando, aguardando, buscando un objetivo. Ahora lo tenían.

Volaron en una formación semicircular, rodeando la pagoda desde todos los ángulos. Rin no podía ver a Nezha a esa distancia, pero imaginaba que estaría en el centro de la flota, con la mirada fija en ella. La joven levantó una mano y saludó.

—Hola —murmuró Rin—. De nada.

Luego, extinguió sus llamas y echó a correr justo cuando los dirigibles que había en el cielo apuntaron con sus cañones hacia la montaña y dispararon.

Las explosiones partieron el cielo. No se atenuaron. Siguieron sonando como si fueran truenos infinitos, cada vez a mayor volumen, hasta que Rin no pudo escuchar ni sus propios pensamientos. No sabía si había acabado derribada en el suelo. Movía las piernas, pero no podía sentir nada por debajo de las rodillas, aparte de unas profundas reverberaciones en los huesos. La joven se movía como si estuviera flotando, impulsada por una conmoción adormecedora que silenciaba todo su dolor.

Algo vibraba en el aire. No era un ruido, sino una sensación. La esperiliana podía sentirla, igual de espesa que unas gachas congeladas, una quietud crepitante con la que, a esas alturas, ya estaba demasiado familiarizada.

Se atrevió a echar un vistazo a su espalda. Unas bestias abandonaban la pagoda. No eran las entidades tenebrosas y amorfas que Jiang había invocado en el pasado, sino unas criaturas sólidas, infinitas en número, color, tamaño y forma, como si su maestro realmente hubiera abierto las puertas de la casa de las fieras del emperador y hubiera dejado acceder al mundo mortal a cada una de esas chillonas criaturas con garras, colmillos y alas.

Cambiaban constantemente de forma. Rin contempló cómo un fénix se transformaba en un qilin, y luego en un león, para más adelante convertirse en un ser alado que se lanzó hacia la flota de dirigibles como una flecha, acompañado de la cacofonía chirriante de sus hermanos y hermanas.

Los hesperianos respondieron al ataque. El estruendo fue tan potente que la propia montaña pareció temblar.

«Bien», pensó Rin. «Golpéalos con todo lo que tengas».

Aquello iba a ser la prueba definitiva. Iban a demostrar que ni siquiera los chamanes más poderosos en la historia de Nikan podían hacer frente a las máquinas del Arquitecto Divino.

«¿Puedes ver esto, hermana Petra? ¿Justifica tu misión?».

La esperiliana quería quedarse quieta y observarlo todo, maravillarse ante la destrucción que, por una vez, no había provocado ella. Quería ver la clase de herida que podían causarle al tejido del mundo los dos autoproclamados grandes poderes de esa tierra, con el mismo regocijo con el que los niños pequeños destrozaban los nidos de los pájaros.

Un misil explotó en el cielo. Rin se lanzó hacia delante justo cuando una roca se estrelló en la tierra detrás de ella. Fragmentos de escombros, que todavía estaban candentes a causa del impacto, le golpearon la parte posterior de las piernas.

«Contrólate, joder», dijo la voz de Altan cuando Rin consiguió enderezarse, con el corazón latiéndole a toda prisa contra las costillas. «Y lárgate de una puta vez de esta montaña».

La joven necesitaba encontrar una forma más rápida de bajar. Los misiles aún no le habían acertado, pero era inevitable que acabaran haciéndolo. Cuando los dirigibles disparaban de forma masiva, no discriminaban.

Rin se detuvo para estudiar a la flota.

Las aeronaves no iban a aterrizar. Eso sería una estupidez. Pero tenían que acercarse más. No podían apuntar bien a la pagoda desde tan lejos. Debían bajar un poco para tener a la Tríada a tiro.

Y eso le proporcionaba a Rin una única salida evidente.

Espiró profundamente. «Joder».

Solo divisó un dirigible que pudiera alcanzar de un salto, y no estaba segura de ser capaz de llegar a esa altura. Si hubiera estado en una condición física óptima para luchar, habría dado el salto con seguridad. Pero estaba agotada. Tenía cada parte de su cuerpo machacada y dolorida. Las piernas le pesaban como anclas, y los pulmones le ardían en busca de aire.

El dirigible que tenía más cerca estaba ascendiendo más. Si alcanzaba demasiada altura, jamás podría subir a él. No iba a poder saltar en esa trayectoria.

No tenía más tiempo para pensar. Era ahora o nunca. Rin se agachó, hundió los pies en la tierra y aunó cada pizca de fuerza que le quedaba mientras corría para saltar desde el acantilado.

Se agarró con los dedos a una varilla de hierro que había en la parte baja de la aeronave. El dirigible se inclinó peligrosamente hacia un lado, tras sufrir una sacudida hacia abajo por el repentino peso. Rin cerró los dedos con más fuerza mientras agitaba inútilmente su otra muñeca en el aire. El dirigible reajustó su equilibrio. El piloto debía de haberse percatado de que la joven estaba allí. Hizo girar el aparato de un lado al otro para intentar deshacerse de ella. Se le clavaba la fina varilla de metal en la piel, y estuvo a punto de rebanarle las articulaciones. Rin gritó de dolor.

Algo (que podía ser una de las bestias de Jiang, un misil fallido o escombros voladores, ya que no podía verlo) golpeó la cabina de la aeronave por el otro lado. El dirigible dio un bandazo, levantando a Rin en el aire. Le costaba mantenerse agarrada. Aún no estaban cerca de tierra firme. Si se soltaba, caería al vacío y moriría.

La joven cometió el error de mirar hacia abajo. El abismo se abría a sus pies. El corazón le dio un vuelco y cerró los ojos con fuerza.

El dirigible siguió ascendiendo. Rin sintió cómo se alejaba de la montaña y se retiraba hacia unos cielos más seguros. Los bandazos habían cesado.

El piloto tenía que haberse dado cuenta de quién era ella. Quería atraparla con vida.

No. Oh, no, no, no…

Se oyó un chirrido por encima de su cabeza. Rin levantó la mirada. Algo había agujereado uno de los costados del dirigible. El globo comenzó a desinflarse a medida que el aire salía por el agujero con un silbido ensordecedor.

Los movimientos del dirigible fueron cada vez más erráticos. En un momento, estaba cayendo en picado hacia la montaña y, al siguiente, se estaba alejando de nuevo. Rin se esforzó por mantenerse agarrada, pero se le resbalaban los dedos por el sudor. El pulgar se le soltó de la varilla de hierro. Lo tenía adormecido. Y entonces, solo quedaron cuatro dedos entre el abismo y ella.

El piloto había perdido el control. El dirigible comenzaba a caer en picado.

No obstante, gracias a los dioses, se estaba precipitando hacia la montaña.

Rin echó un vistazo hacia la escarpada superficie e intentó mantener la calma. En cuanto estuviera lo más cerca posible, tenía que saltar, antes de que la aeronave la aplastase bajo sus escombros.

La roca estaba cada vez más cerca.

Inspiró hondo.

«Tres, dos, uno». Espiró y se soltó.

«¿Estoy muerta?».

El mundo se había fundido en negro. Tenía el cuerpo en llamas, y no podía ver nada.

Pero la muerte no podía doler tanto. La muerte era fácil. La propia Rin había estado tan cerca de ella tantas veces que sabía que morir era como caer de espaldas hacia un pozo negro de una reconfortante nada. Con la muerte, el dolor desaparecía. Sin embargo, el suyo no hacía más que intensificarse.

«Ah, Rin». La voz de Altan reverberó en sus sienes, divertida, burlona. «Siempre con sorpresas».

Por una vez, la joven no quiso alejarse de su presencia. Agradecía la compañía. Necesitaba que él la ayudara a navegar ese momento de horror.

«¿Pasa algo?».

—Ahora soy la única —dijo la joven—. Ellos… Ellos no… Soy la única.

«Está bien ser la única».

—Pero quería tener aliados.

Altan se limitó a reírse. «¿No deberías saber ya cómo funciona esto?».

Y estaba en lo cierto. Rin ya debería haber aprendido a no poner su destino en manos de personas con más poder que ella. Debería haber aprendido, después de tantas veces, que todo aquel en el que volcaba sus esperanzas acababa inevitablemente usándola y abusando de ella.

Pero era Rin quien había querido seguir a la Tríada. Había querido que fueran otros los que libraran sus batallas, porque ella estaba muy cansada. Había querido que Jiang regresara, y también creer que Daji era la mujer que ella esperaba que fuera. Había querido pensar que podía endosarle esa guerra a otra persona. Y siempre había acabado aferrándose demasiado a sus ilusiones.

«Olvídate de esos capullos», le dijo Altan. «Podemos hacer esto nosotros solos».

Rin resopló. La boca le supo a sangre.

—Ya.

Pasado largo rato, las explosiones cesaron. Para entonces, Rin volvía a ver perfectamente. Al principio, solo había visto manchas de color, grandes manchurrones de rojo contra el cielo blanco, que se iluminaba con cada explosión. Luego, su visión se aclaró y pudo diferenciar entre las columnas de humo y los fuegos que las creaban.

Se tumbó de espaldas, con la cabeza hacia el cielo, y rio.

Lo había conseguido.

Joder, lo había conseguido.

De un solo golpe, se había deshecho de la Tríada y de la flota hesperiana. Habían desaparecido dos de las mayores fuerzas que el Imperio había visto nunca, habían sido borradas de la faz de la tierra sin que quedara de ellas nada más que cenizas. Todo el equilibrio del mundo acababa de cambiar. En su mente, Rin pudo ver cómo esas fuerzas se invertían.

Durante mucho tiempo, había estado librando una guerra demencial, inútil y desesperada. Pero ahora le parecía que la posibilidad de ganarla era muy real.

En el fondo de su mente, de forma muy sutil, su pensamiento se transformó y, abriéndose paso a través de la puerta trasera espiritual que era la mente de Kitay, Rin escuchó cómo el Fénix también se reía. Era la carcajada grave y dura de una deidad que por fin había conseguido todo lo que quería.

—Que os den a todos —susurró Rin hacia el humo en espiral que se disipaba hasta convertirse en niebla. Hizo un corte de mangas—. Esto es por Speer.

Si alguien dentro, del Templo Celestial hubiese seguido con vida, la esperiliana habría detectado algo. Habría visto algún movimiento. Mientras tenía la mirada clavada en el lugar, la bruma de la montaña creaba ilusiones ópticas, la hacía pensar por un momento que había visto salir a una silueta de la pagoda. Sin embargo, cuando fijaba más la vista, lo único que podía ver era humo.

Su mente racional tardó unos minutos en comenzar a volver a funcionar.

Primero, lo más básico. Antes tenía que bajar de esa montaña. Debía conseguir ayuda médica. Sus heridas abiertas no eran profundas, y la mayoría habían dejado de sangrarle, pero podían acabar matándola un millón de cosas más (la exposición, las costillas rotas, los órganos magullados) si no actuaba rápido.

No obstante, moverse era una agonía. Las rodillas le cedían a cada paso que daba. Las costillas le gritaban en señal de protesta cada vez que se movía. Rin apretó los dientes y se obligó a seguir adelante. No conseguía más que un patético tambaleo con cada paso. El dolor en las piernas se intensificó. Tenía algo roto en alguna parte. Eso no importaba. Kitay la estaba esperando abajo. Debía regresar con él.

Los restos se encontraban esparcidos por la base del monte Tianshan. No eran solo escombros de los dirigibles destrozados. Al parecer, los bombarderos de Nezha también habían diezmado a las tropas de Cholang. Rin vio fragmentos de cañones terrestres mezclados con los proyectiles de los dirigibles. Los cráteres habían formado unos horribles semicírculos visibles en la tierra.

Rin permaneció un momento de pie en mitad del silencio, inhalando las cenizas. Nada se

movía. Ella era la única superviviente que había a la vista.

Y entonces, lo escuchó. Un zumbido distorsionado, el quejido de algo que caía en picado con un motor averiado. La joven se dio la vuelta. Levantó la mirada.

Bajo la luz de la luna, solo pudo vislumbrar su silueta negra. Era pequeña, pero no hacía más que aumentar a medida que se acercaba volando hacia ella. No iba a conseguir evitar estrellarse. Lo que fuera que lo mantuviera en el aire estaba roto. Rin pudo ver el humo que desprendía por detrás, que formaba unas nubes densas y ondulantes.

Sin embargo, seguía disparando.

Mierda.

Rin se tiró al suelo.

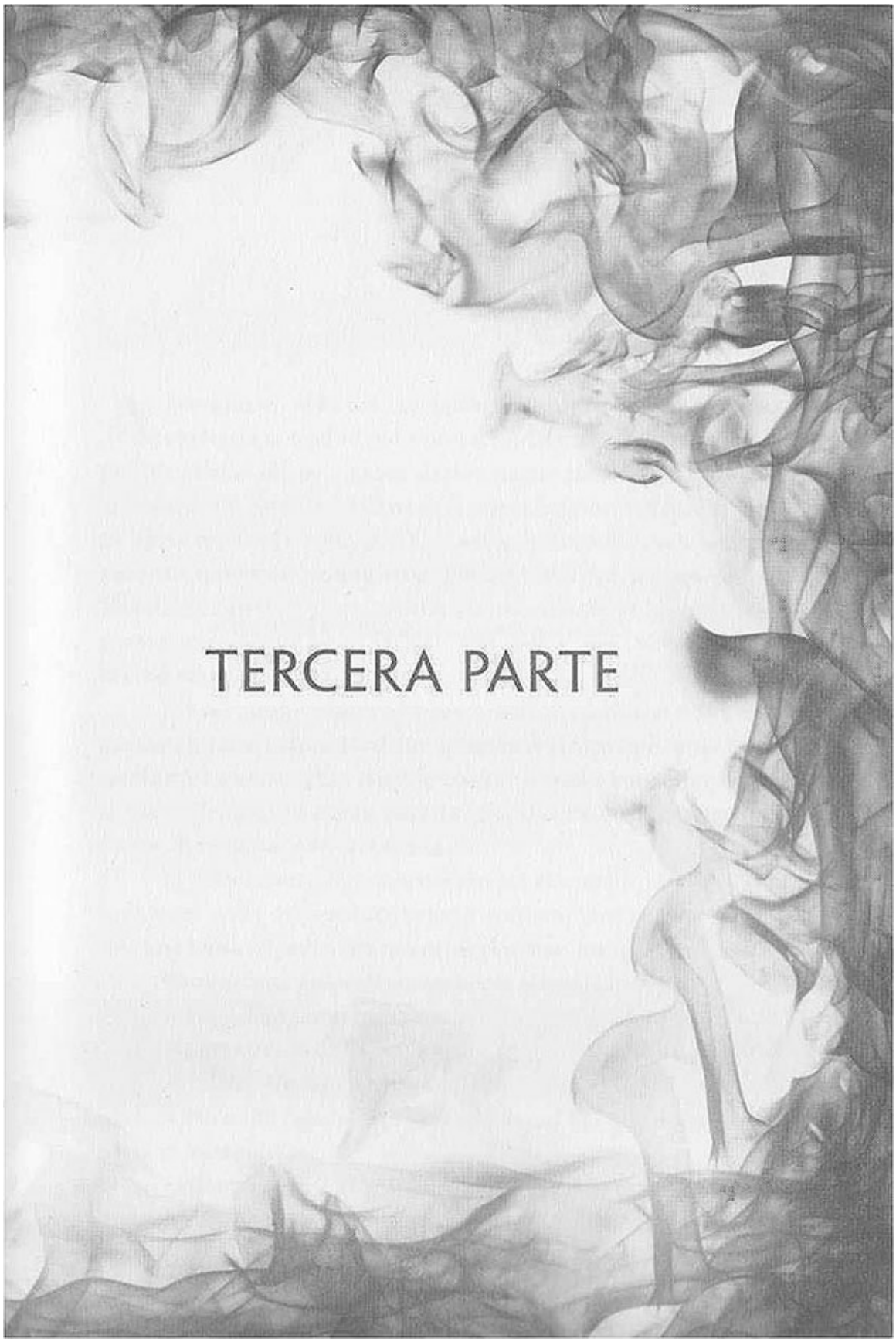
Las balas caían desperdigadas sin ton ni son por toda la tierra quemada. El piloto no estaba apuntando a nada, solo quería destruir algo, lo que fuese, antes de que su propia vida se le escapase de entre las manos. El dirigible soltó su última ronda de disparos para luego precipitarse contra la ladera de la montaña y explotar en una bola de fuego.

Rin se levantó, ilesa.

—¡Habéis fallado! —gritó hacia la ladera, hacia el lugar en el que una columna de humo surgía de entre los escombros del último dirigible—. ¡Habéis fallado, joder!

Como era de esperar, no respondió nadie. La voz de la esperiliana, aguda y aflautada, se apagó sin provocar ningún eco en el gélido aire.

Pero la joven gritó, y volvió a hacerlo una y otra vez. Era una sensación tan maravillosa poder decir que había sobrevivido, que por fin había salido victoriosa, que le daba igual estar gritándoselo a unos cadáveres.



TERCERA PARTE

22

ARLONG, NUEVE AÑOS ANTES

—Nezha. —Yin Vaisra le hizo señas con un dedo—. Ven aquí.

Encantando, Nezha corrió a su lado. Se encontraba en mitad de una agotadora lección de Clásicos, pero su tutor había hecho una reverencia y había abandonado la estancia en cuanto su padre había aparecido en el umbral de la puerta.

—¿Cómo vas con los estudios? —le preguntó Vaisra—. ¿Te estás esforzando?

El joven contuvo el impulso de balbucear e intentó meditar bien su respuesta. Su padre nunca mostraba mucho interés por ninguno de sus hijos, salvo por Jinzha. Nezha no quería que pensara que él era un fanfarrón o un tonto.

—El profesor Chau dice que estoy progresando —respondió con cautela—. Domino los fundamentos de la gramática del nikara antiguo, y ahora sé recitar ciento veintidós poemas de la dinastía Jin. La semana que viene…

—Bien. —Vaisra no parecía particularmente interesado o satisfecho. Se dio la vuelta—. Acompáñame.

Algo cabizbajo, Nezha siguió a su padre desde el ala este hasta el vestíbulo principal. No estaba muy seguro de a dónde se dirigían. El palacio de Arlong era un lugar enorme y gélido, que consistía en gran parte en aire vacío y largos pasillos de techos altos plagados de tapices que representaban la historia de la Provincia del Dragón, la cual se remontaba a la caída de la dinastía del Emperador Rojo.

Vaisra se detuvo delante de un retrato detallado de Yin Vara, el anterior jefe militar del Dragón, antes de la Segunda Guerra de la Amapola. Nezha siempre había detestado ese tapiz. No había llegado a conocer a su abuelo, pero el rostro severo y huraño de Vara siempre le hacía sentirse pequeño e insignificante cada vez que pasaba por delante de él.

—¿Alguna vez has querido gobernar, Nezha? —le preguntó Vaisra.

El chico frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué iba a querer?

Gobernar nunca había formado parte de su destino. Jinzha, el primogénito, era quien tenía que heredar el título de jefe militar del Dragón y todas las responsabilidades que ello conllevaba. Nezha solo era el segundo hijo. Estaba destinado a convertirse en un soldado, en el general más

leal de su hermano.

—¿Nunca te lo has planteado siquiera?

Nezha sintió que, de algún modo, estaba suspendiendo alguna prueba, pero no sabía qué más decir.

—No me corresponde.

—No, supongo que no. —Vaisra guardó silencio durante un momento, pero luego añadió—: ¿Te gustaría escuchar una historia?

«¿Una historia?». Nezha vaciló, sin estar seguro de qué responder. Vaisra nunca le contaba historias. Pero, aunque Nezha no tenía ni idea de cómo hablar con su padre, no podía soportar dejar pasar esa oportunidad.

—Sí —dijo con cautela—. Me gustaría.

Vaisra bajó la mirada hacia él.

—¿Sabes por qué no os dejamos entrar en esas grutas?

Nezha se animó.

—¿Por los monstruos?

¿Se trataría de una historia de monstruos? El chico esperaba que así fuera. Sintió una punzada de emoción. Sus niñeras de la infancia sabían que sus cuentos favoritos eran los que trataban sobre las innumerables bestias que se rumoreaba que acechaban en las grutas: dragones, cangrejos caníbales, mujeres pez que enamoraban a los hombres y luego los ahogaban cuando estos se les acercaban demasiado.

—¿Monstruos? —Vaisra rio entre dientes. Nezha nunca había escuchado a su padre reírse—. ¿Te gustan las historias sobre las grutas?

El chico asintió.

—Mucho.

Vaisra apoyó una mano en el hombro de su hijo.

Nezha contuvo un estremecimiento. No temía que Vaisra le pusiera la mano encima, ya que nunca había sido violento con él. Pero el jefe militar del Dragón no le había tocado nunca como en ese momento. Los abrazos, los besos y las caricias tranquilizadoras eran más propios de su madre, *lady* Saikhara, quien agobiaba a sus hijos con un exceso de cariño.

Nezha siempre había considerado a su padre una especie de estatua: remoto, perturbador e intocable. Vaisra le parecía más un dios que un hombre. Representaba el ideal al que tenía que aspirar. Cada palabra que pronunciaba Yin Vaisra era directa y concisa; cada acción, eficiente y deliberada. La única señal de afecto que tenía para con sus hijos era un extraño y sombrío asentimiento de aprobación. Nunca contaba cuentos de hadas.

Conque ¿qué estaba pasando?

Por primera vez, Nezha se dio cuenta de que su padre tenía los ojos algo vidriosos, que parecía expresarse de una forma mucho más pausada de lo habitual. Y su aliento… Un olor acre y agrio golpeaba a Nezha en la cara cada vez que Vaisra hablaba. El chico había percibido ese olor dos veces antes en su vida: una, en las dependencias de los sirvientes, cuando había estado dando vueltas por allí sin permiso, en lugar de irse a la cama; y otra, en el dormitorio de Jinzha.

El joven se retorció bajo la mano de su padre, sintiéndose repentinamente incómodo. No quería que le contase ninguna historia. Quería regresar a su clase.

—Te contaré una historia sobre las grutas —le dijo Vaisra—. Sabes que Arlong se alzó como

una potencia en el sur durante las décadas de guerras tras la muerte del Emperador Rojo. No obstante, en los últimos años de su reinado, después de que hubiera abandonado la Provincia del Dragón para erigir una nueva capital en Sinegard, Arlong era considerado un lugar maldito. Estas islas se encuentran en el interior de un valle de la muerte, de olas que rompen con fuerza y riberas que se desbordan. Ningún barco que navegaba más allá de los Acantilados Rojos conseguía sobrevivir. Todos acababan estrellándose mortalmente contra esas rocas.

Nezha se mantuvo completamente inmóvil mientras escuchaba. Nunca antes había oído esa historia. No estaba seguro de si le gustaría.

—Pero, finalmente —prosiguió Vaisra—, un hombre llamado Yu, instruido en las artes chamánicas, invocó al señor del Dragón del río occidental y le suplicó su ayuda para controlar los ríos. De la noche a la mañana, Arlong se vio transformada. Las aguas quedaron en calma. Las inundaciones cesaron. El pueblo de Arlong construyó canales y arrozales entre las islas. En pocos años, la Provincia del Dragón se convirtió en la joya del Imperio nikara, una tierra de belleza y abundancia. —Vaisra se detuvo—. El único que siguió sufriendo fue Yu.

El jefe militar parecía atrapado en una ensoñación. No le hablaba a Nezha, sino a los tapices, como si estuviera recitando el linaje dinástico a una sala en silencio.

—Mmm. —Nezha carraspeó—. ¿Por qué…?

—No se puede alterar la naturaleza —le dijo su padre—. Solo se puede mantener a raya. Las aguas de Arlong continuaron amenazando con romper sus cadenas y ahogar a esa ciudad nueva bajo el peso de su furia. Yu se vio obligado a pasar el resto de su vida sumido en un estado de alucinación chamánica, invocando constantemente al Dragón, escuchando siempre cómo este le susurraba al oído. Tras soportar varias décadas así,, desesperado, Yu quiso acabar con su vida. Y, cuando la posesión del dios fue total, cuando ya no tenía la opción de morir, lo que quiso fue encerrarse en la Chuluu Korikh. Pero sabía que, si buscaba la paz, alguien tendría que tomarle el relevo. Yu era incapaz de ser tan cruel, tan egoísta. Entonces, ¿qué sucedió?

Nezha lo desconocía. Pero podía unir las piezas de ese acertijo de lógica, igual que los que sus tutores le enseñaban a resolver para el examen del keju.

Su padre le había dicho que se trataba de una historia sobre la gruta. Y en ese tipo de historias siempre aparecían monstruos.

—Yu se transformó —declaró Nezha—. Se convirtió en un monstruo.

—En un monstruo no, Nezha. —Vaisra le atusó un mechón de pelo a su hijo detrás de la oreja—. En un salvador. Llevó a cabo el sacrificio definitivo por Arlong. Pero la ciudad no tardó en olvidarse de él. Vieron su nueva y horripilante forma, sus anillos serpenteantes y sus escamas afiladas, y no lo recibieron con gratitud, sino con miedo. Ni siquiera lo reconoció su propia esposa. La mujer le echó un solo vistazo y gritó. Sus hermanos le lanzaron rocas y lo expulsaron de la aldea, enviándolo de vuelta a la gruta en la que había pasado décadas rezando para protegerlos. Él…

Vaisra se interrumpió a sí mismo.

Nezha levantó la mirada.

—¿Padre?

El jefe militar del Dragón contemplaba en silencio los tapices. Confundido, Nezha siguió su mirada. Ninguno de esos tapices representaba la historia que acababa de escuchar. Todos eran retratos dinásticos, una hilera interminable de imágenes elegantemente representadas de los

predecesores de Nezha, fallecidos hacía mucho.

¿Qué intentaba decirle su padre?

¿Qué sacrificios había tenido que hacer la dinastía Yin por Arlong?

—Tus profesores me han informado de que quieres visitar las grutas —comentó Vaisra de pronto.

Nezha se quedó de piedra. ¿De qué iba todo eso? ¿Se habría metido en un lío? Sí, era cierto que les había pedido eso a sus profesores, más veces de las necesarias. Había suplicado y lloriqueado. Había jurado que se mantendría en la parte menos honda, o incluso en la orilla opuesta, si le permitían acercarse lo suficiente como para echar un vistazo a la boca de la cueva.

—Mis disculpas, padre —dijo el chico—. No volveré a pedirlo… Solo sentía curiosidad…

—¿Sobre qué?

—Creía… Es decir, he oído rumores sobre unos tesoros y pensé… —Nezha guardó silencio. Se le enrojecieron las mejillas. Nada más pronunciarlas, sus palabras le sonaron estúpidas e infantiles. Juró en silencio no desobedecer las órdenes de su padre nunca más.

Sin embargo, Vaisra no le reprendió. Solo se quedó contemplándolo durante largo rato, con una expresión indescifrable. Al fin, le palmeó el hombro a su hijo.

—No entres en esas grutas, Nezha. —Sonaba muy cansado—. No asumas la carga de toda una nación. Es demasiado pesada. Y tú no eres lo suficientemente fuerte.

23

—Si mis cálculos son correctos, las explosiones en el monte Tianshan han destruido a casi dos tercios de la flota hesperiana en Nikan —afirmó Kitay—. Eso es… Es mucho.

—¿Solo dos tercios? —preguntó Cholang—. ¿No toda?

—Nezha no envió a toda la flota al oeste —prosiguió Kitay—. Por lo último que sé, el Consorcio le había prestado cuarenta y ocho aeronaves. Nosotros derribamos seis en el Yunque. En la montaña he llegado a ver unas treinta. Y sabemos que dos han logrado escapar de vuelta a Occidente.

—Con un poco de suerte, Nezha no iría en ninguna de esas dos —masculló Venka.

Rin se frotó los ojos cansados, demasiado exhausta como para reírse. Los cuatro (Cholang, Kitay, Venka y ella) se encontraban alrededor de la mesa en la cabaña del jefe militar. Todos estaban débiles y nerviosos a causa de la fatiga. Sin embargo, en su reunión se respiraba una energía apremiante y ardiente. De una asombrosa y pausada seguridad. Ahora contaban con un rescoldo de esperanza que ninguno de ellos sentía desde hacía meses.

Esa era la diferencia entre huir para salvar sus vidas y planear un ataque. Todos comprendían la magnitud de lo que se estaban jugando. Era una locura. Era emocionante.

—¿Cuánto crees que tardarán los hesperianos en enviar refuerzos? —preguntó Rin.

—No estoy seguro —respondió Kitay—. Es probable que ahora tengan dudas. Cuando estuve en Arabak, no dejaba de oír rumores de que el Consorcio se estaba replanteando su inversión aquí. Cuanto más tiempo tarde Nezha en unificar al sur, más pegas le pondrán a la hora de prestarle ayuda militar. El Consorcio es una entidad complicada. Necesitan una votación por unanimidad por parte de todos los países miembros para enviar tropas a cualquier localización en el extranjero. Y a sus constituyentes les incomoda cada vez más perder vidas, además del coste de las aeronaves, que es considerable, y todo por un poder que no comprenden.

—Conque son unos cobardes —sentenció Cholang—. Tigres de papel. Llegaron aquí dispuestos a ganar nuestras guerras por nosotros, pero, en cuanto se asustan, ¿se retiran?

—Esto no acabará tan fácilmente —dijo Rin—. Sus planes para este continente se remontan muy atrás. No los asustaremos solo con amenazas. Tenemos que llevarlas a cabo. —La joven tragó saliva y levantó la barbilla—. Si queremos acabar con esto de una vez por todas, tenemos que invadir Arlong.

Nadie rio.

Era increíble cómo una simple frase que hacía una semana hubiera sonado como una broma cruel ahora parecía completamente factible. Vencer a la República había dejado de ser una ensoñación. Ahora era una cuestión de tiempo.

Rin había sobrevivido a la larga marcha con solo los remanentes de un ejército. Las cifras que Kitay había calculado eran deprimentes. La mitad de los soldados que habían salido con vida del Yunque estaban ahora muertos o desaparecidos. La tasa de mortalidad de los civiles ascendía a dos tercios.

Sin embargo, Rin seguía siendo la líder de los supervivientes. Y ahora mismo contaba con la mayor ventaja militar que había poseído desde el inicio de esa guerra.

Los hesperianos estaban intranquilos. Nezha acababa de sufrir una derrota de proporciones épicas. En lugar de hacerla pedazos con bombas bajo el cielo abierto, había seguido a Rin hasta el monte Tianshan y había perdido a la mayor parte de su flota. Ese desastre recaía completamente sobre él, y no cabía duda de que el Consorcio lo sabía. Por una vez, los sureños contaban con posibilidades de vencer a la República. No obstante, para aprovechar el momento, tenían que actuar con la mayor premura posible.

—Deberíamos atacar en dos frentes. —Rin hizo un movimiento de pinza con la mano—. Una estrategia de doble pinza desde el norte y el sur, como la que intentaron los mugeneses durante la Tercera Guerra de la Amapola.

—A ellos no les fue muy bien —dijo Venka.

—Si no hubiera sido por mí, habrían tenido éxito —replicó Rin—. La idea era la adecuada. Obligaron al Imperio a dividir sus refuerzos a lo largo de dos frentes vulnerables. Además, Nezha sabe que no le quedan muchos soldados. Nos golpeará con todo lo que tenga si le atacamos desde un solo frente. No quiero arriesgarme. Prefiero desangrarlo.

—Luego, le atacaremos desde el noroeste y el nordeste. —Sin esfuerzo, Kitay siguió la línea de pensamiento de Rin y la transformó en un plan bien articulado—. Enviaremos a una primera columna a través de las Provincias del Carnero, la Rata y el Tigre. Luego, la fuerza principal atacará en el centro, justo cuando Nezha haya repartido a sus soldados para intentar mantener el territorio que acaba de conseguir. Si actuamos rápido, podremos acabar con todo esto en seis meses.

—Espera —dijo Cholang—. ¿Y con qué ejército vais a conseguir todo esto?

—Pues… —respondió Kitay— con el tuyo.

—He perdido a ochenta soldados en el monte Tianshan —declaró el jefe militar del Perro—. No pienso enviar a más personas a una muerte segura.

—Si os quedáis aquí, moriréis igualmente —le dijo Rin—. ¿Crees que Nezha os dejará en paz ahora que te has decantado por un bando? Ya sois hombres muertos. Solo es cuestión de cuándo y cómo perezcáis.

—Tal vez consigáis un par de meses de margen mientras Nezha esté ocupado con nosotros —añadió Kitay—. Pero si la República logra aniquilarnos, entonces no tendréis ninguna otra oportunidad. Pregúntate a ti mismo si eso merece la pena para pasarte solo unos cuantos meses más viviendo en tiendas en la llanura.

Cholang no respondió.

—No se te ocurrirá nada que objetar —le dijo Venka—. Kitay va cinco pasos por delante de

ti.

El jefe militar frunció el ceño.

—Continúa, entonces.

—El frente noroeste obviamente será una treta, no determinará el resultado final, pero nos hará ganar una buena ventaja material si atacamos pronto desde allí —prosiguió Kitay—. Nezha tiene bases de la industria militar en esa zona: armerías, astilleros, este tipo de cosas. Así que, aunque Nezha no nos tomara en serio en el norte, ganaríamos igualmente. —Señaló con la cabeza hacia Venka—. Tú ve con Cholang. Llévate a un par de cientos de hombres del ejército sureño. Los que tú quieras.

—No es que quiera rechazar esta misión —dijo Venka—, pero imaginemos que tus cálculos no son correctos y que nos metemos de cabeza en un baño de sangre.

—Eso no sucederá —le aseguró Kitay—. Nezha no cuenta con una base local leal en el norte. Hace poco que la República los sometió, y a los civiles les da igual quién gane esta batalla. Han perdido a su emperatriz, han perdido a Jun Loran, y se encuentran sometidos al dominio de Arlong igual que nosotros. No tienen ningún interés ideológico en todo esto.

—Pero son norteños —comentó Venka—. Parte de su ideología consiste en odiaros a vosotros. No se inclinarán ante unos campesinos.

—Entonces, menos mal que vamos a enviar a Sring Venka —dijo Kitay—. La princesita sinegardiana con cara de porcelana.

Venka rio entre dientes.

—De acuerdo.

—Pero ¿qué vais a hacer en el frente sudeste? —preguntó Cholang—. Os quedaréis con un ejército muy exiguo.

—No pasa nada —dijo Rin—. Tenemos chamanes.

—¿Qué chamanes? —inquirió el jefe militar—. Tú eres la única que queda.

—No tiene por qué seguir siendo así.

Aquello fue como si la esperiliana hubiera colocado una mecha encendida en el centro de la mesa. La estancia se sumió en el silencio. Kitay se enderezó. Venka y Cholang se quedaron mirándola boquiabiertos.

Rin se negó a dejar que esa reacción la perturbara. No iba a ponerse a la defensiva, eso solo serviría para justificar la incredulidad del resto. Se había estado planteando cómo presentarles aquella propuesta desde que había descendido de la montaña. Y en ese momento había pasado a ser de lo más obvio. Debía conseguir que la locura pareciese normal, solo tenía que hablar de ello como si fuera algo de sentido común. Solo tenía que distorsionar su idea de lo que era considerado «normal».

—Su Daji no iba desencaminada —continuó la joven con calma—. El único modo en el que podemos tener una posibilidad contra los hesperianos es igualando a su Creador con nuestros propios dioses. La Tríada podría haberlo conseguido. A estas alturas, tal vez ya se habrían hecho con el Imperio si yo hubiera dejado que Riga se saliese con la suya. Pero Jiang, Daji y Riga eran unos déspotas. Con el tiempo, habrían acabado haciendo más mal que bien.

Ahora a Rin le tocaba dar el paso crucial hacia la lógica.

—Pero si no contamos con ellos, necesitamos a nuestros propios chamanes. Tenemos a cientos de soldados que estarían dispuestos a hacerlo. Solo hay que entrenarlos. Ya hemos

establecido un calendario de campaña de seis meses. Puedo preparar a reclutas para la batalla en dos semanas.

La esperiliana miró alrededor de la mesa, a la espera de que alguno objetara algo.

Ahora todo dependía de lo que sucediera a continuación. Rin estaba poniendo a prueba los límites de su autoridad tras el monumental cambio de poder. Esa vez la sensación era distinta a la de la primera ocasión en la que había intentado catapultarse al liderazgo, hacía tan solo unos cuantos meses, cuando se había dirigido a los hombres de Ma Lien con la boca seca y las rodillas temblorosas. Por aquel entonces, Rin había tenido miedo, había estado dando palos de ciego y disfrazando su absoluta falta de estrategia con una fingida valentía.

Ahora sabía exactamente qué tenía que hacer. Solo necesitaba forzar al resto para que adoptasen la misma postura que ella. La joven tenía una visión para el futuro, algo espantoso, algo grandioso. ¿Podría conseguir hacerlo realidad?

—Pero en el pasado… —Venka abrió la boca, la cerró y luego volvió a abrirla—. Rin, es que… Una vez me dijiste que…

—Entiendo los riesgos —dijo ella—. En el pasado, no creía que mereciera la pena. Pero ya has visto lo que ha ocurrido en la montaña. Ahora es evidente que merece la pena. Los hesperianos siguen contando con al menos catorce aeronaves, y eso les proporciona una ventaja que no podemos contrarrestar. No sin más…, bueno, sin más gente como yo.

Se produjo otro silencio.

Entonces, Cholang meneó la cabeza y suspiró.

—Mirad, si alguno de mis hombres se ofrece voluntario, no lo detendré.

—Gracias —le dijo Rin.

Con eso le bastaba. Ese era todo el respaldo que iba a conseguir. Así que, siempre y cuando Cholang no tratara de detenerla, a Rin no le importaba lo incómodo que pareciera estar el jefe militar.

La esperiliana miró a su derecha.

—¿Kitay?

Tenía que escuchar a su amigo hablar antes de continuar. No esperaba obtener su permiso, nunca lo había necesitado para nada, pero quería oír su confirmación. Quería que otra persona, alguien cuya mente funcionara mucho más rápido que la de ella, evaluara las fuerzas y las vidas en juego y dijera: «Sí, esos cálculos son correctos. Este sacrificio es necesario. No estás loca. Es el mundo el que lo está».

Durante un buen rato, Kitay permaneció callado, mirando la mesa y tamborileando nervioso con los dedos sobre la superficie de madera. Entonces, levantó la mirada hacia Rin. No, miró más allá de ella. Su mente ya estaba en otro lugar. Sus pensamientos iban más allá de esa conversación.

—No pueden ser más de unos cuantos…

—Solo necesitaremos a un puñado —le aseguró la joven—. Tres como mucho. Lo justo como para poder llevar a cabo un ataque en múltiples planos.

—Uno por cada punto cardinal —murmuró Kitay—. Porque el impacto será exponencial si…

—Exacto —convino Rin—. Yo consigo abarcar mucho, pero no lo suficiente. Pero, incluso con un solo chamán más, podríamos desbaratar las formaciones defensivas de un modo que jamás hemos soñado.

—Joder —dijo Venka—. ¿Cuánto tiempo llevas planteándote esto?

Rin no tardó ni un segundo en responder.

—Desde Tikany.

La esperiliana aún no se los había ganado del todo. Podía ver la duda en la mirada de los tres. Tal vez no hubiesen puesto ninguna objeción, pero eso no significaba que les gustara la idea.

Rin sintió una punzada de frustración. ¿Cómo podía hacérselo entender? Hacía mucho que habían dejado atrás las guerras de acero y cuerpos que entrechocaban en los campos terrenales. La guerra se desarrollaba ahora en un plano divino, sus dioses contra el Creador de los hesperianos. Lo que la joven había visto en el monte Tianshan era una visión del futuro, de cómo iba a acabar inevitablemente todo eso. No podían darle la espalda a ese futuro. Tenían que librar el tipo de guerra que servía para mover montañas.

—Occidente no concibe esta guerra como una lucha material —declaró Rin—. Su objetivo es refutar otras interpretaciones de la divinidad. Creen que, como obedecen al Arquitecto Divino, pueden aplastarnos como si fuéramos hormigas. Pero acabamos de demostrarles que se equivocan. Y volveremos a hacerlo.

Rin se inclinó hacia delante, apoyando la mano sobre la mesa.

—Ahora mismo contamos con una oportunidad. Probablemente sea la única que tengamos de volver a recuperar este país. La República se tambalea, pero acabará recuperándose. Antes de que eso suceda, tenemos que atacarlos con contundencia. Y, cuando lo hagamos, no puede ser un asalto a medio gas. Tenemos que superarnos. Debemos asustar a los aliados de Nezha tanto como para que vuelvan corriendo a su hemisferio y no se atrevan a volver aquí nunca más.

Nadie puso ninguna objeción. Rin sabía que no lo harían. No había ninguna objeción posible.

—¿Cuál es tu plan para cuando los chamanes pierdan el control? —preguntó Kitay en voz baja.

Había dicho «cuando», no «si». No se trataba de una cuestión hipotética. Ahora habían pasado a ocupar el terreno de la logística, lo que significaba que ella ya había ganado.

—No lo harán —declaró Rin. Al pronunciar las siguientes palabras, fue como si estuviese reabriendo una dolorosa herida que le resultaba familiar. Eran palabras cargadas de una culpa de la que llevaba demasiado tiempo intentando deshacerse. Palabras que pertenecían a un legado que ahora Rin sabía que no le quedaba otra que aceptar—: Porque seremos los Cike. Y la primera norma de los Cike es que nos sacrificamos los unos a los otros.

El mundo había adoptado un aspecto muy distinto cuando Rin abandonó la cabaña de Cholang.

Vio el mismo caótico campamento militar que se había encontrado al llegar. Pasó por delante de los mismos fuegos tenues que titilaban bajo los duros vientos de la estepa; de los mismos grupos de soldados y civiles delgaduchos por la escasez de alimentos, agua y ropa; de las mismas miradas consumidas, agotadas y hambrientas.

No obstante, allí Rin no veía debilidad.

Veía el resurgimiento de un ejército. Una nación en ciernes. Por los dioses, cuánto le emocionaba todo aquello. ¿Comprendían acaso en lo que estaban a punto de convertirse?

—Escucha —le dijo Kitay—, ya están contando historias sobre ti.

Rin siguió su mirada. Un puñado de jóvenes soldados habían montado un escenario en el

centro del campamento poniendo dos mesas juntas. Una sábana blanca se extendía tensa entre dos palos, y detrás de ella había un pequeño farol encendido que lanzaba siluetas distorsionadas sobre el lienzo en blanco.

Rin se detuvo a mirar.

La vista del lienzo le trajo recuerdos tan dulces como dolorosos: cuatro días de verano entre las multitudes calurosas y pegajosas de Sinegard, el fresco alivio de los suelos de mármol de la casa familiar de Kitay, los almuerzos que parecían banquetes de cinco platos con la mejor comida que había probado hasta ese momento, y que no había vuelto a probar. Ese espectáculo de títeres no se acercaba lo más mínimo a la profesionalidad del que había presenciado durante el Festival de Verano en Sinegard, que contaba con títeres que se movían con tanta soltura, con varillas y cuerdas tan invisibles, que Rin casi había sido capaz de creer que se trataba de pequeñas criaturas que bailaban al otro lado. En cambio, estos titiriteros quedaban bastante a la vista detrás del escenario, y llevaban en las manos unos accesorios cutres, cosidos a toda prisa, que recordaban vagamente a personas.

Rin no se dio cuenta de que la figura azul sin forma que ocupaba el frente era Nezha hasta que la obra dio comienzo.

—¡Soy el Joven Mariscal! —El titiritero adoptó el tono nasal y aflautado de un niño petulante —. ¡Mi padre dice que debemos ganar esta guerra!

—¡Has llevado a nuestra flota al desastre! —dijo el otro actor en un nikara irregular y gutural, imitando a un soldado hesperiano—. ¡Niño idiota! ¿Por qué has disparado contra la Tríada?

—¡No sabía que podían responder al ataque!

Las siguientes escenas eran igual de malas, una línea tras otra de un humor burdo y estúpido. Sin embargo, después de lo sucedido en Tianshan, ese humor vulgar era lo que los sureños querían. Disfrutaban con la humillación de Nezha. Eso era lo que hacía que la victoria en la inminente guerra que iban a librar pareciera factible.

—Vamos. —Kitay reemprendió la marcha—. Es todo más de lo mismo.

—¿Qué más están diciendo? —preguntó Rin.

—¿Eso qué importa?

—Me da igual lo que digan sobre Nezha, pero ¿qué dicen de mí?

—Ah.

Kitay sabía exactamente qué era lo que le estaba preguntando. «¿Qué es lo que saben?».

—Nadie sabe que te volviste contra la Tríada —dijo tras una pausa—. Saben que fuiste hasta el monte Tianshan a buscar ayuda, y que los chamanes en su interior se sacrificaron para salvarnos de la flota de dirigibles. Eso es todo.

—Conque creen que los miembros de la Tríada murieron como héroes.

—¿No habrías pensado tú lo mismo? —Kitay enarcó una ceja—. ¿Acaso quieres corregirlos?

Rin se lo planteó por un momento y se vio en la particular tesitura de poder determinar la narrativa histórica de una nación.

¿Iba a dejar que sobreviviera el legado de la Tríada?

Si quería, podía arruinarlos. Debía arruinarlos por todo lo que le habían hecho.

Sin embargo, esa narrativa de heroicidad era una verdad a medias. Había un miembro de la Tríada que sí había muerto con honor. Uno, al menos, sí que merecía ser recordado como un buen hombre. Y eso conformaba un mito encantador, el de los chamanes de un periodo de

grandeza nikara que habían perdido sus vidas para asegurar el amanecer de una nueva era.

Rin había acabado con la Tríada. Si así lo decidía, podía concederles cierta dignidad una vez muertos. Le encantaba tener el poder para tomar esa decisión.

—No —determinó la joven—. Dejemos que crean en esa leyenda.

Podía ser generosa con los fantasmas de la Tríada. Podían convertirse en leyendas, eso sería lo único que llegarían a ser. A pesar de todos los sueños de gloria de Riga, Jiang y Daji, su historia había terminado en el Templo Celestial. Rin podía dejarles ocupar ese pequeño preludio en la historia. Ahora ella tenía la tarea mucho más grata de darle forma al futuro. Y, cuando hubiera terminado, nadie recordaría siquiera los nombres de los miembros de la Tríada.

Rin tuvo otra audiencia esa noche antes de irse a dormir.

Partió sola para reunirse con Chaghan en el campamento de los ketreyides. Cuando llegó, se encontró con que ya estaban recogiendo. Habían apagado las hogueras y enterrado las pruebas. Sus yurtas y sus mantas estaban enrolladas y atadas a sus caballos.

—¿No pensáis quedaros? —preguntó la joven.

—Ya he hecho lo que vine a hacer aquí. —Chaghan no le preguntó qué había sucedido en la montaña. Era evidente que ya lo sabía. La había saludado con una sonrisa de incredulidad y una sacudida de cabeza—. Bien hecho, esperiliana. Eso ha sido inteligente.

—Gracias —respondió ella, encantada muy a su pesar. Chaghan nunca le había hecho un cumplido antes. Durante casi toda su relación, desde el día en el que se habían conocido en Khurdalain, el vidente la había tratado como si fuera una niña caprichosa incapaz de tomar decisiones racionales.

Ahora, por primera vez, se comportaba como si de verdad la respetara.

—¿Crees que están muertos? —le preguntó Rin—. Es decir, ¿no hay ninguna posibilidad de que…?

—Desde luego que lo están —respondió él—. Eran poderosos, pero su vínculo era lo que los mantenía en control de sus propios cuerpos, lo que significa que siempre fueron mortales. Han fallecido. Lo he sentido. Hasta nunca.

Rin asintió, aliviada.

—Es lo que se merecían. Por Tseveri.

Chaghan curvó el labio hacia arriba.

—No finjamos que lo hiciste por una deuda de sangre.

—Sí que era una deuda de sangre —afirmó Rin—. Solo que no era la tuya. Y ahora sabrás qué es lo que debo hacer a continuación.

El joven exhaló despacio.

—Me lo puedo imaginar.

—¿No vas a intentar detenerme?

—Me confundes con mi tía, Rin.

—La Sorqan Sira me habría matado de inmediato.

—Ah, ella te habría asesinado hace ya mucho. —Chaghan pasó la mano con gentileza a lo largo del cuello del caballo. Rin se percató de que conocía a aquel animal, era el mismo corcel negro en el que Chaghan había cabalgado para abandonar los bosques junto al lago Boyang la

última vez que se habían visto. El joven había estado ajustando su silla de montar mientras hablaba, tensando cada nudo con una delicada atención—. A la Sorqan Sira le aterrorizaba el resurgimiento del chamanismo nikara. Creía que traería consigo el fin del mundo.

—¿Y tú no lo crees?

—El mundo ya está llegando a su fin. Los cien clanes saben que el tiempo es un círculo. Nunca hay nuevas historias, son siempre las mismas, que se repiten una y otra vez mientras el universo atraviesa sus distintos ciclos de civilización y sucumbe a la desesperación. Nos hallamos de nuevo al borde de una era del caos, y no hay nada que podamos hacer para detenerlo. Personalmente, en esta carrera prefiero apostar por unos caballos determinados.

—Y verás cómo se desarrolla todo desde una distancia prudencial —declaró Rin.

Estaba bromeando. Sabía perfectamente que no podía pedirle a Chaghan que se quedara y le prestara su ayuda. Rin no era tan egoísta como para pensar eso. Los nikaras ya habían explotado lo suficiente al pueblo de Chaghan.

Si tenía que ser sincera, le habría gustado que el joven hubiera acudido al sur con ella. Nunca antes había sido capaz de plantarle cara, pero solo con verlo llegaban a su mente recuerdos de los Cike. De Suni, Baji, Ramsa y Qara. De Altan. De entre todos los niños insólitos, ellos dos eran los únicos que quedaban en pie, y cada uno tenía una tarea distinta para traer el orden a sus fracturadas naciones. De algún modo, Chaghan ya lo había logrado con éxito. Y a Rin le habría gustado mucho que el joven hubiera puesto también su poder a su disposición.

Pero era consciente de que ya le había arrebatado demasiado a Chaghan. No podía pedirle más.

—He aprendido que contigo es mejor mantener una distancia prudencial para no sufrir las consecuencias. —Chaghan tiró con fuerza del último nudo y palmeó al caballo detrás de las orejas—. Buena suerte, esperiliana. Estás más loca que una cabra, pero no tanto como lo estaba Trengsin.

—Me lo tomo como un cumplido.

—Es el único motivo por el que creo que tienes posibilidades de ganar.

—Gracias —dijo la joven, sorprendida—. Por todo.

El vidente le respondió con una fría sonrisa.

—Una última cosa antes de irme. No quería reunirme contigo solo para despedirme. Tenemos que hablar de Nezha.

Rin se tensó.

—¿Sí?

El caballo, como si sintiera su incomodidad, relinchó agitado y estampó los cascos delanteros contra la tierra. Chaghan se apresuró a entregarle las riendas al jinete que tenía más cerca.

—Toma asiento —le pidió a Rin.

Ella obedeció. El corazón le latía desbocado.

—¿Qué sabes?

Chaghan se sentó frente a ella con las piernas cruzadas.

—Comencé a investigar a los Yin en cuanto supe lo que había pasado en los Acantilados Rojos. Fue difícil separar la verdad de la leyenda, ya que la dinastía Yin se halla envuelta en toda una serie de rumores, y se les da muy bien proteger sus secretos. Pero creo que me he hecho una buena idea de lo que le sucede a Nezha. Por qué es cómo es. —Ladeó la cabeza—. ¿Sabes de

dónde sacó Nezha sus habilidades?

—Una vez me contó una historia —le relató Rin—. Es… Es extraña. No tiene que ver con cómo yo pensaba que funciona el chamanismo.

—¿En qué sentido? —insistió Chaghan.

¿Por qué se sentía de repente mareada? La joven se clavó las uñas en la palma de la mano para intentar calmar su respiración. No debería costarle tanto hablar sobre Nezha. Llevaba meses debatiendo con Kitay sobre el mejor modo de asesinarlo.

Sin embargo, la pregunta de Chaghan le había traído recuerdos de Arlong, de extraños momentos de vulnerabilidad, y unas palabras duras que se arrepentía de haber pronunciado. Todo eso la hacía sentir cosas. Y no quería sentir nada.

Se obligó a mantener un tono de voz neutral.

—Cuando nosotros necesitamos a nuestros dioses, los invocamos. Pero Nezha nunca ha tenido que ir en busca del Dragón. Me dijo que se topó con uno siendo niño, y hablaba de él como si fuese… real.

—Todos los dioses son reales.

—Real en este plano —aclaró la joven—. En el mundo material. Dijo que, cuando era niño, se adentró en una gruta bajo el agua y conoció a un dragón. La criatura mató a su hermano y reclamó al propio Nezha como suyo, sea lo que sea que signifique eso. Hizo que sonara como si su dios caminara por esta tierra.

—Ya veo. —Chaghan se frotó la barbilla—. Sí, es lo que creía.

—Pero… Eso… ¿Pueden hacer eso?

—No es algo inconcebible. Hay recodos en esta tierra en los que la frontera entre nuestro mundo y el de los espíritus es más fina. —Chaghan juntó las palmas de las manos para demostrárselo—. El monte Tianshan es uno. El templo esperiliano es otro. La gruta de las Nueve Curvas es el tercero. La cueva es la fuente de todo el poder de Nezha.

»Los Yin llevan mucho tiempo vinculados al Dragón. Las aguas de Arlong son antiguas, y esos acantilados guardan mucho poder debido al gran número de muertos que contienen. La magia fluye con soltura por esas aguas. ¿Alguna vez te has preguntado por qué Arlong es una ciudad tan rica, tan exuberante, cuando todas las provincias que la rodean son yermas? Un poder divino lleva siglos protegiendo la región.

—Pero ¿cómo…?

—Ya has estado en la Isla Muerta. Has visto que allí no crece nada. ¿Alguna vez te has preguntado el motivo?

—Creía… Es decir, ¿no se debe a la guerra química de los mugeneses? ¿No envenenaron el lugar?

Chaghan negó con la cabeza.

—No fue solo por eso. El aura del Fénix vibra por toda la isla, igual que el agua recorre todo Arlong.

—Pero, entonces, el Dragón…

—El «Dragón», si es que puede llamársele así… —Chaghan puso cara de disgusto—. Más bien se trata de una pobre criatura hechizada, que bien podría haber sido una langosta, una estrella de mar o un delfín. Seguramente acabara atrapada en la red de la verdadera magia del Dragón, y sin quererlo se convirtiera en una manifestación física del océano, cuyo deseo es…

—¿Destruir?

—No. El impulso del Fénix sí que es la destrucción. Lo que el océano desea es ahogar, poseer. Los tesoros de todas las grandes civilizaciones han acabado cayendo inevitablemente en sus profundidades, y el Dragón anhela poseerlos todos. Le gusta coleccionar cosas hermosas.

El modo en el que el vidente dijo eso último hizo que Rin sintiese escalofríos.

—Y ahora quiere a Nezha para su colección —declaró la joven.

—Ese sería un buen eufemismo para describirlo. Pero ese término es demasiado laxo. El Dragón no solo quiere a Nezha para su colección, como si fuese un jarrón o un cuadro de valor incalculable. Quiere poseerlo en cuerpo y alma.

A Rin le subió la bilis por la garganta al recordar el modo en el que Nezha temblaba cuando hablaba sobre el Dragón.

«¿Qué le he hecho?».

Por primera vez, sintió una punzada de remordimiento por haber llevado a Nezha al límite, por haberlo llamado cobarde solo porque se había negado a invocar un poder que podría haberlos salvado.

Por aquel entonces, Rin había creído que Nezha se estaba comportando como un malcriado y un egoísta. Jamás había llegado a comprender por qué el joven detestaba tanto sus habilidades, cuando era evidente que eran de mucha utilidad. Lo había odiado por haberse referido a ambos como «abominaciones».

Nunca se había tomado un momento para considerar que, a diferencia de ella, Nezha no había escogido pasar por ese sufrimiento a modo de tributo. Él no obtenía ninguna satisfacción de ello, como le pasaba a Rin, porque para Nezha no era necesariamente el precio que tenía que pagar para encontrar una salida. Para él era una simple tortura.

—Nezha se siente atraído por esa criatura —dijo Chaghan—. Y por ese lugar. Está físicamente anclado. Ese lugar es la fuente de todo su poder.

Rin respiró hondo. «Concéntrate en lo que importa».

—Eso no me da ninguna pista sobre cómo matarlo.

—Pero sí que te indica dónde atacar —comentó el vidente—. Si quieres acabar con Nezha, tendrás que ir a la fuente.

La joven lo comprendió.

—Tengo que hacerme con Arlong.

—Debes destruir Arlong —convino Chaghan—. De lo contrario, el agua seguirá sanando a Nezha. Seguirá protegiéndolo. Y, a estas alturas, ya deberías saber que, cuando dejas con vida a tus enemigos, las guerras no terminan.

24

A la mañana siguiente, Rin abandonó la cabaña de Cholang para encontrarse con una multitud de personas tan grande que no lograba ver dónde acababa.

La noche anterior, Kitay había mandado a llamar a los voluntarios, especificando que tenían que ser soldados mayores de quince años, pero menores de veinticinco. La esperiliana quería contar con reclutas que fueran más o menos de su edad. Necesitaba que la rabia de esos voluntarios lo consumiera todo sin limitaciones. Necesitaba soldados que lanzaran sus almas al vacío sin esa reservada prudencia que Rin había acabado asociando con los hombres que le doblaban o triplicaban la edad.

Sin embargo, resultó evidente que nadie le había hecho mucho caso a lo del límite de edad. Entre la multitud había desde civiles de más de sesenta años hasta niños pequeños de tan solo siete.

Rin se plantó delante de los allí congregados y se permitió imaginarse, solo por un momento, qué sucedería si los convertía a todos en chamanes. No era una verdadera opción, solo una fantasía terrible e indulgente. Se imaginó desiertos desplazándose como si fueran remolinos; océanos elevándose como si fueran montañas. Vio todo el mundo del revés, envuelto en un caos primigenio, y sintió un terrible cosquilleo al ser consciente de que, si quería hacer de eso una realidad, podía hacerlo.

«Habrías estado tan orgulloso, Altan. Esto es lo que siempre quisiste».

—Las condiciones eran tener entre quince y veinticinco años —comunicó Rin a la multitud —. Cuando regrese, no quiero ver aquí a nadie que no cumpla esos requisitos.

Entonces, se dio la vuelta y volvió a entrar en la cabaña.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Kitay, divertido—. ¿Un examen escrito?

—Les haremos esperar —le dijo Rin—. Así comprobaremos quién lo desea realmente.

La esperiliana les hizo esperar allí fuera durante horas. Según iba avanzando el día, iban marchándose cada vez más personas, desalentadas por el sol cegador y el viento implacable. La mayoría de ellos, los que Rin sospechaba que se habían ofrecido voluntarios por un arrebato de bravuconería temporal e insostenible, se marcharon durante la primera hora de espera. A la joven le alegró que lo hicieran. También se sintió aliviada cuando los voluntarios más jóvenes al fin se levantaron y se fueron, ya fuera por voluntad propia o porque sus madres se los llevaron a rastras.

No obstante, seguía quedando una multitud de casi cincuenta personas. Continuaban siendo demasiados.

Ese mismo día, más tarde, después de que el sol hubiera formado un arco ardiente en el cielo, Rin volvió a dirigirse a ellos.

—Clavaos la hoja de un cuchillo bajo la uña del dedo anular, desde la punta hasta el nacimiento —les ordenó. Era una buena prueba para comprobar su tolerancia al dolor. La joven había aprendido de Altan que ese tipo de heridas sanaban rápido y que no tendían a infectarse, pero dolían muchísimo—. Si tanto deseáis esto, demostrádmelo con vuestra sangre.

Unos murmullos de vacilación se extendieron entre los allí reunidos. Durante un momento, nadie se movió, como si todos estuvieran intentando averiguar si la esperiliana estaba o no de broma.

—No estoy bromeando —declaró Rin—. Si los necesitáis, tengo cuchillos.

Ocho voluntarios se clavaron un cuchillo bajo la uña, tal y como ella había indicado. Unas gotas rojo oscuro cayeron sobre la tierra. Dos de ellos gritaron. Los otros seis apretaron la mandíbula para contener los gritos.

Rin despachó a todos los demás e invitó al interior de la cabaña a los seis que habían conseguido guardar silencio.

La esperiliana reconoció a dos de ellos. Uno era Dulin, el chico al qué había encontrado enterrado vivo en Tikany. Le alegraba ver que había sobrevivido a la marcha. Entonces, para su sorpresa, vio también a Pipaji.

—¿Y tu hermana? —le preguntó Rin.

—Está bien —respondió la chica, pero no le dio ningún otro detalle.

Rin la contempló durante un momento, hasta que acabó encogiéndose de hombros y pasó a analizar al resto.

—¿Alguno de vosotros hizo la marcha acompañado de su familia?

Dos de ellos, unos chicos con una ligera pelusilla en el bigote, asintieron.

—¿Queréis a vuestra familia?

Volvieron a asentir.

—Si hacéis esto, jamás volveréis a verla —les dijo Rin. No era del todo cierto, pero tenía que poner a prueba su determinación—. Es demasiado peligroso. Vuestro poder será volátil, y no cuento con la experiencia suficiente como para ayudaros a controlarlo cuando estéis rodeados de civiles, lo que significa que solo se os permitirá pasar vuestro tiempo con gente de este escuadrón. Pensáoslo bien.

Tras un silencio largo e inquietante, los dos chicos se levantaron y se marcharon. Solo quedaban cuatro.

—Comprended el sacrificio que vais a hacer —les dijo Rin. A esas alturas sentía que estaba exagerando. Pero esos chicos se merecían que les reiterara la advertencia todas las veces que fuera posible. No necesitaba cuatro chamanes. Necesitaba soldados que no se acobardaran a mitad de su instrucción o que asustaran al resto—. Os estoy pidiendo que arriesguéis vuestra cordura. Si entráis en el vacío, al otro lado encontraréis monstruos. Y tal vez no seáis lo suficientemente fuertes como para regresar. Mis maestros murieron antes de poder enseñarme todo lo que sabían.

Yo seré, como mucho, una guía medio decente.

Ninguno dijo nada. ¿Estarían demasiado aterrorizados como para hablar, o era que les daba absolutamente igual?

—Podríais acabar perdiendo el control de vuestro cuerpo y vuestra mente —prosiguió—. Y si eso llegara a suceder, tendría qué mataros.

Una vez más, no obtuvo respuesta.

Dulin levantó una mano.

Rin señaló con la cabeza hacia él.

—¿Sí?

—¿Lograremos hacer lo que haces tú? —le preguntó el joven.

—No al mismo nivel —le respondió ella—. Y no con tanta facilidad. Yo estoy acostumbrada a hacerlo. Para vosotros será doloroso.

—¿Cómo de doloroso?

—Será lo peor a lo que os hayáis enfrentado nunca. —Tenía que ser sincera, no podía meterlos en algo que no comprendieran—. Si fracasáis, entonces perderéis la cabeza para siempre. Si tenéis éxito, vuestra mente tampoco volverá a ser nunca completamente vuestra. Viviréis al borde de la locura. Estaréis constantemente asustados. Beber láudano podría convertirse para vosotros en la única forma de conseguir una noche de sueño reparador. Tal vez matéis a gente inocente que se halle a vuestro alrededor, porque no tendréis control sobre lo que hagáis. Tal vez acabéis matándoos a vosotros mismos.

Los chicos recibieron sus palabras con rostros impasibles. Rin aguardó, totalmente preparada para que todos se levantasen y se marchasen.

—¿General? —Dulin volvió a levantar la mano—. Con todos mis respetos, ¿podemos dejar de darle tantas putas vueltas al asunto y ponernos manos a la obra?

Así que Rin se metió de lleno en la tarea de crear chamanes.

Pasaron la primera tarde sentados formando un círculo en el suelo de la cabaña, con aspecto de ser colegiales de la aldea a punto de aprender a escribir sus primeros caracteres. Lo primero que hizo Rin fue preguntarles sus nombres. Lianhua era una chica esbelta y de ojos muy grandes de la Provincia del Perro, que lucía una serie de horribles cicatrices en ambos brazos y en la clavícula y, por lo que Rin podía ver, también le bajaban por la espalda. No explicó en ningún momento cómo se las había hecho, y nadie se atrevió a preguntárselo.

Rin no lo tenía muy claro con ella. Parecía tremendamente frágil, incluso hablaba con unos susurros temblorosos y apenas audibles. Sin embargo, la esperiliana sabía muy bien que hasta un delicado revestimiento podía contener acero debajo. O bien Lianhua demostraba su valía, o bien acabaría viniéndose abajo en menos de dos días y dejaría de perder el tiempo.

Merchi, un hombre alto y delgado, un par de años mayor que Rin, era el único soldado experimentado de todos ellos. Había servido en la Cuarta División de la Milicia imperial cuando habían sido invadidos por los mugeneses. También había formado parte de la fuerza de liberación en la costa oriental tras la caída de la Isla del Arco, y había presenciado lo acontecido en Golyn Niis. La primera vez que había combatido había sido en la batalla de Sinegard.

—Estaba dentro de la ciudad cuando quemaste la mitad —le dijo a Rin—. Entonces ya

corrían rumores sobre una esperiliana. Nunca pensé que acabaría aquí.

Lo único que los unía a todos era un horror inenarrable. Todos ellos habían visto lo peor que el mundo tenía que ofrecer y habían salido con vida de esa experiencia.

Eso era importante. Si no contaban con un ancla, necesitarían algo que los ayudara a regresar del mundo espiritual, algo completamente mortal y humano. Altan se había aferrado a su odio. Rin, a su venganza. Y esos cuatro reclutas tenían una voluntad voraz e implacable de sobrevivir a pesar de todo.

—¿Y qué pasa ahora? —preguntó Pipaji cuando hubieron terminado con las presentaciones.

—Ahora voy a enseñaros vuestra religión —le dijo Rin.

A Kitay y a ella les había llevado todo un día concebir un modo de introducir el Panteón a unos novatos. En Sinegard, Rin había tardado casi un año en preparar su mente para procesar la existencia de los dioses. Bajo la tutela de Jiang, había resuelto acertijos, había meditado durante horas y había leído decenas de textos sobre teología y filosofía, todo para acabar aceptando que las cosas del mundo natural que había dado por hechas se basaban en ilusiones.

Los reclutas de Rin no contaban con ese lujo. Tendrían que abrirse camino hacia los cielos a dentelladas.

El cambio necesario y fundamental consistía en transformar sus paradigmas del mundo natural. Los hesperianos y la mayoría de los nikaras consideraban que el universo estaba claramente dividido entre el cuerpo y el alma. Contemplaban que el mundo material era algo separado, inmutable y permanente. Pero invocar a los dioses requería un entendimiento básico de que el mundo era algo fluido, de que la propia existencia lo era, y de que el mundo real no era más que un guión que podrían escribir si encontraban el pincel adecuado, un patrón que podrían tejer con colores distintos si sabían cómo trabajar con el telar.

Para Rin, la parte más complicada de su instrucción había sido creer. Pero era mucho más fácil hacerlo cuando tenían delante las pruebas de un poder sobrenatural.

—Confiamos en que el sol saldrá cada mañana, incluso si no sabemos qué es lo que le hace moverse —le había dicho Kitay—. Solo tienes que mostrarles el sol.

Rin abrió la palma de la mano hacia los reclutas. Una pequeña llama bailaba entre sus dedos, entrelazándose con ellos como si fuera una carpa entre juncos.

—¿Qué estoy haciendo ahora mismo? —les preguntó la esperiliana.

No esperaba que ninguno de ellos conociese la respuesta, pero necesitaba entender qué ideas preconcebidas tenían.

—Magia —respondió Dulin.

—Eso no nos sirve. «Magia» es una palabra que usamos para describir efectos cuyas causas no podemos explicar. ¿Cómo estoy provocando esto?

Los reclutas intercambiaron miradas dubitativas.

—¿Invocando a los dioses para que te ayuden? —aventuró Pipaji.

Rin cerró el puño.

—¿Y qué son los dioses?

Más vacilación. Rin percibió que la exasperación crecía entre los reclutas, así que decidió pasar al siguiente planteamiento. Lo único que ella había querido de Jiang eran unas respuestas claras, pero él las había eludido durante meses. Rin no necesitaba repetir esa frustración.

—Lo primero que debéis aceptar es que los dioses existen. Son reales y tangibles, tan

presentes y visibles como cualquiera de nosotros. Tal vez incluso más. ¿Sois capaces de creer en eso?

—Por supuesto —declaró Dulin.

El resto asintió en señal de acuerdo.

—Bien. Los dioses residen en un plano que trasciende a este. Podéis pensar en él como si fuera el cielo. Nuestra labor como chamanes es invocarlos para que bajen e influyan en la materia que nos rodea. Nosotros actuamos como sus conductos, como una puerta que deja pasar el poder divino.

—¿Qué clase de lugar es el cielo? —preguntó Pipaji.

Rin se detuvo y se preguntó cuál sería el mejor modo de explicárselo. ¿Cómo se lo había llegado a describir Jiang?

—Es el único lugar real que existe. El único lugar donde nada está decidido. El lugar que visitas cuando sueñas.

Los chicos recibieron aquello con miradas de desconcierto. Rin se dio cuenta de que no estaba llegando a ningún sitio de esa forma. Por ese motivo, decidió empezar desde el principio, intentó pensar en qué palabras serían las más adecuadas para explicar unos conceptos que a ella ya le resultaban tan familiares como respirar.

—Debéis dejar de considerar que nuestro mundo es el único y verdadero territorio —dijo la esperiliana—. Este mundo no es permanente. No existe de forma objetiva, sea lo que sea eso. El gran sabio Zhuangzi dijo una vez que no sabía si por la noche había soñado que se transformaba en una mariposa o si siempre lo había sido y vivía en el sueño de una. Este mundo es el sueño de una mariposa. Este mundo es el sueño de un dios. Y cuando soñamos con los dioses, solo significa que nos hemos despertado. ¿Tiene sentido?

Los reclutas parecían perplejos.

—Ni lo más mínimo —dijo Merchi.

Era lo más normal. Rin se daba cuenta ahora de que sus palabras sonaban a sandeces, a pesar de que ella misma creía completamente en ellas.

No era de extrañar que en el pasado hubiera llegado a creer que Jiang estaba loco. ¿Cómo diantres se podía explicar el cosmos y seguir pareciendo una persona en sus cabales?

Probó con un enfoque distinto.

—No le deis demasiadas vueltas. Planteáoslo de este modo. Nuestro mundo es un teatro de marionetas, y las cosas que consideramos objetivamente materiales son tan solo sombras. Todo se encuentra en constante cambio, en constante evolución. Y los dioses acechan entre bambalinas, manejando las marionetas.

—Pero tú quieres que seamos nosotros los que manejemos a las marionetas —dijo Pipaji.

—¡Exacto! —exclamó Rin—. Bien. En eso consiste el chamanismo. Se trata de replantear la realidad.

—Pero ¿por qué iban a dejarnos ellos hacer eso? —preguntó la chica—. Si yo fuese un dios, no querría prestarle mi poder a nadie.

—A los dioses no les importan esas cosas. No piensan como personas. No son entes egoístas. Son… Son instintos. Cuentan con un único y decidido impulso. En el Panteón, mantienen el equilibrio entre todos ellos. Pero, cuando abres la puerta, permites que impongan su voluntad sobre el mundo.

—¿Y cuál es la voluntad de los dioses? —preguntó Pipaji.

—Hacer arder —dijo Rin enseguida—. Devorar y purificar. Pero cada dios es distinto. El Dios Mono quiere caos. El Dragón quiere poseer.

—¿Y cuántos dioses existen? —siguió insistiendo la joven.

—Sesenta y cuatro —respondió la esperiliana—. Sesenta y cuatro dioses del Panteón, todos ellos fuerzas opuestas que forman este mundo.

—Fuerzas opuestas —repitió despacio Pipaji—. Conque son instintos diferentes. Y todos quieren cosas distintas.

—¡Sí! Excelente.

—Entonces, ¿cómo elegimos? —preguntó Pipaji—. ¿O son ellos los que nos eligen a nosotros? ¿El dios del fuego te eligió a ti porque eras esperiliana o…?

—Esperad —las interrumpió Merchi—. ¿Podemos dejar de hablar de todo esto en términos abstractos? Los dioses, el Panteón… Genial, estupendo, muy bien. ¿Cómo los invocamos?

—Cada cosa a su tiempo —le dijo Rin—. Antes tenemos que repasar la teoría más básica…

—Las drogas son la clave, ¿no? —preguntó Merchi—. Eso es lo que he oído.

—Ya llegaremos a eso. Las drogas os concederán acceso a ellos, sí, pero antes tenéis que comprender a qué vais a acceder…

—Entonces, ¿las drogas te proporcionan tus habilidades? —volvió a interrumpirla el chico—. ¿Qué drogas? ¿Setas de la risa? ¿Semillas de amapola?

—Eso no es… No estamos aquí para… No. ¿Me has estado prestando atención? —Rin sintió unas ganas repentinas de golpearle la sien, igual que Jiang había hecho con ella cada vez que creía que estaba siendo demasiado impaciente. La esperiliana comenzaba a comprender ahora lo insufrible que había llegado a ser como estudiante—. Las drogas no te otorgan tus habilidades. No hacen más que permitirte ver el mundo como realmente es. Los dioses son los que ostentan el poder. Ellos son el poder. Lo único que hacemos nosotros es dejarlos pasar.

—¿Por qué tú nunca necesitas consumir drogas? —le preguntó Pipaji.

Eso pilló desprevenida a Rin.

—¿Cómo sabes eso?

—Te estuve observando durante la marcha —dijo la chica—. Sostenías una llama sobre la mano desde que amanecía hasta el anochecer, pero siempre parecías muy lúcida. No podrías haber estado ingiriendo semillas de amapola durante todo ese tiempo. Habrías acabado cayendo montaña abajo.

Los otros reclutas soltaron unas risitas nerviosas. Sin embargo, Pipaji contempló expectante a Rin, con tal intensidad que incomodó a la esperiliana.

—Yo estoy en un punto en el que no lo necesito —comentó Rin.

Pipaji no parecía convencida.

—Parece que todos nosotros deberíamos llegar al mismo punto que tú.

—Desde luego que no. No os conviene. No debéis querer que sea así.

—Pero ¿por qué…?

—Porque entonces tendréis siempre a los dioses en vuestra cabeza —replicó Rin—. Estarán siempre gritándoos para intentar que os sometáis a su voluntad. Intentarán borrar vuestra existencia. Y no tendréis ninguna salida. Vuestro cuerpo dejará de ser mortal, así que no podréis morir. Pero tampoco podréis recuperar el control. Conque el único modo de mantener al mundo

a salvo de vosotros será encerrándoos en una montaña de piedra junto con cientos de chamanes que cometieron ese mismo error. —Rin miró a su alrededor, a los ojos de cada uno de ellos—. Y os atravesaré el corazón con el puño antes de que lleguemos a eso. Es lo más amable.

Entonces, dejaron de reírse.

Esa noche, más tarde, después de haberse pasado varias horas describiendo con precisión qué se sentía al entrar en el Panteón, Rin les suministró a sus reclutas sus primeras dosis de semillas de amapola.

No pasó gran cosa. Todos ellos se colocaron de manera estúpida y no pudieron parar de reír. Rodaban por el suelo, dibujaban patrones en el aire con los dedos y hablaban sin parar sobre estúpidos temas profundos que hacían que a Rin le entrasen ganas de sacarse los ojos con el pulgar. A Lianhua le entraba un ataque de risitas agudas cada vez que alguien le decía algo. Merchi no dejaba de acariciar el suelo y murmurar lo suave que era. Pipaji y Dulin estaban sentados completamente inmóviles, con los ojos bien cerrados, lo que Rin esperaba que fuese un gesto de concentración, hasta que el *chico comenzó a roncar.*

Luego, se les bajó el subidón y vomitaron.

—No ha funcionado —gimió Pipaji mientras se frotaba los ojos inyectados en sangre.

—Eso es porque no habéis intentado ver nada —le dijo Rin. No había tenido la esperanza de que ninguno de ellos tuviera éxito la primera vez, pero sí que había esperado que sucediera algo. Había esperado al menos un leve indicio de un encuentro divino, no solo cuatro horas de estupideces.

—No hay nada que ver —se quejó Merchi—. Cada vez que intentaba lanzarme hacia atrás, o como quiera que sea eso que dices que se siente, lo único que veía era oscuridad.

—Eso es porque no te concentrabas.

—Lo estaba intentando.

—Bueno, pues no lo has intentado lo suficiente —dijo Rin, perdiendo la paciencia. Supervisar a un grupo de idiotas drogados no era nada divertido cuando ella era la única persona sobria de la estancia—. Al menos podrías haber intentado pensar en el Panteón, en lugar de intentar hacerle todo tipo de perversidades a un montón de tierra.

—He pensado bastante en él —estalló Merchi—. Tal vez deberías habernos dado unas instrucciones más claras, en lugar de limitarte a decirnos que nos droguemos e invoquemos a un dios.

Rin sabía que tenía razón. La culpa la tenía su forma de enseñar. No sabía cómo explicarles las cosas de un modo más claro. Deseaba que Chaghan estuviera todavía con ella, ya que el joven conocía el cosmos y sus misterios tan bien que podría haberlo traducido fácilmente en unos conceptos que ellos hubieran podido comprender. Rin deseaba poder contar con Daji, o incluso con la Sorqan Sira, quien podría haber insertado una visión en sus mentes que rompiera sus concepciones de lo que era real y lo que no. Necesitaba encontrar un modo de acabar con la lógica creada en sus cerebros, igual que Jiang había hecho con ella. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo replicar las lecciones de su maestro, que se extendieron durante un año, y mucho menos condensarlas en dos semanas.

La esperiliana extendió los brazos por encima de la cabeza. Llevaba horas sentada en una

posición encorvada, y ahora le dolían los hombros a rabiar.

—Volved a vuestras tiendas de campaña y dormid —les indicó—. Lo intentaremos de nuevo por la mañana.

—Quizás esto haya sido una idea estúpida —admitió delante de Kitay tras la tercera noche en la que había drogado a sus reclutas sin conseguir ningún resultado—. Sus mentes son como rocas. No logro introducir nada en ellas, y creen que todo lo que digo es una chorrada.

Kitay le frotó el hombro a su amiga en señal de solidaridad.

—Ponte en su lugar. Cuando escogiste Folclore como tu especialidad, pensaste que todo era una estupidez. Creías que Jiang estaba como una cabra.

—Pero ¡eso era porque no sabía qué coño estábamos haciendo!

—Seguro que te hacías una idea.

Kitay tenía algo de razón. En su segundo año en la academia, Rin aún no sabía cuál era la verdadera identidad de Jiang, pero sí que era consciente de que su maestro hacía cosas que no debería haber sido capaz de hacer. Lo había visto invocar sombras sin moverse. Había sentido cómo soplaba el viento y cómo se movía el agua cuando él les daba la orden. Sabía que Jiang tenía poder, y había deseado tanto adquirir un poder igual que no le había importado a qué tipo de juegos mentales la sometiera. Y, aun así, había tardado casi un año en aprender.

Sin embargo, la mayor parte de ese año, Jiang lo había dedicado a darle a Rin un sinfín de precauciones para evitar que se convirtiera exactamente en lo que había terminado convirtiéndose. Rin no necesitaba molestarse en hablarles de la seguridad o la estabilidad a largo plazo. Solo necesitaba soldados a los que pudiera exprimir, como máximo, durante varios meses, hasta que ya no los necesitase.

—Intenta olvidarte de ello durante un rato —sugirió Kitay—. No tiene sentido seguir golpeándote la cabeza contra la pared. Ven a ver en lo que he estado trabajando.

Rin lo siguió hasta el exterior de la tienda. Kitay había montado una estación de trabajo al aire libre, a diez minutos de paseo del campamento, que consistía en un montón de herramientas esparcidas por el suelo, diagramas sujetos con rocas para evitar que salieran volando debido a los implacables vientos de la meseta y una enorme estructura cubierta con una lona gruesa y pesada. Kitay retiró la lona y dejó al descubierto un dirigible volcado de lado y partido por la mitad, con todos sus engranajes internos expuestos como si fueran los intestinos de un animal eviscerado.

—Tú no eres la única que intenta acabar con esta desigualdad de poder —le dijo el joven.

Rin se acercó más para inspeccionar el interior del motor de la aeronave y pasó los dedos por el revestimiento exterior del casco. No estaba hecho de ningún material que reconociese: no era madera ni bambú ni, por supuesto, ningún metal pesado. Los mecanismos de alimentación parecían incluso más extraños: un complicado juego de engranajes entrelazados y tornillos que le recordaron al reloj redondo del tamaño de un puño de la hermana Petra, esa máquina perfectamente intrincada que los hesperianos consideraban la prueba irrefutable de que el mundo había sido diseñado por algún gran arquitecto.

—Es la única nave que quedó relativamente intacta —le explicó Kitay—. Las demás acabaron reducidas a escombros quemados y destrozados. Pero esta debió de quedarse sin motor cuando estaba lo bastante cerca del suelo. Sus engranajes siguen funcionando.

—Espera —le dijo Rin con brusquedad. Creía que Kitay solo había estado estudiando su funcionamiento, no cómo pilotarlas—. ¿Me estás diciendo que podemos hacer volar a esta cosa?

—Tal vez. Aún me quedan un par de días antes de poder hacer una prueba de vuelo. Pero sí, una vez que logre encajar toda la cesta, en teoría debería ser capaz de hacer que se levante del suelo…

—Por las tetas del Tigre. —A Rin se le aceleró el pulso solo de pensar en lo que podía significar aquello. Ante ella se abrieron todo tipo de maniobras tácticas en el caso de que pudieran utilizar un dirigible. En el aire aún no estaban en igualdad de condiciones con la flota hesperiana, ya que los superaban en número, pero podrían emplear el transporte aéreo para muchos otros propósitos—. Esto resolvería muchas cosas. El transporte masivo. Viajes rápidos con suministros. Cruzar los ríos…

—No tan rápido. —Kitay le dio un golpecito a un cilindro de cobre enrollado que se encontraba en el centro de aquel lío de intestinos—. Por fin he averiguado qué combustible utilizan. Queman carbón, pero de forma muy ineficiente. Estas cosas están hechas con los materiales más ligeros posibles, pero siguen siendo terriblemente pesadas. No pueden permanecer a flote más de un día, y no pueden cargar con suficiente carbón como para alargar su travesía; de lo contrario, acabarían hundiéndose.

—Entiendo —dijo Rin, decepcionada.

Eso resolvía parcialmente el principal misterio de por qué Nezha había hecho uso de la flota con tanta moderación durante la marcha por las montañas de Baolei. Los dirigibles suponían una considerable y rápida muestra de fuerza. Pero no les proporcionaban a los hesperianos mucho control sobre el cielo. Dependían siempre de un apoyo terrestre que les proporcionara combustible.

—Sigue siendo mejor que nada —declaró Kitay—. Tendré que probar a hacerlo volar durante la semana que viene.

—Eres increíble —murmuró Rin. Kitay siempre había sido extraordinariamente inteligente. Lo cierto era que, después de que hubiera conseguido que ella volase, deberían haberle dejado de sorprender sus inventos. Pero aprender a pilotar un dirigible era un logro a una escala muy distinta. Se trataba de una tecnología extranjera, una que supuestamente les sacaba siglos de ventaja a los logros nikaras. Y, de algún modo, Kitay había conseguido averiguar su funcionamiento en cuestión de días—. ¿Y lo has averiguado solo con mirarla?

—He desmontado las piezas que parecían extraíbles y he pasado mucho tiempo contemplando las que no podía quitar. —Se pasó los dedos por el flequillo mientras observaba el motor—. Los principios básicos no tenían mucha complicación. Aun así, hay un montón de cosas que desconozco.

—Pero entonces… Entonces, ¿cómo…? —Rin pestañeó en dirección a los complejos engranajes de metal. Parecían intimidantemente sofisticados. Ella no habría sabido por dónde empezar—. Es decir, ¿cómo lograste averiguar su funcionamiento?

—No lo he hecho. —El joven se encogió de hombros—. No puedo hacerlo. No sé lo que son ni para qué sirven la mitad de estas cosas. Son un misterio para mí, y seguirán siéndolo hasta que me instruya en los fundamentos de esta tecnología, cosa que no pasará hasta que haya estudiado en sus Torres Grises.

—Pero si no contabas ni siquiera con los fundamentos, entonces…

—No necesitaba conocerlos, ¿sabes? Eso no es importante. No vamos a fabricar ningún dirigible nosotros mismos, solo tenemos que aprender a hacer volar este. Me he puesto a toquetearlo hasta que he recreado sus circunstancias originales.

Rin se quedó de piedra.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que solo me he puesto a toquetearlo hasta… —Kitay guardó silencio y le dedicó una mirada de extrañeza a Rin—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella, maravillada. Las palabras de su amigo retumbaban en su mente como si fuesen los golpes de un gong. «Las circunstancias originales».

Por la Gran Tortuga, ¿podría ser tan fácil?

—Joder —dijo Rin—. Ya lo tengo, Kitay.

Por fin, Rin arrastró a la fuerza a sus reclutas hasta el Panteón.

La solución era mucho más simple. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Debería haber empezado por ahí y haber recreado las circunstancias originales de su propio encuentro con la divinidad.

Rin había estado invocando al Fénix durante todo un año antes de que Jiang la llevase al Panteón. En aquel entonces, no tenía ni idea de qué era lo que estaba haciendo. Solo recordaba que le había propinado una paliza a Nezha en el cuadrilátero, que había estado a punto de matarlo solo porque él la había abofeteado y ella no había podido soportar la indignación. Después, Rin había salido a toda prisa del edificio para tomar el aire, porque no había podido contener la oleada de poder que se había estado acumulando en su interior.

Ese día no había invocado el fuego. Pero sí que había tocado el Panteón. Y ese había sido el catalizador para todo lo que había sucedido a continuación: una vez que se había encontrado con los dioses, había abierto un agujero en su mundo que solo podían llenar unos repetidos encuentros con la divinidad.

¿Qué la había conducido hasta los dioses antes incluso de saber sus nombres?

La rabia. Una rabia ardiente y cargada de resentimiento.

Y el miedo.

—¿Qué es lo peor que os ha pasado nunca? —les preguntó Rin a sus reclutas.

Como de costumbre, le respondieron con una perpleja confusión.

—No… —vaciló Pipaji—. No querrás que te lo digamos…

—Sí que quiero —dijo Rin—. Contádmelo. Describid qué es lo peor que os ha pasado en la vida. Algo que no queráis que vuelva a repetirse.

Pipaji se estremeció.

—No voy a…

—Sé que es duro revivirlo —comentó la esperiliana—. Pero el dolor es el camino más rápido hacia el Panteón. Encontrad vuestras cicatrices. Clavaos un cuchillo en ellas. Llevaos al límite. ¿Qué recuerdo aparece en vuestra mente?

Dos manchas de color rosado aparecieron en el rostro de Pipaji. La chica comenzó a pestañear muy rápido.

—Vale. Tómate un momento para pensarlo. —Rin se giró hacia Dulin—. ¿Cuánto tiempo

estuviste enterrado en esa fosa común?

El chico balbuceó.

—Eh…

—¿Dos días? ¿Tres? Cuando te encontramos, parecías estar a punto de entrar en un estado de descomposición.

Dulin tenía la voz ahogada.

—No quiero pensar en ello.

—Tienes que hacerlo —insistió Rin—. Es la única forma de que funcione esto. Intentémoslo con otra pregunta. ¿Qué es lo que veis cuando contempláis el rostro de un mugenés?

—Fácil —respondió Merchi—. Veo a un puto bicho.

—Bien —dijo Rin, aunque sabía que todo eso era pura bravuconería, no el corrosivo resentimiento que necesitaba obtener de ellos—. ¿Y qué les haríais si pudierais? ¿Cómo los aplastaríais?

Cuando esas preguntas suscitaron unas miradas de extrañeza, Rin endureció su voz.

—No os hagáis los sorprendidos. Estáis aquí para aprender a matar. A eso os habéis apuntado. Esto no es autodefensa ni ningún acto de nobleza. Todos vosotros tenéis sed de sangre. ¿Qué les haríais?

—Quiero dejarlos tan indefensos como lo estuve yo —soltó Pipaji—. Quiero cernirme sobre sus rostros y escupirles veneno a los ojos. Quiero que se estremezcan de dolor ante mi tacto.

—¿Por qué?

—Porque ellos me tocaron a mí —dijo la chica—. E hicieron que deseara la muerte.

—Bien. —Rin extendió el cuenco de semillas de amapola hacia ella—. Ahora volvamos a intentarlo.

Al principio, Pipaji tuvo éxito.

Las últimas veces se había drogado tanto que se había balanceado hacia delante y hacia atrás en el suelo, riéndose de chistes que solo ella podía escuchar. Pero esta vez se sentó perfectamente inmóvil durante varios minutos antes de caer de pronto hacia atrás, como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas. Siguió con los ojos abiertos, pero ahora eran de un blanco aterrador. Sus pupilas estaban completamente hacia atrás.

—¡Ayuda! —Lianhua agarró a Pipaji por los hombros—. Ayudadme, creo que está…

Pero Pipaji levantó de golpe una mano en el aire con los dedos extendidos hacia delante en un gesto firme e inconfundible. «Quietos».

—Dejadla tumbada —dijo Rin con brusquedad—. No la toquéis.

Los dedos de Pipaji se curvaron como garras contra la tierra, formando unas largas hendiduras en el suelo. Su garganta profería unos gemidos bajos y guturales.

—Está sufriendo —insistió Merchi. La levantó del suelo y la colocó sobre su regazo, palmeándole con insistencia las mejillas—. Oye. Oye, ¿puedes oírme?

Pipaji movió los labios muy rápido, mascullando una serie de sílabas que no formaban parte de ningún lenguaje que Rin reconociese. Las puntas de los dedos cubiertas de tierra se le habían quedado de un morado pútrido. Cuando Pipaji abrió de golpe los ojos, lo único que Rin vio detrás de sus pestañas fueron pozos oscuros, completamente negros.

«Por fin». Rin sintió un orgullo feroz y cruel, acompañado de una leve punzada de miedo. ¿A qué clase de deidad había invocado Pipaji desde el otro lado del vacío? ¿Sería más fuerte que ella?

A Merchi se le entrecortó la voz.

—¿Pipaji?

La chica alargó una mano temblorosa hacia la cara de Merchi.

—He…

A Pipaji se le contrajo el rostro, y esbozó una amplia sonrisa con la mirada atormentada, como si algo en su interior, algo que no comprendía las expresiones humanas, llevase su piel como un disfraz.

—Retroceded —susurró Rin.

Los otros reclutas ya habían reculado hacia el extremo opuesto de la cabaña. Merchi miraba al suelo y tenía el rostro desencajado a causa de la confusión. Unas vetas negras le cubrían los brazos allí donde su piel había estado en contacto con la de Pipaji.

La chica parpadeó y se sentó para mirar a su alrededor, como si acabara de despertarse de un sueño muy profundo. Su mirada seguía siendo del mismo tono inquietante de la obsidiana.

—¿Dónde estamos?

—¡Merchi, apártate! —gritó Rin.

Merchi empujó a Pipaji para quitársela de encima. Esta cayó hecha un gurruño sobre el suelo, con las extremidades temblorosas. El chico se alejó, frotándose con furia los antebrazos, como si así pudiese limpiarse la piel. Sin embargo, el color negro no dejó de extenderse. Parecía como si cada vena de su cuerpo hubiese salido a la superficie y estuviese espesándose como un arroyo que estaba transformando en un río.

«Tengo que ayudarlo», pensó Rin. «Esto es cosa mía, es culpa mía…».

Pero la esperiliana era incapaz de moverse. Tampoco sabía qué podía hacer.

Merchi tenía la mirada desorbitada. Abrió la boca para proferir una arcada, y luego cayó de costado mientras se retorcía.

Pipaji arrastró los pies hacia atrás y se cubrió la boca abierta con las manos. Unos jadeos agudos entremezclados con hipo se le escapaban desde detrás de los dedos.

—Por los dioses —susurraba la joven una y otra vez—. Por los dioses. ¿Qué he hecho?

Dulin y Lianhua se hallaban acorralados contra la pared contraria. Lianhua no dejaba de mirar hacia la puerta, como si estuviera planteándose salir corriendo. Los gimoteos de Pipaji se convirtieron en un grito lastimero. Se arrastró hasta Merchi y lo sacudió por los hombros, intentando revivirlo, pero lo único que consiguió fue hacerle hoyos en la piel disecada allí donde se clavaron sus dedos.

Al fin, Rin recobró la compostura.

—Vete al rincón —le ordenó a Pipaji—. Siéntate sobre las manos y no toques a nadie.

Para su gran alivio, la chica la obedeció. Rin centró entonces su atención en Merchi. Sus sacudidas se habían visto reducidas a un leve temblor, y las manchas negras y púrpuras ahora le cubrían cada parte visible de la piel. Debajo de ellas resaltaban sus venas como si se hubieran convertido en piedra.

Rin no tenía ni idea de qué podrían hacer los médicos de Cholang para ayudarlo, pero le debía al chico al menos intentarlo.

—Que alguien me ayude a levantarlo —ordenó. Pero ni Dulin ni Lianhua se movieron.

Estaban inmovilizados a causa de la conmoción.

Tendría que sacar a Merchi de allí ella sola, a rastras. El chico era demasiado alto como para que pudiera echárselo sobre el hombro. Su única opción era tirar de él por una pierna. Se agachó y le agarró la pantorrilla con mucho cuidado de no rozarle la piel expuesta. Le dolía la espalda por todo el peso del que estaba tirando, pero entonces tuvo un subidón de adrenalina que contrarrestó el dolor y, de algún modo, aunó la energía necesaria para sacarlo de la cabaña y llevarlo hacia la enfermería.

—Aguanta —le dijo—. Tú respira. Arreglaremos esto.

Era lo mismo que hablar con una piedra. Cuando volvió a mirarlo unos minutos después para comprobar cómo iba, Merchi tenía los ojos vidriosos y la piel se le había deteriorado tanto que parecía un cadáver que llevaba tres días muerto. No respondió cuando Rin lo sacudió. No tenía pulso. La joven no sabía cuándo habría dejado de respirar.

Ella siguió avanzando, pero sabía, mucho antes de llegar a la enfermería, que ya no necesitaría ningún médico, sino un enterrador.

Cuando Rin regresó a la cabaña, Pipaji no estaba allí.

—¿Adónde ha ido? —exigió saber la esperiliana.

Dulin y Lianhua estaban sentados contra la pared, completamente conmocionados, en el mismo sitio donde Rin los había dejado. Era evidente que habían estado llorando: Dulin tenía la mirada desenfocada e inyectada en sangre, mientras que Lianhua temblaba con los puños cerrados contra los ojos.

—Ha salido corriendo —comentó Dulin—. Nos ha dicho que no podía seguir aquí.

—¿Y habéis dejado que se vaya? —Rin quería abofetearlo, quitarle esa expresión atontada de la cara—. ¿Sabéis dónde ha ido?

—Creo que hacia la colina. Quizás. Nos ha dicho…

Rin echó a correr.

Por suerte, le fue fácil seguir el rastro de Pipaji. Había dejado unas finas huellas recientes en la nieve. Rin la encontró en una cornisa a seis metros de altura. Estaba doblada sobre sí misma, tosiendo, agotada por la carrera.

—¿Adónde te crees que vas? —le preguntó la esperiliana.

Pipaji no le respondió. La chica se enderezó y se quedó mirando hacia la cornisa, extendiendo uno de sus delgados tobillos hacia fuera, como si estuviese tanteando el espacio vacío antes de lanzarse hacia delante.

—Pipaji, aléjate de ahí. —Rin calculó la distancia que había entre ambas. Si echaba a correr, tal vez pudiera agarrarla por las piernas antes de que saltara. Pero solo si Pipaji vacilaba. Parecía *lista para tirarse. Cualquier* movimiento repentino podría hacer que cayera por el precipicio—. Te sientes confundida. —La esperiliana mantuvo un tono de voz bajo y amable, con una mano extendida, como si se estuviera acercando a un animal salvaje—. Te sientes abrumada. Lo entiendo, es normal…

—Es horrible. —Pipaji no se dio la vuelta—. Esto es… Yo no… No puedo…

La joven estaba haciendo tiempo. No estaba segura de si quería morir o no. Bien.

Rin se percató de que ya no tenía los dedos de color púrpura. Había logrado recuperar un

poco el control sobre sí misma. Eso hacía que fuese seguro tocarla.

La esperiliana se lanzó hacia delante *y la agarró por la* cintura. Ambas cayeron juntas sobre la nieve. Rin se levantó como pudo y tiró de la camisa de Pipaji, que no se resistía, para apartarla del borde. Luego, la inmovilizó contra el suelo apoyando una rodilla sobre su estómago para que no pudiera huir.

—¿Vas a saltar? —le preguntó Rin.

El estrecho tórax de Pipaji se llenó de aire.

—No.

—Entonces, levanta. —Rin se puso en pie y le tendió la mano.

Sin embargo, Pipaji permaneció en el suelo. Los hombros le temblaban con violencia, y tenía el rostro contraído de nuevo a causa de los sollozos.

—Deja de llorar y mírame. —Rin se agachó y agarró a Pipaji de la barbilla. La esperiliana no sabía qué era lo que la estaba empujando a hacer aquello. Nunca se había comportado de ese modo. Vaisra le había hecho eso mismo a ella una vez, y así había conseguido llamar su atención, aunque solo fuera porque le había causado tal conmoción que el miedo había acabado relegado al fondo de su mente—. ¿Quieres abandonar?

Pipaji la contempló en silencio, con las lágrimas resbalándole por las mejillas. La perplejidad no la dejaba hablar.

—Porque puedes abandonar —siguió Rin—. Te dejaré marchar ahora mismo, si eso es lo que quieres. Nadie te está obligando a convertirte en una chamana. No tienes que volver al Panteón nunca más. Si lo prefieres, también puedes abandonar este ejército. Puedes coger a tu hermana y encontrar un lugar en el que vivir en la Provincia del Perro. ¿Es eso lo que quieres?

—Pero no… —Pipaji dejó de sollozar. Parecía desconcertada—. No lo sé. No sé qué…

—Lo entiendo —dijo Rin—. Sé que no quieres abandonar. Porque te ha hecho sentir bien, ¿verdad? Cuando has invocado al dios. Ese subidón de poder ha sido lo mejor que has sentido nunca y lo sabes. ¿A que sienta bien darte cuenta de qué es lo que puedes hacer? Por desgracia, tu primera víctima ha sido un aliado, pero imagina poner tus manos sobre las tropas enemigas. Imagina asolar ejércitos enteros con solo tocarlos.

—Me ha dicho… —Pipaji respiró hondo de forma entrecortada—. Es decir, la diosa… Me ha dicho que no tendré que volver a tener miedo nunca más.

—Eso es poder —dijo Rin—. Y no vas a renunciar a él. Te conozco. Eres como yo.

Pipaji se quedó mirando no tanto a Rin, sino al espacio vacío que había detrás de ella. Parecía perdida en sus pensamientos.

La esperiliana se sentó a su lado para que quedaran hombro con hombro y miraran juntas hacia el borde.

—¿Qué es lo que has visto al tragarte las semillas?

La chica se mordió el labio y apartó la mirada.

—Cuéntamelo.

—No puedo, es…

—Mírame. —Rin se levantó la camisa. Tenía la parte superior del torso envuelta en vendajes, con las costillas aún rotas a causa de la patada de Riga. Sin embargo, la huella negra de la mano de Altan, igual de clara que el día en el que se la había hecho, quedaba visible justo por debajo del esternón. Rin dejó que Pipaji la mirase el tiempo suficiente como para que se diese cuenta de qué

forma tenía. Luego, se giró hacia un lado para mostrarle las marcas abultadas que Nezha le había hecho al clavarle un cuchillo en la parte baja de la espalda.

Pipaji se quedó lívida ante esa imagen.

—¿Cómo…?

—Ambas cicatrices me las hicieron hombres a los que creía que amaba —dijo Rin—. Uno ya está muerto. El otro lo estará pronto. Sé lo que es sentirse humillada. Si quieres, sigue guardando tus secretos. Pero no hay nada que puedas contarme que me vaya a hacer pensar mal de ti.

Pipaji contempló durante un buen rato la huella de Altan. Cuando por fin habló, lo hizo en un susurro tan bajo que Rin tuvo que acercarse más para escucharla por encima del viento.

—Cuando llegaron, estábamos en el burdel. Comenzaron a subir por las escaleras y le dije a Jiuto que se escondiera. Ella… —A Pipaji se le entrecortó la voz. Suspiró temblorosamente y luego continuó—: No le dio tiempo a llegar a la puerta, así que se escondió debajo de las mantas. Las apilé encima de ella. Pilas y pilas de capas de invierno. Y le dije que no se moviera, que no hiciera el más mínimo ruido, sin importar qué pasara o qué escuchara. Entonces, ellos entraron, me encontraron y… y… —Tragó saliva—. Y Jiuto no se movió.

—La protegiste —dijo Rin con dulzura.

—No. —Pipaji negó con la cabeza de forma brusca—. No lo hice. Porque… Porque cuando se marcharon, abrí el armario. Y le quité las mantas de encima a mi hermana. Jiuto no se movía. —A la chica se le contrajo el rostro—. No se había movido. Se había estado asfixiando, no podía respirar allí abajo, joder, y aun así no se había movido porque eso era lo que yo le había dicho que hiciera. Creí que la había matado. Pero no fue así, porque entonces comenzó a respirar de nuevo. Pero yo fui el motivo por el que…

Soltó un pequeño gemido y se llevó las manos al rostro. No prosiguió. No hacía falta. Rin podía hacerse una idea de a dónde quería ir a parar con esa historia.

Eso explicaba por qué Jiuto seguía a su hermana a todas partes. Por qué Pipaji nunca la había dejado sola hasta ahora. Por qué Jiuto no podía o no quería hablar. Por qué la niña respondía a todo el que le hablara con una mirada vacía y atormentada.

Rin quiso rodear los hombros temblorosos de Pipaji con el brazo, abrazarla con fuerza y decirle que no tenía nada de lo que avergonzarse ni de lo que arrepentirse, que había sobrevivido, y que con sobrevivir bastaba. Quería decirle que fuera a buscar a su hermana, que se alejaran todo lo posible de ese lugar y que no volviera a pensar nunca más en el Panteón. Quería poder decirle que todo aquello se había terminado.

En cambio, con el tono más duro que logró poner, dijo:

—Deja de llorar.

Pipaji levantó la cabeza, sobresaltada.

—Vives en un país en guerra —le espetó Rin—. ¿Te creías especial? ¿Crees que eres la única que ha sufrido? Mira a tu alrededor. Al menos tú sigues viva. Hay miles de personas que no han tenido tanta suerte como tú. Y hay miles de personas más que también acabarán muriendo si no aceptas el poder que puedes llegar a tener.

Percibió un tono despiadado y duro como el acero en su propia voz, uno que no había usado nunca antes. Era la voz de una extraña. Pero sabía perfectamente de dónde procedía, ya que todo lo que le había dicho a Pipaji era un eco de las cosas que Vaisra le había dicho a ella misma en el pasado, el único verdadero regalo que le había hecho el jefe militar.

«Cuando escuches gritos, corre hacia ellos».

—¿Y todo eso que me acabas de contar? Esa es la clave para que llegues hasta los dioses. Aférrate a ello en tu mente, y no olvides nunca cómo te sientes ahora mismo. Eso es lo que te da poder. Y eso es lo que hará que sigas siendo humana.

Rin agarró los dedos de Pipaji. Eran delgados, estaban sucios y llenos de cicatrices. No tenían el aspecto que deberían tener los dedos de una joven bonita. Eran los dedos que tenían los cuerpos destrozados. Dedos como los de Rin.

—Cuentas con el poder de envenenar a cualquiera que toques —le dijo—. Puedes asegurarte de que nadie sufra de nuevo lo mismo que sufristeis tu hermana y tú. Úsalo.

Los demás progresaron mucho más rápido tras el logro de Pipaji. Dos días después, Lianhua soltó un pequeño quejido y cayó de costado. Al principio, Rin temía que hubiera sufrido una sobredosis y se hubiera desmayado, pero entonces se dio cuenta de que las cicatrices que la joven tenía por los brazos y la clavícula estaban desapareciendo. Una nueva y lisa piel le cubrió las zonas que en el pasado habían sufrido los crueles cortes de un cuchillo.

—¿Qué es lo que has visto? —le preguntó Rin cuando se despertó.

—A una mujer hermosa —murmuró Lianhua—. En una mano sostenía una flor de loto, y en la otra un montón de flautas de caña. Me ha sonreído y me ha dicho que podía sanarme.

—¿Crees que podrá ayudarte a sanar al resto? —preguntó la esperiliana.

—Eso creo —respondió Lianhua—. Me ha puesto algo entre las manos. Era blanco y caliente, y he visto cómo brillaba a través de mis dedos, como… como si estuviese sosteniendo el propio sol.

«Por la Gran Tortuga». A Rin le dio un vuelco el corazón al pensar en lo que aquello implicaba. «Esto puede sernos útil».

Cuando Lianhua consiguió invocar a su diosa sin perder la conciencia, Rin tuvo que poner a prueba sus habilidades con una sucesión de animales heridos: ardillas con las patas partidas, aves con las alas rotas y conejos moribundos a causa de quemaduras. Lianhua tuvo la cautela de no preguntar de dónde habían salido esos animales. Cuando consiguió sanar por completo a las criaturas, sin aparentemente ningún efecto secundario, Rin dejó que Lianhua experimentase con ella.

—Estas dos costillas me están dando problemas —le dijo, levantándose la camisa—. ¿Necesitas que me quite las vendas?

—Creo que no. —Lianhua le pasó los dedos por encima de las tiras de lino tan despacio que le hizo cosquillas. Entonces, Rin sintió un calor abrasador con una intensidad que oscilaba entre el alivio y el tormento. Unos segundos después, el dolor de sus costillas había desaparecido. Por primera vez desde que había subido al monte Tianshan, podía respirar sin tener que encogerse.

—Por la Gran Tortuga. —Rin estaba maravillada mientras giraba el torso de un lado a otro —. Gracias.

—¿Quieres…? —Lianhua dejó los dedos suspendidos en el aire sobre el brazo derecho de Rin, como si estuviese esperando su permiso. Le miraba el muñón—. Mmm, ¿quieres que lo intente?

La pregunta pilló a Rin por sorpresa. Ni siquiera se había planteado restaurar la mano

perdida. Parpadeó, sin responder, dividida entre un obvio «sí, por favor, inténtalo ya» y el miedo a permitirse guardar esperanzas.

—No sé si podré conseguirlo —añadió enseguida Lianhua—. Y, además…, si no quieres…

—No… No, perdona —se apresuró a decir Rin—. Por supuesto que quiero. Sí. Adelante.

Lianhua le retiró la manga de la camisa del muñón y apoyó sus dedos fríos en el lugar donde la muñeca de Rin terminaba en un suave montículo. Pasaron varios minutos. Lianhua estaba sentada inmóvil, con los ojos bien cerrados y concentrada, pero Rin no sintió nada, ni calor ni picores, solo un cosquilleo fantasma donde debería haber estado su mano. Pasaron los minutos, pero el cosquilleo, si acaso era real, no se intensificó para convertirse en otra cosa.

—Déjalo ya —dijo al fin Rin. No podía seguir con eso—. Es suficiente.

Lianhua pareció encogerse a modo de disculpa.

—Supongo…, mmm…, que este poder tiene ciertos límites. Tal vez pueda volver a intentarlo si…

—No te preocupes. —Rin se bajó la manga de golpe para cubrirse el muñón, con la esperanza de que Lianhua no percibiera el temblor en su voz. ¿Por qué sentía el pecho tan encogido? Sabía que no funcionaría; había sido una estupidez imaginar lo contrario—. No pasa nada. Hay cosas que no se pueden arreglar.

En lo que se refería a puro espectáculo, Dulin las superaba a todas. Una semana más tarde, después de tantos intentos fallidos que Rin se planteó parar para ahorrarle más sufrimiento, el chico ingirió una dosis extra de semillas de amapola con un gesto de determinación en el rostro y no tardó en invocar a la Gran Tortuga.

En todos los mitos que Rin había escuchado, la Tortuga era una criatura paciente, protectora y benevolente. Era la guardiana oscura del mundo, que representaba la longevidad y la tierra fría y fértil. Los campesinos en Tikany lucían collares de jade grabados en forma de conchas de tortuga para tener buena suerte y estabilidad. En Sinegard, a menudo se colocaban unas grandes tortugas de piedra delante de las tumbas para salvaguardar los espíritus de los muertos.

Dulin no transmitió nada parecido. Abrió un socavón en el suelo.

Sucedió sin previo aviso. En un momento, la tierra era firme bajo sus pies y, al siguiente, había aparecido un círculo con un diámetro de casi metro y medio en el interior de la cabaña, abriéndose hacia una profundidad incierta y oscura. Milagrosamente, ninguno de ellos cayó dentro. Entre gritos, Pipaji y Lianhua habían logrado apartarse del borde.

El socavón terminaba justo a los pies de Dulin. Había dejado de crecer, pero la tierra y las piedras que había en el borde seguían cayendo hacia el agujero, retumbando hacia la nada.

Rin habló despacio, intentando no sobresaltar a Dulin por si acaso los enterraba a todos accidentalmente.

—Muy bien. ¿Ahora crees que serías capaz de cerrarlo?

El chico miró aturdido hacia el socavón, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo no solo de que lo tenía delante de sus narices, sino de que era obra suya.

—No lo sé.

Dulin temblaba. Con cautela, Rin apoyó la mano en su hombro.

—¿Qué sientes?

—Está… Está hambriento. —Dulin sonaba confundido—. Creo… que quiere más.

—¿Más qué?

—Más… exposición. Quiere ver la luz del sol. —Entonces, se le entrecortó la voz. Rin podía imaginarse a qué recuerdo se había aferrado el chico cuando había invocado al Panteón. Sabía que había pensado en lo que se sentía al ser enterrado vivo—. Quiere ser liberado.

—Es comprensible —le dijo Rin—. Pero, si es posible, vuelve a intentarlo cuando estés bastante alejado de nosotros.

Dulin tragó saliva profusamente y asintió. El hoyo dejó de retumbar.

—¿General Fang? —la llamó Pipaji desde el otro lado del socavón—. Creo que necesitamos una cabaña más grande.

Al día siguiente, Rin y sus reclutas partieron antes del amanecer para recorrer la meseta desértica, donde nada de lo que pudieran invocar podría herir a nadie del campamento de Cholang.

—¿Cuánto vais a alejaros? —le preguntó Kitay.

—Ocho kilómetros —le dijo Rin.

—Eso no es lo suficientemente lejos. Recorred al menos dieciséis.

—¡Entonces estarás fuera de mi alcance!

—Pues doce —insistió su amigo—. Pero llévatelos lo más lejos posible. No tiene sentido que nos aniquilemos nosotros mismos antes de que lo haga Nezha.

Rin se echó a la espalda un morral cargado de provisiones para cuatro días y suficientes drogas como para matar a un elefante, y guio a sus reclutas hacia la gran extensión que era la meseta de Scarigon. Estuvieron caminando durante la mayor parte de la mañana, y no se detuvieron hasta que el sol estuvo en lo más alto del cielo despejado, de un intenso color azul, que caldeaba el aire con un calor abrasador que ni siquiera los vientos podían aliviar.

—Aquí está bien —decidió Rin. La estepa llana y árida se extendía en todas direcciones hasta donde llegaba la vista. No estaban cerca de ningún árbol, peñasco o colina donde pudieran refugiarse, pero no les pasaría nada. Habían llevado consigo lona para montar dos tiendas de campaña, y los cielos parecían prometer que no habría precipitaciones al menos durante varios días.

Rin sacó su morral y lo dejó caer en el suelo.

—Bebed todos agua, y luego nos pondremos a trabajar.

Pipaji ya estaba bebiendo con ansia de su cantimplora. Le entró hipo y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué vamos a hacer exactamente?

Rin sonrió con malicia.

—Echaos hacia atrás.

Todos retrocedieron varios pasos y la contemplaron con cautela.

—Más lejos.

La esperiliana aguardó hasta que estuvieron al menos a veinte pasos de distancia. Entonces, extendió la mano hacia el cielo e invocó el fuego.

Surgió de ella como un rayo. Era delicioso. Lo avivó más y más, disfrutando de esa liberación de poder desenfrenada, de esa indulgencia temeraria que se asemejaba al mismo éxtasis que había

experimentado en el monte Tianshan.

Rin vio la cara de los chicos, con los ojos desorbitados por la admiración y el deleite, y se rio.

Mantuvo la columna de fuego durante un par de placenteros segundos más y luego volvió a introducir las llamas en su interior.

—Os toca —les dijo.

Durante el siguiente par de horas, Rin los supervisó mientras Pipaji y Lianhua probaban a complementar sus habilidades. Pipaji se agachaba y apoyaba las manos contra la tierra. Unos segundos después, todo tipo de criaturas (gusanos, serpientes, ratas de la estepa de patas largas, aves de madriguera) salían a la superficie, retorciéndose y chillando, mientras intentaban deshacerse con desesperación de las venas negras que atravesaban sus formas abultadas.

—Para —le decía Rin, y entonces Lianhua se apresuraba a iniciar el procesó para revertirlo todo, sanando a las criaturas una a una hasta que la podredumbre desaparecía por completo.

Los límites de las habilidades de Lianhua no tardaron en ser obvios. Podía hacer desaparecer heridas superficiales en menos de un minuto y sanar huesos rotos y hemorragias internas con algo más de tiempo, pero solo parecía ser capaz de revertir las lesiones que no eran mortales. La mayoría de los objetivos de Pipaji se hallaban a las puertas de la muerte, y ni siquiera el esfuerzo de Lianhua conseguía devolverlos a la vida.

Los límites de Pipaji no estaban tan claros. Al principio, Rin había pensado que era necesario que hubiera un contacto piel con piel con sus víctimas, pero entonces se dieron cuenta de que su veneno podía filtrarse por la tierra y llegar hasta organismos que se encontraban a varios metros de distancia.

—Prueba con el agua del estanque —sugirió Rin. Se le acababa de ocurrir una horrible y emocionante idea, pero no quería expresarla en voz alta hasta que pudiera confirmarla—. A ver si la propagación es más rápida así.

—Necesitamos esa agua para beber —protestó Dulin—. El siguiente estanque se encuentra a kilómetro y medio.

—Entonces, llenaremos ahora nuestras cantimploras, y moveremos nuestro campamento hasta el siguiente estanque cuando Pipaji haya terminado —declaró Rin.

Los chicos la obedecieron. Una vez que hubieron llenado las cantimploras, Pipaji se agachó junto al estanque con el ceño fruncido en señal de concentración mientras hundía los dedos en el agua. No sucedió nada. Rin esperaba ver unas vetas negras atravesando el estanque, pero el agua continuó con el mismo tono marrón verdoso embarrado. Entonces, los peces comenzaron a flotar bocarriba en la superficie, hinchados y descoloridos.

—Qué asco —dijo Dulin—. Supongo que tendremos que pescar la cena en otra parte.

Rin no hizo ningún comentario. Estaba apretando el puño con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos.

Ya lo tenía. Así era como iba a vencer a Nezha.

El Joven Mariscal no podía ser asesinado porque el Dragón siempre lo protegía, cerrándole las heridas segundos después de habérselas hecho. Sin embargo, Chaghan le había dicho a Rin que la fuente de su poder era el río que recorría las grutas de Arlong.

¿Y si atacaba directamente al río?

—¿Puedo parar ya? —le preguntó Pipaji. Peces, sapos, renacuajos e insectos seguían apareciendo en la superficie, muertos—. Esto ya parece…, mmm…, excesivo.

—Vale —murmuró Rin—. Para.

Pipaji se puso en pie con cara de asco y se apresuró a limpiarse los dedos en los pantalones.

Rin no podía dejar de mirar hacia el estanque. Ahora el agua estaba completamente negra. Era un tintero lleno de cadáveres.

Nezha no había visto nunca a Pipaji. No tenía ni idea de quién era ni de qué podía hacer. Lo único que vería sería a una joven delgada y bonita con ojos de cervatillo y largas pestañas completamente fuera de lugar en el campo de batalla, justo antes de que Pipaji hiciera que el fango le recorriera las venas.

A continuación, Rin centró toda su atención en Dulin. El chico parecía sentir predilección por los socavones. Después de aquel primer día, podía formar uno con facilidad cuando quisiera, de cualquier forma o tamaño, dentro de un diámetro de tres metros. Pero los socavones tenían que abrirse justo al lado de donde él se encontraba posicionado. Sus pies debían estar en el borde de la hendidura.

Eso suponía un problema. Sin duda, los socavones tenían un gran potencial para causar perturbaciones tácticas, pero solo si Dulin se encontraba justo sobre la línea de fuego.

—¿Puedes hacer alguna otra cosa con la tierra? —le preguntó Rin—. Si puedes hacer que se hunda, ¿también puedes hacer que se eleve? ¿Que se desplace hacia un lado? ¿Qué vibre en el sitio?

Rin no estaba segura de qué era lo que tenía en mente. Se imaginaba ligeramente unos grandes pilares de tierra sacudiéndose en el aire como si fueran víboras. O tal vez unos terremotos. Eso podría desorientar y desperdigar las líneas de defensa sin provocar demasiadas bajas civiles.

—Voy a probar. —Dulin bajó la barbilla y frunció el ceño en señal de concentración.

Rin sintió unos temblores en el suelo bajo sus pies, tan débiles al principio que no estaba segura de si se los estaba imaginando. Fueron ganando intensidad. Estaba pensando que tal vez sería mejor echarse hacia atrás justo cuando cayó al vacío.

Se golpeó la espalda contra el suelo y le crujió la cabeza. Se quedó contemplando el cielo con la boca abierta como un pescado, intentando respirar. No podía sentir la punta de los dedos. Ni los dedos de los pies.

Escuchó unos gritos. Los rostros de Dulin y Lianhua se cernieron sobre ella. Pipaji estaba gritando algo, pero su voz se hallaba amortiguada y silenciada. Rin sintió las manos de Lianhua recorriéndola bajo su camisa. Las apoyó sobre sus costillas, y entonces un maravilloso y abrasador calor se le extendió por el torso y la cabeza hasta que los gritos de Dulin se transformaron en palabras comprensibles.

—¿Estás bien?

—Sí —jadeó Rin—. Estoy bien.

Cuando Lianhua apartó las manos, Rin se tumbó de costado y rompió a reír. No podía parar. La risa salía de su interior como una cascada, urgente y estimulante.

Lianhua parecía muy preocupada.

—General, ¿estás…?

—Vamos a ganar —dijo Rin con voz ronca. No podía entender por qué era la única que reía. ¿Por qué no estaban todos riéndose? ¿Por qué no estaban todos fuera de sí de puro regocijo?—. Por los dioses. Me cago en la puta. Ya lo tenemos. Vamos a ganar.

Pasaron los dos últimos días perfeccionando sus tiempos de respuesta, sus limitaciones y las dosis necesarias. Determinaron cuánto tardaban en sentir el subidón después de ingerir las semillas (Pipaji y Lianhua, veinte minutos; Dulin, diez). Descubrieron cuánto tiempo podían estar activos mientras estaban drogados (ninguno de ellos podía estar más de una hora) y cuánto tardaban en volver a su estado natural de inutilidad y embobamiento.

Sus capacidades seguían siendo un arte imperfecto, ya que era imposible que en dos semanas lograran adquirir la eficacia militar de los Cike originales. Pero se habían acostumbrado a invocar a sus dioses lo suficiente como para poder replicar sus resultados en el campo de batalla. Eso era lo mejor que podían conseguir.

Rin les indicó que regresaran al campamento base sin ella. Quería aventurarse un poco más lejos ella sola antes de regresar. Los chicos no le preguntaron a dónde iba, y su general no dio más explicaciones.

Cuando estuvo sola, caminó hasta que encontró una zona aislada en la base de una colina, con una vista clara del lejano monte Tianshan.

Tomó las piedras más grandes que pudo encontrar y las dispuso formando una pila circular hacia el sol. Era un monumento cutre, pero se mantendría en pie. Casi nadie visitaba esa montaña. Con el tiempo, el viento, la nieve y las tormentas erradicarían cada rastro de esas piedras. Sin embargo, por el momento, con eso bastaría.

Jiang no se merecía gran cosa. Pero sí que merecía algo.

Rin había visto la expresión en el rostro de su maestro antes de huir del templo. Jiang sabía perfectamente lo que había hecho. En ese momento, estaba entero y consciente, se había reconciliado con su pasado, había recuperado por completo el control de sí mismo. Y había elegido salvarla a ella.

—Gracias —dijo Rin. Su voz sonaba aflautada y débil contra el aire gélido y denso. Sentía el pecho muy encogido.

En el pasado, había llegado a querer a Jiang como a un padre.

Le había enseñado todo lo que él sabía. La había guiado hasta el Panteón. Y luego la había abandonado, había regresado con ella, la había traicionado y la había salvado.

Había dejado morir a muchas otras personas, al propio pueblo de Rin, pero a ella la había salvado.

¿Qué cojones se suponía que iba a hacer ella con un legado como ese?

Unas lágrimas calientes se le acumularon en los ojos. Cabreada, se las secó. No había ido hasta allí pará llorar. Jiang no se merecía sus lágrimas. Nada de aquello tenía que ver con la pérdida, sino con presentarle sus respetos.

—Adiós —masculló.

No sabía qué otra cosa decir.

No, eso no era cierto. Había algo más que la atormentaba, algo que necesitaba expresar en

voz alta. Nunca se había atrevido a decírselo a la cara cuando estaba vivo, aunque lo había pensado muchas veces. Ahora no podía seguir guardando silencio. Les asestó una patada a las rocas y volvió a tragar saliva, pero el nudo que se le había formado en la garganta no desaparecía. Carraspeó y las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas.

—Siempre fuiste un puto cobarde.

—Vamos a emprender la marcha —le dijo a Kitay cuando regresó. Andaba de un lado a otro de la cabaña, metiendo cosas en su equipaje: dos camisas, un par de pantalones, cuchillos, bolsitas con semillas de amapola. Había estado caminando durante seis horas seguidas, pero, de algún modo, se sentía llena de energía—. Le diré a Cholang que prepare a sus hombres para salir por la mañana. ¿El dirigible ya está listo?

—Claro, pero… Espera, para el carro, Rin. —Kitay parecía preocupado—. ¿Tan pronto? ¿De verdad?

—Tiene que ser ahora —dijo ella. No podía seguir en el campamento de Cholang, en la capital del culo del mundo en la meseta de Scarigon. No dejaba de darle vueltas a todas las posibilidades de la campaña que les esperaba. Nunca había tenido tan buenas cartas. La República solo tenía un chamán, Nezha, contra los cuatro de Rin, y su mejor mecanismo de defensa eran las bombas de opio, que incapacitaban a las tropas de ambos bandos sin discriminar.

Por supuesto, a los reclutas de Rin les hubiese venido bien otra semana de entrenamiento. Por supuesto, lo ideal hubiera sido tener más tiempo para perfeccionar sus habilidades, para aprender en condiciones cómo obligar a los dioses a salir de sus mentes cuando las voces dentro de sus cabezas pasaban a ser demasiado altas. Pero Rin también sabía que cada día que seguían esperando para avanzar hacia el este, era otro día más que Nezha tenía para prepararse.

En esos momentos, el Joven Mariscal estaba lamiéndose las heridas. Rin tenía que hacerse con todo el territorio posible antes de que Nezha estuviera listo para devolverle el ataque. Los ejércitos iban a acabar enfrentándose de un modo u otro, y ella quería ser la que diese el primer golpe.

—Por primera vez, el tiempo está de nuestra parte —le dijo a su amigo—. No tendremos otra oportunidad como esta.

—¿Estás segura de que están listos?

Rin se encogió de hombros.

—Tan listos como lo estaba yo.

Kitay soltó un suspiro.

—Supongo que serás consciente de que eso no me tranquiliza nada.

25

El primer gran objetivo metropolitano de Rin en el territorio republicano fue Jinzhou, la Ciudad Dorada, la perla opulenta en el medio oeste de Nikan. Tras tres semanas de marcha, la ciudad sobresalía por encima de la copa de los árboles, con unos muros delgados y altos y unas pagodas elevadas. Sus banderas con el blasón del dragón azul ondeaban desde lo alto de las torres de vigilancia, como si estuvieran invitándolos a atacar.

El otro nombre, menos adulador, con el que se conocía a la ciudad de Jinzhou era la Zorra. Se encontraba justo en la intersección de tres provincias y, gracias a su cercanía a las prósperas granjas de moras, que les proporcionaban carromatos hasta arriba de capullos de gusanos de seda y algunos de los depósitos más grandes de carbón del Imperio, podía permitirse pagar los impuestos de las tres. A cambio, Jinzhou había recibido el triple de ayuda militar a lo largo de las Guerras de la Amapola. Ni una sola vez en la historia reciente había sufrido un saqueo. Era una ciudad que se había limitado a pasar de las manos de un gobernante a las de otro, intercambiando sumisión y riquezas por protección.

Rin pretendía acabar con ese patrón.

El estratega militar Sun Tzu había llegado a escribir que era mejor tomar las ciudades enemigas intactas. Las campañas prolongadas y destructivas no beneficiaban a nadie. Jinzhou, que ofrecía unos potenciales ingresos y se encontraba bien posicionada entre las múltiples rutas de transporte, hubiera sido más útil si, tras el paso del ejército sureño, se hubiese conservado como una base de recursos, en lugar de como una ciudad en ruinas.

Pero, una vez más, Rin tenía que hacer caso omiso del consejo de Sun Tzu.

En el sur, había estado luchando por recuperar un territorio de manos de la Federación. Pero esa había sido una guerra de liberación. Sin embargo, ahora su ejército no tenía hogar, y luchaba en un territorio en el que nunca había *vivido. Además,* jamás podrían regresar a sus provincias natales en paz mientras la República siguiera intentando hacerse con el control. El problema de intentar mantener un territorio era que acabaría perdiendo soldados por tener que dejarlos apostados allí para conservar las áreas conquistadas. Por esa misma razón, Nezha estaba destinado a perder, ya que se había visto obligado a dividir a sus tropas por todo el frente norte y sur.

La conclusión de todo eso era que Jinzhou era una ciudad prescindible.

A Rin le daba igual conservarla. No quería la economía de Jinzhou, lo que quería era despojar a Nezha de sus riquezas.

«Si yo no puedo tenerlo, él tampoco».

Jinzhou suponía una flagrante muestra de poder. Jinzhou era un mensaje en sí mismo.

A medida que las tropas de Rin se aproximaban a las gruesas puertas de piedra de la ciudad, la esperiliana no sintió el mismo hormigueo nervioso que sentía siempre antes de una batalla. No le preocupaba el desenlace, *porque* aquella no era una competición de estrategia, cifras u oportunidad. Esa batalla no la había dejado al azar.

Esta vez tenía garantizada su victoria. Había visto lo que podían hacer los chamanes, y sabía que, sin importar lo buenas que fueran las defensas de la ciudad, no podrían plantarle cara a un ejército capaz de mover la propia tierra.

El destino de Jinzhou estaba sellado. Rin solo sentía curiosidad por ver el alcance de la devastación que sufriría esa ciudad.

Pero, antes, tenían que zanjar la cuestión de la etiqueta en el campo de batalla. Se impuso la prudencia, ya que Kitay no dejaba de insistir. Rin no podía alimentar y vestir a su ejército si no amasaba recursos por el camino, y esos recursos eran cada vez más difíciles de obtener de las ciudades quemadas y saqueadas.

—Sé que quieres arrasar con todo —le dijo Kitay—. Pero si comienzas a tirar muros abajo sin darles la oportunidad de rendirse, estás siendo simplemente una idiota.

—Las negociaciones les proporcionan tiempo para preparar sus defensas —objetó ella.

Kitay puso los ojos en blanco al escuchar eso.

—¿Qué defensas van a poder reunir contra ti?

El primer mensajero al que enviaron regresó casi de inmediato.

—No hay rendición —les informó—. Se…, mmm…, han reído en mi cara.

—Zanjado, entonces. —Rin se puso en pie—. Salimos en cinco minutos. Que alguien vaya a buscar a Dulin y a Pipaji…

—Espera —dijo Kitay—. No les hemos advertido a tiempo.

—¿Advertir a tiempo? ¡Acabamos de ofrecerles la oportunidad de rendirse!

—Creen que no somos más que un destartalado ejército de campesinos con espadas oxidadas y sin ninguna artillería. —Kitay le dedicó una dura mirada—. No saben a lo que se están condenando. Y tú no estás siendo justa.

—Sun Tzu decía que…

—Creo que los dos estamos de acuerdo en que la guía de Sun Tzu dejó de ser relevante hace mucho tiempo. Y cuando Sun Tzu escribió eso de que hay que guardarse información sobre la desigualdad de poder para que tu enemigo te subestime, se refería al número de soldados y a los suministros, no a poderes procedentes de dioses que pueden asolar a una ciudad. —Kitay alisó un pedazo de pergamino sobre la mesa. Ni siquiera esperó a que Rin le respondiera antes de comenzar a redactar otra misiva—. Les daremos otra oportunidad.

Ella profirió un ruido en señal de protesta.

—¿Cómo? ¿Vas a seguir revelándoles las armas que tenemos antes de hayan podido enfrentarse a nosotros?

—Me preocupa un poco que te refieras a las personas como armas. Y no, Rin, solo voy a decirles que deberían considerar las muchas vidas inocentes que están en juego. No incluiré ningún detalle. —Kitay escribió algo más, levantó la mirada y se llevó la mano a la frente para apartarse un mechón de pelo—. Esto nos confirma una cosa: que Nezha no está en la ciudad.

Rin frunció el ceño.

—¿Por qué crees eso?

Habían determinado que tal vez tenían un cincuenta por ciento de probabilidades de que Nezha se quedara en el frente para defender Jinzhou en persona. Por un lado, la ciudad era un tesoro tan grande que costaba creer que la República fuera a renunciar a ella tan fácilmente. Solo las reservas de carbón conseguían mantener a las aeronaves en el aire durante un tiempo indefinido. Por otro lado, cada informe que recibían indicaba que Nezha había huido lo más al este posible. Y Jinzhou, aunque era muy rica, no contaba con las mejores estructuras defensivas. Era una ciudad que se basaba en el comercio, y ese tipo de ciudades estaban diseñadas para dar la bienvenida al mundo exterior, no para repelerlo. Habría sido una idiotez que Nezha hubiera llevado a cabo su última batalla en ese lugar.

—Sabemos que no está aquí porque el magistrado habría mencionado su nombre si así fuera —le dijo Kitay—. O él mismo se habría presentado aquí para negociar. Todo el país sabe ya lo que es capaz de hacer. Saben que él serviría de elemento disuasorio mejor que cualquier otra cosa que pudieran tener.

—Podría estar intentando tendernos una emboscada —declaró Rin.

—Quizás. Pero Nezha se ciñe más a los principios de Sun Tzu que tú. «No presiones cuando ya existe una resistencia. No pierdas más soldados cuando ya estás en desventaja». —Kitay negó con la cabeza—. Supongo que no es del todo seguro. Pero, si yo fuera Nezha, no intentaría matarte aquí. No hay suficiente acceso al agua. No, creo que esta vez va a dejarte ganar.

—Qué romántico —dijo Rin en un tono burlón—. Pues, entonces, hagamos que se arrepienta de ello.

Acamparon a las afueras de los muros de Jinzhou durante un tiempo, turnándose el catalejo entre ellos mientras esperaban el regreso de su delegación. Primero pasaron minutos, luego horas. Después de un rato, Rin acabó aburriéndose y regresó al interior de su tienda, donde sus reclutas se hallaban sentados en un círculo en el suelo a la espera de que los llamaran.

—No van a rendirse —les dijo Rin—. ¿Estáis todos listos?

Lianhua se mordió el labio inferior. Dulin estaba temblando, y no dejaba de frotarse los codos como si estuviera helado. Se asemejaban tanto a unos nerviosos estudiantes de Sinegard a punto de hacer un examen que Rin no pudo evitar que le hiciera un poco de gracia. Pipaji era la única que parecía completa y absolutamente tranquila, sentada con la espalda contra la pared y con los brazos cruzados como si fuera la clienta de un salón de té esperando a que le sirvieran.

—Recordad que todo es distinto cuando hay cadáveres de por medio —les dijo Rin. Ya habían hablado muchas veces sobre cómo cambiaba todo en el fragor de la batalla, sobre cómo las prácticas, seguras y predecibles, no se parecían en nada a una verdadera guerra. No obstante, quería volver a grabárselo a todos en la mente. Quería que fuera lo único que tuvieran en la cabeza antes de entrar en combate—. La sangre hará que os alarméis. Y todo será mucho más

duro cuando comencéis a oír los gritos. Los dioses tienden a emocionarse. Son como perros salvajes cuando olfatean el miedo. Una vez que detecten el más mínimo tufo a caos, se esforzarán mucho más en apoderarse de vosotros.

—Todos hemos visto ya cadáveres —comentó Pipaji.

—Es distinto cuando eres tú la que los ha dejado así —le dijo Rin.

Dulin palideció.

—No pretendo asustaros —añadió Rin con premura—. Solo quiero que estéis en guardia. Pero podéis hacerlo. Habéis practicado, sabéis qué debéis esperar, y mantendréis el control. ¿Qué tenéis que hacer si sentís que el dios se apodera de vosotros?

Los tres corearon la respuesta al unísono como si fueran colegiales.

—Masticar las piedras de opio.

Cada uno de ellos llevaba en el bolsillo opio suficiente como para provocar una sobredosis mortal. Sabían exactamente cuánta cantidad tenían que tragar para quedarse inconscientes.

—¿Y qué tenéis que hacer si vuestros compañeros pierden el control?

Pipaji flexionó los dedos.

—Encargarnos de ellos antes de que ellos acaben con nosotros.

—Buena chica —le dijo Rin.

La puerta de la tienda se abrió de golpe. Todos dieron un respingo.

Era un explorador.

—Hemos recibido noticias de Jinzhou, general. No se rinden.

—Peor para ellos. —Rin les indicó con una seña que se levantaran—. Vamos a demostrarles qué es lo que podéis hacer.

En Sinegard, el maestro de Estrategia, Irjah, le había enseñado una vez a la clase de segundo año de Rin cómo jugar a un viejo juego de mesa llamado shaqqi. Les había hecho jugar a bastantes juegos de estrategia antes que a ese: al wikki para la previsión y la decisión, al *mahjong* para la diplomacia y para explotar la desigualdad de información. Pero el shaqqi no era un juego que Rin hubiese visto antes. Su serie de normas básicas ocupaba tres cuadernos enteros, sin incluir los muchos pergaminos adicionales en los que se indicaban las maniobras estándar de apertura.

Kitay era el único de la clase que había jugado antes al shaqqi, así que el maestro Irjah lo había elegido a él para hacer una demostración. Se habían pasado los primeros veinte minutos sacando fichas al azar para determinar cuántas piezas tendrían cada uno para representar a las tropas, el equipo, las armas y las asignaciones de terrenos. Cuando todas las piezas estuvieron por fin sobre el mapa, el maestro Irjah y Kitay se sentaron uno frente al otro con la mirada fija en el tablero. Ninguno de los dos dijo nada. El resto de la clase los observó, comenzando a aburrirse y a sentirse irritados mientras el enfrentamiento se alargaba durante casi una hora.

Por fin, Kitay soltó un suspiro y volcó con un dedo la pieza que representaba a su emperador mientras sacudía la cabeza.

—¿Qué sucede? —les preguntó Nezha—. Si ni siquiera habéis jugado.

Pero sí que lo habían hecho. Rin se había dado cuenta de ello casi cinco minutos antes de que acabara la partida. Todo el juego se había desarrollado a través de cálculos mentales. Ambas partes habían estado analizando el equilibrio de poder que se había creado por medio de las

piezas asignadas al azar. Kitay había terminado llegando a la conclusión de que era imposible que pudiese ganar.

—La guerra rara vez funciona de este modo —les explicó Irjah mientras recogía las piezas—. En las batallas reales, la bruma de la guerra (es decir, la fricción) lo nubla todo. Incluso los planes mejor dispuestos acaban siendo víctimas de los accidentes y las casualidades. Solo los idiotas creen que la guerra se basa únicamente en estratagemas inteligentes.

—Entonces, ¿de qué sirve este juego? —se quejó Venka.

—Las asimetrías son importantes —dijo Irjah—. Los más indefensos pueden encontrar un modo de salir adelante, pero no siempre. Y mucho menos si el bando que cuenta con ventaja se ha anticipado todo lo posible a los contratiempos con la información de la que dispone. Porque, entonces, todo pasa a ser una cuestión de ganar de la forma más elegante y segura posible. Aprendes a cerrar todas las salidas. Prevés todas las formas en las que podrían truncar tus ventajas, y debes hacer todo esto con tiempo suficiente. No obstante, en ocasiones no hay ningún modo posible de conseguir la victoria. A veces entablar una batalla es sinónimo de suicidio. Es importante saber cuándo se da ese caso. Ese es el propósito de este juego. Los movimientos no importan tanto como el ejercicio de reflexión.

—Pero ¿y si los jugadores no se ponen de acuerdo en quién lleva ventaja? —preguntó Nezha —. ¿Y si nadie se rinde?

—Entonces jugáis hasta que alguno lo haga —declaró Irjah—. Pero eso supondrá un bochorno mucho mayor para el perdedor, que debería haber admitido su derrota desde el principio. El objetivo es entrenar vuestras mentes para que sean capaces de ver todas las posibilidades estratégicas a la vez y que así sepáis cuándo no podéis ganar.

Resultó que el shaqqi había sido el único juego de estrategia que Rin no había logrado comprender del todo. Lo habían jugado muchas veces en clase a lo largo del año, pero ella nunca llegaba a rendirse. Desde que podía recordar, Rin había ocupado una posición de indefensión. Le parecía una locura rendirse, limitarse a reconocer la derrota como si el futuro pudiera no ofrecerle una oportunidad, por pequeña que fuera, de darle la vuelta a su destino. La esperiliana había estado apostando por esas pequeñas oportunidades durante toda su vida.

Sin embargo, ahora, allí de pie con su ejército al otro lado de los muros de la ciudad de Jinzhou, Rin se encontraba en la posición contraria. Ahora contaba con una ventaja abrumadora, y la única incógnita que le quedaba por resolver era cómo podría utilizar a tres personas que podrían reescribir la realidad en una batalla convencional sin matar a todos los que los rodeaban.

La victoria ya la tenían asegurada. Ahora mismo lo único de lo que tenía que preocuparse era de los cabos sueltos.

Ese era el tipo de acertijo que Altan había estado intentando resolver constantemente cuando era el comandante de los Cike. ¿Cómo se ganaba una partida de ajedrez cuando tus piezas eran las cosas más extrañamente poderosas en el tablero y el oponente solo contaba con peones? ¿Cómo se ganaba cuando el objetivo ya no era la victoria, sino una con el menor número de bajas posible?

Rin y Kitay habían convenido desde hacía mucho que el peso de la batalla iba a recaer sobre Dulin. La participación de Lianhua no era una posibilidad. A ella la mantendrían ocupada en la enfermería durante los días posteriores al enfrentamiento, pero no pintaba nada en el campo de batalla. Pipaji era más letal a distancias cortas, pero Dulin era quien más alcance de impacto

tenía. Él podía provocar terremotos y hacer socavones en un radio de nueve metros a su alrededor, mientras que Pipaji tenía que adentrarse mucho en la refriega para poder soltar su veneno. Aquello suponía un gran riesgo. Rin necesitaba que Pipaji no corriera peligro hasta que llegara a Arlong.

No obstante, la esperiliana estaba bastante segura de que podía destrozar a la resistencia de Jinzhou solo con Dulin.

—Darás dos golpes importantes —le indicó Rin—. Ambos justo al inicio de la batalla. Serán nuestras salvas iniciales. Creerán que el primero es un extraño fenómeno de la naturaleza o un arma convencional muy poderosa. Pero, después del segundo, no les cabrá duda de que contamos con un chamán. A partir de ese momento, nuestras fuerzas estarán demasiado entremezcladas con las del enemigo como para que puedas lanzar un golpe con un objetivo claro.

—Pero no tengo por qué entrar en la refriega —dijo Dulin—. Es decir, ¿no puedo apuntar hacia la ciudad y ya está?

—¿Y luego qué? —le preguntó Kitay con brusquedad—. ¿Masacrarás a todos los civiles inocentes que haya allí dentro?

A Dulin se le enrojecieron las mejillas. Era evidente que esa idea no se le había pasado por la cabeza.

—No lo había…

—Sé que no lo habías pensado bien —le dijo Kitay—. Pero tienes que aclarar tus ideas. El hecho de que puedas alterar el mundo a una escala descomunal no significa que no tengas que tener en cuenta los cálculos normales. Ahora tienes que ser el doble de cauteloso. ¿Lo comprendes?

—Sí, señor. —Dulin parecía haber recibido un buen escarmiento—. Entonces, ¿dónde hay que hacer los socavones?

—Jinzhou cuenta con seis muros —dijo Kitay—. Escoge el que quieras.

Una hora más tarde, un escuadrón de menos de cincuenta soldados cargó desde el bosque hacia la puerta occidental de Jinzhou. Rin y Kitay aguardaron entre los árboles con el resto de su ejército, observando a través de sus catalejos cómo las tropas corrían hacia los altos muros de piedra.

El primer asalto era un señuelo. Los dirigentes de Jinzhou debían llegar a comprender lo que Rin podía hacer. Después de la batalla de los Acantilados Rojos, las habilidades de la esperiliana ya no eran un aterrador rumor, sino un hecho bien conocido. Conque si el magistrado de Jinzhou había rechazado su benevolente oferta de rendición, entonces debía de ser que confiaba mucho en sus defensas contra el fuego de la joven. Rin no era tan idiota como para meterse en la refriega sin saber lo que la ciudad de Jinzhou guardaba bajo la manga.

Había sido demasiado fácil diseñar un proyectil con el que engañarlos. El fuego chamánico era el arma más sencilla de simular. Solo necesitaron unos segundos con cincuenta soldados cargando con antorchas, pólvora y banderas empapadas en aceite para recrear una abrasadora oleada de fuego que, al entrar en contacto con el viento, alcanzó una altura digna de las que podía invocar la propia Rin.

Los defensores de la ciudad respondieron unos segundos después. Primero, lanzaron una tradicional lluvia de flechas. A eso le siguió una potente ronda de misiles, bombas que, en lugar

de explotar formando bolas de fuego, desprendían un humo lento y verdoso al tocar el suelo.

—Bombas de opio —apuntó Kitay—. ¿Eso es todo lo que tienen?

Parecía decepcionado. Rin tampoco podía evitar sentir cierta consternación. Jinzhou había rechazado negociar con tanta vehemencia que Rin se había llegado a plantear seriamente que tal vez contaran con alguna defensa secreta e innovadora que lo justificara. Incluso había tenido la esperanza de que así fuera.

Sin embargo, lo único que habían hecho era firmar su sentencia de muerte.

El escuadrón que hacía de señuelo se estaba dispersando. Tenían permitido replegarse. La única misión que se les había asignado era la de obligar al enemigo a sacar la artillería, no la de romper las defensas de la ciudad. La oleada de fuego se desintegró en decenas de antorchas individuales, que fueron extinguiéndose a medida que los soldados en retirada las soltaban sobre la tierra.

La retirada parecía caótica, pero a esos soldados no les pasaría nada. Habían ido preparados con mascarillas de tela empapadas en agua. Eso no evitaría durante mucho rato que inhalaran el opio, pero sí que les daba tiempo suficiente para dispersarse y replegarse.

Rin se giró hacia Dulin. Este sostenía un catalejo muy pegado a la cara. Tenía la mano derecha cerrada en un puño, y con ella se daba unos golpecitos nerviosos contra la rodilla.

«Nervios de la batalla», pensó Rin. «Adorable». Y en ese momento, deseó, aunque brevemente, no estar tan acostumbrada a la guerra para poder seguir sintiendo ese subidón emocionante y electrizante de pura angustia nerviosa.

—Te toca —le dijo al chico—. Vamos.

Salieron de entre los árboles para toparse con una lluvia de flechas. Los defensores de Jinzhou no habían sido tan idiotas como para creer que el señuelo era todo lo que Rin tenía para atacarlos. Habían fortificado sus seis muros con artilleros, y muchos más se sumaron al muro oriental cuando vieron salir del bosque a las tropas de Rin.

Los sureños juntaron los escudos por encima de sus cabezas mientras se dirigían hacia las puertas en una formación cerrada. A Rin le temblaba el brazo cada vez que una flecha golpeaba los centímetros de madera que separaban el acero de su piel. Hasta que se le adormeció. Apretó los dientes y siguió avanzando, con la mirada fija en los muros de piedra que tenía delante. Durante la formación, había calculado que Dulin podía abrir un socavón desde una distancia de nueve metros. Aún les quedaban ochenta por recorrer.

Una explosión resonó por encima de ellos, a la izquierda de Rin. Sangre y huesos saltaron por los aires. Unos cuerpos cayeron al suelo. Rin siguió moviéndose, pasando por encima de toda esa carnicería. Sesenta metros.

—Me cago en la puta —susurró Dulin—. Me cago en la puta. No puedo…

—Cierra el pico y avanza —le espetó Rin.

Cuarenta y cinco metros. Algo chirrió por encima de ellos. Dulin y Rin se agacharon, pero siguieron corriendo. El proyectil explotó detrás de ellos, seguido de unos gritos. Nueve metros.

La esperiliana se detuvo.

—¿Te basta así de cerca?

Las tropas juntaron todos sus escudos para formar una cubierta protectora por encima de

Dulin mientras que este permanecía inmóvil y con los ojos bien cerrados. Rin observó cómo retorcía el rostro y esperó.

Los segundos que siguieron a ese momento se hicieron eternos.

«Está demasiado asustado». De repente, Rin se puso nerviosa. «No puede concentrarse. Es demasiado…». Los proyectiles y las flechas que caían a su alrededor de pronto parecieron estar demasiado cerca. Lo cierto era que habían tenido muchísima suerte por haber podido avanzar tanto sin que les acertara nada. Pero ahora eran unos objetivos claros e inmóviles, y cualquiera de esos tiros iba a acabar dando en el clavo…

Entonces, el suelo tembló y se movió de un modo que no era nada propio de la tierra. Los muros de piedra vibraron, algo que parecía tan absurdo que Rin pensó que seguramente la que debía de estar temblando era ella, y no esa gigantesca estructura. No obstante, el polvo y los guijarros comenzaron a caer por los muros en un goteo que se transformó en un torrente.

Y entonces, el muro cayó.

No se derrumbó. No implosionó. No se produjo una caótica colisión en cascada de piedras que se rompían formando una reacción en cadena para luego caer bajo su propio peso, tal y como era normal que se derrumbase un muro roto. Por el contrario, el suelo se hundió creando unas fauces abiertas. Y el muro desapareció sin más, llevándose consigo la línea de artillería y dejando expuesta a la ciudad igual que si le hubieran arrancado una capa de piel que cubría unos órganos palpitantes.

El aire se quedó en calma. Los disparos cesaron.

Dulin cayó de rodillas, aturdido.

—Bien hecho —le dijo Rin.

El chico parecía estar a punto de vomitar.

«Se pondrá bien», pensó la esperiliana. «Una vez que destroce un par de ciudades más, esto le parecerá pura rutina». No tenía tiempo de hacer de niñera, tenía que conquistar una ciudad. Levantó el brazo izquierdo en el aire en una señal de ataque y el ejército sureño corrió por encima de los escombros para atravesar el muro ahora inexistente.

Los escuadrones se dividieron hacia el norte y hacia el sur para cruzar las defensas de Jinzhou, mientras que Rin se encargó sola del centro. Al aproximarse a la zona, oyó unos gritos de pánico. A medida que las llamas comenzaron a envolverle los hombros, la joven pudo escuchar a sus objetivos solicitar refuerzos a gritos, con unas voces agudas que pedían una y otra vez más bombas de opio. No obstante, ya era tarde. Demasiado tarde. Habían colocado todos sus proyectiles de opio en el muro occidental, y para cuando lograran llevarlos hasta donde estaba Rin, esa batalla ya habría terminado.

Lo único con lo que contaban ahora los soldados de esa ciudad era con sus armas convencionales, que eran patéticamente insuficientes. Las empuñaduras de sus espadas les quemaban entre las manos. Todo lo que lanzaban hacia Rin (flechas, lanzas, jabalinas) se convertía en ceniza a mitad de su trayectoria. Nadie podía acercarse a más de tres metros de distancia de ella, ya que se encontraba refugiada dentro de una ardiente e impenetrable columna de fuego.

Los soldados cayeron delante de ella como moscas.

Rin echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y dejó que el fuego le saliera a borbotones por la garganta.

Por los dioses, qué bien se sentía al soltar todo eso. No se había dado cuenta de cuánto lo había echado de menos. En el monte Tianshan, había sentido esa misma emoción delirante, y también en los terrenos de entrenamiento de la meseta, cuando había dejado que sus llamas abandonaran su cuerpo sin restricciones. Cada momento que había estado despierta desde entonces se había sentido silenciada y amordazada. Pero ahora había conseguido lo que quería: una destrucción pura, desconsiderada e ilimitada.

Sin embargo, sentía que algo no iba bien. Una sensación persistente le atenazaba las tripas, un sentimiento de culpa que no hacía más que aumentar a medida que se intensificaban los gritos y los cadáveres caían a su alrededor, ennegrecidos y doblados sobre sí mismos.

Rin no sentía rabia. Aquello no tenía nada que ver con la venganza. Esos soldados no le habían hecho nada. No tenía ningún motivo para odiarlos. Aquello no parecía ser una cuestión de justicia, tan solo un acto de crueldad.

Sus llamas vacilaron y luego volvieron a replegarse en su interior.

¿Qué le estaba pasando? Normalmente le resultaba muy sencillo sumergirse en ese espacio de euforia en el que la rabia encontraba su propósito. Ese sentimiento la envolvía como si fuera carbón caliente que no dejaba de arder.

Rin ya había atacado a sus compatriotas nikaras con fuego en el pasado. No le había costado nada hacerlo en los Acantilados Rojos. Había incendiado barcos enteros sin pensárselo dos veces. Pero esa era la primera vez que había hecho arder a un enemigo sin que él la hubiera atacado antes.

Ese ataque no tenía que ver con la autodefensa o con la venganza. Era una agresión pura y dura.

«Pero son ellos los que han elegido esto», se recordó a sí misma. «Les hemos dado dos oportunidades para rendirse y se han negado a hacerlo. Sabían lo que soy. Se han cavado su propia tumba».

La joven ahondó en el agujero negro que había en su interior y la columna de fuego volvió a prenderse, esta vez ardiendo con una energía retorcida.

Ahora blandía un fuego distinto, más feroz, más voraz. Uno que quería quemarlo todo, pero no como respuesta al miedo y al dolor, sino por la rabia que brotaba del poder. La furia de haber sido ofendida, de haber sido desafiada.

Ese fuego parecía más abrasador. Más oscuro.

Con un escalofrío, Rin fue consciente de que disfrutaba bastante de esa sensación.

Era lo más invencible que podía llegar a ser un humano, y la ciudad de Jinzhou estaba a punto de caer a sus pies.

«Nunca os volváis arrogantes», le gustaba mucho repetir al maestro Irjah. «Una verdadera guerra nunca sale como está previsto».

Ah, pero sí que salía como estaba previsto cuando las fuerzas en juego estaban en tal desigualdad de condiciones, ya que ni siquiera la inevitabilidad del azar podía deshacer la enorme disparidad entre dioses y hombres. Rin observó cómo se desarrollaba la batalla, que encajaba perfectamente con el tablero de ajedrez que había tenido en mente. Las piezas caían tras el empujoncito de un dedo, todo porque ella así lo deseaba. Y las ciudades acababan derruidas.

Tardó bastante en darse cuenta de que hacía mucho que no se escuchaba el entrechocar del acero, de que ya nadie le estaba disparando ni cargaba hacia delante. Solo cuando extinguió sus propias llamas pudo ver las banderas blancas, que ahora tenían los bordes ennegrecidos, ondeando desde cada puerta de cada edificio. La ciudad se había rendido hacía mucho ante el ejército sureño. La única que seguía luchando era ella.

La batalla había concluido prácticamente una hora después de haber empezado. Rin aceptó la rendición de Jinzhou, y sus soldados pasaron de sentir la frenética adrenalina de la batalla a centrarse en la sombría tarea de la ocupación. Aun así, aunque se había restaurado el orden en la ciudad, el terreno continuaba sufriendo temblores provocados por una serie de estallidos a lo lejos, que reverberaban con tanta fuerza que a Rin le retumbaban los dientes dentro del cráneo.

Dulin había perdido el control.

Pero eso era lo que ella había esperado que sucediera. Ese era el peor desenlace posible, y el más probable. Se había preparado para ello. Si Dulin no tenía la lucidez necesaria como para calmar su mente con opio, Rin tendría que dárselo a la fuerza.

La joven giró sobre sus talones y corrió a través de la ciudad achicharrada hacia el muro derruido. Sus llamas se prendían y se extinguían. Estaba demasiado nerviosa como para centrarse en su rabia. Sin embargo, nadie se molestó en atacarla. Tanto civiles como soldados de ambos bandos estaban huyendo de la temblorosa ciudad, esquivando y sorteando los grandes pedazos de piedra que caían desde los laterales de los edificios.

Los estallidos aumentaron de volumen. Unas grandes grietas comenzaron a recorrer la tierra como si fueran heridas abiertas infligidas por una bestia invisible. Rin vio desaparecer a dos hombres delante de ella entre gritos cuando el suelo se abrió debajo de ellos. Por primera vez durante esa campaña, una punzada de miedo atravesó su fachada de calma. La Gran Tortuga había saboreado la libertad. Y quería más. Si eso seguía así, Dulin acabaría enterrando a toda la ciudad.

Sin embargo, milagrosamente, el suelo pareció calmarse a medida que Rin se fue acercando al muro oriental. La joven se dio cuenta de que los temblores se extendían en un patrón circular y de que los daños se producían de forma inversa, causando más destrucción a lo lejos, en lugar de comenzar a perder fuerza a medida que se ampliaba el diámetro. No obstante, el epicentro, el terreno sobre el que se encontraban los pies de Dulin, estaba en calma.

Cómo no. La Gran Tortuga quería ser liberada. Quería ver el cielo. Tal vez acabara enterrando todo lo que la rodeara, pero no iba a enterrar a su anfitrión mortal.

Dulin estaba agachado en el mismo sitio donde Rin lo había dejado antes, agarrándose la cabeza con las manos mientras gritaba. Rin vislumbró a Pipaji encorvada a varios metros de distancia, medio arrodillada, como si no acabara de decidir si lanzarse a por Dulin o dejarlo. La chica abrió mucho los ojos cuando vio a la esperiliana.

—¿Debería…?

—Aún no. —Rin la apartó del camino—. Aléjate.

Las sacudidas que estaba sufriendo Dulin significaban que seguía luchando. La Gran Tortuga no había ganado todavía. Rin aún podía hacer regresar al chico. Por un instante, se planteó probar a gritarle, igual que había hecho tantas veces Altan con Suni.

Pero la ciudad de Jinzhou se estaba desmoronando. No tenía tiempo para eso.

Corrió hacia delante, bajó la cabeza y lo derribó agarrándolo por la cintura.

Dulin cayó al suelo sin resistirse. Rin había olvidado lo débil que era el chico en realidad, un adolescente delgaducho que había sufrido una malnutrición crónica durante muchos meses. Dulin intentó zafarse de ella, pero no le sirvió de nada. La esperiliana podía inmovilizarlo usando tan solo las rodillas.

Los temblores se intensificaron. La joven escuchó otro estallido ensordecedor en el interior de la ciudad. Otro edificio acababa de derrumbarse. Rin se apresuró a buscar a tientas en su bolsillo trasero la bolsita de opio, la abrió con los dientes y volcó el contenido sobre la tierra.

Dulin arqueó la espalda, retorciéndose debajo de la esperiliana. Unos terribles gorgoteos salieron de la garganta del chico. Movía los ojos de un lado para otro, alternando entre un color castaño y un negro reluciente cada vez que pestañeaba.

—Quédate quieto —siseó Rin.

El chico fijó la mirada en ella. Rin sintió una oleada de miedo cuando algo antiguo y extraño le atravesó el alma. Las facciones de Dulin se habían contraído en una expresión de terror absoluto, y comenzó a dejar escapar unas palabras guturales en un idioma que ella no reconocía.

Rin tomó las piedras de opio del suelo y se las metió a Dulin en la boca.

Al chico se le salieron los ojos de las órbitas. Rin se inclinó hacia delante y le tapó la boca con la mano, cerrándole la mandíbula lo mejor que pudo. Dulin se resistió, pero Rin ejerció más fuerza y presionó su muñón contra el cuello del chico hasta que al fin vio cómo se le relajaba la garganta. Varios minutos después, una vez que el opio se le había filtrado a Dulin en la sangre, la tierra por fin se quedó en calma.

Rin le soltó la mandíbula y le palpó el cuello con los dedos para comprobar su pulso. Débil, pero allí estaba. El pecho del chico subía y bajaba. Bien… No lo había asfixiado.

—Ve a buscar a Lianhua —le ordenó a una acobardada Pipaji. A Dulin le caía espuma por las comisuras de los labios fríos, y Rin se preguntó por un momento con cuánta rapidez podía morir una persona envenenada con opio—. Date prisa.

Mientras Jinzhou caía, su magistrado fue consciente de que la derrota probablemente conllevara su muerte, así que huyó por la salida trasera de la ciudad escondido entre cadáveres de cerdos en un carromato de ganado. Dejó atrás a su esposa embarazada y a sus tres hijos, que se hallaban atrincherados en la cámara interior de su mansión, donde varias horas después los encontraron asfixiados bajo los escombros del edificio derrumbado.

Rin se enteró de todo esto cuando sus tropas asumieron el control de la ciudad de forma rápida y eficiente.

—Todos a los que hemos interrogado confirman que se dirigía hacia el este —dijo la comandante Miragha. Era una joven brutalmente eficaz, una de las subordinadas de Cholang, de la Provincia del Perro, y se había convertido enseguida en una de las oficiales más capacitadas de Rin—. Cuenta con aliados en la provincia de al lado. ¿Qué quiere que hagamos?

—Id tras él —ordenó Rin—. Id tras cualquiera que haya huido de la ciudad, y no volváis hasta que los hayáis traído de vuelta y los hayáis metido en celdas. No quiero que nadie fuera de Jinzhou sepa lo que ha pasado aquí hoy.

De todas las lecciones de Souji, la que más se le había grabado a Rin en la mente era que, en las campañas de resistencia, la asimetría de la información era lo más importante. Ahora el terreno de juego estaba en cierto modo nivelado, pero Rin seguía sin querer que Nezha supiera que su ejército contaba con nuevos chamanes hasta que Dulin y Pipaji acabaran siendo imposibles de ocultar. Sabía que no podría mantenerlo en secreto durante mucho más tiempo, pero tampoco tenía sentido proporcionarle a Nezha más tiempo para prepararse.

—¿Vivos o muertos? —insistió Miragha.

Rin se detuvo y se paró a considerarlo.

Esa pregunta hacía alusión a un tema mucho más amplio que tenía que ver con cómo proceder con la ocupación de Jinzhou. La mayoría de las guerras civiles, como la campaña de Vaisra, se libraban redefiniendo las fronteras territoriales. Costaba conservar las tierras enemigas, así que introducirse en las estructuras de poder local había sido históricamente el modo más sencillo de hacerse con el control de una ciudad sin tener que interrumpir su funcionamiento. Si Rin hubiera querido que Jinzhou volviera a la normalidad lo antes posible, entonces habría intentado mantener con vida al mayor número posible de funcionarios. Pero ahora tenía la mira puesta en obtener recursos, no territorios, ya que no contaba con las tropas suficientes como para dejar a una parte en cada una de las ciudades que quedaran entre Arlong y ella.

Por supuesto, esa no era una estrategia apta para un gobierno a largo plazo. Pero a Rin ahora no le preocupaba nada a largo plazo. Lo que quería era ver a Nezha muerto, a la República hundida, al sur liberado y a los hesperianos desterrados. No le importaba demasiado lo que sucediera mientras tanto con los territorios nikaras.

Era probable que esa región acabara sumida en un caos temporal mientras los poderes locales o bien se reestablecían por sí mismos, o bien eran víctimas de un golpe de Estado oportunista. Sin duda, estallarían guerras a pequeña escala. Los bandidos camparían a sus anchas.

Rin tenía que dejar todo eso apartado y considerarlo un problema para más adelante. No podría resultar muy complicado recuperar el control una vez que hubiese vencido a la República. Ella sería la única alternativa que les quedaría. ¿Quién se iba a atrever a desafiarla entonces?

—Si podéis, capturarlos vivos —le indicó a Miragha—. Pero solo si no os causa mucha molestia.

Durante el resto de la tarde, las tropas de Rin saquearon Jinzhou en busca de sus riquezas.

Lo hicieron de la forma más correcta posible, con el mínimo empleo de la fuerza bruta. Rin dio a sus soldados órdenes estrictas de dejar en paz a los aterrorizados civiles y sus hogares. Incluso después de contar los edificios derruidos a causa del terremoto de Dulin, Jinzhou nadaba en tanta abundancia que la destrucción apenas había hecho mella en la ciudad. Los almacenes, los graneros y las tiendas que seguían en pie estaban atestadas de suficientes mercancías como para mantener al ejército durante semanas. Las tropas de Rin cargaron sus carromatos con sacos de arroz, grano, sal y carne deshidratada, reabastecieron sus suministros de vendas y tinturas y reemplazaron sus carros herrumbrosos y destartalados por nuevos vehículos con ruedas y ejes que emitían un resplandor plateado bajo la luz del sol.

Sin duda, su mejor descubrimiento con diferencia fueron los rollos y rollos de tela de algodón y seda que se hallaban apilados en unos enormes montones en el interior de un almacén textil.

Con ello podrían hacer vendajes. Con ello podrían arreglar su calzado, tan hecho jirones tras la marcha por Baolei que muchos de los soldados de Rin habían librado la batalla en Jinzhou completamente descalzos. Y ahora, por primera vez en su corta historia, el ejército sureño contaría con un uniforme.

Hasta ese momento, habían estado luchando con los mismos harapos que habían lucido en las provincias del sur. Durante la batalla, se habían distinguido entre ellos manchándose de barro, tal y como Souji había sugerido cuando habían logrado irrumpir en la Colmena. También luciendo cualquier cosa que no fuera azul y guardando la esperanza de que el fuego amigo no los matase. Pero ahora Rin contaba con tela, tintes y un aterrorizado gremio de costureras expertas de Jinzhou, que estaban dispuestas a cumplir con todas sus demandas.

Las costureras le pidieron que eligiera un color. Rin escogió el marrón, en parte porque los tintes de ese tono eran los más baratos, ya que se hacían con taninos que se encontraban fácilmente en las cortezas de los árboles, en las conchas y en las bellotas. Además, el marrón también era un color apropiado. Los primeros uniformes del ejército sureño no habían sido más que barro del lecho del río. Cuando la diosa caracol Nüwa había creado a los primeros humanos, había confeccionado con cariño a la aristocracia, con arcilla roja de gran calidad. Sin embargo, no había tardado en perder la paciencia, y se había apresurado a darle forma al resto de las personas con barro. En Sinegard, a Rin la habían llamado tan a menudo plebeya de piel de barro que ese insulto era ya para ella un familiar grito de guerra.

«Dejemos que nos consideren mugre», pensó Rin. Ella era como el barro. Su ejército también. Pero el barro era algo común, ubicuo, paciente y necesario. La tierra daba vida al país. Y la tierra siempre reclamaba lo que se le debía.

—Por la Gran Tortuga —dijo Kitay—. Cualquiera diría que esto era el palacio de un jefe militar.

Se encontraban en mitad de la principal sala del Consejo del Ayuntamiento de Jinzhou, una amplia cámara con techos altos, unos muros de piedra ricamente labrados y tapices caligráficos de tres metros de largo que colgaban en cada rincón. Unos largos estantes relucían sobre cada pared, exhibiendo una gran variedad de jarrones antiguos, espadas, medallas y armaduras que se remontaban a la época del Emperador Rojo. Milagrosamente, todo aquello había sobrevivido a los terremotos.

Rin sentía un delicioso sentimiento de culpa mientras ojeaba la estancia y sus tesoros. Se sentía como una niña traviesa rebuscando en el armario de sus padres. No podía librarse de la sensación de que no debía estar allí, de que nada de todo aquello le pertenecía.

«Sí que te pertenece», se recordó a sí misma. «Los has conquistado. Has asolado esta ciudad. Has ganado».

Por supuesto, acabarían vendiendo todo eso. Habían ido hasta allí para encontrar tesoros que pudieran convertir en plata a través de las rutas comerciales de Moag. Mientras Rin pasaba los dedos por un abanico de seda, se imaginó por un instante a sí misma con esa pieza, vestida con sedas ornamentadas como las que solía llevar Daji y siendo cargada por entre las hordas de adoradores sobre un palanquín dorado.

Apartó esa imagen de su mente. Las que llevaban abanicos eran las emperatrices. Las generales llevaban espadas.

—Fíjate —le dijo Kitay—. Aquí había alguien que se tenía en muy alta estima.

La silla del magistrado que se encontraba al fondo de la estancia estaba ridículamente ornamentada. Parecía más bien un trono digno de un emperador que de un funcionario cualquiera.

—Me pregunto cómo podía presidir las reuniones desde ahí —comentó Rin. La silla estaba clavada a una plataforma elevada a casi medio metro del suelo—. Tendría que doblar el cuello para mirar a cualquiera.

Kitay soltó una carcajada.

—Quizás era muy bajito.

Movida por la curiosidad, Rin subió a la plataforma y se sentó en el trono. Al contrario de lo que había esperado, el asiento había sido diseñado para alguien mucho más alto que ella. Los pies le colgaban por el borde, como si fuera una niña, y no llegaba ni a rozar el suelo. Aun así, no pudo evitar sentir una punzada de emoción cuando dirigió la mirada hacia la sala dorada y la larga mesa del Consejo en la que ella ocupaba la cabecera. Se imaginó esos asientos ocupados por personas: soldados, consejeros y funcionarios que escucharan con atención sus órdenes.

¿Era eso lo que se sentía todos los días al gobernar? ¿Era así cómo se sentía Nezha al estar sentado en el interior de los muros cerúleos de Arlong, en el otro extremo del país?

Rin era perfectamente consciente de qué se sentía al ostentar un poder absoluto y dominante. Pero, mientras estaba sentada en ese trono conquistado, mirando desde arriba hacia los asientos vacíos que quedaban debajo, comprendió por primera vez la deliciosa autoridad que implicaba aquello. Eso no era algo que hubiera aprendido de Altan. A él lo único que le había preocupado era una retribución destructiva. Altan nunca había soñado con hacerse con un trono.

Sin embargo, Rin podía arder, estaba ardiendo, con mucha más intensidad de lo que lo había hecho él.

No era de extrañar que Nezha hubiese escogido a su República antes que a ella. Rin habría hecho lo mismo sin pensarlo.

«Disfruta de tu República», pensó. Cerró los dedos alrededor del frío reposabrazos. «Disfrútala mientras dure, Joven Mariscal. Échale un buen vistazo a su esplendor y recuerda qué es lo que se siente, porque voy a hacer arder todo lo que hay bajo tus pies».

26

En *El arte de la guerra,* el estratega Sun Tzu había desarrollado con detalle un concepto al que había denominado *shi,* que en nikara antiguo se traducía como algo así como «energía», «influencia» o «ventaja estratégica». El *shi* era el agua que corría río abajo a tanta velocidad que podía mover las piedras de los lechos de los ríos. El *shi* era la avalancha de rocas que caía desde una pendiente pronunciada. El *shi* dictaba que, cuando la energía estaba presente, se acumulaba y amplificaba.

La victoria de Rin en Jinzhou era el empujón que había echado a rodar la primera piedra.

Después de eso, las cosas fueron mucho más sencillas. Nezha no contaba con soldados suficientes como para defender sus territorios periféricos, así que no tardó en retirarse hacia el sudeste para esconderse detrás de las montañas de Qinling y Daba, que funcionaban como defensas naturales de Arlong. Al ser atacado desde dos frentes, tomó la única decisión estratégica que le quedaba: centró sus defensas en la Provincia del Dragón y dejó que el resto de la República se las apañara como pudiera.

De camino a la Provincia del Carnero, las tropas de Rin solo se encontraron con campos carbonizados y aldeas abandonadas, prueba de que, de la noche a la mañana, se les había ordenado a los civiles que recogieran sus cosas y se retiraran hacia las montañas o detrás de las líneas republicanas. Todo lo que los refugiados no habían podido llevarse consigo lo habían dejado bajo el sol para que se echara a perder. En más de una ocasión, el ejército sureño se topó con una pila tras otra de cadáveres de animales y moscas zumbando sobre cerdos medio destripados cuya carne habría podido aprovecharse dos o tres días atrás.

Ese era un principio clásico de las guerras nikaras: cuando se enfrentaban a la invasión del enemigo, había que despejar la campiña y erigir altos muros. Cuando las cosas pintaban mal, los líderes nikaras destruían los asentamientos rurales y se llevaban los alimentos, la población y los suministros detrás de las ciudades amuralladas para evitar que pudieran convertirse en una ventaja para sus enemigos. Lo que no podían trasladar acababan quemándolo, envenenándolo o enterrándolo. Era la costumbre más antigua dentro de la tradición militar nikara, y no hacía más que aumentar el sufrimiento de los inocentes. Alguien quería conquistarlos, otro alguien quería evitar que acabaran convertidos en un recurso, y los pobres campesinos acababan jodidos por todas partes.

Si hubiera sido cosa de los mugeneses, un desperdicio tan extravagante hubiera significado un desafío movido por el rencor. Sin embargo, al ser cosa de Nezha, que contaba con provincias que debía gobernar y súbditos a los que proteger, era una muestra definitiva de su debilidad. Significaba que sus aliados hesperianos lo estaban abandonando. Significaba que no podía evitar que los sureños marcharan hacia la Provincia del Dragón y que solo podía intentar retrasarlos.

Pero el ejército sureño contaba con *shi*. No podía sufrir retrasos. Las tropas de Rin se sentían eufóricas tras su victoria. Ahora tenían espadas más afiladas, mejores armaduras y más comida de la que necesitaban. Estaban luchando con más destreza y energía que nunca. Se habían abierto camino por la campiña como un cuchillo atravesando tofu. A menudo, las aldeas se rendían ante ellos sin que tuvieran que levantar ni un dedo. Algunos aldeanos incluso se habían alistado de buena gana en su ejército, felices por tener la oportunidad de ganar dinero y dos comidas al día.

El cambio en su suerte era sorprendente. Hacía unos meses, Rin había liderado una marcha desesperada hacia las montañas, se había jugado la vida de miles de personas por una mínima posibilidad de sobrevivir. Ahora, se encontraba en una posición ofensiva, y Nezha había perdido casi todo lo que había hecho que Rin lo temiese. Había pasado a ser un niño rey que dependía del apoyo de un aliado recalcitrante que, a juzgar por los cielos en calma, se había replanteado seriamente su compromiso. Mientras tanto, Rin contaba con un ejército que desprendía confianza, experiencia y suministros. Y, por encima de todo, contaba con chamanes.

El rendimiento de los chicos era maravilloso. Después de que Dulin hubiese estado a punto de colapsar en Jinzhou, Rin no había esperado que durasen tanto. Había llegado a pensar que tal vez pudiera utilizarlos como máximo durante un par de semanas más antes de que inevitablemente muriesen en combate o ella tuviera que asesinarlos. La que más le había preocupado era Lianhua, quien solía sumirse en unos trances catatónicos que le duraban todo el día después de sus turnos en el puesto de triaje. Aquello asustaba tanto a Pipaji que no tardó en sentir terror cuando le tocaba invocar a su propia diosa, por lo que tenían que convencerla constantemente para que participara en las siguientes escaramuzas.

Sin embargo, los tres fueron ganando estabilidad con el tiempo. Aparte de un breve episodio en el que una flecha le había atravesado el hombro a Dulin y, a causa de ello, el chico había provocado accidentalmente un terremoto que había creado un barranco de tres metros de profundidad en mitad del campo de batalla, no volvió a perder el control. Los trances de Lianhua se redujeron a uno por semana, y luego cesaron por completo. Pipaji consiguió controlar sus nervios. Tres semanas después de que ocurriera lo de Jinzhou, la joven se infiltró en una aldea fingiendo ser una refugiada y acabó con toda su línea defensiva esa misma noche, al entremezclarse con sus soldados y pasar los dedos por cada milímetro de piel expuesta que había encontrado.

Todos aprendieron a lidiar con ello a su manera. Dulin comenzó a meditar por las noches, sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo durante horas. Lianhua cantaba en voz baja mientras trabajaba para mantener los pies en la tierra, interpretando un amplio repertorio de baladas populares y tonadillas con una impresionantemente encantadora voz de soprano. Pipaji comenzó a desaparecer del campamento cada tarde, poco después de la cena, y no solía regresar hasta el anochecer.

Una noche, Rin, ligeramente preocupada, la siguió fuera del campamento. Le alivió descubrir que lo único que hacía era quedarse inmóvil en el bosque, rodeada por los árboles, sin ningún

otro ser humano a la vista, y respirar profundamente.

—No se te da muy bien esconderte —le dijo Pipaji pasado un rato.

Rin salió hacia el claro.

—No quería molestarte.

—No pasa nada. —Pipaji parecía en cierto modo avergonzada—. Ni siquiera paso mucho rato aquí. Solo lo hago porque me gusta estar en un lugar tranquilo, donde no haya nadie a quien pueda hacerle daño. Es…, mmm…, relajante.

Rin sintió una extraña punzada en el pecho.

—Muy prudente.

—Puedes quedarte si quieres.

La esperiliana levantó las cejas, algo conmovida.

—Gracias.

Durante un momento, ambas permanecieron de pie una al lado de la otra, escuchando el sonido de las cigarras. Rin tuvo que admitir que era extrañamente relajante.

—Tú no puedes volver nunca a la normalidad —dijo Pipaji de repente.

—¿Mmm?

—Me he percatado de cómo tienes los ojos. Siempre están rojos. Los nuestros vuelven a su estado natural, pero los tuyos no. ¿Por qué?

—Porque he ido demasiado lejos —le dijo Rin. Era solo una mentira a medias—. No puedo cerrar el vacío.

—Entonces, ¿qué es lo que te hace regresar? —quiso saber Pipaji—. ¿Por qué no has perdido la cabeza como… el resto?

Rin se planteó contarle la verdad sobre su ancla. Pero ¿de qué iba a servir eso? Pipaji nunca tendría esa opción. Revelarle la verdad solo sería cruel. Y, cuanta menos gente supiera lo de Kitay, mejor.

Pipaji le caía bien, pero no iba a confiarle su vida a esa chica.

—He llegado a un trato con mi dios —dijo tras una pausa—. Y él ha aprendido a mantenerse al margen.

—Eso no nos lo habías contado.

—Porque es algo muy improbable —le dijo Rin—. Ya sabéis cómo acabará esto. No tiene ningún sentido que os dé esperanzas.

Sus palabras sonaron secas y frías. No se le ocurría ninguna forma reconfortante de transmitir aquello, y sospechaba que Pipaji no quería oírlo. Todos sus reclutas sabían que eso solo podía acabar de dos formas: con la muerte o en la Chuluu Korikh. Rin se lo había advertido muchas veces. Se había asegurado de que entendiesen que el hecho de presentarse voluntarios a convertirse en chamanes suponía una sentencia de muerte.

—No voy a sobrevivir a esta guerra —dijo Pipaji tras un largo silencio.

—Eso no lo sabes —replicó Rin.

La chica sacudió la cabeza.

—No soy lo bastante fuerte. Acabarás matándome. Tendrás que matarme.

Rin le dedicó una mirada de lástima. ¿De qué iba a servir que le mintiera?

—¿Quieres que te diga que lo lamento?

—No. —Pipaji resopló—. Sabíamos dónde nos estábamos metiendo.

Y eso fue todo lo que Rin necesitó para aliviar su conciencia. Si eran ellos mismos los que habían elegido eso, entonces ella no había hecho nada malo. Dulin, Lianhua y Pipaji seguían allí porque habían decidido que merecía la pena. Habían contemplado y aceptado sus muertes. Rin les había ofrecido armas, las únicas armas lo suficientemente fuertes como para cambiar ese mundo miserable, y ellos las habían aceptado. Esas eran las decisiones que tenían que tomarse durante una guerra.

Varias semanas más tarde, ocuparon una pequeña ciudad portuaria en el Murui Occidental, en la frontera entre las Provincias del Carnero y la Liebre. Allí habían montado su campamento mientras esperaban a una vieja amiga.

—Vaya, mírate. —Chiang Moag, la reina pirata de Ankhiluun, bajó por la pasarela y recorrió el muelle con una gran sonrisa en el rostro—. Mira en lo que te has convertido.

—Hola, Moag —respondió Rin. Se miraron la una a la otra durante un momento. Entonces, como Moag no había intentado aún clavarle un cuchillo en la espalda, Rin les hizo un gesto a los veinte arqueros que tenía escondidos por la zona, que habían estado aguardando una señal para atravesar con una flecha la cabeza de la reina pirata.

—Qué mona —dijo Moag cuando los vio dispersarse.

—Lo aprendí de ti —replicó Rin—. Nunca tengo del todo claro de qué lado estás.

Moag resopló.

—Seamos francas. La República está acabada. Ese niño guapo que tienen en el trono de Arlong no puede ni ocuparse de una aldea sin la ayuda de su padre. Sé bien de qué lado debo estar.

Sonaba convincente, pero Rin sabía que no debía creer sus palabras al pie de la letra. Moag era un lastre, y siempre lo sería. Era cierto que le había proporcionado a Rin un lugar seguro en Ankhiluun tras su huida de Arlong, pero, desde que había partido hacia el sur, la reina pirata no había levantado ni un dedo para ayudarla. Durante toda la guerra, Moag había permanecido escondida en Ankhiluun, reforzando sus flotas contra un esperado ataque hesperiano. La mujer era cauta a la hora de apostar, y había aguardado hasta saber si era mejor resistirse a la República o someterse a ella.

Ahora mismo, la ventajada tenía Rin. Pero si cualquier cosa salía mal, era probable que Moag acabara vendiéndola a Arlong. Ya lo había hecho en el pasado.

Por el momento, la esperiliana estaba dispuesta a asumir ese riesgo. Necesitaba munición. Toda la pólvora, los cañones y los proyectiles que no había sido capaz de encontrar. Las tácticas de una guerra móvil funcionaban bastante bien en ciudades con pocas defensas, en aquellas de las que Nezha había retirado con premura a sus soldados. Pero Rin necesitaba una artillería en condiciones para poder colarse en la guarida del dragón.

—Me alegro de verte al mando. —Moag le dio una palmada a Rin en el hombro con una de sus anchas manos—. ¿No te lo dije? Que no estabas destinada a servir, y mucho menos a serpientes como Vaisra. Las mujeres como nosotras no pintamos nada poniendo nuestros servicios en venta.

Rin tuvo que reírse.

—Yo también me alegro de verte.

Y lo decía en serio. Siempre había sentido respeto hacia el egoísmo puro y evidente de la reina pirata. Moag había pasado de ser una dama de compañía a la gobernante de la única ciudad libre de Nikan por medio de un pragmatismo despiadado y brillante. Y, aunque Rin sabía muy bien que eso significaba que Moag no le era leal a nadie, aun así la admiraba por ello.

—¿Qué tienes para mí? —le preguntó la esperiliana.

—Tienes que verlo tú misma. —Moag se metió dos dedos en la boca y le silbó a su tripulación—. Algunos juguetes viejos, otros nuevos. Creo que te gustarán.

Durante la siguiente hora, la tripulación de Moag y las tropas de Rin descargaron decenas de cajas sobre la orilla del río. La reina pirata abrió una de ellas y le dio una patada a la tapa para dejar al descubierto unos ataúdes colocados en ordenadas filas de cuatro.

—¿Te suele funcionar este truco? —le preguntó Rin.

—Sí, cuando decimos que se trata de víctimas de la peste.

—Moag le hizo una seña a uno de su equipo. El hombre sacó de la caja el ataúd que le quedaba más cerca, introdujo una palanca bajo la tapa y empujó hasta que la abrió. Una gran cantidad de pólvora brilló bajo la luz del sol, fina y resplandeciente. Rin sintió el absurdo impulso de enterrarse en ella.

—Es un viejo truco de contrabandista —dijo Moag—. Increíblemente efectivo. Todos apuestan por la prudencia, pero tampoco quieren morir.

—Inteligente —dijo Rin, impresionada.

—Conserva los ataúdes —sugirió Moag—. Son muy útiles para hacer hogueras.

Durante el resto de la tarde, intercambiaron ataúdes repletos de espadas, escudos, proyectiles y pólvora por las riquezas que las tropas de Rin habían ido recogiendo a lo largo de la Provincia del Carnero. Todo eso sucedió a la orilla del río. Rin no quería que Moag se acercara a su campamento, ya que, cuanta menos información tuviera sobre sus fuerzas, mejor. Y Moag tampoco quería alejarse demasiado de sus barcos. La orilla servía para amortiguar esa desconfianza mutua.

La reina pirata era meticulosa. Inspeccionaba cada objeto de cada baúl con joyas, frotando las piezas más grandes entre sus dedos para determinar su valor antes de asentir con la cabeza para indicarles a sus soldados que podían subirlo a bordo.

Rin observó cómo los dos bandos trabajaban de un modo paralelo en ese intercambio. Aquello guardaba un hermoso simbolismo. Todos los tesoros de una ciudad asolada a cambio del acero y la pólvora suficientes como para acabar con el resto de ella.

—Vale. —Moag dio un paso atrás cuando descargaron la última caja de sus veleros—. Ahora queda el asunto del pago.

Eso pilló a Rin desprevenida.

—¿De qué estás hablando?

Moag le mostró las cifras que había estado anotando en un cuaderno.

—He descargado el doble de armamento de lo que cubre lo que tú me has traído.

—¿Y en qué te basas? —le preguntó Rin—. Esos precios te los has inventado. Todo tu sistema de pagos es una farsa. Nosotros somos tus únicos clientes ahora mismo. Es imposible que logres cerrar ningún trato con Arlong.

—Es cierto —le dijo Moag—. Pero los magistrados de las ciudades siempre tienen algo que comprar. Y estoy segura de que habrá pelotones locales de sobra que estén buscando mejorar sus defensas ahora que saben qué es lo que va a por ellos.

—Si intentas alguna mierda parecida —dijo la esperiliana con mucha calma—, te mataré.

A eso le siguió una larga pausa. Rin no era capaz de interpretar la expresión de Moag. ¿Tenía miedo? ¿Estaba furiosa? ¿Estaba planteándose si atacar primero?

Rin recorrió la playa con la mirada e intentó prever las posibles repercusiones. Su primer movimiento sería incinerar a Moag en el mismo sitio en el que estaba, pero luego tendría que protegerse contra las Azucenas Negras, contra cualquiera que pudiera acabar con ella con una horquilla venenosa y buena puntería. Si expandía su radio, podía quitarse de en medio también a las Azucenas, pero estas se encontraban entremezcladas con las tropas sureñas, casi seguro que a propósito. Si mataba a Moag, entonces tendría que sufrir al menos una docena de bajas entre los suyos.

Cerró la mano en un puño. Podía asumir esas pérdidas. Nadie la culparía por ello. Pero para eso tenía que ser la primera en atacar.

Sin embargo, Moag prorrumpió en carcajadas, con una risa atronadora y a todo pulmón que sobresaltó a Rin.

—Por las tetas del Tigre. —La reina pirata le dio una palmada en el hombro entre sonrisas—. ¿Desde cuándo tienes unos cojones tan grandes?

Rin, extrañamente aliviada, se obligó a transformar la mueca de su cara en una sonrisa.

—Pero volveré a por lo que se me debe —prosiguió Moag—. No de inmediato —se apresuró a añadir al percatarse de cómo fruncía Rin el ceño—. Quiero verte triunfar, pequeña esperiliana. No me interpondré en tu camino. Pero será mejor que comiences a pensar en cómo sacar algunos beneficios de tu imperio.

—¿Beneficios? —Rin arrugó la nariz—. Esto no es ningún negocio para mí…

—Correcto. Estás a punto de dirigir a una nación. —Un ya conocido gesto condescendiente de lástima cruzó el rostro de Moag, el mismo gesto que siempre ponía cuando creía que Rin estaba siendo particularmente ingenua—. Y las naciones necesitan plata, chica. La guerra es cara. Tendrás que pagar a tus soldados de algún modo. Luego, tendrás que darles dinero a las masas cuya tierra natal se haya visto destruida. ¿Dónde se supone que van a vivir? ¿Qué van a comer? Necesitarás madera para reconstruir las aldeas. Necesitarás cereales para acabar con la hambruna a la que os enfrentáis, ya que puedo garantizarte que las cosechas de este año serán una mierda. Nadie ara nada cuando se está llevando a cabo una guerra. Están demasiado ocupados siendo refugiados.

—Pues… —Rin no sabía qué responder. Debía admitir que esos problemas eran muy reales, que eran problemas con los que tendría que lidiar llegado el momento. Pero le parecían tan lejanos que no les había dedicado ni un segundo de su tiempo. Tener esos problemas parecía una buena señal, porque, cuando pasaran a ser relevantes, significaría que ella había ganado. Pero ¿de qué servía soñar con un imperio, cuando Nezha seguía gobernando sobre el sudeste?—. No lo he…

—Ah, no pongas esa cara de susto. —Moag le dio un golpecito condescendiente en el hombro—. No tardarás en ocupar un trono y en estar rodeada de riquezas. Eso es lo que intento decirte. El Consorcio quiere venir aquí por un motivo. Todas esas sedas, porcelanas, depósitos de

wolframio, jarrones antiguos… Quieren esas porquerías, y pagarán muy bien por ellas.

—Pero no comerciarán con nosotros —comentó Rin—. ¿No es así? Es decir, si ganamos, ¿no se limitarán a imponernos un bloqueo?

—Sí que lo harán, sobre el papel se negarán a comerciar con el Imperio nikara. —Moag extendió las manos en un gesto magnánimo—. Pero yo cuento con barcos de sobra, y conozco un montón de formas de camuflar los canales comerciales para que no provenga directamente de vosotros. Siempre se puede encontrar el modo de vender algo cuando existe demanda. Desde luego, yo me llevaré una parte de los beneficios.

Rin seguía confundida.

—Pero si lo que compran son productos nikaras, ¿no sabrán que…?

—Por supuesto que lo sabrán —declaró Moag. Negó con la cabeza y esbozó otra sonrisa de lástima—. Todos lo saben. Pero ese es el arte de gobernar. Las naciones aparecen y desaparecen, pero los apetitos siguen siendo los mismos. Confía en mí, esperiliana, te bañarás en grano hesperiano semanas después de haberlos echado de tus costas, siempre y cuando estés dispuesta a entregarles algunos de los tesoros de Arlong a cambio. El comercio mueve el mundo. Envíame a un mensajero cuando estés lista para empezar.

Las batallas se volvieron más duras a medida que el ejército sureño avanzaba más al este. Era lo que Rin había esperado. Prácticamente estaba llamando a la puerta de Nezha. Se encontraban a solo un par de meses de marcha de Arlong. Ahora las tropas bien entrenadas de la República ocupaban cada gran ciudad que quedaba en el camino de los sureños. Ahora Rin se encontraba con asiduidad formaciones de artillería armadas con proyectiles de opio, lo que la obligó a ponerse cada vez más creativa con el cómo y el cuándo desplegar a los chamanes. No mandó a Pipaji ni a Dulin a la mitad de las batallas, y en su lugar apostó por unos medios militares más convencionales para hacer añicos a la oposición. La mayoría de las veces, ella era la única chamana que participaba, ya que era quien tenía una mayor tolerancia al opio. Era capaz de permanecer cerca del humo casi veinte minutos, durante los cuales podía causar unos daños incalculables antes de verse obligada a retirarse.

La lucha se volvió cruenta. Los defensores ya no se rendían tan rápido. A menudo combatían hasta la muerte, y se llevaban por delante a tantos sureños como podían. El número de bajas que sufrió Rin, que antes no habían sido más de unas decenas, subieron a los tres dígitos.

Sin embargo, la joven también daba gracias por que las tropas de Nezha fueran tan jodidamente lentas. No eran para nada móviles. Eran defensores estáticos: se plantaban tras los muros de la ciudad y los protegían lo mejor que podían, pero nunca intentaban ningún ataque en movimiento que pudiera poner puesto al ejército sureño en un buen aprieto.

—Es probable que se deba a que cuentan con el lastre de toneladas de equipo hesperiano —aventuró Kitay—. Arcabuces montados, múltiples cañones de fuego… Todas esas cosas pesadas. No cuentan con transporte suficiente como para cargarlo por una ruta terrestre, así que siempre están atados a un lugar.

Eso convertía a las tropas de Nezha en un objetivo estático y, en cierto modo, compensaba el desequilibrio entre la tecnología de ambos bandos. Los soldados del Joven Mariscal se concentraban en las trincheras con su maquinaria pesada, mientras que los escuadrones de Rin

eran rápidos y ágiles, siempre a la ofensiva. Estaban librando esa batalla como una tortuga y un lobo: uno no dejaba de retirarse hacia el interior de su caparazón, mientras que el otro ponía a prueba sus límites, a la espera de percibir cualquier mínima debilidad para atacar.

A Rin eso le venía muy bien. Después de todo, desde su primer año en Sinegard, a Kitay, a Nezha y a ella les habían enseñado que siempre era mejor estar a la ofensiva.

A pesar de esa mayor resistencia, semana a semana, los sureños fueron ganando terreno, mientras que el territorio de Nezha menguaba.

Rin sabía que las pérdidas que estaba sufriendo Nezha no eran del todo culpa de este. Había heredado una república fracturada y rebosante de resentimiento hacia su padre, así como un ejército enorme y poco manejable que estaba harto de librar una guerra civil que le habían prometido que acabaría pronto. Su círculo de personas de confianza era cada vez más pequeño. Ahora se hallaba reducido a un agregado hesperiano, que no hacía más que comentarios maliciosos sobre cómo Nezha estaba destinado a perder un país, y un puñado de antiguos consejeros de Vaisra que le guardaban rencor solo porque él no era su padre. Rin había escuchado rumores de que, desde lo sucedido en el monte Tianshan, el joven ya se había enfrentado a dos intentos de golpe de Estado y, aunque había encarcelado a los responsables, sus detractores no dejaban de aumentar.

Aún más importante era que estaba perdiendo el apoyo de la campiña.

La mayor parte de la élite nikara (aristócratas, funcionarios de provincias y burócratas de las ciudades) seguía guardándole lealtad a Arlong. Sin embargo, los campesinos no tenían ningún interés especial en la República. No se habían beneficiado económicamente de las nuevas políticas de comercio de Nezha y, ahora que habían experimentado cómo era la vida bajo la ocupación hesperiana, habían pasado a respaldar a la única otra alternativa.

El resultado de todo aquello fue que, a medida que Rin avanzaba hacia el sur, se fue topando con una extraordinaria red de inteligencia. En la campiña, todos se encontraban tangencialmente conectados entre sí. Los cuchicheos en los mercados pasaron a ser la clave para obtener información crucial. No importaba si ninguna de sus nuevas fuentes tenía acceso a conversaciones de alto nivel, ni que ninguno de ellos hubiese visto nunca un mapa de emplazamiento de tropas. Esas personas veían pruebas de todo ello con sus propios ojos.

«Tres columnas cruzaron este río hace dos noches», le decían a Rin.

«Esta mañana hemos visto carromatos con pólvora que se dirigían hacia el este».

«Están construyendo dos puentes temporales a lo largo del río en estas dos intersecciones».

Gran parte de esa información proveniente de testigos presenciales era inútil. Esos aldeanos no eran espías instruidos, no dibujaban mapas precisos, y a menudo adornaban sus historias para conseguir un efecto dramático. Sin embargo, el gran volumen de esa información lo compensaba. Una vez que Rin recibía informes de al menos tres fuentes distintas, Kitay y ella podían encajar las distintas piezas para formar una imagen casi precisa de dónde había colocado Nezha sus defensas y en qué lugar pretendía atacar a continuación.

Y eso volvía a confirmarle a la esperiliana la certeza que había tenido desde el principio de su campaña: que los sureños de Nikan eran débiles pero numerosos, y unidos podían derrocar imperios.

—Nezha no puede estar haciendo esto a propósito —dijo Kitay una tarde después de que otra ciudad de la Provincia de la Liebre hubiera caído en manos de los sureños sin apenas esfuerzo—. Es como si ni siquiera lo estuviera intentando.

Rin bostezó.

—Tal vez no sepa hacerlo mejor.

Kitay la miró con recelo.

—No seas arrogante.

—Ya, ya. —Rin era consciente de que no todo el mérito de esa victoria era suyo. Ambos sabían que, si habían tenido una buena racha de triunfos, se debía en gran parte a que Nezha simplemente no había invertido tantas tropas o recursos como los sureños.

Pero ¿a qué se debía eso?

A esas alturas debían dar por hecho que la principal estrategia de Nezha era refugiarse en Arlong y concentrar allí sus defensas. Aunque, sin duda, el joven debía de saber que no era aconsejable meter todos sus huevos en una misma cesta. Arlong contaba con la ventaja de tener grandes defensas naturales, pero adoptar por defecto una mentalidad de asedio tan pronto dejaba en evidencia o bien su desesperación, o bien su locura.

—Debe de contar con algún seguro —musitó Kitay—. De lo contrario, la única explicación posible para todo esto es que se le haya ido completamente la olla. Se guarda algo bajo la manga.

Rin frunció el ceño.

—¿Crees que serán más dirigibles? —Pero eso no parecía probable. Si Nezha hubiese contado con más apoyo hesperiano, ya les hubiera pedido que llevaran a cabo incursiones aéreas mientras los sureños seguían en un terreno abierto y alejado, en lugar de dejar que se acercaran a su preciada capital—. ¿Lo está apostando todo al Dragón? ¿Contará con alguna nueva tecnología militar que sea más letal que el chamanismo?

—O con alguna tecnología militar que pueda neutralizar al chamanismo —dijo Kitay.

Rin le lanzó una intensa mirada. Su amigo lo había dicho demasiado rápido, no era ninguna suposición.

—¿Es que acaso sabes algo?

—Pues…, mmm…, no estoy seguro.

—¿Nezha te llegó a decir algo parecido? —exigió saber la esperiliana—. En la Ciudad Nueva, cuando Petra estaba… Es decir… ¿Te dijo…?

—Nezha no estaba seguro. —Kitay se tiró de un mechón de pelo, incómodo—. Petra nunca le dijo nada. Tuvo que someterse a sus… pruebas. A cambio de eso, los hesperianos le prestarían armas. Ese era el trato que le habían ofrecido, y él lo había aceptado. Los hesperianos no creían que tuviera derecho a saber qué era lo que estaban investigando.

—Nezha podría haber mentido.

—Quizás. Pero he visto mentir a Nezha. No estaba mintiendo. Me hablaba desde la más pura desesperación.

—Pero no hay nada que Petra pueda inventar —insistió Rin—. No tienen nada. Su teología es completamente errónea. Su Creador no existe. Si contaran con alguna herramienta antichamanes, la habrían usado para proteger a su flota, pero no lo han hecho. Lo único que

tienen son armas convencionales, pólvora y opio, y sabemos bien cómo enfrentarnos a eso, ¿no?

Kitay no parecía convencido.

—Eso es todo lo que sabemos.

Rin se cruzó de brazos, frustrada.

—Escoge un bando, Kitay. Acabas de decir que no hay pruebas de…

—No tenemos pruebas de nada. Solo estoy contemplando esa posibilidad porque tenemos que hacerlo. Sabes bien que, a no ser que Nezha tenga algo parecido bajo la manga, su estrategia está siendo completamente irracional. Y no podemos proceder dando por sentado lo peor de él.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres que nos desviemos de Arlong?

Kitay lo meditó durante un momento.

—No, no creo que debamos modificar nuestra estrategia general. Debemos seguir ganando terreno. Debemos reforzar nuestros recursos. Basándonos en la información que tenemos, debemos atacar a Arlong según teníamos planeado. Lo único que digo es que debemos ser cautelosos.

—Siempre lo somos.

Su amigo le dedicó una mirada de hastío.

—Ya sabes a qué me refiero.

Zanjaron el asunto. No había nada más que debatir. Al no contar con más pruebas, no podían hacer nada.

Rin pensaba que Kitay estaba siendo demasiado paranoico.

¿Y si Nezha no contaba con ningún arma secreta? ¿Y si Nezha solo estaba destinado a perder? La esperiliana no podía evitar sentir que, tal vez y solo tal vez, el final de esa historia ya estaba escrito. Después de todo, tras varios meses, había quedado claro que nadie podía vencerla. Batalla tras batalla, victoria a victoria, había acabado cada vez más convencida de que el destino la había elegido para que fuera ella quien gobernara sobre el Imperio. ¿Qué otra cosa podía explicar esa racha de increíbles victorias y huidas? Había sobrevivido a Speer. A Golyn Niis. Al laboratorio de Shiro. Había logrado liderar a un ejército durante una larga marcha. Había salido victoriosa del monte Tianshan. Había burlado y sobrevivido a los mugeneses, a la Tríada y a Vaisra. Y ahora estaba a punto de derrotar a Nezha.

Desde luego, no podía dejarlo todo en manos del destino. No podía dejar de prepararse de forma meticulosa para cada batalla solo porque no hubiera perdido ninguna todavía. La historia nikara estaba plagada de idiotas que se habían creído reyes. Cuando se habían quedado sin suerte, habían acabado muriendo como cualquier otro.

Por ese motivo, ella nunca expresaba en voz alta esa sensación delante de Kitay. Sabía muy bien lo que le diría: «Venga ya, Rin. Estás perdiendo la noción de la realidad. Los dioses no escogen a sus campeones. Esto no funciona así».

Y, aunque la parte racional de su mente comprendía todo eso, Rin seguía siendo consciente de que algo había cambiado cuando había bajado del monte Tianshan, cuando había sobrevivido a una explosión que había acabado con la vida de las mayores figuras de la historia nikara y casi había arrasado con toda una flota hesperiana. Las tornas de la historia habían cambiado. Nunca antes había creído en el destino, pero aquello era algo de lo que estaba más segura a cada día que pasaba: el futuro del mundo ahora estaba completa e inalterablemente pintado de un brillante tono carmesí.

Con diferencia, la parte favorita de Rin de la campaña sudeste era la lenta adquisición y el manejo por parte de su ejército de la tecnología militar de Hesperia. La esperiliana lo había convertido en un juego. La regla establecida era que el escuadrón que regresara de una misión con el mayor botín de equipo hesperiano que funcionara recibiría una ración doble de cena.

La mayoría de las piezas que recuperaron eran ligeras mejoras de herramientas que ya tenían: brújulas más precisas, tablillas más robustas para los médicos, ejes mucho más recios para sus carromatos. A menudo encontraban inventos que no tenían ni idea de para qué servían: pequeños faroles sin mecha que no sabían cómo encender, orbes que hacían tictac y que parecían relojes, pero cuyos brazos correspondían a unas inexplicables letras y números, y minidirigibles que zumbaban y que Rin dio por sentado que serían naves mensajeras, pero que no sabía cómo hacer volar. Se sentía una idiota, dándole vueltas entre las manos a los dispositivos, una y otra vez, incapaz de encontrar los mandos que los hicieran funcionar. A Kitay le fue ligeramente mejor. Al final acabó descubriendo que los faroles se activaban por medio de una serie de golpes. Sin embargo, cada vez se frustraba más con las máquinas que parecían funcionar por medio de magia.

A unos cuatro kilómetros de Bobai, un bastión que la República había abandonado recientemente, encontraron bajo una fina capa de tierra, enterrada a toda prisa, una caja de arcabuces funcionales.

—No me jodas —murmuró Kitay cuando abrieron la tapa de la caja—. Están prácticamente nuevos.

Rin sacó el arcabuz que estaba en la parte superior de la pila y lo sostuvo entre sus manos. Jamás había cogido uno. No se había atrevido. El acero estaba helado al tacto. Pesaba más de lo que se había imaginado… Y eso le hizo sentir un respeto renovado por los soldados hesperianos que cargaban con ellos durante la batalla.

Echó un vistazo en dirección a Kitay, que tenía la boca abierta mientras se agachaba para examinar las armas. Rin sabía lo que estaba pensando.

Eso lo cambiaba todo.

Habían llegado hasta allí con unas mínimas capacidades de alcance. El ejército sureño solo contaba con varias decenas de arqueros, y sus filas no dejaban de menguar. Un novato tardaba semanas en aprender cómo apuntar debidamente con una flecha, y meses, si no años, en disparar con una precisión en condiciones. Los arqueros necesitaban tener una fuerza tremenda en el brazo, sobre todo si las flechas estaban diseñadas para atravesar los escudos.

La única arma que poseían que superaba a las flechas eran las lanzas de fuego, una reciente invención republicana de la que Kitay había oído hablar durante su estancia en la Ciudad Nueva y a la que había aplicado la ingeniería inversa. Se trataba de tubos hechos con dieciséis capas de papel fino de envolver, de una altura algo superior a sesenta centímetros, rellenos de carbón de sauce, sulfuro, nitrato de potasio y esquirlas de hierro. Al prenderlas, las lanzas podían crear llamas de casi tres metros, pero aun así requerían una fuente de fuego lista para ser activada, y podían ponérseles en contra con facilidad, ya que a menudo explotaban en las manos de quienes las portaban.

Sin embargo, los arcabuces requerían mucha menos fuerza en los brazos que los arcos, y eran mucho más fiables que las lanzas de fuego. ¿Cuánto tiempo tardarían en instruir a sus tropas para

dispararlos? ¿Semanas? ¿Tal vez días, si se dedicaban a ello en exclusiva? Si Rin podía conseguir que entre veinte y treinta soldados acabaran siendo medianamente competentes con los arcabuces, eso les abriría todo un nuevo abanico de estrategias con las que antes solo habían podido soñar.

—¿Crees que puedes averiguar cómo se usan? —le preguntó a Kitay.

Su amigo rio entre dientes mientras acariciaba los tubos de metal con los dedos.

—Dame de margen hasta la puesta de sol.

Kitay tardó una sola tarde en pedirle a Rin que fuera hasta un claro, vacío salvo por una docena de arcabuces desmontados esparcidos por toda la hierba. Había pequeñas muescas en las cortezas de todos los árboles que quedaban a la vista.

—La verdad es que es bastante simple. —Kitay señaló hacia varias partes del arcabuz a medida que hablaba—. Creía que iba a necesitar interrogar a algunos prisioneros hesperianos, pero el diseño da a entender su propio funcionamiento. Un invento muy inteligente. Es básicamente un cañón en miniatura. Introduces algo de pólvora en el cañón, y la fuerza de la explosión hace que la bola de plomo que hay en el interior salga volando hacia fuera.

—¿Cómo funciona el mecanismo de disparo? —preguntó Rin—. ¿Tienen que prenderlo con una chispa cada vez que vayan a usarlo?

Eso le parecía un inconveniente, además de poco plausible. Los hesperianos parecían disparar a voluntad sin tener que estar buscando un pedernal.

—No, no es necesario —dijo Kitay—. Lo que han hecho con la mecha es muy ingenioso. Es una mecha que se mantiene prendida. Puedes encenderla antes de entrar en el campo de batalla. Luego, cuando estás listo para disparar, aprietas esta palanca de aquí y así se acerca la mecha a la pólvora. Clic, bum. —Alargó la mano para coger un arcabuz intacto—. Toma. He cargado este. ¿Quieres probar?

Rin sacudió el muñón hacia él.

—No estoy segura de que pueda hacerlo.

—Yo apuntaré por ti. —Kitay se colocó detrás de ella y le envolvió el torso con los brazos, apuntando con el cañón hacia el grueso árbol que había al otro lado del claro—. Cuando estés lista, avisa.

Rin cerró los dedos alrededor de la palanca metálica.

—¿Solo tengo que apretar esto?

—Sí. Asegúrate de plantar los pies con fuerza, sufrirás un retroceso contra el hombro. Recuerda que es como la explosión de un cañón en miniatura. Y tira con fuerza, es bastante duro. Así previenen accidentes, al evitar disparar por error.

La esperiliana dobló las rodillas tal y como le dijo Kitay, respiró hondo y apretó el gatillo.

Un estallido atravesó el claro. El arma retrocedió contra su pecho y la joven se encogió, pero el firme agarre de Kitay evitó que le golpeara las costillas. De la boca del cañón salió humo. Rin apartó la cabeza entre toses.

—Esa es una de las desventajas —dijo Kitay cuando el humo se hubo disipado—. Tardas un rato en ver si de verdad le has acertado a algo.

Rin se encaminó hacia un árbol en el extremo opuesto del claro, donde el humo se había

desplegado en el aire formando como pequeños dragones. El perdigón había acertado y había acabado profundamente enterrado en el centro del tronco. Rin introdujo el dedo en el agujero. Llegó a meter el tercer nudillo, hasta que no pudo seguir ahondando. Aun así, no llegó a tocar el perdigón.

—Me cago en la puta —exclamó la joven.

—Lo sé —dijo Kitay—. También he intentado dispararle a una armadura. Ya hemos visto lo que son capaces de hacerle a la carne, pero estas cosas también pueden penetrar en el acero.

—Joder. ¿Cuánto se tarda en recargarlos?

—Ahora mismo tardo aproximadamente medio minuto —declaró el joven—. Con un entrenamiento adecuado, será incluso más rápido.

Eso se traducía en tres, quizás cuatro disparos por minuto. No se acercaba a lo que una arquera como Venka podía conseguir en el mismo espacio de tiempo, pero la letalidad superior del arcabuz lo compensaba con creces.

—¿Cuántos de tus disparos han acabado cerca del objetivo? —le preguntó la esperiliana.

Kitay se encogió de hombros con timidez.

—Mmm, uno de cada seis ha acertado en el tronco. Eso debería poder mejorarse.

—¿Y cuántas de esas balas tenemos?

—Tres cajas, con unas doscientas balas cada una.

Rin frunció el ceño.

—Kitay.

El chico soltó un suspiro.

—Lo sé. Acabaremos quedándonos sin existencias.

Rin se tomó un momento para hacer los cálculos mentalmente. Treinta soldados con arcabuces que disparasen a una ambiciosa velocidad de tres tiros por minuto se quedarían sin munición en menos de…

—Seis o siete minutos —dijo Kitay—. Nos quedaríamos sin balas en cuestión de seis o siete minutos.

—Casi tenía el resultado.

—Claro que sí, pero prefiero acelerar las cosas. Y sí, supone un problema. —El joven se frotó la barbilla—. La ciudad por la que pasamos la semana pasada contaba con armerías. Podríamos hacer algunos moldes, fundir algo de chatarra…

—¿Qué chatarra? —le preguntó Rin. Tal y como estaban, las espadas escaseaban, y ambos sabían que era una locura intercambiar espadas por balas cuando el grueso de sus tropas era mucho más eficiente en un combate cuerpo a cuerpo.

—Entonces, tendremos que obtenerlas de algún otro modo —comentó Kitay—. O robar munición. Aunque eso será difícil. Hasta el momento, han estado guardando sus armas con mucho recelo, y encontrar estos arcabuces ha sido algo excepcional…

—Espera. —A la esperiliana se le había ocurrido una idea—. El maestro Irjah nos planteó un acertijo parecido a este. Casi exactamente igual.

—¿De qué estás hablando?

—¿No te acuerdas? ¿Qué haces cuando necesitas la munición de tu enemigo? —Le dio un golpecito a Kitay en el codo—. Venga.

El chico meneó la cabeza.

—Rin, eso se aplicaba a las flechas.

—¿Y qué? Es el mismo principio.

—Los perdigones de acero son otra cosa distinta —insistió Kitay—. Se deforman tras haber sufrido un impacto. No puedes recogerlos sin más y volver a meterlos en el cañón.

—Pues entonces fundiremos esas balas —replicó ella—. ¿Por qué te parece tan poco plausible? A los hesperianos les encanta disparar a las cosas. Será fácil tenderles una trampa. Solo tenemos que darles un motivo para que disparen. Y estamos a punto de llegar a un afluente, lo que significa que…

—No funcionará —la interrumpió su amigo—. Venga ya. Ellos tienen mejores catalejos que nosotros. Unos blancos hechos de paja serían demasiado obvios. Se darán cuenta de que son señuelos.

—La solución es obvia —dijo Rin—. Usaremos cuerpos reales.

De ese modo, tres días después, acabaron atando cadáveres al mástil y a las barandillas de un velero de transporte de opio. Rin aprendió que la clave era una combinación de clavos y cordel. Las cuerdas hubieran sido lo ideal, pero eran demasiado visibles a simple vista. Los clavos podían atravesar la piel, y era sencillo ocultar las protuberancias bajo las capas de ropa. Cualquiera que mirara durante bastante tiempo por un catalejo podría ver claramente los cadáveres, pero Rin esperaba que los artilleros de la República fueran de gatillo fácil y no prestasen tanta atención.

Cuando hubieron llenado la cubierta superior con suficientes cadáveres como para que pareciera que el velero estaba tripulado, lo mandaron río abajo con un solo timonel cuyo trabajo era evitar que el barco chocase contra la orilla. Habían escogido un tramo del río amplio y veloz, con una corriente lo bastante rápida como para apartar al velero del alcance de la República antes de que alguien intentara abordarlos.

—Qué asco. —Rin se limpió la mano sobre la túnica mientras observaba cómo el velero se perdía de vista a la deriva—. Este olor no se irá hasta dentro de muchos días, ¿verdad?

—No lo dudes —le dijo Kitay—. Y aún nos queda sacarles las balas de dentro.

Cuando por fin se acercaron a la frontera sur de la Provincia de la Liebre, encontraron a un mensajero esperándolos con una carta de Venka. Cholang y ella habían estado enviándoles actualizaciones periódicas a lo largo de toda la campaña. Según lo previsto, habían barrido el norte con facilidad. No habían tenido que hacer mucho. Nezha parecía haber retirado a sus tropas tanto del este como del norte, concentrándolas en una última línea de defensa en la Provincia del Dragón. De momento, las misivas de Venka incluían buenas noticias sobre ciudades que habían capturado, cargamentos de artefactos históricos que había requisado de las casas de los magistrados y alguna que otra caja con armaduras de los afamados herreros de la Provincia del Tigre.

A medida que ambas divisiones del ejército sureño se aproximaban al centro, la correspondencia de Venka llegaba cada vez más rápido. Ahora, Cholang y ella se encontraban a tan solo una semana de viaje a caballo, lo bastante cerca como para que todos coincidieran en Arlong para llevar a cabo un ataque conjunto.

—Es de hace seis días. —El mensajero le entregó a Rin un pergamino—. Solicita una respuesta rápida.

—Entendido —respondió la esperiliana—. Espera fuera. El mensajero le dedicó un breve asentimiento de cabeza y abandonó la tienda de campaña de la comandancia. Rin comprobó que se había alejado bastante como para no oírla y abrió el pergamino con los dientes.

Cambio de planes. No avancéis aún hacia Arlong. Mis exploradores afirman que está llevando a sus fuerzas hacia el norte para encontrarse con nosotros entre las montañas. ¿Nos reunimos en Dragab? Por favor, confirma lo antes posible. Preferimos no acabar metiéndonos solos en una masacre.

—¿Dragab? —preguntó Rin—. ¿Dónde queda eso?

—Es un pequeño puesto avanzado al sur de Xuzhou. —Kitay había estado leyendo la nota por detrás del hombro de Rin—. Y supongo que en Xuzhou es donde la República pretende encontrarse con nosotros.

—Pero eso… —Rin se interrumpió, intentando ordenar su mapa mental de la disposición de las tropas sureñas y republicanas. Eso no tenía sentido. Durante todo ese tiempo, habían dado por sentado que Nezha mantendría a sus fuerzas en el centro de Arlong, donde los Acantilados Rojos y los canales le ofrecían una clara ventaja—. ¿Para qué iba a avanzar hacia el norte?

—Se me ocurren tres motivos —declaró Kitay—. Uno: Xuzhou se encuentra situado en el estrecho canal de una montaña, lo que provoca que el terreno de batalla se vea reducido a los acantilados de enfrente y al amplio barranco que queda debajo. Dos: estamos en temporada de monzones y, cuando las lluvias son intensas, las aguas bloquean el paso. Y tres: es nuestra única ruta hacia Arlong.

—Eso no es cierto —dijo Rin—. Podríamos rodear la zona, hay pasos forestales…

—Sí, con caminos tan llenos de baches que no seríamos capaces de transportar nuestra artillería pesada y tendríamos que descender por las laderas de las montañas, lo que nos dejaría completamente expuestos a sus arqueros. Nezha sabe que vamos a por él. Pretende atraparnos en las montañas, donde tus chamanes no podrán atacar discriminadamente, lo que haría que la batalla pasara a ser una masacre convencional.

—Conque esto no es un último ardid desesperado —dijo Rin—. Es una invitación.

Si ese era el caso, ¿por qué diantres iba el ejército sureño a entrar al trapo?

Incluso antes de hacer la pregunta en voz alta, la respuesta le resultó evidente. Debían aceptar que su siguiente campo de batalla fuera Xuzhou simplemente porque así no lo sería Arlong.

El poder de Nezha se amplificaba cuanto más cerca estuviera de cualquier fuente de agua. Bajo los Acantilados Rojos, donde el Murui se filtraba hacia los canales que rodeaban cada centímetro de Arlong, el joven sería prácticamente imparable. Se encontraría justo encima de la gruta del Dragón. Xuzhou era la última oportunidad de Rin para enfrentarse a él lejos de su dios.

Rin vio cómo Kitay apretaba la boca en una mueca y supo que había llegado a la misma conclusión que ella. Tal vez Xuzhou fuera la estrategia dominante de Nezha, pero también la de ellos.

Kitay señaló con la cabeza hacia el pergamino.

—¿Deberíamos darle lo que quiere?

Rin detestaba esa manera de expresarlo. Tomar esa decisión era frustrante. Inesperado. No le

gustaba encontrarse con su oponente en un terreno que él había elegido, bajo las condiciones menos favorables posibles desde el punto de vista estratégico.

Y, aun así, en el fondo de su ser, sintió una punzada de emoción.

Hasta el momento, aquello no había sido una verdadera guerra, solo una serie de escaramuzas contra unos cobardes en retirada. Cada victoria había servido para impulsarlos hacia ese momento, cuando al fin iban a encontrarse con una verdadera resistencia. Esa era la prueba definitiva. Rin quería enfrentarse a la mejor estrategia que hubiera podido preparar Nezha y comprobar quién saldría victorioso.

—¿Por qué no? —dijo al fin la joven—. Por fin Nezha está colocando sus piezas sobre el tablero. Juguemos.

Salió de la tienda para llamar al mensajero. El hombre alargó la mano, esperando recibir una respuesta escrita, pero Rin negó con la cabeza.

—Seré breve. Dile a Venka que se dirija hacia Dragab lo más rápido posible. La estaremos esperando allí.

27

—Veo que habéis encontrado algunas costureras. —Venka recorrió con la mirada los pulcros uniformes marrones del ejército sureño mientras desmontaba de su caballo para estrecharle la mano a Rin a modo de saludo—. ¿Yo también recibiré uno?

—Desde luego —le dijo la esperiliana—. Te espera en la tienda.

—¿Con galones de general y todo?

—¿Es esta tu forma de pedir un ascenso? —le preguntó Kitay.

—Acabo de conseguiros el norte —le dijo Venka—. Eso es la mitad del puto país, por si no lo sabíais. Creo que ya me toca ostentar el título de general Sring, ¿no creéis?

—Lo cierto —dijo Rin— es que creía que acabarías poniéndote el título tú sólita.

—Lo cierto —respondió Venka— es que ya lo he hecho. Se sonrieron la una a la otra.

Las tropas de Venka y Cholang se mezclaron con el resto en el campamento sur de Dragab y se lanzaron voraces hacia las comidas preparadas junto a las hogueras. Habían acabado su expedición en el norte con casi el mismo número de soldados con los que la habían empezado. Un logro impresionante, dado que, a lo largo de la historia, la milicia de la Provincia del Perro solo había luchado contra agresores mal armados de las regiones del norte. También regresaron cargados de regalos: un carromato tras otro de armaduras de repuesto, espadas y escudos sacados de las forjas de la Provincia del Tigre.

Después de que Venka y Cholang hubieran comido, se unieron a Rin y a Kitay en el suelo de la tienda de la comandancia con un mapa extendido entre ellos para poner en común la información que cada uno había recabado.

—Es una jugada extraña. —Venka había marcado las columnas republicanas a lo largo del extremo oriental del barranco de Xuzhou con tinta azul—. La verdad es que no sé por qué no centra todas sus defensas en Arlong, sobre todo si allí es capaz de controlar el puñetero río.

—Estoy de acuerdo —dijo Kitay—. Pero creemos que se trata justo de eso. Quiere eliminar al Fénix de la ecuación.

—¿Para qué? ¿Solo para que acabemos enfrentándonos cuerpo a cuerpo? —preguntó Cholang.

—Y por la lluvia —dijo Rin—. Él puede invocarla. Puede hacer que llueva con tanta fuerza o intensidad como quiera. Cuesta un poco mantener una llama viva cuando está cayendo un

aguacero.

Todos miraron el mapa en silencio durante irnos segundos.

La batalla de Xuzhou había pasado a convertirse en un juego de tácticas de guerra, en un puzle que Rin debía admitir que encontraba tremendamente entretenido. Parecía la típica pregunta de examen que podría haberle hecho el maestro Irjah. Xuzhou era el campo de acción. Las condiciones restrictivas eran las siguientes: la lluvia, que suponía una desventaja para ambos, ya que sofocaba tanto el fuego como la pólvora; Nezha contaba con más soldados, con mejor artillería y con unas tropas más descansadas, dado que su marcha había sido más corta; y el Joven Mariscal tenía la ventaja de la lluvia. Pero Rin tenía chamanes cuya existencia Nezha desconocía, y podía llegar a Xuzhou antes que él.

Dadas las circunstancias, la esperiliana podía concebir una estrategia ganadora.

Pasado un momento, Venka soltó un suspiro.

—¿A qué va a reducirse todo esto entonces? ¿A un simple desgaste? ¿Vamos a pelearnos en el barro?

Ninguno de ellos deseaba eso. Ningún buen comandante dejaba que el resultado dependiera de las oportunidades producto de un enfrentamiento sin más. Era posible que el grueso del combate se librara con espadas, lanzas y escudos, pero necesitaban contar con alguna táctica, alguna ventaja sorpresa en la que Nezha no hubiera pensado.

De repente, Kitay rompió a reír.

—¿Qué? —le preguntó Rin. No seguía su lógica, no sabía qué era lo que su amigo había visto. Pero eso daba igual. Kitay lo había resuelto, y eso era lo único que la esperiliana necesitaba.

—Todo esto es muy inteligente —dijo—. Hay que reconocerle el mérito a Nezha. Ha reducido el número de factores que están en juego para que los únicos vectores que importen sean aquellos en los que él tiene la ventaja. Ha borrado de un plumazo a casi todos los jugadores del tablero de ajedrez.

—¿Pero…? —insistió Rin.

—Pero se ha olvidado de una cosa. —Kitay se dio un golpecito en la frente—. Siempre le he dado unas buenas palizas al ajedrez.

Xuzhou era una ciudad de tumbas. El Emperador Rojo la había diseñado para que funcionara como un cementerio imperial, el último lugar de descanso para sus generales más queridos, sus consejeros, sus esposas y sus concubinas. Había contratado a los escultores, arquitectos y jardineros de mayor talento de todos sus territorios para construir grandes monumentos en honor a su régimen y, a lo largo de las décadas, lo que había comenzado siendo un simple cementerio había pasado a convertirse en un enclave conmemorativo del tamaño de una ciudad. Xuzhou había pasado a ser un lugar cuya economía se basaba únicamente en la muerte. Sus habitantes eran artesanos que se dedicaban a barrer tumbas, encender incienso, dar conciertos rituales para apaciguar a los espíritus vengativos y crear intrincadas mansiones, ropajes y mobiliario con papel para quemarlos a modo de ofrenda y que los fallecidos los recibieran en la otra vida. Incluso tras la caída del régimen del Emperador Rojo, sus custodios siguieron trabajando y recibiendo sus salarios por parte de un gobernante u otro en honor a los muertos.

—¿Te puedes creer que una civilización tan antigua construyera todo esto? —Kitay pasó las

manos por una piedra caliza increíblemente bien preservada mientras recorrían el cementerio central, buscando atalayas para sus unidades de artillería—. No tenían ninguna herramienta moderna. Es decir, apenas sabían matemáticas.

—Entonces, ¿cómo lo lograron? —preguntó Venka.

—Puro trabajo humano. Cuando no consigues averiguar algo, solo tienes que invertir más cuerpos humanos en esa tarea. —Kitay señaló hacia el final del cementerio, donde se encontraba una escultura del Emperador Rojo de doce metros cerniéndose sobre el barranco—. Esa estatua está hecha con huesos. De hecho, probablemente haya huesos en todas. El Emperador Rojo creía que las almas humanas mantenían los edificios estructuralmente sólidos durante toda la eternidad, así que, cuando los trabajadores acabaron de cincelar su rostro en piedra, ordenó que los maniataran y los metieran en los centros huecos de las estatuas.

Rin se estremeció.

—Creía que el emperador no era religioso.

—No era un chamán. Pero, aun así, era un puto supersticioso. —Kitay señaló hacia los monumentos que los rodeaban—. Imagínate vivir en una tierra de bestias y esperilianos. ¿Por qué no ibas a creer también en los encantamientos?

Rin estiró la cabeza para poder ver mejor al Emperador Rojo desde abajo. Su rostro se había erosionado con el paso del tiempo, pero su integridad estructural se mantenía lo bastante bien como para que la joven pudiera discernir sus facciones. Tenía el mismo aspecto que en las réplicas que Rin había visto de su retrato oficial: un hombre severo y sin gracia, cuya expresión facial no transmitía ningún tipo de bondad. Rin daba por sentado que habría sido una persona cruel. Un hombre que pretendiese unir a las facciones dispares y beligerantes de Nikan en un único imperio tenía que contar con una voluntad despiadada e implacable. No podía doblegarse ni ceder. No podía comprometerse. Tenía que moldear el mundo según su visión.

Su primera esposa se encontraba en el extremo opuesto del cementerio. La Emperatriz Invernal era conocida por su belleza y su tristeza. Había nacido con una hermosura tan imposible y celestial que el Emperador Rojo la había secuestrado siendo tan solo una niña y la había introducido en su corte. Allí, sus llantos constantes no habían hecho más que acrecentar su belleza, ya que le hacían fruncir el ceño y los labios de un modo tan atractivo que el Emperador Rojo la contemplaba mientras lloraba, fascinado y excitado.

Según las historias, la emperatriz estaba tan hermosa cuando sufría que nadie se dio cuenta de que se estaba consumiendo a causa de una enfermedad del corazón, hasta que un día se desplomó en el jardín mientras se arañaba inútilmente el pecho, blanco como la nieve. En las historias antiguas, eso era considerado un romance.

Pero Rin reconoció el rostro de piedra al otro lado del cementerio. Y no era el de la Emperatriz Invernal, no podía serlo.

—Esa es Tearza —murmuró la joven, impresionada.

—¿La reina esperiliana? —Venka arrugó la nariz—. Pero ¿qué dices?

Rin señaló hacia la estatua.

—Fíjate en el cuello. ¿Ves ese collar? Es esperiliano.

La joven ya había visto antes ese colgante de media luna en sus sueños. Lo había visto alrededor del cuello de Altan. Sabía que no podía habérselo imaginado. Esas visiones se le habían quedado grabadas en la mente.

¿Por qué iba el Emperador Rojo a presentar a Tearza como su emperatriz?

Entonces, ¿sería cierto que habían sido amantes?

Lo que todos esos cuentos afirmaban era que había intentado asesinarla. Desde el momento en el que se habían conocido, había enviado a asesinos tras ella. En numerosas ocasiones, había intentado conseguir su cabeza en el campo de batalla. El emperador le había tenido tanto miedo que se había escondido en una isla, rodeado de agua. Cuando ella había muerto, el Emperador Rojo había convertido la isla de Tearza en su colonia, y a su pueblo, en esclavos.

Aun así, Rin suponía que los amantes eran capaces de infligirse ese tipo de violencia. ¿Acaso Riga no había amado a Daji? ¿Acaso Jiang no había amado a Tseveri?

¿Acaso Nezha no había llegado a amarla a ella en el pasado?

—Si esa es Mai'rinnen Tearza —dijo Kitay—, se trata de una historia que nadie ha escrito nunca.

—Eso es porque el Emperador Rojo la borró de la historia —añadió Rin—. La eliminó de forma minuciosa para que nadie reconociera nunca su rostro.

La esperiliana debía reconocerle el mérito. Al conquistar algo de un modo tan total y completo, como había hecho ese hombre, podía alterar el curso de todas las cosas. Podía determinar las historias que la gente contara sobre él durante generaciones.

«Cuando canten canciones sobre mí, a Nezha no lo mencionarán ni de pasada», decidió Rin.

Bajo sus indicaciones, el ejército sureño terminó de preparar la ciudad para la llegada del Joven Mariscal. Escondieron cañones detrás de cada estatua. Cavaron trincheras y túneles. Colocaron sacos de arena alrededor de sus fuertes. Marcaron los puntos de ataque para Dulin, identificando las zonas más débiles en la roca para poder tirar abajo estructuras enteras del ejército republicano.

Cuando hubieron acabado, se agazaparon a esperar.

La lluvia comenzó a caer esa misma tarde, y siguió haciéndolo durante toda la noche. Los goterones formaban unas cortinas implacables que transformaron el suelo bajo sus pies en un barrizal. El terreno estaba tan resbaladizo que tuvieron que apoyar los carromatos sobre rocas para que las ruedas no se quedaran atascadas durante la noche. Rin esperaba que esa lluvia torrencial dejara las nubes vacías por la mañana, pero aquel patrón no hizo más que intensificarse a medida que pasaban las horas. Al amanecer, la capa gris que había sobre Xuzhou no mostraba ningún signo de desaparecer.

La esperiliana intentó dormir un poco, pero la lluvia, que golpeaba con fuerza su tienda, hizo que le resultara imposible. Acabó rindiéndose y esperó sentada en el exterior a que pasara la noche, vigilando el cementerio debajo de la estatua de Tearza.

Nezha había hecho bien en atacar durante la temporada de monzones. El fuego de Rin no iba a servir de mucho ese día, salvo para mantenerla caliente. Había hecho la prueba durante la noche, lanzando arcos de llamaradas a lo largo del cielo nocturno. Todas se habían extinguido en cuestión de segundos. Aun así, podía incinerar a cualquiera que se encontrara muy próximo a ella, pero no servía de nada en un ataque a distancia. Los cañones y los arcabuces no iban a ser ni la mitad de efectivos en ese clima. Tardarían una eternidad en encender las mechas. Ambos bandos se habían visto obligados en gran parte a utilizar brutales y primitivas armas convencionales:

espadas, flechas y lanzas.

El vencedor de ese día lo determinaría la competencia táctica. Y Rin, a su pesar, estaba deseando ver qué se le habría ocurrido a Nezha.

El sol estaba cada vez más alto en el cielo. Las tropas de Rin estaban despiertas, armadas y listas, pero seguían sin tener noticias de los centinelas. Esperaron otra hora en un estado de tensa expectación. Entonces, de repente, la lluvia se intensificó y pasó de un fuerte golpeteo a un violento rugido.

Tal vez fuese cosa de la naturaleza, pero Rin lo dudaba. Se había producido de manera muy repentina. Alguien estaba invocando esa lluvia desde los cielos.

—Está aquí. —Rin se levantó y agitó un brazo hacia sus oficiales—. Preparad las columnas.

Unos segundos después, sus centinelas vislumbraron lo que ella ya sabía, y una serie de cuernos resonaron entre las lápidas.

El ejército republicano apareció al otro lado del barranco, desplegándose por debajo de los pies del Emperador Rojo.

La esperiliana examinó la primera línea de batalla con su catalejo hasta que divisó a Nezha marchando al frente. Iba vestido con un extraño estilo híbrido. En el pecho llevaba el tejido azul típico de su familia y una placa laminada del ejército del Dragón, pero los brazos y las piernas los llevaba envueltos en una especie de armadura hecha con placas de metal superpuestas. Parecía pesada hasta el punto de ser molesta. Sus hombros, que normalmente cuadraba de forma arrogante, parecían hundidos.

—¿Qué es eso que tiene alrededor de las muñecas? —preguntó Kitay.

Rin entrecerró los ojos, mirando por su catalejo. Apenas lograba ver los brazaletes dorados que llevaba Nezha alrededor de las muñecas. No parecían tener ninguna función clara que ella pudiese deducir. No formaban parte de su armadura, y la esperiliana no era capaz de imaginarse qué uso podrían tener como armas.

Bajó el catalejo. Nezha llevaba otro par de brazaletes dorados visibles por encima de las botas.

—¿Llevaba esas cosas en Arabak?

—No que yo recuerde —dijo Kitay—. Pero sí que me acuerdo de haberle visto una vez unas extrañas cicatrices, justo alrededor de…

—Nos ha visto —le interrumpió Rin con brusquedad.

Nezha también había cogido un catalejo. Los estaba mirando directamente.

A la esperiliana le sorprendió la simetría de la escena. Podría haber sido perfectamente un cuadro: dos facciones enemigas alineadas bajo unas estatuas que bien podrían haber sido sus dioses patrones. Tearza y el Emperador Rojo, una esperiliana contra un conquistador, los últimos participantes en un conflicto de siglos de antigüedad que nunca había cesado, sino que había continuado repitiéndose a lo largo de la historia.

Hasta ahora. Hasta que uno de ellos acabara con todo, para bien o para mal.

Nezha alzó una mano.

Rin se tensó. La sangre le retumbaba en los oídos. Un familiar y adictivo subidón de adrenalina le atravesó todo el cuerpo.

Conque así era como iba a empezar todo. Sin cortesías, sin ningún intento forzado de negociación. Directamente a la batalla. Nezha bajó la mano y sus tropas comenzaron a avanzar por el barranco con los pies resonando contra el barro.

Rin se giró hacia la comandante Miragha.

—Enviad a las tortugas.

A lo largo de la historia nikara, la forma más tradicional de lidiar con el fuego de las flechas había sido enviando delante a unos soldados con escudos para que absorbieran los golpes. Esas decenas de bajas garantizadas ayudaban a ganar algo de tiempo a los combatientes en la refriega para que se abrieran paso a través de las líneas enemigas. Pero Rin no contaba con decenas de cuerpos de los que prescindir.

Ahí era donde entraban las tortugas. Era uno de los inventos más recientes de Kitay. Tomando como inspiración los barcos tortuga fuertemente armados de la flota republicana, había diseñado unos pequeños vehículos con carros montados que podían sobrevivir a un fuego intenso casi de cualquier tipo. Kitay no había tenido tiempo ni recursos para construir nada sofisticado, así que había montado esas tortugas con tablones de madera, paños de algodón humedecidos y placas extraídas de armaduras hesperianas que, combinadas, repelían casi cualquier proyectil volador.

Uno por uno, salieron desde detrás de las lápidas hacia el barranco. Casi como si estuviera cronometrado, los arqueros de Nezha lanzaron su primer tiro y las flechas cayeron sobre las superficies de las tortugas hasta que estas parecieron erizos errantes.

—Tienen un aspecto ridículo —masculló Rin.

—Cállate —le dijo Kitay—. Están funcionando.

Los proyectiles republicanos acertaron en dos objetivos, lanzando por los aires a las tortugas como si fueran bolas de fuego voladoras. Sin inmutarse, el resto de los vehículos armados se precipitaron hacia delante. Una sinfonía de silbidos llenó el aire a medida que el ejército sureño le devolvía el fuego a la República. Aquello era, en gran medida, para llamar la atención. La mayoría de sus proyectiles patinaban inútilmente contra los escudos de metal de la República, pero los disparos obligaban a la artillería republicana a agacharse, dándoles así un respiro a las tortugas que avanzaban. El contingente de Venka, apostado con arcos de larga distancia sobre un saliente cerca de la mitad del barranco, fue el que acertó más tiros, deshaciéndose con una buena puntería de quienes manejaban los cañones de Nezha.

Por encima del estruendo de la lluvia, Rin escuchaba ligeramente una clara y baja vibración que resonaba a lo largo de todo el barranco. La joven se agachó, apoyó la mano sobre el suelo tembloroso y sonrió.

Dulin llegaba justo a tiempo.

Durante los entrenamientos, habían establecido que el chico no podía provocar un terremoto más allá de un radio de nueve metros. Eso significaba que no podría influir de forma significativa en las condiciones del combate dentro del barranco, a no ser que se lanzara de lleno a la reyerta. Rin no podía dejarlo allí durante mucho tiempo. Las tortugas no eran invencibles. La mitad de ellas ya habían sido reducidas a escombros carbonizados, eliminadas por una ronda concentrada de proyectiles.

Sin embargo, Dulin no tenía por qué estar allí durante toda la batalla. Solo tenía que eliminar a la artillería republicana apostada en los niveles más altos. Ahora se encontraba muy cerca, incluso después de que el vehículo tortuga que ocupaba hubiera tenido que detenerse forzosamente, asolado por las flechas.

«Venga».

Los acantilados comenzaron a vibrar. Rin apuntó con su catalejo hacia los puestos de artillería. Las piedras caían por el acantilado como si fueran pólvora sobre la primera línea de arqueros. La cornisa sufrió una transformación y se derrumbó, haciendo caer a las tropas republicanas decenas de metros hacia el barranco.

«Ya casi estamos. Termínalo…».

Un proyectil estalló justo delante de la tortuga de Dulin, lo que hizo que el vehículo diese una vuelta en el aire.

Rin dejó escapar un chillido ahogado.

Kitay la agarró del brazo.

—No pasa nada. Él está bien. Mira…

Su amigo tenía razón. Los acantilados seguían estremeciéndose, y los puestos de artillería habían quedado enterrados bajo los escombros. Dulin estaba vivo, seguía canalizando el poder de la Gran Tortuga. Tres vehículos armados se agruparon de forma protectora alrededor de los escombros de la tortuga de Dulin, protegiéndola del siguiente aluvión de balas. A través de su catalejo, Rin vio al chico salir desde debajo de la nave volcada y acercarse cojeando a la tortuga que le quedaba más cerca. Los soldados salieron del interior para ayudarle a entrar en el vehículo blindado. Luego, el carromato cambió su curso y comenzó a retirarse detrás de la infantería de Rin.

Las tropas de Nezha no fueron tras él. Igual que el resto, el Joven Mariscal estaba ocupado con la refriega en el interior del barranco, que, tal y como era de esperar, se había vuelto un completo desastre. Nadie podía apuntar en condiciones bajo la lluvia. Las flechas se desviaban de su trayectoria y acababan enterradas inútilmente en la tierra o clavadas en las paredes del barranco. De vez en cuando, alguno conseguía encender una llama el tiempo suficiente como para prender la mecha, pero el campo de batalla estaba ahora demasiado embarrado como para acertar sin dificultad. Los cañonazos, los proyectiles de mortero y los cohetes se precipitaban al azar, sin distinguir entre aliados y enemigos. La buena noticia era que los arcabuces montados de Nezha habían pasado a ser inútiles, empantanados como estaban en un lodo espeso, con un alcance que se había visto limitado y que solo llegaba hasta la mitad del barranco.

Las cuatro tortugas que quedaban en pie siguieron su avance hacia el Joven Mariscal, seguidos de un grupo de infantería del ejército sureño. No llegarían demasiado lejos. La primera línea de Nezha estaba armada con alabardas, extendidas hacia delante para ensartarlos a modo de bienvenida.

Sin embargo, las tortugas no habían sido creadas para romper las líneas de defensa. Solo tenían que acercarse lo suficiente como para lanzarles sus bombas de tubo. Cada escuadrón había partido con un carbón encendido que se hallaba protegido en el interior de una lata de hierro. A unos metros de la primera línea de batalla de Nezha, encendieron las mechas de las bombas y las lanzaron a través de escotillas superiores de los carros.

Pasaron varios segundos. Rin se tensó. Entonces, la primera línea de Nezha se partió en dos como el papel, y la infantería sureña se abrió paso a través de ella.

Ahora la batalla se había transformado en un baño de sangre al uso. Espadas, alabardas y escudos entrechocaban en un frenético aplastamiento de cuerpos. Debería haberse convertido en una masacre, ya que las tropas de Nezha estaban mejor entrenadas y armadas. Sin embargo, la lluvia y el barro habían hecho imposible que alguien pudiera ver algo, lo que posibilitaba que la

infantería de Rin, conformada por campesinos, durara mucho más de lo esperado.

Sin embargo, no tenían que resistir eternamente. Solo el tiempo suficiente.

La esperiliana sintió una repentina y extraña sensación de desapego al contemplar cómo se desarrollaba la matanza desde el lado más alejado del barranco. «Nada de esto parece real». Sí, sabía que el precio que había que pagar era real; sabía que, bajo sus pies, había cuerpos reales que estaban desangrándose y fracturándose como consecuencia de las órdenes que ella misma había dado; sabía que había vidas reales que se estaban apagando bajo la lluvia mientras ella esperaba a que llegara el momento exacto para ejecutar su plan.

No obstante, la adrenalina, ese subidón inesperado de energía que acompañaba al irrefrenable miedo a la muerte, no apareció. Rin siguió allí, contemplándolo todo desde un ángulo tan seguro que hasta Kitay podía estar junto a ella. Ninguno de esos proyectiles podía alcanzarla. Ninguna de esas espadas podía tocarla. Su único verdadero oponente era Nezha, y él tampoco había entrado en la reyerta. Igual que ella, estaba esperando desde su atalaya, observando con calma cómo se desarrollaba el caos allí abajo.

Aquella no era una verdadera lucha. No era una de esas peleas a puño limpio y con moratones que tanto les había gustado librar en su época en la academia. Aquella batalla era, en esencia, un concurso de ideas. Nezha había apostado por el entorno: la lluvia y el barranco. Rin había apostado por unas salvajes tácticas de distracción.

Pronto descubrirían quién había hecho la mejor apuesta.

Una flecha se clavó en el suelo a unos tres metros de distancia. Rin bajó la mirada y salió de su ensimismamiento. En el astil de la flecha, había atado un lazo rojo. Era la señal de Venka: «Te toca».

Kitay también lo vio.

—La tortuga ya está lista detrás de la tercera columna —le dijo su amigo, tras bajar su catalejo—. Rápido, antes de que se percate.

Rin bajó corriendo hacia el barranco. Un último carro tortuga la esperaba cerca de la primera línea, con unos soldados aguardando ya en su interior. Agarraron a Rin por los brazos y la arrastraron al centro del carro, donde la joven se agazapó abrazándose las rodillas. Dos soldados salieron a la carrera, empujando el carro cuesta abajo hasta que cogió impulso.

Rin se preparó en el interior, abarrotado y oscuro, dando tumbos de un lado a otro a medida que el carro se precipitaba sobre un terreno lleno de baches. La joven escuchó los fuertes golpes de las flechas que se clavaban contra los costados del carro. La punta de una lanza golpeó el lateral que quedaba delante de ella y causó una hendidura en el blindaje.

La esperiliana se pegó aún más las rodillas al pecho. «Ya casi estamos».

Hasta ese momento, todo (las avalanchas de Dulin, la carga inicial de los carros tortuga, las bombas de tubo y la acometida de la infantería) había sido una distracción. Rin sabía que no podía ganar una batalla de desgaste contra las filas de Nezha. Solo estaba fingiendo que lo estaba intentando.

Nezha había escogido ese cementerio, ese clima, para neutralizar al Fénix. El derramamiento de sangre que estaba teniendo lugar abajo solo tenía relevancia porque la lluvia evitaba que Rin pudiera hacer arder a todo aquel que luciera un uniforme azul.

Pero ¿qué había que hacer cuando la naturaleza suponía la mayor desventaja?

¿Cómo se podía vencer a los fenómenos naturales?

El carro tortuga se detuvo de golpe. Rin se asomó ligeramente por la escotilla. Al entrecerrar los ojos, pudo divisar unas finas cuerdas negras bien tensadas sobre el barranco y una lona gigantesca, diseñada para un navío de guerra, que se desplegaba despacio de un lado de las cornisas al otro.

Los soldados de la esperiliana, que sabían que debían estar atentos al despliegue de la lona, ya estaban retirándose con los escudos bien dispuestos detrás de ellos. Los soldados republicanos parecían confusos. Algunos fueron tras ellos con poco entusiasmo, y otros se quedaron atrás, como si percibieran que estaba a punto de suceder un desastre.

En cuestión de segundos, la lona llegó al otro extremo del paso, asegurada desde ambos lados por los escuadrones de Venka. La lluvia caía con fuerza contra la cubierta, pero nada penetraba en el paso. De repente, la parte central del barranco pasó a estar gloriosa y milagrosamente seca.

Rin se bajó de la tortuga y buscó en su mente al dios que la esperaba allí. «Te toca».

El Fénix salió a la palestra, cálido y familiar. «Al fin».

La esperiliana levantó los brazos. Las llamas estallaron en el paso, un arco creciente que bramaba en dirección a las fuerzas de Nezha.

La primera línea del Joven Mariscal se achicharró de inmediato. Rin avanzó sin oposición, abriéndose paso entre los cadáveres, que chisporroteaban dentro de unas armaduras relucientes. Las llamas de la joven refulgían a su alrededor, formando un escudo de un calor inimaginable. Las flechas se desintegraban en el aire antes de llegar a tocarla. Los arcabuces montados y los cañones de Nezha brillaban con fuerza, retorciéndose y doblándose sobre sí mismos hasta quedar inservibles. El ejército sureño avanzó detrás de la esperiliana, con los arcos tensados, los cañones cargados y las lanzas de fuego apuntando hacia delante, listas para ser disparadas.

A Rin le quedaban minutos. Podía mantener el fuego concentrado a baja intensidad en el interior del barranco, pero, a esa temperatura, la lona acabaría ardiendo, lo que significaba que tenía que ponerle fin a todo eso rápidamente.

La joven pudo distinguir la silueta de Nezha a través del muro anaranjado. Estaba solo y desprotegido, gritando órdenes a sus hombres a medida que estos huían. Nezha no se había retirado detrás de sus tropas, sino que aguardaba a que el último de sus soldados llegara a terreno seguro. Se negaba a abandonar a su ejército.

Siempre tan noble. Siempre tan estúpido.

Rin ya lo tenía. Había ganado ese combate de ideas, lo tenía a tiro, a plena vista, y esta vez no iba a vacilar.

—¡Nezha! —gritó la esperiliana.

Quería verle la cara.

El joven se dio la vuelta. Ahora estaban lo bastante cerca como para que Rin pudiera discernir cada detalle de su rostro encantador, miserable y surcado de grietas como la porcelana rota. Cuando la miró a los ojos, Nezha torció el gesto. No transmitía miedo, sino tristeza y cansancio, aunque se mantenía alerta.

¿Habría llegado a la conclusión de que estaba a punto de morir?

En sus ensoñaciones, cada vez que Rin fantaseaba con el momento en el que por fin lo matara, Nezha siempre había acabado ardiendo. Pero el joven se encontraba justo fuera del

alcance de la lona, así que tendría que conformarse con el hierro y el acero. Y si el cuerpo del Joven Mariscal seguía sanándose a sí mismo, entonces Rin tendría que hacerlo pedazos y convertir cada parte de él en cenizas de tal forma que ni el Dragón pudiera volver a unirlas.

La esperiliana asintió en dirección a su ejército, que aguardaba sus órdenes, y le hizo una seña con la mano.

—Fuego.

Volvió a introducir sus llamas en su interior y se arrodilló. Un gran desgarro resonó por todo el barranco a medida que comenzaron a volar proyectiles de todo tipo por encima de su cabeza.

Nezha alzó los brazos. El aire se onduló a su alrededor y luego pareció fundirse. El tiempo se diluyó. Flechas, proyectiles y cañonazos quedaron suspendidos en mitad del aire, incapaces de seguir avanzando hacia delante. Rin tardó un momento en darse cuenta de que los proyectiles se encontraban atrapados dentro de una barrera: un muro de agua cristalina.

Una vez más, Rin agitó una mano en el aire.

—¡Fuego!

Otra oleada de flechas cruzó volando el barranco, pero la joven sabía, incluso antes de dar la orden, que eso no serviría de nada. El escudo de Nezha se mantenía firme. Las tropas sureñas dispararon otra ronda, y luego otra más, pero todo lo que le lanzaban a Nezha acababa engullido por la barrera.

«Mierda». Rin quería gritar. «Estamos tirando armas al río».

Sabía que Nezha podía controlar la lluvia. Le había visto hacerlo en Tikany. Había sentido las gotas golpeándola como miles de puños a medida que él hacía que cayeran con más fuerza. Lo que no sabía era que Nezha podía manipular la lluvia a una escala tan brutal, que podía utilizar toda el agua que caía del cielo para construir barreras más impenetrables que el acero.

No se había imaginado que el vínculo de Nezha con su dios pudiera hacerle sombra al suyo propio con el Fénix.

Antes de todo aquello, Nezha temía su vínculo con el Dragón más que a sus enemigos. Solo invocaba a su dios cuando se encontraba entre la espada y la pared, y cada vez que eso había sucedido, había sido una tortura para él.

Sin embargo, ahora Nezha y el agua se movían como si fueran uno solo.

«Esto no quiere decir nada», pensó Rin. Nezha podía levantar todos los escudos que quisiera. Ella simplemente tenía que hacer que se evaporaran.

—Atrás —ordenó Rin a sus tropas. Una vez que se hubieron retirado unos tres metros, la joven creó un arco de llamas lo más ardiente que pudo y lo lanzó hacia el barranco, hundiéndose cada vez más en la ensoñación del Fénix, hasta que todo su mundo se volvió rojo. El calor caldeó el ambiente. Por encima de Rin, la lona chisporroteaba y se transformaba en cenizas.

La esperiliana lanzó la parábola más hacia delante. Dos muros se encontraron en mitad del paso: uno azul y otro rojo. El Fénix y el Dragón. Cualquier masa de agua normal se habría disipado hacía mucho. Ese calor celestial habría hecho que se evaporase hasta un lago.

Aun así, la barrera de agua se mantuvo firme.

«Arde», rezó Rin con frenesí. «¿Qué estás haciendo? Arde…».

El Fénix la sorprendió con una respuesta. «El Dragón es demasiado fuerte. No podemos».

Las llamas de Rin volvieron al interior de su cuerpo. La esperiliana se quedó contemplando a Nezha a través del agua. El joven le devolvió una sonrisa engreída. El ejército republicano había

terminado de replegarse. Las tropas de Rin aún podían atacarlos por tierra, pero ¿cómo iban a sortear a Nezha?

Entonces, a Rin le quedó todo devastadoramente claro.

Nezha jamás había tenido la intención de presentar batalla en Xuzhou. Enviar a sus hombres al barranco había sido un ardid, una oportunidad para conocer hasta dónde llegaban las nuevas habilidades de Rin, tanto las chamánicas como las convencionales, con las mínimas bajas posibles entre sus tropas. No había ido hasta allí para luchar, sino para dejarla en ridículo.

Había enfrentado a su propio dios contra el de Rin. Y había ganado.

Nezha bajó los brazos. La barrera se desplomó, salpicando con fuerza contra las rocas. De las nubes volvió a caer un aguacero. Rin escupió un montón de agua, con el rostro enrojecido.

Nezha le dedicó un pequeño saludo provocador con la mano.

Estaba solo, pero Rin no era tan idiota como para ir a por él. Sabía lo que Nezha tenía planeado, sabía lo que haría exactamente si las tropas sureñas cargaban hacia delante.

«Inténtalo. A ver qué hace la lluvia entonces».

Aunque sintió un desgarro en el corazón al decirlo en voz alta, se giró hacia el ejército sureño y dio la única orden posible:

—Retirada.

Todos vacilaron y miraron confusos hacia Nezha, quien claramente estaba en una posición vulnerable.

—¡Retirada! —estalló Rin.

Esta vez, obedecieron. Unas chispas de rabia se prendieron sobre sus hombros a causa de la humillación cuando Rin siguió a sus hombres en la retirada, lo que provocó que el agua que empapaba su armadura se evaporase formando una neblina espesa y asfixiante. «Mierda».

Lo tenía.

Lo tenía.

No sentía ese tipo de ira mezquina, de pura indignación, desde Sinegard. Aquello no tenía nada que ver con sus tropas, sino con su orgullo. En ese momento habían vuelto a ser unos colegiales golpeándose el uno al otro en el cuadrilátero. Y Nezha acababa de reírse en su cara.

28

—¿Qué acaba de pasar? —exigió saber Cholang—. ¿Qué ha sido eso?

—Nezha tiene a un dios. —Rin se paseaba de un lado a otro delante de su estado mayor, con las mejillas encendidas a causa de la humillación. Deberían haber estado de celebración. La joven les había prometido una contundente victoria, no ese bochornoso punto muerto—. El Dragón de Arlong, el gobernante de los mares. Nunca lo había visto convertir la lluvia en un escudo de esa forma. Debe de haberse vuelto más fuerte. Debe de… haber estado practicando.

La esperiliana mantenía el tono de voz muy bajo para que no se escuchara fuera. En el exterior de la tienda, el ejército sureño aguardaba sumido en el desconcierto y la incertidumbre, y su decepción se encontraba teñida de un miedo creciente.

Rin sabía que entre sus tropas estaban corriendo rumores sobre Nezha. «Los dioses favorecen al Joven Mariscal», decían. «La República ha pedido ayuda a los cielos, y estos les han concedido un poder que rivaliza con el nuestro».

—Entonces, ¿por qué nos hemos quedado de brazos cruzados? —preguntó Venka—. Les estábamos dando una paliza. Deberíamos haber ido tras ellos…

—Si hubiésemos ido tras ellos, nos habríamos ahogado —espetó Rin.

Xuzhou se hallaba a tan solo unos kilómetros al norte del Murui Occidental. Cualquier ataque después de lo sucedido hubiera sido inútil. Sin duda, Nezha se habría posicionado entre las orillas del río y, en cuanto las tropas sureñas hubieran intentado cruzar, él las habría envuelto con la corriente, como si esta fuera un puño, y las habría arrastrado hasta las profundidades fangosas del Murui.

Rin recordaba vívidamente lo que se sentía al ahogarse. Pero esta vez Nezha no la salvaría. Esta vez, quizás fuera él mismo quien la hundiera en el fondo del río, quien la sujetara con firmeza mientras ella se resistía hasta que le fallaran los pulmones.

«No puedo vencerle».

La joven tenía que asumir ese hecho evidente e inmutable. El Fénix se lo había dejado bastante claro. Ahora mismo, Rin no podía enfrentarse cara a cara con Nezha y ganar. Daba igual cuántos soldados tuviera, daba igual que la esperiliana controlase ahora el doble de territorio que él. Si volvían a encontrarse en el campo de batalla, Nezha podría matarla fácilmente de mil

formas distintas, porque, al final, el mar y sus profundidades, oscuras y devoradoras, siempre vencerían al fuego.

Rin también sabía que Nezha seguiría fortaleciéndose a medida que se acercase a Arlong. Con simple agua de lluvia, el Joven Mariscal había creado un escudo lo bastante grueso como para protegerse contra las balas. A la esperiliana le aterrorizaba imaginarse qué era lo que podría hacer en un río tan extenso que parecía un océano.

Días atrás, Rin había tenido a su disposición todas las ventajas estratégicas. ¿Cómo se había esfumado su oportunidad de un modo tan repentino?

Si sus altos mandos no hubieran estado mirándola en ese momento, podría haberse puesto a gritar.

—No hay vuelta de hoja —dijo Kitay en voz baja—. Tenemos que seguir el consejo de Chaghan. Hay que volver al plan original.

Rin lo miró a los ojos. Entre ellos se produjo un entendimiento silencioso y, de inmediato, las piezas de esa estrategia, obvia e inevitable, pasaron a encajar.

A la joven le aterrorizaba. Pero no tenían otra opción. Solo había un camino posible, y ahora mismo era cuestión de abordar la logística.

—Nos ceñiremos a las rutas terrestres todo el tiempo posible —dijo Rin.

—Sí —convino Kitay—. Cruzaremos el río y nos dirigiremos directamente hacia las montañas para llegar hasta la capital.

—Y cuando hayamos llegado a los Acantilados Rojos…

—Encontraremos la gruta. Nos cargaremos la fuente.

Sí. Eso era. Rin había sido una idiota al pensar que podría ganar esa campaña sin tocar Arlong, cuando ese era el centro de poder desde el principio.

Nezha caería si caía Arlong. Nezha moriría si moría el Dragón. Eso era lo único que funcionaría.

—No lo entiendo. —Venka desplazó la mirada entre ambos—. ¿Qué es lo que queréis intentar hacer?

—Vamos a dirigirnos a la gruta de las Nueve Curvas —declaró Rin en un susurro—. Y vamos a matar a un dragón.

Rin les ordenó a todos menos a Kitay que abandonaran la tienda de campaña.

Ambos sabían, sin tener que decirlo en voz alta, que lo que iba a suceder a continuación tenía que planearse con delicadeza y discreción. Había muchos caminos que llevaban a Arlong, pero solo una ruta que hiciera que su ejército llegara allí intacto. Altan le había enseñado una vez a Rin que los aficionados se obsesionaban con la estrategia y los profesionales, con la logística. La logística marcaba, en ese caso, la diferencia entre decenas o miles de bajas, y no podían permitir que esa información se filtrara.

Rin esperó a que los pasos que se oían en el exterior de la tienda se extinguieran antes de hablar.

—Sabes qué es lo que tenemos que hacer.

Kitay asintió.

—Quieres un señuelo.

—Se me están ocurriendo varios. Que todos sigamos distintas travesías sin conocer las demás, solo el punto de encuentro.

Esa era la única forma en la que aquello podía funcionar. Nezha controlaba todo el río, lo que significaba que contaba con todas las ventajas menos una. No sabía dónde o cómo lo cruzaría Rin.

Mientras tanto, el problema de la esperiliana era cómo mover a una larga columna de soldados para cruzar un río en un tramo que Nezha no esperase. Ya no estaba lidiando con una unidad de ataque rápida y pequeña. No podía montar emboscadas como las que lanzaba antes.

Además, debía dar por sentado que Nezha contaría con espías entre las filas sureñas. Tal vez no estuvieran dentro del círculo de confianza de Rin, pero sin duda podrían estar entre los oficiales. Se trataba de una guerra inevitable, así que tenía que planear cada operación dando por hecho que todo acabaría filtrándose. La cuestión era si podía lograr controlar cuánta información acabara desvelándose. Si podía confiar en Cholang y Venka, entonces podría dividir un plan en distintas partes para proporcionarles a los generales una información limitada pero suficiente.

—Dividiremos a este ejército en siete partes —declaró la joven—. Nezha podría tener suerte al atacar al azar si nos dividiéramos solo en dos o tres. Pero, con siete, le costará mucho más acertar.

—La consecuencia de eso, claro está, es que enviarás a al menos una séptima parte de tu ejército a una muerte segura —apostilló Kitay.

Rin se detuvo y luego asintió. Tendrían que poder vivir con eso. Tendrían que aceptar que no solo perderían soldados, sino también buenos oficiales, ya que si la distribución de poder era claramente desigual, entonces levantaría demasiadas sospechas.

No les quedaba otra opción. Debían asumir el riesgo y esperar que los otros seis escuadrones lograran llegar con vida al punto de encuentro en las puertas de Arlong.

—Imaginémonos lo peor —prosiguió Kitay—. Demos por sentado que Nezha se dará cuenta de que son señuelos y dividirá sus fuerzas en consecuencia. Supongamos que acabas con solo tres de esos escuadrones en el punto de encuentro. ¿Cómo vas a distribuirlos ante las fuerzas de Arlong?

—No tenemos que conquistar Arlong —dijo Rin—. Solo tenemos que envenenar la gruta. Y no necesitamos seis escuadrones para eso, tan solo uno.

—Vale. —El chico asintió sombríamente—. Entonces, averigüemos cómo conseguir llevar uno hasta allí.

Durante las siguientes tres horas, planearon un itinerario sobre los mapas más detallados que pudieron encontrar. Un escuadrón dirigido por Venka cruzaría el río por el vado de Sage. Allí era por donde Nezha esperaría que pasaran, ya que era el cruce menos hondo, el único que no necesitaba que se montara ningún puente. Sin embargo, la obviedad de esa estrategia, junto con el hecho de que Rin fuera a estar visiblemente ausente, debería bastar para disuadir a Nezha de atacar con más fuerza a Venka. Enviarían a tres escuadrones a puentes más amplios, a otro a un vado más estrecho y a otro más a un tramo a lo largo del Murui donde no hubiera ningún paso.

Durante la larga marcha, a Kitay se le había ocurrido un ingenioso diseño de un puente autoportante que podía ser montado en cuestión de minutos con unos travesaños de madera portátiles. No lo habían usado en las montañas por falta de madera, pero ahora tenían de sobra. Si no existía un puente, ellos lo construirían.

—¿Y por dónde cruzamos nosotros? —preguntó Kitay.

—Por cualquier parte. —Rin les dio un golpecito a las distintas piezas—. ¿Acaso importa? Tenemos una probabilidad de uno entre siete, sin importar qué camino tomemos.

Kitay sacudió la cabeza.

—Uno entre siete es un riesgo demasiado alto. Debe de haber algún modo de reducirlo a cero.

—No lo hay. —Rin comprendía la necesidad que tenía Kitay de conseguir perfeccionarlo todo. Sabía que estaría de los nervios, a no ser que resolviera cada una de las variables. Sin embargo, también sabía que era mejor no subestimar por segunda vez a Nezha. Podían tener mejores posibilidades si evitaban el grueso de la primera línea de defensa republicana. Eso si su información era correcta. De lo contrario, tendrían que conformarse con la probabilidad de uno entre siete.

—Tomaremos el estrecho puente de la Cintura de Nüwa —decidió la esperiliana—. Nuestro escuadrón no tendrá que cargar con artillería pesada, así que no importará que el espacio sea reducido.

—¿Y cómo quieres cruzar? —le preguntó Kitay.

—¿A qué te refieres? Es un puente.

—Pero imagina que lo vuelan por los aires antes —le dijo—. O que tienen soldados apostados por toda la zona. ¿Cómo vamos a esquivarlos?

Rin se dio cuenta de que eran preguntas retóricas. Kitay se echó hacia atrás, contemplándola con esa familiar sonrisa de anticipación.

—No voy a dejar que me envíes allí en una cometa —le dijo Rin.

El joven sonrió aún más.

—Se me está ocurriendo algo más grande.

—No —respondió ella de inmediato—. No has conseguido levantar ese aparato del suelo. Y no pienso morir dentro de una trampa mortal hesperiana.

La sonrisa de Kitay se ensanchó aún más.

—Venga ya, Rin. Confía en mí. He llegado a darte alas.

—Sí, ¡y así es como me hice esta cicatriz!

Kitay alargó una mano y le dio una palmadita en el hombro.

—Entonces, es una suerte que nunca te haya importado mucho estar guapa.

A la mañana siguiente, seis escuadrones se dispersaron por los puntos de cruce designados que se extendían en un radio de dieciséis kilómetros. La mayoría tenían muchas probabilidades de cruzar al otro lado. La noche anterior, Kitay había enviado a unos equipos a montar señuelos en los puntos de cruce para talar al azar los bosques de bambú cercanos. El bambú era un buen material para fabricar puentes temporales o pasarelas. Los exploradores de Nezha verían los bosques talados y, con suerte, creerían que iban a cruzar por ahí, pero no sería así.

Rin, Dulin y Pipaji, acompañados por el número justo de soldados que necesitaban para arrastrar el dirigible sobre tres carromatos, se dirigieron al sur.

A ocho kilómetros de su campamento, a las afueras de Xuzhou, se encontraba un tramo poco profundo de río llamado la Cintura de Nüwa, conocido con ese nombre por el modo en el que se

curvaba abruptamente hacia el este. El puente de esa zona había sido desmantelado, pero el agua solo les llegaba hasta las rodillas. A pesar de que los rápidos habían crecido a causa del monzón, las tropas bien preparadas con sacos de flotación podían vadear la zona sin verse arrastradas por la corriente.

Era un plan básico, lo suficientemente bueno como para no levantar sospechas, pero tampoco del todo óptimo. No iban a seguirlo.

Se separaron del equipo que hacía de señuelo en la Cintura de Nüwa y continuaron la marcha durante tres kilómetros hacia el sur, donde el río era más ancho y rápido. Esa mañana temprano, Kitay había desmontado su dirigible y había cargado las distintas partes en tres carromatos. Habían pasado dos horas en la orilla del río reconstruyéndolo con las minuciosas instrucciones del chico. Mientras trabajaban, Rin sentía el paso de cada segundo como si tuviera un reloj interno. No dejaba de mirar nerviosa hacia la orilla opuesta en busca de tropas republicanas. Sin embargo, Kitay se tomó su tiempo, sin prisas, jugueteando con cada tornillo y tirando de cada cuerda hasta que estuvo satisfecho.

—Muy bien. —El joven se puso en pie y se limpió la grasa de las manos—. Es lo bastante seguro. Todos adentro.

Los chamanes dieron un paso atrás, contemplando boquiabiertos la cesta con un considerable gesto de duda.

—Es imposible que esta cosa pueda volar —masculló Dulin.

—Pues claro que puede volar —dijo Pipaji—. Ya los has visto hacerlo.

—He visto volar a los buenos —matizó Dulin—. Pero esta cosa es un puto desastre.

Rin tenía que admitir que las reparaciones de Kitay no le despertaban mucha confianza. El globo original de la aeronave había sufrido muchos desgarros en la explosión en Tianshan. Kitay lo había remendado con piel de vaca, de modo que, cuando estaba completamente inflado, parecía un animal horripilante y medio muerto.

—Daos prisa —dijo Kitay, molesto.

Rin se tragó sus objeciones y subió a la cesta.

—Venga, chicos. Será un viaje corto.

No necesitaban un vuelo suave y sin contratiempos. Solo tenían que ascender al cielo. Si se estrellaban, al menos tenían que conseguir hacerlo al otro lado.

A regañadientes, Pipaji y Dulin la siguieron. Kitay tomó asiento delante de los mandos y tiró de varias palancas. El motor rugió al encenderse y luego mantuvo un ensordecedor zumbido que hacía temblar el suelo. Desde lejos, a Rin el sonido del motor siempre le había recordado a unas abejas. De cerca, más que escuchar el ruido, lo sentía. Vibraba a través de cada hueso de su cuerpo.

Kitay se giró, agitó las manos por encima de la cabeza y movió los labios sin emitir ningún sonido: «Agarraos».

El globo se infló con un silbido por encima de ellos. La cabina se ladeó hacia la derecha, se levantó del suelo y luego se tambaleó en el aire mientras Kitay intentaba estabilizar el vuelo con frenesí. Rin se agarró al pasamanos e intentó no vomitar.

—¡Vamos bien! —gritó Kitay por encima del ruido del motor.

—¿Chicos? —Pipaji señaló por fuera de un lateral del vagón—. Tenemos compañía.

Algo pasó volando junto a su cabeza cuando habló. La cuerda que quedaba cerca de su brazo

se partió y sus extremos se deshilacharon a causa de una flecha invisible. Pipaji reculó entre chillidos.

—Al suelo —ordenó Rin. Aquello no era más que una redundancia. Todos se habían tirado ya al suelo de la cabina, con los brazos sobre la cabeza, mientras las balas pasaban silbando por encima de ellos.

Rin se arrastró hasta el borde más alejado de la cesta y apoyó un ojo contra una pequeña ranura. Vislumbró una masa de uniformes azules que corrían hacia la orilla, con los arcabuces apuntando hacia el cielo.

«Mierda». Nezha debía de haber desplegado sus tropas a lo largo de cada tramo del río una vez que se había dado cuenta de que el ejército sureño se había dividido en varias partes. Y la aeronave de Rin y Kitay ahora era visible a kilómetros de distancia, un blanco fácil suspendido a plena vista en el aire.

Otra ronda de disparos hizo que la cesta se tambalease. Alguien gritó de dolor. Rin echó un vistazo hacia atrás para ver a uno de sus soldados agarrándose la pierna. Tenía el pie destrozado y ensangrentado.

—¡Usad los cañones! —gritó Kitay mientras forcejeaba con las palancas. Estaba intentando mantener la dirección, aunque apenas lo conseguía. El dirigible viró bruscamente hacia el este, acercándolos más tanto a la orilla contraria como a la emboscada—. ¡Están cargados!

—¡No sé cómo hacerlo! —le gritó Rin en respuesta. No obstante, se agachó a su lado y comenzó a tantear los cañones. «Qué ingenioso», pensó maravillada. Unas asas permitían girar la boca del arma casi trescientos sesenta grados, por lo que podía apuntar a cualquier cosa menos a sí misma.

Con los ojos entrecerrados, apuntó con uno de los cañones lo mejor que pudo hacia el pelotón que había en tierra y canalizó una corriente de fuego hacia el cañón.

El retroceso del arma la lanzó hacia atrás, contra la pared de la cabina. Rin se puso de rodillas como pudo, se impulsó y agarró el asa del segundo cañón. Después, repitió el proceso. Esta vez sabía que tenía que tirarse al suelo antes de que el retroceso la golpease. No podía ver el resultado de su ataque, sobre todo porque estaba agachada, pero los estallidos y los gritos que seguían a cada disparo confirmaban el buen resultado.

La cabina se tambaleó hacia la izquierda. Rin chocó contra el costado de Kitay.

—El globo —jadeó el chico. Había dejado de tocar las palancas—. Lo han agujereado. Estamos cayendo…

Rin abrió la boca para responder justo cuando volvieron a tambalearse, virando bruscamente en dirección contraria.

—Bajaos —dijo Kitay con firmeza.

Rin lo comprendió. Juntos salieron como pudieron de la sala de máquinas y se dirigieron hacia la cabina principal. Ya no tenían esperanzas de seguir haciendo volar a esa cosa. Solo tenían que agarrarse con firmeza hasta que estuvieran lo bastante cerca del suelo. Se acercaban más y más…

Rin saltó de la cesta y aterrizó con las rodillas flexionadas, esperando así distribuir el impacto de la caída por todo su cuerpo. No funcionó. El dolor le atravesó ambos tobillos, y fue tan intenso que la joven se dobló sobre sí misma durante varios segundos, profiriendo gritos ahogados hasta que consiguió controlarse.

—Kitay…

—Estoy aquí. —Su amigo se puso de rodillas entre toses. Unas marcas de abrasión le recorrían el cabello hirsuto. Señaló algo detrás de Rin—. Cuidado con…

La esperiliana extendió la mano, con la palma hacia arriba. El fuego salió despedido, rodeándolos como si fuera una parábola y aumentando su radio dieciocho y luego veintisiete metros. Rin volcó toda la furia que pudo aunar en ese infierno, haciéndolo perversa y devastadoramente ardiente. Si alguien había sobrevivido a los cañones de la aeronave durante la emboscada de la República, ahora habría acabado hecho cenizas.

—Suficiente. —Kitay le apoyó una mano sobre el brazo—. Es suficiente.

Rin extinguió las llamas.

Pipaji y Dulin bajaron de la cesta entre toses. La chica se desplazaba cojeando, dando saltitos con el brazo alrededor de los hombros de Dulin. Sin embargo, ninguno de los dos parecía estar gravemente herido. Detrás de ellos bajaron del dirigible un puñado de soldados.

Rin soltó un suspiro de alivio. No habían alcanzado demasiada altura antes de estrellarse. Aquello podría haber sido mucho peor.

—¿General? —Pipaji señaló que los escombros que había detrás de ella—. Hay… Hay alguien…

Uno de los soldados no había conseguido salir. Se encontraba atrapado debajo de un lateral del motor. Seguía consciente. Gemía con el rostro retorcido a causa de la angustia. Tenía las piernas destrozadas bajo esa masa de acero deformado.

Rin lo reconoció. Era uno de los amigos de Qinen, el joven con barba incipiente que no había dudado en seguirla desde Leiyang hasta el monte Tianshan.

Avergonzada, la esperiliana se dio cuenta de que no recordaba su nombre.

Todos los soldados empujaron el costado de la cabina al mismo tiempo, pero no lograron moverla. ¿Y de qué iba a servir? Le había aplastado más de la mitad del cuerpo. Rin vislumbraba fragmentos de su hueso de la cadera esparcidos por la tierra quemada. No lograrían llevarlo hasta Lianhua a tiempo. No iba a salir de esa.

—Por favor —suplicó el soldado.

—Lo sé —le dijo Rin, y se agachó a su lado para cortarle la garganta.

En el pasado, habría vacilado, pero en ese momento ni siquiera pestañeó. La agonía de ese joven era tan evidente que la muerte era algo necesario. Rin le clavó el cuchillo en la yugular y aguardó varios segundos a que la sangre emanara de él. Luego, le cerró los párpados.

La esperiliana se levantó. Dulin tenía los ojos desorbitados. Pipaji se había llevado una mano a la boca.

—Vamos —ordenó Rin con brusquedad—. Es hora de matar a un dragón.

29

Desde los restos del dirigible, solo tenían que recorrer una corta marcha de cuatro kilómetros a través de la montaña para llegar al borde de los acantilados que protegían Arlong como si fueran la concha de una ostra. Cuando al fin atravesaron el frondoso bosque, se toparon con el grandioso y ancho río Murui en el horizonte, que se extendía hacia el infinito como si se tratase de un océano. Ante ellos se encontraban los afamados Acantilados Rojos de Arlong, resplandecientes bajo el sol del mediodía como sangre recién derramada.

Rin se detuvo en la cornisa, examinando la pared de enfrente hasta que encontró una serie de caracteres tallados en diagonal sobre la superficie de la roca, de tal forma que solo eran visibles cuando la luz incidía de una manera determinada sobre ellos.

«Nada es para siempre».

Esas eran las famosas palabras, escritas en un nikara antiguo casi indescifrable, grabadas en los Acantilados Rojos por el último ministro leal al Emperador Rojo justo antes de que sus enemigos asaltaran la capital y colgaran su cuerpo desollado sobre las puertas de palacio.

«Nada es para siempre». «El mundo no existe». A Nezha y a Kitay se les habían ocurrido esas dos traducciones opuestas. Ambos habían estado equivocados y habían tenido razón al mismo tiempo. Sus traducciones eran dos caras de la misma verdad: que el universo era un sueño que recorrían despiertos, algo frágil y mutable, un borrón de colores moldeado por los impredecibles caprichos de las deidades.

La última vez que Rin había estado allí, un año atrás, aunque parecía que había sido hacía ya toda una vida, se había visto cegada por la lealtad y el amor. Había planeado en el aire entre esos acantilados con unas alas impulsadas por el fuego. Había combatido en el bando de Yin Vaisra por una República cimentada sobre una mentira. Había estado luchando para salvarle la vida a Nezha.

Más allá del estrecho canal, apenas era capaz de vislumbrar el perfil de la capital. Buscó su catalejo en el bolsillo y examinó el perímetro de la ciudad durante un momento hasta que detectó movimiento cerca de cada una de sus puertas. Se trataba de los escuadrones sureños que se aproximaban como si fueran piezas de ajedrez que adoptaban con cautela su formación. Por lo que la joven podía ver, al menos cuatro de los señuelos habían logrado cruzar el Murui. Para su alivio, la columna de Venka era uno de ellos. Mientras Rin seguía observándolos, los soldados

bajaban con paso firme por las laderas desde el noroeste. La joven no vio por ninguna parte a los dos últimos escuadrones, pero no podía preocuparse por eso ahora. En cuestión de minutos, iba a dar comienzo la invasión terrestre de Arlong.

Esa parte del asalto era solo ruido. Las cuatro columnas que rodeaban Arlong estaban armadas con los proyectiles más llamativos de su arsenal: misiles de doble núcleo, enormes cañones de corto alcance y cohetes reutilizados que habían llenado de metralla. Todo eso servía al objetivo de llamar la atención de Nezha, de engañarlo para que creyera que el asalto por tierra era un esfuerzo mucho más significativo de lo que era en realidad. Rin sabía, basándose únicamente en las cifras, que no podría ganar una batalla terrestre ni un asedio prolongado. Y mucho menos cuando Nezha había estado preparando sus defensas durante semanas. Mucho menos cuando todos los últimos trucos y armas de la República se encontraban tras esos muros.

Sin embargo, no necesitaban ganar. Solo tenían que armar escándalo.

—Buena suerte —le deseó Kitay. Él iba a quedarse atrás, en lo alto de los Acantilados Rojos. Lo bastante cerca como para presenciarlo todo a través de su catalejo, pero también lo bastante lejos como para estar fuera de peligro. Le dio a Rin un apretón en la muñeca—. No hagas ninguna estupidez.

—Ten cuidado —le respondió ella.

La esperiliana se obligó a sí misma a mantener un tono de voz normal. Brusco. Ahora no tenía tiempo de ponerse emotiva. Ambos eran conscientes de que todo aquello podía fracasar, y por eso ya se habían despedido la noche anterior.

Kitay le dedicó un saludo militar a modo de burla.

—Dale recuerdos a Nezha de mi parte.

Una ronda de cañonazos marcó sus palabras desde el otro extremo del canal. Las señales de humo de Venka se vieron claramente contra el cielo gris. La invasión final había comenzado. Mientras Arlong se veía envuelto en explosiones, Rin y sus chamanes descendieron por el acantilado para ponerle fin a todo aquello de una vez por todas.

A Rin le había preocupado que la gruta fuese difícil de encontrar. Lo único que tenía para dar con ella eran los fragmentos que recordaba de una de las conversaciones más dolorosas que jamás había mantenido, que resonaban en su mente con la voz baja y atormentada de Nezha. «Había una gruta a un kilómetro y medio de *la entrada de este canal,* una cueva subterránea de agua cristalina».

Pero, una vez que la joven estuvo bajo la sombra de los Acantilados Rojos, vadeando las mismas aguas poco profundas en las que Nezha y sus hermanos habían jugado hacía tanto tiempo, se percató de que el camino que llevaba hacia el Dragón era muy evidente. Solo había un único lateral del canal en el que hubiera entradas de cuevas. Y si quería dar con la guarida del Dragón, lo único que tenía que hacer era seguir el rastro de las joyas.

Se encontraban incrustadas en el fondo del río, resplandecientes y brillantes bajo las suaves olas. Los tesoros apilados alcanzaban mayor altura a medida que se adentraban en las cuevas: cálices con jades incrustados, corazas doradas, collares de zafiros y diademas de oro se hallaban desperdigados sobre un deslumbrante montón de lingotes de plata. No era de extrañar que Nezha y su hermano se hubieran aventurado de forma temeraria en la gruta. Habría dado igual cuántas

veces les hubieran advertido que se mantuvieran alejados de allí. ¿Qué niño iba a poder resistirse a ese reclamo?

Rin podía sentir que se estaba acercando. Podía sentir cómo el poder emanaba de la gruta. El aire estaba cargado de energía, mezclado con un chisporroteo constante e inaudible, muy parecido al de la atmósfera que había percibido en el monte Tianshan.

Allí la frontera entre lo mortal y lo divino era extraordinariamente estrecha.

La esperiliana se detuvo durante un momento, sorprendida por la extraña sensación de haber estado allí antes.

Justo en la entrada de la gruta, las joyas daban paso a los huesos. Eran inesperadamente bonitos, y le aportaban luz al agua con su ligera luminiscencia verde. Aquello no era producto de la podredumbre o la erosión. Alguien o algo había hecho ese sendero, había retirado con cariño la piel de los cadáveres que había recolectado para luego disponer los huesos de tal forma que supusieran una invitación clara y resplandeciente.

—Por la Gran Tortuga —masculló Dulin—. Hagamos saltar ya todo este lugar por los aires.

Rin negó con la cabeza.

—Estamos demasiado alejados.

Ni siquiera habían visto al Dragón. Necesitaban acercarse mucho más. Si prendían ahora sus proyectiles, solo conseguirían alertar a los centinelas de Nezha.

—No disparéis hasta que lo veamos moverse.

Rin caminó con osadía hacia delante, intentando ignorar los huesos estriados bajo sus botas. Al acceder al interior oscuro, abrió la palma de la mano, pero sus llamas solo sirvieron para iluminar unos metros de la cueva. La oscuridad que había más allá parecía tragárselo todo por completo. Rin pasó los dedos por los surcos de la pared en busca de algo que pudiera guiarla. Entonces, apartó la mano de golpe al percatarse de lo que había allí. El estómago le dio un vuelco.

Las paredes estaban plagadas de rostros. Caras hermosas y simétricas de todos los tamaños y formas, de hombres adultos y niñas. Rostros sin cabello, sin ojos y sin expresión. La podredumbre no había afectado a la piel, inmaculada y carente de sangre. Esas cabezas colgaban en un espacio que se hallaba fuera del tiempo, ahora y para siempre.

Rin se estremeció.

«Al océano le gusta conservar sus tesoros. El océano no destruye, sino que colecciona».

En el pasado, Nezha había entrado en esa gruta de la mano de su hermano pequeño. Había ignorado las innumerables advertencias porque Mingzha no había parado de suplicárselo, y porque él no podía negarle nada a su hermano. Nezha no había sido consciente del peligro que allí habitaba, y nadie lo había detenido. Por supuesto que nadie lo había detenido… Vaisra lo había dejado entrar allí, lo había enviado deliberadamente porque sabía que un día iba a necesitar al monstruo en el que Nezha llegaría a convertirse.

Ahora Rin se daba cuenta de por qué la gruta le resultaba tan familiar. No era en absoluto como el monte Tianshan. El Templo Celestial era un lugar de luminosidad, claridad y aire. Sin embargo, ese lugar llevaba sobre sus espaldas una historia más dura. Ese lugar portaba una mancha mortal, estaba impregnado de dolor y tristeza, era la prueba de lo que sucedía cuando los mortales se atrevían a enfrentarse a los dioses.

La esperiliana solo había sentido la divinidad de ese modo una vez antes, hacía ya una

eternidad, durante el peor día de su vida.

Ahora mismo sentía que bien podría haberse hallado en el templo de Speer.

—¡General!

Una serie de gritos retumbaron desde la entrada de la cueva. Rin se dio la vuelta. Sus soldados señalaban hacia el otro lado del río, donde un sampán pequeño e impecable se acercaba por las aguas hacia ellos. El navío navegaba a una velocidad que no podría haber alcanzado por medio de velas o ruedas de paletas.

Nezha iba en ese barco.

—Ahora —le ordenó Rin a Dulin.

El chico se agachó y apoyó las manos contra el suelo de la gruta. Rin sintió las vibraciones bajo sus pies, que retumbaban hacia las inconcebibles profundidades de la cueva. El polvo y el agua comenzaron a emanar del techo, cubriéndolos a todos de tierra.

Sin embargo, ese retumbar no se transformó en un terremoto que sacudiera el lugar. El interior de la gruta no se derrumbó.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Rin—. Entierra a esa cosa.

A Dulin se le marcaba una vena en la sien.

—No puedo.

El sampán ya había recorrido la mitad del río, y llegaría a ellos en cuestión de segundos. «Pues tendremos que usar métodos convencionales». Rin les hizo una seña a sus tropas.

—Fuego.

Los soldados obedecieron y empuñaron sus lanzas cohete. Apuntaron, y Rin lanzó una llama para encender sus mechas. Ocho lanzas con la punta envuelta en potentes explosivos volaron a toda velocidad hacia la entrada de la cueva. Rin no era capaz de ver hasta dónde habían llegado, pero un momento después escuchó un estallido amortiguado y, por debajo, un gruñido sordo y profundo que casi parecía humano.

Entonces, el río se elevó y Nezha se les echó encima.

Rin se agachó y se preparó para recibir el primer golpe. Pero este no llegó.

Nezha se había bajado del sampán, y caminaba con tanta calma como si fuera hasta allí para tomar el té. Había ido solo. Sus pies no se hundían al tocar el agua, sino que pisaban la superficie del río como si estuviera hecha de mármol.

A medida que se aproximaba, no sacó ningún escudo para protegerse. No le hacía falta. Se sentía seguro allí, en sus dominios, protegido por el agua que se extendía por todas partes. Podía repeler cualquier ataque de Rin sin esfuerzo.

La esperiliana era muy consciente de que seguía en pie solo porque Nezha sentía curiosidad.

—Hola, Rin —le dijo el joven—. ¿Qué crees que estás haciendo aquí?

—Podría hacerte, la misma pregunta. —Rin señaló con la cabeza hacia Arlong—. La ciudad está ardiendo.

—Ya me he dado cuenta. ¿Y por qué no estás tú allí?

—He pensado que podían apañárselas sin mí.

Rin le dedicó una rápida mirada a Pipaji, que se encontraba encorvada discretamente detrás de Dulin. Tenía los ojos cerrados y movía los labios en silencio mientras se sumía en un trance.

Una pequeña nube negra se formó alrededor de sus tobillos, tomó un tímido impulso y comenzó a extenderse en dirección a Nezha, como si fueran tentáculos de humo que se desplegaban bajo el agua.

«Buena chica». Rin solo necesitaba ganar unos segundos.

—Dime —prosiguió Nezha—, ¿qué pensabas hacer una vez que encontraras la gruta?

—Ya se me ocurriría algo —dijo Rin—. Siempre se me ocurre algo.

Nezha ni siquiera había mirado en dirección a Pipaji. Tenía los ojos clavados en los de Rin. Se acercó a ella despacio, acariciando la empuñadura de su espada. «Se está recreando», pensó Rin. El Joven Mariscal creía que había echado al traste todo el plan de la esperiliana. Creía que había ganado.

No debería haber sido tan descuidado.

Los tentáculos de tinta llegaron hasta el agua que había bajo los pies de Nezha.

Rin contuvo la respiración.

Nezha dio un respingo y se tambaleó hacia atrás. El veneno lo siguió, subiéndole por las piernas y colándose bajo su ropa. Unas líneas negras le aparecieron justo por debajo del cuello y las mangas. Cuando estas tocaron los brazaletes dorados, se produjo un siseo.

Pipaji profirió un gruñido inhumano. Los ojos le brillaban con un tono violeta oscuro, y la boca se le torció en una cruel sonrisa que Rin nunca le había visto adoptar antes.

—Desplómate —susurró la chica.

Sin embargo, Nezha no cayó. Claramente estaba padeciendo un gran dolor. Sufría convulsiones, y las líneas de veneno se enredaban por su cuerpo como una horda de serpientes negras. No obstante, no se le arrugó la piel. Las extremidades no se le pudrieron ni se le corrompieron. Las víctimas de Pipaji solían sucumbir a su poder en cuestión de segundos. Pero algo bajo la piel de Nezha repelía esos trazos negros, reparándola ante la corrosión.

Pipaji se miró la punta de los dedos, extrañada, como si estuviera comprobando si seguían negras.

Nezha dejó de retorcerse. Se enderezó y se frotó el cuello. Las líneas negras habían desaparecido de su piel.

—Ay, Rin. —El joven soltó un suspiro dramático—. Eso también habría funcionado, pero has enseñado tus cartas demasiado pronto.

El joven cerró la mano en un puño y la dejó caer en un golpe salvaje. Una columna de agua se elevó por detrás de Pipaji y le cayó encima. Mientras escupía, la chica intentaba ponerse en pie, pero el agua no dejaba de subir y bajar, golpeándola una y otra vez y haciéndola caer de rodillas.

La chica chilló. El color negro de sus dedos se extendió hasta sus brazos. Más nubes de color añil aparecieron bajo el agua, avanzando a toda velocidad hacia Nezha como si fueran criaturas marinas. El Joven Mariscal ahuecó la mano. El agua bajo los pies de Pipaji se elevó hacia el cielo, *lanzándola varios* metros hacia atrás. Esta vez, Pipaji dejó de moverse. Las manchas negras desaparecieron.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —Nezha hizo una mueca—. ¿Pretendías atacarme con una niña?

Rin no podía hablar. El pánico le nublaba la mente. No había nada que pudiera decir o hacer. Hasta el Fénix estaba aterrorizado, reacio a prestarle sus llamas, previendo ya una batalla perdida.

Nezha extendió los dedos hacia Pipaji. Rin creía que la chica estaba muerta (una parte de ella

esperaba que así fuera), pero Pipaji seguía viva y consciente, y gritaba mientras una gran masa de agua la alzaba en el aire, le rodeaba la cintura y le subía por los hombros.

—¡Basta! —gritaba la joven—. ¡Basta! ¡Clemencia, por favor…!

El río le cubrió el rostro. Sus gritos quedaron en nada. Nezha levantó un brazo hacia el cielo. Pipaji se hallaba suspendida sobre el río dentro de una columna de agua. Se retorcía con violencia, intentando salir de allí a nado, pero el agua se desplazaba para cubrir cualquier hueco que ella pudiese formar. Dulin desenvainó la espada y atacó con frenesí a esa columna, como si se tratara de un árbol, pero Nezha se limitó a retorcer los dedos y la fuerza del agua le arrebató la espada de entre las manos al chico.

Pipaji retorcía la boca, desesperada. Rin podía leerle los labios.

«Ayúdame».

Sin pensárselo dos veces, Rin invocó una llama sobre su mano y se lanzó hacia delante.

Nezha giró la muñeca. Una ola se elevó delante de la esperiliana y cayó sobre ella, tirándola de espaldas. El joven soltó un suspiro y meneó la cabeza.

—¿Eso es todo?

El horror se apoderó del pecho de Rin mientras se ponía en pie. Demasiado fácil. Todo aquello era demasiado fácil para Nezha.

—Ahora te toca a ti. —El Joven Mariscal apuntó con el puño a Dulin, quien cargaba contra él.

El chico no tuvo ninguna oportunidad. Rin no pudo ver qué fue lo que hizo Nezha. Seguía intentando ponerse en pie, pestañeando para librarse del agua de los ojos. Lo único que sintió fue un fuerte tirón, como una corriente temporal, y luego una potente caída de agua. Cuando al fin pudo enderezarse, Dulin ya no estaba.

—Te diré algo sobre el océano. —Nezha se giró hacia Pipaji—. Si nadas a mucha profundidad, la presión puede acabar matándote.

Sin esfuerzo, Nezha apretó el puño. A Pipaji se le desorbitaron los ojos. El Joven Mariscal movió la mano hacia delante. El pilar de agua lanzó a la chica hacia un lado como si fuera una muñeca de trapo. Pipaji aterrizó bocabajo, inerte, sobre la superficie. Flotaba, pero no se movía.

Rin rodó hasta quedarse de lado y lanzó un torrente de fuego hacia la cara de Nezha. El joven agitó una mano y el agua se alzó para extinguir las llamas. Sin embargo, eso le dio a Rin unos preciados segundos de más que empleó para lograr ponerse de pie, agacharse y saltar.

Tenía que conseguir tumbar a Nezha. Los ataques a distancia no iban a funcionar. Los escudos del joven eran demasiado fuertes. De nuevo, su única esperanza residía en enfrentarse a él a corta distancia. Durante un breve momento, mientras Rin chocaba contra el costado de Nezha, los dioses perdieron su importancia. Solo estaban ellos dos, mortales y humanos, rodando y retorciéndose en el río. Nezha le asestó un rodillazo en el muslo. Rin lo agarró de la cara, intentando sacarle los ojos. Las manos de Nezha acabaron alrededor del cuello de la joven y empezaron a apretar.

El agua les cayó encima y los tiró hacia abajo, reteniéndolos bajo la superficie. Rin pataleó y comenzó a ahogarse sin remedio. Nezha le apretó más el cuello, destrozándole la laringe con los pulgares.

«Ayúdame». Rin intentó desesperadamente transmitirle ese mensaje al Fénix. «Ayúdame».

Escuchó la respuesta del dios como un eco sordo y lejano. «El Dragón es demasiado fuerte.

No podemos…».

Rin se aferró a su conexión. Tiró de ella. «Me da igual».

El calor se apoderó de sus venas, y la esperiliana pegó su boca a la de Nezha. Las llamas surgieron bajo el agua y el río explotó a su alrededor. Él acabó soltándola. Rin pudo ver cómo por la piel del joven aparecían unas burbujas que le dejaban marcas rosadas de quemaduras por todo el rostro.

La joven salió a la superficie entre jadeos. El mundo parecía estar envuelto en una neblina negra. Tomó varias bocanadas de aire profundas. Su visión se aclaró y, por el rabillo del ojo, pudo ver a Nezha en pie.

Rin se agachó, con las llamas chisporroteando a su alrededor, lista para un segundo asalto.

Sin embargo, Nezha no la estaba mirando a ella. Le costaba mantenerse erguido, con la ropa rasgada y abrasada bajo su armadura y el rostro enrojecido cubierto de unas ampollas que no tardaban en desaparecer. Su mirada, desorbitada por el horror, estaba fija en algo que quedaba detrás de Rin.

La esperiliana se dio la vuelta.

Algo se movía en el fondo de la gruta.

Nezha profirió un pequeño gemido de terror.

—Rin, ¿qué has hecho?

Ella no tenía ninguna repuesta. Se encontraba anclada al suelo a causa del miedo, incapaz de hacer nada más que mirar con una horrible fascinación mientras el Dragón de Arlong emergía de su guarida.

La bestia se movía despacio, pesadamente. A Rin le costaba discernir su forma. Era tan enorme que no lograba ver todo su contorno, tan solo su tamaño. Cuando el Dragón alzó la cabeza, proyectó sobre todos ellos (Rin, Nezha y las tropas sureñas) una sombra igual de grande que la de una montaña.

Los dragones de los mitos nikaras eran criaturas elegantes, sabias, sofisticados señores de los ríos y la lluvia. Pero ese dragón nada tenía que ver con las serpientes distinguidas y cerúleas que aparecían en los cuadros expuestos por el palacio de Arlong. Se parecía vagamente a una serpiente gruesa y ondulante. Su cuerpo oscuro y voluminoso terminaba en una cabeza rugosa y abultada. Era como si los bajos fondos del océano hubiesen cobrado vida.

«El Dragón colecciona cosas bonitas». ¿Sería porque el mar absorbía todo lo que tocaba? ¿Porque era tan vasto e inconmensurablemente oscuro que buscaba cualquier ornamento que pudiera encontrar para darle forma?

El Dragón ladeó su gigantesca cabeza y rugió. Fue un sonido que, más que escucharse, se sintió. Una vibración que parecía capaz de partir el mundo en dos.

—Mantened vuestra posición —les dijo Rin a sus soldados, intentando que su tono fuese lo más neutral posible. No tenía miedo. No tenía miedo. Si reconocía que lo tenía, entonces acabaría viniéndose abajo—. Guardad la calma. Apuntadle a los ojos…

El Dragón se lanzó hacia delante. Había que reconocer que las tropas no vacilaron. Mantuvieron sus armas en alto hasta el final, aunque fuera inútil.

Todo terminó en cuestión de segundos. Hubo un destello de movimiento, después un

momento de gritos, y luego una rápida retirada. Rin no vio a la bestia moviendo sus fauces. Lo único qué vio fueron las armas tiradas, las manchas rojas que se extendían por la superficie y los restos de armaduras que flotaban entre las pequeñas olas.

El Dragón retrocedió con la cabeza ladeada, examinando a las presas que le quedaban.

Nezha levantó los brazos. El río se alzó formando una barrera entre el Dragón y él, un muro azul que alcanzaba casi los seis metros de altura. El Dragón se movió igual que un látigo. Algo enorme y oscuro atravesó el agua. La barrera se disolvió, desgarrándose como una delgada hoja de papel.

«Déjame a mí», le pidió el Fénix con urgencia a Rin. Su voz sonaba más fuerte que nunca en la mente de la joven, apagando por un momento sus propios pensamientos. «Déjame tomar el control».

Rin vaciló. Dejó escapar una objeción que no había desarrollado del todo. «Kitay…».

«El chico no será un impedimento», le dijo el Fénix. «Si así lo deseas».

Rin desplazó la mirada hacia el Dragón. ¿Qué otra opción le quedaba?

«Así lo deseo».

El Fénix tomó el control por completo. Las llamas salieron por los ojos, la nariz y la boca de Rin. El mundo se volvió rojo. La joven no podía percibir nada más. No sabía si Nezha estaba a salvo o si había acabado abrasado vivo, al encontrarse tan cerca de ella. La esperiliana no podría haber hecho nada si así hubiese sido. Ahora no tenía ningún poder, ningún Control. No era ella quien invocaba el fuego. Había pasado a ser un simple conducto, una puerta rota que no ofrecía ninguna resistencia a través de la cual el fuego cruzaba hacia el reino material.

El Fénix, liberado, aulló.

Rin se tambaleó, superada por la visión doble del plano espiritual sobre el mundo material. Era capaz de ver las vibrantes energías divinas, un rojo bermellón contra un azul cerúleo. El río burbujeó e hirvió. Unos peces escaldados flotaban en la superficie. Algo centelleó en la mente de la joven, y entonces el río y las grutas desaparecieron de su vista.

Lo único que podía ver ahora era un vasto plano negro y dos fuerzas que se abalanzaban y se atacaban dentro de él.

Rin no podía sentir a Kitay. En ese momento, le pareció tan lejano como si nunca hubieran estado anclados el uno al otro.

«Hola de nuevo, pajarillo». La voz del Dragón era un gruñido retumbante, profundo, apabullante y sofocante. Sonaba como si se estuviese ahogando. «Sí que eres persistente».

El Fénix se lanzó hacia delante. El Dragón echó la cabeza hacia atrás.

A Rin le costaba encontrarle sentido a esa colisión de dioses. Era incapaz de seguir su lucha. Esa batalla estaba teniendo lugar en planos demasiado complejos como para que su mente pudiera procesarlos. Solo podía ver destellos de lo que estaba aconteciendo: grandes explosiones de sonidos y colores en unos tonos inimaginables y fuerzas como el fuego y el agua enredadas entre sí, dos fuerzas lo bastante intensas como para acabar con el mundo, cada una equilibrada solo por la otra.

«¿Cómo vas a poder ganar?», pensó Rin, nerviosa. Los dioses no eran personalidades, sino fuerzas esenciales de la creación, elementos constituyentes de la propia existencia. ¿Qué podía significar que uno derrotara al otro?

Por encima del estrépito, a Rin le pareció escuchar gritar a Nezha.

Entonces, el calor en su interior alcanzó un punto álgido, ardiendo con tanta intensidad que la joven temió llegar a evaporarse. El Fénix parecía llevar ventaja. Ahora unos torrentes carmesíes dominaban el plano espiritual, y Rin podía divisar ligeramente un gran círculo de fuego rodeando a la forma oscura del Dragón.

¿Lo habían conseguido? ¿Habían ganado? Seguramente nada, ni hombre ni dios, podía sobrevivir a esa clase de ataque. Pero, una vez que hubo terminado, cuando las llamas de Rin se extinguieron, el mundo material reapareció ante ella y su cuerpo volvió a ser suyo. Se tambaleó y cayó sobre la superficie del agua. Mientras respiraba con dificultad, la esperiliana pudo ver que seguía aún bajo la sombra de la gran bestia.

Su fuego no le había hecho nada en absoluto al Dragón.

El Fénix guardaba silencio. Rin sintió cómo el dios retrocedía dentro de su mente, un punto caliente que se alejaba igual que una estrella moribunda, enfriándose y distanciándose cada vez más hasta desaparecer.

Entonces, se quedó sola. Indefensa.

El Dragón ladeó la cabeza como si estuviera preguntando: «¿Y ahora qué?».

Rin intentó ponerse en pie sin éxito. Sentía las piernas como troncos en el agua. No le obedecían. Retrocedió, con los dedos entumecidos luchando por agarrar su espada. Pero esa arma era algo muy pequeño y frágil. ¿Cómo iba un pedazo de metal a hacerle a esa criatura un arañazo siquiera?

El Dragón se irguió todo lo alto que era y oscureció la totalidad del río con su sombra. Cuando se abalanzó hacia delante, lo único que Rin pudo hacer fue cerrar los ojos.

Sintió el impacto más tarde, un crujido que sacudió la tierra y que hizo que le pitaran los oídos. Pero no estaba muerta. Ni siquiera estaba herida. Abrió los ojos, confundida, y levantó la mirada. Un gran escudo de agua se encontraba sobre ella. A su lado estaba Nezha, con las manos extendidas hacia el cielo.

El joven movía la boca. Pasaron varios segundos antes de que Rin pudiera escuchar sus gritos por encima del pitido de sus oídos.

—¡Maldita idiota…! ¿Qué estabas…?

—Creía que podía matarlo —murmuró Rin, aún aturdida—. Creía… De verdad pensaba que…

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

Nezha señaló con la cabeza hacia la ciudad. Rin siguió su mirada. Entonces comprendió que el único motivo por el que ellos dos seguían vivos era porque el Dragón estaba concentrado en un premio mucho mayor.

Unas gigantescas olas se formaban en el río y se elevaban a una altura y una velocidad sobrenaturales canal abajo. Las nubes grises se oscurecieron aún más, transformándose en cuestión de segundos en una inminente tormenta. Desde lejos, Arlong parecía muy endeble. Un diminuto castillo de arena, tan frágil, tan temporal, bajo la sombra de las profundidades que se elevaban.

—Ayúdame a levantarme —susurró Rin—. Casi lo tenía. Puedo volver a intentarlo…

—No puedes. Eres demasiado débil. —Nezha hablaba sin rencor, sin una entonación específica. No había pretendido ofenderla, era un simple hecho. Mientras el joven contemplaba cómo la forma oscura se movía bajo la superficie en dirección a la ciudad, su rostro lleno de

cicatrices reflejaba su determinación. Dejó caer la barrera de agua, ya que ahora mismo era prácticamente innecesaria, y comenzó a avanzar hacia el Dragón.

Rin fue a agarrarlo de la mano por instinto, pero acabó apartándola, confundida ante su propio comportamiento.

—¿Qué estás…?

—Quédate agachada —le dijo él—. Y, cuando tengas la oportunidad, corre.

La esperiliana estaba demasiado estupefacta como para hacer otra cosa que no fuera asentir con la cabeza. No podía superar lo extraño que era todo aquello. Cómo, de repente, habían dejado de intentar matarse el uno al otro; cómo, después de todo, estaban luchando otra vez en el mismo bando. Rin era incapaz de concebir por qué la había salvado Nezha. Tampoco comprendía por qué se le encogía el corazón al contemplar cómo el joven caminaba hacia delante, con los brazos extendidos, vulnerable, ofreciéndose a sí mismo a la bestia.

Rin recordaba esa postura. Recordaba haber visto hacía mucho tiempo a Altan encaminándose sin miedo hacia un desquiciado Suni, desarmado, hablándole con la misma calma con la que le hablaría a un viejo amigo. Como si el dios que había ocupado la mente de Suni, extraño y caprichoso, no fuera a atreverse a partirle el cuello.

Nezha no estaba intentando enfrentarse al Dragón. Intentaba domarlo.

—Mingzha. —El Joven Mariscal gritó ese nombre una y otra vez, agitando los brazos para llamar la atención del Dragón.

Rin tardó un momento en recordar a quién se estaba refiriendo. Yin Mingzha había sido el hermano pequeño de Nezha, el cuarto en la línea de sucesión de la dinastía Yin y el primero de los hijos de Vaisra en morir.

El Dragón se detuvo. Luego, se elevó desde el agua con la cabeza ladeada en dirección a Nezha.

—¿Lo recuerdas? —gritó el joven—. Te comiste a Mingzha. Tenías tanta hambre que no lo conservaste para tu cueva. Pero a quien querías era a mí. Siempre me has querido a mí, ¿no es verdad?

Sorprendentemente, el Dragón bajó la cabeza todo lo que pudo hasta que sus ojos quedaron a la altura de los de Nezha. El Joven Mariscal alargó una mano como si fuera a acariciar el hocico de la bestia. El Dragón no se movió. Rin se cubrió la boca con la mano, completamente aterrorizada.

Nezha parecía tan pequeño.

—Iré contigo —dijo el joven—. Ambos entraremos en esa gruta. No tendrás que volver a estar solo. Pero tienes que parar. Debes dejar en paz a esta ciudad.

El Dragón permaneció muy quieto. Entonces, despacio, las aguas comenzaron a retroceder.

La bestia hizo un ligero movimiento en dirección a Nezha que pareció extrañamente afectuoso. Rin lo contemplaba todo boquiabierta mientras el joven apoyaba la mano contra el costado del Dragón.

«Iré contigo».

Con ese único gesto, había evitado cientos de miles de muertes. Había amansado a un dios al que Rin había despertado, había evitado una masacre que habría recaído sobre los hombros de la joven y le había concedido a la esperiliana esa victoria.

—Nezha —susurró Rin—, ¿qué cojones?

Era demasiado tarde. La joven escuchó un débil pero claro zumbido.

La aeronave emergió por un lateral del acantilado y descendió rápido, volando bajo, directamente hacia la gruta. Era mucho más pequeña que los dirigibles bombarderos que habían seguido a Rin a través de las montañas. El tamaño de su cabina parecía poder albergar a solo una persona. Aún más rara era su parte baja. Desde el suelo de su cesta, donde debería haber estado el cañón, se desplegaba un alambre largo y resplandeciente que se dividía en varios puntos curvos como una garra extendida.

Rin miró a Nezha. El joven se había quedado completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos de puro terror.

Pero los hesperianos eran sus aliados. ¿Qué tenía que temer?

Rin invocó el fuego sobre la palma de su mano mientras consideraba si atacar o no. En el pasado, no lo habría dudado. Sin embargo, el dirigible había ido hasta allí para enfrentarse al Dragón…

La aeronave viró bruscamente hacia la esperiliana. «Ahí tengo mi respuesta». La joven apuntó con la palma de la mano hacia la cabina. Pero, antes de que pudiera lanzar el fuego hacia delante, una delgada línea de luz, preciosa y absurda, formó un arco a través del cielo azul. Un segundo después, Rin percibió una cegadora luz blanca. Y luego, la nada.

La joven no estaba herida. No sentía ningún dolor. Seguía de pie. Podía escuchar, moverse y sentir. Aunque se le nubló la vista durante un momento, la recuperó tras unos cuantos parpadeos. Sin embargo, algo había cambiado en el mundo. Parecía que, de algún modo, hubiera sido despojado de su vida y su esplendor, perdiendo sus colores, con los azules y los verdes pasando a convertirse en sombras de gris, y sus sonidos quedaron reducidos a unos arañazos con papel de lija.

El Fénix guardaba silencio.

No… El Fénix había desaparecido.

Rin se volcó en su mente, rebuscando desesperadamente en el vacío para atraer al dios a través de la de Kitay. Pero no encontraba nada. No había ningún vacío. Ninguna puerta. No era que el Panteón estuviese lejos de su alcance, sino que no estaba allí.

Entonces, la esperiliana gritó.

Volvía a estar en la Chuluu Korikh. Se estaba ahogando en el aire, sellada y asfixiada, encarcelada, pero esta vez no en piedra, sino en su propio cuerpo, pesado y mortal, que golpeaba inútilmente los muros de su propia mente. Era una tortura tan insoportable que apenas sintió cómo el rayo le recorría el cuerpo, provocando que le castañearan los dientes y que se le quemara el cabello.

«No eres más que un agente del Caos». La voz de la hermana Petra apareció sin previo aviso en su mente. Esa voz fría y cínica que hablaba con una ciega confianza que, hasta ese día, jamás había parecido estar justificada. «No sois chamanes. Sois personas miserables y corrompidas. Y encontraré el modo de conteneros».

Y lo había encontrado.

«Niña». Rin escuchó la voz del Fénix. Era imposible. Y, sin embargo, el fuego había regresado. Un calor tibio se apoderó de su cuerpo, acunándola, protegiéndola.

El rayo había caído ahora sobre Nezha.

El joven se encontraba de espaldas a Rin, con los brazos extendidos como si estuviera siendo

crucificado, retorciéndose y agitándose a medida que el resplandor crepitante le recorría todo el cuerpo. Unas chispas salían sin parar de sus brazaletes dorados, que parecían amplificar la electricidad antes de que esta acabara introduciéndose en su carne.

Los rayos adquirieron mayor potencia, se multiplicaron e intensificaron. A Nezha se le escapaban unos profundos sollozos ahogados. El Dragón también parecía atormentado por el dolor. Llevaba a cabo una extraña danza, sacudiendo la cabeza y retorciendo el cuerpo, oscilando en el aire de delante hacia atrás de un modo que hubiera resultado gracioso de no ser porque era horripilante.

A Rin se le llenó la boca de bilis.

«Concéntrate, niña», le urgió el Fénix. «Ataca ahora».

La esperiliana desplazó la mirada entre el Dragón y el dirigible.

Sabía que solo tenía una oportunidad de atacar, pero ¿hacia qué blanco? Nezha la había salvado del dirigible, y el dirigible la estaba salvando a ella del Dragón. Entonces, ¿quién era ahora su enemigo?

La joven levantó la mano izquierda. El dirigible retrocedió varios metros, como si intuyera sus intenciones. Rin abrió la palma y lanzó en dirección al globo un grueso torrente de fuego, que cada vez adquiría mayor velocidad y altura, con la esperanza de conseguir el alcance suficiente.

El sonido de un desgarro inundó el cielo. El globo del dirigible se vio envuelto en un tono anaranjado durante un instante, ardió y luego se esfumó. La cesta se precipitó hacia los acantilados. El rayo desapareció.

Nezha se desplomó.

El primer instinto de Rin fue correr hacia él. Dio dos pasos, y entonces se detuvo, completamente desconcertada. ¿Por qué iba a ayudarlo? ¿Solo porque acababa de salvarla? Pero eso había sido un error por parte de Nezha… A ella no debería importarle, debería dejarlo morir…

¿No?

El agua pasó a estar helada alrededor de sus rodillas. Rin sintió una oleada de pavor y agotamiento.

Sin embargo, el Dragón no atacó. Era increíble, pero la bestia parecía tan asustada que se había doblegado. Giró la cabeza hacia la gruta y se adentró hacia la oscuridad reptando. De pronto, el aire dejó de ser tan asfixiante. Las nubes grises desaparecieron y la luz del sol volvió a ser visible contra las olas que la reflejaban. De nuevo, la gravedad controlaba el río, y las olas que antes habían estado suspendidas en el aire habían caído con un sonoro estruendo.

«Debo llegar a la orilla».

Rin repitió ese pensamiento en su cabeza varias veces, como si fuera un mantra, antes de por fin poder llevarlo a cabo. Tambaleándose y tropezándose como una borracha, consiguió llegar hasta la orilla. Se sentía ajena a todo, distante, como si alguien estuviera controlando su cuerpo torpemente mientras su mente se llenaba de preguntas.

¿Qué acababa de suceder? ¿Qué había hecho Nezha? ¿Había sido eso una rendición?

¿Había ganado ella?

Pero ninguno de sus sueños de victoria se había asemejado en absoluto a aquello.

Escuchó un leve y lastimero borboteo. Se dio la vuelta. Pipaji yacía en la arena, colocada en posición letal. Apenas tenía el rostro fuera del agua. Rin no entendía cómo no se había ahogado aún. Pero los delgados hombros de la chica se elevaban y descendían, y con los dedos formaba diminutos y desesperados patrones sobre la tierra mientras gimoteaba.

Rin se apresuró a acudir a su lado.

—Por los dioses. —Tomó a Pipaji entre sus brazos, y con el puño le dio unos golpes en la estrecha espalda, intentando que echara el agua de sus pulmones—. ¿Pipaji? ¿Puedes oírme?

El agua le resbaló por la boca. Al principio, solo fue un poco, pero entonces sus hombros sufrieron un espasmo y escupió un torrente de agua de río y bilis. Pipaji sufrió arcadas y se desplomó débilmente sobre el pecho de Rin, respirando de forma superficial y desesperada.

—Espera. —Rin se echó el brazo derecho de la chica alrededor de los hombros y tiró de ella para ponerla en pie. La postura que adoptaron fue incómoda, pero Pipaji era tan delgada y ligera que a la esperiliana le resultó sorprendentemente fácil tirar de ambas hacia delante, paso a paso —. Aguanta. Te pondrás bien. Solo tenemos que llevarte hasta Lianhua.

Consiguieron dar diez pasos por la orilla antes de que Rin escuchara un terrible ataque de tos. Giró la cabeza hacia atrás. Nezha estaba arrodillada en la orilla. Le temblaban los hombros.

La esperiliana se detuvo.

El joven se encontraba a tan solo unos metros. Estaba tan cerca que Rin podía distinguir cada detalle de su rostro: su tez blanca como la tiza, sus ojos enrojecidos, las tenues cicatrices sobre esa piel de porcelana. No recordaba cuándo había sido la última vez que habían estado tan cerca el uno del otro sin intentar matarse.

Por un momento, se limitaron a mirarse, midiéndose entre ellos, contemplándose como si fueran dos extraños.

Rin bajó la mirada hacia los brazaletes dorados que llevaba el joven alrededor de las muñecas. El estómago le dio un vuelco al percatarse de lo que eran. No se trataba de joyería. Eran conductores. No habían atraído los rayos hacia ellos por casualidad. Habían sido diseñados para eso.

Entonces comprendió todo lo que Nezha había tenido que pasar en ese año, desde que ella había abandonado Arlong. Después de la huida de Rin, Petra había necesitado a otro chamán con el que experimentar.

Y, tras el asesinato de los Cike, en la República solo había quedado uno.

El joven tenía la piel de alrededor de las muñecas y los tobillos terriblemente descolorida, moteada con unas intensas sombras moradas y rojas. Ver eso hizo que se le encogiera el pecho. Rin había presenciado cómo el cuerpo de Nezha se recuperaba de heridas que deberían haberlo matado en el acto. Había visto cómo su piel se alisaba tras sufrir quemaduras que se la habían ennegrecido. Había creído que los poderes del Dragón podían sanar cualquier cosa. Pero eso no podían sanarlo.

Rin había llegado a estar completamente segura de que el Panteón constituía la totalidad de la creación, de que no existía un poder superior y de que la religión hesperiana, su Arquitecto Divino, no era nada más que una historia oportunista.

Ahora no lo tenía tan claro.

Despacio y de forma miserable, Nezha se levantó y se limpió la boca con el dorso de la mano. Se la manchó de sangre.

—¿Está viva?

Rin estaba tan perpleja que no comprendió sus palabras. Nezha señaló con la cabeza hacia Pipaji y repitió la pregunta.

—¿Está viva?

—No… No lo sé —respondió la esperiliana, en mitad de su estupor—. Está… Voy a intentarlo.

—No quería… —Nezha volvió a toser. Tenía la barbilla cubierta de sangre—. No era culpa suya.

Rin abrió la boca para replicar, pero no fue capaz de decir nada.

El problema no era que no tuviera nada que decir. Más bien, era demasiado, y no sabía por dónde empezar, ya que todo lo que le venía a la mente parecía completamente inapropiado.

—Deberías haberme matado —soltó al fin.

Nezha la miró durante largo rato. La esperiliana no podía interpretar su expresión. Lo que creyó ver llegó a confundirla.

—Nunca he querido matarte.

—Entonces, ¿por qué has hecho todo esto?

Esa frase no parecía suficiente. No se le ocurría nada que pudiera serlo. El abismo entre ambos era ahora muy grande, y las numerosas preguntas que se agolpaban en la mente de Rin parecían demasiado triviales, demasiado frívolas, como para hacerlas en voz alta.

—Era mi deber —respondió Nezha—. No lo entenderías.

Rin no tenía nada que decir al respecto.

El joven la contempló en silencio, con la espada colgada inútilmente a su costado. Contrajo el rostro como si a él también le estuviera costando asimilar unos pensamientos que jamás podría expresar en voz alta.

Hubiera sido tan sencillo matarlo en ese momento. El Joven Mariscal apenas podía mantenerse en pie. Su dios se había marchado, asustado por un poder mayor del que Rin ni siquiera había tenido conciencia. Si lo abría en canal ahora mismo, las heridas de Nezha no sanarían.

Sin embargo, ella tampoco podía invocar el fuego. Eso requería rabia, y la joven era incapaz de evocar el más mínimo recuerdo que provocara en ella ese sentimiento. No podía maldecir, gritar ni hacer cualquiera de los millones de cosas que había imaginado que haría si tenía la oportunidad de volver a plantarle cara a Nezha de esa forma.

«¿Cuántas oportunidades más vas a desperdiciar?», le preguntó Altan.

«Al menos una más», pensó Rin, e ignoró la risa burlona del esperiliano.

Si hubiera podido recordar cómo odiar a Nezha, lo habría matado. En cambio, le dio la espalda y dejó que comenzara su retirada mientras ella hacía lo mismo.

30

Pipaji se moría.

Su estado había empeorado rápidamente en la media hora que había tardado Rin en arrastrarla hasta donde se hallaban sus tropas en la ciudad y ordenar a sus soldados que fueran a buscar a Lianhua. Para cuando Rin tumbó a Pipaji sobre una lona seca en la playa, su pulso era tan débil que la esperiliana casi llegó a creer que ya había muerto, hasta que la chica abrió los párpados y Rin vio que sus globos oculares estaban cambiando peligrosamente de color, del castaño al negro.

Rin había intentado darle opio. Siempre llevaba una bolsita en el bolsillo, y había empezado a llevar una dosis doble desde que había comenzado a enviar chamanes a la batalla. No funcionó. Pipaji obedeció e inhaló el humo, pero sus gimoteos no cesaron, y las venas púrpuras, que le sobresalían de manera grotesca por la piel, no hacían más que aumentar de grosor.

La diosa se estaba apoderando de ella.

«Por la Gran Tortuga». Rin bajó la mirada hacia el rostro pálido de Pipaji e intentó no sucumbir al pánico. Los chamanes que perdían la cabeza y cedían el control a los dioses no podían morir. Acababan atrapados en el interior de unos cuerpos que habían pasado a ser divinos y eran sentenciados a vivir hasta el fin de los tiempos.

Rin no podía condenar a Pipaji a eso.

Lo que quería decir que tendría que matarla antes de que sus ojos dejaran de cambiarle de color, de negro a castaño, mientras la chica todavía siguiera aferrándose a un ápice de mortalidad.

La esperiliana extendió una mano temblorosa hacia el cuello de Pipaji.

—¡Vengo con opio! —gritó Lianhua mientras se acercaba a toda prisa por la playa. Se detuvo sobre Pipaji entre jadeos—. ¿Has…?

—Lo he intentado —le confirmó Rin—. No ha funcionado. La estamos perdiendo. Está al límite… El dolor no ayuda. Sufre heridas internas. Nezha le ha hecho algo y no veo nada, pero creo que tiene una hemorragia interna, y necesito que… ¡No la toques!

Lianhua, que ahora estaba arrodillada junto a Pipaji, apartó las manos de golpe.

—Tócala por encima de la ropa —le indicó Rin—. Y vigila la arena. Ten cuidado. Ha perdido el control.

Lianhua asintió. Había que reconocer que la joven no parecía asustada, solo concentrada.

Exhaló, cerró los ojos y extendió los dedos sobre el torso de Pipaji. Un leve resplandor iluminó el uniforme empapado de la chica.

A Pipaji le temblaron los párpados. Rin contuvo la respiración.

Tal vez ese no fuera el final. Tal vez el dolor fuese el único problema. Tal vez la chica volviese con ellos.

—¿Pipaji? ¡Pipaji!

Rin levantó la mirada y maldijo entre dientes. Su hermana pequeña, Jiuto, corría por la playa en su dirección mientras gritaba.

¿Quién la había dejado acercarse? A Rin le entraron ganas de estrangular a alguien.

—No te acerques. —Cuando Jiuto ya estaba cerca, Rin extendió un brazo para apartarla de su hermana. Jiuto era diminuta, pero estaba asustada e histérica, así que se retorció con tanta furia que se libró del agarre de la esperiliana y cayó de rodillas junto a Pipaji.

—¡No…! —gritó Rin.

Pero Jiuto ya había apartado a Lianhua de en medio. Se lanzó sobre su hermana entre sollozos.

—¡Pipaji!

Justo cuando Rin y Lianhua se acercaron para apartarla, Pipaji levantó la cabeza.

—No.

La chica abrió los ojos de golpe. Eran de un color normal, de un encantador tono castaño.

Rin vaciló y, con la mano izquierda, siguió agarrando el cuello de la camisa de Jiuto.

—No pasa nada. —Pipaji extendió los brazos, acariciándole el cabello a su hermana—. Jiuto, cálmate. Estoy bien.

Al instante, los sollozos de Jiuto pasaron a ser hipidos de miedo. Pipaji le frotó la espalda en círculos mientras le susurraba una serie de palabras reconfortantes al oído.

Rin le lanzó una mirada a Lianhua.

—¿Está…?

La otra chica estaba inmóvil, con las manos extendidas.

—No estoy segura. Le he sanado la costilla, pero el resto… Es decir, hay algo…

Pipaji miró a Rin a los ojos por encima del hombro de Jiuto. Tenía el rostro contraído por el dolor.

—Hablan muy alto.

A Rin le dio un vuelco el corazón.

—¿Quiénes?

—Están gritando —murmuró Pipaji. La mirada se le oscureció—. Son muy… Oh.

—Concéntrate en nosotras —se apresuró a decirle Rin—. En tu hermana…

—No puedo. —Las manos de Pipaji, con las que aún rodeaba los hombros de Jiuto, comenzaron a retorcerse. Las curvó en sendas garras y comenzó a arañar el aire—. Está aquí dentro, ella…

—Apártala —le ordenó Rin a Lianhua.

La chica entendió de inmediato qué le había pedido. Envolvió con los brazos a Jiuto por la cintura y tiró de ella. La niña se resistió mientras lloraba, pero Lianhua no la soltó. Arrastró a Jiuto lejos de la playa, en dirección al bosque, hasta que al fin sus lamentos se perdieron en la lejanía.

—Quédate conmigo —le pidió Rin—. Pipaji, escucha mi voz…

La chica no le respondió.

Rin no sabía qué hacer. Quería envolverla entre sus brazos y reconfortarla, pero le daba miedo tocarla. A Pipaji se le había extendido una gran mancha de color púrpura por la clavícula. Le subió por el cuello y le dejó todo el rostro de un color violeta, brillante y liso. La joven arqueó la espalda. Movía la boca sin decir nada, enfrentándose a una fuerza invisible.

Rin se echó hacia atrás, de pronto aterrorizada.

Pipaji giró la cabeza hacia ella. Fue un movimiento horriblemente antinatural, como si estuvieran tirándole de las extremidades hacia un lado y hacia otro con unos Hilos de marioneta que no quedaban a la vista.

—Por favor —dijo la chica. Sus ojos adquirieron un leve tono castaño—. Mientras siga siendo yo.

Rin le sostuvo la mirada, acongojada.

«La muerte o la Chuluu Korikh». Seis simples y devastadoras palabras. Rin había sido consciente de ello desde el principio. Los Cike solo contaban con dos posibles destinos: la muerte o el emparedamiento. Un comandante tenía que asegurarse de que se diese el primer caso. «Un comandante se encarga de los suyos».

—Necesito que te concentres. —Rin hablaba con una calma que no sentía. No podía eludir su responsabilidad. Debía hacerlo. A esas alturas, era cuestión de clemencia—. Aún tienes que resistirte a ello. No puedes envenenarme.

—No lo haré —susurró Pipaji.

—Gracias. —Rin se acercó, tomó la cabeza de Pipaji con la mano izquierda y presionó una rodilla contra el hombro de la chica para obtener apoyo y tirar.

El crujido fue más ruidoso de lo que había esperado. Rin se sacudió los dedos, concentrándose en el dolor para no tener que mirar los ojos vidriosos de Pipaji. Nunca antes había rotó un cuello. Le habían enseñado la teoría que había detrás del método. En Sinegard lo había practicado muchas veces con muñecos de paja. Sin embargo, hasta ahora, no se había percatado de cuánta fuerza requería partir una columna vertebral.

Y entonces, todo se había acabado.

Rin entró en la ciudad a pie. Nadie anunció su presencia. No había músicos ni bailarines que la siguieran. Prácticamente nadie se fijó en ella. La ciudad estaba demasiado concentrada en su propio derrumbamiento. Pese a su extenuación, lo único que Rin percibió fue un frenesí de movimiento: de cuerpos quemados y ensangrentados siendo transportados en camillas por la ciudad; de multitudes que salían a borbotones por las puertas de Arlong cargando con sacos llenos de ropa, reliquias familiares y plata; de cuerpos apiñados en hordas tambaleantes sobre lo que quedaba de la flota de Arlong que escapaban en los pocos barcos que no había hundido la ira del Dragón.

La esperiliana comprendió a duras penas que había ganado.

La ciudad de Arlong había sido destruida. Los hesperianos se habían marchado. Nezha y su Gobierno se habían retirado a toda prisa hacia el canal. Rin se había enterado de todo esto durante la siguiente hora, y se lo habían estado repitiendo una y otra vez unos oficiales eufóricos.

No obstante, la joven se hallaba en un estado disociativo, tan cansada y confusa que creía que le estaban gastando una broma.

¿Cómo era posible que pudieran considerar eso una victoria?

Rin sabía lo que se sentía al salir victoriosa. Una victoria era cuando eliminaba a las tropas enemigas del campo de batalla con una llamarada divina y sus hombres se reunían a su alrededor entre gritos mientras recuperaban lo que por derecho era suyo. La victoria se sentía como algo merecido. Justo.

Pero esta vez parecían haber hecho trampas. Era como si su oponente se hubiera tropezado y ella hubiera sido declarada vencedora por accidente, lo que hacía que el resultado fuera algo resbaladizo y precario. Una victoria que podían arrebatarle en cualquier momento, por cualquier motivo.

—No lo entiendo —le repetía sin parar a Kitay—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha acabado —le dijo su amigo—. La ciudad es nuestra.

—Pero *¿cómo es* posible?

Kitay le respondió con paciencia, igual que llevaba haciendo toda la tarde.

—El Dragón ha destruido la ciudad. Y tú has desterrado al Dragón.

—Pero yo no he hecho eso. —Rin miró hacia los canales inundados—. No he hecho nada.

Lo único que Rin había hecho era provocar a una bestia con la que no había podido lidiar. Lo único que había hecho era caerse de culo, acojonada, mientras Nezha y el piloto hesperiano libraban una batalla de rayos que ella era incapaz de comprender. Se había involucrado con fuerzas que no podía controlar. Había estado a punto de hundir a toda la ciudad, de ahogar a casi todas las personas que había en ese valle, y todo porque había creído poder despertar a un dragón y ganar.

—A lo mejor Nezha se ha dado cuenta de cómo son —aventuró Kitay, después de que Rin le contara todo lo que había sucedido en el río. No tenía ningún sentido que el Joven Mariscal se hubiera rendido sin más, que se hubiera retirado cuando podría haber matado a Rin y haber detenido al Dragón de un plumazo—. Me refiero a los hesperianos. Tal vez no quería erradicar a las únicas fuerzas que podían detenerlos.

—Pues sí que ha tardado en darse cuenta —masculló Rin.

—Tal vez haya sido por instinto de supervivencia. Tal vez las cosas estuvieran empeorando.

—Tal vez —dijo Rin, poco convencida—. ¿Qué crees que hará ahora?

—No lo sé. Pero tenemos un asunto más urgente entre manos. —Kitay señaló con la cabeza hacia las puertas de palacio—. Acabamos de derrocar al gobernante de la mitad de este país. Ahora tienes que presentarte a ti misma para reemplazarlo.

Tenía que dirigirse a las tropas. Dar discursos. Ocupar una ciudad y reclamar un país.

Rin se estremeció de puro cansancio. No se sentía una gobernante. Apenas se sentía victoriosa. No se le ocurría nada que le apeteciera menos ahora mismo que dar la cara ante una multitud y fingir.

—Mañana —le dijo ella—. Déjame el día de hoy. Tengo que hacer algo.

En el pasado, en Tikany había un pequeño cementerio oculto en el fondo del bosque, escondido tan bien detrás de álamos y arboledas de bambú que los hombres nunca lo encontraban por

casualidad. Pero todas las mujeres de Tikany conocían su ubicación. Lo habían visitado con sus madres, sus suegras, sus abuelas o sus hermanas. O habían hecho el viaje solas, con el rostro lívido e hinchado de llorar mientras llevaban sus terribles cargas sobre el pecho.

Era un cementerio de bebés. Allí había niñas pequeñas que habían sido reducidas a cenizas al nacer porque sus padres solo querían varones. Niños pequeños que habían muerto demasiado pronto y habían dejado a sus madres desconsoladas y aterrorizadas ante la posibilidad de ser reemplazadas por esposas más jóvenes y fértiles. Los incómodos productos de los abortos espontáneos y tardíos.

Rin dio por sentado que Arlong contaría con un lugar similar. Cada ciudad necesitaba un sitio en el que ocultar la bochornosa muerte de sus niños.

Venka sabía dónde se encontraba ese lugar.

—Está casi un kilómetro más allá de los acantilados de evacuación —le explicó—. Gira hacia el norte cuando veas el canal. Hay un sendero entre la hierba. Se tarda un rato en verlo, pero, una vez que lo hayas encontrado, te llevará directamente hasta allí.

—¿Me acompañas? —le pidió Rin.

—Tienes que estar de coña —le espetó Venka—. No pienso volver nunca más a ese lugar.

Cuando se puso el sol, Rin envolvió el tarro que contenía las cenizas de Pipaji en varias capas de tela, lo metió en un morral y se encaminó hacia los acantilados con una pala atada a la espalda.

Venka había estado en lo cierto. Al saber qué era lo que estaba buscando, enseguida vio el sendero oculto. No había nada que señalara las tumbas, pero la hierba alta crecía formando curiosos remolinos y espirales, como si evitara ocupar el lugar de unos huesos que habían sido amados y que ahora estaban bajo tierra.

Rin examinó el claro. ¿Cuántos cuerpos habrían enterrado allí a lo largo de las décadas? ¿Cuánto camino tendría que recorrer para que sus dedos no fueran a encontrarse con unos huesos diminutos cuando cavara en la tierra?

No dejaban de temblarle los dedos. Miró a su alrededor para asegurarse de que estaba sola, y entonces se sentó y sacó una pipa de su bolsillo. No había llevado consigo suficiente opio como para perder el conocimiento, solo el justo para que no le temblara el pulso y pudiera agarrar la pala con firmeza.

—No es fácil, ¿verdad?

Rin vio a Altan por el rabillo del ojo, siguiéndola por las hileras de tumbas sin señalar. La figura del esperiliano permanecía en el sitio solo si ella miraba hacia otra parte. Cuando se centraba en el lugar donde creía verlo, Altan desaparecía.

—Eran como niños —dijo Rin—. No… No quería…

—Nunca quieres hacerles daño. —Altan sonaba más amable que nunca. Más amable de lo que ella le permitía serlo en sus recuerdos—. Pero tienes que hacerlo. Tienes que hacerles pasar por un infierno, porque ese es el único modo que existe para que los demás puedan sobrevivir.

—Si hubiera podido, les habría ahorrado todo esto.

Por una vez, Altan no se burló de ella. Simplemente sonó triste.

—Yo también.

Al fin, Rin encontró un lugar en el que la tierra parecía estar intacta y la hierba crecía de forma regular. Dejó el tarro envuelto en tela en el suelo, agarró la pala con fuerza y comenzó a cavar mientras Altan la observaba en silencio desde las sombras. Pasaron varios minutos. A pesar

del frío de la noche, a Rin le caía el sudor por la nuca. El terreno era rocoso y duro, y no dejaba de resbalársele la pala de entre las manos. Llegado un momento, encontró un peligroso equilibrio, empleando la mano para guiar la pala y el pie para hundirla aún más en el suelo.

—Creo que ahora te entiendo —dijo Rin tras un largo silencio.

—¿Ah? —Altan ladeó la cabeza—. ¿Qué es lo que entiendes?

—Por qué me presionaste tanto. Por qué me hiciste daño. Para ti, yo no era una persona, era un arma. Y necesitabas que funcionara.

—A las armas también se las puede querer —dijo Altan—. Se les puede dar forma a base de golpes y luego observar cómo se destruyen a sí mismas, sabiendo que era completamente necesario. Pero eso no significa que no puedas quererlas igualmente.

Rin no tenía que cavar tanto ni con tanto ímpetu. Nadie iba a ir hasta allí para perturbar esas tumbas. No obstante, ese movimiento, difícil y repetitivo, tenía algo que la relajaba, incluso aunque el dolor de su hombro fuese cada vez a peor. Lo *sentía como una* penitencia.

Por fin, cuando el hoyo alcanzó tanta profundidad que la mortecina luz del sol no llegaba al fondo, cuando la tierra pasó de ser marrón y rocosa a una arcilla pastosa y blanda, se detuvo y depositó con cuidado las cenizas de Pipaji en la tumba.

Hubiera deseado haber enterrado también a Dulin, pero había estado buscándolo en el canal durante horas y no había sido capaz de encontrar ni siquiera un jirón de su uniforme.

—¿En algún momento se vuelve más fácil? —preguntó la esperiliana.

—¿El qué? ¿Mandar a la gente a una muerte segura? —Altan suspiró—. Ya te gustaría. Nunca deja de doler. Creerán que no te importa. Que eres un monstruo despiadado con el único objetivo de alcanzar la victoria. Pero sí que te importa. Quieres a tus chamanes como a tu propia familia, y sientes como si te clavaran un cuchillo en el corazón cada vez que ves morir a uno de ellos. Pero tendrás que hacerlo. Tendrás que tomar las decisiones que nadie más pueda tomar. Es la muerte o la Chuluu Korikh. Los comandantes se encargan de los suyos.

—Nunca quise serlo —dijo Rin—. No soy lo bastante fuerte.

—No.

—Deberías haberte salvado tú.

—Debería haberme salvado yo —convino Altan—. Pero eres tú la que logró escapar. Así que tienes que llegar hasta el final, niña. Es lo mínimo que les debes a los muertos.

Kitay se encontraba esperándola en la base de los acantilados, sosteniendo un montón de varillas de incienso con una mano y una jarra de vino de sorgo con la otra.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Rin.

—Qingmingjie —le dijo Kitay—. Tenemos que velar a los muertos.

Qingmingjie. El festival de limpieza de tumbas. La noche en la que los fantasmas hambrientos de los muertos, incapaces de hallar descanso, recorrían el mundo de los vivos y exigían lo que se les debía. Rin había visto cómo otros celebraban ese ritual en Tikany, pero nunca había participado en él. Nunca había tenido a nadie por quien llorar.

—Eso no es hasta dentro de dos semanas —le dijo a Kitay.

—Da igual. Tenemos que hacerlo.

—¿Es necesario?

—Han muerto miles de personas para que tú ganases esta guerra. No solo tus chamanes. Han muerto soldados cuyos nombres ni siquiera te aprendiste nunca. Vas a presentarles tus respetos. Vas a velarlos.

La esperiliana estaba tan agotada que estuvo a punto de marcharse sin más.

¿De qué servía el ritual? Los muertos no podían hacerle daño. Rin quería poder dejarlos atrás. Ya había cumplido suficiente penitencia por ese día.

Sin embargo, cuando vio la expresión en el rostro de Kitay, supo que no podía negarle eso. Lo siguió en silencio por el valle.

El campo de cadáveres estaba tan silencioso por la noche que Rin jamás habría dicho que se había librado una guerra en esos terrenos. Solo unas horas antes, había sido un lugar plagado de gritos, detonaciones, espadas entrechocando y humo. Y ahora el espectáculo se había terminado, habían cortado los hilos de las marionetas y todo el mundo yacía en un sosiego mudo.

—Es tan extraño —murmuró Rin—. Yo ni siquiera estaba aquí.

La esperiliana había liderado esa batalla. No había presenciado cómo se había desarrollado, no sabía por qué lado habían logrado penetrar primero, no sabía cómo habría ido todo si el Dragón no hubiera elevado las aguas del Murui. Había estado concentrada en una lucha completamente distinta. Había estado demasiado ocupada en el reino de los dioses y los rayos como para recordar que se estaba produciendo una batalla convencional, hasta que había visto el desenlace con sus propios ojos.

—¿Y ahora qué? —preguntó la joven.

—No estoy seguro. —Kitay alzó las varillas de incienso sin mucho entusiasmo, como si acabara de darse cuenta de lo inconsecuente que era ese gesto. No podían ponerse a contar los cuerpos que había en el valle. Ni todo el incienso del mundo iba a compensar ese sacrificio.

—En Tikany quemábamos papel —dijo Rin—. Dinero de papel, casas de papel. A veces, esposas de papel, si se trataba de hombres jóvenes que habían muerto antes de llegar a casarse. —Se le entrecortó la voz. No sabía a qué conclusión quería llegar. Hablaba por hablar, por miedo al silencio.

—No creo que lo importante sea el papel —declaró Kitay—. Creo que solo necesitamos…

El joven se calló. Abrió mucho los ojos, concentrándose en algo que había detrás de Rin. La esperiliana también lo escuchó, pero demasiado tarde. Era el sonido de unas pisadas sobre la hierba y los huesos quemados.

Cuando la joven se dio la vuelta, solo pudo ver una silueta contra la oscuridad.

Nezha había ido hasta allí solo. Desarmado.

Siempre tenía un aspecto distinto bajo la luz de la luna. Su piel resplandecía con un tono más pálido, sus facciones adquirían un aspecto más delicado; se alejaba del rostro severo de su padre para acercarse a la encantadora fragilidad de su madre. Parecía más joven. Se parecía al chico al que Rin había conocido en la academia.

La esperiliana se preguntó por un instante si Nezha habría vuelto allí para morir.

Kitay rompió el silencio.

—Hemos traído vino.

Nezha alargó una mano. Kitay le pasó la botella cuando se acercó. Nezha no se molestó en olisquearlo para comprobar si estaba envenenado. Se limitó a darle un generoso trago.

Ese gesto fue la confirmación del hechizo, de esa suspensión de la realidad que los tres

deseaban. Unas normas no escritas pendían en el aire, reforzadas por cada segundo que pasaba sin que derramasen sangre. Ninguno iba a sacar un arma. Ninguno iba a adoptar el modo de lucha o huida. Solo por esa noche, solo por ese momento, iban a entrar en un espacio en el que su pasado y su futuro no importaban, en el que podían volver a ser los niños que habían sido.

Nezha tomó un paquete de incienso.

—¿Tenéis fuego?

De algún modo, acabaron sentados en silencio formando un triángulo, envueltos por un humo denso y perfumado. La botella de vino estaba tirada en el espacio que había entre los tres, vacía. Nezha se la había bebido prácticamente entera, y Kitay el resto. El sinegardiano había sido el primero en alargar el brazo para cogerla, y entonces los tres habían acabado agarrados de la mano, Nezha y Rin a ambos lados de Kitay. Era una sensación agradable, y parecía estar absoluta y tremendamente mal. Pero, aun así, Rin no quería soltarlos nunca.

¿Sería así como se habían sentido Daji, Jiang y Riga? ¿Habría sido así la Tríada cuando se hallaba en el apogeo de su imperio? ¿Se habrían querido los unos a los otros tan apasionada y desesperadamente?

Debía de haber sido así. Por mucho que se hubieran odiado, hasta el punto de que ese odio los había conducido hasta la muerte, debían de haberse querido en el pasado.

Rin levantó la cabeza hacia la luna baja, de color carmesí. En teoría, durante el Qingmingjie, los muertos les hablaban a los vivos. Se suponía que llegaban a través de la luna, que funcionaba como una puerta, atraídos por la fragancia del incienso y el sonido de los petardos. Sin embargo, cuando la esperiliana echó un vistazo hacia el campo de batalla, lo único que vio fueron cadáveres.

Se preguntó qué diría si pudiera ponerse en contacto con sus muertos.

A Pipaji y a Dulin les diría que lo habían hecho bien.

A Suni, a Baji y a Ramsa, que lo sentía.

A Altan, que había tenido razón.

Al maestro Jiang le daría las gracias.

Y a todos les prometería que haría que su sacrificio hubiera merecido la pena. Porque eso eran los muertos para ella: sacrificios necesarios, piezas de ajedrez que había perdido para conseguir avanzar; un precio que, si le dieran la oportunidad, volvería a pagar.

La esperiliana no supo cuánto tiempo estuvieron allí sentados. Podrían haber sido minutos. Podrían haber sido horas. Era como si ese momento no existiera dentro del tiempo, como si fuera un refugio del inexorable avance de la historia.

—Ojalá las cosas hubieran sido distintas —dijo Nezha.

Tanto Rin como Kitay se tensaron. Nezha estaba rompiendo las reglas. No podían mantener esa frágil fantasía, esa indulgencia de nostalgia, si Nezha rompía las normas.

—Podrían haberlo sido, sí. —El tono de voz de Kitay fue duro—. Pero tuviste que comportarte como un puto capullo.

—Tu República está muerta —declaró Rin—. Y si te vemos a ti mañana, tú también lo estarás.

Nadie dijo nada más después de eso.

Esa noche no acabaría en ninguna tregua o negociación. Esa noche era un tiempo de gracia, sin tener en cuenta el futuro. Siguieron sentados, sumidos en un silencio miserable y desesperado, deseando cosas y arrepintiéndose de otras mientras la luna sangrienta trazaba su lento recorrido

por el cielo. Cuando salió el sol, Rin y Kitay se levantaron, se sacudieron el dolor de los huesos y enfilaron de regreso a la ciudad. Nezha tomó la dirección contraria. Los otros dos jóvenes ni se molestaron en mirar hacia dónde se dirigía.

Regresaron a Arlong con los ojos fijos al frente, hacia la ciudad medio hundida entre cuyas ruinas resplandecía el fulgor de la luz del amanecer.

Habían ganado su guerra. Ahora tenían que gobernar un país.

31

Arlong había caído de inmediato después de la retirada de Nezha. Esa mañana, el ejército sureño barrió las calles de la ciudad justo cuando los hesperianos y los republicanos acababan con sus últimas evacuaciones. Los sureños se encontraron con una ciudad confusa y desigual. La mitad de los distritos seguían poblados por civiles nikaras que no tenían a dónde ir, y la otra mitad se habían transformado en lugares fantasma. Los barracones y los complejos residenciales, que antes habían dado cobijo a los soldados hesperianos, ahora habían sido abandonados. En el interior de los astilleros destrozados, unos grandes cobertizos que debían de haber sido empleados para guardar los dirigibles estaban ahora vacíos, con herramientas de recambio y piezas sobrantes desperdigadas por el suelo.

—Doy permiso para saquear en la medida de lo razonable —les dijo Rin a sus oficiales—. Tomad lo que queráis, pero, sed civilizados. Nada de peleas por los botines. Y limitaos a los barrios acomodados. Dejad tranquilos a los distritos más pobres. Primero, id a por las dependencias de los hesperianos. No habrán podido llevárselo todo consigo. Podéis quedaros con armas, baratijas y ropa. Pero debéis traer a palacio las reservas de alimentos para una redistribución central.

—¿Cómo debemos actuar ante una resistencia armada? —preguntó la comandante Miragha.

—Si es posible, evitad que se derrame sangre —le respondió Kitay—. Anteponed la captura al asesinato. Queremos recabar toda su información. Meted a todos los soldados en las celdas, y mantened a los soldados hesperianos y republicanos separados.

Los soldados republicanos que no habían logrado escapar en los barcos intentaban desesperadamente hacerse pasar por civiles. Las calles estaban llenas de uniformes desechados. Una hora después de que se hubiera producido la ocupación, Rin recibió un informe de que un escuadrón completo de hombres desnudos estaba mendigando ropa de segunda mano para poder ocultar sus identidades. La esperiliana estuvo riéndose durante casi *cinco* minutos, y luego ordenó que los encadenara y los dejaran desnudos sobre una plataforma en el exterior de palacio durante el resto del día.

—Será bueno para la moral —le dijo a Kitay cuando este se opuso.

—Es excesivo —respondió él.

—Es la cantidad exacta de humillación pública que necesitan. Una resistencia clandestina

secreta podría ganar credibilidad entre los civiles. —Rin señaló hacia los hombres temblorosos—. Pero, sin duda, ellos no.

Kitay no tenía ninguna respuesta para eso.

Mientras las tropas sureñas siguieron con la toma de las calles, Rin se encaminó hacia los Acantilados Rojos para observar cómo las últimas embarcaciones de evacuación zarpaban a toda prisa por el estrecho canal.

La joven recordaba el día, hacía casi un año, en el que había visto por primera vez a la flota hesperiana llegando a las costas nikaras. Lo aliviada que se había sentido. Lo agradecida que había estado. Las velas blancas habían representado entonces la esperanza y la supervivencia. Una intervención divina.

Pero esa flota no había llegado a la República hasta que el país casi se había desangrado. Podrían haber acabado con toda esa guerra civil desde el principio en cuestión de minutos. Podrían haberle ahorrado a todo el país la hambruna y el derramamiento de sangre que había durado meses. Sin embargo, habían esperado, a que se produjera una tragedia innecesaria casi hasta el final, para entonces intervenir sin más y pasar a considerarse los héroes.

Durante su marcha no fueron en absoluto tan pretenciosos.

—Malditos cobardes —dijo Venka—. ¿Vais a dejar que se vayan sin más?

—No sé —replicó la esperiliana—. Podría ser divertido hundir a todos esos barcos en el muelle.

Kitay soltó un suspiro.

—Rin.

—Lo digo en serio —respondió ella.

—Una cosa es ocupar una ciudad —dijo Kitay—. Otra muy distinta es prenderles fuego a los civiles.

—Pero sería tan gracioso. —Rin solo estaba de broma a medias. Sentía una oleada de un regocijo turbio y vengativo mientras contemplaba cómo huía esa flota aplastada. Si hubiera querido, podría haber hecho cenizas a todos los navíos que se encontraban en ese canal. La esperiliana contaba con esa clase de poder.

—Por favor, Rin. —Kitay la miró con recelo—. No seas idiota. Ahora mismo, los hesperianos se retiran porque están agotados, porque lo han invertido todo en una guerra en un continente que no les importa. Han apostado por el bando equivocado y han perdido. Ahora mismo, se están lamiendo las heridas. Pero si les lanzas llamas a las mujeres y los niños que están huyendo, tal vez se lo replanteen.

—Aguafiestas —dijo Venka.

Rin dejó escapar un suspiro.

—Cómo detesto cuando tienes razón.

Así que la esperiliana dejó que los barcos zarparan del muelle sin impedimento. Iba a dejar que los hesperianos pensaran por el momento que su nuevo régimen no les deseaba ningún mal. Que las prioridades de Rin se hallaban dentro de las fronteras de Nikan. Dejaría que pensaran que estaban a salvo.

Y, entonces, cuando cayeran en la autocomplacencia, cuando estuvieran convencidos de que quizás esos sucios, estúpidos e inferiores nikaras no representaban ninguna amenaza después de todo…, entonces sería cuando la joven caería sobre ellos.

La siguiente tarea de Rin era ocupar el palacio.

El lugar estaba en ruinas. Habían dejado entreabiertas las grandes puertas pintadas, y los pasillos estaban cubiertos de jarrones rotos que se habían caído de los carros que habían cargado a toda prisa. Se habían llevado prácticamente todos los muebles del amplio salón que había en el centro del palacio. Lo único que habían dejado eran los tapices, que eran demasiado pesados y poco prácticos como para retirarlos y cargar con ellos.

El retrato de la familia Yin se hallaba colgado en un extremo de la estancia. Rin se plantó delante de él durante un momento para contemplar los rostros de la familia que se había imaginado que podría gobernar el Imperio.

Quienquiera que hubiese tejido aquello había representado a los Yin con una impresionante precisión. Allí de pie, juntos, sus similitudes eran incluso más pronunciadas. Todos tenían las mismas mejillas altas, las mismas cejas arqueadas y unas mandíbulas escultóricas y angulares. Ninguno de ellos sonreía, ni siquiera los niños, que miraban hacia el salón vacío con el mismo gesto altivo y desdeñoso.

Al principio, Rin confundió a Jinzha con Nezha, pero entonces se dio cuenta de que los jóvenes que estaban de pie a la derecha de su padre debían de ser los mellizos primogénitos: Jinzha y Muzha. Nezha posaba solo, con expresión sombría y desolada, a la izquierda de su padre. Ese tapiz debía de haber sido completado hacía años. El joven salía representado como un niño pequeño, que apenas le llegaba a su padre a la cintura. Más a la derecha se encontraba *lady* Yin Saikhara, sosteniendo a un bebé entre sus brazos. Ese debía de ser Mingzha, el hermano pequeño de Nezha, el que había fallecido. El que les había arrebatado el Dragón.

Qué familia tan hermosa, que había acabado siendo destruida en el transcurso de un año. A Jinzha lo habían apresado, y había acabado convertido en relleno de *dumplings* en el lago Boyang. Los restos calcinados del cuerpo de Vaisra se encontraban entremezclados con los escombros carbonizados de lo que había sido su flota. Se habían recibido noticias de que Muzha se había ahogado durante el ataque del Dragón en Arlong. Y Nezha, destrozado y derrotado, era esclavo de sus amos hesperianos.

Rin deseaba, con un odio brutal, poder haber acabado ella misma con ese linaje.

Sin embargo, *lady* Saikhara había escapado de su castigo. Se había lanzado ella misma desde la torre más alta de palacio cuando había visto los estandartes de las tropas sureñas entrando en la ciudad. Sus frágiles huesos se habían quebrado como si fueran porcelana contra el terreno de ejecuciones a las afueras de palacio, y así se había unido a una larga tradición de mujeres nobles que morían junto con sus dinastías.

Gracias a los informes de los residentes de Arlong, Rin se enteró de que los ciudadanos habían llegado a odiar a Saikhara en sus últimos días de vida. No era ningún secreto que la dinastía Yin se había beneficiado enormemente de la guerra civil, incluso cuando se habían empobrecido poblaciones enteras en sus fronteras. La hermana de Nezha, Muzha, se había enriquecido actuando como intermediaria entre los comerciantes hesperianos y los poderosos compinches comerciales que atestaban la corte de la República.

Cuando *lady* Saikhara había regresado de su gran gira de propaganda por Hesperia, se había dado a conocer que Muzha y ella habían soltado grandes cantidades de bienes nikaras en los

ambiciosos mercados hesperianos. Mientras, el resto de la población había tenido que hacer acopio de alimentos y había comprado movida por el pánico de los mercados, cuya inflación aumentaba rápidamente.

La opinión popular le había pedido a Nezha que sancionara a su madre y a su hermana, pero él no había hecho más que retirarlas de su gabinete. Por eso, el apodo de Nezha había pasado de ser el Joven Mariscal al Hijo Idiota, mientras que a su madre la habían apodado la Zorra de Occidente. La semana anterior habían clamado con tanto fervor en las calles que se le impusiera un castigo a esa mujer que, si no hubiera sido porque el ejército sureño había irrumpido en Arlong, probablemente hubiera acabado despedazada de todas formas por una multitud enfurecida.

—Cualquiera habría pensado que Saikhara huiría con los hesperianos —dijo Kitay mientras él y Rin se hallaban en el balcón de la segunda planta, observando cómo los sirvientes limpiaban la sangre de Saikhara de las escaleras. Su cuerpo se encontraba tendido a varios metros de distancia, envuelto sin ceremonia en una lona cualquiera. Rin había pensado lastrarla con piedras y lanzarla al muelle para que se la comieran los peces—. Creía que los hesperianos la querían.

—Creo que la dejaron atrás —dijo Rin—. Tenían que salvar sus propios pellejos.

Debía de tratarse de eso. Si los hesperianos se hubieran enfrentado a una abrumadora oleada de odio público, no se habrían atrevido a sacar de la ciudad a la repudiada *lady* Saikhara.

Daba igual que la mujer hablara un hesperiano fluido, que adorara a su Creador o que hubiera estado haciéndose pasar por hesperiana la mitad de su vida. En el fondo, seguía siendo nikara, seguía perteneciendo a una raza inferior, y los hesperianos solo cuidaban de los suyos.

Los pasillos adyacentes estaban atestados de riquezas que hacían palidecer a las que se habían encontrado en Jinzhou. Rin había recorrido ese lugar una decena de veces antes, siempre de camino al despacho de Vaisra, aunque nunca se había atrevido a detenerse y ojearlo todo. Por aquel entonces, el simple hecho de estar cerca de esas riquezas la maravillaba. Esos artefactos eran una clara muestra de la élite histórica a la que, de algún modo, habían dejado que se uniera.

Recorrer esos pasillos era algo muy distinto ahora que sabía que todo lo que se exhibía en esas paredes le pertenecía a ella.

—Fíjate. —Kitay se detuvo delante de un yelmo muy antiguo y brillante—. Aquí pone que perteneció al Emperador Rojo.

—No puede ser.

—Lee el letrero.

El yelmo no parecía tan antiguo. Rin podía ver pequeñas piedras de jade incrustadas en la frente. Se acercó a la vitrina, sacó el yelmo y se lo probó. Estaba tan frío que era incómodo, y su peso hacía que costara llevarlo. No tardó en quitárselo.

—No entiendo cómo alguien podía luchar llevando esto puesto.

—Seguramente sea ceremonial —dijo Kitay—. Dudo que lo llevara puesto durante la batalla. Este lugar está lleno de cosas así… Fíjate, aquí está su coraza. Y también su antiguo juego de té.

Kitay dejaba los dedos suspendidos sobre las reliquias como si estuviera demasiado asombrado como para tocarlas. Sin embargo, Rin, mientras echaba un vistazo por el pasillo, se vio abordada por un abrumador sentimiento de lástima. El Emperador Rojo había sido el hombre más grandioso en la historia de Nikan, un hombre tan famoso que todos los niños del Imperio conocían su nombre antes incluso de aprender a hablar. Los mitos sobre su persona podían llenar

libros enteros, y, de hecho, así era. Había unificado al país por primera vez. Había desatado el fuego y la matanza a una escala que esa tierra jamás había presenciado antes. Y había construido ciudades que seguían siendo los centros intelectuales, culturales y comerciales del Imperio.

Y ahora, un milenio después, lo único que quedaba de él eran su yelmo, su coraza y su juego de té.

Su dinastía no había sobrevivido ni siquiera una generación. Tras su muerte, sus hijos se habían vuelto de inmediato los unos contra los otros y, tras siglos de derramamiento de sangre, el Imperio se había visto dividido en un sistema provincial que el Emperador Rojo no había dispuesto ni había pretendido que se crease. Y así había desaparecido su linaje. Sus herederos se habían extinguido en esos primeros veinte años de una guerra civil que ellos mismos habían iniciado. Y si hubiera quedado alguno vivo, nadie lo reconocería.

Había sido un rey efímero. Durante un breve momento, se había hallado en el centro del universo. ¿Y para qué?

«Debería haberse casado con Tearza», pensó Rin. Había sido un idiota al convertir a los chamanes en sus enemigos. Debería haberlos integrado en su régimen. Debería haber puesto a una esperiliana en el trono, y entonces su Imperio habría durado toda la eternidad. A esas alturas, sus herederos ya habrían conquistado el mundo.

—Esta tiene tu nombre —dijo Kitay desde el fondo del pasillo.

—¿Qué?

—Mira. —El joven señaló hacia la reliquia. Era una espada… La réplica que Rin había perdido en el agua durante la batalla en los Acantilados Rojos, la segunda que habían forjado tras haber fundido el tridente de Altan.

La habían conservado como si fuese un trofeo. «Mineral esperiliano empuñado por última vez por Fang Runin», se leía en el letrero.

Rin sacó la espada de la vitrina y sopló el polvo que había sobre la hoja. Creía que había acabado en el fondo del río para siempre.

El letrero era muy pequeño. No se daban más detalles ni se informaba de sus hazañas. Tan solo se mencionaban su nombre y los materiales de la espada. Rin resopló. Aquello era típico de Vaisra. Si hubiera sido por él, Rin no habría sido más que una nota al pie en la historia.

«Cuando construyan museos en honor a mi régimen, Vaisra, a ti no te dedicaré ni un letrero».

Casi la mitad de los artefactos habían desaparecido de sus vitrinas. Parecía que los hubieran robado hacía poco, seguramente los líderes republicanos. No había pasado tiempo suficiente como para que el polvo se asentase en los huecos que habían dejado vacíos. Tras leer las placas, Rin no fue capaz de discernir por qué algunos los habían robado y otros no. Los objetos que faltaban eran cosas de valor de todo tipo y de todas las épocas, y parecían haber sido recogidos al azar.

Una vitrina vacía destacaba más que el resto: un estante que sobresalía de la pared, con bordes dorados ribeteados para llamar la atención del espectador.

Rin tomó el letrero.

«Sello imperial del Emperador Rojo».

Estuvo a punto de dejarlo caer. Increíble. Había descubierto lo que era ese sello en la academia. Cuando el Emperador Rojo había fallecido, había establecido que su sello solo podía pasar, por mandato divino, al siguiente gobernante legítimo del Imperio. Sin embargo, lo habían

robado repentinamente la misma mañana después de su funeral. En los siglos posteriores, el sello había ido cambiando de manos entre príncipes, generales, inteligentes concubinas y asesinos, dejando siempre tras de sí un reguero de sangre. Trescientos años más tarde, por fin había desaparecido de los registros históricos, aunque los jefes militares provinciales todavía afirmaban de vez en cuando que lo tenían guardado bajo llave en sus cámaras acorazadas privadas.

Conque la dinastía Yin lo había tenido en su poder todo ese tiempo.

Cómo no, Nezha se lo había llevado consigo. A Rin le parecía graciosísimo. Había perdido la mitad del país, pero se había llevado el sello del soberano.

«Quédatelo, capullo», pensó Rin. Podía quedarse con el sello y con cualquier otra baratija resplandeciente que su personal hubiera podido cargar en sus carromatos. Daba igual que esos tesoros fuesen una seña distintiva de la historia nikara. A Rin no le importaba la historia. Todo ello suponía una muestra de la esclavitud, la opresión, el mal gobierno y la corrupción. Ella no quería ninguna reliquia de sus predecesores. No iba a continuar con su legado, sino que pretendía construir algo nuevo.

El trono de Vaisra seguía ocupando el fondo de la estancia, ya que era demasiado pesado como para que hubiera podido cargar con él.

Rin se sintió muy pequeña al aproximarse. Era mucho más grande que el trono que ella había ocupado en Jinzhou. Este era un trono digno de un emperador: una silla ornamentada y de respaldo alto colocada sobre una tarima con varios escalones. Había un mapa intrincado del Imperio dibujado con tinta negra por todo el suelo de mármol. Sentada sobre ese trono, podría supervisar el mundo.

Kitay señaló con la cabeza hacia el asiento.

—¿Vas a probarlo?

—No —dijo Rin—. No es para mí.

Parada en ese lugar frío y oscuro, Rin supo que nunca podría hacer que ese sitio le perteneciera. Nunca iba a sentirse cómoda allí. Los espíritus de la dinastía Yin atormentaban ese lugar. Y mejor así. Desde ese asiento de Arlong, nunca se había gobernado el Imperio en su totalidad. Ese era el hogar de traidores e impostores, de aspirantes al trono que habían estado destinados al fracaso. Rin no pensaba ser la última impostora que gobernara desde la Provincia del Dragón.

Esa era solo una base temporal desde la que solidificaría su control sobre el resto del país.

El interior del palacio pareció volverse helado de repente. «Tenemos mucho trabajo que hacer», pensó Rin. La tarea que tenía por delante parecía tan monumental que no la concebía como real. Había dividido el mundo, había abierto una gran grieta que se extendía desde el monte Tianshan hasta la gruta de las Nueve Curvas. Y ahora tenía que cerrarla.

Debía restaurar el orden en las provincias. Tenía que retirar los cadáveres de las calles. Tenía que poner comida sobre las mesas de los ciudadanos. Debía hacer que ese país, que se había desmoronado de todas las formas posibles, volviera a la normalidad.

Por los dioses. Rin se tambaleó, mareada de repente. «¿Por dónde vamos a empezar?».

Alguien llamó a las pesadas puertas del gran salón, lo que produjo un sonido que retumbó por todo ese amplio y oscuro espacio.

Rin pestañeó, dejando sus cavilaciones atrás.

—Adelante.

Un oficial cruzó las puertas. Era uno de los jóvenes del ejército de Cholang. Rin recordaba su rostro, lo había visto antes en la tienda de campaña de la comandancia, pero no sabía su nombre.

—La comandante Miragha me ha enviado para decirle que los hemos encontrado.

—¿Dónde? —preguntó Rin, cortante.

—En el extremo más alejado del barrio hesperiano. Los tenemos rodeados, pero aún no hemos accedido. Nadie sale ni entra de allí. Estamos esperando sus órdenes.

—Bien. —Rin tuvo que tomarse un momento antes de poder moverse. No sabía si ese cosquilleo que sentía en las extremidades era producto de la emoción o la fatiga. Cuando dio un paso hacia delante, sintió como si estuviera flotando en el aire—. Iré ahora mismo.

Rin ignoró la mirada de preocupación que le dedicó Kitay mientras seguía al oficial fuera de palacio. Ese debate había terminado. Kitay sabía qué era lo que Rin pretendía hacer. Habían acordado que era algo necesario.

No había cabida para las dudas. Había llegado el momento de ajustar cuentas.

La última vez que Rin había estado cerca del barrio hesperiano de Arlong, había matado a un hombre quemándole los testículos. Sus recuerdos más nítidos de ese lugar estaban cargados de miedo y pánico. Allí, sumida en la desesperación, había arrastrado a un cadáver hasta un sampán, había remado para alejarse del muelle y había lastrado el cuerpo con piedras antes de que alguien la viera y la cosiera a balazos.

Pero, en aquel entonces, todos sus recuerdos relacionados con los hesperianos habían estado cargados de miedo. Aunque la primera vez que habían acudido a Arlong lo habían hecho en calidad de aliados, y aunque en teoría habían luchado en el mismo bando durante medio año, Rin solo podía asociar a los hesperianos con una supremacía extranjera: con unas manos poderosas que la habían toqueteado con instrumentos de acero y una fría indiferencia.

El laboratorio de la hermana Petra ocupaba un edificio cuadrado de una planta frente a los barracones. Las tropas de Rin habían rodeado el perímetro, armadas y a la espera. La comandante Miragha saludó a Rin cuando esta se acercó.

—Está cerrado desde dentro —la informó—. Sin duda, ahí hay alguien.

—¿Habéis podido hablar con ellos? —preguntó Rin.

—Les hemos gritado que salgan, pero no han respondido. Hemos escuchado algunos golpes… Quienquiera que esté ahí dentro se está preparando para un enfrentamiento.

Rin sabía que la mayoría de los misioneros ya había abandonado la ciudad. Había visto sus túnicas de color gris pizarra, que podían vislumbrarse con facilidad incluso desde el otro extremo del canal, a bordo de los primeros barcos que habían abandonado el muelle. En Occidente, la Compañía Gris era venerada igual que la realeza. Las tropas hesperianas que quedaban allí se habrían ofrecido voluntariamente a escoltarla fuera de la ciudad.

Eso quería decir que quienquiera que se hubiese atrincherado en el laboratorio lo había hecho a propósito.

Junto a la puerta, cuatro de los hombres de Miragha estaban listos alrededor de un ariete con ruedas chapado en hierro del tamaño de una pequeña tienda de campaña.

—Parece excesivo —dijo Rin.

—Solo usamos lo mejor —declaró Miragha—. Estamos listos para cuando dé la orden.

—Esperad. —Rin desplazó la mirada por entre los soldados, hasta que vio a uno que sostenía una alabarda—. Dame eso.

Envolvió una bandera hesperiana que había tirada en el suelo alrededor de la hoja hasta anudarla con fuerza. Prendió el extremo. Después, se la devolvió al soldado.

—Entra tú primero. Deja que crea que eres yo.

El soldado pareció alarmado.

—Pero…, general, entonces…

—No te pasará nada —dijo Rin con firmeza. Aquel arco relampagueante, fuera lo que fuese, no les había causado ningún daño físico permanente ni Nezha ni a ella. Si lo usaban contra alguien que no fuese un chamán, no debería tener ningún efecto—. Solo prepárate para sufrir una sacudida.

A Rin le sorprendió que no se opusiese. El soldado sostuvo la alabarda en llamas con firmeza y asintió brevemente, obediente.

—Adelante —le dijo la esperiliana a Miragha.

La comandante dio la orden. Sus soldados arrastraron el ariete un par de metros y luego golpearon la puerta con él a gran velocidad.

La puerta de madera se desplomó hacia dentro a causa del impacto. El soldado con la alabarda prendida irrumpió en el lugar agitando la antorcha por el interior en penumbra, pero no sucedió nada. La estancia estaba vacía. Cuando Rin entró, lo único que vio fueron sillas volcadas, mesas despejadas… y una trampilla en un rincón.

La esperiliana señaló hacia ella.

—Ahí abajo.

El soldado con la alabarda fue el primero en descender, con Rin siguiéndole varios pasos por detrás. La antorcha improvisada parecía una imitación plausible. Su llama parpadeaba y se curvaba como si estuviera viva, proyectando sombras distorsionadas contra la pared.

De inmediato, unos rayos atravesaron la oscuridad. El soldado profirió un grito y soltó la alabarda. Durante ese breve y brillante destello, Rin vislumbró una silueta en el otro extremo de la estancia, una figura agazapada detrás de algo con la forma de un cañón montado. Rin no necesitó nada más. Prendió las llamas en la palma de su mano y las lanzó hacia ese lugar. La esperiliana escuchó un agudo silbido mecánico, y luego vio una explosión de chispas que rebotaron por toda la estancia, como si fuese una tormenta concentrada dentro de un tarro.

El dispositivo, similar a un cañón, explotó. Los rayos desaparecieron. Cuando se disipó el humo, las llamas de Rin, que recorrían firmemente sus brazos y sus hombros, formaron una lámpara improvisada que iluminaba la masa de piezas metálicas desperdigadas y una forma inerte acurrucada en un rincón.

«Demasiado fácil», pensó Rin al cruzar la estancia. Si un soldado hubiera planeado esa emboscada, no se hubiera apresurado tanto a disparar esos rayos. Habría sido consciente de que solo iba a tener una oportunidad. Habría esperado hasta tener a Rin a tiro.

Sin embargo, la hermana Petra Ignatius era una erudita, no una soldado.

Rin le dio un golpe con el pie a Petra en las costillas, obligándola a ponerse bocarriba.

—Si lo que querías era una audiencia conmigo, podrías haberla pedido.

Petra se encogió bajo la bota de Rin. Un hilillo de sangre le caía por el lado izquierdo de la cara, allí donde la metralla le había cortado la sien, y unas marcas de quemaduras de un rojo

intenso le cubrían las manos y el cuello. Por lo demás, parecía estar ilesa. Tenía los ojos abiertos. Estaba consciente. Podía hablar.

Rin se giró hacia las escaleras, donde Miragha aguardaba con sus tropas.

—Dejadnos.

La comandante vaciló.

—¿Está segura?

—No va armada —dijo Rin—. Deja a dos soldados apostados para proteger las salidas y envía al resto de vuelta al centro de la ciudad.

—Sí, general. —Miragha siguió a sus hombres en su ascenso por la trampilla. El único rastro de luz del sol que entraba desapareció cuando cerraron la puerta detrás de ellos.

Entonces, Rin y Petra se quedaron solas en el tenue sótano, iluminado solo por el fuego.

—¿Eso era todo lo que tenías? —Rin arrastró una silla desde la mesa de trabajo de Petra y tomó asiento—. ¿Una emboscada chapucera?

Petra gimió en voz baja mientras intentaba sentarse.

—¿Qué es esto? —exigió saber la esperiliana. Tomó del suelo uno de los fragmentos de la máquina rota. El metal tenía la forma de una espiral estrecha y era frío al tacto—. ¿Para qué sirve?

Petra respondió con un silencio cauteloso. Recostó la cabeza contra la pared, con sus ojos grises como la piedra recorriendo de arriba abajo la forma de Rin, igual que si estuviera evaluando a un animal salvaje.

«Muy bien», pensó ella. Tendría que recurrir a la tortura. Nunca lo había hecho, tan solo había visto extraer información a Altan por medio de un sádico estallido de llamas en el momento justo, pero los principios básicos le parecían bastante simples. Sabía cómo hacer daño.

Entonces, de forma absurda, Petra rompió a reír.

—Como si fueras a ser capaz de comprenderlo. —La mujer levantó un brazo para limpiarse la sangre de los ojos—. ¿Qué? ¿Crees que podrías idear algo para hacerle frente? La teoría detrás de mis máquinas está a siglos de tu entendimiento. Podría mostrarte cada uno de los componentes, cada borrador de mis diseños, y aun así no lo entenderías. No tienes el cerebro necesario para ello.

Rin se puso en pie. Se tensó, lista para golpearla. Pero Petra se limitó a acercarse a trompicones a la silla que había frente a la esperiliana, y se sentó con las manos dobladas con remilgo sobre su regazo, como una enfermiza imitación de una profesora que le estaba dando una lección a una alumna.

—Te aterra, ¿no es verdad? —se mofó la mujer—. Que tus dioses no sean nada.

«Quémala», le dijo el Fénix. «Hazla gritar».

Rin contuvo el impulso de hacerlo. Solo tenía esa oportunidad para conseguir información. Ya se vengaría más tarde.

Sostuvo de nuevo en alto la espiral de metal y repitió la pregunta.

—¿Para qué sirve esto?

—¿No lo sientes? —Los labios ensangrentados de Petra formaron una sonrisa. Por primera vez desde que la esperiliana la conocía, podía ver un destello maníaco en los ojos de la hermana Gris, una grieta en su antinatural fachada de calma—. Silencia a tu dios. Lo anula.

—Eso es imposible —objetó Rin a su pesar—. Los dioses son fuerzas esenciales. Crearon este

mundo. No pueden ser desterrados con un pedazo de metal, así no es como…

—Escucha lo que estás diciendo —dijo Petra con desdén—. Te aferras a tu palabrería pagana incluso ahora. Tus dioses no son más que un delirio. Son una podredumbre en vuestro cerebro provocada por el Caos que ha asolado a este país desde hace siglos. Pero he encontrado la cura. He sanado a ese chico, y también te sanaré a ti.

Ahora la mujer se estaba regodeando. No le importaba explicárselo, quería hacerlo, porque, incluso en ese momento, quería alardear de su superioridad delante de Rin. La esperiliana se dio cuenta de que la tortura no sería necesaria. Petra iba a contarle todo lo qué quisiera, porque la hermana Gris ya era consciente de que iba a morir, y lo único que le quedaba era jactarse.

—El principio era bastante sencillo. En Hesperia, contamos con terapias de choque para esas almas que han perdido la noción de la realidad. La electricidad sirve para calmar su locura. Destierra al Caos de sus mentes. Cuando descubrí que vuestro chamanismo no es más que una locura extrema, la solución me resultó evidente. El Caos se abre camino desde vuestras mentes hasta el mundo material. Así que lo único que tenía que hacer era bloquearlo.

La mujer se inclinó hacia delante. La sangre le caía de nuevo sobre el ojo izquierdo, pero se limitó a parpadear sin volver a limpiárselo.

—¿Qué se siente al saber que tus dioses no son nada en comparación con el Arquitecto Divino? Nosotros domesticamos al Dragón. Domesticamos a tu supuesto Fénix. Sin tus chamanes, tu ejército es un grupo de campesinos idiotas y sin formación que jamás…

—¿Conquistarán Arlong? —la interrumpió Rin. No debería haber saltado. Debería haber dejado que Petra siguiera hablando, pero no podía soportar esa puñetera condescendencia—. La República está acabada. Tu gente ha huido desde el muelle a la más mínima oportunidad. Habéis perdido.

Petra prorrumpió en carcajadas.

—¿Y crees que habéis ganado vosotros? La red de la Compañía Gris se extiende por todo el mundo. Tenemos ojos en todos los continentes. Y esta basura… —Le propinó una patada a una esquirla de metal que quedaba a sus pies—. Solo eran prototipos. Cuando comprendí qué era lo que hacía sangrar a Yin Nezha, envié mis notas a las Torres Grises. A estas alturas, ellos ya habrán perfeccionado mis diseños. La próxima vez que te encuentres con una máquina de estas, será la última.

»El Arquitecto obra de forma misteriosa. A veces, avanza despacio. Otras, hace sacrificios. —Petra tomó aire ruidosamente, tosió y luego suspiró—. Pero el mundo se dirige inevitable e inexorablemente hacia el orden. Esa es la voluntad del Creador. La Compañía Gris es más grande de lo que puedas imaginar, y ahora contamos con un arma para erradicar el Caos del mundo. Me matarás, pero no conseguirás nada. El mundo tal y como lo conoces está a punto de acabar.

Rin permaneció en silencio.

Petra quería provocarla. Quería que la esperiliana perdiera el control, que explotara y dejara escapar su rabia, solo para demostrar que, al final, estaba en lo cierto: los esperilianos eran como animales. Durante las semanas que había durado la expedición al norte, Petra siempre había mantenido una fachada de frío sosiego mientras hacía que Rin gimiera, se retorciera y aullara. Aquello había supuesto una muestra del condescendiente control de una mujer que se creía superior en todos los aspectos.

Sin embargo, esta vez era Rin la que tenía el control. Y no iba a desaprovecharlo.

Había tenido la intención de quemar a Petra viva. Cuando el mensajero de Miragha había llegado a palacio, Rin se había imaginado de inmediato a Petra gritando y retorciéndose en el suelo, suplicando piedad mientras las llamas corroían su pálida carne blanca.

No obstante, ahora mismo todo eso parecía muy fútil, demasiado sencillo. Petra no merecía una muerte mundana. Una simple tortura física no iba a satisfacer a Rin. Se le acababa de ocurrir una idea mucho mejor, algo tan deliciosamente cruel que a una parte de ella le asombró su propia creatividad.

—No voy a matarte —dijo con toda la calma que fue *capaz* de aunar—. No te mereces eso.

Por primera vez, vio el miedo reflejado en el rostro de Petra.

—Levanta —le ordenó Rin—. Súbete a la mesa.

Petra permaneció en la silla, con el cuerpo tenso como si estuviera intentando decidir si echar a correr o resistirse.

—Súbete a la mesa. —Rin dejó que las llamas que tenía sobre los hombros alcanzasen mayor altura, lo que hizo que parecieran alas por un instante, antes de que las proyectase hacia la hesperiana—. O achicharraré cada parte de tu cuerpo. Lo haré despacio, y comenzaré por la garganta, para no tener que oírte gritar.

Petra se levantó, temblorosa, y se subió a la mesa de exploración. Se tumbó sobre ella.

Rin tomó unas correas del lateral de la mesa. Le costó agarrar bien las hebillas con la mano derecha, pero logró pasarlas a través de los anillos de metal que había en los costados y tiró de ellas con fuerza. Mientras tanto, Petra permaneció quieta. Rin podía ver cómo se le marcaban las venas de la mandíbula de apretarla con fuerza para intentar ocultar su miedo. Sin embargo, cuando la esperiliana tiró de las correas alrededor de la cintura de Petra, inmovilizándole los brazos a ambos lados del cuerpo, un quejido agudo escapó de su garganta.

—Tranquilízate. —Rin le dio una palmadita condescendiente en la mejilla. De algún modo, eso la hizo sentirse mejor que si la hubiese abofeteado—. Pronto habrá acabado todo.

Hacía un año, Petra la había atado a ella a una mesa, desnuda, y le había soltado una charla sobre lo inferior que era su mente, sobre los defectos de su cuerpo y sobre lo atrasada que era su raza por cuestiones genéticas. En los meses que habían pasado desde entonces, seguramente le habría hecho lo mismo a Nezha. Seguramente Petra habría ocupado entonces la misma posición que Rin ahora, y habría contemplado impasible cómo los rayos recorrían el cuerpo del joven, tomando unas meticulosas notas mientras su objeto de estudio se retorcía de dolor. Era probable que a él también le hubiera soltado el discurso de por qué esa era la intención de su Arquitecto Divino; de por qué esas humillaciones y vejaciones eran necesarias para la lenta y santa marcha hacia la civilización y el orden.

Ahora era el turno de Rin de ponerse a predicar.

—¿Recuerdas esa vez que me sacaste sangre? —La joven le atusó el cabello a Petra hacia atrás con los dedos—. Llenaste frascos enteros con ella. No necesitabas tanta. Me lo confesaste tú misma. Solo querías castigarme. Estabas enfadada porque querías una prueba del Caos, pero yo no quería mostrarte a los dioses.

Un olor acre inundó el ambiente. Rin bajó la mirada y vio una mancha húmeda extendiéndose por la túnica de Petra. Se había orinado encima.

—No tengas miedo. —Rin metió la mano en su bolsillo y sacó una bolsita con semillas de

amapola—. Voy a darte lo que quieres. Voy a mostrarte a los dioses.

Abrió la bolsita con los dientes, la volcó en la palma de su mano y le introdujo el contenido a Petra en la boca.

Un soldado tal vez habría sido capaz de resistirse, quizás incluso habría contenido la respiración, le habría mordido la mano a Rin con bastante fuerza como para hacerle sangre o habría escondido las semillas bajo la lengua y las habría escupido en cuanto hubiese podido liberarse. Pero Petra no sabía cómo defenderse. La Compañía Gris era intocable en Hesperia. A esa mujer nunca le había hecho falta luchar. Se revolvió de forma patética bajo el agarre de Rin, pero no logró liberarse. La esperiliana le apoyó el muñón sobre la nariz para impedirle respirar, hasta que a Petra no le quedó otra opción que abrir la boca y jadear.

Rin vio cómo le bajaban las semillas por la garganta. Y luego, varios minutos después, pudo ver cómo se le cerraban los ojos a la hesperiana a medida que la droga se filtraba a través de su flujo sanguíneo.

—Buena chica. —Rin apartó la palma de la mano, ya vacía, y se la limpió contra la pernera del pantalón—. Ahora tenemos que esperar.

La esperiliana no estaba segura de si eso funcionaría. Petra no podía concebir la existencia del Panteón, y mucho menos cómo se llegaba hasta allí. Y Rin no era Chaghan. La joven no podía pasar de un plano a otro, arrastrando almas con ella igual que haría un guía.

Pero sí que podía invocar a los dioses, y el suyo era el dios de la venganza.

Rin arrastró una silla hasta dejarla junto a la mesa, se sentó y cerró los ojos.

El Fénix respondió casi de inmediato. Sonaba divertido. «¿De verdad, pequeña?».

«Tráela hasta mí», pensó Rin. «Y llévanos con tus iguales».

El Fénix soltó una risotada.

«Como desees».

La oscuridad la envolvió. El laboratorio desapareció. Rin se dejó caer hacia el vacío, moviéndose en espiral a través del puente que había en su mente, como si fuera una flecha disparada directamente hacia los cielos.

—¿Dónde estamos? —soltó la presencia de Petra, aterrorizada—. ¿Qué es esto?

Rin podía sentir su miedo como un maremoto, una oleada de enajenación cargada de horror y desarraigo. Era la misma emoción que había sentido Rin en la Ciudad Nueva, pero llevada al extremo: la chocante comprensión de que el mundo no era lo que ella pensaba, de que todo aquello en lo que creía, todo aquello en lo que tenía puesta su fe, era un error.

Petra no solo estaba asustada, se estaba desmoronando.

—Esto es la divinidad —dijo Rin con regocijo—. Mira a tu alrededor.

De repente, el Panteón pasó a ser visible, un círculo de pedestales que las rodeaban como si fueran espectadores alrededor de un escenario. Los dioses se acercaron aún más, con crueldad y curiosidad. Eran sesenta y cuatro entidades atraídas por la presencia de un alma que se negaba a reconocer su existencia.

—Estas son las fuerzas que conforman nuestro mundo —declaró Rin—. No tienen ningún propósito ni ningún objetivo, y no se inclinan por el orden. No quieren ser nada más que lo que son. Y lo demás les da igual.

Petra masculló algo en voz baja, temerosa, un canturreo repetitivo en un lenguaje que casi parecía hesperiano, pero que no lo era del todo. ¿Una maldición? ¿Una oración? Fuera lo que

fuese, al Panteón le daba igual, porque el Panteón, a diferencia del Creador, era real.

—Llévame de vuelta —suplicó Petra. Había perdido toda la dignidad. Había perdido toda la fe. Sin su Creador, había quedado reducida a un ser perdido y aterrado que buscaba desesperadamente algo a lo que aferrarse—. Llévame…

Los dioses se acercaron más.

El sonido no existía del todo en el plano espiritual. Lo que Rin percibía como palabras eran realmente pensamientos transmitidos mentalmente, todos con el mismo volumen, independientemente de la distancia o la intensidad. Aquello era algo de lo que era consciente en términos abstractos. Sabía que allí nadie podía gritar realmente.

Pero la intensidad de la desesperación de Petra se acercaba mucho a la de un grito.

—Bájame —le dijo Rin al Fénix—. Ya he terminado aquí.

Rin regresó a su cuerpo con un sobresalto. Abrió los ojos.

La hermana Petra yacía inmóvil sobre la mesa. Tenía los ojos muy abiertos. Movía las pupilas de un lado a otro con inquietud, sin ver nada. Rin la observó durante largo rato, preguntándose si tal vez habría encontrado el camino de vuelta a su cuerpo. No obstante, el único movimiento de la hermana Gris fue algún que otro temblor en los hombros. Un murmullo ahogado abandonó su garganta.

Rin le dio un golpecito en el hombro.

—¿Cómo dices?

A Petra le resbalaba la saliva desde la comisura de la boca. Gorgoteó algo incomprensible y luego guardó silencio.

—Enhorabuena. —Rin le palmeó la cabeza—. Por fin has descubierto la religión.

32

Refugiada a salvo en una casa con mucha vigilancia detrás de los barracones, Rin durmió mejor esa noche que cualquier otra que pudiera recordar desde hacía años. No necesitó láudano para caer en la inconsciencia. No se despertó varias veces durante la noche, sudorosa y temblorosa, intentando oír el ataque de un dirigible que era cosa de su imaginación. No vio a Altan ni a los Cike ni Speer. En cuanto se tumbó, durmió profundamente y sin sueños, y no se despertó hasta que los cálidos rayos del sol le iluminaron la cara.

Tenía veintiún años, y era la primera noche que había podido cerrar los ojos sin temer por su vida.

Por la mañana, se levantó, se desenredó con los dedos los nudos que se le habían formado en el cabello y se miró en el espejo. Estuvo moviendo los músculos de la cara hasta que adoptó una expresión serena. Segura. Preparada. Los líderes no podían transmitir duda. Cuando salió por la puerta, era una general.

«¿Y luego qué?», preguntó la voz de Altan. «¿Su emperatriz? ¿Su presidenta? ¿Su reina?». Rin no lo sabía. Kitay y ella nunca habían hablado sobre el tipo de régimen con el que sustituirían a la República. Todo ese tiempo habían dado por sentado, de forma bastante ingenua, que, una vez que ganaran, la vida en el Imperio podría volver a la normalidad.

Pero la normalidad no existía. En cuestión de un año, habían hecho pedazos todo aquello que se había considerado normal. Ahora ya no había jefes militares ni emperatrices ni presidentes. Solo quedaba un país grandioso, enorme, bello y destrozado que se mantenía unido por la admiración compartida hacia un mismo dios.

Por ahora, Rin había decidido ser tan solo la general Fang. Aún no tenía ningún reino sobre el que gobernar. Al menos, no hasta que los hesperianos hubieran sido derrotados definitivamente.

La joven salió de la casa. Cinco guardias esperaban al otro lado de su puerta, listos para escoltarla por la ciudad. Cuando llegaron al palacio, Rin tuvo que detenerse y recordarse a sí misma que no estaba soñando. Desde el inicio de la campaña en Ruijin, había pasado tanto tiempo pensando en lo que sucedería si ella estuviese al mando que parecía irreal que de verdad estuviese en esa posición, a punto de hacerse con todo el poder.

No importaba que hubiera estado en ese mismo lugar justo el día anterior, cogiendo

artefactos de las paredes como si aquel sitio le perteneciese…, porque la realidad era que sí que le pertenecía. El día anterior había consistido en tomar posesión, en erradicar los últimos vestigios de la autoridad republicana. El día de hoy era el primero del resto de la historia nikara.

—¿Estás bien? —le preguntó Kitay.

—Sí —susurró Rin—. Solo… estoy intentando grabar todo esto en mi mente.

La esperiliana cruzó el umbral. La sangre se le subió a la cabeza. Se sentía optimista, ligera. La balanza había cambiado. Los decretos que ella misma redactara en ese palacio llegarían a todo el país. Las normas que ella concibiese se convertirían en ley.

De la noche a la mañana, había pasado a ser lo más parecido a un dios que podía ser un mortal.

«He salido de dentro del lienzo», pensó. «Y ahora soy yo quien sostiene el pincel».

Rin no dirigió su Gobierno desde aquel enorme y grandioso salón vacío. Esa estancia era demasiado inmensa e intimidante. En su lugar, lo hizo desde el despacho de guerra de Vaisra, que era más pequeño y estaba amueblado solo con una mesa y varias sillas incómodas de respaldo duro. La esperiliana no se veía capaz de sentarse en el trono del palacio. Era demasiado lujoso, desalentadoramente oficial. Y ella no estaba lista para interpretar aún el papel de emperatriz. Pero, en esa cámara atestada y carente de decoración, se sentía cómoda. En el pasado, ya había librado campañas desde allí. Le parecía lo más natural del mundo volver a hacerlo. Sentada en esa mesa, con Kitay a su derecha y Venka a su izquierda, no se sentía tan impostora. Esa era tan solo una versión mejorada de su tienda de campaña.

«Esto no está bien», decía una vocecilla en su cabeza. «Es de locos».

Pero ¿acaso los últimos dos años no habían sido una locura? Había asolado a un país. Había destruido a la Tríada. Había dirigido a un ejército. Se había convertido, en todos los aspectos, en una diosa viviente.

Si era capaz de hacer eso, ¿por qué no iba poder gobernar un país?

La primera tarea que tenía que *abordar esa mañana era* decidir qué hacer con Nezha. Los exploradores de Rin habían informado de que había huido del país junto con sus oficiales y consejeros de mayor confianza a bordo de los últimos veleros mercantes y botes pesqueros que le quedaban a la República.

—¿Adónde han ido? —preguntó Rin—. ¿A Ankhiluun? Moag no lo acogerá.

Kitay bajó la última página del informe.

—Un poco más al este.

—No puede haber ido a la Isla del Arco —replicó la joven—. Allí el aire sigue siendo tóxico.

Su amigo le dedicó una extraña mirada.

—Rin, está en Speer.

La esperiliana no pudo evitarlo, tuvo que encogerse.

Conque Nezha había buscado refugio en la Isla Muerta.

Tenía sentido. No podía ir hasta Hesperia. Eso sería lo mismo que rendirse. Pero debía de ser consciente de que no estaría seguro en ningún lugar del continente. Si quería seguir vivo, debía poner un océano de distancia entre ellos.

—Qué mono —dijo Rin con toda la calma que le fue posible aunar. Vio cómo sus amigos la

observaban. No podía dejar que pensaran que aquello la había alterado. Sin duda, Nezha había escogido Speer solo para exasperarla. La esperiliana podía oír mofas con la voz del joven: «Tal vez lo tengas todo, pero yo tengo tu hogar. Tengo el último pedazo de territorio que no controlas».

Y Rin sí que sintió cierta irritación, una profunda punzada de humillación en la espalda, en el lugar donde Nezha le había clavado una vez un cuchillo. Pero eso era todo lo que sentía: irritación. Ni miedo ni pánico. El hecho de que hubiera escapado a Speer era una táctica molesta, pero también suponía una última muestra de debilidad. A Nezha no le quedaban más cartas bajo la manga. Había perdido su capital y a su flota. Solo había gobernado la República por ser quien era, y había acabado relegado a una isla maldita y marchita donde no vivía nadie y donde apenas crecía nada. Lo único que podía hacer era provocarla.

Además, según los informes, había perdido la confianza de sus aliados. Los hesperianos ya no lo escuchaban. El Consorcio había decidido desentenderse.

—No ha recibido ningún refuerzo desde la caída de Arlong —leyó Venka—. Y los hesperianos le despojaron de su autoridad para liderar a las tropas terrestres. Ahora solo tiene a su disposición a la infantería nikara, y un tercio de esos soldados desertaron después de lo sucedido en Arlong. —La joven levantó la mirada del informe—. Increíble. ¿Creéis que el Consorcio ha desistido por completo?

—Puede que por ahora… —comenzó a decir Kitay.

Al mismo tiempo, Rin dijo:

—Desde luego que no.

—Han retirado a todas sus tropas —declaró el joven.

—Volverán —afirmó Rin.

—Tal vez dentro de unos meses —insistió Kitay—. Pero creo que han sufrido más bajas de las que…

—Eso da igual —lo interrumpió la esperiliana—. Volverán en cuanto puedan. Podría ser dentro de días o semanas. Pero van a volver a atacarnos, con contundencia, y tenemos que estar preparados. Ya os conté lo que me dijo Petra. No solo nos consideran… simples estorbos con los que comerciar. Suponemos un inconveniente para ellos. Nos consideran una amenaza existencial. Y no se detendrán hasta que acabemos convertidos en polvo.

La joven miró alrededor de la mesa.

—La lucha no ha acabado. Lo entendéis, ¿no? No han solicitado ningún armisticio. No han enviado a diplomáticos. No tenemos paz, tan solo un aplazamiento, y no sabemos cuánto va a durar. No podemos limitarnos a quedarnos sentados y esperar. Tenemos que ser los primeros en atacar.

Si hubiese dependido de Rin, habrían pasado el resto del día ocupados con la removilización militar. La joven quería comenzar con los alistamientos. Quería establecer campamentos de entrenamiento en la campiña tras registrar todo Arlong en busca de la tecnología hesperiana que quedase y hacer que sus tropas aprendieran a usarla.

Pero su prioridad debía ser la reconstrucción civil. Los ejércitos se nutrían de las ciudades, y la ciudad estaba a punto de desmoronarse.

Arlong se vio sometida a un aluvión de restauraciones. Los equipos de trabajo se extendieron

por las playas para llevar a cabo operaciones de rescate en los asentamientos que el Dragón había inundado. Se establecieron centros de triaje por toda la ciudad para tratar a los civiles que habían acabado heridos en la batalla y en la posterior ocupación. Se formaron colas ante los comedores públicos que llegaban a rodear los canales, unas intimidantes multitudes compuestas por miles y miles de personas a las que Rin tenía la responsabilidad de alimentar.

Gobernar requería una serie de competencias completamente distintas a las que se necesitaban para dirigir a un ejército, y Rin poseía muy pocas de ellas. No sabía nada sobre administración civil. Aun así, de forma repentina, un millón de tareas cotidianas pasaron a exigir su atención inmediata: reubicar a los civiles cuyos hogares se encontraban bajo el agua, poner más protección contra el saqueo y el pillaje, encontrar cuidadores para los niños cuyos padres habían muerto o desaparecido. Ya solo restaurar la ciudad para que alcanzara un nivel mínimo de funcionalidad iba a suponer una tarea descomunal. La dificultad residía en el hecho de que los funcionarios públicos, que solían ser los responsables de mantener la ciudad en marcha, estaban muertos, habían sido *encarcelados* o habían huido a Speer con Nezha.

A Rin le sorprendió haber sido capaz de lograr algo. Sin duda, no podría haber superado esa primera mañana si no hubiera sido por Kitay, que no parecía inmutarse ante la imposibilidad de su misión; mandaba llamar con calma a todo el personal y asignaba responsabilidades como si supiera exactamente dónde estaba todo y qué debía hacerse.

Aun así, esa mañana seguía sin parecer del todo real. Era como un sueño. Era absurdo el hecho de que los tres estuvieran dirigiendo una ciudad. Rin no dejaba de pasar de una increíblemente arrogante convicción de que aquello estaba bien, de que se las estaban apañando y lo estaban haciendo mucho mejor que cualquiera de los líderes corruptos que había tenido Arlong antes, a un miedo paralizante porque no estaban cualificados para ello en absoluto, porque solo eran soldados, solo eran unos niños que ni siquiera se habían graduado en Sinegard, tan poco preparados para la labor de gobernar que la ciudad se desmoronaría a su alrededor en cualquier momento. A pesar de la impresionante competencia de Kitay, sus problemas no dejaban de acumularse. En cuanto resolvían uno, recibían informes sobre decenas más. Parecía que estuvieran intentando taponar una presa con los dedos mientras el agua no dejaba de salir. Rin tenía la sensación de que, si se despistaban aunque fuera durante un minuto, acabarían ahogándose.

A media mañana, solo le apetecía hacerse un ovillo y llorar. «No quiero esto. No puedo hacerlo». Quería delegar sus responsabilidades en un adulto.

«Pero fuiste tú quien libró esta guerra», le recordó Altan. «Eras tú la que quería estar al mando. Y ya lo estás. No la cagues».

No obstante, cada vez que Rin lograba aclarar sus ideas, recordaba que no solo estaba en juego Arlong, sino todo el país.

Y los problemas de Arlong palidecían en comparación con lo que estaba sucediendo a lo largo de todo Nikan. La República había estado en peores condiciones de lo que Rin esperaba. La escasez de cereales plagaba cada provincia. El comercio de ganado era prácticamente inexistente, ya que había sido arruinado por la invasión mugenesa, y la consecuente guerra civil no había permitido que se recuperase. El pescado, un producto básico en el sudeste, también escaseaba desde que Daji había envenenado los ríos hacía un año. Las enfermedades infecciosas se disparaban. Casi todo el país sufría epidemias de tifus, malaria y disentería, y en una aldea remota

de la Provincia de la Rata, había casos sin precedentes de lepra. Esas enfermedades afectaban a las poblaciones rurales de forma habitual, pero el alboroto de la guerra había desarraigado a comunidades enteras y había obligado a determinados grupos, muchos de los cuales nunca habían estado en contacto con otros antes, a ocupar espacios más pequeños y atestados. Como resultado, se habían propagado las infecciones. La medicina hesperiana había ayudado en cierta medida. Pero ya no la tenían a su disposición.

Luego estaban las consecuencias naturales de la guerra. Los desplazamientos masivos. El vandalismo generalizado. Las rutas comerciales ya no eran seguras. Economías enteras habían dejado de funcionar. El flujo normal de mercancías, esa circulación crucial que mantenía al Imperio en marcha, había acabado destrozado, y tardaría meses, si no años, en restaurarse.

Rin no se habría enterado de la mitad de estos problemas si no lo hubiese leído en los documentos privados de Nezha: una pila de papeles, sorprendentemente detallados y ordenados, de cada petición de ayuda al Gobierno durante los últimos seis meses, escritos con una letra meticulosa, elegante y extrañamente femenina. A su pesar, a Rin eso le resultó increíblemente útil. Se pasó horas volcada en los pergaminos, subrayando las reflexiones y las soluciones propuestas por Nezha. Allí estaban plasmadas las ideas de alguien que había sido instruido para ocupar un puesto en política desde que había aprendido a leer. Una abrumadora *cantidad* de sus propuestas eran mejores que nada de lo que pudiera habérseles ocurrido a Kitay o a ella.

—No me puedo creer que dejara esto atrás —declaró la esperiliana—. Los documentos no pesan tanto. Podría habernos hecho más daño si se los hubiera llevado consigo. ¿Crees que será una trampa?

Kitay no parecía convencido.

—Tal vez.

No, ambos sabían que no era así. Las notas eran demasiado detalladas, era evidente que habían sido recopiladas a lo largo de meses de difícil gobierno. No podían haber sido concebidas de la noche a la mañana. Además, muchas de las advertencias de Nezha (la importancia de la reconstrucción de la presa, la vigilancia de la gestión del tráfico en el canal) habían resultado ser importantes.

—O… —aventuró Kitay— está intentado ayudarte. Al menos, está intentando reducir todo lo posible los desastres acontecidos en la ciudad.

Rin detestaba esa alternativa. No quería tener que reconocerle a Nezha su generosidad. Contradecía la imagen que tenía de él. Dejaba de ser el cruel y oportunista lameculos de los hesperianos contra el que llevaba movilizándose toda la campaña para convertirse en un líder genuino que hacía las cosas lo mejor que podía. Aquello le hacía pensar en el chico agotado dentro de una celda. En el chico asustado en el río.

Todo ello hacía que fuese mucho más difícil concentrarse en planificar su muerte.

—Eso da igual —dijo Rin con brusquedad—. Nezha no podría mantener esta ciudad en pie, y mucho menos un país. Estos son ahora nuestros problemas. Pásame esa página.

Hacía mucho que había pasado el mediodía cuando se tomaron un descanso para comer algo, y solo porque a Kitay había comenzado a rugirle el estómago tan alto que la distracción era insoportable. Rin había estado tan concentrada en los documentos de Nezha que se había

olvidado de que tenía hambre hasta que un oficial subalterno les puso delante unos platos con panecillos al vapor con cebolleta, pescado hervido con chiles y repollo estofado. Entonces, le entró un hambre voraz.

—Espera —le dijo Kitay justo cuando ella fue a coger un panecillo—. ¿Quién ha cocinado esto?

—El personal de palacio —le respondió el oficial que se los había servido.

—¿Siguen trabajando en las cocinas? —preguntó Venka.

—Teníamos órdenes de mantener al personal de palacio en sus puestos habituales si accedían a cambiarse de bando —dijo el oficial—. Estamos bastante seguros de que la comida es segura. Hay guardias apostados *en las cocinas* que observan cómo la preparan.

Asombrada, Rin se quedó contemplando el despliegue de platos. No había comprendido del todo, al menos hasta entonces, que era la gobernante de Nikan. Gobernaba sobre el país, lo que significaba que contaba con todos los privilegios, además de las responsabilidades. Contaba con todo un personal de palacio que la atendía. No tendría que volver a cocinar nunca más.

Sin embargo, Kitay no parecía tan contento. Justo cuando Rin fue a llevarse un trozo de pescado a la boca, su amigo le apartó de un manotazo los palillos de la mano.

—No te comas eso.

—Pero ha dicho que…

—Me da igual lo que haya dicho. —Kitay bajó el tono de voz para que el oficial no pudiera oírlo—. No sabes quién ha cocinado esto. No sabes cómo ha llegado hasta aquí. Desde luego, nosotros no hemos pedido que nos traigan el almuerzo, lo que significa que o bien el personal de cocina ha sufrido un repentino cambio de parecer, o bien alguien está muy interesado en que nos comamos esto.

—¿General? —El oficial cambió el peso de una pierna a la otra—. ¿Hay algo que…?

—Tráenos un animal —le indicó Kitay.

—¿Cómo dice?

—Un perro sería lo ideal. O un gato. Nos servirá la primera mascota que encuentres. Date prisa.

El oficial regresó veinticinco minutos más tarde con una criatura blanca, pequeña y mullida, con unas orejas puntiagudas y la cabeza gacha bajo el peso de un collar ornamentado con oro y jade. Rin pensó que esa raza debía de haber sido muy popular entre la aristocracia nikara. Se parecía mucho a los cachorritos que había visto en su día en la propiedad de Kitay.

Su amigo también parecía haberse percatado de eso, y se encogió cuando el oficial dejó al perro en el suelo.

—Los sirvientes dicen que este pertenecía a *lady* Saikhara —dijo el guardia—. Lo llaman Binbin.

—Por los dioses —masculló Venka—. No nos digas su nombre.

Todo acabó rápido. El perro se abalanzó a por el pescado hervido, pero apenas había tragado dos bocados cuando comenzó a retroceder y a gimotear lastimeramente.

Kitay avanzó, pero Rin lo agarró para impedírselo.

—Podría morderte.

Permanecieron en sus asientos, observando cómo el perro se desplomaba contra el suelo, agitado. Con sus achaparradas patas delanteras, se rascaba el estómago hinchado, como si

intentara sacarse algún parásito que le estuviera royendo las tripas. De forma gradual, los movimientos del animal se volvieron cada vez más débiles, hasta que languideció. Gimoteó una sola vez, y entonces se quedó en silencio. Parecía estar tardando una eternidad en dejar de retorcerse.

Rin sintió una violenta oleada de náuseas. Había perdido todo el apetito.

—Detened al personal de cocina —ordenó Kitay con calma—. Encerradlos en estancias separadas y mantenedlos aislados hasta que tengamos tiempo de interrogarlos.

—Sí, señor.

El oficial se marchó. La puerta se cerró detrás de él. Kitay se giró hacia Venka.

—Podría haber sido…

—Lo sé —dijo Venka con brusquedad—. Estoy en ello.

La joven se levantó, recogió su cuenco de la mesa y abandonó la estancia, seguramente para comprobar si el oficial iba a cumplir sus órdenes o a huir.

Kitay y Rin estaban sentados en silencio, atónitos. Esa calma temporal de la que había hecho gala el joven se había desvanecido. Ahora miraba hacia los platos, parpadeando rápidamente y con la boca medio abierta, como si no supiera qué decir. Rin también se sentía envuelta en una niebla de pánico. Esa traición había sido tan repentina, tan inesperada, que el pensamiento que se imponía en su cabeza era la furia que sentía por su estupidez, por haber aceptado comida de las cocinas sin ni siquiera haberse parado a pensar.

Alguien había intentado asesinarla. Alguien había intentado matarla de la forma más obvia posible, y casi había tenido éxito.

La joven se dio cuenta entonces de que no podría volver a sentirse segura ni siquiera en su propio despacho.

La puerta crujió al abrirse.

Rin se sobresaltó.

—¿Qué sucede?

Era un mensajero. Este vaciló tras analizar los rostros angustiados de los jóvenes. Entonces, tímidamente, levantó un pergamino en dirección a Rin.

—Hay una…, mmm…, misiva.

—¿De quién? —preguntó Kitay.

—Lleva el sello de la dinastía…

—Tráelo aquí —lo interrumpió Rin—. Y lárgate.

En cuanto se cerró la puerta, la esperiliana abrió el pergamino con los dientes. No sabía por qué el corazón le latía con tanta fuerza, por qué sentía aquella oleada de temerosa expectación a pesar de que Nezha había perdido, había huido, se había retirado a un lugar tan alejado en mitad del *océano* que no podía suponer ninguna amenaza para ella.

«Cálmate», se dijo a sí misma. «Esto no es nada. Él no tiene nada. Es solo una formalidad por parte de un enemigo derrotado».

Hola, Rin. Espero que estés disfrutando del palacio. ¿Te has quedado con mis antiguos aposentos?

Creo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta deque este país está en la mierda. Déjame

adivinarlo: Kitay lleva toda la mañana revisando los informes de agricultura. Seguramente las incongruencias lo hayan puesto de los nervios. Te daré una pista: los magistrados más listos siempre declaran un rendimiento de sus cosechas inferior al esperado para obtener más subsidios. O puede que de verdad se estén muriendo de hambre. Cuesta saberlo, ¿no?

—Mierdecilla condescendiente —masculló Rin.

—Espera. —Kitay ya iba por la segunda página. Llegó hasta el final, pestañeó y se la entregó a Rin—. Sigue leyendo.

El personal de cocina es bueno, pero acabarás descubriendo que algunos siguen guardándole mucha lealtad a mi familia. Espero que no te hayas comido el almuerzo.

A Rin se le secó la boca. Era imposible que Nezha estuviera al corriente de eso. ¿Cómo iba a saberlo?

No los castigues a todos. Seguramente sea cosa del jefe de cocina, Hairui, o de su ayudante. Los otros no tienen suficientes agallas. Es decir, conociéndote, seguramente los metas a todos en prisión, pero al menos conserva a Minmin y al pequeño Xing en la cocina. Hacen unos excelentes panecillos al vapor. Y te encantan, ¿no?

Rin bajó la carta. De repente, le costaba respirar. Las paredes parecían cerrarse a su alrededor, y el oxígeno desaparecía del aire.

«Alguien nos está espiando».

—Nezha no está en Speer —declaró Rin—. Está aquí.

—No puede ser —dijo Kitay—. Nuestros exploradores lo vieron marcharse…

—Eso no quiere decir nada. Podría haber vuelto. Controla la puñetera agua, Kitay. ¿No crees que podría haber hecho el viaje río arriba en una sola noche? Nos está observando…

—No tiene a dónde ir —replicó él—. Eso sería un suicidio. Venga ya, Rin… ¿Crees que está escondido en alguna choza de la ciudad? ¿Qué te vigila desde los rincones?

—Sabe lo de los graneros. —El tono de voz de Rin subió un par de octavas—. ¡Sabe lo de los putos cocineros! Dime, Kitay, ¿cómo coño iba a saber eso, a no ser que…?

—Porque es la conclusión más evidente del mundo —dijo Kitay—. Y sabe lo de los graneros porque esos son los mismos problemas a los que él se ha estado enfrentando durante meses. Hasta que llegamos nosotros, alimentar a este país era problema suyo. No tiene a nadie que te espíe de cerca, solo intenta asustarte. No se lo permitas.

Rin le lanzó una mirada incrédula.

—Creo que estás sobreestimando sus capacidades a la hora de hacer conjeturas.

—Y yo creo que tú estás sobrevalorando las ganas que tiene Nezha de morir —le dijo su amigo—. No se está escondiendo en la ciudad. Eso sería, sin lugar a dudas, un suicidio. Claro que tiene exploradores, pero nosotros estamos en su puta capital… Por supuesto que habrá personas que le estarán informando de lo que vean.

—Entonces, sabrá…

—Pues que lo sepa. Tenemos que actuar dando por hecho que Nezha se hace una buena idea de lo que estamos planeando. Eso es inevitable en los regímenes que ocupan el poder. No puedes mantener tus operaciones en secreto durante mucho tiempo. Hay demasiada gente involucrada. Al final, eso no importará. Contamos con muchas buenas ventajas. No puedes echarlas por tierra por acojonarte de miedo.

Rin se obligó a respirar varias veces profunda y temblorosamente. Poco a poco, se le ralentizó el pulso. La oscuridad que se había estado apoderando de su visión comenzó a desaparecer. Cerró los ojos con fuerza para intentar organizar sus pensamientos, para intentar analizar el problema.

Sabía que tenía enemigos en Arlong. Lo había sabido desde el principio. No le quedaba otra opción que pedirle a gran parte del anterior personal administrativo que permaneciera en sus puestos, solo porque no contaba con personas cualificadas para reemplazarlo. No sabía cómo dirigir un país, así que tenía que usar a los republicanos que sí sabían. Por supuesto, todos se habían cambiado de bando y se habían integrado en su régimen, pero ¿cuántos de ellos estarían conspirando en secreto contra ella? ¿Cuántos mantendrían contacto con Nezha? ¿Cuántas pequeñas trampas habría dejado este a su paso?

A Rin se le aceleró la respiración. El pánico había regresado Comenzó a verlo todo negro. Sintió un miedo tenue y sigiloso, un cosquilleo bajo la piel, como si millones de hormigas le estuvieran trepando por el cuerpo.

No logró deshacerse de esa sensación. Se sintió igual durante el resto de la tarde, e incluso después de haber interrogado al personal de cocina y haber ejecutado al cocinero jefe. Esa sensación no hizo más que intensificarse, hasta pasar a convertirse en un aluvión de síntomas: una fatiga debilitante, un dolor de cabeza palpitante que no dejaba de aumentar a medida que se le cansaba la vista, a medida que buscaba a su alrededor unas sombras que no existían.

El palacio había dejado de parecer un patio de recreo vacío. Ahora daba la impresión de ser una casa de oscuridad infinita, plagada de miles de enemigos a los que Rin no podía ver ni anticiparse.

—Lo sé —le decía Kitay cada vez que ella expresaba sus miedos—. Yo también estoy asustado. Pero así es el gobierno, Rin. Siempre hay alguien que no te quiere en el trono. No obstante, tenemos que seguir adelante. No podemos soltar las riendas. No hay nadie más para cogerlas.

Siguieron pasando los días. De forma lenta e increíble, las tareas de administración de la ciudad dejaron de ser como un sueño enfermizo para convertirse en una labor más cotidiana a medida que se habituaban a la rutina. Se levantaban una hora antes del *amanecer,* analizaban los informes de inteligencia durante las primeras horas de la mañana, se pasaban el mediodía revisando los proyectos de reconstrucción que habían puesto en marcha y apagaban los fuegos que habían ido apareciendo durante el día.

No habían conseguido que Arlong volviese a la normalidad. Ni se acercaban. La mayor parte de la población civil se hallaba desplazada y acampaba en chabolas improvisadas en los mismos terrenos en los que, en el pasado, Vaisra había acorralado a los refugiados sureños. La escasez de alimentos era un problema persistente. Las cocinas comunitarias siempre se quedaban sin comida mucho antes de que toda la cola estuviese servida. Simplemente no contaban con suficientes

raciones, y Rin no tenía ni idea de dónde podían conseguir más con tan poca antelación. Su mayor esperanza era aguardar las misivas de Moag y esperar a que ella pudiera intercambiar barcos repletos de antigüedades nikaras por grano hesperiano de contrabando.

Sin embargo, de algún modo, a medida que los días se convertían en semanas, el control de Rin sobre la ciudad pareció estabilizarse. La administración civil, compuesta por soldados sureños sin experiencia y oficiales republicanos que tenían que estar vigilados en todo momento, había pasado a ser un método semifuncional y autosuficiente. Se había restaurado en la ciudad cierta apariencia de orden. En las calles ya no se producían peleas y disturbios. Los soldados republicanos que no habían huido o bien habían dejado de intentar causar problemas, o bien habían sido detenidos y encerrados en prisión. Arlong no había recibido al sur con los brazos abiertos, pero parecía que comenzaba a aceptar a su nuevo gobierno a regañadientes.

Todo eso suponía tímidas señales de progreso. O, al menos, esa era la mentira que Rin y Kitay se contaban a sí mismos para evitar enfrentarse a la aplastante realidad de que eran unos niños sin preparación ni cualificación haciendo malabares con un edificio imponente que podía derrumbarse en cualquier momento.

Rin, Kitay y Venka siempre se atrincheraban en la sala de guerra hasta mucho después del atardecer. Cuando la luna aparecía en el cielo, pasaban de encorvarse sobre la mesa a sentarse en el suelo, para acabar tumbados junto al fuego mientras se pasaban botellas de vino de sorgo que habían sacado de las bodegas privadas de Vaisra, dejando atrás cualquier pretensión de seguir trabajando.

Los tres habían empezado a beber con asiduidad. Era como una obsesión. Al fin y al cabo, el alcohol comenzó a parecerles tan necesario como comer o beber agua. Era lo único que aliviaba ese estrés debilitante que les atenazaba las sienes. Durante esas horas, pasaban a sentir lo contrario a la ansiedad. En privado, se convertían en unos megalómanos de forma temporal. Sobre todo fantaseaban con lo que cambiarían en el Imperio una vez que lo pusieran todo en orden. El futuro estaba lleno de castillos de arena, de perspectivas poco sólidas que podían ser destruidas y reconstruidas a su antojo.

—Prohibiremos el matrimonio infantil —sentenció Rin—. Declararemos ilegal el hecho de acordar matrimonios hasta que los implicados tengan al menos dieciséis años. Haremos que la educación sea obligatoria. Y necesitaremos una escuela de oficiales, claro…

—¿Vas a reinstaurar Sinegard? —le preguntó Venka.

—No será en Sinegard —dijo Kitay—. Ese lugar tiene demasiada historia. Construiremos una nueva academia en algún sitio del sur. Y renovaremos todo el plan de estudios… Pondremos el foco en Estrategia y Lingüística, y nos centraremos menos en Combate…

—No puedes deshacerte de la asignatura de Combate —replicó Venka.

—Pero sí de la forma en la que Jun la impartía —dijo Rin—. Las artes marciales no son aptas para los campos de batalla sino para el escenario de una ópera. Tenemos que enseñar cosas que preparen para una guerra moderna. Artillería. Arcabuces, *cañones y* todo eso.

—Yo quiero una división de dirigibles —declaró Venka.

—Te conseguiremos uno —le prometió Kitay.

—Quiero una docena. Todos equipados con cañones de última generación.

—Lo que tú desees.

A medida que caía la noche, sus ideas siempre pasaban de ser atrevidas a optimistas y, por

último, eran simplemente absurdas. Kitay quería patentar una serie de ábacos estándar porque, al parecer, era preferible el chasquido de las cuentas del tamaño de un guisante. Venka quería prohibir los peinados intrincados y pesados que utilizaban las mujeres de la aristocracia, argumentando que les dañaban el cuello. Lo mismo con los gorros negros de doble solapa que llevaban los burócratas del norte, solo porque eran feos.

Esas últimas propuestas solían ser triviales, así que obviamente no iban a invertir tiempo en ellas. Aun así, les emocionaba lanzar ideas al aire como si tuvieran el poder de hacerlas realidad. Y luego recordaban que así era, que lo habían conseguido, porque ese país era suyo ahora, y todos los demás tenían que hacer lo que ellos dijeran.

—Quiero que la matrícula para todas las academias de estudios sea gratuita —dijo Rin.

—Quiero que el castigo para las relaciones sexuales no consentidas sea la castración —dijo Venka.

—Quiero que se hagan varias copias de cada texto antiguo de los archivos para poder enviarlos a las mejores universidades y evitar la pérdida del conocimiento —dijo Kitay.

Y podrían haber tenido todo eso. Porque ahora eran ellos los que estaban al mando, joder. Por absurdo que fuera, ocupaban el trono de Arlong, y lo que ellos dijeran era ley.

—Soy una fuerza de la creación —murmuró Rin mientras contemplaba el techo y veía cómo daba vueltas. El vino de sorgo de Vaisra le quemaba, dulce y ácido, en la lengua. Quería beber más, sentir arder sus entrañas—. Soy el principio y el fin. El mundo es un cuadro, y yo tengo el pincel. Soy una diosa.

Sin embargo, siempre llegaba otra mañana acompañada de punzantes dolores de cabeza causados por las indulgencias de la noche anterior. También regresaban el cansancio, la exasperación y la creciente angustia que conllevaba intentar reparar un país que se había pasado la mayor parte de su historia en guerra.

Parecía que cada pequeño progreso que conseguían en Arlong perdía constantemente su valor al recibir malas noticias del resto del país. Los ataques de los bandidos no dejaban de multiplicarse. Las epidemias empeoraban. Los vacíos de poder se estaban extendiendo a lo largo de todas las provincias del sudeste que el ejército de Rin había conquistado. Y como ella no contaba con suficientes soldados como para poder desplegarlos a nivel nacional y así cimentar su régimen, se estaban formando decenas de focos rebeldes a modo local a los que más tarde tendría que hacerles frente.

La mayor emergencia era la de la comida. En la sala de guerra debatían sobre ello. Los cereales, que cada vez eran más escasos, eran el asunto del que trataba cada misiva que recibían de las ciudades de la periferia; eran la causa de casi cada disturbio que las tropas de Rin tenían que sofocar. Hasta entonces, Arlong había estado sobreviviendo gracias a los envíos regulares de suministros hesperianos, y ahora eso también había desaparecido.

Ni siquiera Kitay lograba encontrar una solución. Por muchos malabares que hicieran con los recursos, la diplomacia o una inteligente reorganización, no podían enmascarar el hecho de que no tenían reservas de cereales.

Moag, que había sido la mejor opción de Rin, envió una breve carta con la que hizo añicos sus esperanzas.

«Imposible, pequeña esperiliana», le escribió. «No puedo conseguirte tanto grano en tan poco tiempo. Y, ahora mismo, los tesoros de Arlong no valen mucho en el mercado. Primero, porque cuesta mucho eludir el embargo cuando es tan evidente que son objetos nikaras; y segundo, porque los artefactos de la familia Yin se han devaluado bastante. Seguro que entenderás el motivo. Sigue buscando. Sin duda, acabarás encontrando algo que puedan querer».

El perverso lado bueno de la inminente hambruna era que los alistamientos habían aumentado, ya que los reclutas del ejército eran los únicos que tenían garantizadas dos raciones completas al día. Pero, entonces, cómo no, cuando esto pasó a ser de conocimiento público, comenzaron las protestas y las peleas alrededor de los barracones por lo que la gente consideraba una injusticia.

Rin pensó que aquello era una metáfora terriblemente acertada de sus frustraciones para con la ciudad. ¿Por qué no iba a recibir el ejército un trato de favor? La fuerza de sus defensas era algo crítico, ahora más que nunca… ¿Por qué los demás no eran capaz de verlo?

Cada reunión interminable, cada conversación redundante que mantenían sobre cómo alimentar a la ciudad era mucho más frustrante, porque Rin no podía evitar sentir que todo aquello no era más que una distracción. Que estaba perdiendo el tiempo intentando restaurar un país roto para que volviera a ser funcional, cuando era evidente que lo prioritario era terminar de completar su victoria.

Estaba cerca del final, casi podía saborearlo.

Una campaña más. Una batalla más. Y, entonces, la única que quedaría en pie sería ella, sentada sobre su trono en el sur, preparada para rehacer ese país roto a su antojo.

Pero nada de eso tenía que ver con sus ambiciones personales, sino con esa amenaza constante que nadie más se percataba de que era mucho más aterradora que la hambruna.

Los hesperianos iban a regresar.

¿Y por qué no iban a hacerlo? ¿Por qué no iban a atacar ya, cuando sabían que el régimen incipiente de Rin se encontraba en una tesitura tan inestable? Si ella hubiera estado al mando de los hesperianos, habría pedido aeronaves adicionales y habría lanzado un contraataque en cuanto hubiera podido, antes de que los nikaras pudieran reconstruir su ejército.

La esperiliana no contaba con fuerzas de artillería capaces de derribar dirigibles. Tan solo tenía la mitad de sus cifras iniciales, ahora que Cholang y sus tropas se habían retirado de vuelta a la Provincia del Perro. Tampoco contaba ya con otros chamanes en la ofensiva, la Tríada había desaparecido, y Dulin y Pipaji habían muerto. No le quedaba nada más que el fuego para detener a Occidente, y no sabía si con ella sola bastaría.

En sus sueños volvía a ver los dirigibles, una horda de zumbidos que inundaban el cielo, más de los que podía contar. Descendían con todas sus fuerzas hacia las costas nikaras, rodeando a Rin desde el aire. La esperiliana veía los rostros de sus pilotos: uniformemente pálidos, con unos ojos azules demoníacos que se reían de ella mientras apuntaban los cañones en su dirección.

Y antes de que la joven pudiese levantar los brazos hacia el cielo, abrían fuego. El mundo estallaba en un montón de tierra esparcida y llamas anaranjadas, y a pesar de toda su bravuconería, lo único que Rin podía hacer era agacharse, envolverse la cabeza con las manos y esperar que la muerte no tardara en llegar.

—Rin. —Kitay la sacudió por los hombros—. Despierta.

Le sabía la boca a sangre. ¿Se había mordido la lengua? La joven se giró de lado, escupió y se

encogió al ver una salpicadura carmesí en sus sábanas.

—¿Qué? —preguntó, asustada de pronto—. ¿Qué ha…?

—No ha pasado nada —le respondió Kitay. Le mostró lacara interna de su labio inferior. Tenía unas marcas enrojecidas en esa zona—. Pero me estás haciendo daño.

—Por los dioses. —La joven sintió una punzada de culpa—. Lo siento.

—No pasa nada. —Kitay se frotó la mejilla y bostezó—. Solo… intenta volver a dormirte.

Entonces, la esperiliana se dio cuenta de lo cansado que parecía sentirse su amigo, de lo estropeado y desmejorado que estaba, de lo diferente que era de la persona autoritaria y segura de sí misma que aparentaba ser durante el día.

Eso la asustó. Era una prueba física de que todo era, al fin y al cabo, una farsa. De que eran falsos aspirantes al trono que fingían ser competentes mientras la victoria se les escapaba entre los dedos.

El Imperio se estaba fracturando. Su pueblo se estaba muriendo de hambre. Los hesperianos iban a regresar, y ellos no tenían nada con lo que detenerlos.

Rin agarró al chico de los dedos.

—Kitay.

Él le apretó la mano. Parecía tan joven. Parecía tan asustado.

—Lo sé.

Lo peor de todo fue que las cartas no cesaron.

Eran persistentes. Al parecer, Nezha estaba intentando librar una guerra psicológica por medio de un aluvión de pergaminos. Aparecían en el exterior de los aposentos de Rin. Se colaban entre sus informes de inteligencia. No dejaban de aparecer con sus comidas. Rin había sustituido al personal de cocina tantas veces que la calidad de la comida era ahora indudablemente mala. Sin embargo, cada día a mediodía aparecía sin falta un pergamino debajo de su cuenco de gachas.

Una mañana, la joven encontró una carta sobre su almohada y se embarcó de inmediato en una cacería para encontrar al mensajero. No obstante, ni siquiera un registro exhaustivo de todos los barracones le dio ninguna pista. Llegado un momento, dejó de intentar de interceptar a los mensajeros sospechosos (lo que habría requerido que sustituyera a casi todo su personal) y comenzó a desahogarse rompiendo y quemando los pergaminos de Nezha.

Pero solo después de leerlos. Siempre tenía que leerlos antes. Debería haberlos quemado sin mirarlos. Era consciente de que leerlos era entrar en su juego. Sin embargo, no podía evitarlo. Necesitaba estar al tanto de lo que sabía Nezha.

Rin nunca era capaz de determinar el tono de esas cartas. A veces parecían burlarse de ella y ser condescendientes. Nezha sabía que la esperiliana no estaba capacitada para gobernar, y disfrutaba claramente de ello. Pero, otras veces, le prestaba una ayuda genuina.

Lao Ho es el hombre ideal para supervisar la fiscalidad regional, si es que aún no lo has encerrado en prisión.

Y dile a Kitay que, por mucho que quiera reorganizar el sistema de etiquetado de los viejos anales de la biblioteca, es así por un motivo. Los primeros numerales representan su importancia, no el tamaño del pergamino. No dejes que se confunda.

Alternaba constantemente entre las burlas y la información precisa e importante. Rin era incapaz de concebir qué se le estaría pasando por la cabeza. ¿Estaría jugando a algo? Si así era, estaba funcionando. Las provocaciones redoblaban la frustración de la joven. Le enfurecía que sus errores fuesen tan evidentes que resultaran obvios incluso al otro lado del estrecho. Los consejos llegaban a ser incluso una tortura mayor, porque nunca sabía si seguirlos, y pasaba mucho tiempo dándoles vueltas a las sugerencias de Nezha, intentando averiguar qué motivo oculto podría haber detrás de ellas. Tanto era así que Rin lograba llevar a cabo muchas menos cosas que si no hubiera leído nada en absoluto.

El joven siempre concluía sus cartas con la misma oferta. «Vamos a negociar. Los hesperianos tienen excedente de grano, ya que cuentan con máquinas que lo plantan por ellos. Tienen comida de sobra. Solo tienes que hacer algunas concesiones para obtenerla».

A Rin jamás le pareció una oferta mínimamente atractiva. Cuantas más misivas recibía, más condescendiente era el tono.

«Quédate con tu grano», quería responderle ella. «Prefiero morir asfixiada antes que dejar que seas tú quien me alimente. Prefiero morirme de hambre antes que tomar nada que provenga de ti».

No obstante, reprimió el impulso de hacerlo. Si le enviaba alguna respuesta a Nezha, entonces este sabría que había estado leyendo sus cartas.

Aunque, de todas formas, ya debía de saberlo. Cada misiva transmitía una aterradora omnisciencia. Nezha identificaba tan claramente los asuntos que les generaban problemas que bien podría haber estado de pie junto a Rin en la sala de guerra. La esperiliana sabía que intentaba hacerla sentirse paranoica, pero estaba funcionando. Ya no se sentía segura en su propia habitación. No lograba descansar. Kitay y ella tuvieron que volver a dormir por turnos, cada uno velando la cama del otro. De lo contrario, Rin sentía una ansiedad tan grande que ni siquiera podía cerrar los ojos. Apenas podía concentrarse en ningún sitio. No dejaba de mirar de un lado para otro, en busca de espías o asesinos. Comenzó a pasar los días atrincherada en la sala de guerra porque era el único lugar en el que se sentía segura, con una única ventana a tres pisos de altura y la única puerta de entrada custodiada por una docena de soldados elegidos por ella misma.

—Tienes que dejar de leerlas —le dijo Venka.

Rin estaba contemplando la última misiva. Observó fijamente los caracteres hasta que se le quedaron grabados en la retina, como si, al mirarlos durante el tiempo suficiente, fuese a conseguir descifrar la intención de Nezha.

—Deja eso, Rin. Está vacilándote.

—No, no me está vacilando —espetó ella—. Fíjate, sabe que hemos intentado conseguir grano de contrabando de Moag. Sabe…

—Por supuesto que lo sabe —la interrumpió Venka—. Es la conjetura más obvia. ¿Qué otra cosa íbamos a intentar? Al leer eso, le estás dejando ganar. Te está vacilando porque está exiliado en esa isla en el culo del mundo y no puede hacer nada más que dar el cante…

—«Dar el cante». —Rin bajó el pergamino—. Qué forma más curiosa de expresarlo.

Se produjo un silencio incómodo. Kitay levantó la mirada de una pila de informes comerciales con las cejas arqueadas.

Venka parpadeó.

—¿Cómo dices?

Por un momento, Rin se quedó contemplándola, impasible, mientras su mente se apresuraba a darle vueltas a la conclusión a la que acababa de llegar.

No había vuelta de hoja. Había leído hacía nada esas palabras escritas con la letra de Nezha. Habían llamado su atención porque era una frase muy específica. «Seguro que crees que solo quiero dar el cante, pero fíjate en los libros de contabilidad y verás que tengo razón». Esa frase no aparecía en ninguna de las anteriores cartas de Nezha. Lo habría recordado. Y Venka aún no había leído la que Rin tenía en la mano, a no ser que…

A no ser que…

La estancia pareció oscurecerse. Rin entornó la mirada.

—¿Cómo sabías que Nezha iba a tomar posición en Xuzhou?

A Venka le tembló la garganta al tragar.

—¿Qué quieres decir?

—Responde a la pregunta.

—Interceptamos a sus mensajeros. Ya te lo dije…

—Eso es algo que se te da muy bien —le espetó Rin.

La esperiliana vio cómo Venka movía los músculos del rostro, como si no supiera si debía sonreír y aceptar el cumplido. Parecía asustada. ¿Significaba eso que estaba mintiendo? Debía de tratarse de eso. Si no, ¿qué otro motivo podía tener para estar asustada?

—Responde. —Rin se levantó—. ¿Cómo crees que se enteró Nezha de que estábamos intentando reunir a la Tríada?

Durante un momento, Venka abrió la boca sin emitir ningún sonido.

—No te entiendo.

—Creo que sí que me entiendes. —Rin dio un paso hacia ella. Le zumbaban los oídos. Bajó la voz—. ¿Sabes cuánta gente estaba al corriente de ese plan? Cinco personas. Kitay, el maestro Jiang, la Víbora, tú y yo.

Venka retrocedió.

—No sé qué…

—Rin —la interrumpió Kitay—. No hagas esto. Hablémoslo…

La esperiliana lo ignoró.

—Tengo otra pregunta. —No iba a darle a Venka la oportunidad de aclarar sus ideas, de que se le ocurriera una excusa. Quería soltarle todas sus sospechas de golpe, montar su teoría teniendo en cuenta todos los ángulos hasta que Venka se derrumbara a causa de la presión—. ¿Por qué no nos dijiste que Nezha iba a bombardear Tikany?

Venka le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Y cómo coño iba a saberlo?

—Una vez que nos hicimos con la Colmena, nos hiciste creer que estábamos a salvo —comentó Rin—. Me dijiste que Nezha no tenía pensado lanzar ningún ataque al norte. Me dijiste que estaba enfermo.

—¡Porque lo estaba! —Venka elevó la voz varias octavas—. Todos hablaban sobre ello. No podría haberme inventado eso…

Kitay agarró a Rin del codo.

—Ya es suficiente…

Rin se zafó del agarre del joven.

—Y, sin embargo, dos semanas más tarde, estaba en Tikany, milagrosamente curado. Respóndeme a algo, Venka: ¿por qué te dejaron con vida en el Yunque? El ejército sureño estuvo bajo asedio durante meses, pero tú saliste ilesa de allí. ¿Por qué?

A Venka se le pusieron las mejillas completamente pálidas a causa de la furia.

—Esto es una chorrada.

—Responde a la pregunta.

—¿Crees que soy una espía? ¿Yo?

—¿Por qué te fuiste de Arlong esa noche? —insistió Rin.

La otra joven lanzó las manos al aire.

—¿Qué noche?

—En Arlong. La noche en la que huimos. Todos teníamos nuestros motivos para salir de allí, todos intentábamos salvar nuestra vida, excepto tú. Nadie iba tras de ti. ¿Por qué te fuiste?

—¿Estás de coña? —le espetó Venka—. Me fui por ti.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? —insistió la esperiliana. Ahora todo le resultaba tan obvio… Las piezas encajaban a la perfección. El repentino cambio de parecer de Venka, la inverosimilitud de sus motivaciones… Las contradicciones eran tan evidentes que a Rin le sorprendió no haberse dado cuenta antes—. Nunca te caí bien. Me odiabas en Sinegard. Me considerabas chusma de piel oscura. Creías que todos los del sur éramos basura de piel oscura. ¿Qué te hizo cambiar de mentalidad?

—Esto es increíble, joder —estalló Venka.

—No, lo que es increíble es que una aristócrata sinegardiana decida unirse a unos rebeldes sureños. ¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo? ¿Has estado informando de todo a Nezha desde el principio?

Kitay golpeó la mesa con el puño.

—Rin, cierra el puto pico.

A la joven le sorprendió tanto la vehemencia con la que se lo dijo que, a su pesar, guardó silencio.

—Estás agotada. —Kitay le arrebató el pergamino de las manos y comenzó a romperlo en pedacitos con gran ferocidad—. No vas a seguir leyendo esto. Estás dándole a Nezha exactamente lo que quiere…

—O puede ser que acabe de encontrar a nuestro topo —declaró Rin.

—No seas ridícula —le espetó el joven.

—Tú también has leído ese pergamino, Kitay. Has visto esas mismas palabras…

—Es una puta frase hecha… —comenzó a decir Venka.

—Una que solo usas tú. —Rin la señaló con un dedo—. Porque eres tú quien ha escrito estos pergaminos, ¿verdad? Llevas haciéndolo todo este tiempo. Te ríes de nosotros, ves cómo nos ponen nerviosos…

—Estás loca, joder —dijo Venka.

—Seguro que es eso lo que queréis que piense —gruñó la esperiliana—. Nezha y tú…

De pronto, algo cambió en la expresión de Venka.

—Al suelo.

Entonces, la joven se abalanzó sobre Rin, agarrándola por la cintura, como si intentara inmovilizarla.

Rin no llegó a procesar lo que había oído. Solo vio a Venka avanzar hacia ella y, cegada por la rabia, adoptó el modo de lucha que la había mantenido viva hasta el momento. Por eso, en lugar de retorcerse y esquivarla en el suelo, agarró a Venka por los hombros y le clavó la rodilla en el muslo.

Más tarde, Rin se torturaría a sí misma pensando si había sido culpa suya. No pararía de darles vueltas a las cosas que debería haber hecho. Debería haberse dado cuenta de que las últimas palabras de Venka habían sido una advertencia, no una amenaza. Debería haberse dado cuenta de que Venka no iba armada, y de que sus manos no se dirigían hacia su cabeza o su cuello, que era lo que habría pasado si de verdad hubiera querido hacerle daño. Debería haber visto que Venka tenía el rostro retorcido por el miedo, y no por la rabia.

Debería haber entendido que Venka intentaba salvarle la vida.

Sin embargo, en ese momento, Rin estaba tan convencida de que era una traidora, de que iba a atacarla, que no se percató de la flecha que había atravesado el cuello de su amiga hasta que ambas se desplomaron contra el suelo. No se dio cuenta hasta después de haberle quemado los hombros. No se dio cuenta hasta que Venka comenzó a retorcerse y ya no se levantó.

Rin tardó mucho en percatarse de que había una silueta al otro lado de la ventana.

Otra flecha pasó volando. La esperiliana contempló su recorrido, impotente y aterrorizada; no le acertó a Kitay por poco. El joven se escondió debajo de la mesa y la flecha acabó clavada en el umbral de la puerta.

Rin apuntó con la palma de la mano hacia la ventana. Las llamas rugieron. El cristal explotó. A través del fuego, pudo ver una figura vestida de negro saliendo disparada por los aires.

La esperiliana salió de debajo del cuerpo de Venka y corrió hacia la ventana. El asesino yacía hecho un guiñapo tres plantas más abajo. No se movía. A ella eso le daba igual. Señaló hacia él y un torrente de fuego le cayó encima, envolviendo su cadáver.

Rin intensificó la potencia de la llama, hizo que ardiera tanto como fue capaz, hasta que dejó de ver el cuerpo, solo unas ondulaciones densas y turbulentas de color anaranjado por el aire. No quería conservar el cuerpo del asesino. Sabía quién lo había enviado: o bien Nezha, o bien la Compañía Gris, o los dos trabajando juntos. No había ningún misterio que resolver. Rin nunca conseguía sacar nada en claro de los interrogatorios. Tal vez hubiese sido prudente intentarlo. No obstante, en ese momento, lo único que quería era ver algo arder.

33

A la mañana siguiente, el ejército sureño partió hacia Tikany.

Rin no podía gobernar desde la Provincia del Dragón. Era algo que debería haber sido evidente desde el principio. No era su provincia natal, no conocía los entresijos del funcionamiento de la ciudad y no contaba con apoyo local. En Arlong, era una advenediza extranjera que se enfrentaba a siglos de discriminación contra los sureños. La muerte de Venka había sido la gota que había colmado el vaso. Había sido una muestra de que, si Rin quería cimentar su Gobierno, tendría que hacerlo desde su hogar.

Una pequeña multitud de civiles se congregó en el valle para observar cómo pasaban por allí las columnas de soldados. Por sus expresiones sombrías, Rin no era capaz de discernir si estaban despidiéndose del ejército sureño con respeto, si simplemente se alegraban de verlos partir o si temían que se estuvieran llevando consigo toda su comida.

La joven dejó allí apostada a una patrulla mínima (tan solo trescientos soldados, que era lo máximo que estaba dispuesta a sacrificar) para mantener la ocupación de la ciudad. Seguramente fracasarían. Tal vez Arlong acabase colapsando ante la presión que suponía esa gran escasez de recursos. Tal vez sus civiles acabaran emigrando en masa, o tal vez vencieran a las tropas sureñas en una revuelta interna. Daba igual. Arlong no era una gran pérdida. Llegaría el día en el que esa ciudad sería completamente suya, libre de disidentes, desprovista de sus tesoros y transformada en un centro de recursos controlado y complaciente para su régimen.

Pero, antes, Rin tenía que reclamar el sur.

La esperiliana mantuvo la mira puesta en Tikany, en volver a casa, e intentó no pensar demasiado en lo mucho que su partida apestaba a fracaso.

Kitay y ella pasaron gran parte del viaje en silencio. No tenían mucho de lo que hablar. Para el cuarto día de travesía, habían agotado todos los temas de conversación que podían mantener sobre los recursos que les quedaban, sobre el número de soldados con el que contaban ahora y sobre los cimientos que tendrían que establecer en Tikany para entrenar a una fuerza de combate capaz de acabar con Occidente. A esas alturas, todo lo demás solo eran conjeturas inútiles.

No podían hablar sobre Venka. Lo habían intentado, pero, cuando abrían la boca, no salía ninguna palabra, solo un silencio pesado y reprobatorio. Kitay opinaba que su muerte la exoneraba. Rin seguía convencida de que la joven podía haber sido la informante, pero cualquier

otra alternativa también era posible. Venka no había sido la única con acceso a la información a la que Nezha no dejaba de aludir. Algún oficial subalterno podría haber estado informando sin problema a la República a lo largo de la marcha del ejército sureño. Desde la muerte de Venka, los pergaminos habían dejado de aparecer, pero tal vez fuese porque se habían marchado de Arlong. Venka seguía siendo una cuestión abierta. Era, al mismo tiempo, una traidora y una aliada. Ese era el único modo en el que Rin podía soportar recordarla.

La esperiliana no quería saber la verdad. Ni siquiera quería conjeturar. Simplemente no podía pensar en Venka durante demasiado rato, porque entonces comenzaba a dolerle el pecho como si le hubieran clavado un cuchillo invisible, y los pulmones se le encogían como si estuviera bajo el agua. La expresión confusa y reprobatoria de Venka no dejaba de aparecer en su mente, pero, si se concentraba mucho en ella, comenzaba a ahogarse, y el único modo de detener esos sentimientos era ardiendo.

Era mucho más sencillo concentrarse en la rabia. A lo largo de todo su confuso duelo, lo único que sacó en claro era que aquella lucha no había acabado. Hesperia la quería muerta. Hesperia iba a por ella.

Ya no soñaba con la muerte de Nezha. Ese rencor le parecía demasiado insignificante ahora, y pensar en su cuerpo mutilado no le producía ninguna satisfacción. Había tenido la oportunidad de acabar con él y no la había aprovechado.

No, Nezha no era el enemigo, tan solo era uno de sus numerosos títeres. Rin ya se había dado cuenta de que su guerra no era civil, sino mundial. Y si quería paz, una verdadera y perdurable, entonces tendría que acabar con Occidente.

Al cabo de dos semanas, la travesía hacia Tikany se convirtió en un mosaico de sufrimiento humano.

Rin no sabía qué era lo que había esperado que sucediera cuando llegara al sur. Tal vez no esperaba oír los gritos de regocijo de los liberados, no era tan ingenua. Sabía que era la responsable de que el país estuviera fracturado, destrozado en todos los sentidos por esos años de guerras continuas. Sabía que los desplazamientos en masa, las malas cosechas, el hambre y los bandidos eran problemas con los que tendría que lidiar en algún momento, pero los había relegado al fondo de su mente, les había restado prioridad para centrarse en el problema más urgente, que era el inminente ataque hesperiano.

Sin embargo, costaba mucho más ignorar los problemas cuando los tenía delante.

El ejército sureño acababa de cruzar la frontera hacia la Provincia del Gallo cuando la gente comenzó a acercarse a ellos en el camino para hacerles súplicas. Al parecer, se había extendido por las aldeas la noticia del regreso de Rin y, a medida que la columna se adentraba en el corazón del sur, grandes multitudes empezaron a presentarse en cada tramo del camino.

Sin embargo, Rin no se encontró con ninguna calurosa bienvenida durante su travesía. En su lugar, lo que presenció fueron las consecuencias de su guerra civil.

Su primer encuentro con la hambruna la impactó. Había visto cadáveres en casi cualquier estado de destrucción: quemados, desmembrados, diseccionados, abotargados. Pero nunca en su vida había presenciado una hambruna tan severa. Los cuerpos que se acercaban a su carromato (que, para su horror, estaban vivos) eran alargados y deformes, y se parecían más al dibujo de un

niño que a cualquier cuerpo humano real que Rin hubiera visto. Tenían las manos y los pies hinchados, tanto que parecían pomelos colgando de forma inverosímil de sus delgados miembros. Muchos de ellos parecían incapaces de caminar. En su lugar, se arrastraban y se giraban sobre sí mismos hacia el carro de Rin con unos movimientos lentos y horribles que hacían que la esperiliana se sintiera abochornada.

—Alto —le ordenó la joven al conductor.

Con cautela, este observó a la muchedumbre que se acercaba.

—General…

—He dicho que alto.

El conductor detuvo a los caballos. Rin se bajó del carromato.

Los civiles muertos de hambre comenzaron a rodearla. Por un momento, Rin sintió una oleada de miedo. Eran tantos y sus rostros estaban tan antinaturalmente huecos, tan manchados de tierra, que parecían monstruos. Sin embargo, la esperiliana no tardó en dejar el miedo a un lado. No eran monstruos, ese era su pueblo. Habían sufrido por culpa de la guerra de Rin. Necesitaban su ayuda.

—Tomad —dijo ella, sacando un pedazo de cecina dura de su bolsillo.

En retrospectiva, debería haberse dado cuenta entonces de la estupidez que suponía ofrecer comida a una horda de personas hambrientas, cuando era evidente que no tenía suficiente para todos.

No lo había pensado bien. Había presenciado un hambre miserable y atroz y había querido aliviarla. No había previsto que fuera a estallar una estampida, que fueran a tirarse unos a otros al suelo mientras aplastaban extremidades frágiles con los pies descalzos para avanzar hacia delante. En un instante, decenas de manos se extendieron hacia ella, y la joven se sobresaltó tanto que tiró la cecina al suelo y trastabilló hacia atrás.

Se abalanzaron sobre la comida como tiburones.

Aterrorizada, y avergonzada por ese terror que sentía, Rin volvió a subir al carro.

Sin esperar instrucciones, el conductor instó a los caballos a avanzar. El carromato adquirió un ritmo apresurado. Los cuerpos hambrientos no lo siguieron.

Con el corazón desbocado, Rin se llevó las rodillas al pecho y se tragó la bilis que le subía por la garganta.

Sintió los ojos de Kitay clavados en ella. No era capaz de devolverle la mirada. Pero su amigo se apiadó de ella y no dijo nada. Esa noche, cuando se detuvieron para cenar, a Rin le supo la comida a ceniza.

Las multitudes que los esperaban en los bordes del camino se convirtieron en una estampa habitual a medida que se aproximaban a Tikany. Daba igual que los carros nunca se detuvieran, que nunca distribuyeran raciones entre las manos suplicantes porque ellos mismos se estaban quedando sin provisiones. Tenían los sacos de grano y arroz justos para mantener al ejército con vida durante tres meses más. No podían prescindir de nada por caridad. Los soldados aprendieron a marchar con la vista fija al frente, como si no vieran ni oyeran nada. Sin embargo, las multitudes eran persistentes, se quedaban allí con los brazos extendidos y murmurando súplicas en susurros jadeantes porque no tenían fuerzas para gritar.

A quienes más costaba mirar era a los niños, porque sus cuerpos eran los más deformados. Tenían la barriga tan hinchada que parecían estar embarazados, mientras que el resto del cuerpo se les había encogido hasta alcanzar el ancho de un junco. Sus cabezas se balanceaban sobre sus delgados cuellos como si fuesen esos juguetes de madera que Rin había visto en los mercados. Lo único que no había encogido eran sus ojos. Esos ojos apenados y suplicantes que sobresalían de sus cráneos hundidos como si, tras el encogimiento de sus miembros, se hubieran visto reducidos a unas miradas desesperadas.

Poco a poco, tras interrogar a distintos civiles hambrientos que fueron capaces de aunar fuerzas para hablar, Rin y Kitay se hicieron una idea del impacto de la hambruna en el sur.

No se trataba solo de un año de vacas flacas. Simplemente no había nada de comida. La carne fresca había sido lo primero en desaparecer. Luego, habían desaparecido las especias y la sal. El grano había durado varios meses, pero entonces los aldeanos hambrientos habían pasado a probar cualquier tipo de nutriente: paja, la *corteza* de los árboles, insectos, carroña, raíces y hierbas silvestres. Algunos habían recurrido a recoger la espuma verde de la superficie de los estanques por las proteínas de las algas. Otros cultivaban plancton en cubas llenas de su propia orina.

La peor parte era que Rin no podía achacar aquello a la crueldad del enemigo. Esos cuerpos grotescos no eran producto de ninguna tortura. La hambruna no era culpa de las tropas de la Federación. Ellos se habían abierto camino por el sur a cuchilladas y quemándolo todo, pero no a la escala necesaria como para causar ese tipo de hambruna. Aquello no había sido cosa de los republicanos ni de los hesperianos. Era simplemente el asqueroso resultado de una guerra civil en marcha, de lo que había pasado mientras todo el país había sufrido drásticamente la pérdida de la mano de obra y la migración masiva porque no había ningún lugar en el que estuvieran a salvo.

Todos habían estado intentando hacer lo posible para seguir con vida, lo que significaba que nadie había estado plantando cultivos. Y seis meses más tarde, nadie tenía nada que comer.

Y Rin no tenía nada que darles.

Por las miradas resentidas que le dedicaban, la joven sabía que creían que estaba guardándose las provisiones. Rin se obligó a sí misma a mirar hacia otro lado. No era difícil apartar la mirada de la miseria. No requería ningún tipo de fortaleza emocional. Solo era necesaria una exposición repetida y desesperada a esa situación.

La esperiliana ya había presenciado ese tipo de desesperación antes. Recordaba haber navegado despacio por el río Murui hacia Lusan a bordo del buque de guerra de Vaisra, el Sombramar. Allí había observado desde la barandilla cómo las multitudes de refugiados desplazados se plantaban sobre las riberas inundadas, donde antes habían estado sus aldeas, ahora hundidas, y observaban al jefe militar del Dragón, poderoso, rico y acomodado, pasando de largo sin lanzarles siquiera una moneda de plata. Por aquel entonces, a Rin le había asombrado la insensibilidad de Vaisra.

Aun así, Nezha había defendido esa postura. «La plata no les ayudará», le había dicho a Rin. «No pueden comprar nada con ella. Lo mejor que podemos hacer por esos refugiados es mantener la mira puesta en Lusan y matar a la mujer causante de la guerra que los ha dejado en esta tesitura».

En aquel momento, esa lógica le había parecido fría y distante, demasiado cínica, en contraste con las *muestras* de verdadero sufrimiento que tenía delante.

Sin embargo, ahora que Rin ocupaba la posición que había ostentado Vaisra, entendía cuál

había sido el razonamiento del jefe militar. Esos problemas tan profundos no podían arreglarse con soluciones temporales. No podía dejar que cada niño esquelético con el que se encontrara la distrajera, cuando la causa de su sufrimiento era tan obvia, cuando seguía acechando ahí fuera.

Rin se consolaba a sí misma y a sus tropas recordándoles que aquello no duraría mucho más tiempo. Que pronto lo arreglaría, que lo solucionaría todo. Se lo recordaba a sí misma cada vez que veía otro rostro hundido y huesudo, ya que era el único modo en el que podía mirar a los sureños moribundos sin acabar entregándoles todas sus provisiones sobre la marcha.

Solo tenían que aguantar un poco más.

Ese se convirtió en su mantra, en lo único que la ayudaba a mantener su determinación. Solo un poco más y acabaría con esa guerra. Sometería a Occidente. Y luego contarían con todos los sacos de ese preciado y glorioso grano que querían. Tendrían tanto para comer que se atragantarían Con ello.

—Rin. —Kitay le dio un golpecito en el hombro.

Ella se revolvió.

—¿Mmm?

Era pleno día, pero Rin se había quedado dormida, mecida por el rítmico balanceo del carromato. Llevaban cuatro semanas de travesía, y ahora se adentraban en el último tramo. Sin embargo, la triste monotonía, las horas de silencio y la dieta limitada hacían que se le cerraran los ojos cada vez que no estaba de guardia.

—Mira. —Kitay señaló un punto—. Ahí fuera.

Rin se sentó, se frotó los ojos y entornó la mirada.

Hileras y más hileras de color escarlata se extendían en el horizonte. Al principio, pensó que se trataba de una ilusión óptica causada por la luz, pero entonces se acercaron más y fue evidente que ese resplandor rojo que cubría los campos no era el reflejo del sol que se ponía, sino la intensa tonalidad de las propias flores.

Amapolas que florecían por todo Tikany.

Rin se quedó boquiabierta.

—Pero ¿qué…?

—Mierda —dijo Kitay—. Me cago en la puta.

Rin se bajó de inmediato del carromato y echó a correr.

Llegó a los campos en cuestión de minutos. Las flores eran las más altas que había visto nunca. Casi le llegaban a la cintura. Tomó una, cerró los ojos e inhaló profundamente.

Una emoción embriagadora inundó sus sentidos.

Aún tenía eso. Nada más importaba. La traición de Venka, sus enemigos en Arlong, la violencia que desintegraba el país… Nada de eso importaba. Todo lo demás podía venirse abajo, pero a ella seguiría quedándole eso. Moag sí que podría comerciar con aquello. Meses atrás, la reina pirata le había dicho que ese era exactamente el tipo de oro líquido que necesitaba para adquirir productos hesperianos.

Esos campos valían diez veces más que todos los tesoros de Arlong. Esos campos iban a salvar a su país.

Rin cayó de rodillas, se presionó la frente con la mano y rompió a reír.

—No lo entiendo. —Kitay apareció a su lado—. ¿Quién…?

—Nos escucharon —murmuró la joven—. Lo sabían.

Rin tomó a su amigo de la mano y lo condujo hacia el perfil llano y humilde de una aldea en el horizonte.

Una multitud se congregaba cerca de las puertas. La habían visto aproximarse. Habían salido a darle la bienvenida.

—Aquí estoy —les dijo Rin. Y entonces, dado que era imposible que la oyeran desde esa distancia, lanzó una llamarada de fuego hacia el cielo: un gigantesco y ondulante fénix que abría las alas despacio contra el brillante cielo azul. Y, de ese modo, Rin anunció su regreso.

Contra todo pronóstico, Tikany había sobrevivido. A pesar de la hambruna y de las bombas, muchos de sus residentes habían permanecido allí, sobre todo porque no tenían otro sitio a donde ir. Durante meses, ese había sido el centro de su propia colmena, a medida que los residentes de aldeas más pequeñas asoladas por la guerra habían cargado sus pertenencias en carromatos para ir hasta allí y asentarse en las chabolas que ahora formaban el grueso del municipio. El hambre no había asolado Tikany tanto como otras partes del Imperio. Durante su ocupación, los mugeneses habían almacenado allí una cantidad asombrosa de arroz, y los supervivientes de Tikany lo habían racionado con buen juicio durante meses.

Rin se enteró gracias a los líderes *de facto* de la aldea de que la decisión de plantar opio había sido tomada tras el bombardeo de Nezha. El grano no crecía bien en la Provincia del Gallo, pero las amapolas sí. Y en esas cantidades, en un país en el que todos necesitaban un respiro del dolor, aquello valía su peso en oro.

Allí habían estado al tanto del regreso de Rin. Sabían que necesitaría algo con lo que negociar. Tikany, el lugar más inesperado de todos, había mantenido la fe y había apostado su futuro a la victoria de la esperiliana.

Ahora Rin se hallaba con los aldeanos en la plaza del pueblo, con los varios miles de rostros delgados que le habían proporcionado la clave para la última etapa de su guerra. Y los quería tanto por ello que se sentía que era capaz de romper a llorar.

—Esta guerra la ganaremos nosotros —declaró la joven.

Echó un vistazo a la marea de rostros, sopesando su reacción. Se le secó la garganta. Tosió, pero seguía teniendo un nudo que le impedía pronunciar las siguientes palabras.

—El Joven Mariscal ha huido y, de entre todos los lugares a los que podría haber ido, ha escogido la Isla Muerta —dijo Rin—. Sabe que ya no está a salvo en territorio nikara. El Consorcio ha perdido la fe en la República y está a punto de retirarse por completo. Lo único que necesitamos es un último golpe. Solo… Solo tenemos que aguantar un poco más.

La joven tragó saliva de forma involuntaria y luego tosió. Sus palabras flotaron en el aire seco de forma incómoda y vacilante.

Estaba nerviosa. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Nada de todo aquello era nuevo. Ya había reunido a las filas antes. Había proferido vituperios contra Vaisra y la República mientras miles de personas la vitoreaban. Había conseguido que una multitud alcanzara tal frenesí que incluso habían hecho pedazos a un hombre, y en aquel entonces las palabras le habían salido sin problema.

Sin embargo, el ambiente en Tikany era distinto. No rebosaba la estimulante emoción de la batalla, del odio, sino que estaba cargado de agotamiento.

Rin pestañeó. Así no era como tenían que salir las cosas. Estaba en su provincia natal, dirigiéndose a las tropas que la habían seguido hasta las mismas puertas del infierno y a los aldeanos que habían convertido sus campos en mantos escarlatas por ella. Por ella. La consideraban un ser divino. La veneraban. Rin había acabado con los mugeneses por ellos. Había conquistado Arlong por ellos.

Pero, entonces, ¿por qué se sentía un fraude?

Volvió a toser e intentó dotar a sus palabras de algo más de fuerza.

—Esta guerra…

Alguien entre la multitud gritó:

—¡Creía que ya la habíamos ganado!

Rin guardó silencio, estupefacta.

Nunca antes la habían interrumpido.

Buscó con la mirada entre el gentío. No lograba dar con la persona que había hablado. Esa voz podría haber pertenecido a cualquiera de los allí presentes. Todos tenían la misma expresión antipática y resentida.

Todos parecían estar de acuerdo.

Rin sintió un arrebato de impaciencia. ¿Acaso no comprendían la amenaza? ¿Acaso no habían presenciado cómo Nezha había lanzado toneladas de explosivos sobre civiles desarmados que estaban de celebración?

—No hay ningún armisticio —dijo ella—. Los hesperianos siguen intentando matarme. Nos vigilan desde los cielos, esperando vernos fracasar, con la esperanza de encontrar una oportunidad para acabar con nosotros de un solo golpe. Lo que suceda a continuación supondrá una gran prueba para la nación nikara. Si aprovechamos la oportunidad, seremos dueños de nuestro futuro. Los hesperianos están débiles, no están listos, y siguen afectados tras lo sucedido en Arlong. Solo necesito que me apoyéis en este último tramo…

—¡A la mierda los hesperianos! —Otro grito procedente de una voz distinta—. ¡Antes dadnos de comer!

Rin sabía que una buena líder no podía responderle a la muchedumbre. Una buena líder estaba por encima de los abucheos. Responder a los gritos solo serviría para otorgarles una legitimidad que no merecían.

Retomó la frase donde la había dejado para intentar seguir con su discurso.

—Este opio ayudará…

No llegó a terminar la frase. Se produjo un estruendo al fondo de la congregación. Al principio, Rin creyó que se trataba de otro abucheo, pero entonces oyó el entrechocar del acero, y luego una segunda oleada de gritos que aumentaron en intensidad y comenzaron a extenderse.

—Agáchate. —Kitay la agarró de la muñeca para bajarla de la tarima de un tirón. La esperiliana se resistió durante un momento, perpleja, mientras contemplaba a la multitud, pero nadie le estaba prestando ya atención. Todos se habían girado hacia el origen de esa conmoción, que fue extendiéndose como si fuera tinta vertida sobre agua, una nube de caos que se desplegaba y arrastraba consigo a todo el que quedaba cerca.

Kitay tiró con más fuerza de ella.

—Tienes que salir de aquí.

—Espera. —Rin tenía la palma de la mano caliente, lista para lanzar una llamarada, aunque no sabía de qué le serviría. ¿A quién debía apuntar? ¿A la multitud? ¿A su propio pueblo?—. Puedo…

—No hay nada que puedas hacer. —El joven la apartó a empujones del disturbio. Ahora la gente gritaba. Rin miró hacia atrás y vio armas levantadas en el aire, cuerpos que caían, puntas de lanzas y empuñaduras de espadas que chocaban contra la carne desprotegida—. Ahora no.

—¿Qué puñetero problema tienen? —quiso saber Rin.

Se habían retirado a los cuarteles generales, donde estaría segura y resguardada, lejos de oídos indiscretos, mientras sus tropas terminaban de restaurar el orden en la plaza. El momento de conmoción había pasado. Ahora Rin simplemente estaba cabreada, furiosa porque su propio pueblo se comportase como chusma descerebrada y petulante.

—Están agotados —dijo Kitay en voz baja—. Están hambrientos. Creían que esta guerra había terminado y que habías vuelto a casa para compartir con ellos el botín. No pensaban que fueras a arrastrarlos a otro conflicto.

—¿Por qué creen todos que esta guerra ha acabado? —Rin cerró los dedos en garras a causa de la frustración—. ¿Soy la única con ojos aquí?

¿Era así como se sentía una madre cuando sus hijos tenían una rabieta? Menuda puta ingratitud. Rin había pasado por un verdadero infierno por ellos, y aun así tenían la cara de plantarse delante de ella a quejarse y a exigir *cosas* que no podía permitirse darles.

—Los hesperianos tenían razón —estalló Rin—. Son un puto rebaño. Todos ellos.

No le extrañaba que Petra hubiera considerado inferiores a los nikaras. Rin lo veía ahora claro. No le sorprendía ya que la Tríada hubiera gobernado como lo había hecho, con ríos de sangre y mano de hierro. ¿De qué otra forma iba a controlar a las masas, si no era a través del miedo?

¿Cómo podían los nikaras ser tan cortos de miras? Sus estómagos no eran lo único que estaba en juego. Se encontraban al filo de algo mucho más grande que una cena, solo tenían que pararse a pensarlo, permanecer unidos para dar un último empujón. Pero no entendían nada. ¿Cómo podía hacer que lo entendiesen?

—No son ovejas. Son personas normales y corrientes, Rin, y están hartos de tanto sufrimiento. Solo quieren que todo esto acabe.

—¡Yo también! ¡Les estoy ofreciendo esa oportunidad! ¿Qué es lo que quieren que hagamos? —exigió saber la esperiliana—. ¿Que envainemos nuestras espadas, bajemos nuestros escudos y aguardemos a que vengan a matarnos mientras dormimos? Dime, Kitay, ¿de verdad son tan idiotas como para creer que los hesperianos se limitarán a darse la vuelta y a dejarnos en paz?

—Intenta comprenderlos —dijo él con delicadeza—. Es difícil darle prioridad a un enemigo al que no puedes ver.

Rin resopló.

—Si eso es lo que sienten, entonces no merecen vivir.

No debería haber dicho eso. En cuanto esas palabras salieron por su boca, supo que no habían sido correctas. No hablaba desde la rabia, sino desde el pánico, desde un miedo gélido y visceral.

Todo se estaba desmoronando.

Se suponía que Tikany debía ser el bastión de su resistencia, la base desde la que lanzaría su último asalto contra Occidente. Tanto de un modo simbólico como geográfico, Tikany y su pueblo la representaban a ella. Rin se había criado en esa tierra. Había vuelto y había liberado su provincia natal. Ellos eran los primeros a los que había defendido de los mugeneses, y luego de la República. Y ahora, cuando más necesitaba su apoyo, querían amotinarse.

«O te temen o te aman», le había dicho Daji una vez. «Pero lo que no puedes permitir es que te falten al respeto. Entonces no te quedará nada. Entonces, habrás perdido».

No. No. Rin se presionó la sien con la palma de la mano, intentando así calmar su respiración. Todo aquello no era más que un contratiempo, aún no había perdido. Intentó recordarse a sí misma las ventajas con las que todavía contaba: tenía a Moag, los campos de opio y una enorme reserva de tropas por todo el Imperio, aunque aún necesitaran formación. Contaba con los recursos económicos de todo el país, solo tenía que extraerlos. Y, maldita sea, tenía a un dios de su parte, al dios más poderoso que quedaba en el Imperio nikara.

Entonces, ¿por qué se sentía al borde de la derrota?

Sus tropas estaban hambrientas, sus seguidores la odiaban, sus filas estaban infestadas de espías a los que no podía ver y Nezha la provocaba a cada momento, hundiendo el cuchillo donde más le dolía. Su régimen, esa frágil estructura que habían construido en Arlong, se estaba desmoronando por todas partes, y Rin no tenía la fuerza suficiente como para mantenerlo de una pieza.

—¿General?

La esperiliana se dio la vuelta de golpe.

—¿Qué?

El ayudante pareció horrorizado. Boqueó varias veces sin emitir ningún sonido.

—Suéltalo ya —estalló Rin.

El recién llegado parpadeó. Le temblaba la garganta. Cuando al fin pudo hablar, su voz fue un graznido tan tímido que Rin tuvo que pedirle dos veces que se lo repitiera para poder oírlo.

—Son los campos, general. Están ardiendo.

Rin tardó varios largos segundos en asimilar que no estaba soñando, que esas nubes rojas en la distancia y ese resplandor irreal tan intenso contra el cielo sin luna no eran una ilusión.

Los campos de opio ardían.

Mientras la joven lo observaba, las llamaradas crecían, expandiéndose a una velocidad aterradora. En cuestión de segundos, abarcarían la totalidad del terreno. Y todo lo que Rin podía hacer era permanecer allí, con los ojos bien abiertos, intentando encontrarle sentido a lo que tenía delante, a la destrucción de su única baza.

Oyó a Kitay dando órdenes a lo lejos, exigiendo la evacuación de las chozas más cercanas a los campos. Desde el rabillo del ojo vio movimientos desenfrenados a su alrededor a medida que las tropas se ponían manos a la obra, formando filas desde los pozos para llevar cubas de agua hacia los campos.

Rin no podía moverse. Tenía los pies clavados, fijos *en* el sitio. Y, aunque hubiera podido moverse, ¿qué iba a hacer? Un cubo de agua más no iba a servir para nada. Ni todos los putos

cubos que hubiera en Tikany podrían ayudar. Las llamaradas cubrían ya más de la mitad de los campos. El agua no conseguía más que chisporrotear y formar vapor, que se unía a las grandes nubes de humo que ahora flotaban sobre el horizonte.

Rin no podía invocar a su dios para detener aquello. El Fénix solo podía provocar incendios, no apagarlos.

La joven sabía que ese fuego en los campos no había sido un accidente. Ningún incendio accidental se extendía de esa forma desde un único foco. Allí había varios focos distintos, al menos tres iniciales que habían ido convergiendo gradualmente a medida que el fuego se había ido extendiendo cada *vez* más.

Nezha también estaba detrás de eso.

Era un sabotaje, y sus autores habían huido hacía tiempo, habían desaparecido en la oscuridad.

«Tú los has traído hasta aquí», dijo la voz de Altan. «Los has traído en tu caravana porque no has sido capaz de deshacerte de los espías. Y les has mostrado exactamente dónde tenían que atacarte».

La oleada de desesperación que sentía era tan desgarradoramente profunda que casi le hacía gracia. Porque, por supuesto, cómo no, también iba a perder la única esperanza que le quedaba. No era ninguna sorpresa, solo la culminación de una serie de fracasos que había comenzado a acumular desde el momento en el que había ocupado Arlong, y que se le habían ido de las manos sin que ella se diese cuenta. Había sido un revés repentino e impredecible de esa misma suerte que le había hecho ganar el sur.

No podría haber detenido todo aquello. No podría haberlo solucionado.

Lo único que podía hacer era observar. Y una parte enfermiza y desesperada de su ser quería verlo. Encontraba un perverso regocijo al contemplar las flores marchitas y reducidas a cenizas. Quería ver hasta dónde podía llegar esa desesperación. La destrucción la hacía sentirse bien. La aniquilación arbitraria de la vida y de la esperanza era una buena sensación, aunque la esperanza que se estuviera evaporando fuese la suya.

—Tienes que hablar con la República —le dijo Kitay.

Estaban los dos solos en el interior del despacho. Todos los ayudantes y los guardias habían sido enviados donde no pudieran oírlos. Todos exigían respuestas, querían recibir órdenes y garantías, pero Rin no tenía nada que darles. Los campos quemados habían supuesto el golpe definitivo. Ahora Rin no contaba con ningún plan, con ningún recurso, con nada que ofrecerles a sus hombres. Kitay y ella tenían que resolver todo eso, y no podían salir de esa habitación hasta que lo consiguieran.

Sin embargo, para sorpresa de la esperiliana, la primera sugerencia que le hizo su amigo fue la de la rendición.

Por el modo en el que lo dijo, sonó como una conclusión inevitable. Como si Kitay lo tuviese muy claro y fuera consciente de ello desde hacía meses, pero solo se hubiese decidido ahora a poner a Rin al corriente.

—No —respondió ella—. Nunca.

—Venga ya, Rin…

—Eso es lo que ellos quieren.

—¡Pues claro que es lo que quieren! Nezha nos está ofreciendo ayuda alimentaria. La lleva ofreciendo desde el principio. Tenemos que aceptarla.

—¿Estás trabajando con ellos? —exigió saber Rin.

Su amigo retrocedió.

—No… ¿Qué estás…?

—Lo sabía. Lo sabía, joder. —Eso lo explicaba todo… Por qué la había mantenido tan ocupada en Arlong con tareas agotadoras y sin sentido, por qué había estado desmereciendo al frente militar, por qué había estado ignorando deliberadamente la clara amenaza de las constantes cartas de Nezha—. Primero Venka, ¿y ahora tú? ¿De eso va todo esto?

—Rin, eso…

—No me tomes por loca.

—Estás comportándote como una loca —estalló Kitay—. Estás comportándote como una lunática. Cállate un momento y fíjate en los putos hechos. —Rin abrió la boca para replicar, pero Kitay gritó por encima de ella, con las manos extendidas delante de su cara como si fuera una niña que se había portado mal—. Estamos lidiando con una hambruna. Y no es algo temporal, no podemos esperar a que pase. Es la peor hambruna de la historia reciente. No queda grano en todo el puñetero país porque Daji envenenó a la mitad del sur. Los campesinos estaban demasiado ocupados huyendo para ponerse a salvo como para labrar los campos. Los ríos se han desbordado y hemos sufrido un invierno inusualmente frío y seco que ha acortado la duración de la temporada de cultivo, lo que ha hecho que las cosas sean el doble de complicadas para cualquiera que haya intentado plantar algo.

A medida que iba hablando, la respiración de Kitay se volvía más temblorosa. Sus palabras salían disparadas a un ritmo tan frenético que Rin apenas lograba entenderlo.

—No hay proyectos de irrigación ni de control de inundaciones. Nadie ha estado manteniendo ni supervisando los graneros, así que, si todavía existía alguno, a estas alturas ya lo habrán saqueado. No contamos con ninguna ventaja ni con segundas opciones ni con dinero. No tenemos nada…

—Pues lucharemos para conseguirlo —dijo Rin—. Los venceremos, y entonces tomaremos todo lo que queramos…

—Eso es de locos.

—¿De locos? De locos es darles lo que quieren. No podemos detenernos aquí. No podemos dejarlo todo. No podemos permitirles ganar…

—¡Cállate ya! —gritó Kitay—. ¿Acaso te estás oyendo?

—¿Y tú te estás oyendo? ¡Quieres rendirte!

—No es eso lo que quiero —dijo el chico—. Es la única opción que nos queda. La gente se muere de hambre. Nuestra gente. ¿Recuerdas esos cadáveres al borde del camino? Pronto todo el país acabará así, a no ser que aprendas a tragarte tu orgullo.

Rin —estuvo a punto de gritar.

Así no era como debían funcionar las cosas.

Ella había ganado. Había ganado, joder. Había asolado la ciudad de Nezha, había eliminado a sus enemigos, había conquistado el sur de Nikan, había ganado. Entonces, ¿por qué seguían hablando de ello como si fuera una derrota?

De repente, su rabia se disipó. No podía estar furiosa con Kitay. Gritarle no iba a cambiar los hechos.

—No pueden hacerme esto —respondió ella con apatía—. Se suponía que la vencedora sería yo.

—Y lo eres —dijo Kitay con tristeza—. Todo este país es tuyo. Por favor, no dejes que tu orgullo lo eche todo a perder.

—Pero íbamos a reconstruir este mundo —prosiguió Rin. Sus palabras adquirieron un tono lastimero nada más pronunciarlas. Eran una fantasía infantil. Pero era así como se sentía, eso era realmente en lo que creía. Porque, de lo contrario, ¿para qué coño habían hecho todo eso?—. Vamos a ser libres. Vamos a liberarlos a todos…

—Y podrás seguir haciéndolo —insistió Kitay—. Fíjate en lo que hemos conseguido. En dónde estamos. Hemos reconstruido una nación entera, Rin. No podemos dejar que se derrumbe.

—Pero ellos vendrán a por nosotros…

—Te prometo que no lo harán. —Kitay tomó el rostro de Rin entre sus manos—. Mírame. Nezha ha sido derrotado. No le queda nada por lo que luchar. Lo que él quiere es lo que queremos todos, que es dejar de matar a los nuestros.

»Estamos a punto de conseguir el mundo por el que luchábamos. ¿No lo ves? Está tan cerca que podemos divisarlo en el horizonte. El sur será independiente. Tendremos un mundo libre de guerra, y para ello lo único que tienes que hacer es decir esa palabra.

No obstante, Rin pensó que ese no era el mundo por el que ella había luchado. El mundo por el que ella había luchado era uno en el que Rin y solo Rin estaba al mando.

—Les dijimos que serían libres —respondió ella con desdicha—. Ganamos. Hemos ganado. Y ahora quieres que nos presentemos de nuevo ante los extranjeros y nos arrodillemos.

—Cooperar no es arrodillarse.

Rin resopló.

—Se le parece mucho.

—Conseguir la liberación es un largo camino —dijo Kitay—. Y no es tan sencillo como hacer arder a nuestros enemigos. Hemos ganado nuestra guerra, Rin. Éramos los buenos en ese río de sangre. Pero la pureza ideológica es un grito de guerra, no sirve como cimentación estable para un país unificado. Una nación no es nada si no puedes mantener a la gente que vive en ella. Debes actuar teniéndolos a ellos en cuenta. A veces, tendrás que hincar la rodilla, Rin. A veces, al menos, tendrás que fingir.

No, ahí era donde Kitay se equivocaba. Rin no podía arrodillarse. Tearza lo había hecho. Hanelai lo había hecho. Y solo había que ver qué les había sucedido a ambas: unas muertes rápidas y brutales, además de su erradicación por completo de una historia que deberían haber escrito ellas. El mayor error de ambas había sido ser débiles, haber confiado en hombres a los que amaban y no haber tenido las agallas suficientes para hacer lo que era necesario.

Tearza debería haber asesinado al Emperador Rojo. Hanelai debería haber matado a Jiang cuando había tenido la oportunidad. Pero ninguna de las dos había podido herir a las personas a las que querían.

Sin embargo, Rin podía matar a quien fuera.

Podía quitarle las cadenas a ese país. Podía tener éxito en aquello en lo que todos los demás habían fracasado, porque ella sí que estaba dispuesta a pagar el precio.

Creía que Kitay también entendería el sacrificio necesario. Creía que él más que nadie sabría qué era lo que requería una victoria.

No obstante, si se había equivocado, si Kitay era demasiado débil como para seguir adelante con esa revolución, entonces tendría que hacerlo ella sola.

—¿Rin?

La esperiliana pestañeó en dirección al joven.

—¿Qué?

—Dime que tú también lo ves así. —Kitay le dio un apretón en los hombros—. Por favor, Rin. Dime que lo entiendes.

Sonaba tan desesperado.

Rin lo miró a los ojos, pero no pudo reconocer a la persona que vio en ellos.

Ese no era Kitay. Se trataba de alguien débil, ingenuo y corrompido.

Lo había perdido. ¿Cuándo había pasado a convertirse en su enemigo? Rin no lo había visto venir y, sin embargo, ahora era obvio. Tal vez lo hubieran puesto en su contra en Arabak. Tal vez Kitay llevase planeando su esperada traición desde que habían partido de Arlong. Quizás había estado trabajando contra ella todo ese tiempo, retrasándola, evitando que ardiera con todo su potencial. Tal vez había estado de parte de Nezha desde el principio.

Lo único de lo que Rin estaba segura era de que Kitay ya no le pertenecía. Y si no podía volver a ganárselo, entonces tendría que terminar lo que quedaba por su cuenta.

—Por favor, Rin —le suplicó Kitay—. Por favor.

La joven vaciló y sopesó con cautela sus palabras antes de responder.

Debía abordar aquello de forma inteligente. No podía dejarle entrever que lo había calado.

¿Qué mentira podía ser más plausible? No podía darle la razón sin más. En ese caso, Kitay sabría que Rin estaba fingiendo. No podía ceder con tanta facilidad.

Debía fingir vulnerabilidad. Tenía que hacerle creer que era una decisión difícil para ella. Que se había desmoronado, tal y como Kitay quería.

—Es solo que… —Rin dejó que le temblara la voz. Abrió mucho los ojos para que Kitay pensara que estaba aterrorizada y que no se trataba de un arrebato. Su amigo podría tragarse eso. Siempre quería pensar lo mejor de la gente, muy a pesar de Rin, y eso significaba que se tragaría cualquier cosa—. Tengo miedo de no ser capaz de sobrevivir a esto.

Kitay la acercó más a él. Rin hizo todo lo posible por no encogerse ante su abrazo.

—Sobrevivirás. Yo te traeré de vuelta. Estamos juntos en esto. Estamos vinculados…

Rin rompió a llorar. Eso no tuvo que fingirlo.

—De acuerdo —susurró la joven—. De acuerdo.

—Gracias.

Kitay la abrazó con firmeza. Ella le devolvió el abrazo y apoyó la cabeza contra su pecho mientras su mente no paraba de darle vueltas a cuál podría ser su siguiente paso.

Si no podía contar con su propio pueblo ni con Kitay, entonces tendría que terminarlo todo ella sola. Contaba con el único aliado que necesitaba: un dios que podía hacer arder países enteros. Y si Kitay intentaba detenerla, entonces tendría que acabar con él.

Sabía que era capaz de hacerlo. Siempre lo había sabido, desde el día en el que ambos se habían arrodillado ante la Sorqan Sira y habían fusionado sus almas. Rin podría haberse deshecho de él entonces. Había estado a punto de hacerlo. Ella era más fuerte que Kitay. Pero, en aquel

entonces, se había contenido porque lo quería.

Y seguía queriéndolo. Nunca dejaría de quererlo. No obstante, eso ya carecía de importancia.

«Me has abandonado», pensó Rin mientras Kitay lloraba de alivio contra su hombro. «Creías que podías engañarme, pero conozco tu alma. Y si no estás conmigo, tú también arderás».

34

Nezha iba a reunirse con ellos dos solos dentro de tres semanas en Speer. Sin guardias, sin delegados, sin tropas a la espera y sin hesperianos. Rin y Kitay irían en representación de Nikan, y Nezha hablaría en nombre tanto de la República *como* del Consorcio. Si Rin llegaba a atisbar a alguien más en la isla, cesaría el alto el fuego.

Esas eran las condiciones que la esperiliana había exigido en la primera y única respuesta qué había enviado a las cartas de Nezha. Se quedó atónita cuando tanto él como el Consorcio accedieron sin objeciones.

Pero también era cierto que los hesperianos no podían comprender el poder que albergaban las arenas de la Isla Muerta. Creían que las supersticiones nikaras eran producto de las mentes débiles y poco civilizadas, que su dominio sobre el fuego no era más que un estallido del Caos. Era imposible que supieran que Speer estaba cargada de historia y sangre debido al poder de los miles de fallecidos en busca de venganza que acechaban en cada uno de sus rincones.

Chaghan le había dicho una vez que había lugares en el mundo en los que las fronteras entre los dioses y los mortales eran estrechas. En los que la realidad se difuminaba y los dioses casi se materializaban.

Los esperilianos habían hecho su hogar de aquel sitio que se hallaba justo en el límite entre la mortalidad y la locura, y a cambio el Fénix los había castigado y bendecido al mismo tiempo.

El legado de la Isla Muerta corría por las venas de Rin. Ahora la llamaba para que regresara a casa y terminara lo que había comenzado, para que concluyera su venganza. Cuando regresara a esa isla, Rin pasaría a estar en el terreno sagrado del Fénix, un paso más cerca de la divinidad.

Ya había destruido a una nación desde esa isla antes. No dudaría en volver a hacerlo.

Cruzaron el canal en un pequeño bote de pescadores. Rin se sentó con las rodillas pegadas al pecho, temblando a causa de la brisa oceánica, mientras Kitay lidiaba con las velas. Ninguno de los dos dijo nada. No había nada más que decir. Ya lo habían soltado todo la noche en la que los campos habían ardido en Tikany, y ahora lo único que quedaba entre ambos era una resignación silenciosa y agotadora. No tenía ningún sentido compadecerse o reafirmarse. Rin sabía lo que iba a pasar a continuación, y Kitay creía saberlo. Ahora solo les quedaba esperar.

Cuando la Isla Muerta apareció en el horizonte, un montículo gris y ceniciento que al principio era indistinguible entre la niebla, Kitay se acercó a Rin y le frotó la muñeca con el pulgar.

—Todo irá bien —murmuró el joven—. Lo arreglaremos.

Rin le dedicó una sonrisa tensa, se giró para mirar hacia la isla y no dijo nada.

Nezha aguardaba en la playa cuando el navío de Kitay y Rin se acercó a la orilla. No parecía ir armado, pero eso daba igual. Ninguno de ellos estaba muy lejos de sus ejércitos. Rin tenía soldados esperando en barcos frente a las costas de la Provincia de la Serpiente, con catalejos que apuntaban hacia el horizonte a la espera de recibir su señal. La joven suponía que los refuerzos de Nezha estarían haciendo lo mismo.

No, lo daba por hecho.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Rin al pisar la arena.

El Joven Mariscal le dedicó una sonrisa vacía.

—Sabes que no puedo morir.

—Queremos intentar negociar un acuerdo de paz. —Kitay dejó caer el ancla por un lateral del bote y luego siguió a Rin hasta la orilla—. No empecemos con las amenazas, ¿de acuerdo?

—Es lo justo. —Nezha hizo un gesto hacia la playa, donde Rin vio que había dispuesto tres sillas y una mesa de té cuadrada cubierta con tinteros, pinceles y un pergamino en blanco—. Vosotros primero.

Cruzaron la playa en silencio.

Rin no podía evitar lanzarle miradas rápidas y furtivas a Nezha mientras caminaba junto a él.

El joven parecía destrozado. Seguía conservando el porte de un general. No hundía los hombros nunca, no le temblaba la voz jamás. Aun así, cada parte de su ser parecía haberse visto reducida, menguada, empequeñecida. Su boca con cicatrices, que en el pasado torcía hacia un lado para formar una sonrisa burlona, ahora parecía fija en un rictus de dolor.

Rin esperaba que se burlara de ella, que se regodeara por el hecho de que hubiera tenido que capitular, pero Nezha no parecía estar disfrutando en absoluto de aquello. Parecía agotado. Parecía alguien a la espera de la muerte.

Los tres tomaron asiento. Rin estuvo a punto de romper a reír cuando lo primero que hizo Nezha, con mucha cortesía, fue servirles a cada uno una humeante taza de té hasta arriba. Aquello daba un aire de ceremonia, de normalidad, a unas negociaciones que solamente habían sido posibles tras teñir las aguas de rojo.

Ni Kitay ni Rin tocaron sus tazas. Nezha se bebió la suya de un trago.

—Bueno… —El Joven Mariscal tomó uno de los pinceles y lo sostuvo delicadamente sobre el pergamino—. ¿Por dónde empezamos?

—Cuéntanos cuáles son vuestras condiciones definitivas —dijo Rin.

Nezha dudó durante un momento. Había esperado más resistencia por su parte.

—¿Te refieres a…?

—Ponlo todo sobre la mesa —prosiguió Rin—. Menciona cada una de las cosas ante las que tendremos que ceder para quitarnos a los hesperianos de encima. No estamos aquí para andarnos con tanta palabrería. Dinos cuánto nos va a costar todo esto.

—Como quieras. —Nezha carraspeó. No tenía ningún papel que consultar, se sabía de memoria qué era lo que querían los hesperianos—. El Consorcio está dispuesto a retirar sus

fuerzas, a comprometerse a firmar un armisticio y a proporcionar los suficientes cargamentos de grano, carne deshidratada y fécula para mantener a todo el país hasta la siguiente cosecha.

—Por la Gran Tortuga —jadeó Kitay—. Gra…

Rin habló por encima de él.

—¿Y qué quieren a cambio?

—Primero: una amnistía total para todos los soldados y los líderes involucrados con la República —dijo Nezha—. Eso también os beneficia a vosotros. Necesitáis a personas que mantengan al país en marcha. Los dejaréis volver a casa con la garantía de su seguridad y trabajarán para vosotros. Yo responderé por ellos. Segundo: el Consorcio quiere unos puertos designados por tratado, al menos uno en cada provincia colindante con el océano. Tercero: quieren recuperar los privilegios de sus misioneros. La Orden Gris podrá predicar con inmunidad, y cualquiera que les ponga una mano encima será extraditado a Hesperia para recibir allí su castigo.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Rin.

Nezha extendió los brazos. Unos brazaletes dorados resplandecían con intensidad alrededor de su piel pálida, que tenía ahora en carne viva. De cerca, era evidente que se adaptaban a la perfección a la anchura de sus muñecas. Rin no sabía cómo se los quitaba, si acaso podía. —Te pondrás algo como esto. No podrás volver a invocar al Fénix nunca más. Jamás le enseñarás a nadie tus conocimientos sobre cómo funciona el chamanismo y cooperarás para atrapar a cualquier sospechoso de conocer el Panteón que haya en Nikan. Podrás ser libre en el sur, incluso gobernarlo si quieres, siempre y cuando estés disponible.

—¿Disponible en qué sentido? —preguntó Kitay.

Nezha tragó saliva.

—Igual que lo estaba yo.

Un silencio denso se cernió sobre la mesa. Nezha no los miraba a los ojos. Pero tampoco bajó la mirada. Se quedó mirando al frente, con los hombros aún cuadrados, respondiendo a su lástima con un silencio desafiante mientras los otros dos jóvenes contemplaban sus brazaletes.

—¿Por qué? —preguntó Rin finalmente. No pudo evitar que se le quebrara la voz. La visión de esos brazaletes se volvió de pronto insoportable. Quiso arrancárselos a Nezha de las muñecas, bajarle las mangas para cubrirlos… Cualquier cosa con tal de hacerlos desaparecer—. Nezha, ¿por qué cojones…?

—Porque ellos tenían todo el poder —respondió él en voz baja—. Porque siguen ostentándolo.

Rin meneó la cabeza, sorprendida.

—¿Es que no tienes nada de orgullo?

—Esto no tiene que ver con el orgullo —Nezha apartó los brazos—, sino con el sacrificio. Escogí a los hesperianos porque supe ver que no están décadas, sino siglos por delante de nosotros en todo lo importante. Y si deciden trabajar con nosotros, podríamos aprovechar sus conocimientos para mejorar la vida de miles de personas. A pesar del precio que hay que pagar.

—Ahí es donde discrepamos —dijo Rin con frialdad.

—Solo has visto una de sus caras, Rin. Los has visto en su peor momento, pero también representas todo aquello que ellos no pueden aceptar. Pero ¿y si dejaras de hacerlo? Sé que son condescendientes, sé que no nos consideran humanos, sé… —Le tembló la garganta. Tosió—. Sé

hasta dónde llega su crueldad. Pero estaban dispuestos a cooperar conmigo. Comienzan a respetarme. Y si lo lograra…

—¿Qué es lo que hace falta? —preguntó Kitay con brusquedad—. Para que te respeten.

Nezha no vaciló.

—Mataros.

Su voz no transmitía malicia. No era una amenaza, solo una simple exposición de los hechos. Nezha había sido incapaz de entregarles a los hesperianos el cadáver de Rin, a pesar de que había tenido muchas oportunidades de matarla, y por eso había perdido una nación.

Kitay asintió levemente, como si hubiera esperado esa respuesta.

—¿Y qué es lo que hace falta para que nos respeten a nosotros?

—Nunca os respetarán —dijo Nezha con indiferencia—. Nunca os considerarán más que infrahumanos. Irán con pies de plomo con vosotros porque os temen, pero siempre tendréis que estar alerta. Siempre tendréis que arrastraros para conseguir lo que queráis. La República de mi padre era el único régimen que habrían estado dispuestos a apoyar, y aun así tampoco habrían confiado en mí, a no ser que les hubiera entregado vuestras cabezas.

Rin bufó.

—Así que estamos en un callejón sin salida.

—Venga ya. Sabes que no he venido para eso. —Nezha se presionó las sienes con los dedos —. Has ganado, Rin. De forma justa. No aspiro al trono. Solo intento hacer que esto sea menos doloroso para todas las partes involucradas.

—Pareces estar muy seguro de que seré una gobernante terrible.

—No es ningún insulto. Creo que no tienes ningún interés en gobernar. La política no te interesa. No eres una funcionaría, sino una soldado.

—Una general —le corrigió Rin.

—Eres una general que ha eliminado de forma contundente a todo el mundo del mapa —le dijo el Joven Mariscal—. Has ganado, ¿vale? Me has vencido. Pero el papel que juegas… El papel que jugabas ya ha llegado a su fin. No tienes más guerras que librar.

—Sabes que eso no es verdad.

—Puede serlo —insistió Nezha—. Esto es lo que quiere Hesperia. Esta guerra solo seguirá adelante si tú insistes. Pero si trabajas con ellos, si dejas que crean que no eres una amenaza, no te tratarán como a una. Si haces algunas concesiones, si te ganas su simpatía…

—Menuda chorrada —estalló Rin—. Ya he oído ese razonamiento antes. Su Daji desencadenó la Tercera Guerra de la Amapola porque creía que perder a la mitad del país era mejor que perderlo todo. ¿Y qué pasará entonces, Nezha? ¿Cómo te has hecho esa cicatriz en la cara? ¿Qué desencadenó lo sucedido en Golyn Niis?

—Lo que estás haciendo ahora —le dijo Nezha con calma— será mil veces peor que lo de Golyn Niis.

—No si ganamos.

Nezha le dedicó una mirada recelosa.

—Esto es una negociación de paz.

—No lo es —respondió ella en voz baja—. Sabes que no lo es.

El joven entornó la mirada.

—Rin…

La esperiliana empujó su silla hacia atrás y se levantó. Se habían acabado las pretensiones. No había ido hasta allí para firmar un tratado de paz, y él tampoco.

—¿Dónde está la flota? —preguntó Rin.

Nezha se tensó.

—No sé a qué te refieres.

—Llámalos. —Rin dejó que las llamas le cubrieran los hombros—. Para eso he venido, y no para esta farsa.

Kitay se levantó.

—Rin, ¿qué estás haciendo?

La esperiliana lo ignoró.

—Llámalos, Nezha. Sé que están escondidos por aquí. No volveré a pedírtelo.

Nezha se quedó con el rostro desencajado. Intercambió una mirada de desconcierto con Kitay, y la condescendencia de ese gesto hizo que las llamas de Rin adquirieran el doble de altura.

—Muy bien —dijo ella—. Lo haré yo misma.

Entonces, se giró hacia el océano y desató una llamarada resplandeciente hacia el cielo.

De inmediato, apareció una flota de dirigibles en el horizonte.

«Tenía razón». Sintió una abrasadora oleada de satisfacción. Los hesperianos no habían sido tan osados como para ocultar sus aeronaves en Speer. Muy inteligentes, ya que, de lo contrario, Rin los habría diezmado. Pero se habían mantenido a la espera a lo largo de la costa de la Provincia de la Serpiente.

Menudo alto el fuego el de Nezha. Aquello confirmaba todas las sospechas de la esperiliana. Los hesperianos no estaban interesados en la paz, y ella tampoco. Lo que ambos querían realmente era acabar con eso de una vez por todas. Habían ido hasta allí para tenderle una emboscada, pero ella acababa de descubrir su farol.

Nezha se levantó.

—Rin, no han venido para…

—Mentiroso —gruñó la joven—. Están justo ahí.

—Solo como refuerzos —le explicó—. En caso de que…

—¿En caso de que qué? —exigió saber Rin—. ¿En caso de que no lograras terminar el trabajo? Querías acabar con esto, así que pongámonos a ello. Respondamos a esta pregunta de una vez por todas. Enfrentemos a su dios contra el mío. A ver cuál de ellos es real.

El torrente de luz de Rin adquirió mayor altura, pasó a ser un pilar tan resplandeciente que proyectaba una sombra anaranjada sobre toda la costa. La flota sureña estaba avanzando. Ya se encontraba en mitad del canal. Llegaría a Speer en cuestión de segundos.

Rin contempló el horizonte y aguardó.

Hacía mucho tiempo que Kitay y ella habían determinado el radio de alcance máximo de Rin. Desde que se habían anclado, siempre habían sido unos cuarenta y cinco metros en cualquier dirección. La esperiliana no lograba llegar más allá sin que Kitay acabara desmayándose, sin perder el acceso al Fénix.

Pero ahora estaba en Speer, y eso lo cambiaba todo.

Cuando la primera de las aeronaves se acercó lo suficiente como para que Rin pudiera divisar

sus cañones, hizo que se desplomara desde el cielo. Los cañones no llegaron a dispararse. La nave cayó en picado hacia el océano como si fuera una roca.

El resto de la flota siguió avanzando, impávida.

«Seguid acercándoos», pensó Rin, entusiasmada. «Os aplastaré a todos».

Ahí lo tenía. Ese era el momento en el que iba a reescribir la historia. La flota hesperiana inundaría el cielo como nubes de tormenta, y ella la destruiría en cuestión de minutos. Aquello sería algo más que otra victoria aplastante. Supondría un despliegue de fuerza, una muestra innegable e irrefutable de su autoridad divina.

Entonces, los hesperianos a los que Rin les perdonara la vida se marcharían, pero esta vez para siempre. Jamás volverían al hemisferio oriental. Nunca volverían a atreverse a amenazar a su gente. Y cuando ella les exigiera oro y grano, no se atreverían a negárselo.

Speer siempre había tenido la capacidad para hacer aquello, pero la reina Mai'rinnen Tearza había tenido demasiado miedo como para llevarlo a cabo. La última reina esperiliana había dejado que su hogar se convirtiera en una isla de esclavos porque creía que liberar al Fénix acabaría sumiendo al mundo en llamas. Podría haberlo tenido todo, pero le habían faltado agallas.

Rin no iba a cometer el mismo error.

—No quería que sucediera esto. —Débilmente, por encima del rugido de las llamas, Rin pudo oír a Kitay suplicándole a Nezha—. Esto no es lo que ella…

—Detenía —le pidió el Joven Mariscal.

—No puedo.

Nezha se puso en pie, volcando su silla en el suelo. Rin sonrió. Cuando él se abalanzó sobre ella, la joven ya estaba preparada. Había detectado el bulto bajo la camisa del chico, allí donde había escondido un cuchillo. Rin sabía que, cuando Nezha tomaba la iniciativa, prefería asestar un golpe con la mano derecha hacia la parte superior del torso. La esperiliana lo esquivó echándose a un lado. La hoja de Nezha se topó con el aire. Cuando intentó placarla, Rin aprovechó el impulso y cayó con él al suelo.

Someterlo había sido tan fácil.

Debería haberle costado más. Nezha contaba con todas las ventajas en el combate cuerpo a cuerpo. Era más alto y más pesado, sus extremidades eran más largas y, cada vez que se habían enfrentado, a no ser que a Rin se le hubiera ocurrido algún truco, él siempre había sido capaz de inmovilizarla utilizando la fuerza bruta.

Pero algo iba mal.

Esa habilidad tan formidable de Nezha no estaba ahí. Su fuerza, su rapidez… se habían desvanecido. Sus golpes eran rígidos y lentos. Rin no divisaba ninguna herida a simple vista. Sin embargo, el joven se encogía con cada movimiento, como si se le estuvieran clavando en la piel unos cuchillos invisibles.

Y no estaba invocando al Dragón.

¿Por qué no lo invocaba?

Si Nezha hubiera hecho que Rin tuviera que concentrarse más, la esperiliana no se habría fijado en cómo sus brazaletes dorados producían un inquietante sonido cada vez que el joven se movía, oscureciéndole la piel alrededor de las muñecas y los tobillos. Sin embargo, la joven no estaba del todo atenta a Nezha. Él era tan solo un obstáculo, un gran incordio que tenía que

quitarse de en medio. En ese momento, Nezha ocupaba un segundo plano.

Rin tenía la mente puesta en el cielo. Su mayor preocupación era la flota.

¿Era así como siempre se había sentido Jiang en el campo de batalla, cuando había derribado a columnas enteras con poco menos que un pensamiento? La diferencia a nivel de escala era inconcebible. Aquello no era una lucha. No se estaba enfrentando a ninguna resistencia, no había esfuerzo detrás. Rin simplemente estaba escribiendo la realidad. Estaba pintándola. Señaló hacia el cielo y *los* globos se prendieron fuego. Apretó el puño y las cabinas explotaron.

Su visión se sacudió, se agudizó, se expandió. Cuando había hundido bajo el agua a la Federación, la esperiliana se había encontrado bajo tierra, sola en el interior del templo de piedra. Aun así, cuando había despertado al volcán inactivo, había sentido como si estuviera flotando sobre el archipiélago, plenamente consciente del millón de almas dormidas que había debajo de ella, ardiendo como cabezas de cerillas, solo para sumirse, de repente y de forma irreversible, en la oscuridad.

Ahora, de nuevo, veía el mundo material (algo tan endeble, tan frágil y temporal) a través de los ojos de un dios. Veía las aeronaves con tanto detalle que bien podría haber estado justo debajo de ellas. Vio la textura lisa de los globos de los dirigibles. El tiempo se dilató mientras ella observaba cómo el fuego lo prendía todo a su alrededor, atravesando el gas que quedaba en su interior y que tanto atraía a las llamas…

—¡Basta, Rin! —La joven vio cómo Nezha movía la boca segundos antes de darse cuenta de que le estaba gritando. Ni siquiera seguía luchando, aunque tampoco podía seguir intentándolo, porque no acertaba con sus golpes, y sus paradas eran lentas.

La joven le clavó la rodilla en un costado, le agarró el hombro con la mano izquierda y lo empujó con fuerza contra el suelo.

Nezha se golpeó la cabeza contra la esquina de la mesa. Se desplomó de lado, con la boca medio abierta. No se levantó.

Entonces, Rin se giró de nuevo hacia la flota.

La playa desapareció de su vista. Vio lo mismo que veía el fuego: ni cuerpos ni naves, solo formas; todas iguales, todas reducidas a leña para las piras ante las que ella rendía culto. Sabía que el Fénix estaba satisfecho porque su risa chirriante no hacía más que aumentar de volumen, y su presencia se intensificaba hasta que sus mentes parecían fundirse en una. Mientras tanto, Rin destrozaba la flota de forma metódica desde un extremo del horizonte hasta el otro…

Hasta que todo quedó en silencio.

La conmoción hizo que Rin se tambalease.

El cielo parecía muy azul y brillante. Daba la sensación de que las aeronaves estaban muy lejos. Ella volvía a ser solo una chica, sin fuego. El Fénix se había marchado y, cuando Rin intentó llegar a él, se topó con un muro de silencio e indiferencia.

Se giró en dirección a Kitay.

—¿Qué has…?

El joven apenas se mantenía en pie. Se agarraba a la mesa para no caerse. Su rostro había adquirido un tono un gris fantasmal. El sudor le caía por las sienes, y las rodillas se le doblaban tanto que Rin estaba segura de que acabaría desplomándose.

—No puedes —susurró su amigo.

—Kitay…

—No sin mi ayuda. No sin mi permiso. Ese era el trato.

Rin lo miró boquiabierta. La había bloqueado. El muy traidor la había bloqueado, joder.

Kitay era su portal, su puente, el único canal que tenía para llegar hasta el Fénix. Desde el momento en el que se habían anclado, Kitay siempre había mantenido el portal abierto, había dejado que abusara de su mente para canalizar todo el fuego que ella quisiera. Nunca le había cerrado el acceso. Tanto era así que Rin hasta había olvidado que podía hacerlo.

—Yo tampoco creía que sería capaz de hacerlo —le dijo Kitay—. Creía que no podría negarte nada. Pero sí que puedo, siempre he podido, solo que nunca lo había intentado.

—Kitay…

—Déjalo ya —le ordenó el joven. Un espasmo le atravesó todo el cuerpo y tropezó hacia delante. Se encogió, aunque se agarró al borde de la mesa antes de caer—. O nunca más volverás a invocar el fuego.

No. No, así no era como acababa todo. Rin no había llegado tan lejos como para que los estúpidos escrúpulos de Kitay la detuvieran. Él no era quién para quitarle su poder como si fuera un padre condescendiente que dejara los juguetes fuera de su alcance.

Rin vio el desafío en la mirada de su amigo y se le partió el corazón.

«¿Tú también?».

Ella no fue la primera en atacar. Si Kitay no hubiese asestado el primer golpe, Rin no habría tenido el coraje para atacarlo. A pesar de su traición, seguía siendo Kitay: su mejor amigo, su ancla, la persona a la que más quería en el mundo, el único a quien siempre había jurado proteger.

Pero fue él quien asestó el primer golpe.

El joven se lanzó hacia delante, con los puños apuntando a la cara de Rin, y, una vez que hizo eso, fue como si un panel de cristal se hubiera hecho añicos. Entonces, ya no hubo nada que la retuviera, ningún sentimiento ni ninguna punzada de culpa cuando redirigió toda su furia hacia él.

Nunca antes se había enfrentado a Kitay.

Se percató de ello justo cuando cayeron juntos al suelo. Era una observación superficial y fugaz realmente impresionante, ya que en su clase de Sinegard se habían acabado enfrentando todos entre sí en un momento u otro. Rin había luchado contra Venka y contra Nezha en innumerables ocasiones. Durante su primer año, había intentado con todas sus fuerzas matar a este último, tanto que casi lo había conseguido.

Pero jamás le había puesto una mano encima a Kitay. Ni siquiera en los entrenamientos. Las pocas veces que los habían puesto juntos en clase habían encontrado excusas para acabar con otro compañero distinto porque ninguno de los dos podía soportar la idea de intentar herir al otro, aunque no fuera en serio.

Rin no se había percatado hasta ese momento de lo fuerte que era Kitay. En su cabeza, su amigo era un académico, un estratega. No había entrado en combate desde la expedición norteña de Vaisra. Siempre había contemplado las batallas desde la distancia, a salvo gracias a todo un escuadrón.

Rin había olvidado que él también había sido instruido como soldado. Y que se le había dado muy bien.

Kitay no era tan fuerte como Nezha ni tan rápido como ella. Sin embargo, golpeaba con una precisión clara y letal. Acertaba sus golpes con la máxima fuerza concentrada en el mínimo punto

de impacto: el canto de su mano, sus nudillos, el hueso de su rodilla. Escogía sus objetivos a conciencia. Conocía el cuerpo de Rin mejor que nadie. Sabía en qué puntos podía infligirle más daño: en la muñeca amputada, en las cicatrices a lo largo de la espalda, en las costillas que ya se había roto en dos ocasiones. Y allí era donde atacaba con una precisión brutal.

Rin estaba perdiendo. Comenzaba a sentirse agotada, ralentizada por la acumulación de daños causados por una decena de golpes directos. Kitay se mantuvo en la ofensiva desde el principio. A Rin le costaba hasta esquivarlo. La joven no iba a durar ni un minuto más.

—Ríndete —jadeó Kitay—. Ríndete, Rin. Se ha acabado.

—Que te den —gruñó ella, y lanzó el puño derecho hacia el ojo del chico.

En mitad de su ataque de furia, Rin no recordó que ese puño no existía, que sus nudillos curvados no serían los que se toparían con los huesos afilados de la cara de Kitay, sino que lo haría el muñón de su muñeca, dolorido, vulnerable y protegido tan solo por una fina e irritada capa de piel.

El dolor fue insoportable, debilitante. Rin aulló.

Kitay trastabilló hacia atrás, alejándose de su alcance, y recogió del suelo el cuchillo de Nezha.

Rin dio un respingo, cubriéndose por instinto el pecho con los brazos. Pero Kitay no había apuntado el cuchillo hacia ella.

Mierda.

Rin se abalanzó hacia él y lo agarró por la muñeca justo cuando el joven apuntaba con la hoja hacia su propio pecho. La esperiliana no era lo bastante fuerte. La punta del cuchillo se hundió en la piel de Kitay y le rajó hacia abajo, infligiéndole un corte a lo largo de las costillas. Forcejearon el uno contra el otro, Rin tirando con todas sus fuerzas hacia fuera mientras Kitay empujaba el cuchillo hacia dentro, con la afilada punta oscilando a solo unos centímetros de su pecho.

Rin no iba a ganar.

No podía vencerlo. Kitay era más fuerte, y conservaba las dos manos.

Sin embargo, Rin no necesitaba fuerza física para detenerlo. Solo tenía que quebrantar su voluntad. Y era consciente del único hecho tácito, la única verdad subyacente en el vínculo que compartían desde el día en el que se habían conocido.

La voluntad de Rin era mayor que la de Kitay. Siempre lo había sido.

Rin actuaba. Kitay la seguía. Como si fueran dos manos en la empuñadura de una espada, Rin determinaba la dirección, y Kitay le proporcionaba la fuerza necesaria. Rin era la visionaria, y él su ejecutor voluntario. El joven siempre había llevado a cabo lo que ella había querido. Y no iba a empezar a desafiarla ahora.

Rin centró todos sus pensamientos en el Fénix, empujando así la frágil barrera de la mente de Kitay.

«Sé que estás ahí», rezó Rin en silencio. «Sé que estás conmigo».

—Ríndete —le dijo él. Pero el sudor le resbalaba por la frente. Estaba apretando los dientes por la tensión—. No puedes.

Rin cerró los ojos y redobló sus esfuerzos, buscando a tientas en el vado hasta que encontró un diminuto vestigio, el más mínimo indicio de una presencia divina. Con eso le bastó.

«Somételo», le dijo al Fénix.

Rin oyó un sonido estremecedor en su mente. Una taza de porcelana se había estrellado

contra una piedra.

Entonces, vislumbró un destello de color rojo. La playa desapareció.

Estaban solos en el plano espiritual, en extremos opuestos de un gran círculo, ambos desnudos y completamente expuestos. Estaba todo allí, a la vista de ambos. Todo lo que compartían: la furia, la venganza, la sed de sangre y la culpa. La crueldad de Rin. La complicidad de Kitay. La desesperación de ella. El arrepentimiento de él.

La esperiliana vio a su amigo a través del círculo y supo que, si quería someterlo, lo único que tenía que hacer era pensar. En el pasado, casi lo había logrado. Había sido en el instante en el que los habían anclado, durante los primeros minutos antes de recuperar su vínculo con el Fénix. Rin había estado a punto de eliminar a Kitay. La esperiliana podía hacerse con el poder del dios a través de la mente de su amigo como si esta no fuera más que una red endeble.

Él también lo sabía. Rin sentía su resignación, su miserable rendición.

Rendición, no conformidad. Ahora eran enemigos, y ella podía someterlo a su voluntad, pero nunca más podría tener su corazón.

Aun así, había algo, un sentimiento de tristeza, que la obligaba a intentarlo.

—Kitay, por favor…

—No —dijo él—. Tan solo… hazlo. Pero no.

Kitay se quedó inerte. El mundo espiritual desapareció. Rin recobró la cordura justo cuando él se desplomó, cayendo con fuerza entre sus brazos. Entonces, de algún modo, Rin acabó arrodillada encima de Kitay, con la mano alrededor de su cuello y el pulgar contra la protuberancia de su garganta.

Sus miradas se encontraron. Rin sintió una oleada de horror.

Reconoció el modo en el que la estaba mirando. Era el modo en el que ella había llegado a mirar a Altan. Era el modo en el que había visto que Daji miraba a Riga… Esa mirada de miserable, desesperada y reprobable lealtad.

Una mirada que decía: «Hazlo».

«Arrebátame lo que quieras. Te odiaré por ello, pero también te querré durante toda la eternidad. No puedo evitar quererte».

«Acaba conmigo, acaba con ambos. Te lo permitiré».

Rin casi lo interpretó como si le estuviera dando permiso.

Pero si lo hacía, si destrozaba el alma de Kitay y tomaba todo lo que quería…

Jamás se detendría. No existiría ningún límite para su poder. Nunca dejaría de usar a su amigo, de desgarrar su mente y prenderle fuego cada hora, cada minuto, cada segundo, solo porque ella siempre necesitaría arder. Si seguía adelante, entonces su guerra se extendería por todo el mundo y sus enemigos se multiplicarían. Siempre habría alguien más, alguien como Petra que intentara expulsar a su dios y aplastar a su nación, o alguien como Nezha que intentara fomentar una rebelión desde dentro.

Y, a no ser que asesinara a cada uno de ellos, Rin nunca estaría a salvo, y su revolución jamás tendría éxito. Tendría que continuar con eso hasta que hubiera dejado al resto del mundo reducido a cenizas, hasta que ella fuera la última que quedara en pie.

Hasta que se quedara sola.

¿Eso era la paz? ¿Eso era la liberación?

Rin podía vislumbrar sus victorias. Podía imaginar los escombros quemados de las costas

hesperianas. Podía verse a sí misma en el centro de un incendio que consumiría al mundo, lo calcinaría, lo sanearía, arrasaría con todos sus cimientos podridos…

Pero no era capaz de ver el final de todo aquello.

No podía vislumbrar dónde terminaba el dolor… Ni para el mundo ni para Kitay.

—Me estás haciendo daño —susurró él.

La joven se sentía como si la estuvieran sumergiendo en agua helada. Asqueada, Rin sollozó y apartó la mano del cuello de Kitay.

Los zumbidos en el cielo aumentaron de intensidad, hasta que pasaron a ser ensordecedores.

Rin levantó la vista demasiado tarde. Un rayo envolvió su cuerpo, una docena de arcos de luz indoloros que eran mil veces más brillantes que el sol. El Fénix quedó silenciado. Igual que su rabia. Igual que las visiones carmesíes de un mundo en llamas. Los rayos hacían desaparecer su divinidad, y lo único que dejaban tras de sí era el absoluto horror de lo que ella había estado a punto de hacer.

Kitay gimió, se llevó dos dedos a la sien y se quedó inerte. Rin lo sostuvo contra su pecho y se balanceó hacia delante y hacia atrás, aturdida.

—Rin —gimió Nezha.

La esperiliana se giró. El joven estaba sentado. La sangre le resbalaba desde un lateral de la cabeza, y tenía la mirada apagada y desenfocada. Se quedó observando boquiabierto la electricidad que recorría el cuerpo de la joven. Se levantó despacio, pero Rin sabía que no iba a atacarla. Ahora mismo estaba muy lejos de ser a una amenaza. Simplemente parecía un muchacho asustado y confuso que no tenía ni idea de qué hacer.

«No puede hacer nada», se dio cuenta Rin. Ni Nezha ni Kitay podían determinar qué sucedería a continuación. No eran lo suficientemente fuertes.

La elección tenía que ser suya.

Lo vio en un destello de claridad absoluta. Supo lo que tenía que hacer. Solo había un camino, el único modo de seguir adelante.

Y era un camino de lo más familiar. Ahora todo le resultaba muy evidente. El mundo era un sueño de los dioses, y los dioses soñaban en secuencias, con simetrías y patrones. La historia se repetía, y Rin era solo la última versión de la misma escena de un tapiz que había sido tejido mucho antes de su nacimiento.

Muchos otros habían acabado en ese precipicio antes que ella.

Mai'rinnen Tearza, la reina esperiliana que había escogido morir antes que acabar atada a un rey al que odiaba.

Altan Trengsin, el chico que había ardido con demasiada intensidad, que se había transformado en una pira funeraria andante.

Jiang Ziya, la espada del Emperador Dragón, el monstruo, el asesino, su mentor, su salvador.

Hanelai, que había preferido la muerte antes que tener que arrodillarse.

Todos ellos habían ostentado un poder sin precedentes, inimaginable, sin igual, capaz de reescribir el guión de la historia. Y todos se habían excluido de ella.

Ahora ellos se encontraban en la misma tesitura: tres personas (realmente unos críos, demasiado jóvenes e inexpertos para los papeles que habían heredado) con el destino de Nikan entre sus manos. Y Rin estaba punto de conseguir el imperio que Riga había deseado, si lograba ser tan cruel como él.

Pero ¿qué tipo de emperador hubiera sido Riga? ¿Y en qué medida podría ser ella peor?

La historia se movía en círculos viciosos.

Rin podía ver el futuro y la forma que estaba tomando, predeterminada por unos patrones que habían sido establecidos antes de que ella naciese. Unos patrones de crueldad, deshumanización, opresión y trauma que la habían arrastrado hacia al mismo lugar en el que antes se había encontrado la Tríada. Y si Rin seguía adelante con aquello, si destrozaba a Kitay igual que *Riga* habría hecho con Jiang, ella solo estaría recreando esos patrones. Porque ella sí que acabaría enfrentándose a una resistencia, porque correría la sangre, y el único modo de acabar con esa posibilidad era haciendo arder el mundo entero.

No obstante, una sola decisión podía romper el patrón, cambiar el curso de la historia.

«Conseguir la liberación es un largo camino», le había dicho Kitay.

«A veces, tendrás que hincar la rodilla. A veces, al menos, tendrás que fingir».

Por fin Rin entendía qué había querido decirle.

Sabía lo que tenía que hacer a continuación. No se trataba de rendirse. Se trataba de plantear una jugada a largo plazo. Se trataba de sobrevivir.

La esperiliana se levantó, le tendió la mano a Nezha y cerró los dedos del joven alrededor de la empuñadura del cuchillo.

Nezha se tensó.

—¿Qué estás…?

—Gánate su respeto —le dijo Rin—. Diles que me has matado. Diles todo lo que quieran oír. Diles lo que sea necesario para ganarte su confianza.

—Rin…

—Es el único camino.

Nezha comprendió lo que Rin quería que hiciera. Abrió mucho los ojos en señal de alarma e intentó apartar la mano, pero ella se la agarraba con fuerza.

—Nezha…

—No puedes hacerme esto —le dijo él—. No te dejaré.

—No lo hago por ti. No te estoy haciendo un favor. Esto es lo más cruel que puedo hacerte.

Y Rin lo decía en serio.

Morir era fácil. Vivir era mucho más difícil… Esa era la lección más importante que Altan le había enseñado.

La joven bajó la mirada hacia Kitay.

Estaba despierto, con un gesto decidido en el rostro. Le dedicó un sombrío asentimiento de cabeza a Rin.

Eso era todo lo que la esperiliana necesitaba ver. Ese era el permiso que necesitaba.

No podía liberar a Kitay. Ninguno de los dos sabía cómo hacerlo. Pero lo que sí sabía la joven, de una forma tan clara como si se lo hubiera dicho en voz alta, era que Kitay pretendía seguirla hasta el final. Sus destinos estaban unidos, lastrados por la misma culpabilidad.

—Venga, vamos. —Rin entrelazó sus dedos alrededor de los de Nezha. El joven cerró ambas manos en torno a la empuñadura fría mientras los rayos seguían rodeándolos, interponiéndose entre los dos. Movieron la hoja hacia delante—. Esta, vez, hazlo bien.

—Rin. —Nezha parecía muy asustado. Era curioso cómo el miedo lo hacía parecer mucho más joven, cómo le redondeaba los ojos y borraba aquella mueca cruel en su sonrisa, haciendo que

pareciera, solo por un instante, el mismo chico al que Rin había conocido en Sinegard—. Rin, no…

—Arregla todo esto —le ordenó ella.

Los dedos de Nezha se quedaron inertes bajo los de ella. La esperiliana lo agarró con más fuerza. Contaba con determinación de sobra para los dos. Mientras los dirigibles descendían sobre Speer, Rin llevó la mano de Nezha hacia su pecho y se hundió el cuchillo en el corazón.

EPÍLOGO

Era tan pequeña…

Nezha no fue capaz de asimilar los gorgoteos ahogados que salían de la garganta de Rin, el pánico que rezumaban sus ojos vidriosos ni la calidez de su sangre, que le manchaba las manos. No podía asimilarlo; de lo contrario, acabaría derrumbándose. Mientras Rin se desangraba sobre la arena, el único pensamiento que se le pasó por la mente fue lo pequeña, lo ligera y lo frágil que se veía entre sus brazos.

Entonces, la joven dejó de retorcerse y se desvaneció.

Kitay yacía a su lado. Nezha sabía que él también se había marchado… Que Kitay había sufrido una muerte limpia en cuanto él había hundido el cuchillo en el corazón de Rin. Porque ambos estaban vinculados de un modo que él jamás podría comprender, y no había un mundo en el que fuera posible que Rin muriese y Kitay permaneciese con vida. Porque Kitay, el tercero en discordia, el punto intermedio, quien equilibraba la balanza, había escogido seguir a Rin a la otra vida y dejar a Nezha atrás. Solo.

Solo, y cargando sobre sus hombros con la inmensidad de su legado.

No podía moverse. Apenas podía respirar. Mientras contemplaba el diminuto cuerpo que tenía entre sus brazos, tan inerte y sin vida, tan diferente del salvaje huracán humano que había sido Fang Runin, lo único que pudo hacer fue temblar.

«Serás zorra», pensó. «Maldita zorra».

A duras penas, fue consciente de que debía alegrarse de que estuviera muerta. Debería haber estado extasiado. Y de forma racional, intelectual, lo estaba. Rin era un monstruo, una asesina, una destructora de mundos. A su paso no había dejado más que sangre y cenizas. El mundo era un lugar mejor, más seguro y más pacífico sin ella. Eso era lo que Nezha creía. Eso era lo que tenía que creer.

Y sin embargo…

Y sin embargo, cuando miraba ese cuerpo roto, lo único que quería hacer era aullar.

«¿Por qué?». Quería gritarle a Rin. Quería sacudirla, estrangularla, hasta que le respondiera. «¿Qué cojones, Rin?».

Pero él conocía el motivo.

Sabía exactamente qué decisión había tomado y cuál había sido su intención. Y eso hacía que

todo (odiarla, amarla, sobrevivir a ella) fuese mucho más difícil.

«Arregla todo esto».

Nezha echó la cabeza hacia atrás. Le temblaban las rodillas del agotamiento, que comenzaba a hacer mella en sus extremidades. Respiró hondo temblorosamente mientras contemplaba la monumental tarea que tenía frente a él.

¿Arreglar aquello? ¿Arreglarlo? ¿Y qué le habían dejado para ello? Rin se lo había cargado todo.

Pero el suyo había sido siempre un país roto. Nunca había estado unificado, no realmente. Tan solo se había mantenido unido por medio del acero y la sangre, por una fachada de unidad interna, mientras que las facciones habían amenazado constantemente con dividirlo todo desde dentro. Rin había forzado que esas tensiones salieran a la superficie, y luego que llegaran a un punto de no retorno. Había obligado a los nikaras a enfrentarse a la mayor mentira que se contaba sobre ellos: que alguna vez había existido un Imperio nikara unido.

Y, aun así, la esperiliana le había allanado el camino a Nezha. Había quemado todo lo que estaba podrido y corrompido. El joven no tenía que reformar el sistema de jefes militares porque Rin ya lo había destruido por él. No tenía que enfrentarse a las consecuencias de un sistema de aristocracia feudal defectuoso porque Rin ya lo había destrozado por él. La esperiliana había borrado el pasado de los mapas. Había tirado todas las piezas del tablero al suelo.

Rin había sido una diosa. Había sido un monstruo. Había estado a punto de destruir a todo ese país.

Y luego, le había otorgado una última y jadeante oportunidad para vivir.

Nezha sabía que no lo había hecho por él. No, no habría tenido tanta piedad con él. Rin había sido consciente de que ese futuro, el que le había asignado a Nezha, estaba lleno de horrores. Ambos sabían que el único camino hacia delante para Nikan era un pacto con Hesperia, esa entidad cruel, altiva y opresora que, sin duda, intentaría moldearlos y darles una nueva forma hasta que los últimos vestigios de la cultura nikara quedaran enterrados en el pasado.

Sin embargo, Nikan ya había sobrevivido antes a una ocupación. Si Nezha jugaba bien sus cartas (si se arrodillaba cuando fuera necesario, si contraatacaba en el momento justo), entonces tal vez pudieran volver a hacerlo.

Nezha no sabía cómo capearía lo que vendría a continuación, pero tenía que intentarlo.

Se lo debía a Rin.

Dejó el cuerpo de la esperiliana en el suelo, se levantó, cuadró los hombros y aguardó la llegada de la flota.

DRAMATIS PERSONAE

LA COALICIÓN SUREÑA Y SUS ALIADOS

Fang Runin: huérfana de guerra de la Provincia del Gallo; excomandante de los Cike; última superviviente de los esperilianos.

Chen Kitay: hijo del exministro de Defensa imperial y último heredero de la dinastía Chen; ancla de Rin.

Sring Venka: arquera de Sinegard; hija del exministro de Finanzas imperial.

Liu Gurubai: jefe militar del Mono; brillante político.

Ma Lien: jefe de los bandidos; miembro de la cúpula sureña.

Liu Dai: miembro de la cúpula sureña; viejo aliado de Gurubai.

Yang Souji: líder de la resistencia de la Provincia del Gallo y de los Lobos de Hierro.

Quan Cholang: el joven y recién nombrado jefe militar del Perro.

Chiang Moag: reina pirata de Ankhiluun, también conocida como la Zorra de Piedra y la Falsa Viuda.

LA DINASTÍA YIN

Yin Vaisra: jefe militar del Dragón y líder de la República nikara.

Yin Saikhara: dama de Arlong y esposa de Yin Vaisra.

***Yin Jinzha:** hijo mayor del jefe militar del Dragón y gran mariscal del ejército republicano; asesinado por Su Daji.

Yin Muzha: melliza de Jinzha; única hija de Vaisra.

Yin Nezha: segundo hijo del jefe militar del Dragón.

***Yin Mingzha:** tercer hijo del jefe militar del Dragón; fue asesinado por el Dragón de Arlong cuando era un niño.

LA TRÍADA

Su Daji: antigua emperatriz de Nikan, conocida como la Víbora; invoca a la diosa caracol de la creación, Nüwa.

Jiang Ziya: el Guardián, invoca a las bestias de la casa de las fieras del emperador.

Yin Riga: antiguo Emperador Dragón; dado por muerto desde finales de la Segunda Guerra de la Amapola.

LOS HESPERIANOS

General Josephus Tarcquet: líder de las tropas hesperianas en Nikan.

Hermana Petra Ignatius: una de las representantes de la Compañía Gris (la orden religiosa de Hesperia) en Nikan; una de las académicas religiosas más brillantes de su generación.

LOS CIKE

***Altan Trengsin:** esperiliano, excomandante de los Cike.

***Ramsa:** exprisionero de Baghra; experto en municiones.

***Baji:** chamán que invoca al Dios Jabalí.

***Suni:** chamán que invoca al Dios Mono.

Chaghan Suren: chamán del clan de los naimades; mellizo de Qara.

***Qara Suren:** gran tiradora; se comunica con las aves; melliza de Chaghan.

***Aratsha:** chamán que invoca al dios del río.

***Fallecido/a**

AGRADECIMIENTOS

Cuatro años, tres libros e incontables recuerdos. Nos embarcamos en este viaje cuando tenía diecinueve años, y ahora, a los veintitrés, no me puedo creer que lo hayamos conseguido. La historia de Rin y este capítulo de mi carrera literaria llegan a su fin. Hay mucha gente a la que tengo que darle las gracias por haberme hecho llegar hasta aquí.

Le estoy muy agradecida al equipo de Harper Voyager, que ha hecho un trabajo fantástico a la hora de publicar estos libros: David Pomerico, Natasha Bardon, Mireya Chiriboga, Jack Renninson, Pamela Jaffee y Angela Craft. Jung Shan Ink sigue dejándome maravillada con las ilustraciones más bonitas que podría pedir una escritora. Hannah Bowman, la mejor y la más fiera agente del negocio, tuvo fe en lo que podría ser esta trilogía desde el principio, incluso cuando yo no la tenía. Havis Dawson, Joanne Fallert y el resto del equipo de Liza Dawson Associates no han dejado de hacer llegar mis libros al resto del mundo. Gracias a todos por seguir conmigo hasta el final.

A todos mis maestros, mentores y profesores: Jeanne Cávelos, Kij Johnson, Ken Liu, Fonda Lee, Mary Robinette Kowal, Adam Mortara, Howard Spendelow, Carol Benedict, John McNeill, James Millward, Hans van de Ven, Heather Inwood y Aaron Timmons, gracias por haberme ayudado a convertirme en una persona que piensa, escribe y trata a los demás un poco más como vosotros.

A mis amigos y familiares, que me han ayudado a sentirme como un ser humano real y me han animado a seguir escribiendo hasta la última página: mamá, papá, James, Grace, Jack-Jack, Tiffany, Ben, Christine, Chris, Coco, Farah, Josh, Linden y Pablo, gracias por vuestro constante amor y apoyo.

Al grupo Marshfam: Joani, Martin, Kobi, Kevin, Nancy, Katie, Aksha, Sarah, Julius, Taylor, Noam, Ben, Rhea y David, gracias por iluminar mi vida y por darme dos años en Inglaterra llenos de risas, recetas caseras y juegos de mesa.

Al Magdalene College de Cambridge y al University College de Oxford: gracias por ser lugares tan mágicos para escribir. Lugares a los que tengo la suerte de poder considerar un hogar.

Al Vaults & Garden Café: bajo vuestro techo han muerto más personajes de los que nunca sabréis. Gracias por los *scones*.

Y a Bermett, que ha estado a mi lado desde el principio: estoy deseando averiguar a dónde nos llevará nuestro siguiente capítulo juntos.

REBECCA F. KUANG es una traductora y autora nominada a los premios Hugo, Nebula, Locus y World Fantasy por la trilogía Poppy War y Babel. Tiene un MPhil en Estudios Chinos de Cambridge y un máster en Estudios Chinos Contemporáneos de Oxford; ahora está cursando un doctorado en Lenguas y Literaturas de Asia Oriental en Yale.